



FLORENCIA BONELLI

La tía Cósima



Florencia Bonelli

La tía Cósima

Suma de Letras



SÍGUENOS EN
megustaleer



[@Ebooks](#)



[@megustaleerarg](#)



[@megustaleerarg](#)

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*A mi querido amigo y lector oswaldo maseroni, una persona cuya nobleza e integridad
hacen de este mundo un lugar mejor.*

*A los extraordinarios perros de servicio y a sus entrenadores, cuanto les debe la
humanidad.*

A mi sobrino Tomás.

Me juzgas por mi tamaño, ¿verdad? Y sin embargo no deberías, porque mi aliada es la fuerza, y una poderosa aliada es... La vida la crea y la hace crecer, su energía nos rodea y nos une... ¡Criaturas luminosas somos! ¡No esta cruda materia!

Maestro Yoda; de "La Guerra de las Galaxias"

El Imperio Contraataca

Capítulo I

VERANO DEL 82

Cósima

En mis tiempos no tenía nombre. Ahora lo llaman bullying. Treinta y tres años atrás, con sólo trece y una familia deshecha, comencé a padecer las burlas y las agresiones de mis compañeros del secundario, aunque, si debo ser justa, el que llevaba la voz cantante en la aplicación del tormento era uno; los demás seguían su batuta como los obedientes músicos de una orquesta.

Tomarme de punto no se presentaba como un desafío a la inteligencia ni un comportamiento original. Nada en mí inspiraba la palabra hermoso, ni siquiera lindo o agradable. Gorda, estrábica, pálida, lo que realzaba la ligera pelusa negra sobre el labio superior, dientes chuecos y cejuda, encarnaba el epítome del objeto de burla. Los lentes con el parche en el ojo bueno se convirtieron en la frutilla del postre.

Como solía ocurrir en mi vida, nada podía ser normal ni simple, por lo que a ese cúmulo de desventajas físicas se le asociaba un nombre con el cual llegué a reconciliarme, pero que en aquella instancia lo juzgué un castigo: Cósima. Lo había elegido mi padre, y mi madre, como de costumbre, no había dicho ni mu. Él, empecinado en que me bautizasen en honor a su adorada madre italiana, me había echado una maldición.

Para colmo, me llamaba sólo Cósima. Cósima Facchinetti. Nada de María Cósima o Cósima Alejandra, que me habría permitido escapar por la variante. Simplemente Cósima, lo cual a él, mi atormentador, le inspiró la ocurrencia de apodarme la tía Cósima, en referencia al tío Cosa, el personaje de Los locos Adams. Confieso que habría deseado poseer un cabello tan tupido y largo que me cubriese de pies a cabeza.

La agresividad de él me tomó inadvertida; no me la esperaba porque habíamos pasado juntos el verano del 82 y nos habíamos hecho amigos. Su familia, los Lanz Reuter, muy adinerados, poseía una quinta en el mismo *country* de mi madrina; es más, los terrenos colindaban. Yo estaba allí porque mi madre había caído en una depresión luego del abandono de mi padre y se olvidaba de mí. No cocinaba, no lavaba la ropa, no limpiaba, no hacía las compras, no pagaba las cuentas. Transcurría el tiempo echada en la cama, llorando un rato, insultando a mi padre en el próximo.

Un día, muerta de hambre, hurgué en su cartera en busca de dinero, decidida a embarcarme en una hazaña digna de Indiana Jones, mi héroe favorito: caminar varias cuadras hasta el supermercado para comprar algo que llevarme a la boca. Yo, que jamás iba sola a ninguna parte, encontraba aterradora al tiempo que fascinante la oportunidad de salir en busca de comida. La aventura quedó en la nada cuando me di cuenta de que no había ni un centavo en la billetera. En ese momento llamó mi madrina y la cuestión se zanjó rápidamente: me iría con ella a la quinta a pasar el verano mientras mi madre se recuperaba de la defeción de mi padre.

Lo conocí una tarde de enero, en la que, aburrida, salí a caminar. En realidad ya lo conocía; lo

había espiado varias veces mientras él se divertía en la piscina de su casa con una nena, la hermana menor, deduje. No le distinguía los rasgos desde esa distancia; sin embargo, al cruzármelo en la calle supe que era él. Pasó velozmente en la bici en dirección contraria. Seguí caminando como si se hubiese tratado del viento, pese a que el corazón me bailó en el pecho. Unos segundos después me alcanzaron el estruendo de un golpe y un grito. Me giré y lo vi caído en la calle; le salía sangre por la nariz. Corrí a auxiliarlo. En silencio, sin intercambiar palabra, lo ayudé a sentarse en el cordón.

—Poné la cabeza hacia atrás —le indiqué, familiarizada como estaba con los sangrados nasales.

Me obedeció sin chistar. A continuación le acerqué mi pañuelo —era previsor, jamás salía sin pañuelo— y se lo presioné contra la nariz. Abrió los ojos, asombrado, y me quedé mirándolo, cautivada pataleo que escapaba a mi mente de niña de doce años, pero que percibía de niñera instintiva. Con el tiempo comprendí que se había tratado de la tristeza de hallarme frente a una de las maravillas del mundo moderno, sus ojos, los más bellos que he visto. Aun hoy desafío a quien sea a encontrar otros más perfectos. De un azul cobalto, eran tan grandes que resultaban desproporcionados en su rostro de nene. Y, si su cabello era rubio, muy rubio, las pestañas, en cambio, eran negrísimas. Con los años fui descubriéndole otras perfecciones, como una nariz pequeña y delgada, labios bien delineados, dientes parejos y mandíbulas fuertes, hallazgos que sólo servían para confirmar la belleza de él y acentuar mi fealdad.

Cuestión que lo ayudé a restañar la hemorragia nasal y lo acompañé a su casa, caminando, porque la rueda de la bicicleta se había torcido. No le pregunté qué le había sucedido; percibía que lo mortificaba que lo hubiese visto caído. Él, en cambio, me atacó para aliviar el dolor causado por el orgullo herido.

—Vos sos la que me espías cuando estoy en la pileta, ¿no?

—Sí.

—¿Por qué me espías?

—No te espío solo a vos —me defendí—. También miro a la nena.

—Mi hermana —ratificó—. ¿Por qué nos espías?

—Porque me divierte verlos.

—¿Querés venir a jugar a mi casa mañana?

—¿A la pileta?

—Sí —contestó sin darse cuenta que la invitación me gustaba poco y nada.

Después de haber padecido durante años los comentarios ácidos de mi padre acerca de mis hábitos alimentarios y de las formas rellenas de mi cuerpo, vestir traje de baño me acomplejaba.

Igualmente ese verano del 82 fuimos inseparables, él, su hermana Nora y yo. Desde la mañana hasta la noche, hacíamos todo juntos. Jamás había sido tan feliz y, pese a que mi padre había desaparecido de la faz de la Tierra después de haber vaciado su empresa, por la noche ya no lloraba sino que imaginaba las aventuras que emprendería con Ignacio al día siguiente. Así se llamaba, Ignacio; hasta nombre perfecto tenía. Aún recuerdo con claridad el instante en que me preguntó el mío.

—Cósima —susurré.

—¿Qué?

—Có-si-ma. —Alzó las cejas en abierto asombro y yo me apresuré a aclarar-: Es italiano — como si la excusa valiese para justificar su rareza.

Ignacio era vanidoso, manipulador y egoísta, y Nora y yo acabábamos haciendo lo que él

quería. Si jugábamos a un juego de mesa y él iba perdiendo, lo que ocurría con frecuencia, abandonaba; simplemente decía: “Me harté”; se levantaba y se iba. Si jugábamos al viejito, teníamos que permitirle que nos atrapase, en caso contrario se ponía de mal humor. Atrapar a Nora resultaba fácil; a mí no tanto, porque, pese a mis kilos de más, era rápida y corría en *zig zag*, algo que lo irritaba sobremanera. Él, que practicaba rugby y se consideraba uno de los mejores del equipo, no podía permitirse que una gordita bizca lo venciese. Si jugábamos a las escondidas y yo era la que contaba, lo dejaba llegar a la piedra antes de atraparlo; si contaba él, me escondía en un lugar visible para que me descubriese con facilidad. Pequeñas concesiones que valían la pena si ayudaban a mantenerlo de buen humor, porque cuando estaba contento y sonreía era la visión más esplendorosa que yo había contemplado. De noche, antes de quedarme dormida, fantaseaba con que “se me largaba”, como decíamos para significar que me pedía que fuese su novia. Nunca se me largó y, aunque no debería haberme desilusionado, consciente de que él era demasiado hermoso para mí, lo hice, me desilusioné. Que él marcase mis defectos me lastimaba profundamente. Una tarde me preguntó:

—¿Con qué ojo me mirás?

—Con los dos.

—¿Ves doble como Clarence? —Hablaba del león de la serie *Daktari*.

—No —me apresuré a contestar, aunque la respuesta debió haber sido sí.

—¿Vas a tener el ojo torcido toda la vida?

—Uso lentes y un parche en el ojo bueno para curarme.

—¿Un parche? ¿Como un pirata? —Asentí—. Nunca te vi con el parche; tampoco con los lentes.

—Estoy de vacaciones —me excusé.

—¿Y los lentes y el parche te van a enderezar el ojo?

—Tal vez.

—Porque no es muy lindo tener un ojo chueco. A mí me pone incómodo porque no sé a cuál de tus ojos tengo que mirar.

También me hirió profundamente cuando uno de sus amigos de rugby pasó dos días en la quinta y él me ignoró; ni siquiera me contesto cuando lo saludé. Aferró a su amigo por el brazo y caminó deprisa con la clara intención de alejarse de mí. Jugué con Nora, pero no era lo mismo. Ignacio poseía un entusiasmo ausente en su hermana menor. El amigo se fue y él me buscó, y yo lo recibí como si nada hubiese sucedido. Solo me limité a preguntarle:

—¿Por qué no me saludaste el otro día? —lo que mereció una encogida de hombros como respuesta—. ¿Estabas enojado conmigo? —insistí.

—No —fue todo lo que dijo.

Una noche, casi al final de las vacaciones, mientras pensaba en mi príncipe azul, me sobresaltaron unos golpecitos en la ventana. Levanté la persiana y ahí estaba él. Lloviznaba, por lo que tenía el rostro y el pelo cubiertos por una fina capa de agua. Abrí. Él se trepó con destreza y saltó dentro. Observé sus zapatillas mojadas y embarradas y el piso de madera, y no me atreví a pedirle que se las quitase. Él no se percató de que lo ensuciaba.

¿Qué pasa? ¿Qué haces aquí a esta hora?

Se quedó mirándome con una expresión en la que sus ojos azules y enormes me contemplaban con un gesto desolado. Me di cuenta de que las gotas de lluvia se le mezclaban con lágrimas y de que le temblaba la barbilla.

—Mi papá y mi mamá se van a separar —susurró, corto de aliento—. Nos lo dijeron esta

noche, a Nora y a mí, después de cenar.

El quebranto en su voz y su semblante desvalido me causaron una impresión indeleble. El héroe vencido. La impresión enseguida se volvió compasión. Lo tomé de la mano y lo conduje hasta la cama, donde lo obligué a sentarse en el borde. Le saqué las zapatillas embarradas antes de indicarle que subiese. Nos sentamos como los indios, uno frente al otro. Había resultado emocionante y extraño tocarlo y sentirlo confiado, más bien entregado, mientras yo lo guiaba. El corazón me latía rápidamente.

—¿Tu papá se va de tu casa y ustedes se quedan con tu mamá? —pregunté al fin.

—No sé —balbuceó y se limpió la nariz con la manga del pijama—.

Creo que sí.

—Seguro que ustedes van a vivir con ella y a tu papá lo van a ver los fines de semana. Vos y Nora tienen suerte.

Alzó la vista y me destinó un ceño cargado de fastidio.

—¿Suerte, Cósima? Yo no veo la suerte por ningún lado.

—Tienen suerte porque al menos tu papa no va a desaparecer como el mío. —Se le relajó el entrecejo y separó los labios para hablar, pero no emitió sonido—. Al menos tu papá y tu mamá les avisaron que se iban a separar. Yo me enteré antes de Navidad,

un día en que volvimos a casa con mamá y ella empezó a gritar como loca cuando se dio cuenta de que papá había hecho las valijas y se había ido.

—¿Y ahora dónde está? Tu papá —aclaró, y yo me encogí de hombros—. ¿No sabes dónde está tu papá? —se escandalizó.

—No. Mamá tampoco sabe. Y se lo pasa en la cama llorando. No sé qué vamos a hacer —me atreví a murmurar, pues era mi gran preocupación.

Esos días con Ignacio y Nora constituían un sueño, un recreo. Yo sabía que, tarde o temprano, el despertador sonaría y tendría que regresar a la nefasta realidad.

¿Qué quieres decir con que no sabes qué van a hacer?

Resultaba evidente que mi situación, a la cual juzgaba más trágica que la suya, le interesaba al tiempo que despojaba de dramatismo a su coyuntura.

—Nadie me lo dice, pero yo oí a mamá cuando hablaba con mi madrina y le contaba que estamos en la quiebra. Mi papá se llevó toda la plata. No tenemos un peso.

Abrió grandes los ojos y dibujó una “o” muda con sus labios suculentos y perfectos. Nada de lo explicado antes lo había asombrado tanto como la noticia de la pésima situación económica en la que nos encontrábamos mi madre y yo.

—Papá se llevó todo —recaqué— y nos dejó a mamá y a mí solas y sin nada.

—Hijo de puta —murmuró, y yo me sobresalté pues nunca decíamos palabrotas—. Cuando yo me case —prosiguió, ajeno a mi estupor— le voy a dar mucho dinero a mi esposa y jamás la voy a abandonar.

Nada dije; me limité a envidiar a la chica que se convertiría en su esposa con un sentimiento fuerte, nuevo e incómodo.

—¿Quieres leche con Nesquik y Merengadas? —le ofrecí. Sabía Dios que yo las necesitaba

—Sí, qué rico.

Regresé con el botín, al cual había agregado unas Sonrisas de frambuesa, las favoritas de Ignacio. Comimos en silencio. Yo bebía la leche y me esforzaba por no hacer ruido al tragar. Aunque apenas picoteaba una Merengada para que no pensase que era una gorda, me moría por retorcer el merengue y paparme una detrás de la otra. A él le importaba todo muy poco excepto

satisfacer su deseo, por lo que tragaba y masticaba con la educación de un chimpancé.

En mi opinión, las confesiones reveladas y la comida compartida acababan de sellar una amistad perfecta en esa noche lluviosa de verano. Nunca me había sentido tan cerca ni unida a otro ser humano como a Ignacio Lanz Reuter. Nos quedamos dormidos después de acabar la leche y de charlar acerca de los pros y los contras de tener los padres juntos o separados. Nos reímos hasta que nos dolió la panza llena de Nesquik. A veces se quedaba callado y me miraba fijamente el ojo bueno, y yo deseaba convertirme en la Cenicienta, que era la chica más hermosa que yo conocía, para inspirarle lo mismo que experimentaba yo al observarlo a él. Hubo un instante en el que fantaseé con que se me largaría, no lo hizo. Igualmente, esa me pareció la mejor noche de mi vida.

Por eso, cuando dos semanas más tarde nos encontramos en el Saint Peter's English School sentí alivio y felicidad. Era mi primer día en esa escuela nueva y amenazadora; él, en cambio, la conocía desde jardín de infantes. Me acerqué medio corriendo y lo saludé. Lanz me destinó una mirada como la que se le destinaría a un marciano. Dio media vuelta y se alejó. Me quedé de una pieza. El desprecio que me había hecho durante la visita de su compañero de rugby se repetía, solo que en esta oportunidad no duraría dos días sino que se prolongaría durante cinco años, los peores cinco años de mi vida.

Esos recuerdos evoqué la mañana del 20 de mayo de 2015 cuando Marita, mi asistente, me entregó el tazón con café con leche y el listado de pacientes y distinguí entre los nombres el de Ignacio Lanz Reuter. Después de tantos años su nombre aún me afectaba. Ese no era su nombre pues mis pacientes eran exclusivamente niños. Debía de tratarse de su hijo; resultaba improbable que hubiese muchos Ignacio Lanz Reuter en Buenos Aires.

—¿Quién llamó para fijar la cita con este nene? Ignacio Lanz Reuter —aclaré y lo señalé.

—¿Así se pronuncia? ¿Roiter? —preguntó Marita y yo asentí—. Llamó la secretaria del padre, una mujer muy eficiente, muy profesional, diría casi maquinal, y se mostró insistente en que le diéramos el primer turno disponible, que pagarían lo que fuese para que vos atendieras a Ignacio lo antes posible.

—¿Así dijo, que pagarían lo que fuese?

—Que pagarían lo que fuese —repetió mi asistente—. Palabras exactas.

Sonreí con ironía y sacudí la cabeza. Acababa de confirmar que se trataba de él. Por lo visto, las mañas del señor Lanz Reuter no formaban parte del pasado. En su listado de valores el dinero y la belleza física constituían los pilares sobre los que se apoyaba el sentido de la vida, por lo que yo, fea y pobre, no tenía derecho a existir. Se trataba de un concepto en el que se había empeñado para que lo aprendiese. Sus métodos pedagógicos se refinaban de año en año.

Un día, en tercero, me encaró con su cohorte de idiotas, que le festejaban las bromas con risas similares a las de las hienas.

—Tía Cósima, ¿cómo hacés para venir a este colegio si tu mamá no puede pagarlo?

Lo miré a los ojos y no le contesté. Él sabía mejor que nadie que asistía a esa escuela carísima porque mi madrina, que era la directora, pagaba la cuota con un buen descuento. En caso de depender del sueldo de administrativa de mi madre habría concurrido a una escuela pública.

En ocasiones, cuando las bromas y los comentarios de Lanz Reuter se volvían insoportables, le pedía a mi madre que me sacase del Saint Peter's. Me observaba con la mirada nublada de quien consume pastillas para regular la mayor parte de las funciones vitales y respondía simplemente "no". Intentar explicarle que el mío no era un capricho habría sido lo mismo que proponerme atrapar el viento con las manos, por lo que, como de costumbre, escondía mis sentimientos y

seguía yendo a esa escuela a la que detestaba.

El día en que Lanz Reuter me preguntó por qué iba al Saint Peter's si mi madre no podía pagarlo le sostuve la mirada hasta que se presentó Carlitos Naum para defenderme como un caballero de brillante armadura, solo que mi caballero medía un metro cincuenta y siete, pesaba cuarenta kilos y tenía pies equinovaros. Lanz Reuter lo apodaba Cuasimodo, aunque sabía bien que los defectos físicos de mi querido amigo se compensaban con un coeficiente intelectual altísimo. Yo amaba y admiraba a Carlitos tanto como a mi golden retriever Indiana. Con ellos dos en el mundo, me convencía, no necesitaba de nadie, solo de una cuota de valor diaria para soportar las horas en esa maldita escuela.

—Vamos, Così —intervino Carlitos y me tendió la mano—. No le hagas caso a este idiota.

—¿A quién le decís idiota, vos, Cuasimodo?

—Hacés bien en preguntar, Lanz Reuter. —Pronunciaba el apellido con la fonética castellana porque sabía cuánto detestaba Ignacio que no se respetase la alemana—. Con tanto imbécil aquí —aclaró y barrió con el dedo a sus amigotes— no podés saber a quién me refiero. Pero resulta ser que me refiero a vos, que sos el rey de los idiotas.

Lanz, que con los años y la práctica del rugby se había vuelto un mastodonte, lo empujó apenas. Carlitos, débil y poco equilibrado a causa de sus pies zambos, cayó sentado. Salté a socorrerlo. Lanz me retuvo por el brazo y me sonrió con malicia al decirme:

—Que se levante solo, si puede, tu amigo el rengo.

Lo despreciaba, pero nunca tanto como cuando atacaba a Carlitos. Volví a mirarlo a los ojos y me dio asco su belleza, su sonrisa perfecta, su cuerpo bien desarrollado, sus pies y sus ojos derechos. Y repentinamente vi la fealdad de esa belleza.

Todavía me pregunto cómo reuní la fuerza para propinarle el trompazo que le partió el labio. Me soltó enseguida para cubrirse la boca y yo corrí a auxiliar a Carlitos. Lo ayudé a incorporarse y nos alejamos hacia nuestro escondite sin mirar atrás. Pensé que me acusaría con la celadora y que terminaría expulsada, lo cual no era una perspectiva tan deplorable salvo por el hecho de que no vería a Carlitos todos los días. No me delató y, aunque siempre me quedé con la intriga de por qué no lo había hecho, no me atreví a preguntarle.

Desde ese día redobló su hostilidad hacia mí. Pagué un precio alto por haberlo humillado frente a su séquito de borregos. Las bromas y los comentarios hirientes se volvieron implacables; algunos entrañaban una logística y preparación previas, como colocarme un globo en la silla del pupitre que imitaba el ruido de un pedo al ser aplastado o tirar bombitas de olor cerca de mí y anunciar a viva voz: “¡La gorda se cagó!”. Me pegaba carteles en la espalda con mensajes al estilo de “Patéame”. Él fue el único que me propinó un puntapié en el trasero; cuando lo increpé, me arrancó el cartel de la espalda y me lo plantó frente a la cara: “Sólo cumplo con tu deseo, tía Cósima”. A veces me decía Alan Parsons, como el músico inglés, por eso de que había compuesto un disco que se llamaba Un ojo en el cielo.

Su hermana Nora se le asemejaba sólo en el aspecto físico; en el carácter era el opuesto. Carlitos estaba loco por ella. La buscábamos y le dábamos charla en los recreos, pero Nora prefería estar con las chicas de su división, una por debajo de la nuestra. No obstante, cuando nos cruzábamos en las galerías y en el patio nos saludaba con la mano y nos sonreía. Una vez, a principios de cuarto año, Carlitos, que lo que le faltaba de atractivo le sobraba de seductor, la convenció para que fuésemos al cine a ver Indiana Jones y el templo de la perdición. Nosotros Ja habíamos visto tres veces y la hubiésemos visto cien más. Nos asombró enterarnos de que ella conocía solo de mentas al gran Indiana. Nos miramos con la expresión desconcertada de quien se

pregunta: “¿Es eso posible?”. Lo bueno fue que aceptó la invitación. El sábado por la tarde lo pasamos muy bien; Carlitos mejor que nadie. Estaba en las nubes y no cesaba de describir los talentos y las bondades de Nora Lanz Reuter una vez que nos quedamos solos tras haberla acompañado a su casa, una mansión en la calle Melián.

Poco después le diagnosticaron leucemia y en los meses sucesivos prácticamente no la vimos ni supimos de ella. Yo me dedicaba a consolar a Carlitos y a observar a Lanz Reuter, que, ahora comprendo, negaba la situación y se refugiaba en su ego y en su agresividad, en especial la destinada a mí. No había vez que no me viese y pusiese los ojos bizcos e hiciera muecas desagradables en el acto de imitar mis facciones. Los carteles con frases como “Me gustaría ser puta pero no me da el cuero” o “Se aceptan donaciones para una cirugía plástica reconstructiva” eran cosa de todos los días.

Vanesa, la compañera más linda del curso y novia de Lanz Reuter, nos invitó a Carlitos y a mí a su cumpleaños. Pasado un segundo de estupor, aceptamos. Recuerdo que íbamos nerviosos pero contentos a la casa de Vanesa ese domingo por la tarde. Volvimos llorando. Y empapados. Nos habían arrojado a la piscina.

Llegó el día en el que nos avisaron que Nora había fallecido. Mi madrina nos llevó a Carlitos y a mí a lo de Lanz Reuter, donde la velaban. La madre, bella, altanera y distante, conversaba con unas mujeres; el padre se encontraba en la otra punta y charlaba con una pareja. Carlitos me apretaba la mano y se mordía el labio para no explotar en sollozos. Nos asomamos para ver a Nora en el cajón. No quedaba rastro de la chica que recordábamos; parecía un fantasma. La enfermedad la había devorado.

Nos sentamos en unas sillas especialmente dispuestas en el living mientras esperábamos a que mi madrina terminase de saludar a los deudos. Yo quería escapar de allí. No había avistado a Lanz Reuter y rezaba para no cruzármelo. Estaban Vanesa y varios compañeros cuchicheando y estudiando el entorno, sobre todo a Carlitos y a mí.

Se aproximó una de las empleadas domésticas de riguroso uniforme negro con una bandeja. No venía a ofrecer café sino a entregar un mensaje.

—Dice Ignacio que si podés ir un momento a verlo.

Me quedé muda.

—¿Yo? —balbuceé un instante después.

—¿Sos Cósima? —Asentí—. Entonces sos vos.

—No vayas, Cosi —me advirtió Carlitos y, para mayor seguridad, me aferró la muñeca—. Quiere hacerte una broma pesada o decirte algo hiriente.

A la empleada no se le movió un pelo con el comentario, como si lo encontrase natural, y me pregunté si también con ella el hijo de la patraña se mostraría cruel.

Toqué la mano de Carlitos mientras nos mirábamos a los ojos. Asentí, y él me dejó ir. Caminé detrás de la empleada, subí por una escalera fastuosa de mármol *botticino* y me adentré en un pasillo largo cubierto por una alfombra asombrosamente mullida de color beige. Las puertas blancas se sucedían a uno y otro lado. La chica me señaló una casi al final y se marchó con aire indiferente. Llamé con dos golpecitos delicados.

—Pasá —invitó Lanz, y su voz no me alcanzó con el timbre congestionado ni lloroso que esperaba.

Entré. La habitación era enorme, luminosa, y denotaba riqueza. Lo hallé echado en la cama, en la pose de un César, con la cabeza apoyada en la pared y una rodilla flexionada; faltaban los dos esclavos negros abanicándolo y Vanesa, cubierta por una túnica y con ajorcas de oro en los

brazos, dándole uvas en la boca. Nos miramos fijamente y por un instante me pareció advertir que una mueca de dolor le tensaba las facciones. Quería darle el pésame, como había visto hacer a mi madrina con los padres, pero el saludo me resultaba pomposo. Meditaba que decir cuando él se me adelantó.

—Sabía que ibas a venir si yo te llamaba.

Nuestros ojos no se apartaron en el mutismo que siguió. Me giré con la intención de marcharme. Él me detuvo al hablar de nuevo.

—Serví para algo, tía Cósima, y levántame el ánimo como hiciste cuando se separaron mis viejos.

No creo que haya vuelto a experimentar por otro ser viviente el odio y la bronca que me inspiró ese chico en el día de la muerte de su hermana. Había transcurrido poco tiempo desde la fiesta de Vanesa, y las humillaciones y las bromas pesadas que habíamos padecido estaban frescas en mi memoria.

—Habría sido mejor que te murieses vos y no tu hermana, que era tan buena.

Me quedé los segundos necesarios para advertir la genuina mueca de asombro, horror y dolor, en ese orden, que le transformó el gesto. Di media vuelta y cerré tras de mí. A pocos pasos escuché el estruendo de algo que golpeaba la puerta.

En el último año de secundario Lanz Reuter se volvió más agresivo, pendenciero y arrogante. Le temía a su maldad. Estaba enojado con el mundo y yo me había convertido en su *punching-ball*. Carlitos la ligaba de rebote porque me defendía; que intentase protegerme lo enloquecía de rabia.

Pese al ensañamiento de Lanz y a que todavía nos dolía la muerte de Nora, el 86 no fue un mal año. A principios de abril, a sugerencia de mi madrina —mi hada madrina debería decir—, nos unimos a un grupo juvenil católico en el que nos sentimos cómodos entre pares por primera vez. Nadie se burlaba de mi ojo o de mis dientes torcidos ni de la renguera o la estatura de Carlitos. En ese grupo conocimos a Natalia Rigatoni, mi mejor amiga hasta el día de hoy y esposa de Carlitos. Antes de hacernos amigos y de saber su nombre la apodamos Campanita, ya que era minúscula, movediza y hermosa.

Si bien me gustaba el grupo juvenil, me daba la impresión de que algunos posaban. Su actitud fraternal y gentil formaba parte de un comportamiento impostado, que se ajustaba a la definición de “ser un buen cristiano”. Campanita, en cambio, era genuina en su bondad y alegría. La quise en el momento mismo en que se presentó con su sonrisa incansable. Carlitos no tardó en enamorarse, lo cual me alegró pues andaba de capa caída desde lo de Nora.

Con Natalia hablábamos libremente, nada la espantaba ni la escandalizaba. Le conté que quería estudiar Psicología y me llevó a su casa para que hablase con la madre, que era psicóloga. Allí conocí a Luis, Lucho, como lo llamaban, su hermano mayor, del cual me enamoré. Andábamos los dos, Carlitos y yo, desesperadamente enamorados de los hermanos Rigatoni, que por el momento sólo nos ofrecían su amistad. La otra cosa buena del 86 fue que operaron los pies de Carlitos por segunda vez, en esta ocasión con éxito. Volvió de las vacaciones de invierno en muletas, que poco a poco fue abandonando gracias al empeño que ponía en la rehabilitación. La idea de caminar como cualquier otra persona frente a Natalia se había convertido en el mejor estímulo. Y lo consiguió. Yo, que habría deseado que me enderezaran el ojo con un bisturí, ni siquiera se lo mencionaba a mi madre; la cuestión económica era un gran impedimento.

Natalia conocía la hostilidad de la que éramos víctimas, por eso no se sorprendió cuando le contamos que no participaríamos del viaje de estudios a Bariloche. En cambio se mostró

inflexible cuando le dijimos que no concurriríamos a la fiesta de egresados.

—¡Claro que van a ir! Ese imbécil de Lanz no puede ganar siempre la partida. Van a ir. Vos, Cosi, irás con Lucho, y vos, Carlitos, conmigo.

Era difícil dejar sin palabras a Carlos Naum. Y con esa sonrisa de bobo. Yo, en cambio, me opuse. Era fea y gorda, sí, pero tenía mi orgullo y no quería que un chico buen mozo como Luis Rigatoni me acompañase por lástima.

—Lucho no va a ir con vos por lástima, Cósima —se impacientó Natalia—. Le caes muy bien. Además, solo con oír el sonido de la letra f de fiesta él ya está listo como un *boy scout*. Si encima hay comida gratis, no hay quién lo pare.

Natalia, que poseía un sentido natural de la coquetería y de la estética, me acompañó a comprar el vestido, que por supuesto pagó mi madrina. Nunca habría imaginado la de trucos a los que se podía echar mano para ocultar defectos y realzar virtudes hasta que Natalia me explicó la conveniencia de adquirir ese vestido, uno de tafeta lila que me marcaba la cintura, bastante afinada pese a mis kilos de más, con mangas tres cuartos, que me adelgazaban los brazos, y con una falda plato abultada con tul blanco que me llegaba a las rodillas y que disimulaba mis caderas y mi trasero más que generosos. Nada de chatitas; necesitaba tacos para estilizarme, por lo que me prestó unos zapatos de su mamá, blancos y clásicos, que en verdad, al elevarme, me hacían lucir más delgada.

La tarde anterior a la de la fiesta Natalia me depiló los bigotes y, aunque me arrancó lágrimas, valió la pena. Me afinó las cejas porque, según ella, eran gruesas como las del almacenero gallego de la vuelta de su casa, y despejó el entrecejo que yo usaba al estilo Frida Kahlo.

—Tus cejas son negrísimas y eso me encanta, Cosi —trató de animarme—, pero hay que podarlas un poco.

Me hizo la toca, por lo que mi cabello oscurísimo, siempre un infierno de bucles, quedó lacio, brillante y largo hasta rozarme la cintura. Me maquilló y me prohibió usar los lentes. El resultado me dejó fascinada, más allá de que mi ojo torcido siguiese allí y arruinase un poco el esfuerzo de mi querida amiga.

—¡Qué linda estás, Cosi! —exclamó Lucho, tan bueno como su hermana.

Él me pareció la criatura más hermosa en su traje azul oscuro. Cariños no dijo nada; me estudió de pies a cabeza y se limitó a soltar un silbido de aprobación.

Entramos en el salón. Lucho, que sabía acerca del hostigamiento de Lanz y de su jauría de hienas, entrelazó los dedos con los míos como si fuésemos novios. Me puse roja como un tomate. Me miró y me guiñó un ojo.

—Vamos a darle un poco de envidia a ese grupo de imbéciles, ¿eh, Cosi?

Está bien —murmuré, insegura, avergonzada.

No obstante, cuando mis ojos se detuvieron en los furibundos de Ignacio Lanz Reuter, que pasaban de mí a Lucho, de Lucho a mí, cobré entereza y me sentí triunfal. Jamás lo había visto tan descolocado como cuando me descubrió de la mano con un chico no tan espectacular como él, pero nada mal para la tía Cósima.

Estábamos pasándolo muy bien, olvidados de Lanz Reuter y de su estela de maldad. Me daba risa la alegría de Lucho frente a cada plato que le servían y el modo cariñoso al tiempo que sarcástico con que se trataban los hermanos Rigatoni. Lucho me prestaba atención y le interesaba saber acerca de mi elección de carrera. Él estudiaba para veterinario y lo que me contaba me tenía fascinada. Salió el tema de Indiana, mi golden retriever, y me sorprendió cuánto sabía acerca de la raza. Me contó que en la facultad un profesor lo había incluido en un proyecto para

criar perros con fines de servicio y asistenciales. Los labradores retriever y los golden retriever eran considerados los mejores para esas funciones.

Pusieron un tema de Madonna que a Natalia le encantaba y nos trasladamos a la pista para bailar. Desafortunadamente Lanz y su novia bailaban con los amigos. Me di cuenta de que furtivamente extraían botellitas de whiskey, esas que se encuentran en los minibares de los hoteles, y las vaciaban como si se tratase de agua. Un mal presentimiento opacó mi alegría. Se lo hice notar a Carlitos, que se encogió de hombros y siguió bailando con sus pies nuevos.

Teníamos calor y nos dio sed. Lucho y yo decidimos salir un rato al jardín del salón y sentarnos junto a la piscina. Ofreció ir a buscarme una gaseosa. Me quedé sola, mirando el reflejo de la luna en el espejo de agua y sumiéndole a la nada.

—¿El taxi boy ya te dejó? ¿Su tarifa sólo cubre hasta esta hora?

Di un brinco en el asiento. Lanz Reuter se había aproximado de una manera subrepticia; no lo había escuchado. Me puse de pie dispuesta a regresar al salón. No sólo lo odiaba, también le temía. Se movió con una rapidez que hablaba de su gran destreza deportiva y me aferró por y muñeca. Intenté escapar y me aprisionó el otro brazo. Sus manos callosas y enormes me apretaron hasta tocar el hueso. Lancé un quejido, dominada por una sensación de impotencia. Con la música a todo volumen habría sido en vano gritar, nadie habría acudido en mi auxilio. Me preguntaba cuánto le tomaría a Lucho regresar con las bebidas; la fila en la barra era larguísima. “Este chico”, pensé, “puede hacerme lo que quiera y yo no seré capaz de evitarlo”.

—¡Soltame! ¡Dejame ir!

Me arrastró hasta que percibí la rugosidad de la pared en la espalda. Me rebullí, furiosa, sin conseguir apartarlo un centímetro.

—Quédate quieta. Sólo quiero hacerte una pregunta.

Alcé las pestañas para mirarlo. Me sonreía con maldad, siempre hermoso y para nada agitado. Yo respiraba como si acabase de sacar la mayor cantidad de vueltas en el test de Cooper. De seguro se me había corrido el maquillaje y tenía el pelo desordenado. No conseguía hablar; la garganta se me había secado.

—Eso es, tía Cósima. ¿Y es que vos y yo podemos hablar sin necesidad de sacarnos los ojos?

—Dejame ir —susurré y tragué para humectar la boca seca—. Por favor.

—Una pregunta, una respuesta y te dejo ir. ¿Cuánto le pagaste a ese pibe para que se haga pasar por tu novio?

—¿Qué?

—No te hagas la mosquita muerta. ¿O te pensás que me iba a creer que ese pibe era tu novio?

—No quiero hacerte creer nada. Dejame. —Más forcejeo infructuoso—. ¡Soltame!

—No, hasta que me digas lo que te he preguntado. Es imposible que ese pibe se fije en un escarabajo como vos.

—¡Qué te importa a vos de mí! —exclamé con una potencia redoblada por la ira y el odio.

Durante un lapso infinitesimal Lanz Reuter se echó hacia atrás, mostró asombro y también algo que me pareció tristeza.

—¿Cómo, tía Cósima? —preguntó enseguida echando mano de su sarcasmo habitual—. ¿No somos amigos? Ese verano, en la quinta, estabas loquita por mí. Querías ser mi novia, ¿no? Habrías hecho cualquier cosa que te pidiese, estoy seguro.

Volvieron a mí las imágenes de esos meses compartidos con los hermanos Lanz. Ablandé el cuerpo y le pregunte vencida, sin orgullo, sin fuerza, sin nada:

—¿Por qué tenés que arruinarlo todo, Ignacio? ¿Por qué me odias tanto?

—Porque sí —me replicó con los dientes apretados—. Te lo merecés por ser fea y estúpida. Me estoy cansando de esperar, tía Cósima. Decime cuánto le pagaste a ese chico para que se hiciera pasar por tu novio.

Lo miraba a los ojos, asustada y humillada, pero también intrigada: me intrigaba saber cuál era el origen de tanta maldad y rabia.

—¿La tarifa que le pagás también incluye que te dé un beso en la boca?

—Dejame ir, por favor.

—¿Ya te dio un beso? ¡Respóndeme! —Me sacudió por las muñecas y me golpeé la cabeza contra la pared.

—No, no, no me besó —tartamudeé, muerta de miedo.

—¿Alguna vez chapaste con alguien, tía Cósima? No, claro que no. ¿Quién querría besarte? ¿Sabés qué? Como soy un tipo muy piola, voy a hacer el sacrificio y te voy a dar tu primer beso.

—¡No! ¡No!

—¡Sí! ¡Sí! Para que sepas lo que es un verdadero macho y un buen beso. Para que puedas comparar con tu taxi boy.

Sacudí la cabeza para esquivar su boca con aliento a whiskey y a cigarrillo, espantada ante la idea de que los labios de ese ser perverso fuesen los que tocaran los míos por primera vez. Siempre había imaginado una escena idílica para mi primer beso. Me negaba a que Lanz arruinase también esa ilusión y sin embargo era consciente de que perdía la batalla. La impotencia y la vulnerabilidad me ahogaban.

Lanz me echó el cuerpo encima y me apretó aún más contra la pared, cuya superficie de ladrillos a la vista se incrustó en mi espalda y me hizo doler. Tomó mis muñecas en su mano izquierda y me obligó a levantar los brazos sobre la cabeza. Me sujetó el rostro por la mandíbula y apretó para que me quedase quieta. Aunque intenté moverla, me resultó imposible, como si tuviese la cara encajada en una morsa.

—¿Por qué no querés que te bese?

—Porque te odio.

—No me odiás. Eso que dijiste el día en que murió Nora no es cierto.

Me asombró que lo recordase. Con Lanz tenía la impresión de que sólo se daba cuenta de que yo existía cuando, por esos infortunios de la vida, entraba en su campo visual. El resto del tiempo se olvidaba de mí.

—Sí, es cierto —confirme—. Habría sido mejor que murie...

Me acalló con un beso brutal. Sus labios aplastaron los míos hasta que sentí los dientes presionar contra la carne. Me tomó por sorpresa cuando me penetró con la lengua. No había imaginado que cruzaría esa línea. Me quede quieta un instante, abrumada por esa violación a mi intimidad, asqueada por los sonidos que él hacía, por cómo se refregaba en mi cuerpo. Otra vez Lanz lo arruinaba todo. El día en que un chico y yo nos enamorásemos no podría decirle: “Quiero que seas vos el que me bese por primera vez”. Tal vez era una romántica incurable o una inocentona, pero se trataba de algo importante para mí, y mi torturador me había arrebatado ese sueño.

La ira me brindó fuerzas para presentar pelea. Lo sorprendí pues, estoy segura, creía que me había subyugado, incluso su mano derecha sobre mi mandíbula había aflojado la sujeción y su contacto casi semejava una caricia. Agité la cabeza pese a que los filos de los ladrillos me lastimaban e intenté arrancar las muñecas de su garra. Emití quejidos ahogados y moví las piernas. Todo esfuerzo resultó inútil. Con su cuerpo de *forward* de rugby aplastándome contra el

muro era como si se me hubiese echado encima una roca.

Escuché ruidos de vidrio al romperse y también el nombre de Lanz pronunciado a los gritos por una voz femenina, la de Vanesa. La presión cedió casi de inmediato y me doblé sobre mis rodillas para tomar aire.

—¡Hijo de puta! —escuché que Lucho exclamaba y me incorporé súbitamente.

Frente a mí se había desatado la pelea. Vanesa me tomó por los hombros y me asestó una bofetada. Con la mano sobre mi mejilla, me quedé mirándola, estupefacta.

—¡Dejá a mi novio en paz!

No tenía tiempo de luchar contra ese coco hueco. La empujé para abrirme paso y corrí hacia Lucho y Lanz que se habían trezado como perros salvajes. Sin duda Lanz era más fuerte y corpulento; Lucho, sin embargo, presentaba batalla con coraje.

Aparecieron Carlitos y Natalia y en un instante la fiesta entera rodeaba a los contendientes y los alentaba. Sus exclamaciones ahogaban mis súplicas. Cayeron en la piscina, donde Lanz Reuter tomó la posición dominante y hundió la cabeza de Lucho.

—¡Dejalo respirar! —le suplicaba, sin resultado.

Me arrojé a la piscina. Carlitos lo hizo detrás de mí. Me colgué de los hombros de Lanz mientras Carlitos intentaba quitar sus manos de la cabeza de Lucho. No sabía que hacer. Haberme sujetado a la espalda de mi torturador estaba teniendo el mismo efecto de un mosquito posado en su hombro. Le mordí el cuello. Nunca había mordido a nadie y esa noche descargue una dentellada llena de pasión y de odio, que lo hizo aullar de dolor y convulsionarse de un modo tan violento que me arrojó hacia atrás. Soltó a Lucho y se volvió hacia mí. Y ese fue el instante en que más miedo le tuve. Su mirada de ojos asesinos me cortó el aliento y cuando avanzó cubriéndose con la mano el sitio donde lo había mordido pensé que me había llegado la hora.

Caminé hacia atrás entorpecida por la falda plato llena de tules cargados de agua.

—¡Gorda bizca, hija de puta! —me insultó y, a punto de lanzarse sobre mí, dos padres de la organización de la fiesta lo sujetaron y lo condujeron fuera de la piscina.

Lucho y Carlitos me ayudaron a salir. Temblaba y me castañeteaban los dientes. Natalia me envolvió con una toalla y me dejó guiar por ella. Caminé con la cabeza baja, observando los pies que se apartaban para dejarnos pasar, escuchando mi propia respiración agitada en el mutismo del salón sin música, mientras luchaba por contener el llanto. Hasta que me di cuenta de que estaba en el baño, sola con mi amiga. La abracé y me largué a llorar como pocas veces lo había hecho. Oí que se abría la puerta y me tensé. Temía que fuese de nuevo Vanesa con sus reclamos celosos. Eran Carlitos y Lucho. Enseguida sentí que los brazos de mi mejor amigo me rodeaban por detrás y percibí que me besaba la nuca.

—¿Cómo estás? —quiso saber.

—Mojada.

—Siempre terminamos mojados en las fiestas, vos y yo —apuntó con acento risueño.

—En las fiestas en las que está Lanz.

—Sí —admitió.

Me aparté de Natalia y le sonreí con labios resecos y temblorosos. Me devolvió una mirada atónita.

—Es mucho peor de lo que imaginaba —comentó.

Me dirigí a Lucho.

—¿Estás bien?

—Sí, estoy bien, no te preocupes por mí.

—Gracias por defenderme. Me da vergüenza todo esto.

—No tenés que tener vergüenza de nada, Cosi. Ese pibe es muuuy imbécil. Es él el que debería avergonzarse, no vos.

—¿Qué pasó, Cosi? —quiso saber Carlitos.

—Lucho fue a buscar una gaseosa y me quedé sola en el jardín —expliqué—. Lanz se apareció de repente, no lo escuché acercarse, y me preguntó cuánto le había pagado a... no recuerdo qué dijo, algo con boy, taxi boy, eso dijo. Que cuánto le había pagado al taxi boy para que hiciese pasar por mi novio. Traté de escaparme pero me agarró fuerte y...

—Te besó —completó Carlitos y yo me limité a asentir, mortificada; por la humillación—, ¡Hijo de puta! Me gustaría verlo muerto, al hijo de puta.

Extendí la mano y sujeté la de mi amigo del alma, que entrelazó dedos con los míos. Los hermanos Rigatoni nos dejaron solos. Natalia fue a pedir más toallas y Lucho a buscar el auto para irnos.

—¿Te lastimó? —inquirió Carlitos.

—No —dije y me miré las muñecas enrojecidas—. Fue muy bruto, pero no me lastimó.

—Siempre lo sospeché.

—¿Qué? ¿Qué sospechaste?

—Que Lanz está loquito por vos.

—Carlos Naum, ¿estuviste tomando?

—Coca y Sprite. Estoy muy lúcido, Cosi.

—No parece. Lanz me dijo que era fea y estúpida y que era imposible que un chico como Lucho se fijase en mí.

—Está más celoso de lo que imaginaba —masculló Carlitos y y solté un bufido incrédulo—. Que vos te creas la peor de todas no lo convierte en realidad. La verdad es una sola: sos la mejor de todas y, aunque lo deteste con todas mis fuerzas, debo concederle a Lanz que supo ver la gran chica que sos. Y le gustás.

—Estás delirando, Carlitos. ¿Porque le gusto me trata como si se basura?

—Yo creo que...

—¿Qué? —lo insté.

—Es duro lo que pienso.

—Decilo. Soy fuerte.

—Vos le gustás muchísimo, pero le daría vergüenza andar con una como vos porque no sos como las minas que, se supone, andan con uno como él. No sos como las minas con las que él se pavonea en su rugby.

—Una como Vanesa —susurré y un cansancio demoledor me hizo entrecerrar los párpados.

—Sí, una como la hueca de Vanesa. Linda, muy linda, pero sin nada de seso. Ni corazón —añadió y volvió a apretarme la mano.

—Sea como fuere —suspiré—, Lanz arruinó todo de nuevo. Estaba feliz, Cariños. Lucilo es repiola y lo estaba pasando tan bien con él. Me había olvidado de mi estrabismo, de que soy gorda, de todo. Hasta que llegó Lanz y lo arruinó como siempre. Y me dio mi primer beso. Yo quería reservarlo para el chico que me gustase y ahora...

—Ahora nada, Cósima. Eso no fue un beso. Eso fue cualquier cosa menos un beso. Un ataque, eso fue. Deberían expulsarlo del colegio, salvo que no lo harán porque su familia es importante y la constructora del padre terminó el gimnasio y el anfiteatro casi sin cobrarles. Pero eso no fue un

beso —reiteró con una determinación inusual.

Asentí, aunque en el fondo para mí seguía siendo el primer beso.

—¿Qué es un taxi boy, Carlitos?

—No sé.

—Sí, sabés. Decime.

—Un prostituto.

—¡Oh!

Al día siguiente amanecí con treinta y nueve de fiebre. El médico diagnosticó gripe y me indicó reposo. Extendió un certificado para el colegio en el cual expresaba la necesidad de que me ausentase siete días. Mi madrina, mi dulce hada madrina, me visitaba por la tarde, cuando salía del Saint Peter's. El día anterior a mi reincorporación, al verme un poco más animada, sacó el tema de lo ocurrido en la fiesta. Lo sabía gracias a los chismes del colegio. Para corroborar las versiones había telefoneado a una de las madres organizadoras del evento, “una con criterio, que no abundan”, aclaró, y que la había informado acerca de los detalles. —¿Desde cuándo Lanz Reuter te molesta?

—No importa, madrina.

—¿Desde cuándo, Cósima?

—Desde primer año.

—Y nunca me lo dijiste. ¿Por qué?

—Porque no quería que tuvieses problemas por mi culpa. Demasiado que me pagás la cuota del colegio y me comprás todo.

—¡El dinero no tiene un pito que ver con esto, Cósima! Ese chico ha estado hostigándote todo este tiempo bajo mis narices y yo, como si nada. ¿Fue por él que no quisiste ir al viaje de estudios?

—Por él y por lo que te dije, porque no quería que vos lo pagases. Demasiado con todo lo que nos das a mamá y a mí.

—Qué chinita —masculló entre dientes.

—Ya no importa, madrina. Por suerte, en dos semanas terminan las clases y nunca más volveré a verlos, ni a Lanz ni a sus amigos.

—Lanz Reuter está amenazado con la expulsión si vuelve a molestarte, a vos o a Naum, que ya sé que lo tenía de punto a él también. Quiero que, aunque sea por esta última semana, estés tranquila y disfrutes. No volverá a molestarte. ¡O, por Dios, que lo expulso!

Regresé al colegio más pálida y ojerosa que de costumbre, aunque serena. Llegó a mis oídos lo que se murmuraba, que yo le había suplicado a Lanz que me diera un beso. Él, borracho como estaba, había accedido sin saber lo que hacía. Según Carlitos, Vanesa había echado a rodar el chimento para evitar la humillación de convertirse en la traicionada. Yo me encogía de hombros y seguía mirando el patio donde jugaban los chicos de primaria. Me encantaban los niños y, si no me hubiese sentido débil, me habría puesto a jugar con ellos.

El beso forzado de Lanz y esa semana de gripe en la que me lo había pasado meditando, operaron en mí como un proceso de purgación, un catalizador que me había impulsado a cambiar lo que no me gustaba y que podía cambiar y a aceptar lo que siempre sería parte de mí.

Desde aquel lejano día del 86 había transitado un largo camino de éxitos y también de pérdidas y tristezas. Pero sobre todo me había convertido en una mujer de la que me enorgullecía. Y de nuevo Lanz se cruzaba en mi camino y me hacía temblar.

Volví a fijar la mirada en el listado con el nombre Ignacio Lanz Reuter y me pregunté por qué

me inquietaba. No podía tratarse de miedo; él ya no estaba en posición de herirme ni de humillarme. ¿Qué estaba sucediéndome, entonces? Me debatía entre cancelar la cita o saciar la curiosidad y tenerlo a mi merced en el consultorio. ¿Qué problema acuciaría a su hijo que lo obligaba a rebajarse y a solicitar mi ayuda? Me dije que quizá Lanz no tenía idea de que su mujer había solicitado el turno con una tal licenciada Cósima Facchinetti. Un tipo como él, presidente de una de las empresas más importantes del país, que se codeaba con políticos de alto vuelo y con personajes del jet set y que a menudo aparecía en las revistas Gente u Hola, no contaría con tiempo para acompañar a la consulta a su hijo. Igualmente no debía perder de vista que, según Marita, había sido la secretaria de Lanz la que había solicitado el turno. Tal vez, reflexioné, se tratase de la asistente de la esposa y no de la de Lanz.

¿Cómo sería la mujer que había elegido como compañera y madre de sus hijos? Hacía poco había visto en el diario una foto de ella y de Lanz tomada durante la inauguración de una cárcel modelo construida por Lanz Reuter Construcciones. Me pareció bellísima. ¿Sería buena persona?

Tal vez resultase sensato derivarlo a colegas de otras instituciones; había dos a las que consideraba recomendables. Sacudí la cabeza. No, nadie sabía de autismo y otras condiciones propias de los niños con problemas comunicacionales como yo. No se trataba de falta de modestia; era la verdad. Me había dedicado con el alma a entender cómo pensaban, sentían y Vivían las personas que no se comunicaban de acuerdo con nuestros cánones, y la fundación que Carlitos, Lucho y yo habíamos creado merecía reconocimiento internacional.

Si por miedo o revancha —a este punto no sabía bien cuál— derivaba a su hijo, la más perjudicada sería la inocente criatura que nada tenía que ver con los pecados de juventud del padre. Además, me consolé, quizá se presentase la esposa. ¿Por qué me engañaba? No sólo tenía el palpito de que ese día, a las cinco y media, lo vería cruzar el umbral de mi puerta sino que lo deseaba. Y eso me aterrorizó.

Apreté el nombre de Carlitos, en mi listado de contactos y esperé ansiosa a que atendiera. Tenía miedo de que ya hubiese iniciado la adaptación de la perra Solé con Elenita Rodríguez. Cuando Carlitos trabajaba no le atendía el celular ni a la mismísima Natalia, que habría sido como decir ni al mismísimo Dios.

—¿Qué tul, Cosi? —me respondió con su alegría sempiterna.

—Emergencia. ¿Tenés dos minutos para hablar?

—Estoy subiendo a Sole al auto para ir a lo de Elenita. Tengo unos minutos, sí, pero no muchos. ¿Qué pasa?

—Marita acaba de pasarme el listado de los pacientes de hoy.

—Aja. ¿Y?

—Para las cinco y media tengo agendado a un nene.

—Hasta ahora, nada nuevo —apuntó mi querido amigo.

—El nene se llama Ignacio Lanz Reuter.

Tras un silencio Carlitos expresó:

—Es su hijo, tiene que serlo.

—Yo también lo pienso —acordé.

—Es un hijo de la gran puta. ¿Con qué cara viene a pedirte que atiendas al hijo después de que te hizo la vida de cuadritos durante cinco años?

—Yo pensé lo mismo —admití y odié la voz insegura que Carlitos ya habría percibido.

—¿Qué vas a hacer? Podrías pasárselo a la licenciada Kultren o a la Parisi. Son buenas.

—Pero no tienen la infraestructura ni las técnicas de punta que tenemos en la fundación —

aduje—. Y me parte el alma que el hijo tenga que pagar por los pecados del padre.

—Derivalo con alguna de las licenciadas de tu equipo.

—Es una buena idea —mascullé, sin ánimo.

—Si es una buena idea ¿por qué te imagino con cara triste? —Guardé silencio—, ¿Me parece a mí o tenés ganas de ver a ese pedazo de mierda?

—A vos no voy a mentirte. Sí, me gustaría verlo. Me gustaría que me viese ahora que no puede atormentarme ni tomarme de punto. Me gustaría refregarle mi posición de poder. Pero no me parece profesional ni digno. No tengo idea de cuál es el problema de su hijo, pero sea cual sea, nuestra mala onda va a repercutir negativamente en él. De todo, modos —rematé—, dudo que el gran empresario Lanz Reuter acompañe al hijo a la consulta. De seguro tendré el placer de conocer a la esposa.

—Ah, sí, el gran placer, insisto: Lo mejor sería que derivases el caso a una de tu equipo. Son todas más que capaces. Las has formado vos, Cosi. El nene va a recibir todo nuestro apoyo y se beneficiará con nuestro conocimiento y tecnología, y vos no tendrás que someterte a nada que te haga daño.

—Puedo ir monitoreando el caso, como hago con decenas de otros nenes —añadí, y aunque simulaba convencimiento, no lo sentía.

—Exacto.

—OK —murmure.

—Cosi, tengo que dejarte. Nos vemos más tarde en la fundación.

—Está bien. Nos vemos. Gracias, Carlitos. Te quiero.

—Y yo a vos.

Apreté el botón del intercomunicador y convoqué a Marita. Le indiqué que llamase a la persona que había pedido el turno para el Niño Lanz Reuter y que le informara que Jo atendería la licenciada Mirta Petrillo.

—Mirta podrá verlo recién el miércoles que viene —aclaró mi asistente.

—Perfecto. Le cambiás el turno para el miércoles que viene.

—Si me pregunta por qué no podés atenderlo vos, ¿qué le digo?

—Que tengo la agenda completa y que no estoy tomando nuevos pacientes.

—Pensará que soy una idiota —declaró Marita, que era la eficiencia hecha persona.

—No pensará eso, quedare tranquila. Lanz Reuter —dije y pronuncié con cadencia sarcástica el segundo apellido— sabrá comprender que tengo la agenda completa.

Ignacio

Abrí el mensaje de Romina, mi secretaria, pese a encontrarme en una reunión importante con un alto funcionario del Ministerio de Desarrollo Urbano del Gobierno de la Ciudad, y lo abrí porque refería a la cita de esa tarde. *La asistente de la licenciada Facchinetti cambió el turno para el miércoles que viene. No los atenderá ella sino una lic., de su equipo.*

¡Mierda!, bramé para mis adentros, A decir verdad, me lo esperaba. La tía Cósima se cobraba venganza. No podía reprochárselo, había sido un reverendo hijo de puta con ella durante cinco

años. Estaba arrepentido; desde hacía décadas estaba arrepentido, desde el día en que me cayó la ficha de la salvajada «que cometí al besarla a la fuerza en la fiesta de egresados. Incluso yo, arrebatado y egocéntrico, sabía que había cruzado una línea, y me asustó admitir que, si el chabón que estaba con ella no me hubiese frenado, quizás habría terminado violándola, besarla me había puesto al palo.

No hay nada que pueda alegar en mi favor, sólo que tenía un pedo que no veía y que esa noche ella estaba distinta, con el pelo larguísimo y lacio y muy atractiva en ese vestido que le marcaba las tetas y la cintura. Reconozco que verla aparecer en la fiesta, cuando imaginé que no se atrevería a ir, me dejó helado. Verla de la mano con un pibe bastante pintón metamorfoseó la gran sorpresa en una gran bronca. Y en celos. La tía Cósima era mía, no en el sentido en que lo eran las minitas con las que curtía. Ella era mía de un modo que no habría sabido explicar. Yo era su dueño, punto. Y hacía lo que quería con mi mascota.

Esa noche, la de la fiesta de egresados, me bajé varias botellitas de whiskey para envalentonarme. Quería romperle la cara al chabón que la tocaba y la miraba con ojos de boludo. ¿Por qué la miraba como si fuese Raquel Mancini, si era gorda, petisa y bizca? Cierto, era dulce, buena, cariñosa y, sobre todo, inteligente. Pero era fea como un carancho. Le concedía que había mejorado al depilarse el bigote y las cejas y al arreglarse la maraña de rulos; los dientes chuecos y el ojo que apuntaba al cielo seguían allí. Su palidez cadavérica fosforescía en contraste con las cejas negras, y yo le conocía dos venas muy azules, una que se transparentaba en la sien y otra que bajaba desde la comisura de la boca y se le perdía en el escote. Me encantaba mirarle esas venas, vaya a saber por qué.

Vanesa estaba más pesada que de costumbre y no sabía cómo sacármela de encima para abordar a la tía Cósima. Aproveché cuando se fue al baño. Salí al jardín, donde se habían escabullido los dos tortolitos. La encontré sola y me lancé a mi rutina de hostigamiento. Y la cosa acabó mal, no por la felpada que me dieron en casa y en el colegio, sino por la mirada aterrada que me devolvió la tía Cósima después de morderme. Me hizo ver las estrellas y tenía ganas de ahogarla, lo admito. Sin embargo, al volverme y descubrir el pánico que yo le inspiraba, se me congeló el corazón.

Ella había estado loquita por mí en el verano del 82 y me había contemplado con una sonrisa beatífica y ojos deslumbrados. Años más tarde me deseaba la muerte. Nunca olvidaré sus palabras en ocasión del velorio de mi hermana Nora: “Habría sido mejor que te murieses vos y no tu hermana, que era tan buena”, y no las olvidaré porque eran las que yo estaba pensando en el instante en que ella entró en mi dormitorio.

Después del ataque en la fiesta de egresados, hecho que revolucionó a las autoridades del colegio, en especial a la directora Carmen Sidarti, madrina de la tía Cósima, zafé de un castigo que merecía. La condición que me impusieron para evitar las amonestaciones que me habrían dejado libre fue que hiciese terapia. “¿Por qué la tratas tan mal si en el verano del 82 eran amigos?”, me preguntó la psicóloga en la primera sesión. “Porque es fea”, contesté.

Al año siguiente comencé a estudiar Ingeniería Civil y casi no pensaba en la tía Cósima. Casi. Hasta que siete años más tarde la vi emerger de la boca del subte. No sé por qué la reconocí si en realidad era otra persona, una mujer hecha y derecha, a la que en un principio presté atención desde mi BMW porque me pareció atractiva. Estaba más alta, más estilizada, el pelo largo y prolijo, sin lentes ni el odioso parche, y por cierto sin el ojo que apuntaba al cielo; debía de haberse operado. Ella no me vio ni supo el golpe que significó encontrarla tan bien. Nunca sería una beldad, pero algo la rondaba que obligaba a los demás a darse vuelta a su paso.

Regresaron las imágenes del verano del 82, en el que ella lo había sido todo para mí, cuando me salvó de caer en un pozo de tristeza interminable la noche en que mis viejos nos anunciaron que se divorciarían. Y también me acordé de los cinco años de secundario en los que le hice la vida imposible. Y el arrepentimiento se me transformó en una pelota que me obstruyó la garganta. El coche de atrás me bombardeó a bocinazos porque el semáforo estaba en verde y yo seguía como un boludo mirando a la tía Cósima que se alejaba. No arranqué hasta que la vi desaparecer dentro de un negocio. Esa noche tuve sexo con mi primera esposa y, mientras la penetraba, cerraba los ojos y la imaginaba a ella, a la tía Cósima.

Unos años más tarde, con la excusa de que se cumplían diez de egresados, organicé una fiesta en la quinta para volver a verla. Yo ya tenía dos hijas, Justa, de tres años, y Ema, de uno, y mi obsesión por la tía Cósima volvía para golpearme como de costumbre, sorpresivamente. La había avistado en Ezeiza unas semanas antes mientras ella hacía el check-in en el mostrador de la clase turista y yo en el de primera. Estábamos por abordar el mismo vuelo a Nueva York. Habría podido acercarme para ofrecerle un tratamiento vip que le habría evitado colas y esperas. Desde hacía un par de años una de las empresas de nuestro grupo se ocupaba de la explotación de varios de los aeropuertos más importantes del país, y yo era el rey de ese lugar. No lo hice. Me conformé con seguirla y me dediqué a observarla. Aún llevaba el pelo largo con rulos, que ya no me parecían enmarañados, sino que catan prolijos sobre su espalda. Iba vestida con unos jeans que se le ajustaban al trasero, que nunca sería pequeño, y que le marcaban la cintura, el punto fuerte de su silueta junto con las tetas. Llevaba una chaqueta corta de cuero color suela que le daba un aspecto canchero. La deseé con la intensidad que deseo todo en la vida. Ya en el avión, me aventuré en la clase turista y le pasé al lado; ella no alzó la mirada. Lucía absorta en la lectura de un libro. Estuve a punto de saludarla, pero le temí al rechazo y al papelón. Volví una hora más tarde y la vi jugando con una nena al “piedra, papel o tijera” y me acordé de la tarde de aquel verano del 82 en el que le había enseñado ese juego y cuánto le había gustado. La perdí de vista en el aeropuerto JFK, de lo contrario la habría seguido hasta su hotel.

Esa nueva visión más intimista de la tía Cósima me impulsó a planificar la fiesta que, de otro modo, no habría organizado ni loco, con todo el laburo y las actividades deportivas y sociales que tenía. Conseguí su teléfono haciendo malabares y le pedí a Alberto Maggi que la llamase. De mis amigos del colegio él era el mejor y siempre me reprochaba cuando molestábamos a Cósima y a su apéndice Cuasimodo.

La tía Cósima lo trató muy bien pero, como era de esperar, declinó con una excusa. Ávido de información, interrogué a Alberto. ¿Cósima le había preguntado por mí? No. ¿Ni siquiera indirectamente? No. ¿Qué le había contado? Que vivía en Palermo, que era psicóloga de niños, lo cual me hizo sonreír por lo previsible, y que estaba casada, lo cual me quitó la sonrisa de un plumazo; para peor, esperaba a su primer hijo.

Meses más tarde me atraganté con el café al leer en el Clarín: “Muerte trágica en la Ruta 2” seguido por un copete donde mencionaba a una tal Cósima F. de Cárdenas. Tenía que ser ella. Recuerdo que el rostro se me puso frío. La sangre me pulsaba en los oídos en tanto avanzaba a los tropezones por los párrafos del artículo que describía un accidente causado por un conductor ebrio que había salido ileso. En el otro vehículo, en cambio, se contaba una víctima, el conductor, Horacio Cárdenas, fallecido en forma instantánea. Su esposa, embarazada de seis meses, había parido a un varón en la ciudad de Mar del Plata, que había muerto también. Desesperado, llamé a Alberto y le rogué que se comunicase con ella para confirmar la trágica noticia. Cuasimodo atendió el teléfono y le ratificó que se trataba de mi querida tía Cósima, a

quien el destino, de un zarpazo, le había arrebatado el marido y el hijo.

La reunión de los egresados del 86 se convirtió en un clásico que se repetía cada tanto en mi quinta y que yo seguía organizando en la esperanza de que la tía Cósima me honrase con su presencia. Alberto, el fiel y bueno de Alberto, seguía llamándola, también a Cuasimodo. Los dos declinaban con amabilidad. De tanto que los llamó, terminaron haciendo buenas migas y en una oportunidad Cósima lo invitó a cenar. Estaban Cuasimodo y su mujer, una tal Natalia.

Al día siguiente lo pasé a buscar por la oficina y lo llevé a almorzar a un restaurante carísimo de la Recoleta con el fin de que me contara acerca de ella. Lo que más me importaba era saber si habían hablado de mí. Cuasimodo me recordaba con gran afecto, bromeó Alberto Maggi, y su mujer Natalia rememoró la pelea en la fiesta de egresados. Me consoló que, durante ese viaje por el nefasto pasado, la tía Cósima no hubiese abierto la boca y que en cambio hubiese aprovechado para levantar los platos y traer el café. Persistí en el interrogatorio. ¿Me había mencionado? ¿Hablaban del marido muerto? ¿Estaba avejentada, gorda, fea? No, no y no. Estaba bien, más delgada, pálida y un poco ojerosa, pero había hallado en su profesión el refugio para descansar de su profunda pena.

En un punto de la conversación Alberto hizo una pausa y me miró a los ojos.

—Nacho, vos sabés que no me meto donde no me llaman, pero ¿qué mierda te pasa con la tía Cósima? ¿A qué se debe este interés por invitarla a las fiestas de la división y por saber de ella?

Le metí un verso grande como una casa que yo mismo me tragué. Que me remordía la conciencia, que me sentía culpable, que me había comportado como un hijo de puta, que me habría gustado pedirle disculpas, que me daba lástima que fuese tan joven y viuda y bla, bla, bla.

Como no quería seguir usando el canal de Alberto, llegué al extremo de contratar a un investigador privado, un ex agente de la *SIDE*, para que me mantuviese informado sobre ella. Le exigí que averiguase desde las cuestiones más banales hasta las más importantes. Me costaba un ojo de la cara, pero el dinero no era un problema; nunca lo ha sido. No era feliz, pero sí muy rico. Por aquella época estaba divorciándome de mi primera mujer, tomaba mucho e incluso me drogaba con un grupo de políticos con los que hacía negocios. Me dedicaba mayormente a cometer excesos y a espiar a Cósima. Jamás reuní el valor para llamarla o aproximarme a ella.

Mi padre, presidente y único propietario de la constructora fundada por mi abuelo apenas llegado de Alemania y que tanto bienestar económico nos prodigaba, comenzó a quejarse de mi bajo rendimiento y de mi mal desempeño; no confiaba en mí. Me puso entre la espada y la pared: me sometía a un tratamiento de desintoxicación y hacía terapia o podía ir despidiéndome de mi puesto en la empresa. Mi viejo me tenía agarrado de los huevos porque yo amaba mi laburo.

Empecé el programa de desintoxicación en una clínica lujosa en Acassuso y comencé terapia. Y hasta el día de hoy sigo con el mismo terapeuta, José Vianes, que me conoce del derecho y del revés. El me ayudó a encaminar mi vida y a dejar de lado la obsesión por la tía Cósima, que en su opinión representaba para mí lo bueno y lo puro, virtudes que, por un lado, ansiaba porque me brindaban paz y que por el otro detestaba porque refrenaban mi espíritu salvaje y me embargaban de culpa. Por esa razón se trataba de una obsesión furtiva, secreta, pecaminosa.

Volví a casarme. Vivian era doce años más joven que yo. Despampanante es la palabra justa para describirla. Mi madre, una mujer que fijaba el valor de los demás de acuerdo con la belleza física, la encontró sin tacha. Y esto debió preocuparme, sólo que yo andaba como un perro alzado y no escuché ninguna señal de alarma.

La gran desilusión llegó cuando tuvimos a nuestra primera hija, Montserrat. Otra vez una hembra, e iban tres. Anhelaba el hijo varón como he deseado pocas cosas. Quería enseñarle a

jugar al rugby y prepararlo para que se hiciera cargo de la constructora. Pese a que el instinto materno de Vivian era el de un cactus, la convencí de que dejara de tomar las pastillas anticonceptivas y volviese a quedar embarazada. Ella no quería; aducía que acababa de operarse las lolas después de que se le hubiesen arruinado por amamantar a nuestra hija. A mí no me importaban sus razones y la presioné hasta conseguirlo. Y conseguí también el hijo varón al que bautizamos con mi nombre, Ignacio Julio Lanz Reuter. Él se convertiría en mi orgullo, en mi sucesor. Sólo que Nachito se demostró un fiasco casi desde el principio.

A tres años de su nacimiento y habiéndome negado a ver la realidad, comencé a aceptar que algo no cuadraba en él. Prácticamente no hablaba; sólo repetía sonidos o palabras cortas que escuchaba en la tele; parecía un disco rayado. Les tenía pánico a ciertas cosas, como a las escaleras mecánicas y a las puertas automáticas. Hacía berrinches en la calle sin ningún motivo y eran un bochorno absoluto. No jugaba con su hermana Montse ni con otros nenes. Si le lanzaba la guinda de rugby, miraba el suelo y la dejaba pasar. A veces sacudía las manos como si fuese una gallina que acababa de poner y revoleaba los ojos como si estuviese drogado. Dormía poco y mal y se hacía encima. Estos patrones se habían acentuado desde que las discusiones con Vivian eran la norma.

La maestra de la salita de tres de Nachito nos mandó llamar para referirnos su preocupación y sospecha. Habría desechado la opinión de esa maestrucha jardinera si mi terapeuta, una de las pocas personas a las que respeto y admiro, no me hubiese sugerido lo mismo tiempo antes: Nachito podía padecer autismo.

Cambiamos de pediatra. La nueva nos mandó hacer un sinfín de pruebas, desde cognitivas y del lenguaje, hasta neurológicas y fisiológicas. Me lo pasaba de consultorio en consultorio. A veces Vivian me acompañaba, pero mayormente iba con Sara, la babysitter, porque mi mujer aseguraba que la deprimían la ansiedad y las largas esperas.

No es fácil diagnosticar el autismo; primero se descartan otras condiciones como sordera, problemas de la visión, incluso esquizofrenia. La carpeta en la cual iba juntando los resultados de los estudios era cada vez más gorda. Hasta que llegó el día en que el equipo multidisciplinario que había evaluado a mi hijo durante meses acordó que Nachito padecía autismo de alto funcionamiento. Aunque me lo esperaba, recibí el veredicto como una sentencia a muerte.

Ese mismo día, agobiado por la preocupación y la angustia, solicité una sesión extraordinaria con mi terapeuta. José me sugirió consultar a una experta, más bien una eminencia a nivel internacional en la materia, con libros publicados y todo: Cósima Facchinetti. Superado el estupor, le revelé que la licenciada Cósima Facchinetti era la famosa tía Cósima de quien tanto le había hablado. Mi terapeuta se quedó mudo y me miró fijo; no era ni es frecuente tomarlo por sorpresa. Se levantó de la butaca, consultó un directorio y anotó el nombre y el teléfono de la Fundación Indiana, la cual, me dijo, estaba presidida por mi querida tía Cósima.

La cuestión tomó un cariz extraño cuando días más tarde llevamos a Nachito a la pediatra que encabezaba el equipo que lo había evaluado y, ante mis consultas y celos, nos aconsejó que pidiésemos un turno con la mejor especialista en cuestiones de autismo y otros trastornos del espectro autista, la licenciada Cósima Facchinetti. El corazón me saltó por segunda vez como sólo ese nombre me lo hace saltar. Según la pediatra, los pacientes de la licenciada Facchinetti alcanzaban niveles de desarrollo extraordinarios. Resultaba claro que Cósima era una estrella de inestimable brillo en el firmamento de los médicos y de los psicólogos y que el destino se empeñaba en que volviésemos a vernos.

Y ahora Romina me escribía para decirme que la tía Cósima me derivaba con una de su

equipo. ¡Y una mierda! Mi hijo tendría a la mejor profesional a su disposición y, si era necesario, el arrogante ingeniero Lanz Reuter se arrastraría y pediría perdón para conseguirlo.

Aunque me urgía irme, no podía cortar a Oscar Militello, el hombre de confianza del ministro de Desarrollo Urbano de Buenos Aires. Sacudía las piernas bajo la mesa mientras el político me explicaba qué tajada de la torta le correspondería como consecuencia de la licitación que me ayudaría a ganar. Acabé aceptando el porcentaje que me exigía sin regatear, lo cual lo sorprendió —era famoso como negociador implacable—, lo mismo a mi asistente y mano derecha, Arturo Cimmi, y los dejé solos para ultimar los detalles. Corrí a la empresa para solucionar la debacle que significaba la deserción de la tía Cósima. Me costaba concebir que el destino le sirviese mi cabeza en un plato y que Cósima desdeñara la ocasión para vengarse. Ansiaba estar frente a ella, anhelaba que nos dijésemos lo que no nos habíamos dicho cuando éramos pendejos.

Entré en la imponente torre de propiedad de mi empresa y tomé el ascensor privado. Romina se puso de pie al verme llegar. Con un ademán de cabeza le indiqué que me siguiese al despacho, una oficina de noventa metros cuadrados en el piso treinta y seis y con vistas al río; en los días despejados se divisaba Colonia. Me senté en la butaca y observé entrar a mi asistente con su iPad y mi taza con café espresso. Se trababa de una mujer de treinta y cuatro años, fea, tabla por delante, tabla por detrás e inteligentísima. En pocas personas confiaba como en Romina Salvi; ella conocía varios de mis secretos, no sólo las minas a las que a veces me cogía en la habitación contigua a mi despacho, sino otros referidos a los negocios. Su fidelidad estaba garantizada con un sueldo que pocas ganaban en el ámbito de las asistentes ejecutivas, además de ocuparme de otros detalles, como la salud de sus achacosos padres. En ese momento disfrutaban de una quincena en las Termas de Río Hondo, en el hotel cinco estrellas que había inaugurado el año anterior, producto de la guita que me daba la soja.

Hablando un día acerca de Romina, José Vianes me hizo notar que para las cosas que juzgaba importantes elegía mujeres con cerebro. Para la cama, elegía a las de tetas y culo perfecto pero sin materia gris; esto último, según mi terapeuta, era un requisito *sine qua non*. Aseguraba también que mi modo de catalogar a las mujeres tenía su origen en la relación con mi madre, mujer de una belleza que ni siquiera los años marchitaban, pero fría como un témpano y con pajaritos en la cabeza, a quien yo, que seguía sin resolver el infante complejo de Edipo, había deseado agrandar con enfermiza tenacidad. “Había deseado” es un modo de decir; en realidad, aún deseaba agrandar, y por esa razón mis dos esposas eran de una hermosura indiscutible. Por qué las elegía lindas pero superficiales se debía, siempre en opinión de José Vianes, a mi necesidad como macho alfa de posicionar a la hembra, no como un par sino, como alguien por debajo de mí, sometido a mi voluntad. En pocas palabras, era un machista de mierda.

Todavía hoy resuena lo que mi madre expresó a viva voz aquel atardecer del verano del 82, después de que Cósima se despidiese para regresar a la casa de su madrina. “¡Qué criatura más espantosa! Es un esperpento. Qué futuro poco promisorio”, había dicho. Yo no tenía idea del significado de la palabra esperpento; sólo sabía que, cuando mi madre la utilizaba, estaba refiriendo a algo malo y repugnante. Me acuerdo de la desolación que le siguió al comentario, el cual ahora dimensiono con justicia y que en mi mente de Niño se grabó como en la piedra y definió mi comportamiento con la criatura fea pero perfecta que era Cósima. Me pregunto si, al hablar frente a mis hijos, pongo la debida atención. No, definitivamente no y, tal vez, cause en ellos impresiones indelebles. Recuerdo la bronca que sentía hacia Cósima por ser fea; la culpaba por no haber obtenido la aprobación de mi madre. ¡Qué seres complejos y tortuosos somos los seres humanos! Aunque a veces uno se topa con excepciones como la tía Cósima.

José no perdía la ocasión para machacar que, hasta no romper con el esquema de belleza física igual a aceptación materna, no alcanzaría la felicidad.

Felicidad, qué concepto sobreestimado. A mí me otorgaba felicidad ver mis cuentas bancarias, las de Argentina, de las Islas Caimán y de las Islas Vírgenes, crecer y crecer. Felicidad era ganar una licitación y cagar a la competencia, en especial a Fernando Riera, el dueño de Ypsilon Construcciones. Felicidad era cogerme una buena hembra. Felicidad era jugar un partido de rugby con mis viejos compañeros y entrenar a las inferiores los sábados. Felicidad era hacer fierros a los casi cincuenta aunque terminase doblado de cansancio.

Un comentario de mi terapeuta me dio por las bolas porque evidenciaba que tan inteligente como me creía no era. Según él, las mujeres más importantes de mi vida, mis esposas, las que se habrían ocupado de cuidar y nutrir a mi progenie, pertenecían al grupo de teta-culo-no materia gris y que, como consecuencia, me obligaba a “tercerizar” la maternidad contratando regias babysitters que me costaban lo mismo que el rescate de un rey.

—Romina, ¿qué es esto de que la licenciada Facchinetti no nos va a atender hoy?

—Me llamó su asistente para decirme que los atenderá una de su equipo el miércoles que viene.

—¡Y un carajo! Llamás ahora mismo y le decís que quiero que sea la licenciada Facchinetti la que atienda a mi hijo.

—Lo hice, ingeniero, pero la chica se mostró inflexible.

Si Romina no lo había conseguido era porque en verdad se trataba de una empresa de imposible consecución. Cósima empezaba a romperme las pelotas.

—Llamala y mentile. Decile que me olvidé el celular en mi oficina y que estaré en una obra todo el día en las afueras de Buenos Aires y que no puedes comunicarte conmigo para avisarme del cambio. Y que esta mañana te comenté que iría directamente al consultorio, sin pasar por aquí. Llamala a mi mujer y decile que digo yo que este en lo de la licenciada Facchinetti con mi hijo y con Sara —me refería a la babysitter— a las cinco y media. No quiero impuntualidades. Otra cosa. Quiero que mandes a alguien a comprar todos los libros de la licenciada Facchinetti.

La Fundación Indiana —extraño nombre— era una vieja casona de estilo inglés ubicada en el centro de un predio bastante grande y bien mantenido en la parte baja de Belgrano C, a una cuadra de la avenida Leopoldo Lugones. Ingresamos por un portón de hierro forjado y el guardia nos obligó a detenernos. Hugo, mi chófer, le dijo mi apellido, el hombre consultó un listado y nos permitió avanzar por un camino de ripio flanqueado por una arboleda de tilos. El aroma dulzón de la flor del tilo ingresó por el sistema de ventilación de mi Range Rover y me causó una inesperada serenidad.

Hugo estacionó frente a la puerta de la casona. Leopoldo, mi guardaespaldas, y yo bajamos. La cuatro por cuatro siguió hacia la zona del estacionamiento. Alcé la vista y estude la casona. “Has llegado lejos, tía Cósima. La profecía de mi querida madre, que tenías un futuro poco promisorio a causa de tu fealdad, se demostró una gran mentira, como la mayoría de las cosas que salen de la boca de la mujer que me parió.”

Resultaba increíble estar a pocos minutos del caos de la ciudad y sentir esa paz. Apenas puse pie en el umbral de la fundación me sobrecogió una sensación placentera y también eufórica; aunque no era euforia, más bien alegría; simple y llana alegría. No sabía a qué adjudicar esa mezcla desconcertante, si al aroma exquisito de una esencia que no habría sabido identificar, a la frescura del aire o al sonido lejano de la música clásica que parecía pasar, rozar y alejarse por la gran recepción de la casa. Había al menos una decena de niños, algunos en sillas de ruedas,

completamente paralizados y con las bocas abiertas y las manos torcidas. Ninguno gritaba ni lloraba, ni siquiera hablaban en voz alta. La energía amansadora del lugar los había poseído como a mí, como a Leopoldo, que no desplegaba la actitud alerta y desconfiada de siempre. Me asombró contar cinco perros, dos labradores, dos golden retriever y un pastor alemán. Se mantenían tranquilos junto a ciertos niños y me llamaron la atención los chalecos amarillos que les cubrían los lomos y que rezaban “Perro de servicio”.

La empleada ubicada tras un mostrador nos indicó subir al primer piso. Elegí hacerlo por la escalera de roble. La música y el aroma nos siguieron, lo mismo la sensación de paz que, poco a poco, apaciguaba la ansiedad, nacida de la certeza de que en minutos me encontraría frente a la tía Cósima ¿Me recibiría o dispondría a alguien de su equipo para que nos atendiese? La desilusión que me provocó este pensamiento era desmesurada. Comprendí que la obsesión por Cósima Facchinetti, la había comenzado en el verano del 82 y que había combatido con la ayuda de José Vianés, aún vivía en mí latente, dormida, pero ahí estaba, a punto de despertar.

Entré en la sala de espera y divisé a mi hijo y a Sara. Me asombró lo tranquilo que lucía Nachito. A Vivian no se la veía por ningún lado.

Cuando le pregunté a la babysitter, me explicó que la señora le había indicado que tomara un remis hasta la fundación, que ella se nos uniría más tarde, después de la clase con su *personal trainer*. Pensé en enviarle un mensaje para putearla, pero desistí porque de pronto preferí que no estuviese en mi primer encuentro con la tía Cósima.

Me senté con Nachito sobre las piernas, que no me miró ni se inmutó cuando lo besé en la mejilla. Le hablé, le hice preguntas y comentarios sin obtener ninguna, ni siquiera una mirada. De igual modo, estaba feliz; que me permitiese tocarlo y cargarlo era, más que inusual, un milagro.

Me dediqué a estudiar el entorno. De nuevo me sorprendieron la tranquilidad de los niños y la suavidad con la que todo parecía desarrollarse en ese ámbito. Contrastaba con mi lugar de trabajo, donde nos movíamos apurados, nerviosos, siempre con el tiempo en contra y las voces alzadas y coléricas. Allí, en cambio, las empleadas de uniforme tila y blanco se movían con sigilo, hablaban en susurros y sonreían cuando su mirada se topaba con la de los pacientes. Noté también que, pese a tratarse de una casa de estilo, la decoración refería a un ámbito infantil y que los colores eran pastel. No había estridencias ni imágenes agresivas.

Una mujer, que se presentó como Marita, la asistente de la licenciada Facchinetti, me indicó que la acompañara. Puse a Nachito en el suelo, lo tomé de la mano y la seguimos. Avanzaba emocionado ante la idea de que, en pocos segundos, volvería a ver a Cósima. ¿Estaría tan nerviosa como yo?

Marita nos abrió la puerta y nos invitó a pasar. La divisé de pie junto a un escritorio, a unos metros de la puerta. El corazón me dio una patada en el pecho cuando nuestras miradas se cruzaron. La impresión era peor de lo imaginado. No recordaba haber sufrido semejante desbarajuste por nada. Lo primero que noté, y que me alarmó, es que el interior de la boca se me había secado y que lo tenía pastoso y con un sabor amargo.

Cósima ya no me miraba. Caminaba, segura y serena, mientras le sonreía a mi hijo. Iba vestida de manera informal, con unos jeans celeste claro y una camisa de un rosa muy delicado; calzaba zapatillas blancas. No se la habría podido catalogar de gorda, pero de seguro no era flaca; tenía redondeces por todas partes que siempre me habían atraído. Llevaba el cabello largo con bucles. No estaba maquillada, o tal vez muy poco, y me pareció más linda que nunca. Sus labios sobre todo me gustaron; siempre me habían gustado. En mi gran ofuscación noté después que la seguía

un golden retriever y me asombró que Nachito no gritase como acostumbraba cuando veía un perro en las cercanías.

Cósima se acuclilló frente a mi hijo, que miraba al suelo, y le extendió la mano. Nachito no respondió al saludo. Ella le aferró la derecha y la sacudió ligeramente. Volví a asombrarme, esta vez de que se dejase tocar por un extraño sin hacer un quilombo.

—Hola. Me llamo Cósima, pero me dicen Cosi. Vos debés de ser Ignacio.

—Lo llamamos Nachito —le indiqué con voz rara.

Mi hijo continuó callado. Raramente hablaba. Hablar es un decir; sólo pronunciaba sílabas sin sentido y pocas palabras.

—Nachito —repitió Cósima—. Te presento a mi perro Bernardo. Lo llamamos Bernie. Bernie —dijo, sin apartar la vista de mi hijo—, te presento a Nachito.

Bernie levantó el cuarto delantero derecho y yo me dije que el pobre animal se acalambraría antes de obtener una respuesta; mi hijo les temía a muchas cosas, pero a nada como a los perros. Montse venía rogándonos por un bulldog francés desde hacía tiempo y no se lo comprábamos por esa razón.

Esta vez un sonido extraño brotó de mi garganta cuando fui testigo de lo imposible: Nachito agitó la pata del animal. Cósima alzó la vista y me miró con una mueca curiosa. Se incorporó y, cuando hice el ademán de saludarla con un beso, me ofreció la mano.

—¿Cómo estás, Ignacio? —preguntó formal, distante, mientras me miraba a los ojos y me daba un apretón fuerte.

—Bien. Gracias por recibirnos. Acabo de enterarme de que no podías...

Me calló con un ademán de mano.

—Está bien, no hay problema. Por favor, siéntense.

Nos indicó los sillones que formaban un pequeño living sobre una alfombra de Disney plagada de juguetes. Había una biblioteca con libros infantiles. Nachito eligió sentarse en la alfombra y comenzó a sobar el brazo del sillón; tenía obsesión por ciertas texturas suaves.

—¿Quieren tomar algo?

—Agua —dije, medio desesperado.

—¿Gasificada? —Asentí—. Y a vos, Nachito, ¿qué te gustaría tomar?

Lo miraba y le hablaba como si fuese un Niño normal y eso me causaba una dicha tan enorme que resultaba casi intolerable porque no podía desfogarla.

—Nachito toma... —empecé a decir, y ella me mandó callar con una mano alzada.

—Tengo cosas muy ricas para ofrecerte, pero, por ejemplo, no tengo gaseosas porque hacen mucho mal. —Eso captó la atención de mi hijo, que la miró fugazmente antes de volver al juguete que había atrapado—. Sí tengo —dijo y se acuclilló frente a Nachito para listarle-: jugo de naranja recién exprimido, licuado de frutilla y licuado de durazno.

“La palabra mágica”, pensé, porque mi hijo amaba el durazno, sobre todo al natural. Cósima captó el rápido vistazo que le destinó a la mención de la palabra.

—¿Te gustaría el licuado de durazno? —preguntó y con delicadeza lo obligó a levantar la vista apoyándole el índice bajo el mentón—. ¿Eh, Nachito? ¿Licuado de durazno?

Nachito, ante mis ojos incrédulos, asintió con la mirada fija en Cósima, quien asintió a su vez con naturalidad.

—Licuado de durazno, buena elección. Lo preparamos con leche de almendra. Es delicioso.

Alzo el teléfono y pidió dos botellitas de agua mineral, una con gas, otra sin gas, y un licuado de durazno. Marcó otro número y convocó a una tal Julieta. La chica se presentó enseguida.

—Nachito —dijo Cósima sentada en la alfombra junto a él—, aquí al lado hay una habitación llena de juguetes. Podes llevar ese, si querés.

—Le señaló el que tenía en la mano—. Allí tomarás el licuado. Estarás un ratito con Juli y también con Bernie. Tu papá y yo hablaremos y después iré a verte.

Ayudó a mi hijo a ponerse de pie y los vi salir a los tres, a Nachito, a la tal Julieta y a Bernie, en una armonía que yo jamás habría asociado con mi pobre hijo. Cósima descorrió una cortina y se giró para mirarme.

—Esta es una cámara Gesell. Del otro lado este vidrio es un espejo.

En un momento iré a interactuar con Nachito para evaluarlo mejor y vos podrás observarnos y escucharnos a través de los micro...

—Cósima —la interrumpí—, quiero agradecerte por habernos recibido pese...

—Este es mi trabajo, no tenes nada que agradecer.

—Sí, pero siempre quise...

Llamaron a la puerta. Era una empleada del servicio con las botellitas de agua. Las depositó sobre la mesa y se marchó. Yo me mandé un buen trago.

—Contame sobre tu hijo.

“Pues bien”, me dije, “nada de charla informal, nada de evocaciones del pasado, nada de nada. Dos extraños que se conocen por un tema puntual y listo”. Saqué mi carpeta gorda y extraje los últimos informes en los que se diagnosticaba el autismo de Nachito.

—Lo leeré después con calma —anunció, y la hizo a un lado—. Contame de tu hijo —me pidió de nuevo y, como me quedé mudo mirándola, se explicó-: Contame cómo es su día, cómo es la familia, con quién se lleva mejor, qué cosas le gustan, cuáles no. En fin, todo lo que puedas decirme acerca de él.

Empecé por contarle cómo estaba conformada la familia y también mencioné a las hijas de mi primer matrimonio. Le describí los patrones de comportamiento de mi hijo que me habían resultado extraños, algunos chocantes. Le conté también que, a causa de sus rarezas, la vida familiar a veces resultaba intolerable; no podíamos ir a comer afuera o al cine o a dar vueltas en un shopping por miedo a que Nachito cayera en una de sus frecuentes rabietas o se escapase. Si le soltábamos la mano, salía corriendo hacia cualquier parte y, si lo sentábamos a comer a una mesa, se levantaba sin remedio y se ponía a dar vueltas y a molestar.

Ella no me quitaba los ojos de encima y sólo me interrumpió para preguntarme cómo dormía y si se orinaba de noche.

—Sí, se moja todas las noches. Y duerme mal, se despierta llorando y cuesta hacerlo volver a la cama. —Se limitó a asentir—. Cortarle las uñas y el pelo es una catástrofe. Parece que estuviésemos torturándolo. Lloro a gritos.

—Necesita una terapia sensorial —acotó ella, y yo ni me molesté en preguntarle de qué se trataba.

Seguí hablando. Hablaba y hablaba; estaba desahogándome, me liberaba de la angustia y de la impotencia como no lo había hecho con ninguno de los profesionales que rondaban a mi hijo, ni siquiera con mi terapeuta. Era catártica esa mirada de Cósima, lo mismo su pose tranquila, la seguridad que comunicaba y los aromas y la música de su entorno. Todo era parte de su esencia mágica, la que encerraba en un cuerpo muy mejorado, con el ojo en su sitio y los dientes derechos, pero para nada perfecto, no al menos según mis pedorros cánones.

—Todos dicen que sos una eminencia en el tema, que nadie conoce de estos problemas como vos. Por eso quise que te encontraras con mi hijo porque estoy desesperado y no soporto verlo de

ese modo, como si no supiera que los demás existimos. De lo contrario, no habría osado molestarle. Sé que fui de lo peor con vos y que,..

—¿Y la madre de Nachito? me frenó en seco.

—Se retrasó un poco. Pero está por llegar. No hace falta que la esperemos.

Asintió sin mirarme. Se puso de pie. La imité.

—Por favor, sentate aquí junto al vidrio.

Abandonó el consultorio. Y fue como si se hubiese llevado algo fundamental.

Habría pasado días enteros sentado frente a esa ventana engañosa para observarla interactuar con mi hijo. Admiro a las personas que saben hacer su trabajo, que lo hacen con destreza y solvencia. Hay un maestro mayor de obras, un viejo bonachón, que trabaja para mi empresa desde hace años y que es el mejor albañil que conozco. Me encanta observarlo en las obras. Hace parecer fácil lo difícil. Le tengo más respeto a su juicio que a las opiniones de los ingenieros y de los arquitectos. La misma impresión me causaba la tía Cósima mientras evaluaba a Nachito.

La vi quitarse las zapatillas y entrar en la zona del tatami donde mi hijo completamente abstraído jugaba con un camioncito. Se sentó como los indios frente a él y empezó a trabajar. No tenía idea de por qué hacía las cosas que hacía, pero resultaba obvio que cada movimiento, cada palabra, cada gesto, eran deliberados. Por ejemplo, lo obligó delicadamente a que la mirase; le sujetaba la cara y la movía hacia ella. “Mírame, Nachito. Mira aquí”, y se apuntaba entre los ojos. Lo ensalzaba cuando cumplía las consignas y lo premiaba con juguetes y con algo que parecía un caramelo —después supe que eran nueces bañadas en chocolate amargo, todo orgánico—. Le pedía que la imitase, por ejemplo a aplaudir, o a tocarse la nariz, o a alzar los brazos, y mi hijo no respondía. Simuló golpearse la mano contra el borde de la mesita y gritó de dolor y se sobó, y Nachito no alzó la vista del juguete que parecía obsesionarlo ni intentó consolarla. Se mostró muy cariñosa con él, lo abrazó, lo besó y lo colocó sobre sus rodillas para cantarle una canción mientras lo zamarreaba y lo agitaba de aquí para allá, lo que no causaba ninguna reacción en él. Cuando mi hijo cumplió una consigna especialmente difícil —entregarle un determinado juguete que él debió identificar entre tantos— lo besó y, mientras exclamaba “qué genio, qué ídolo” lo tomó por las muñecas, se acostó de espaldas sobre el tatami y lo levantó en el aire colocándole los pies en el torso. Esto arrancó una risotada a Nachito y a mí lagrimones; acababa de caer en la cuenta de que nunca había escuchado la risa de mi hijo.

Cósima lo besó en la mejilla una vez más, salió del tatami y, mientras se calzaba, susurraba a Julieta, que se lo había pasado tomando notas y escribiendo lo que su jefa le dictaba. Salió de la habitación y yo me quede mirando a mi hijo, quien, con ayuda de la asistente, sorbía el licuado; su manita descansaba en el lomo de Bernie, recostado junto a él. Una emoción intensa me endureció la garganta y me calentó los ojos. Recién en ese momento, y a través de un vidrio, descubría a mi hijo, lo veía por primera vez, no al que yo había anhelado, el jugador de rugby y el empresario exitoso con el cual pavonearme, sino a mi dulce y frágil Nachito. Qué padre de mierda era. Qué vergüenza sentí. Me aclaré la garganta y me pasé el dorso de las manos por los ojos al escuchar que la puerta se abría.

Cósima se sentó delante de mí y me miró. No comentó acerca de mis ojos enrojecidos. Me sirvió agua y, mientras yo sorbía, ella hacía anotaciones en una ficha. Escribía en cursiva con la misma caligrafía del secundario, redonda, grande y clara. Alzó la vista y forzó una sonrisa.

—Tenés un hijo estupendo.

—Pero autista.

—Autista, sí. De los tres grados o niveles del TEA, Nachito tiene el más leve, el de alto

funcionamiento. Necesita comenzar un programa de aprendizaje inmediato. Cuanto antes empecemos, mejores serán los resultados. Si estás de acuerdo, podríamos comenzar en un par de días con una evaluación para definir el mejor plan. Trabajaremos duro con él para que pueda llevar adelante una vida plena, no dudes de eso.

—Gracias —dije y la voz me falló.

Quizá para darme tiempo a que me repusiese, me habló acerca del autismo, una condición que impide a las personas comunicarse correctamente con el entorno. Son personas “literales”, que no comprenden los dobles sentidos y a las que les cuesta identificar los giros y cambios en un discurso. Son en extremo sensibles y perciben el medio ambiente como una amenaza. Los ruidos, los olores y los colores brillantes los aterrorizan. Me explicó que era menester que la casa y la familia de un Niño autista se adaptasen para acogerlo; debía hablarse en voz baja, la música tenía que ser suave; se desaconsejaban la radio, la televisión, la computadora y la PlayStation para evitar que cayese en la repetición de palabras y sonidos. El Niño autista tiene su sistema espejo, el de las llamadas neuronas espejo, con escaso o nulo desarrollo, por lo cual le resulta difícil imitar a los demás o expresar empatía.

—¿Mi hijo no es empático? —me desanimé.

—No hace falta ser autista para no ser empático —contestó, y por primera vez percibí que se refería al pasado—. El autista es empático, lo que sucede es que, como le resulta difícil interpretar los gestos y los mensajes de los otros, entonces le cuesta mostrar empatía en situaciones que no comprende. Al enseñarles a leer a los demás pueden superar esta y otras carencias. Le enseñaremos a comprender lo que siente el otro para que pueda experimentar compasión.

—Tal vez yo también debería tomar unas lecciones —bromeé, pero Cósima hizo de cuenta de que yo no había pronunciado palabra, y siguió adelante con la disertación.

—En definitiva, al autista le falta el desarrollo neurológico que le permite ser social.

—¿Qué pudo haber causado el autismo de mi hijo?

—No se conocen las causas que lo provocan. Por ahora nos movemos en el plano de las hipótesis y las conjeturas, pero se están haciendo progresos increíbles. La edad avanzada de los padres, ciertas bacterias... Son varias las cosas que podrían causarlo. Hace dos años una científica descubrió la posibilidad de que un mal funcionamiento de la flora intestinal de la madre en el momento de la gestación sea el causante del autismo ya que permitiría el paso de bacterias perniciosas que una flora sana desecharía. Estas bacterias perniciosas afectarían el desarrollo cerebral del feto. Esta posibilidad está en fase de estudio, pero creo que encontraremos muchas respuestas por ese lado. Mi fundación y yo estamos en permanente contacto con esta científica, la doctora Dorothy Wright, de la Universidad de Edimburgo, por lo que apenas se sepa algo nuevo nos informará. Aquí, en Argentina, se está investigando la relación que podría haber entre el autismo y el uso de ciertos herbicidas.

—Cuando Nachito nació —la interrumpí— mi mujer tuvo un parto espantoso, que le causó una depresión muy fuerte. Lo rechazaba, no quería verlo ni tocarlo. Me pregunto si eso fue lo que causó este trastorno a mi hijo.

—Por supuesto que algo así afecta la psique de cualquier Niño, pero no creo que sea la causante del autismo. Lo más probable es que Nachito haya nacido con el problema.

Llamaron a la puerta antes de que Vivian, recién bañada y con el pelo aún mojado, entrase en el consultorio. La vi, con la sonrisa falsa y el cuerpo escultural enfundado en una calza blanca y brillante y supe, con la certeza que sé mi nombre, que me estaba cagando con el personal trainer.

Consulté mi reloj en el ademán de indicarle que había llegado una hora tarde y se rio.

—Sí, sí, ya sé, Nacho, es tardísimo. Pero el tráfico era de terror. Hola, ¿qué tal? —saludó a Cósima y, tras besarla de prepo, se sentó en el sillón junto al mío sin que nadie la invitase.

Su perfume, intenso y dulzón, invadió el entorno con la agresividad de un olor desagradable. Sacudió la mano cargada de anillos y pulseras de oro para quitarse el flequillo de la cara y produjo un tintineo molesto.

—Soy Vivian, la mamá de Nachito. ¡Ah, ahí está! —exclamó, y su voz sonó como un pedo en misa, justo en ese sitio que semejaba un templo budista.

¿No se daba cuenta la pelotuda? Sentí vergüenza ajena de mi mujer. Por primera vez desde que la conocía me avergoncé de su superficialidad y de su actitud frívola, de sus labios ligeramente hinchados a causa del colágeno y de su expresión medio congelada debido al bótox. Me dieron por las bolas su descuido y su falta de tacto en un ambiente recoleto y delicado. La hubiese echado a patadas en el culo. Me incomodaba su cercanía con Cósima y me daba la impresión de que una prostituta de los bajos fondos estaba a punto de mancillar a una reina.

—Es una cámara Gesell —explicó Cósima en su voz baja—. Podemos verlo interactuar con la especialista, pero él no nos ve. De este modo no lo condicionamos. —Volvió la mirada hacia mí—. Los autistas suelen tener capacidades extraordinarias con las matemáticas, la música, la memoria y el arte. Nuestro trabajo en la fundación es ayudarlos a descubrir su talento, para que lo exploten y sean felices.

—Vi perros por todos lados —comentó mi mujer—. ¿Qué son?

—Son perros de servicio. Nuestra fundación se apoya mucho en estos animales excepcionales para ayudar a los autistas a desarrollar una vida normal, al tiempo que es un gran desahogo para los padres, que a veces sienten que no pueden hacer nada a causa de la condición de su hijo.

—¡Tal cual! —siguió vociferando “teta-culo-no materia gris”—. Hace años que no podemos ir a comer afuera o a dar vueltas por un shopping porque Nachito siempre termina haciéndonos un berrinche. ¿No, Nacho?

La fulminé con la mirada y ella me devolvió un gesto que decía: “¿Qué te pasa?”.

—Nuestra fundación también se sirve de los caballos —prosiguió Cósima—. Tenemos animales especialmente entrenados para trabajar con autistas.

Aprenden equitación y esto les refuerza la seguridad y la autoestima.

—¿Nachito podrá leer y escribir? —quise saber.

—Es temprano para decir. Ciertamente lo ayudaremos para que intente desarrollar esa capacidad comunicacional. Lo primero ahora es enseñarle a hablar y a socializar.

—¿Y qué hay de los berrinches? —insistió “teta-culo-no materia gris”.

Es todo parte de un tratamiento integral. No bien Nachito gane serenidad, irán desapareciendo los berrinches. Poco a poco se apreciarán los cambios. Es fundamental la colaboración de la familia. Por ejemplo, cuando la terapeuta trabaje con él en su casa...

—¿No se hace todo aquí? —preguntó Vivian.

—Los niños autistas trabajan con razonamientos compartimento dos. Por ejemplo, algo que Nachito aprenda en este ambiente, en el de la fundación, no sabrá cómo repetirlo en casa o en la escuela. Por eso es importante contar con asistencia profesional en cada uno de los ambientes en los que él se mueve, pero también es fundamental que todos los actores que están cerca del Niño, y me refiero a los padres, los hermanos, los abuelos, tíos, amigos de la familia, etcétera, participen en los programas de intervención que desarrollaremos para Nachito.

—Se hará como vos digas, Cósima.

Ante mi trato confianzudo, Vivian se volvió rápidamente y me miró. Yo no me digné siquiera a girar la cara. Observaba a la tía Cósima, a la que encontraba fascinante en esa actitud profesional y de comando.

—Iremos avanzando sobre los cambios que se deben hacer en la casa y en la dieta.

—¿En la dieta? —la interrumpió Vivian.

—Le pediré a la pediatra de Nachito un análisis de su microbiota, es decir, de su flora intestinal —aclaró Cósima—. Sospecho que no está equilibrada ni es sana. Y en esto juega un rol fundamental la dieta. Hay que evitar el gluten y la caseína, pero sí mantener el consumo de carne...

—Yo soy vegetariana —volvió a interrumpirla mi mujer, y yo apreté los puños para evitar gritarle que cerrase la boca—. En casa el consumo de carne es muy bajo.

—El ser humano es omnívoro, no vegetariano —apuntó Cósima—. Nuestro aparato digestivo es incapaz de asimilar la celulosa vegetal.

—Pero la carne y las grasas animales nos avejentan. Yo tengo esta piel porque soy vegetariana desde hace años.

—Vivian, vamos a hacer lo que la licenciada Facchinetti nos diga. Si Nachito tiene que comer carne, la comerá.

—Pero...

—Pueden consultar a otros profesionales —intervino Cósima.

—No, Cósima. Estamos en el mejor lugar para nuestro hijo y nos ceñiremos a tus consejos.

—A mí me parece bien consultar a otros profesionales —expresó Vivian, y para no insultarla frente a la tía Cósima, me puse de pie. Las mujeres me imitaron.

—Vos no viste lo que yo vi, Vivian, porque llegaste una hora tarde, pero Nachito se animó a tocar al perro, ese al que ahora acaricia en el lomo —señalé la cámara Gesell y Vivian tuvo el buen tino de mostrarse sorprendida—, y lo vi reírse a carcajadas mientras jugaba con la licenciada Facchinetti. ¿Alguna vez oíste la risa de Nachito? Decime, ¿alguna vez la oíste?

—No.

—Pues yo sí, hoy por primera vez y gracias a la licenciada Facchinetti. En pocos minutos he visto hacer a mi hijo cosas que no lo vi hacer en cuatro años. Así que no vamos a consultar a ningún profesional y vamos a trabajar con la Fundación Indiana. No se hable más. Cósima —me dirigí a ella y la descubrí observándome con un gesto que no ocultaba cierta nota de desprecio—, te pido disculpas por este pequeño altercado.

—Lo comprendo. Una situación como esta suele propiciar el intercambio de opiniones en las familias.

Asentí, serio, y sofrené las ganas de preguntarle qué había querido significar con eso de que “cuando la terapeuta trabaje con él en su casa”. ¿No iría ella misma a casa? ¿Enviaría a otra? ¿Nos había recibido hoy por mera cortesía, pero nos derivaría a una de las profesionales de su equipo después de todo? Y me refrené de preguntar porque cabía la posibilidad de que las respuestas trajesen aparejados comentarios y recuerdos que no quería que Vivian oyese.

Regresaron Julieta, Bernie y Nachito. Cósima nos despidió ofreciéndonos la mano y yo le extendí mi tarjeta. La recibió y se acuclilló para besar a mi hijo, que permaneció inerte. Salimos del consultorio. Me di vuelta justo en el momento en que se cerraba la puerta tras ella y una sensación desagradable me acentuó el mal humor. El perfume de Vivian me molestaba, lo mismo que su presencia.

Dos hombres aparecieron por la escalera, uno más alto que el otro. El bajo llevaba a un

labrador retriever por la correa. Se detuvieron al divisarme y los reconocí de inmediato: el taxi boy y Carlitos Naum. No resultaba sorprendente que me acordase del taxi boy ya que el investigador privado lo había fotografiado en varias ocasiones junto a Cósima. Ellos también me habían reconocido. Pasearon la mirada por Nachito y por Vivian. Di un paso hacia delante con mi hijo de la mano izquierda y extendí la otra a Naum.

—¿Qué tal, Carlos?

Lo vi echar un vistazo a Nachito antes de aceptar la mano ofrecida y creo que me la apretó por él, por mi hijo. Se limitó a farfullar “Lanz”. Iba a felicitarlo por el gran trabajo que hacían en la fundación cuando se excusó diciendo que estaban apurados.

—Vamos, Lucho dijo al taxi boy, y entraron en el consultorio de Cósima sin llamar, lo cual me dio bronca, bah, bronca no, celos. Celos de que accedieran a ella con tanta facilidad.

—¿Quiénes son? —se interesó Vivian—. ¿De dónde los conoces?

—Después te cuento —mentí; no tenía intenciones de explicarle.

Apenas llegamos a casa, cada uno en su auto, me encerré en mi escritorio e hice una llamada a Ricardo Petris, el investigador privado que años atrás había contratado para que siguiese a la tía Cósima y que cada tanto me hacía trabajos de espionaje. Le pedí que siguiese a mi mujer y le di pelos y señales de ella y de sus actividades, en especial las que tenía con el personal trainer.

Sara estaba por desvestir a Nachito para bañarlo. La desorienté al decirle que yo me encargaría y le indiqué que le pidiera a Elba, la cocinera, que preparase bifés con puré de zapallo para la cena.

Me senté en el borde de la cama de mi hijo y lo contemplé mientras él jugaba con un autito. Intenté quitárselo para mostrarle cómo funcionaba y se irritó. Le acuné la cara, como había visto hacer a Cósima, y le pedí que me mirase. Sus ojitos azules jamás se fijaron en los míos. Decidí hablarle como si me prestase atención. Le conté de cuando yo era chico e iba al club a jugar al rugby. Le dije que me encantaba ver el Chavo del Ocho y He-Man y que para una Navidad había pedido su espada. Le hablé de

Nora y me di cuenta de que jamás se la había mencionado; a Montse tampoco. Decidí poner su foto en la repisa del hogar en el living y recordarla porque había sido un ser dulce y sensible. Comencé a ponerme ansioso; una necesidad visceral por rodearme de gente buena y sincera me carcomió las entrañas, y lo deseé con la desmesura con la que también había deseado la cocaína en el pasado y el sexo con mujeres hermosas.

Vivian irrumpió en el dormitorio y nos sobresaltó.

—¿Qué es eso de que vamos a comer bife con puré? ¿Qué te pasa? ¿Se te desajustó un tornillo?

—Baja la voz. Cósima dice que debemos hablar en voz baja para no alterar a Nachito.

—¡Cósima! Ya la llamas Cósima. Apenas la conoces y ya le das ese trato confianzudo. ¿También re la querés coger a la gorda?

Abandoné Ja cama y me dirigí hacia ella con la actitud de un depredador. Vivian caminó hacia atrás.

—No hables de ese modo frente a Nachito —susurré con los dientes apretados.

—No entiende nada.

—Eso no lo sabés. No hables como si él no estuviera.

—¿Qué te pasa? Siempre hablas como si él no estuviera.

—Eso cambia desde este instante. ¿I le sido claro? Al igual que varias cosas más que discutiremos en privado.

—Guau —se burló—. Veo que la señorita Górdima te afectó mucho.

El apodo cruel me dejó helado y me recordó que yo la había bautizado con uno años atrás. Éramos iguales, mi mujer y yo, la misma mierda. Nos merecíamos. Estuve a punto de empezar una discusión y me desinflé. Hablar con esa hueca habría sido como hacerlo con una pared.

—No vuelvas a llamarla de ese modo. Estás advertida. ¡Basta! —la frené de golpe cuando intentó replicar—. Hoy se come bife. Vos come lo que quieras, pero mis hijos y yo comemos bife. Desde hoy cambiarán muchas cosas aquí. Y si no te gusta, ya sabes dónde está la puerta.

—¿Qué? ¡No podés hablarme así! ¡Soy tu mujer, Nacho!

—Sí, mi mujer —repetí, cansado, más bien hastiado, y me volví hacia mi hijo.

Capítulo II

CAMBIOS RADICALES

Cósima

—¿Y? ¿Cómo te fue con Lanz? —quiso saber Carlitos cuando entro en mi consultorio.

—Acaba de irse —contesté y simulé desinterés mientras acomodaba los juguetes que el nene había desordenado.

—Nos lo cruzamos —comentó Lucho y alcé la vista.

Me observaba como si estuviese analizándome. Me sentí incómoda. Desde su divorcio dos años atrás, tenía la impresión de que me apreciaba con una mirada nueva.

—¿Y? —presionó Carlitos.

—El TEA que presenta el nene —dije y empleé la sigla con la que usualmente nos referimos a los trastornos del espectro autista— es bastante severo, pero respondió bien a los estímulos. Aunque esperaremos los resultados de la evaluación para decidir el tratamiento, soy de la idea de que deberíamos intentar las dos terapias, la canina y la equina, además de la tradicional.

—¿Él cómo te trató?

—Civilizadamente. Se lo veía ansioso. Fue muy amable.

—A punto de contarles que lo había sorprendido con los ojos llorosos, Lucho explotó:

—¡Y claro que se hacía el amable! Ahora te necesita. Sabe que sos la mejor y te quiere para su hijo. Es un manipulador de mierda. Ahora viene a hacerse el bueno...

—Lucho —lo interrumpí, un poco asombrada de su enojo— Ahora lo que importa es ayudar al nene.

—¿Te vas a ocupar vos personalmente? —preguntó con hostilidad.

—No sé —dije, evasiva.

—¿A quién querés hacerle creer que no? ¡Sabemos que te vas a ocupar de su hijo personalmente!

—¡Ey, Lucho! —intervino Carlitos— ¿Qué te pasa? Calmate.

—Es que no puedo creer que ese pedazo de mierda reaparezca con la cara de piedra y Cósima no le haga pagar siquiera una de las que le hizo.

—Si le hiciera pagar a Lanz, el que se perjudicaría sería su hijo. Y no me parece justo.

—Podes asignar a otra de tu equipo insistió Lucho, irreconocible en su severidad y testarudez.

—¿Cómo les fue hoy? —pregunté con la intención de cambiar de tema, y Carlitos tomó la palabra para contar acerca del entrenamiento de Solé, que en ese momento jugaba con Bernie, ajenos a las mezquindades humanas.

No pugué ojo en toda la noche. Por momentos revivía el reencuentro con Lanz; en otros analizaba la reacción desmedida de Lucho, que, en opinión de Carlitos, se había divorciado de su esposa porque estaba enamorado de mí. Yo desestimaba la declaración. Sólo con Horacio, mi

esposo y padre de mi hijo nonato, me había sentido cómoda y apreciada y, aunque después de su muerte había intentado volver a estar en pareja en dos oportunidades, había fracasado. Los hombres seguían intimidándome, a excepción de mis hermanos de la vida, Carlitos y Lucho. Por eso me negaba a aceptar que Lucho sintiese por mí algo distinto del amor fraternal. Si bien había estado enamorada de él, al conocer a Horacio en la facultad mi infatuación se había desvanecido.

Además de pensar en Lanz y en Lucho, reflexioné qué hacer con Nachito. No podía negarlo, el nene me había robado el corazón. Y no estaba preparada para admitir que me hacía acordar del padre cuando era chico, con esos ojazos azules que parecían ocuparle toda la carita; sólo que los del padre habían sido vivaces y los del hijo contemplaban sin vida. Me correspondía a mí poner un poco de luz en esa mirada. ¿Me correspondía? ¿Quería someterme a esa tortura, la de lidiar con alguien que me había humillado y lastimado durante cinco años cruciales?

Al día siguiente, a eso de las cuatro y media de la tarde, Marita me avisó por el intercomunicador que el señor Lanz Reuter quería hablar conmigo. Se me aceleraron las pulsaciones, tragué un sorbo de agua.

Que llamase más tarde, indiqué a mi secretaria, y enseguida le di una contraorden: lo llamaría yo cuando me desocupara.

—No, Cosi, El señor Lanz Reuter está aquí afuera.

—¡Qué!

—Aja —dijo, con tono medido—. ¿Qué hago? —susurró, y entendí que Lanz se hallaba cerca de su escritorio.

¿Qué se pensaba ese cretino? ¿Que podía presentarse cuando quisiera y que yo saldría corriendo a atenderlo?

—Decile la verdad, que tengo varios pacientes y que terminaré alrededor de las siete y media. Si quiere, que saque cita para otro día. O decile que mañana lo llamare por teléfono. ¿Ya le asignaste turno a su hijo para la próxima evaluación?

—Sí. Esta mañana llamé a Romina, la secretaria del señor Lanz Reuter, y le di un turno con Mirta Petrillo, como me indicaste hoy apenas llegaste.

Tras la noche en vela había decidido dejar el caso en manos de una de las profesionales más competentes de mi equipo. Esto no significaba que la decisión me hiciera sentir bien; todo lo contrario, y por nada del mundo quería ponerme a analizar el porqué.

Marita cortó para llamarme menos de un minuto después.

—El señor Lanz Reuter dice que te esperará aquí hasta la hora que sea necesaria. Que no tiene problema de esperar.

Baje los párpados e inspiré profundamente; el corazón me galopaba en el pecho. Caminé hacia la puerta de mi consultorio con piernas inseguras y abrí como si del otro lado se hallase un monstruo. En cierta forma había uno, salvo que se camuflaba detrás de una belleza casi inverosímil. La bestia residía en la oscuridad de su interior. Abrí y carraspeé para llamar a mi pequeño paciente. Los ojos de Lanz se fijaron en mí y me sonrió. Odié la soltura con que esbozaba esa sonrisa cuando yo tenía los labios pegados a los dientes; ni siquiera intenté hacer una mueca. Aparté la vista y extendí la mano a Dieguito, mi paciente.

La escena, incómoda para mí, evidentemente confortable para él, se repitió en las oportunidades en que abrí la puerta de mi despacho para despedir o convocar a un paciente. Él alzaba la vista de la computadora portátil en la que digitaba a gran velocidad y me contemplaba, y yo me hacía la que no percibía su mirada. A veces, además de escribir en el teclado, hablaba por teléfono con el celular calzado entre el mentón y el hombro. Vi que se había comprado un

café en la máquina y sonreí para mis adentros al imaginar que le habría sabido horrible, a él que de seguro sólo tomaría Juan Valdez o espresso de la mejor calidad.

Despedí a mi último paciente y fui al baño, el que estaba dentro de mi consultorio. No me miraría en el espejo, no me arreglaría el pelo, no me retocaría el corrector de ojeras, no me pondría brillo en los labios, no me perfumaría. Lo hice, me miré en el espejo, y también me acomodé un poco los rulos y me retoqué el maquillaje bajo los ojos.

El orgullo, mi último baluarte, me impidió pintarme la boca y perfumarme.

Con el corazón en la garganta, odiando cada latido desenfrenado y el sudor que se me acumulaba en las axilas y bajo los pechos, abrí y lo miré. Marita debía haberle dicho que lo recibiría a continuación, pues ya estaba de pié, con la computadora en el maletín. Pasó junto a mí y una estela de su perfume, *Eau Sauvage* de Christian Dior, era mi favorito, maldito fuese, me tomó por sorpresa y me provocó una reacción a la que lo temí.

Le indiqué el mismo sillón que había ocupado el día anterior, Sin Nachito, la situación me desbordaba. El nene había sido mi escudo. No lo ofrecí nada para tomar.

—Lamento que hayas tenido que esperar tanto —mentí; no lo lamentaba—. Podrías haber llamado por teléfono.

—Disfruté cada segundo en esa sala de espera. —Su respuesta y la sonrisa que la acompañó me desorientaron—. Este lugar tiene algo que me serena, como si estuviese en un *spa* —bromeó—. Ayer lo sentí apenas puse pie en la planta baja y hoy lo ratifiqué. Este lugar me da paz. No me mires con esa cara de sorpresa. Al igual que la mayoría de los mortales, yo también ansío la paz. Siempre has tenido ese efecto en mí, Cósima; me das paz.

Me erguí en el sillón y adopté una postura defensiva: crucé las piernas y los brazos. Agucé la vista y la fijé en él. “Ahora soy Cósima”, le habría gritado. “¿Ya no más tía Cósima?” Nada dije; me había propuesto ocultar el rencor que aún anidaba en mí. Lo que no le perdonaba era que me hubiese causado una herida que me hacía odiarlo. Odiaba odiar. No era el padecimiento que esa herida me provocaba lo que me molestaba, sino el sentimiento oscuro que me inspiraba. Yo, que trataba de ser gentil y comprensiva, sabía, gracias a Lanz, que era capaz de albergar pasiones mezquinas que, quizá, me volvían parecida a él.

—¿Qué necesitás, Ignacio? —pregunté, y su gesto se tornó sobrio y serio.

Se inclinó hacia delante en el sillón, como si pretendiese acortar el espacio que nos separaba.

—Quiero que te ocupes vos misma de Nachito. Me enteré que lo derivaste con una profesional de tu equipo.

—La licenciada Petrillo es una terapeuta tan preparada y profesional como yo.

—No, como vos no, Cósima.

—Vos no...

—Nadie tiene tu dulzura ni tu magia.

—¿Te has vuelto poético?

-Me merezco tu mordacidad. ¡Ja! —exclamó y descargó las manos abiertas sobre los brazos del sillón—. Merezco que me echas a patadas de aquí.

—Sabes que no lo haría.

-Sí, sé que no lo harías. Sos demasiado buena.

—Demasiado idiota querrás decir.

—No, jamás idiota, jamás —repitió con pasión, y me clavó una mirada que me obligó a apartar la vista—. Cósima...

—No —susurre.

-¿No qué?

-No hables del pasado.

— Quiero hablar del pasado.

—Cualquier cosa que digas me sonará falso. Lo interpretaré como otra de tus manipulaciones para conseguir lo que querés. Y entonces sí vas a conocer una parte de mí que no te gustará. Limitémonos a hablar del presente. De Nachito.

Asintió con aire apesadumbrado. Su gesto me causó pena, que enseguida sofoque convenciéndome de que me hallaba frente a un gran actor.

—Hablemos de Nachito. ¿Por qué no querés atenderlo vos?

Explicarle por qué habría requerido hablar del pasado y yo misma había fijado la regla de no mencionarlo. Entonces, mentí.

—Porque estoy tapada de pacientes. No podría incorporar a uno más en mi plantilla.

—¿Por eso o porque es mi hijo? —Ajusté los brazos en torno a mi pecho y lo miré con parsimonia simulada—. No es justo que Nachito pague por los pecados del padre —agregó.

—La licenciada Petrillo se encuentra tan capacitada como yo y...

—¿No es verdad, Cósima! —vociferó, la ira a duras penas contenida.

Sobresaltada, me incorporé apenas. Lanz, avergonzado por el exabrupto, murmuró una disculpa y abandonó el sillón. Caminó hacia el ventanal que daba al parque.

La situación se tornaba ridícula y yo me sentía tan incómoda como durante los años de la adolescencia. La comparación me hizo rabiar. A punto de pedirle que se retirase, cerré la boca al escucharlo hablar.

—¿Qué están construyendo allí? —preguntó con acento sombrío.

—Una escuela y unas caballerizas.

En realidad no construíamos nada; la obra estaba parada. Había sido un sueño largamente acariciado disponer de una escuela de educación especial y de nuestras propias cuadras, además de campos de entrenamiento, uno techado y otro al aire libre, y una veterinaria. Habíamos iniciado la obra meses atrás, contando con el flujo estable de las donaciones de nuestros patrocinadores y de los honorarios que cobrábamos a los pacientes sin aprietos económicos. Debido a la recesión y a la inflación se cortaron muchas de las remesas de nuestros benefactores y los pacientes comentaron a faltar en sus pagos. Carlitos, Lucho y yo terminamos por admitir que la obra estaba desangrándonos y tres semanas atrás le habíamos comunicado al arquitecto nuestra intención de detenerla.

—La obra está parada, ¿no? —lo escuche decir.

—Sí —respondí, herida en mi orgullo de que se hubiese dado cuenta pese a que va había oscurecido. Pero no debía extrañarme, ese era su oficio y conocía de memoria el ámbito de las obras en construcción.

Pasados unos segundos volvió a hablar, todavía de espaldas a mí:

—No quiero que la Petrocelli se ocupe de mi hijo.

—Petrocelli era el abogado de una serie norteamericana —lo corregí, y me mordí el labio para contener la sonrisa.

—Sí —concedió con un suspiro cansado y se dio vuelta—. Me acuerdo de que ese verano, el del 82, cuando nos conocimos, no nos perdíamos un capítulo. —Nos miramos a los ojos—. Ya sé, ya sé, nada de hablar del pasado.

A decir verdad me habría encantado evocar esos días felices. Nora amaba la serie. “Voy a ser abogada”, repetía siempre al final de cada episodio. Sí, me habría encantado evocar ese verano de ensueño, tan fugaz y feliz. Elegí callar. Avanzar por ese sendero habría sido lo mismo que hacerlo por un territorio minado.

Hubo un detalle que me perturbó: que se acordase con tanta claridad de que nos habíamos conocido en el verano del 82. Lo había expresado sin un instante de duda ni de hesitación, no había hecho cálculos mentales ni elevado la vista al cielo raso para forzar la memoria; simplemente había deslizado el dato como si se tratase de una fecha que rememoraba con frecuencia. Que me cosquilleara el estómago ante tan magro acontecimiento me daba la pauta de lo peligroso que resultaba permanecer cerca de Lanz. Mi decisión de pasarle el caso a la Petrillo se demostraba cada vez más sensata.

¿Se habría acordado también de que Nora había sido la fan número uno de Petrocelli? Me lo pregunté y un instante después lo escuché decir:

—Si Nora te lo hubiese pedido, ¿habrías accedido a tratar a su sobrino?

—No voy a responder a esa pregunta.

Sé que accederías si ella estuviese aquí —insistió, imperturbable.

—Es verdad. Pero ya no soy aquel idiota.

—Pero ella no está aquí.

—No, no está. Lamentablemente no está. Pero si estuviese viva la hubiese traído para que te convenciera.

—Siempre fuiste un manipulador —declaré sin desprecio ni resentimiento, más bien con el ánimo de quien establece un hecho—, usaste a las personas.

Regresó al sillón y se echó con otro suspiro cansado. Se cubrió la cara con la mano y se refregó los ojos. Le habría preguntado si dormía bien; de nuevo, elegí callar.

—Tu colega podrá ser muy buena, pero no es como vos. Ninguna será jamás como vos.

—Eso no podes saberlo.

—Lo sé. —Se quitó la mano del rostro y me miró con hostilidad—, lo sé yo, lo sabes vos. ¡Todos lo saben! Sos la mejor y no porque hayas estudiado hasta pelarte las pestañas o porque hayas asistido a cuanto curso y seminario se ha dictado sobre la materia. Sos la mejor porque hay algo mágico en vos. Y no me digas de nuevo que me puse poético porque te aseguro que de poético no tengo nada. Sos así, especial, y punto. Y lo sé porque yo fui un beneficiario de tu magia. No diré más porque no querés hablar del pasado, pero te aseguro que voy a conseguir que seas vos la especialista que saque a Nachito del encierro en el que se encuentra y ¿sabes por qué, Cósima? Porque no hay nada que desee más. Soy capaz de hacer cualquier cosa por mi hijo, hasta ponerme de rodillas y suplicarte. Hasta rogarte, implorarte. Estoy desesperado, no puedo verlo así, no puedo ver que... —Se le estranguló la voz y bajó la cara.

Noté que apretaba las mandíbulas para resistir el llanto. Supe con certeza que su angustia no formaba parte de un esquema de actuación. Ese hombre prepotente, arrogante y hermoso me

mostraba su lado vulnerable, su herida abierta y sangrante que ocultaba bajo capas y capas de poses y de sonrisas impostadas. Su vida era una gran farsa; lo había sabido en el instante en que vi entrar en mi consultorio a la tal Vivian. No me había defraudado: era exactamente como la había imaginado, frívola, hueca y con el instinto materno de una mitocondria. Lo que no había previsto era que el perfecto Ignacio Lanz Reuter hubiese engendrado un hijo imperfecto a los ojos de la sociedad que frecuentaba. “Eso debe de estar matándolo”, pensé.

—Ignacio —lo llamé.

Discúlpame, no sé qué me está pasando —expresó con ojos compungidos y de pronto me acordé de aquella oportunidad en la piscina, cuando luego de recibir mi dentellada se dio vuelta y su mirada me aterrorizó, segura de que me había llegado la hora. ¿Seguiría albergando tanto odio y poder destructivo como en los turbulentos años de la adolescencia?

—No quería que esta conversación se diese de este modo —se disculpó.

—¿Te da vergüenza que tu hijo sea como es?

—Sí —me confesó, y admiré que lo admitiese, los padres raramente lo hacían, y yo sabía que sí, que los berrinches en lugares públicos, la repetición de palabras, las sacudidas de brazos y otros comportamientos típicos los abochornaban, lo cual era humano y comprensible—. Vos me conocés bien, Cósima, sabés qué clase de hijo de puta soy. A vos no voy a mentirte. Nunca —añadió con acento apasionado—. Pero no es por eso que estoy aquí —se apresuró a explicar—. Estoy aquí por él, no por mí, porque deseo que sea libre y feliz.

—Es normal que te avergüence —lo tranquilicé—, pero a medida que vayamos trabajando ese sentimiento quedará erradicado.

—¿Vayamos? ¿Eso quiere decir que vas a tratar a Nachito?

—A Nachito lo va a tratar la licenciada Petrillo —le recordé.

—No, por favor...

—Para ayudar a Nachito —lo interrumpí con una mano en alto— habrá que cambiar ciertos patrones, en especial los relacionados con el comportamiento de sus padres. Esa ansiedad que te consume por conseguir lo que querés no es buena para él. Aceptar que no se te conceda un deseo y avenirte a lo que se te propone es un buen modo de comenzar con el cambio. Un cambio profundo y sincero —remarqué, y vi el destello de rabia que le hacía vibrar la mirada fija en mí.

Temí que me increpase, que me preguntara quién me creía para tratarlo con tanta condescendencia. El habría sido incapaz de comprender que no buscaba humillarlo sino ayudarlo. Y ayudarme a mí también. A preservarme. Tenerlo cerca estaba causándome emociones que me daba miedo analizar.

—La licenciada Petrillo es excelente —insistí—, de otro modo no la habría asignado para trabajar con Nachito.

Lanz asintió con gesto enfurruñado. Seguía siendo el adolescente caprichoso y pedante de treinta años atrás. Pero yo ya no era la tía Cósima.

—¿Al menos puedo pedirte algo? —Asentí con actitud prudente—.

Que vos sigas de cerca el desempeño de la Petrillo y los avances de mihijo.

—Es lo que hago con todos los pacientes que tratamos. Nachito no será la excepción.

Aceptó mi respuesta con un corto y seco asentimiento y se puso de pie. Lo imité. Creí que se marcharía. Me sorprendió al alejarse de nuevo hacia la ventana. Otra vez permaneció en silencio mirando el parque. Quería que se fuese, su presencia me robaba la paz.

—Me gustaría terminar la obra —declaro sin volverse.

—¿Terminar la obra? —repetí; no sabía si había comprendido bien—. ¿Qué obra? —pregunté

como tonta.

Se volvió hacia mí con un movimiento preciso. La perfección de su rostro, sobre todo la de sus ojos azules orlados de pestañas femeninas me golpeó con crudeza, me hizo sentir menos y eso me enfureció. Que conservase el cuerpo escultural de la juventud no ayudó a revertir mis sentimientos oscuros, por el contrario. “Debe matarse en el gimnasio”, medité con un rencor enmascarado en un falso sentido de la superioridad, “lo mismo que la hueca de su mujer”.

—Terminar la obra —confirmó—, la de la escuela y las caballerizas.

—Si decidimos detener la obra, Ignacio —expliqué de mal modo— es porque no contamos con los fondos para pagar...

—No tendrías que pagar un centavo. Sería una donación de mi empresa.

—¿Qué? —me sorprendí—. ¿Una donación? De ninguna manera. No es necesario...

—Cósima, yo terminaría esa obra en tiempo récord y con los mejores materiales y profesionales. Y tu instituto tendría una escuela y unas caballerizas que ayudarían a mi hijo y a tantos como él. ¿Vas a permitir que el orgullo te impida aceptar una donación que viniendo de otra persona aceptarías sin chistar?

—¿El orgullo? No sé de qué estás hablando.

—Sabes muy bien de qué estoy hablando. Del pasado —subrayó, me detuvo con una agitación de mano cuando me disponía a esbozar una negativa—. Ya sé, ya sé, no tocaremos el tema del pasado. Entonces, ¿vas a aceptar mi donación?

—Lo hablaré con mis socios —respondí, seca, cortante, confundida.

Ignacio

Salí de la fundación en un estado de euforia como no recordaba haber experimentado ni siquiera durante mis metejones más fuertes. No sé a cuento de qué venía la sonrisa bobalicona que me mantenía estirados los labios, si la tía Cósima me había humillado hasta verme quebrado. Sacudí la cabeza y reí por lo bajo. Las cosas no se habían dado de ese modo y yo lo sabía.

Convivía con los juegos de poder y se hábil en ellos me habilitaba para reconocer cuando no existían.

Durante mi charla con la tía Cósima, en la que había negociado una de las cuestiones más importantes de mi vida, ella no había interpretado ningún papel; no se había hecho la intrigante, simplemente me había dejado en claro que ella lideraba el proyecto, lo cual me llevó a respetarla aun más. Mencionar a Nora había constituido una bajeza. Que se me quebrase la voz había sido, lo juro por Dios, una reacción espontánea.

¡Me había emocionado frente a la tía Cósima!. Hasta a mí me había sorprendido; jamás me emocionaba, ni siquiera con las películas más lacrimógenas Laura, mi primera mujer, siempre me lo señalaba y me llamaba “corazón de piedra”. Habían bastado unos minutos de exposición al aura de una antigua compañera del secundario para que me convirtiese en un osito de peluche. ¡Y qué poco me importaba! Mi orgullo podía irse al carajo. Me sentía feliz, exultante, sin saber por qué, pues no había obtenido lo que había ido a buscar y, mientras caminaba en dirección a la obra de la escuela y de las caballerizas, con la sonrisa siempre de oreja a oreja, terminé por

admitir que mi felicidad se debía a que, aunque Cósima no atendiese a mi hijo, sus intervenciones propiciarían una relación fluida, sin mencionar que lo de terminar la obra la profundizaría. Estaba mezclando todo, era consciente de ello y no tenía deseos de frenarlo.

Me embarqué en un ejercicio que José me alentaba a practicar tan a menudo como las circunstancias lo permitieran; ponerme en los zapatos del otro, esto es, pensar y sentir como el otro frente a un determinado problema.

Dado que la empatía no era mi fuerte, esa práctica me humanizaba; al menos eso aseguraba mi psicólogo. Me puse, entonces, en los zapatos de Cósima. Ella me odiaba, de eso no tenía duda, y su odio resultaba lógicamente después de los cinco años de tormentos a los que la había sometido. En el presente la había invadido e intimidado, pues, pese a que le imprimía a su altitud una pátina de profesionalismo y desapego, percibí los nervios que la dominaban y la furia reprimida. ¿Me habría encontrado envejecido? ¿Le habría resultado atractivo?

Llegué a la zona de la obra en construcción a duras penas iluminada y me pregunté si Cósima estaría mirándome desde la ventana. Mientras anotaba los datos del cartel, la recordaba con su pantalón pinzado blanco y la chaquetita corta azul. Cada vez que abrió la puerta para convocar a algún paciente, yo había alzado la vista para estudiarla. Llevaba el pelo en un rodete y algunos bucles se le escapaban a la altura de las sienes. No estaba maquillada. Cuando la tuve cerca me acordé de las veces que me había burlado de su blancura traslúcida. “¿Te dieron franco en la morgue, tía Cósima?”, solía decirle, o también: “¿Te estás pudriendo? Porque estás verde”. Me crispé con la evocación. También me había mofado de sus cejas anchas y negrísimas. Seguía llevándolas igual anchas y negrísimas, solo que ahora me parecía que le quedaban muy bien. El contraste entre la palidez de la cara y la negrura de las cejas desconcertaba al principio; atraía después irremediablemente. El efecto era extraño, como todo lo que me provocaba la tía Cósima.

Burlarme de su estrabismo, de su parche y de sus anteojos había sido un clásico. El defecto había desaparecido, probablemente gracias a una cirugía. No obstante, si adoptaba determinadas posiciones o movía la cabeza de cierto modo, aún se advertía una ligera desalineación de los ojos. Lo había detectado el día anterior y confirmado durante la conversación que acabábamos de sostener. Lo que en el pasado me había generado rabia, como si ella fuese la culpable de tener un ojo torcido, ahora no me molestaba.

Volver a casa y encontrarme con que mi mujer seguía callejeando no bastó para arruinarme el buen humor. Había desconectado con Vivian; el proceso, comenzado hacía un tiempo, se había vuelto irreversible el día anterior en el consultorio de Cósima. No había marcha atrás y sólo era cuestión de tiempo y de pruebas irrefutables para que Vivian quedase fuera de mi vida.

Sorprendí de nuevo a Sara indicándole que me ocuparía de bañar a Nachito, tras lo cual lo llevé en brazos hasta el comedor, en donde Montse ya había empezado a cenar —de nuevo carne—. Mi hija alzó las cejas al verme entrar con su hermano en andas. Ubiqué a Nachito en su silla, a mi derecha, y después, sin decir palabra, quité los auriculares de los oídos de mi hija y le ordené que me entregase el teléfono, que guardé en un modular bajo llave.

—Desde ahora en adelante —declaré— en esta casa comeremos como una familia normal, charlando y mirándonos las caras. Y no se te ocurra, Montserrat, volver a empezar sin nosotros. ¿He sido claro?

—Sí, pa —balbuceó.

—¿Por qué hay Fanta en la mesa? —me enojé—. ¡Elba! —llamé a la cocinera, jefa de las empleadas domésticas, que entró precipitadamente en el comedor de diario.

—¿Sí, señor?

—¿No ordené que nada de gaseosas en esta casa?

—Pero, pa... —se quejó mi hija.

—Son un veneno, Montserrat, y yo no permitiré que mis hijos se envenenen, ¿está claro?

—OK —bufó.

—Elba, les decís a todas, en la cocina, que en esta casa están prohibidas las gaseosas.

—Desde ahora en adelante se toma agua mineral o jugos naturales, ¿He sido claro?

—Sí, señor.

La empleada se fue llevándose la botella de Fanta. Un silencio se apoderó del comedor mientras yo le cortaba la milanesa a Nachito.

—¿Y mamá? —se atrevió a preguntar Montserrat.

—Me acaba de llamar —mentí—. Se le hizo un poco tarde y el tránsito está terrible.

—¿La llamo a Sara para que le dé de comer a Nachito?

—No, yo lo voy a hacer.

—¿Vos?

El estupor de mi hija era razonable; ella sabía que hacerlo comer a Nachito, impedir que se bajase de continuo de la silla y evitar que hiciera berrinches en el suelo no constituía una empresa fácil, por cierto era una con la cual yo jamás había lidiado.

—Sí, yo le voy a dar de comer. Contame, ¿cómo te fue hoy en el cole?

Más tarde volví a sorprenderla al pasar por su habitación. Seguía enchufada al maldito iPhone que yo le había traído de Nueva York.

Conversaba con sus amigas por WhatsApp.

—¿Qué querés?

—Tengo que hablar con vos.

—OK —susurró y tecleó algo con una velocidad envidiable.

Me senté en el borde de la cama y le sonreí. Ella me devolvió una sonrisa incómoda. Pobre hija mía, en sus diez años había recibido pocas muestras de cariño. Me pregunté cómo habría actuado Cósima en mi posición, cómo le habría explicado que su hermano era distinto y que teníamos que ayudarlo. Me relajé, me desembaracé del miedo, de los discursos comunes, de las poses. Le hablé con franqueza, tal vez abusando de la precocidad de Montse. Ella no me defraudó.

—¿Y cuándo vamos a hablar con la psicóloga de Nachito?

—Pronto.

Al día siguiente, Romina ya se había ocupado de concertar con la asistente de Cósima, la tal Marita, una serie de entrevistas —con la niñera, con la pediatra, con la familia— en las que yo participaría. Mi secretaria me miró con gesto de asombro cuando se lo indiqué,

—Señor, no creo que su presencia sea necesaria, salvo en la que se liará con la familia. Marita no me dijo que se esperaba que usted participase.

—Romina, no voy a perderme una de esas entrevistas. Ajusta mi agenda.

—Será un caos, señor. Tiene muchísimos compromisos. Con esto de que el ingeniero Cimmi se va de viaje por varias semanas todo recaerá en usted.

La prioridad es Nachito. Organiza mis compromisos con eso en mente.

Por la tarde, durante mi sesión de terapia, sólo hablé de ella, de Cósima; ni siquiera le mencioné a José mis sospechas de que Vivian estaba metiéndome los cuernos.

Si las cosas hubiesen sido al revés durante el secundario —conjeturó mi analista—, ¿qué habrías hecho en el lugar de Cósima? ¿Habrías atendido a su hijo?

—No, definitivamente no. Pero ahora que lo pienso, si yo hubiese sido la víctima, es decir, si hubiese sido una especie de Cósimo, entonces no habría sido el hijo de puta que era. Que soy. Entonces sí, habría atendido a su hijo, tal y como ella hará con el mío.

Las víctimas también juegan un rol en las dinámicas de bullying.

Puede ser, pero Cósima era completamente inocente. Fui yo que la persiguió sin respiro. Vos lo sabés.

Los hechos no ocurren porque sí. Cósima tenía que hacer su aprendizaje y, aunque te cueste creerlo, el destino te había elegido como su maestro.

—¡Maestro de mierda! —carcajeé.

—¿Cómo te sentís con este fracaso? Me refiero a que Cósima no haya aceptado tratar a tu hijo ella misma.

—Me da por las pelotas, como podrás imaginar. Pero ella dice que tengo que cambiar ciertos patrones de comportamiento para ayudar a Nachito. Uno de ellos, asegura, es saber aceptar cuando algo no se da como a mí me gusta.

—Y ¿es cierto? Que no sabés aceptar algo cuando no se da como a vos te gusta —aclaró José con una mirada cargada de picardía.

—Sabía que ibas a preguntar eso.

—¿Ah, sí? ¿Cómo lo sabías?

Porque sos un hijo de puta que siempre mete el dedo en la llaga.

—Es mi trabajo.

—Sí.

Sí, ¿qué? ¿Sí, es mi trabajo, o sí, es cierto que sos un caprichoso?

Sí, es tu trabajo. En cuanto a caprichoso... Sí, lo soy —admitió con una sonrisa socarrona.

—Estás contento —señaló José.

Estoy contento por Nachito. —Luego de una pausa en la que nos sostuvimos la mirada, claudiqué-: Y por mí.

—¿Qué sentís por ella ahora?

Me puse serio. Inspiré profundamente y me acomodé en el sillón. —Seguro por ella el mismo tipo de respeto y admiración que me provocas vos, José. Y sabes que son pocos los que me lo inspiran.

—¿Y qué hay con la atracción física? Una vez estuviste enamorado de ella.

—¡Enamorado! Me gustaba, me caía bien. Además tenía sólo trece años.

—No subestimes los sentimientos que pueden nacer a tan tierna edad. Vos sabes que son fuertes y duraderos —remató mi terapeuta y se quedó mirándome con una ceja levantada—. Tu obsesión regresó cuando ya eras un hombre y la viste en la calle después de siete años. —Guardó silencio y fijó la vista en mí.

—¿Qué? —dije, incómodo.

—Quiero que mires en tu interior y acabes por aceptar que te enamoraste de Cósima aquel verano del 82 y que te habría encantado ponerte de novio con ella, sólo que te habrías muerto de vergüenza frente a tu madre, que la había calificado de esperpento.

—Me parecía fea —me encapriché—. Era objetivamente fea.

—Eso era lo que te tenía desconcertado, que te gustase tanto siendo que no cumplía ni uno de los cánones de belleza de tu madre.

—¿Y por eso la atacaba? —pregunté con cierta incredulidad.

—Por eso y porque no podías tenerla. La culpabas por ser fea, porque su fealdad te privaba de

poseerla, y no porque su rostro y cuerpo imperfectos te molestasen a vos —remarcó— sino porque habrían suscitado el desprecio de tu madre, la gran mujer de tu vida. Y para vos, agradar a tu madre ha sido y sigue siendo lo primordial.

—¡Sigue siendo! No exageres. Tengo casi cuarenta y siete años.

—Sigue siendo —subrayó—. De otro modo, no te habrías casado con Vivian, a quien tu madre adora. —La mención de mi mujer me sumió en un silencio depresivo—. ¡Pero ánimo, Ignacio! —exclamó Vianes—. Que te hayas enamorado de una chica fea por fuera y bella por dentro habla bien de vos —declaró y me dirigió una sonrisa—. Ya ves, no sos el hueco e hijo de puta que pensás.

—Soy un hueco hijo de puta —ratifiqué.

—No lo sos. Si supiste descubrir el ser increíble que es la licenciada Facchinetti con solo trece años, te aseguro que no lo sos.

En general José tenía razón. Cuánto deseé que lo que acababa de Apresar fuese cierto.

De camino a casa me llamó el investigador privado para decirme que todavía no tenía noticias de mi mujer ni de su amante. Le indiqué que continuara con el seguimiento.

En medio de un sinfín de cuestiones relacionadas con mi trabajo y con la constructora, que se incrementaban debido a la ausencia de Arturo Cimmi —había partido a Santiago de Chile para ocuparse de la apertura de una oficina en esa ciudad—, comenzaron a sucederse las entrevistas con la Petrillo y las personas vinculadas con mi hijo. No faltaba a las citas por mucho que me complicasen la agenda; ni siquiera me perdí la reunión de la nutricionista de la Fundación Indiana con las empleadas domésticas y la cocinera. Asistía con la esperanza de ver aparecer a Cósima —ya no la llamaba tía Cósima, ni siquiera querida tía Cósima—. En dos oportunidades me dio el gusto y se apareció sin aviso en las entrevistas que teníamos en la fundación, y mi cuerpo respondió a su presencia como si no lo controlase, como si fuese un pendejo tímido y maricón frente a la chica más linda y popular de la escuela. En las dos ocasiones le pedí que fuésemos a tomar un café para charlar, no sólo de Nachito, sino también de mi propuesta, la de terminar la obra. En ambas ocasiones me contestó que no podía.

—¿No vas a aceptar mi donación? —le pregunté después del segundo rechazo.

—Aún no lo hablé con mis socios —me respondió, y yo sabía que mentía.

Estaba seguro de que Carlitos Naum y el tal Lucho se negaban a aceptar mi propuesta.

Capítulo III

CINCUENTA ROSAS ROJAS PERFUMADAS

Cósima

Carlitos y Lucho, pero en especial Lucho, se negaban a aceptar la donación de Lanz Reuter.

—¿Qué se cree ese hijo de puta? ¿Que puede venir aquí, agitar sus millones y obtener lo que quiera? Son de esos que piensan que con plata se compra todo, aun el perdón y el respeto.

—No mezclemos las cosas, Lucho —propuse con actitud pragmática—. Tenemos la obra parada y él ofrece terminarla. No pide nada a cambio. De hecho, está pagando por el tratamiento de su hijo. Esto sería una donación.

—¡Una donación para ganarse tu perdón! —insistió, inusualmente enojado; era un hombre tan tranquilo y bueno que esa actitud me tenía confundida.

—Para lo que sea, Lucho. Nos conviene. A nuestros pacientes les conviene. ¿No te gustaría tener aquí las caballerizas en lugar de alquilar el predio en el Club Hípico, que nos cuesta un ojo de la cara? Sin mencionar la comodidad de evitar el viaje hasta allá todos los días.

—Cosi tiene razón —comenzó a ablandarse Carlitos—. Analicemos el asunto con una mentalidad práctica. Terminar la obra sería un gol de media cancha. Más allá del salto cualitativo en nuestros servicios, fundar una escuela especial nos convertiría en la institución más avanzada del país.

—¿A vos también ese hijo de puta te va a encantar con sus millones? ¿Te olvidas de lo que te hizo?

—No me olvido de nada, Lucho —se defendió Carlitos—, pero ahora somos adultos y cuestiones más importantes están en juego. Nunca seré amigo de Lanz ni confiaré en él, pero si ofrece terminar la obra, ¿por qué no aceptar? Casi sería a modo de resarcimiento por todas las que nos hizo pasar, acotó con expresión risueña, a la que Lucho respondió con una mirada severa.

—No jodas con esto, Carlos. Tendremos que verlo todos los días, bancarnos su egolatría y pedantería.

—Vos no tendrías que tratar con él —señalé, y me di cuenta de que acababa de cometer un error.

—¡Claro que no! —rió Lucho con sarcasmo—, El señor Lanz querrá tratar sólo con vos, querida Cosi. ¿O no le das cuenta de que...? —Se detuvo y se mordió el labio.

No nos peleemos entre nosotros —terció Carlitos, siempre conciliador—. Mantengamos la calma. Les propongo lo siguiente: que cada uno analice un poco más la propuesta de Lanz y en..., digamos, dos días votamos, como hacemos con todo. ¿Qué les parece?

—¿Y qué sabemos de la empresa de este hijo de puta? —perseveró Lucho—. Siempre somos muy cuidadosos antes de aceptar donaciones de empresas que no conocemos. Estoy seguro de

que este está metido en negocios turbios.

—La haremos investigar, como hacemos con las otras —contesté—. Llamaré a Huergo —me refería a nuestro contador— y le pediré que se ocupe.

—Entonces —manifestó Carlitos—, cuando Huergo nos dé el resultado de la investigación, decidiremos.

Lucho me lanzó un vistazo furibundo antes de abandonar el consultorio. Me sorprendió esa noche, cuando me llamó para decirme que estaba en la puerta de mi edificio. Bajé a abrirle sin detenerme a pensar que vestía un pantalón de jogging y una remera de entrecasa, que tenía el pelo recogido en un rodete desordenado y que llevaba puestos los lentes de lectura. La confianza entre nosotros era infinita y que no me molestase encontrarme desarreglada daba cuenta de ello.

—¿Pasó algo? —dije al abrir, asustada; su visita un día de semana y a esa hora era infrecuente.

—Nada grave —respondió—. Estoy aquí para disculparme con vos. ¿Puedo entrar?

Asentí y cruzamos la recepción del edificio y subimos al ascensor en silencio, incluso hicimos el recorrido hasta mi piso sin cruzar palabra.

—¿Cenaste? —le pregunté tras cerrar la puerta.

—No.

—Estoy calentando lasaña. ¿Querés?

—¿Tu lasaña o una comprada?

—Mi lasaña —aclaré.

¡Me encanta! —dijo, risueño, y me pidió permiso para usar el baño, un momento después lo oí deslizarse con sigilo dentro de la cocina mientras yo servía las porciones. Se detuvo a mi lado. Le indiqué la botella de vino y entendió que debía descorcharla. Nos sentamos a la mesa y comimos los primeros bocados sin hablar.

—Nadie hace la lasaña como vos, Così —expresó.

—Tus hijos piensan lo mismo —comenté con simulada vanidad—. De hecho me pidieron que se las preparase la semana pasada cuando se quedaron a dormir.

—Y los consentiste, por supuesto —apuntó Lucho, y yo sonreí a modo de afirmación.

Jaime y Paola, los hijos de Lucho y de su ex, de veintiuno y quince años, y los dos varones de Carlitos y Natalia, Bartolomé de diecisiete y Darío de quince, eran mi debilidad, mis sobrinos del corazón, mis hijos del alma. Por eso una grieta entre sus padres y yo resultaba inaceptable. Alcé la vista y, siguiendo el hilo de mis pensamientos, manifesté:

—Que nada lastime nuestra amistad, Lucho. Que nada se interponga entre nosotros.

—Nada —replicó, emocionado, y me buscó la mano sobre la mesa—. Ni Lanz, ni sus millones, ni nada —dijo y me la apretó.

La retiré simulando que quería tomar vino.

—Por nuestra amistad —declaré y alcé la copa.

Si bien imitó mi acción, Lucho se quedó callado con la vista fija en mí.

—Por más que eso —acotó tras una pausa embarazosa.

Sonreí fingiendo desorientación.

—Más que eso y seríamos hermanos —expliqué, rápido, nerviosa, la boca seca—. Y en cierto modo ya lo somos.

—Sabes a qué me refiero, Cósima —me desafió con el gesto serio, empleando mi nombre completo para agregar dramatismo al cuadro—. Sabés que no me siento tu amigo. Menos que menos tu hermano.

—Yo... —comencé a decir y me salvó el timbre del celular.

No solía atenderlo durante las comidas a menos que fuesen mi madre o mi madrina, ya mayores. Me puse de pie y respondí sin mirar la pantalla, con la ansiedad de un boxeador apaleado que al oír el campanazo se lanza a Ja esquina.

—¿Cósima? Soy Ignacio Lanz Reuter,

No habría sido necesario que me aclarase su nombre. Había reconocido la voz profunda y masculina. Bajé los párpados con resignación, que Lucho debió de captar. “¿Quién es?”, me dibujó con los labios. Lanz, contesté de igual modo, y lo vi endurecer la mirada de ojos verdes y apretar las mandíbulas. Me exigió con un gesto del índice y el mayor que le cortase, lo cual me provocó fastidio. ¿Quién se creía para darme órdenes? Si algo me había enseñado el bullying sufrido a manos de Lanz era que no le debía explicaciones a nadie y que nadie tenía derecho a dictarme qué hacer o como ser. Le di la espalda.

—¿Pasa algo con Nachito? —pregunté, de pronto alerta.

—No, no. él está bien. Disculpa la hora, pero recién me desocupo y quería llamarte para preguntarte cómo anduvo mi hijo en su primer día.

Tras las tantas evaluaciones y reuniones, el equipo interdisciplinario de mi instituto había diseñado un tratamiento a medida para cubrir las necesidades del hijo de Lanz. Esa tarde se había llevado a cabo la primera sesión de integración sensorial y de musicoterapia. Yo no había participado por falta de tiempo, pero Mirta Petrillo aseguraba que había respondido positivamente a la técnica llamada floortime (tiempo en el suelo).

—La licenciada Petrillo me dijo que muy bien.

—Ah —contestó, desilusionado—, vos no participaste. Pensé que por tratarse de la primera sesión...

—Mañana planeo ver la filmación y...

—¿Te sirvo más vino, Così? —me interrumpió Lucho y elevó innecesariamente el tono de voz.

—¿Estás con alguien? —inquirió Lanz, no de un modo que comunicaba turbación por haber molestado a una hora tan inapropiada, sino con un tono exigente.

Una furia repentina como sólo ese hombre me causaba me trepó por la garganta. También estaba furiosa con Lucho, que había actuado con malicia.

—Ignacio —dije, e intenté dominar el encono en mi voz—, tengo que cortar. Estoy ocupada.

—El tal Lucho está ahí con vos. Es él, ¿no? —dedujo y empleó un acento sarcástico. Su desfachatez me pasmó. Quedé perpleja al oírlo agregar-: El taxi boy.

Tras un silencio lo saludé con ecuanimidad:

—Buenas noches —dije.

¡Cósima, no cortes! —exclamó, desesperado—. ¡Perdoname! ¡Soy una bestia! ¡Perdoname! Te lo suplico.

—Nada que perdonar. Buenas noches —repetí y corté.

El teléfono volvió a sonar y lo ignoré.

—¿No vas a atender? —quiso saber Lucho, y su actitud irónica pro* bó mi paciencia.

—Lucho, ¿por qué me ofreciste vino a gritos en medio de una conversación con el padre de uno de nuestros pacientes?

—Los padres decentes no llaman a esta hora.

—Sabés bien que eso no es verdad. Algunos padres, frente a las crisis de sus hijos, nos han despertado de madrugada.

—Pero a este le importa un pilo su lujo, ¿O acaso Nachito sufrió una crisis? ¡No, claro que no!

—respondió ante mi silencio—. Ese malnacido quiere hablar con vos, acceder a vos, y usa al hijo como excusa.

—Estás diciendo estupideces, Lucho, Te sugiero que la acabes con este comportamiento infantil, No quiero terminar mal.

—Pero no es un comportamiento infantil, Cósima. Quiero que hablemos de lo que este tipo esta tratando...

—¡Vamos a aclarar esla situación ahora! —exclamé, y Lucho se estremeció, para nada acostumbrado a oírme alzar la voz o perder la compostura— —Ignacio Lanz Reuter es el padre de uno de nuestros pacientes y basta. Si, es cierto, que fue la pieza clave de un pasado triste que quiero olvidar. Con eso nada puedo hacer. Pero ahora sólo cuenta la salud mental de su hijo. Somos profesionales, Lucho, dedicados a ayudar a los niños con problemas neurológicos. Me importa un rábano si Nachito es el hijo de Hitler o de Drácula, ¿está claro? Para mí es un niño al que deseo ayudar con mi conocimiento. Punto final de la discusión.

Lucho, visiblemente compungido, dio un paso hacia delante con las manos extendidas en la clara intención de aferrar las mías. Se lo impedí cruzándome de brazos.

—¿No te das cuenta que quiere seducirte?

—¡Ja! Seducirme. Sí, claro. Lanz quiere seducirme. No digas disparates, Lucho.

—¿Por qué es un disparate?

—Está casado.

—¡No digas vos un disparate, Cósima! Y no seas *naïve*. A los de su calaña estar casados les importa muy poco a la hora de llevarse a la cama a otra mujer.

—¿Eso significa que yo me iría a la cama con Lanz pese a que está casado sólo por el hecho de que él me seduciría como a una colegiala sin experiencia?¿Tan idiota me crees?

—No, claro que no, —aseguró otra vez con el tono compungido—.

Pero el tipo es muy fachero, eso no se puede negar, y está forrado y...

—Y Cósima caerá como un chorlito porque es una idiota con baja autoestima —insistí.

Lucho dejó caer la cabeza hacia delante y soltó un suspiro de rendición. Sin mirarme, expresó:

—No, al contrario, Cósima es la mujer más inteligente, dulce, buena y hermosa que conozco. Y yo estoy loco por ella.

Se me cortó el respiro y di un paso hacia atrás en una acción mecánica. Sí, era cierto, había estado enamorada de Lucho a los diecisiete años, pero nada quedaba de ese sentimiento. Lo adoraba como al amigo fiel y bueno que era. No existía una pizca de atracción, pese a que sin duda se trataba de un hombre objetivamente buen mozo; sabía que muchas de nuestras empleadas suspiraban por él.

—Cósima, vine esta noche a tu casa no sólo para pedirte disculpas por el modo en que me comporté hoy en el instituto, cuando hablamos acerca de la donación de Lanz, sino también para confesarte lo que siento desde hace años. Y ya no puedo ni quiero callar.

Le habría pedido que siguiese callando, que una confesión de esa índole amenazaba con trastornar la armonía perfecta de nuestro equipo. Nada dije porque, por un lado, estaba nerviosa y temía que la voz no me surgiese con normalidad; por el otro, reflexioné que había llegado la hora de enfrentar esa nube negra que nos sobrevolaba desde el divorcio de Lucho y de la cual Carlitos me había advertido.

Tomé asiento a la mesa y le indiqué que ocupase su silla. Me sirvió vino; después se llenó la copa. Sorbió hasta hacer fondo blanco.

—Me casé con Marisa muy enamorado, pero también muy ciego. Naty —dijo, y se refería a su

hermana— me advirtió que Marisa y yo éramos el agua y el aceite. También me advirtió que vos eras la mujer para mí. —Tras una pausa en la que nada comenté, prosiguió:- Marisa es una buena mina y una excelente madre —se apresuró a aclarar.

—Lo es —ratifiqué, pues en verdad lo pensaba.

—Pero no es para mí. El tiempo fue haciéndome abrir los ojos y ver la realidad. A ella también. Hasta que llegó el día en que de mutuo acuerdo aceptamos que lo nuestro no iba más. Y nos divorciamos muy civilizadamente, como vos sabés. —Me limité a asentir—.

—Para ese momento yo ya había caído bajo tu hechizo...

—¡Hechizo! —exclamé, risueña—. Parece que hablaras de una *femme fatale*, Lucho.

—Tu hechizo es más sutil que el de una come hombres, Cósima. Tu gran atractivo reside en que ni siquiera te das cuenta del poder que tenes sobre los demás, gracias a tu simpleza y tu dulzura. Fui enamorándome de vos de un modo que no sabía que podía enamorarme. Me había enamorado de tu esencia, de tu persona. De tu alma.

“¿Y de mi cuerpo imperfecto?”, lo habría interrogado. “¿Qué me importa?”, me increpé, si entre Lucho y yo jamás habría nada. ¿Por qué este querido amigo, quien me había encandilado a los diecisiete años con su atractivo y su buen corazón, no me hacía sentir nada, y en cambio otro, que a los trece me había partido el corazón con su desamor y egoísmo, me provocaba toda clase de sensaciones y palpitaciones? ¡Qué rabia experimenté! ¡Qué injusta era la vida!

Rectifiqué el hilo de mis pensamientos. No quería, mas bien, no debía ponerme en el lugar de la víctima. Ya nadie me hacía bullying y yo era la dueña de mi destino. “Las cosas son como son, Cósima”, me recordé. “Resistirse es de estúpidos.”

—Lucho —dije, de pronto tranquila, la voz estable—, me alegro de que hayas sacado esto que llevas dentro. Lo mejor es que aclaremos la cuestión para que nuestra amistad siga tan fuerte y sana como siempre. Me siento halagada, en verdad, pero mis sentimientos hacia vos son los de una amiga, los de una hermana —subrayé.

—Yo te gustaba cuando nos conocimos —me recordó sin malicia, sin pedantería.

—Sí, me gustabas. Pero ha pasado mucha agua bajo el puente...

—Y ahora está Lanz embarrando la cancha —interrumpió—. Me pregunto qué me habrías respondido si te hubiese hablado semanas atrás de lo que siento, antes de que ese... miserable se apareciese de nuevo en tu vida.

Bajé los párpados e inspiré profundamente para evitar soltarle un exabrupto.

—Te habría respondido lo mismo, Lucho. Hace años, desde la muerte de Horacio, que no siento nada por otro hombre. Lo intenté, vos lo sabes, pero es como si él se hubiese llevado esa parte de mí.

Lucho estiró los brazos y me aferró las manos sorpresivamente. El instinto me indicó que las retrajese; no lo hice por temor a herirlo aún más.

—Cosi, dame la oportunidad de cortejarte, de halagarte, de mostrarte cuánto te quiero, cuánto me gustás.

Aparté las manos y me puse de pie. Él me imitó con presta actitud.

—Lucho —hablé.

—Cosi, no te niegues sin pensarlo, sin meditarlo. Podemos ir despacio, pasar más tiempo juntos, fuera del instituto, sin hablar de laburo, sólo de lo que nos gusta. Por favor, imaginanos juntos —me pidió—, seríamos la pareja perfecta.

En el silencio que se suspendió lo intenté, me esforcé por imaginarnos como amantes, como pareja, y me resultó imposible. El sentimiento que despuntaba me hacía sentir incómoda. En

cambio otro rostro invadía las escenas y me provocaba un escozor al que le temí. Razoné que podía decirle que sí a Lucho para darme la oportunidad que, él aseguraba, debía concederme. ¿Por qué no? Tal vez llegase a funcionar entre nosotros. Medité también que era una buena estrategia para mantener la mente ocupada y olvidar los ojos azules que me atormentaban. A punto de ceder me reproche ser una cobarde y una traidora. Habría usado a mi amigo para olvidar a mi enemigo. Experimenté vergüenza y culpa. Alcé la vista y la mirada ansiosa de Lucho me golpeó con dureza.

—No —respondí—, no puedo imaginarnos como una pareja. Lo siento. Te quiero y te respeto como a pocas personas, pero empezar una relación con vos sería un error.

—Sólo prométeme una cosa —pidió Lucho y asentí—. Si a partir de ahora y después de haberte enterado de mis sentimientos algo cambiase en vos, si de pronto comenzaras a mirarme con otros ojos, prométeme —insistió— que vas a venir y me lo vas a decir y nada, ni el orgullo ni la vergüenza, te lo va a impedir. Júramelo, Cósima.

—Te lo juro. Y vos —dije a mi vez— prométeme que esto no alterará la armonía de nuestro equipo de trabajo ni de nuestra amistad.

Me tomó las manos de nuevo. Las besó, primero la derecha, luego la izquierda.

—Te lo juro. Mañana me verás y será como si esto jamás hubiese ocurrido. De todos modos —añadió—, te voy a esperar siempre.

Al otro día, al entrar en mi despacho con Marita por detrás, me detuve de golpe. En medio de mi escritorio se destacaba un enorme arreglo de rosas rojas en un jarrón de cristal. Lo primero que pensé fue: “Debe haber costado una fortuna”. Estaba acostumbrada a recibir flores y pequeños regalos de los padres agradecidos, pero nada tan fastuoso como eso.

—Impresionante, ¿no? —oí decir a Marita—. Las trajeron hace quince minutos. Las conté. Son cincuenta. ¡Cincuenta rosas rojas, Cósima! Y perfumadas.

Las olí. Sí, tenían aroma a rosa, algo inusual. Las rosas de las florerías, tras cambios genéticos que les aseguraban una vida más prolongada, habían sacrificado su característica fundamental: el perfume.

—Y es de la florería más paquetona de Buenos Aires, esa de la avenida Callao.

Me hice de la tarjeta y, mientras mi asistente seguía conjeturando acerca del precio de semejante arreglo, la estudié. Escrita de puño y letra, rezaba: Perdóname, por favor. Por todo. ¿Aceptarías cenar conmigo esta noche? Ignacio Lanz Reuter. La reacción de mi cuerpo ante esas pocas palabras fue desmesurada. Ese “Por todo” me hizo vibrar.

Di vuelta la tarjeta en una reacción mecánica, en un acto en el que buscaba, de modo inconsciente, protegerme de lo que se había disparado en mí y que sabía irrefrenable. Reconocí el logotipo de la constructora de Lanz; detallaba sus datos personales, entre ellos un domicilio en Puerto Madero, dos teléfonos, uno fijo y un celular, y una dirección de correo electrónico. Volví a leer la corta nota, tentada por tan poco, sólo unas palabras, que al mismo tiempo significaban un mundo para mí. La sequedad en la boca, el sudor frío y el corazón desbocado se profundizaron. ¡Cómo detestaba que me redujese a una gelatina temblorosa como cuando eramos dos adolescentes!

—Marita, ¿me alcanzas un vaso con agua, por favor?

—Enseguida —respondió.

Lo bebí despacio para disimular frente a mi secretaria mientras me hacía la que admiraba las rosas. Más compuesta, le indiqué:

—Lleva las flores a la recepción. Es una pena que estén aquí. Allí todos las apreciarán.

Después te comunicás con la asistente del señor Lanz Reuter y le decís que me resulta imposible aceptar su invitación.

—Entonces las flores son de él —coligió mi secretaria.

—Sí, para agradecerme porque ayer empezamos el tratamiento con su hijo y va muy bien.

—¿Sólo por haber iniciado el tratamiento? Es excesivo, Così —razonó Marita.

—Así es Lanz Reuter: excesivo. Ahora andá, por favor. Mi primer paciente está esperándome.

Ignacio

Cósima cortó después de un saludo seco e impersonal. Intenté llamarla de nuevo. No atendió. El primer impulso fue arrojar el celular contra la pared de mi oficina. Me contuve. Cerré los ojos e inspiré profundo. Apoyé el teléfono sobre mi escritorio con premeditada delicadeza y caminé hacia el muro vidriado que se abría sobre el Río de la Plata. Desde el piso treinta y seis la vista quitaba el aliento en esa noche despejada de luna llena. Se me vino a la mente una fantasía loca: imaginé que Cósima estaba allí, junto a mí, admirando las torres iluminadas de Puerto Madero y la negrura del río donde solo se destacaban los faros de los grandes barcos. Conversábamos en voz baja.

¿Te sirvo más vino, Così? La pregunta maliciosa de Lucho se filtró en mi fantasía y la pisoteó. Había reconocido su voz después de esas semanas de entrevistas y conversaciones. Sólo oírla había bastado para transformarme de nuevo en el monstruo del pasado.

Me sentí un idiota por experimentar celos. ¿Qué me estaba pasando a mí?, el gran empresario argentino, que sería tapa del próximo número de la revista Brando, a quien los periodistas querían entrevistar y al que las mujeres se le insinuaban sin pudor; por cierto, mujeres que rajaban la tierra, con cuerpos esculturales y rostros esculpidos con bisturí hasta la perfección; en una palabra recordé, teta-culo-no materia gris. La frase acuñada durante mis sesiones con José Vianes me devolvió a la realidad»

“Lo peor, Nacho”, solía decir mi terapeuta, “es perder el contacto con el mundo real, empezar a distorsionar tanto tu imagen y la del ámbito a tu alrededor al punto de crear un escenario inexistente, creernos algo que no somos. Somos lo que somos, y punto”. Y yo podía ser el empresario exitoso, popular, fachero, forrado en guita, pero en esencia era un hombre infeliz. Esa era la realidad más real. Era infeliz, y no sólo porque mi hijo fuese autista y mis dos matrimonios hubiesen fracasado. Era infeliz también porque... ¿Por qué? Estuve a punto de llamar a Vianes para preguntarle y me contuve. Odiaba la dependencia que solía nacer entre el terapeuta y el paciente. En cambio llame a Romina, mi asistente, quien, pese a la hora, me atendió enseguida.

—¿Ingeniero? —dijo a modo de saludo en un tono neutro y profesional.

—Perdona que te moleste a esta hora, Romina.

La pobre debió de desorientarse ante mi pedido de disculpas; jamás lo hacía,

—Ningún problema, señor. Dígame.

—Necesito que mañana a primera hora envíes un ramo de rosas rojas a la licenciada Facchinetti.

—¿Al instituto o a su casa? —inquirió, siempre atenta a los detalles.

—Al instituto. ¿Sabés cuál es la dirección de su casa? —Yo la conocía gracias a las pesquisas del investigador privado, aunque cabía la posibilidad de que se hubiese mudado en los últimos años.

—No la conozco, pero podría averiguarla —contestó.

—Envíalo al instituto —confirmé—. Un ramo imponente, el mis costoso, con treinta... No, con cincuenta rosas rojas. Pero que tengan perfume, nada de enviar esas que parecen de plástico. ¿Crees que existan aún rosas perfumadas?

—Hay un par de florerías que las venden. Son muy costosas.

—No repares en el precio. Pero antes de llevar el ramo tienen que traerlo aquí, a mi oficina, para que le adjunte una tarjeta.

Como si la viese, supe que Romina fruncía el entrecejo y se preguntaba qué estaría pasando por mi tortuosa mente. Enviar regalos era moneda corriente en el mundo empresarial; que yo me preocupase por adjuntar una tarjeta de puño y letra constituía un comportamiento atípico

—Como usted disponga, ingeniero.

—Gracias, Romina —dije, y volví a sorprenderla.

—De nada, ingeniero. ¿Algo más?

—Nada más. Que descanses.

Esa noche, y como hacía un tiempo, dormí en la habitación de huéspedes para evitar a Vivian. La posibilidad de cruzármela desnuda me espantaba y la de oír su voz, que empleaba para disparar sinsentidos, me irritaba. Me preguntaba cómo la había soportado a lo largo de esos años. Llamé al investigador, quien me aseguró que hasta el momento no había encontrado nada fuera de lo común en su comportamiento, incluso ese día había tenido clase con el personal trainer y la cuestión lucía normal. “Se manejan con un trato amistoso”, había aclarado el investigador. “En nada me hace sospechar que sean amantes”. Le indiqué que continuase con el seguimiento.

A eso de las tres de la madrugada, seguro que el somnífero de Vivian había hecho efecto, me metí en nuestro dormitorio. La luz del pasillo dibujó una franja de claridad que iluminó la mesa de noche donde se hallaba su celular. Le conocía la clave que desbloqueaba la pantalla, por lo que lo tomé y me escabullí para estudiarle los mensajes y los contactos. Tras una hora de escrutinio aún no hallaba nada incriminatorio, es más, me había dado risa el diálogo que mi esposa había sostenido con mi madre a través de WhatsApp, acerca de la próxima cirugía estética a la cual planeaba someterse mi progenitora. —Vas a quedar diosa para el verano, —le había asegurado mi mujer.

Acomodé el celular en la posición exacta en que lo había hallado y me quedé mirando a Vivian, la madre de mis dos hijos menores, una extraña. Dormía con antifaz; el resto de la cara le brillaba a causa de las costosas cremas. No tenía autoridad moral para juzgarla; yo no era mejor. Ni en el caso de que mi sospecha se probase cierta —que me engañaba con otro— habría podido despreciarla; yo jamás le había sido fiel, y ella lo intuía. Éramos dos de la misma especie.

Al día siguiente, tras volver de una reunión en el Ministerio de Planificación, Romina me siguió dentro para informarme que la asistente de la licenciada Facchinetti se había comunicado para agradecer las flores y para excusar a su jefa, quien declinaba la invitación a cenar. Asentí con la vista en los pliegos de una licitación y fingí desinterés. Mi secretaria siguió listando los compromisos de la tarde y yo simulaba escucharla como si la negativa de la tía Cósima no me hubiese privado de la capacidad de atención. Sólo pensaba en ella, en su enojo, en la forma de obtener su perdón. Tenía que admitirlo: invitarla a cenar había sido una jugada temeraria, atrevida quizá, con la cual posiblemente había profundizado su bronca.

Fue un día de mierda, con los problemas de siempre y, no obstante, más complicado debido a la ausencia de Arturo Cimmi, sin mencionar que Vivian se había negado a llevar a Nachito al Club Hípico para la primera clase de equinoterapia; tenía turno con una dermatóloga, “súper top”, me aclaró, que le daría otro recién en diciembre si dejaba pasar ese (estábamos a fines de junio). La clase de equinoterapia se llevaría a cabo justamente con el taxi boy, a quien me propuse empezar a llamar por su apellido, el que me había dado a conocer la Petrillo en nuestras incontables reuniones: doctor en veterinaria Luis Rigatoni, pues no sólo había obtenido el título de grado en Medicina Veterinaria, sino que había hecho el doctorado. La devoción y el respeto con que la Petrillo hablaba de su colega me habían puesto de mal humor y mi antagonismo sólo había conseguido incrementarse con ese: Te sirvo más vino, Così?”. Les encomendé a mis empleados de confianza, la babysitter Sara, mi guardaespaldas Leopoldo, que condujesen a Nachito al Club Hípico y que permanecieran con él lo que durara la clase.

A eso de las siete cancelé el partido de tenis con unos amigos. No tenía ganas de hablar pelotudeces con esos tres. Tampoco quería volver a casa, menos que menos ir a la de mi madre —cenábamos con ella los miércoles—. Aunque me insté a hacerlo para pasar un rato con Montse y con Nachito, la idea de compartir una comida con Vivian y mi madre me provocó una tensión en el estómago. Había discutido con las dos ese día; con Vivian por lo del turno con la dermatóloga y con mi vieja porque no había participado de las reuniones con la Petrillo, organizada para informar a las personas más cercanas qué cambios incorporar en el comportamiento, qué actitudes tomar, qué cosas hacer para ayudar a mi hijo.

Tomé una decisión. Arranqué el saco del perchero y, mientras me lo ponía, abandoné la oficina dando órdenes a diestro y siniestro, a mi secretaria, a mi chófer Hugo y a Leopoldo, que ya estaba de regreso después de haber transcurrido la tarde en el Hípico. Los tres me seguían con la fidelidad que los caracterizaba, atentos a mis caprichos y ordenes. La resolución que había tomado me llenaba de ínfulas y me sentí contento. Cabía la posibilidad de que mi plan no funcionara, “el no ya lo tengo”, me dije. “Vamos por el sí”.

Capítulo IV

SUSHI

Cósima

Eran casi las nueve de la noche. En el instituto no quedaba nadie y yo seguía en mi consultorio, leyendo informes y firmando órdenes de pago y cheques. Durante la jornada, el arreglo de cincuenta rosas se había mantenido cerca de mis pensamientos.

La invitación a cenar me tenía perpleja. Era una mujer de cuarenta y seis años, había vivido mucho, padecido también, superado grandes escollos, cicatrizado profundas heridas y, sin embargo, no sabía cómo actuar ni qué deducir de la simple pregunta garabateada en una tarjeta personal: ¿Aceptarías cenar conmigo esta noche? ¿Debía juzgarla como una invitación inocente o una desfachatada? Lanz era un hombre casado, ¿y me invitaba a cenar? ¿Así se manejaban los del jet set? También me inquietaba ese “Perdóname. Por todo”. ¿Por todo? ¿Por haber llamado taxi boy a Lucho, por haberme molestado a una hora tan inapropiada o por haberme hecho la vida de cuadros durante cinco años?

Pedir perdón es una acción que asocio con el ego. Se busca el perdón como un medio para recuperar la paz, para asegurarse de que el otro vuelva a aceptarlo, que no lo rechace; se lo precisa para limpiar la conciencia, para aliviarla. Otorgarlo es otra cuestión, una compleja, difícil por el dolor acumulado, la bronca, la impotencia. Que Lanz me pidiese perdón por el sufrimiento que me había causado carecía de valor dadas las circunstancias. Precisaba de mi instituto y de mis conocimientos para que su hijo imperfecto de acuerdo con sus principios adquiriese una semblanza de normalidad. Aún dudaba de que realmente lo hiciese por el bien de Nachito; me inclinaba por la idea de que lo hacía por él, para no quedar mal con la sociedad cruel y brutal en la que se movía como pez en el agua.

Gracias a la Petrillo sabía que Lanz había demostrado un gran interés por el tratamiento y por los cambios que debían operarse en el ambiente familiar, en la conducta nutricional y en el trato con el Niño. No obstante, mi suspicacia me susurraba que no confiase; dudaba de todo en él. Para mí era el maestro del engaño, de la hipocresía, de la manipulación. Y, sin embargo, sólo me bastaba tenerlo enfrente para que el corazón me batiese como loco. ¿Qué decía eso de mí, que me sentía atraída por una criatura rastrera y deshonesto?

Ese mediodía, mientras Carlitos y yo compartíamos solos una mesa en el comedor del instituto, le conté todo, desde el desplante de Lucho la noche anterior hasta la llamada de Lanz, incluidas las flores y la tarjeta. La saqué del bolsillo y se la extendí. La leyó en silencio.

—La escribió él mismo —señaló, y yo me limité a asentir.

Nos miramos seriamente. No hacía falta que expresase con palabras lo que estaba pensando; podía leerle la mente, tanto lo conocía.

—Sabes lo que pienso —afirmó, como si él también fuese capaz de seguir la línea de mis

cavilaciones.

—Sí, lo sé, pero no estoy de acuerdo con vos.

—Lanz ha estado y está enamorado de vos. En cuanto a lo de Lucho, Naty va a saltar en una pata cuando se lo cuente. Siempre soñó con que fuesen cuñadas. —El comentario me arrancó una sonrisa nostálgica—, Sí, ya sé —dijo Carlitos y me apretó la mano—, a vos con Lucho no te pasa nada. Es con el otro que te pasan cosas, ¿no, mi Cosi?

Me miraba con tanta ternura y aceptación que se me anudó la garganta. He sido muy amada en esta vida, pero considero que pocos me han amado y aceptado tan incondicionalmente como ese ser espléndido que es Carlos Naum.

—Te quiero —susurré con voz congestionada.

—Lo sé. Y yo quiero que seas feliz, Cósima. Quiero que tomes las decisiones que te hagan feliz. ¿Está claro? Que nada te importe excepto vos y tu bienestar.

—Pero yo soy feliz. Tus hijos, Naty, vos, el instituto, Bernie... Todo me hace feliz.

—Pero si la vida te enfrentó de nuevo con Lanz por algo ha de ser. Vos sos profunda y espiritual y sabés que las cosas no pasan porque sí-

—Estoy de acuerdo —consentí mientras me secaba los ojos con la servilleta—. Tal vez llegó la hora de enfrentarlo para exorcizarlo de una vez para siempre.

—Yo creo que él no quiere que lo exorcices, Cosi. Insisto: él quiere que lo acojas en tu mundo.

—Carlitos, no perdamos el rumbo ni el contacto con la realidad-

Por un lado, está casado y por el otro, confío en él tanto como en una serpiente. Eso tan romántico que decís, que lo acoja en mi mundo, yo lo traduzco de una sola manera: me necesita debido a la situación de su hijo y me quiere usar, como usa a todo el mundo.

—Lo de que está casado tiene solución. En cuanto a tu falta de confianza, es entendible, pero la gente cambia. Cuando estuvimos en su casa con Mirta —hablaba de la Petrillo— se portó muy bien. Era otra persona. Cosi.

—¿Por qué lo defendés? ¿Por qué no hablás pestes de él como hace Lucho, después de lo que nos hizo padecer?

Se encogió de hombros y se metió un trozo de churrasco en la boca. Masticó con tranquilidad y con la vista baja. Cuando la alzó se me aceleró el pulso pues sabía que me diría lo que yo no estaba preparada para aceptar.

—Porque, desde que murió Horacio, es la primera vez que te veo ansiosa y nerviosa por otro hombre. Porque a vos Lanz te encanta, manipulador e hijo de puta como es.

Me sobresaltó el timbre del intercomunicador. Consulté la hora. Nueve y tres minutos. Titilaba la luz correspondiente a la garita del ingreso. Me inquieté. Levanté el auricular enseguida.

—Soy Ramírez, licenciada. La llamo desde la cabina de la entrada.

—Buenas noches, Ramírez. ¿Algún problema?

—Aquí tengo a un señor que solicita verla. Su nombre es...

—Ignacio Lanz Reuter —oí que otra voz, una desconocida, pronunciaba el malhadado nombre de manera correcta, roiter.

—Ignacio Lanz Reuter —repitió el guardia en el micrófono del auricular. La sorpresa me dejó muda—. ¿Licenciada, sigue allí?

—Sí, Ramírez, disculpe. Permítale ingresar.

Me puse de pie. Las manos me temblaban. Las apoyé en el filo del escritorio. Buscaba estabilidad. No sabía qué hacer, qué esperar. Giré la cabeza hacia uno y otro lado, como si

buscase una escapatoria. Pensé en ir al baño y comprobar que mi cara estuviese medianamente decente. Desistí. No me acomodaría ni un mechón e incluso me presentaría con los anteojos de lectura. No caería en el comportamiento de una adolescente infatuada. Él era un hombre casado y yo la jefa de la terapeuta de su hijo; la situación era clara. Entonces, ¿por qué la sangre me pulsaba como si hubiese corrido kilómetros y las piernas se me tornaban pesadas?

Me puse en movimiento con indecisión, miedo y perplejidad. Me dio bronca que la sola mención de su nombre me retrotrajese treinta años y me convirtiese en la Cósima del ojo torcido. Bajé los últimos peldaños de la escalera y crucé la recepción sintiéndome un poco más dueña de mí gracias al rencor. El único sonido lo constituía el crujir de la suela de goma de mis zapatos en el parquet plantificado. Estaba sola, las empleadas de la empresa de limpieza llegarían alrededor de las diez de la noche. Encendí la luz del vestíbulo e inspiré profundo antes de quitar la traba y abrir.

Allí estaba él, Ignacio Lanz Reuter, impecable en un sobretodo añil que le quedaba pintado y que permitía entrever una camisa celeste clan con un delicado cuadrillé blanco y una corbata en jacquard dorado que, pese a tener el nudo flojo, no le restaba elegancia al conjunto. Desplegaba su sonrisa perfecta sin prudencia, sin darse cuenta de que pulverizó mi determinación y que me acentuaba los latidos, cosquilleos y desbarajustes. Sin remedio me sentía una colegiala.

Advertí que llevaba varias bolsas en las manos.

¿Que haces aquí?

—¿Puedo pasar?

Me hice a un lado en el acto de franquearle el ingreso y cerré tras él. Era una noche fría.

—¿Que haces aquí, Ignacio? ¿Cómo sabías que estaba en la fundación todavía?

—Me tiré el lance —dijo, mientras avanzaba hacia el centro de la recepción con el aire de uno que se sabe el dueño del mundo. Se detuvo delante de la mesa redonda, en cuyo centro se destacaba el raimo de cincuenta rosas—. Son las que te regalé yo, ¿no? —Sin aguardar respuesta preguntó: ¿Por qué no las tenés en tu consultorio?

Me acerqué y me ubiqué junto a él, los dos con la mirada fija en la belleza de las flores.

—Porque quería compartirlas con los demás. En mi consultorio las habrían visto pocas personas. En cambio aquí las admiraron todos, las empleadas, los pacientes, sus padres y acompañantes. Todos —recalque.

Lanz me contemplaba fijamente, serio, sí, pero se trataba de una seriedad no severa, más bien desconcertada, como si no comprendiese lo que le había explicado.

—¿Por qué vos siempre pensás primero en los demás y yo siempre pienso primero en mí?

—No lo sé. Pero estimo que el hecho que seas consciente de que siempre pensás primero en vos habla de que podrías cambiar, si es eso lo que querés, claro está.

—Pero sucede que sólo me doy cuenta de la mierda que soy cuando estoy con vos.

—Entonces, debe de ser horrible estar conmigo —bromeé y solté un risita forzada, que él no imitó.

—No es horrible— objetó— Es exactamente lo contrario.

No quiero resultar descortés, Ignacio, pero insisto: ¿qué haces aquí? —hablé deprisa, desbordada por una situación que cobraba visos de absurdo segundo a segundo.

—Traje la cena —respondió de nuevo sonriente y levantó las bolsas—. Si la montaña no viene a Mahoma... —citó, y dejó la frase inconclusa. Me quedé mirándolo, lo que hizo que su sonrisa se esfumase y un ceño le juntase las cejas—.

—Como no aceptaste cenar conmigo esta noche, pensé en algo más informal. Porque vas a

cenar ¿no? Es sushi, el mejor de Buenos Aires —aseguró, y no mentía: las bolsas eran de un restaurante de Puerto Madero famoso por sus platos exquisitos y elevados precios—. El sushi es tu comida favorita, según entiendo.

—¿Cómo sabes que es mi comida favorita?

—Alberto me lo dijo.

—¿Que Alberto?

—Alberto Maggi, nuestro compañero de la secundaria. Y también traje un chardonnay helado, un White Stones, de la bodega Catena. Está considerado uno de los mejores blancos del mundo. La uva chardonnay es tu preferida, según entiendo. También me lo dijo Alberto —aclaró con simulada inocencia y una sonrisa que no ayudaba a que me decidiese a echarlo a patadas—. Sé que estás con ganas de mandarme a la... de paseo —se corrigió—, pero ya que estoy aquí y con todos estos manjares, ¿no podrías aceptar mi invitación?

El gesto que le imprimió a su rostro le realzó la belleza, que el tiempo había acentuado en lugar de arruinar, y me hizo acordar del Niño de trece años del que me había enamorado. Algo en la manera inocente y expectante con la que aguardaba mi respuesta, tal vez el modo en que sonreía o cómo ladeaba la cabeza, cada aspecto me enterneció. “Soy una idiota”, me reproché, pese a sentirme contenta con la idea de compartir una cena con él. Asentí y me mordí el labio para no reírme, porque me dio risa cómo se le iluminó la cara por el simple hecho que yo hubiese aceptado. Era, sin duda, un gran actor.

—¿Viniste solo hasta aquí? —le pregunté mientras subíamos por la escalera—. Me pareció oír otra voz en la casilla de ingreso.

—Mi chófer y mi guardaespaldas me esperan en el auto.

Me detuve en el descanso y me volví para enfrentarlo.

—¿Y pensás dejarlos ahí fuera en esta noche tan fría?

—Bueno... —balbuceó—. Están acostumbrados a esperarme —dijo y de nuevo me volvieron las ganas de reír al notar la metamorfosis súbita de su expresión, que de contenta pasó a profundamente consternada, avergonzada quizá.

—Llámalos y deciles que entren. En la cocina pueden preparar café y comer algo. Hay de todo. —Me disponía a regresar a la planta baja cuando Lanz me retuvo sujetándome por el brazo.

—No, no —dijo visiblemente incómodo—. No te molestes. Los llamo y les dije que se vayan a comer por ahí. En esta zona hay buenos restaurantes.

Asentí y moví apenas el brazo para indicarle que me soltase, lo cual hizo de inmediato. Telefoneó a un tal Hugo, a quien le indicó que se fueran a cenar: Él los llamaría cuando hubiese terminado. Yo, por mi parte ascendí los últimos escalones mientras intentaba controlar las ganas de apoyar la mano donde él me había tocado; quería aliviar el calor impreso con ese gesto nimio.

Pensé en instantes en el comedor del instituto; al final decidí que nos acomodáramos en mi consultorio, en la mesa ratona, la que estaba rodeada por los sillones donde él se había sentado con Nachito la primera vez. La despejé de los juguetes de mi último paciente y, mientras los guardaba en un armario, oí a mis espaldas que se quitaba el sobretodo y el saco del traje. A continuación escuché el crujido de las bolsas y la apertura de los contenedores de comida. Me hice de dos vasos limpios y los acerqué a la mesa. Noté que había lanzado con descuido las finas prendas sobre un sillón, lo mismo que la corbata; se la había quitado y no sé por qué eso me puso nerviosa. Se había remangado la camisa. Lucía cómodo y desenvuelto.

—No tengo copas de vino —lamenté y apoyé los vasos sobre la mesa

—Basta y sobra —contestó de un talante alegre que me tomó por sorpresa. No lo recordaba

tan contento ni siquiera cuando se había encontrado entre amigos o en compañía de alguna de sus innumerables novias. En ambas situaciones desplegaba una actitud pedante, sobradora, que yo detestaba. “Bueno, Cósima”, me dije, “han pasado treinta años. Habrá cambiado, como dice Carlos. En algo habrá mejorado”.

—¿Quieres pasar al baño? —sugerí y señalé la puerta a mis espaldas—. Mientras, iré a la cocina a buscar platos y un sacacorchos.

—Sí, quiero pasar al baño para lavarme las manos, pero no te muevas de aquí. Traje de todo. Hasta mantelitos de papel —aclaró, ufano y sacó varios con el logotipo del costoso restaurante.

—¿Hasta un sacacorchos? —pregunté, incrédula.

—Lo compré en la vinería donde compré el vino —explicó, y lo sacó de una bolsa.

Coloqué dos almohadones sobre la alfombra, uno de cada lado de la mesa, que era cuadrada y grande; un metro nos separaba. Regresó del baño y, tras echar un vistazo a la distancia impuesta, se dispuso a abrir la botella de vino, lo que hizo con gran maestría.

Se apoltronó en el almohadón. Lo observe destapar los contenedores y servir un poco de todo en mi plato mientras me describía las exquisiteces que había comprado. La situación me resultaba extraña, casi surrealista. ¿Qué estaba haciendo con ese hombre casado que me provocaba cosas, sin mencionar que en el pasado había constituido mi peor pesadilla? De pronto me sentí incómoda, tonta, usada, y no prestaba atención mientras él depositaba el plato frente a mí y me pedía que probase los mariscos con sake. A punto de ponerme de pie y pedirle que se marchara, me detuvo en seco al preguntarme:

—¿Te acordás de cuando hicimos ese picnic en el bosque del country con Nora?

—Sí, me acuerdo.

—Creo que ese fue el último día feliz de mi vida. Al otro día mis viejos nos anunciaron que se iban a separar.

No hice comentarios, él tampoco, y empezó a comer con desánimo. Manejaba los palillos con una destreza admirable, mientras que yo, pese a ordenar sushi a menudo, nunca había conseguido dominar la técnica. Me hice de un tenedor de plástico para pinchar un langostino y sumergirlo en una salsa de buen aspecto. Me inquietaba comer frente a él. ¿Qué clase de mujer de cuarenta y seis años, que ha enterrado a un esposo y a un hijo, se altera frente a un hombre a quien debería despreciar? No hallé una respuesta, aunque sí las ínfulas para darle un mordisco a la succulenta carne. Cerré los ojos y la saboreé. Se me escapó un gemido de placer. Al levantar los párpados lo descubrí observándome con fijeza, sin pestañear, los palillos a medio camino entre el plato y la boca. Sonreí y me encogí de hombros, de pronto dueña de mí misma.

—Es exquisito —admití a modo de excusa.

—Sí —farfulló él y siguió mirándome—. Me encanta que disfrutes de la comida.

Solté una carcajada.

—Pero detestas a las mujeres gordas —le recordé, y él tuvo la decencia de bajarla vista.

—El día del picnic con Nora —retomé con voz apagada, solemne— preparaste unos sándwiches que me encantaron. ¿Te acordás?

Me acordaba de cada detalle de cada día de esos casi tres meses transcurridos con él. De igual modo torcí la boca en el gesto de no saber de que hablaba.

—Estaban rellenos de una pasta que al principio me dio asco —evocó~ A Nora le encantó; entonces me animé a probar.

—Ah —simulé recordar—, debe de haber sido la pasta de sardinas, huevo, tomate y mayonesa que me enseñó a preparar mi abuela Cósima,

—Era exquisita. Nunca volví a comerla —dijo y el semblante se le fue apagando. Sorbió un trago de vino—. Muy bueno —expresó y alzó el vaso—. Probalo.

Lo hice. Era, más que bueno, excelente. No obstante, me limité a asentir con actitud medida. La rabia era el sentimiento que preponderaba. Ese “al principio me dio asco” había desatado una seguidilla de escenas, como en el tráiler de una película; en todas, él me humillaba y me lastimaba. ¿Por qué me sometía a esa tortura, la de compartir el pan con mi antiguo verdugo?

—Así que te llamás Cósima por tu abuela. ¿Paterna o materna?

—Paterna —contesté secamente.

—Significa ordenada y decente.

—¿Qué?

—Tu nombre —me aclaró—. Viene del griego, de la palabra cosmos, y significa ordenada y decente.

Me quedé mirándolo, en abierta sorpresa y desorientación, hasta que atiné a reaccionar y comenté con una sonrisa impostada:

—Eso también te lo dijo Alberto, supongo.

—Suponés mal. Quise llamar Cósima a mi hija mayor, la de mi primer matrimonio, pero mi ex se opuso. La llamamos Justa.

Me limité a asentir, más aturdida y confundida que antes. Me insté a tomar el control y a cambiar el giro de la charla. La consigna se presentó con claridad: evitar caer en las redes de ese manipulador nato e inescrupuloso y acabar con esa fantochada cuanto antes.

—Y decime, si no me hubieses encontrado aquí, en la fundación, ¿qué habrías hecho con toda esta comida?

—Te la habría llevado a tu casa.

—¿Habrías sido tan desfachatado de ir a mi casa? —Dijo que sí con la boca llena y una sonrisa presuntuosa—. Me pregunto cómo habrías hecho. No sabés dónde vivo. Ah, sí, le habrías preguntado a Alberto —señalé, y él volvió a decir que sí con ese aire satisfecho que le iba tan bien.

Comimos y bebimos mientras yo le preguntaba y él me contestaba acerca de sus tres hijas mujeres, Justa, Ema y Montserrat, y me mostraba las fotografías que guardaba en el teléfono; las tres eran preciosas. Había algo genuino en la actitud de Lanz que me impedía ponerme de pie y echarlo. O quizá se trataba de que no deseaba arruinar una de las comidas más deliciosas que había probado. Engullía con ganas, sin hipocresías ni falsas posturas.

—No detesto a las mujeres gordas —aclaró de pronto.

No lo mire. Acabé con mi segunda copa de vino, que él se apuró a llenar de nuevo.

—Si eso es verdad —dije, alentada por el alcohol lo disimulas muy bien.

—Mi terapeuta asegura...

El timbre de mi celular lo interrumpió. No le pedí permiso ni le aclaré nada; simplemente respondí.

—Lucho, ¿que tal? —saludé.

Hablamos durante unos minutos con la soltura y la confianza de siempre, lo cual me tranquilizó pues, tras el desplante de la noche anterior, había temido que una fisura se hubiese abierto entre nosotros. Corté minutos después y no me di cuenta que sonreía, hasta alzar la vista y toparme con los ojos ensombrecidos de rabia de Lanz. La sonrisa se me borró súbitamente.

—¿Son pareja? Vos y Lucho —aclaró.

—No es de tu incumbencia. Y como supongo que estás aquí para hablar de tu hijo, de otro

modo esta comida carecería de sentido, aprovecho para decirte que Lucho acaba de enviarme el video de la primera clase de equinoterapia de Nachito, que fue hoy. ¿Te gustaría verla?

—Sí, claro —respondió con el acento y la expresión de un niño amonestado.

Me levanté y caminé hacia mi escritorio para buscar el iPad. Sabía que estaba exponiéndole mi trasero, la parte más voluminosa de mi anatomía y que esos jeans no disimulaban ni un poco; es más, aumentaban su volumen y masa. “Mi grácil silueta debe de parecerle un horror”, me convencí, en parte para aumentar el resentimiento, mi refugio y defensa. “Eso de que no detesta a las mujeres gordas que se lo cuente a otro”, me ofusque. “No sos gorda”, me dije. “Sí para los cánones de este hueco”, razoné. “¿Acaso no te acordás de la silueta de Vivian?” Por cierto, la Petrillo se quejaba de continuo en los informes verbales y en los escritos de la baja cooperación de la madre de Nachito y de sus recurrentes inasistencias a las sesiones.

Bajé el video y regresé a la mesa ratona. Arrojé un almohadón junto a él y me senté como los indios. Lanz se ubicó tan próximo a mí que deseé haberme perfumado. Lucho y Sara, la niñera, con Nachito en brazos aparecieron en la pantalla. No me extrañó que Vivian no formase parte del cuadro. A punto de preguntarle, una carcajada de Lanz me selló los labios.

—¡Mirá cómo le peina las crines! y orgulloso. —señaló genuinamente contento

Carraspeé y sorbí un poco de agua. Había tomado demasiado vino y me estaba poniendo sentimental.

—Excelente motricidad fina —apunté antes de agregar— Peinarle las crines y cepillarle el pelo es parte de las actividades que Lucho les enseña. Las primeras clases serán para que Nachito conozca al animal y le pierda el miedo. Aunque ahora comprendo lo que Lucho acaba de decirme por teléfono: no necesita perder el miedo simplemente porque no lo siente. Mira cómo le acaricia la testuz.

—Increíble. Verlo tan sereno, tan a gusto... Es... —se le cortó la voz a causa de la emoción.

Lanz no apartaba la vista de la pantalla y yo no la apartaba de su expresión de dicha, sorpresa, satisfacción, de sus ojos brillantes de lágrimas contenidas. En un tris mi actitud giró por completo y de hostil y resentida mutó a benévola y comprensiva.

—A veces transcurren semanas antes de que logremos que toquen al caballo con tanta seguridad.

—¿En serio? —dijo y me miró; había esperanza en su semblante. Me contemplaba con humildad mientras aguardaba la confirmación.

—En serio.

—Entonces, hay posibilidad de que mi hijo lleve una vida normal?

—Trabajaremos muy duro para lograrlo, Ignacio. La colaboración de la familia será medular.

Sólo asintió. Proseguimos con el video. Yo intervenía para explicarle la razón de cada proceder de Lucho, de cada ejercicio, cada orden y cada movimiento. Le interesaba aprender el vocabulario, lleno de siglas y nombres en inglés. Ponía empeño y eso me gustaba.

—El caballo posee características similares al Niño con autismo —expliqué—. Rehuye el contacto visual, lo alteran los sonidos repentinos y agudos y le molesta que le trastornen la rutina. Les gusta hacer todos los días las mismas cosas a la misma hora. Por eso hay empatía entre ellos.

—Qué fascinante —repetía Lanz a cada una de mis aclaraciones.

—Lo consultaré con Lucho, pero, viendo lo bien que se desempeña Nachito, creo que antes de lo previsto empezaremos con el *volting*.

—¿*Volting*?

—*Volting* o volteo terapéutico. Gimnasia sobre el caballo. Les sirve para desarrollar la seguridad, además de la destreza y la coordinación. Estamos obteniendo magníficos resultados con esta técnica. Y cuando Carlitos empiece la semana que viene con la inserción de Pepe en la de Nachito, ahí vas a notar los mayores y mejores progresos.

—Sí, Pepe, el pastor alemán —comentó de pronto apocado.

—¿Qué te preocupa?

Alzó la mirada. La seriedad en su semblante no me perturbó porque no había ira ni desprecio; había angustia.

—Pienso que quizás les deberé la felicidad y la salud mental de mi hijo a las personas a las que más daño hice durante la adolescencia. —devolvió la atención a la pantalla en el instante en que Lucho besaba a Nachito para halagarlo por haber cumplido con una consigna—. Mira como Lucho trata a mi hijo pese a que intenté ahogarlo aquella noche en la fiesta de egresados. Dirigió la vista de nuevo hacia mí con una intensidad que me alteró el ritmo cardíaco—. Mira cómo me tratás vos a mí, pese a que me comporté como un... como la mierda que soy. —Alzó la mano para impedirme hablar—.

—Ya sé que no querés que mencione el pasado y sé también que no querés que lo haga porque estás convencida que quiero pedirte perdón porque te necesito a causa de Nachito. Merezco que pienses de mí lo peor. Me gané tu odio y desprecio a pulso. Pero la verdad es que me arrepentí de todas y cada una de las trastadas que te hice en el instante posterior a habértelas hecho, pero esa noche, la de la fiesta de graduación, fue como si una avalancha me cayese encima y por fin me diese cuenta del horror que había cometido contra la única persona buena y dulce que conocía. Y siempre quise pedirte perdón. Siete años después de haber egresado —habló deprisa por temor a que lo mandase callar— te vi salir de la boca del subte en la estación Callao.

Me sorprendí. Sabía que no mentía pues yo tenía mi consultorio a una cuadra y usaba con frecuencia la Línea D. Notó mi asombro, pues prosiguió mas seguro, más animado.

—Me pareciste lindísima.

Solté una carcajada incrédula.

—Sí, claro, lindísima —me burlé.

—Es cierto —se apresuró a afirmar—. Al principio te miré porque me atrajiste. Como mujer, quiero decir. Y después, cuando me di cuenta que eras vos...

—La tía Cósima —lo provoqué y sonrió con melancolía.

—La querida tía Cósima, sí. Tiempo después tomamos el mismo avión a Nueva York.

—¿En serio?

—Yo viajaba en primera clase, pero fui varias veces a la turista para verte. Pasé junto a vos en dos oportunidades y no me prestaste atención.

La primera, estabas leyendo y la segunda, jugabas al piedra, papel o tijera con una nena, y tuve miedo de saludarte.

—¿Por qué? —pregunté y apoyé el iPad sobre la mesa y oculté las manos para disimular el temblor; hasta el alma me temblaba.

—¿Cómo por que, Cósima? Porque lo más probable habría sido que me mandarás a la mierda, y con toda razón.

—No lo habría hecho y lo sabes. Pero tampoco habrías soportado un trato frío. Tu ego, Ignacio, siempre ha sido el que te ha gobernado, y no me refiero al ego como una construcción hecha de vanidad y orgullo, sino al ego más pernicioso que nos domina a todos los seres humanos, el construido a partir del miedo.

—¿Del miedo?

—Del miedo, sí. Miedo a no agradar, a no ser aceptados, a ser expulsados del rebaño.

—¿Que cierto es eso que decís! Me tomó años de terapia comprender que quería agradecerle a mi madre. Por eso... —Se detuvo y en un acto inconsciente se mordió el labio inferior.

—¿Por eso? —lo alenté a seguir, aunque sabía en qué pensaba.

—Nada. Terminemos de ver el video de Nachito.

Antes de reiniciarlo le pregunté:

—¿Por qué la madre de Nachito muestra tan poco interés en el tratamiento? La licenciada Petrillo se queja de que prácticamente no asiste a las reuniones ni a las sesiones. La madre es una pieza clave en todo esto.

Lanz inspiró profundamente y elevó los ojos al cielo.

—Vivian tiene tanto espíritu maternal como esta mesa —declaró— Lo siento, pero es así. Y no estoy hablando mal de ella, sino de mí por haberla elegido como madre de mis hijos. Después de Montserrat, ella no quería más hijos. Pero yo quería el varón. El heredero del imperio —añadió con ironía—. Y la presioné hasta que lo conseguí. Estuvimos separados casi todo el embarazo de Nachito.

—¿Cómo es eso? —me interesé.

—Con la excusa de que estaba ocupándose de la remodelación y la decoración del casco de mi estancia pasó allí casi los nueve meses. Viajaba a Buenos Aires para los controles y para algún trámite o para compra de muebles, pero el resto del tiempo se lo pasaba allá.

—Y Montserrat, ¿no la extrañaba?

Profirió una carcajada seca, sin alegría, cínica.

—Montse tiene tanto vínculo con su madre como yo con la mía. La historia se repite. —De nuevo serio, contestó:- No, no la extrañaba.

—¿Dónde queda tu estancia? —La pregunta debió sorprenderlo porque apretó las cejas y guardó silencio—. No te lo pregunto por curiosidad. Es importante.

—No me importa que me preguntes nada, Cósima. Fuese que te motivara la curiosidad u otra razón, a vos te contaría todo. Me inspiras confianza, algo difícil de sentir en el mundo en el que me muevo. Es sólo que me sorprendió la pregunta.

—Está en Cañuelas —contestó al fin—, Vivian es de Cañuelas —aclaró—. Allí vive su familia.

—Zona sojera —señalé.

Ahora se está diversificando un poco, ya que el precio de la soja cayó notablemente, pero en la época en que Vivian estaba embarazada de Nachito era pura soja. De hecho en mi campo sembrábamos sólo soja.

—Y fumigabas con glifosato.

—Glifosato, sí —afirmó, cada vez más interesado y asombrado. Se incorporó en el almohadón y me miró con ojos atentos—. Glicocol es el nombre comercial, pero el principio activo es el glifosato. ¿Cómo sabe esto una psicóloga?

—Lo sé porque hay estudios muy serios publicados en revistas prestigiosas que aseguran que el glifosato causa una serie de efectos negativos en la salud humana, como malformaciones en los embriones, cáncer, abortos, infertilidad y autismo.

—Estaba al tanto —admitió—, pero la Cámara de Agroquímicos y Fertilizantes y la Asociación Argentina de Productores Agrícolas desacreditaron esos estudios y demostraron la inocuidad del glifosato.

—¿Te referís a los dos grupos que ganan millones y millones de dólares por año gracias a la soja? —pregunté y alcé una ceja en un gesto sarcástico.

—Sí, me refiero a ellos —admitió—. Yo soy uno de esos que gana millones con la soja.

—Y mientras tu esposa estaba embarazada, tus aviones fumigaban el campo sobre el aire que ella respiraba.

—Y mi hijo nació autista, culpa de mi puta codicia.

—Según los estudios que yo considero muy serios, sí, esa podría ser la causa. Claro que, estando de por medio un interés económico tan gigantesco como lo es el de la Cyklon Chemical —me refería a la empresa que fabrica el Glicocol—, nunca lo sabremos a ciencia cierta, porque a la ciencia, valga la redundancia, jamás se le permitirá avanzar en los estudios.

Bajó la vista y guardó silencio. Jugaba con el corcho; lo hacía girar entre el pulgar y el índice, tenía una mano hermosa, cubierta de un pelo entre rubio y rojizo, de dedos largos y masculinos, uñas prolijas, impecables.

¿Quién se las cortaría? ¿La mujer, él mismo o una manicura?

El mutismo que se instaló entre nosotros no me incomodó; apenas lo perturbaban el roce del corcho, la labor de las chicas que limpiaban la planta baja y los automóviles que transitaban en la avenida Leopoldo Lugones. Alzó el rostro y me contempló con expresión decidida.

—Nachito es un castigo —declaró—, una factura que me pasa la vida por haber sido siempre un hijo de puta. Ambicioso, hueco e hijo de puta.

—¿Cómo podes pensar que un nene tan espléndido como Nachi es un castigo? —expresé con dulzura y lo contemplé a los ojos, cuyo azul cobalto vibró repentinamente al calor de las lágrimas, que sin remedio desbordaron y cayeron por sus mejillas para desaparecer en la barba incipiente.

—¿No es un castigo? —preguntó con voz quebrada y se secó con el puño remangado de la camisa.

—No, Ignacio, no lo es. Tu hijo es una bendición. Además, ¿por qué todo siempre tiene que girar en torno a vos? —razoné, y Lanz que se secaba la nariz con una servilleta de papel, ahogó una risa.

—Me creo el centro del mundo, ¿eh?

—Cada persona es el centro de su propio mundo; esa percepción es imposible de evitar. Después de todo somos individuos. El desafío es ser capaces de comprender que formamos parte de una única cosa, una única fuente, y que el “sálvese quien pueda” no existe.

—Yo soy de los que piensan que, mientras a mí me vaya bien, el resto puede reventar.

—Lo sé.

—Lo que no sabes es que me encantaría que pensases tan bien de mí como yo pienso de vos.

—¿Por qué? ¿De qué te serviría que yo pensase bien de vos? Estás hablando de nuevo desde el ego que necesita ser aceptado. Lo único que importa es lo que vos pensás de vos.

—Pienso que soy una mierda.

—No sos una mierda, Ignacio. Creo que sos un padre amoroso dispuesto a todo por ayudar a su hijo.

—Aquella vez en este mismo consultorio te confesé que Nachito me daba vergüenza.

—Y yo te dije que era normal. Y admiré tu sinceridad.

—Al menos eso es algo, que admires mi sinceridad.

—¿Sabes qué creo? Que Nachito vino a este mundo para sanar el alma herida de su padre. Nachito es tu maestro, Ignacio.

Se le crispó el rostro en un intento vano por contener el llanto, que ni siquiera la natural soberbia de su personalidad logró reprimir.

Se echó a llorar como un Niño. Se cubrió el rostro con las manos y apoyó los codos sobre la mesa. Me quedé mirándolo sin saber que hacer. Había visto quebrarse a tantos padres a lo largo de mi carrera y, aunque el dolor y la impotencia de cada uno de ellos me habían afectado y llegado al corazón, el quebranto de Lanz Reuter me causó una opresión en el plexo solar. Apoyé la mano sobre su hombro y la opresión comenzó a menguar.

Lanz reaccionó de un modo inesperado: me rodeó la cintura y apoyó la cabeza en mi seno, donde siguió llorando. ¡Cuánto dolor encerraba el alma de ese hombre poderoso, espléndido y tan infeliz! Lo abracé también, no en un acto de piedad sino de necesidad, una necesidad que resultaba perturbadora por lo avasallante y también por lo inexplicable; necesidad de protegerlo, de sosegarlo, de devolverle la paz. Si me hubiese puesto a razonar, si me hubiese tomado un instante para comprender la escena que estaba protagonizando, lo habría apartado. No obstante, lo reconforté y lo hice sin palabras, sólo con la contención de mi abrazo.

Fue calmándose. Y allí permaneció, pegado a mi suéter de hilo, empapado de lágrimas. Extendí la mano y aferré una servilleta. Se la ofrecí. La aceptó y se apartó lentamente, sin mirarme. Se sonó la nariz antes de volver sus ojos hacia mí. Los encontré más hermosos que nunca, así como estaban, hinchados y enrojecidos. El azul se había intensificado y las pestañas húmedas resaltaban la belleza del conjunto. Me dirigió una sonrisa huidiza, tímida, mientras aceptaba el vaso con agua que le entregué. Lo bebió todo.

—Esto pretendía el día en que murió Nora, cuando te mandé llamar a mi habitación. Quería que me abrazaras. Te juro que quería que me abrazaras. En cambio te atacué.

—Yo también te atacué.

—Me dijiste una de las pocas verdades que me han dicho en la vida. Tuviste los huevos para hacerlo.

—Te dije algo cruel de lo que me arrepentí.

—Yo era capaz de esos logros, el de hacerle decir, a alguien tan buena como vos, una crueldad.

—Sí —acordé—, eras capaz de sacarme de las casillas.

Se produjo un silencio en el que nuestras miradas se encontraron. Creí que me pediría perdón, —“por todo”, como había escrito en la tarjeta enviada junto con las flores. Me sorprendió cuando me preguntó con el acento aún endurecido y rasposo;

—¿Y qué vino a enseñarme mi hijo?

—Creo que vino a enseñarte a amar incondicionalmente sin importar los cánones de perfección que te hayas impuesto. —Se mordió el labio y asintió con el mentón tembloroso—. Vino a enseñarte el lenguaje de tu corazón, vino a enseñarte que lo escuches, porque ahí guardás mucho amor. Vino a enseñarte a cortar las cadenas que te atan y que te hacen sufrir.

—Sí, así es —ratificó en un hilo de voz.

Ignacio

—Esas pocas horas con Cósima fueron como doscientas sesiones con vos —le conté a José Vianes la tarde siguiente a la cena—. Salí renovado, feliz, pleno. Me sentí renacer.

—Si estuvieses enamorado de mí tendrías la misma experiencia —bromeó mi terapeuta—, pero he aquí el problema: yo no te muevo un pelo.

—No me movés un pelo, no, pero te aseguro que muchas mujeres me los han movido; ninguna como Cósima.

—Porque la admirás, la respetás.

—Sí, la admiro, la respeto como a nadie, pero sobre todo confío en ella. Sé que jamás me haría daño.

—¿No le temés a una venganza?

—No, en absoluto. Ella no sabe siquiera lo que es la venganza.

—¿Y de parte de sus socios? —insistió José—. Fuiste malvado también con ellos.

Al recordar el modo en que Lucho se había comportado con Nachito durante la clase de equinoterapia y la simpatía de Carlitos de esa mañana mientras se presentaba en casa con Pepe, el pastor alemán, desestimé una revancha por ese lado.

—Si son amigos de Cósima —razoné— deben de ser como ella. Buena gente. —Tras un silencio que Vianes respetó, manifesté-: Es tanto más fácil y agradable departir con gente sin dobleces, que no te envidia ni tiene ganas de intrigar ni de cagar a medio mundo.

—¿Como lo es la mayoría de la gente a la que frecuentás? —me acicateó.

—Exacto —admití, pues, tras un rápido análisis de mis amigos, socios y conocidos, no encontré uno al que pudiese llamar verdaderamente amigo, ni siquiera a Arturo Cimmi, ya que si bien era un buen tipo, yo le pagaba un sueldo suculento para que se mantuviese fiel y no desertara para irse con la competencia, en especial con Ypsilon Construcciones, mi némesis; incluso le había hecho firmar un acuerdo de confidencialidad que incluía una cláusula en la cual se establecía que, en caso de dejar mi empresa, no podía trabajar en las de mis competidores durante un plazo de tres años. Más allá de estas previsiones sabía, gracias a mis espías, que Fernando Riera lo había tentarlo varias veces. Lo quería en su equipo por los contactos políticos de Cimmi, que no los había hecho él, sino mi padre y yo, pero después de años tratando con los corruptos del gobierno de turno, Arturo había sabido ganarse la amistad de varios peces gordos, y Riera estimaba que a través de mi asistente habría contado con ellos ¡Qué iluso! Era el peso del apellido

Lanz Reuter el que abría puertas y cerraba acuerdos. Riera no nos perdonaba que nos llevásemos la tajada más gorda y rentable de las licitaciones de la obra pública. A él le quedaban las migajas que le tirábamos porque no nos interesaban. No me perdonaba haberle arrebatado el gran negocio que significaba administrar los aeropuertos de casi toda la Argentina.

En una ocasión, mientras en la constructora preparábamos a toda máquina el pliego de la licitación para la contratación de dos gaseoductos, uno en el norte del país, en Jujuy, y otro en Río Gallegos, nos citó a mi socio y a mí en el Jockey Club para tomar un trago y hacernos una propuesta: asociarnos en la licitación. Según él, sería una alianza imbatible, ningún otro pliego mejoraría nuestra oferta. Las dos empresas saldrían ganando porque su presencia en el norte, donde acababa de construir un puente provincial, significaba un *asset* de inestimable valor. Todavía tenía allí las maquinarias, los obreros y el personal calificado, como también los buenos contactos con la gobernación, que nos serían de enorme beneficio. Le dijimos que no. Creo que no se lo esperaba y le quedó la sangre en el ojo.

Semanas después de nuestro encuentro en el Jockey, me cerró el por qué de su propuesta: me

enteré que no le estaba yendo bien. A causa de unas malas inversiones los acreedores lo acosaban, por lo que necesitaba hacerse de un suculeto contrato con el Estado, que son los que verdaderamente dan la guita en este país. Yo esperaba mi momento para hacerle una oferta por Ypsilon. Se la compraría por dos mangos.

Cabe aclarar que el interés de Riera iba más allá del plano comercial y laboral. El mal parido me culpaba de la infelicidad de su sobrina, la hija de su hermana. Daniela Dieter, una de las mujeres más hermosas que conozco, se convirtió en mi amante durante la época loca en que el alcohol, las drogas y la joda regían mi existencia. Ella misma era una adicta, sólo que, cuando la cocaína le resultó insuficiente, se pasó a la heroína, de la cual es muy difícil volver. La relación terminó del mismo modo en que comenzó: de un día para el otro, cuando nos cansamos. Daniela aparecía y desaparecía del círculo social en el que nos movíamos, dependiendo de las temporadas en que su lío la internaba en alguna clínica vip para desintoxicarla. Si nos topábamos en una fiesta o en el club y estábamos de ánimo, cogíamos. Daniela la tenía muy clara, pero su tío, no tanto.

Según él, la había convertido en una adicta para luego abandonarla.

Me enteré de esto después de nuestra reunión en el Jockey y traté de imaginar cuánto le había costado sentarse conmigo a beber creyéndome el culpable de la desgracia de su sobrina, a quien quería como a una hija. Él no tenía descendencia —era un homosexual que aún vivía en el armario— por lo que los retoños de su única hermana, Daniela y Leo, dos buenos para nada, eran la razón de su existencia.

Conocí a Daniela en una orgía en casa de uno de sus amigos. Llevaba tanto alcohol y cocaína encima que no se sostenía en pie. Riera aseguraba que yo la había engañado jurándole que la amaba y que me casaría con ella. ¿Que la amaba? ¿Que le había propuesto casarnos? Es surrealista, una historia absurda de pies a cabeza. Estaba seguro de que Daniela jamás le había dicho algo tan descabellado a su tío, quien, por cierto, le pagaba las cuentas, los lujos y los caprichos. ¿O tal vez sí para culpar a otro de su vida licenciosa? ¿Me había convertido en su chivo expiatorio? Quizá yo era un retardado mental incapaz de comprender las motivaciones de la gente. O demasiado narcisista para hacerlo. Tal vez las dos cosas. Daniela me amaba tanto como yo a ella, o sea, nada. Nos habíamos divertido y habíamos cogido —solos y en compañía— y ahí terminaba la historia.

De pronto, mi vida, mi trabajo, mis amigos, mis mujeres, mis decisiones, todo, absolutamente todo me dio asco.

—¿En qué estás pensando? —preguntó José Vianes.

—En que me doy asco.

—Me dijiste que anoche Cósima te aseguró que sos un padre amoroso dispuesto a hacer cualquier cosa por su hijo.

—Ella dice eso, pero ¿en verdad lo hago por él o lo hago por mí, para no sentir vergüenza de mi hijo frente a las mierdas que me rodean-

—¿Te molesta albergar ese sentimiento? El de sentir vergüenza de tu hijo —se explicó.

—Claro que me molesta.

—Y si la raíz de la vergüenza son tus amistades, ¿por qué seguís frecuentándolas?

Reflexioné un momento antes de responder.

—Me gustaría no sentir vergüenza, pese a estar rodeado por mierdas. No los juzgo; soy igual a ellos.

—¿Te gusta ser una mierda?

—No.

—Definime qué es ser una mierda.

—Ser yo.

—Más preciso, por favor —exigió Vianes.

—Haber lastimado y hostigado a Cósima durante el secundario. Haberme casado con dos mujeres porque me atraían sexualmente...

—La atracción sexual —me interrumpió José— es importante en una relación de pareja. ¿Cósima te atrae sexualmente? —disparó sin pausa, y yo respondí igualmente, sin pausa, pero, sobre todo, convencido:

—Sí.

—¿Estás seguro? Siempre sostuviste que tu obsesión por ella no tenía un trasfondo sexual, si bien aquella noche, la de la fiesta de egresados, la besaste a la fuerza.

—Estaba borracho —intenté justificar.

—Justamente, estabas borracho —ratificó y alzó una ceja—, muy borracho, sin frenos inhibitorios que te permitiesen ocultar tus verdaderos sentimientos. Hace poco te lo pregunté de nuevo, si te atraía físicamente, y te evadiste por la tangente. Me dijiste que la admirabas y que la respetabas, pero me diste a entender que la cuestión quedaba en un plano intelectual, para nada físico. En el pasado ella te había parecido fea, objetivamente fea, y punto.

Guardó silencio y me contempló con esa mirada sabionda que me fastidiaba. Solté un suspiro de rendición.

—Nunca te lo conté, pero siempre me volvieron loco las tetas de Cósima. Cuando tenía quince años le crecieron de un modo desmesurado. Te lo aseguro: eran fuera de lo común —me entusiasmé al evocarlas—. Son fuera de lo común —recaqué con énfasis—. Anoche, cuando se sentó a mi lado para mostrarme el video de la clase de equinoterapia, le miré el escote, justo donde las tetas se le juntaban, y me calenté. Y fue muy raro porque era otro el ánimo que sentía en ese momento. Sin embargo, ¡zas! Le vi las tetas y caí como un pendejo alzado. Me la habría cogido ahí mismo, sobre los almohadones y la alfombrita de Disney.

José Vianes rió por lo bajo y garabateó una anotación en el bloc.

—Por fin empezás a aceptar las cosas como son —expresó con acento triunfal y una sonrisa, que no me molestaron—. ¿Creés que ella también se siente atraída por vos? Me contaste que, pese a lo que vivieron anoche, se despidió más bien fríamente.

—Eso fue en el instituto. Pero como era muy tarde, insistí en que mis hombres y yo la seguiríamos hasta su casa en la camioneta. Me daba miedo imaginarla sola a esa hora.

—¿Te lo permitió? Que la escoltases.

—Primero dijo que no, pero yo insistí. Me puse denso y al final aceptó. Y cuando llegamos a su edificio me saludó agitando la mano, con el auto cruzado en la vereda, lista para entrar en la cochera, pero yo me acerqué, lo cual la obligó a bajar la ventanilla por cortesía.

—¿Y?

Metí la cabeza dentro del auto y le di un beso en la mejilla. Le habría morfado la boca, que también siempre me gustó porque tiene labios gruesos, naturalmente gruesos —aclaré—, pero me comporté como un caballero y sólo le besé la mejilla.

—¿Se enojó?

—Se puso colorada, pero no de bronca. Creo que de vergüenza. Me sonrió con timidez y me despidió con un “buenas noches” que me sonó muy dulce, aunque nervioso.

—Sos un hombre casado —me recordó mi terapeuta—. Eso, a ella, no se le olvida.

Lo sé, pero eso está a punto de cambiar. Vos ya lo sabes.

—Sí, lo sé —confirmó con acento incrédulo, que me molestó—. Entonces, ¿Cósima siente atracción por vos, sí o no? Cuando la besaste aquella noche en la fiesta de egresados ella sintió asco, vos mismo me lo contaste.

—Ahora es distinto —respondí, picado en el orgullo, enojado— Ahora todo es distinto.

—¿Aceptó que terminases la obra en construcción?

—Me dijo que ella y sus socios (Lucho y Carlitos) lo están pensando. No hay nada que pensar —me ofusqué—. Estoy seguro de que Lucho se opone. No quiere que me haga cargo de la obra porque sabe que eso significaría estar en contacto permanente con Cósima.

—¿Crees que sea la pareja de Cósima? Me dijiste que cuando se lo preguntaste no te lo confirmó ni te lo negó.

—No es de tu incumbencia, me dijo, y todavía duele. No, no creo que sean pareja —respondí.

—¿Por qué lo suponés?

Reí con desgano.

—No lo supongo. Más bien lo deseo. Pero que él la quiere no tengo duda.

—La cuestión es —intervino Vianes— a quién quiere Cósima.

“Sí”, pensé, “¿a quién quiere Cósima?”. La pregunta me perseguía, la respuesta se mostraba elusiva, más allá de que yo sabía cómo me habría gustado que fuese. En pocas semanas mi vida había dado un giro tan profundo, rotundo e inesperado que me parecía imposible volver atrás. La empresa y el trabajo seguían en el centro de mis intereses, aunque ya no me movían la pasión ni el deseo de ganarle a la competencia sino la responsabilidad que significaba tener a cargo el bienestar de tantas familias. Rechazaba las invitaciones a casi todos los eventos, había abandonado los entrenamientos de rugby, no asistía al Jockey Club ni al golf y los fines de semana prefería quedarme en casa con mis hijos.

A todos tenía sorprendidos, desde los empleados hasta la familia, en especial a las hijas de mi primer matrimonio, Justa, de casi veintidós,

Ema, de veinte, a quienes jamás había prestado demasiada atención. Bastante seguido encontraba a Ema observándome. Una tarde de sábado en que los cinco —ella, Justa, Montse, Nachito y yo tirados en la alfombra, jugábamos a un juego de mesa que le habían regalado a Montse para su cumpleaños, mis ojos se toparon con los azules e inquisidores de mi segunda hija.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—¿Por qué estás tan cambiado? —exigió saber sin vueltas.

—¿Cambiado? ¿Cambiado cómo?

—Ya no me pareces hueco ni frívolo.

Siempre se podía contar con Ema para que te disparase verdades inexorables. Su respuesta fue un trompazo en la mandíbula y una caricia en el corazón, las dos cosas al mismo tiempo. Extendí la mano y le pasé el dorso de los dedos por la mejilla. Creo que era la primera vez que le hacía un mimo en los últimos diez años.

Es que me di cuenta de lo que realmente vale en la vida y de lo que no vale nada.

—¿Cómo te diste cuenta?

“Cósima” fue lo que me vino a la mente.

—Gracias a tu hermano —contesté, porque en cierto modo había sido gracias a Nachito que había empezado el cambio.

La sonrisa de Ema me causó una emoción que se me alojó en la garganta; la vista se me

enturbió. No la merecía como hija. Desde el inicio del tratamiento tanto ella como Justa habían participado activamente y todo para ayudar a un hermano con quien sólo compartían el padre que jamás las había apreciado. ¿Por qué la vida me daba tanto?

A continuación ocurrió algo inesperado: Nachito abandonó su sitio en el suelo, se montó sobre mis piernas, me abrazó y me besó. Mi reacción fue más instintiva que consciente: lo apreté contra mi pecho y cerré los ojos. Era la primera vez que mi hijo se mostraba afectuoso, que reconocía mi existencia y que desplegaba un signo de humanidad. El logro inconmensurable me había puesto la mente en blanco. Sólo era capaz de sentir una dicha inefable, como jamás había experimentado en mis casi cuarenta y siete años.

Nachito se rebulló para apartarse y, antes de liberarlo, hice lo que que había visto hacer a Cósima y a la Petrillo en las sesiones: le acuné con delicadeza las mejillas —la cuestión sensorial con los autistas es de capital importancia, por lo que debía ser suave y cuidadoso— y le pedí

—Mírame, Nachito. Mira a papá a los ojos. Mira a papá a los ojos —repetí con voz paciente.

Los ojos de Nachito bailotearon antes de detenerse en los míos un par de segundos, sólo un par de segundos, aunque suficientes para hacerme vibrar de nuevo. Lo abracé, tragándome el grito triunfal. —estábamos aprendiendo a hablar en voz baja y a evitar los sonidos estridentes que tanto lo alteraban. Lo dejé ir. Volvió a sentarse en la alfombra, junto a Pepe y a Ema, su preferida, y a fijar la vista en el tablero, que lo tenía fascinado, probablemente debido a los diseños. La Perrillo ya había comentado que poseía un lado artístico agudo y desarrollado, Busqué a mis hijas con la mirada; Justa, Ema y Montse estaban atentas a mí. Las tres se habían emocionado y me contemplaban con expresiones encendidas. Justa se movió hacia mí y me abrazó y enseguida percibí que Ema y Montse la imitaban. Abrí los brazos y las abarqué a las tres. Lloramos juntos. ¿Cómo había sido posible que hubiese perdido tanto tiempo en pelotudeces y no hubiese concentrado mi atención y mi energía en esos cuatro seres espléndidos?

—Ya vas a ver, papi —me alentó Montse—, Nachito va a hablar, va a ser normal como los otros nenes.

Carraspeé y la sujeté por las mejillas para besarla en la frente.

—Ojalá así sea. Pero si no lograra hablar ni ser como los demás nenes, no importa.

—¿No? —se asombró mi pobre Montse.

—No. Nachito es perfecto así como es. Y ahora voy a hacer una llamada telefónica importante.

Me alejé de la sala y me detuve en seco alcanzado por un comentario de la menor de mis hijas.

—Seguro que va a llamar a Cósima. La llama todo el tiempo.

¿Tan obvia era mi obsesión que hasta una nena se daba cuenta?

—¿Pero no es Mirta la terapeuta de Nachito? —Ema se refería a Petrillo.

—Sí, pero Cósima es la jefa —explicó mi precoz hija de diez años.

—Cósima Facchinetti —señaló Justa—. Es una genia —agregó. Me leí todos sus libros. Y cuando va a la facu a dar una conferencia sobre los trastornos del espectro autista el anfiteatro está a reventar afirmó la futura psicóloga—. La vi un par de veces cuando fui a la Fundación Indiana, pero no me animé a hablarle. Debe ser una mina muy ocupada. No digo que Mirta no sea competente, pero a mí me gustaría que fuese Cósima la terapeuta de Nachito.

—Mamá la llama Górdima.

—¿Górdima? —repitieron Justa y Ema cuidándose de elevar el tono de voz.

—Porque es gordita —explicó Montse.

—No es gordita —se enojó Justa—. Es... —se detuvo para buscar el calificativo—. Es

voluptuosa.

—¿Qué es eso? —quiso saber Montserrat—. Vo-lup-tuo-sa —repitió lentamente.

—Que tiene mucha teta y mucho culo —resolvió la pragmática Ema—. Para tu mamá, Montse, hasta una escoba es gorda.

Me alejé al escuchar que la empleada se acercaba con la merienda. El diálogo entre mis hijas me había impresionado. Montse no mentía, era cierto, desde la noche en que habíamos comido sushi en el consultorio de Cósima buscaba excusas para hablarle, enviarle mensajes o cruzármela en la Fundación Indiana. Busqué su nombre entre mis contactos y, antes de presionar la tecla para llamarla, me recordé que eran las cinco de la tarde de un sábado, que probablemente ella estaba descansando o con amigos y que yo era un desubicado por molestar. Sí, sí, el razonamiento era impecable, pero yo necesitaba oír su voz y contaba con la excusa perfecta.

Sonreí a la nada cuando me contestó dos tonos después.

—¿Ignacio?

—Sí, soy yo. ¿Te molesto?

—No —contestó con amabilidad pero sin intención de profundizar, y reconozco que me habría gustado que compartiese conmigo lo que estaba haciendo. Me dio celos oír voces, muchas voces, y música, como si participase de una fiesta.

—¿Estoy interrumpiendo algo?

—No.

—Hay mucho ruido.

—Es el cumpleaños de Darío, el más chico de Carlitos.

—Ah, sí, me comentó que hoy se lo festejaban.

Otra historia era mi nueva relación con Cuasimodo, el querido Cuasimodo, que todas las mañanas se presentaba en casa para entrenar a Pepe, el pastor alemán adiestrado para tratar con niños autistas, y que transcurría horas con mi hijo buscando cimentar un vínculo, el del Niño con el perro, que, a mi juicio, haría más por Nachito que todos los demás tratamientos, a excepción de la equinoterapia, que iba viento en popa. Resultaba fascinante verlo interactuar con Pepe y con Román, el bayo que Lucho le había elegido como compañero.

—¿Nachito está bien? —se interesó Cósima con acento preocupado.

—Más que bien. Te llamo porque acaba de suceder algo. Un milagro. —empleé una palabra que, pocas semanas atrás, no habría formado parte de mi léxico, como no hubiese sido para usarla en sentido irónico.

—¿Qué? —se interesó Cósima—. No me tengas sobre ascuas, Le relaté los hechos e intenté hacerlo pausadamente, destacando los detalles y comunicándole mi felicidad. Aunque no la veía, estaba seguro que contaba con su atención.

—Esto no debería sorprenderme, Ignacio. Los avances de Nachito, en estas semanas nos tienen a todos boquiabiertos. Sin embargo, me sorprende porque suelen ser afectivos tras muchos meses de tratamiento, lo último que desarrollan. En ocasiones nunca logran expresarse efectivamente.

—Estoy tan feliz, Cósima.

—Puedo imaginarlo —afirmó y abandonó el acento profesional— pronto la voz se le ablandó—. Tengo mucha fe en Nachito. Sé que lograremos avances enormes en los próximos meses.

—Recién Montse me dijo que su hermano lograría ser igual a otros nenes. ¿Y sabes qué le contesté?

—¿Qué?

—Que así como era, Nachito era perfecto. —Se produjo un silencio en la línea y cerré los ojos e inspiré profundo para disfrutar de ese momento de íntima comunión con la mujer que se hallaba del otro... que era pura luz y que me había iluminado el camino para salir de la prisión en la que ni siquiera sabía que me hallaba atrapado.

Sentía su emoción como si estuviese abrazándola; percibí los esfuerzos que hacía para tragar el nudo en la garganta como si estuviera viéndola.

—Nachito es perfecto —la oí decir con acento inestable—. Tan sólo necesitaba que vos te dices cuenta. Ahora es libre.

Me cubrí la cara con la mano y me apreté los ojos y la nariz para no llorar abiertamente. Había llorado más en esas últimas semanas que el resto de mi vida y eso que había atravesado por momentos de mierda como el divorcio de mis viejos y la enfermedad y la muerte de Nora.

—Ahora tengo que cortar —dijo Cósima tras una pausa.

Me desesperé y me di cuenta que no soportaba la idea de no tomar parte de su mundo. Carraspeé para recobrar la capacidad del habla

—Tenemos que festejar este avance de mi hijo. ¿Te gustaría venir cenar a casa esta noche? Mis hijas mayores están aquí. Sobre todo a Justa, que está por recibirse de psicóloga, le gustaría conocerte.

—Esta noche no puedo.

Si me hubiese insultado no me habría dolido tanto. Me volví loco de celos al imaginarla en una comida romántica con Lucho o con cualquier otro tipo.

¿Y mañana al mediodía? —propuse—. Voy a buscarte. —La sentí dudar, por lo que presioné: Carlitos y su familia están invitados. Lucho también —añadí tras un momento, lo que la hizo reír, y su risa contagiosa me hizo reír a mí también.

—Tenes tantas ganas de que vaya Lucho a tu casa como yo de salir a navegar mañana en su velero nuevo.

—Ah, se compró un velero.

—Sí, y como acaba de obtener la licencia para alejarse hasta cinco millas náuticas quiere que salgamos a navegar con él.

“Hijo de puta”, pensé, incapaz de controlar la bronca que me provocaba saberlo cerca de Cósima, con todo a su disposición para conquistarla. Yo poseía un yate de cuarenta y ocho metros de eslora construido por uno de los mejores astilleros del mundo, la Larssen, y de un lujo asiático que habría dejado boquiabiertos aun a los acostumbrados a la vida suntuosa, pero no a Cósima; es más, la habría fastidiado que lo mencionase.

—Pero te confieso que detesto la navegación a vela —dijo, y su declaración casi me hizo soltar un grito triunfal, no sólo porque estaba diciéndome que no quería aceptar la invitación del taxi boy sino porque estaba haciéndome una confidencia.

—En cambio —dije, e intenté controlar la alegría de mi voz—, te encantaría pasar el domingo conmigo y con mis hijos, ¿no es así?

—Y con tu esposa —agregó sin suspicacia, más bien con curiosa ingenuidad.

—Mi suegra se cayó el jueves en su clase de zumba y se quebró la cadera.

—¡Oh, no!

—Vivian está en La Plata con ella. La llevaron allí para operarla y se quedará durante el posoperatorio.

—Pobre mujer.

Creo que era la primera vez que le estaba agradecido a mi suegra, tan esnob como la hija. Su

caída y rotura de cadera no podrían haber sido más oportunas,

—Sí, pobre —simulé compadecerme—. Pero los médicos aseguran que está en buen estado físico y que nada tendría por qué salir mal. Entonces, ¿venís mañana a almorzar? Insisto — reiteré al percibir que vacilaba—, Carlos y su familia están más que invitados.

—Carlos y su familia no ven la hora de subirse al velero de Lucho, creo que seré sólo yo mañana para el almuerzo.

¡YES! , habría proferido como un adolescente.

—¿Qué llevo?

—¡Nada! —exclamé con demasiado ímpetu—. Nada —repetí más mesurado—. Sólo quiero que me digas cuáles son los ingredientes de la mezcla que te enseñó a preparar tu abuela para los sándwiches, así mañana la preparo.

—¿Vos mismo la vas a preparar?

Me encantó oír el acento juguetón y cómplice de su voz.

—Te sorprenderás al verme en la cocina. Me manejo bastante bien. Ya vas a ver.

—OK —contestó, y me dictó los ingredientes—. No te olvides de que Nachito come sin gluten. ¿Cómo pensás hacer los sándwiches.

—Vos no te preocupes por eso. En mi casa ya no entran las harinas con gluten. La mandé a mi cocinera a hacer un curso y prepara de todo con las harinas más disparatadas que te puedas imaginar. Te voy a buscar mañana —hablé deprisa para evitar que lo meditase y me lo impidiera—. ¿A qué hora?

—No es necesario. Voy en mi auto.

—No, te voy a buscar.

—Imposible decirte que no, ¿eh?

—Cuando la cuestión me importa es imposible, sí. ¿Te queda bien que vaya a las doce?

—Me parece bien. Te paso mi dirección...

—Me acuerdo perfectamente dónde vivís.

—OK.

Regresé a la sala en un estado de euforia que debió de haberse reflejado en mi expresión pues mis hijas dejaron de hablar y me clavaron la vista.

—¿Con quién hablabas, papi? —se interesó Montserrat.

—Con la licenciada Facchinetti —contesté y las vi intercambiar miradas cómplices—. La invité a almorzar mañana.

—¿En serio? —se entusiasmó Justa.

—Sí, a las doce tengo que ir a buscarla. Y ahora —dije—, nos vamos al súper a comprar algunas cosas.

—¿No vas a mandar a Ofelia? —se asombró Montserrat.

—No, vamos a ir nosotros. Caminando.

—¡Caminando! —se pasmó Justa.

—Me pregunto si sabes dónde queda el súper, pa —se burló Ema mientras levantaba del suelo al hermano, que hizo un escándalo al verse separado del juego de mesa,

Pepe se puso de pie de un salto y le pasó el hocico por el cuello y la cara. Lo calmó como por arte de magia. Tras admirar la destreza y la facilidad con que el perro aplacaba a mi hijo nos pusimos en movimiento. Justa abrigó a Nachito mientras yo colocaba el peto a Pepe, una especie de chaleco de color amarillo con la leyenda “Perro de servicio”. Carlitos nos había explicado que, una vez que el animal tuviese encima el peto sabría que comenzaba su trabajo, por lo que no

comería, no haría sus necesidades, no interactuaría con humanos ni con otros perros y sólo oiría las órdenes del adulto al que se le hubiese enseñado a obedecer, es decir, a mí y a Sara, la babysitter. El otro adulto natural habría sido Vivian, pero ella no había participado de las clases.

Enganché al peto de Pepe la correa, que a su vez se ajustaba a una especie de arnés que rodeaba la cintura de mi hijo, de modo tal que el perro y el Niño formaban un binomio inseparable. Salimos a la calle. Se trataba de una tarde fría de invierno con un cielo límpido y un sol que comenzaba a ocultarse. Deseé que al día siguiente se repitiese la jornada tan espléndida porque se me acababa de ocurrir que almorzaríamos en la terraza vidriada que daba al jardín de mi casa de Barrio Parque.

Íbamos los cuatro conversando en dirección del shopping Paseo Alcorta, aunque atentos al comportamiento de Pepe y Nachito, unos pasos más adelante. Cuando llegaron a la primera esquina, el perro se detuvo y el Niño lo imitó. Pepe cruzó cuando yo le di la orden empleando las palabras exactas que Carlitos me había enseñado. Al llegar a la Figueroa Alcorta, donde el bullicio aumentaba a causa del tráfico, me tensé esperando que Nachito, al registrar el ruido y las luces como amenazas, se tirase al suelo como solía hacer y se pusiese a gritar. Antes de Cósima había creído que era puro capricho; ahora comprendía que era pánico. ¡Cuánta ignorancia! Y qué daño le había hecho a mi hijo por no saber nada de su condición.

Lo tomé de la mano y, para mi asombro, se dejó llevar. Pero yo era consciente de que la calma no se debía a que su padre estuviese junto a él sino a que del otro lado se hallaba su amigo Pepe. No experimenté envidia ni celos, sentimientos tan propios de mi naturaleza; simplemente sonreí a la nada, movido por un profundo cariño y agradecimiento hacia ese animal al que poco tiempo antes habría juzgado un ser inferior y que en ese momento me parecía un titán.

Entramos en el Paseo Alcorta y nos encaminamos hacia el ingreso del Carrefour. Un guardia nos detuvo; aducía que estaba prohibido entrar con perros. Justa, Ema y Montse se alejaron con Nachito y Pepe, pues si las voces se elevaban mi hijo se alteraría. Mandé llamar al encargado, que me explicó amablemente lo mismo que ya me había referido el guardia: los perros tenían prohibido el acceso al supermercado.

—Mi perro no es un perro cualquiera —traté de razonar con el empleado—

—Como podés ver aquí —dije, y le extendí el carnet de Pepe—, es un perro de servicio habilitado por el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. De acuerdo con la ley 26.858, mi hijo y su perro guía tienen derecho a ingresar en este supermercado y en cualquier otro local. Te pido, por favor, que nos permitas pasar.

—Pero, señor, comprendame— Es un perro. No...

—Te aseguro que este animal está más limpio y es más educado que el noventa por ciento de las personas que circulan, en este momento por tu supermercado. Se comportará bien y no tocará nada.

—Pero no me comprometa, está prohibido.

—Muy bien —resolví y saqué mi celular— voy a llamar a la policía, a ver si ellos te hacen entender que mi hijo y su perro tienen derecho a ingresar aquí. Eso sí, vas a tener que sufrir la penalidad que establece el artículo 12 de la ley 26.858, por haberles impedido ejercer libremente su derecho.

El encargado y el guardia cruzaron una mirada apesadumbrada.

—Está bien —claudicó el encargado.

—Gracias —dije de modo seco, poco gentil—. Y, por favor, informate sobre el tema, porque mi hijo y su perro vendrán frecuentemente aquí y no quiero otro desplante como este, ¿he sido

claro o tengo que pedirle a mi abogado que demande a Carrefour por no cumplir con una ley que es del año 2013?

—Ha sido muy claro —contestó el empleado, que llevaba la cabeza hacia atrás para mirarme desde su escasa estatura—

El guardia desplegó una actitud sumisa cuando hizo el gesto de invitarnos a pasar. Llamé con un ademán de mano a las chicas, que se aproximaron rápidamente. Entramos. Los ignorantes que nunca faltan nos lanzaron vistazos malévolos y cuchichearon entre ellos a la vista del perro. El chaleco de Pepe, vistoso en su color amarillo y con una gran leyenda en letras negras y gruesas que rezaba “Perro de servicio”, no bastaba para explicar la presencia del animal dentro del supermercado. Los habría boxeado a todos, por imbéciles. En cambio, me hice el que nada veía. Reflexioné que, si le permitía al enojo que me dominase y arruinaba ese inusual momento de armonía con mis cuatro hijos no podría imputárselo a mi necesidad de justicia sino de complacer a mi ego, como Cósima me había señalado.

La compra se desarrolló sin problemas, a excepción de un episodio con Nachito cuando sacó de la góndola uno de esos jugos artificiales llenos de conservantes, aspartamo y otros venenos que tomaba antes de empezar el tratamiento en la fundación Indiana. Ema se lo quitó, con gentileza y lo devolvió a su sitio. Mi hijo, quejándose, intentó sacarlo de nuevo y la hermana se lo impidió. Se arrojó al suelo y comenzó un capricho descomunal, como solía hacer en el pasado. Enseguida me tensé, mortificado por la vergüenza y la impotencia, sólo que me había olvidado que ahora contábamos con Pepe, que se echó junto a Nachito y se dedicó a tranquilizarlo. Resultó fascinante observar cómo hacía su trabajo de manera natural, tranquila, él no sentía bochorno, ni apuro, ni nada. Sólo pensaba en ayudar a mi hijo a superar la crisis. Le lamía el rostro y le apartaba la mano con el cuarto delantero derecho cuando Nachito se daba golpes con el puño en la cabeza, lo que hacía cuando estaba muy enojado. Nadie intervino, ni sus hermanas ni yo. Esperamos a que Pepe hiciese aquello que ninguno de nosotros habría sabido hacer mejor. Cuando mi hijo se tranquilizó, lo levanté del suelo. Pepe se paró en dos patas y se apoyó en mi brazo para seguir lamiendo la cara de su pequeño amo. Se me agarrotó la garganta cuando lo vi reír porque el perro le hacía cosquillas al olfatearlo. Pocas veces, y sólo desde que lo tratábamos, había escuchado la risa de Nachito. Lo apreté contra mi pecho por segunda vez en ese día y le susurre al oído:

—Te amo, hijito. Te amo.

Justa propuso comprar naranjas para exprimirla un jugo al hermano. Nos dirigimos a la verdulería, donde Nachito participó en la selección de la fruta. Imitaba a su hermana mayor, que las estudiaba, las apretaba y las olía antes de meterlas en una bolsa, y a mí, verlo observar a otro ser humano, aunque fuese de reojo y furtivamente, para luego tratar de repetir sus acciones me resultó el logro más gigantesco que mi hijo hubiese conseguido desde el inicio del tratamiento, más que besarme y abrazarme.

Contuve el impulso de llamar a Cósima para contarle acerca de ese nuevo milagro; no quería quedar como un pesado o como un acosador, aunque la verdad sea dicha, me faltaba muy poco para serlo. Me conformé al pensar que, en pocas horas, la tendría cerca de mí.

Regresaba eufórico a mi casa, con las bolsas en una mano y la de mi hijo en la otra, cuando tuve que soltarlo porque sonaba el celular. Estaba esperando una llamada de Arturo Cimmi, que acababa de volver de viaje; quería que me pusiese al tanto de los avances. Me decepcioné; era Vivian. No había cesado de enviarme mensajes por WhatsApp desde el viernes. Que me llamase directamente al teléfono significaba que estaba como loca por hablar conmigo. Sólo que yo no

tenía ganas de oírle la voz ni los reclamos.

Habíamos tenido una pelea descomunal el miércoles por la noche cuando se coló dentro del baño de la habitación de huéspedes mientras me duchaba. No la oí deslizar la mampara, por lo que me llevé un susto de muerte cuando me acarició el culo. Me di vuelta con un giro violento y mi expresión debió de haberla impresionado porque se hizo para atrás y se pegó al vidrio. Tenerla desnuda de nuevo frente a mí después de tantas semanas de no compartir la intimidad me resultó chocante.

—Salí ahora mismo —le ordene de mal modo y me volví hacia el chorro.

—No —se empecinó—. Quiero que hablemos, Nacho.

—Ahora no.

—¡Ahora sí, Ignacio! No puedes seguir evitándome.

Terminé de enjuagarme y abandoné la ducha haciéndola a un lado sin miramientos. Me siguió. Le arrojé una toalla para que se cubriese.

—¿Qué? —me provocó—. ¿Tenés miedo de verme desnuda y excitarte?

Estuve a punto de contestarle una grosería, pero paradójicamente pensé en Cósima y no lo hice. Después de todo, esa mujer era la madre de mis hijos menores. Yo se las había elegido. De buen modo, lo cual la descolocó, le pedí que me permitiese cambiarme solo, que luego iría a nuestro dormitorio para hablar. Diez minutos más tarde entré. La hallé desnuda sobre la cama.

—Cubrite, Vivian. No tengo ganas de sexo. Quiero que hablemos.

Intentó seducirme con viejos trucos que no habrían fallado en otras circunstancias. Mi transformación había alcanzado un punto demasiado profundo y trascendental para volver con una mujer que era el paradigma de un pasado que me empeñaba en dejar atrás. La aferré por los hombros y la alejé de mí. Fui al grano: le anuncié que quería el divorcio.

Tras soltar una risotada vacía, me miró a los ojos y me preguntó:

—¿Es una joda, no?

Le confirmé que no, que hablaba en serio. Empleó todas las estrategias disuasorias; comenzó por las suaves —llanto, caricias, promesas— y acabó con el uso de artillería pesada. Me acusó de infiel, de corrupto, de hijo de puta, y yo no me inmuté; acepté cada acusación en silencio porque eran ciertas. Exigió saber quién era la mina por la que la dejaba y le aseguré que no había ninguna. Vivian soltó una carcajada incrédula.

—¿Vos me creés retrasada mental, Ignacio? Sé muy bien que hay otra.

Insistí en que no, ella se empecinó en que sí; quería saber de quién se trataba. Comenzó a especular y a proferir nombres de amigas y conocidas. Yo me limitaba a agitar la cabeza y a negar. ¿Qué podía decir? Que en realidad había una mujer pero no en mi vida como habría deseado sino en mi maldita mente, una mujer que no me daba paz. La obsesión que había experimentado por la tía Cósima en el pasado y de la cual Jose Vianes me había rescatado volvía con la fuerza de un huracán.

Respiraba hondo y aceptaba cada embate, cada acusación, cada palabra insultante. Me las merecía. Sin embargo, cuando declaró que me quitaría los chicos que se los llevaría lejos y que nunca volvería a verlos, me descontrolé. Sabía que estaba en posición de hacerlo pues su familia era riquísima, con contactos en las altas esferas de la política de la provincia de Buenos Aires. Y que, tanto sus padres como sus dos hermanos mayores a apañaban y la consentían en todo, sin mencionar que me detestaban por hacer sufrir a la nena. Si ella les hubiese pedido que la ayudaran a desaparecer, temo que esos cuatro imbéciles lo habrían hecho.

Se me heló la sangre, que enseguida se me caldeó al recordar lo desamorada que había sido

con nuestros hijos. Le importaban una mierda, sólo eran un instrumento para extorsionarme. Acabé yéndome y no di un portazo porque no quería alterar a Nachito, que dormía unos metros más allá. Desde que lo hacía con Pepe no se movía de la cama, pero todavía tenía el sueño liviano.

Pasé la noche en vela y al otro día me levanté a las cinco y me fui a la oficina a las seis, para no cruzármela. Después Romina me informó que mi suegra se había accidentado y que mi esposa viajaría a Cañuelas. Me sentí aliviado de saberla lejos por un tiempo. Llamé a mi abogado y lo puse al tanto de la situación. Nos reuniríamos ese lunes para planear la mejor estrategia. Con tanto dinero en juego, un divorcio se convierte en una especie de guerra mundial. En realidad, de lo único que quería asegurarme era de que mis hijos se quedasen conmigo.

El teléfono seguía sonando en mi mano y yo miraba el nombre de mi esposa en la pantalla. Estaba enojado porque el investigador no había conseguido nada con qué inculparla pese a haberse convertido en su sombra todos los días desde hacía semanas. Yo le revisaba cada tanto el teléfono, y nada. ¿Quizá mi instinto se equivocaba y Vivian me era fiel? A punto de liquidar los servicios del investigador privado, el jueves, cuando me enteré del accidente de la madre y de que viajaría a Cañuelas, luego a La Plata para la cirugía, le indiqué que la siguiese. Aún no tenía noticias.

Finalmente apagué el celular y seguí caminando hacia mi casa, rodeado de mis hijos y con las bolsas de las compras. El buen humor se había perdido. Sentía un peso en el pecho. De nuevo refrené el impulso de llamar a Cósima. Me habría bastado oír su voz para serenarme.

Capítulo V

EL TIPO MENOS CONFIABLE

Cósima

Corté con Lanz y regresé a la fiesta. Crucé una mirada con Carlitos y lo vi fruncir el entrecejo; percibía mi inquietud. Una pregunta me martirizaba: ¿qué había hecho? Lo sabía muy bien, había aceptado almorzar con él y sus hijos porque la idea me fascinaba, me ponía contenta, más bien contentísima. ¿Estaba loca? Él era un tipo casado, además de un mujeriego, egocéntrico e hijo de... No quería insultarlo, no quería llenarme de los sentimientos oscuros que Lanz me había inspirado en los tiempos del colegio. Se trataría sólo de una pequeña celebración familiar por el gran avance que había significado que Nachito se hubiese mostrado afectuoso con él.

—¿Qué te pasa? —me interrogó Carlitos un rato más tarde, mientras los ayudaba, a él y a Natalia, a poner orden en la cocina.

—No voy con ustedes mañana a navegar.

—¿Por qué? —se decepcionó Naty.

—Amiga, sabés que detesto la navegación a vela. Me aburro, no me gusta.

—Lucho va a estar muy desilusionado —se lamentó—. Creo que el programa se reducía a que vos fueses.

—No es así. Irán ustedes y también Paola y Jaime —acoté en referencia a los hijos de Lucho.

—Sí, pero él quería que fueses vos —insistió Naty—. Quería pavonearse con vos —machacó. Me despedí apesadumbrada a causa de la culpa. Carlitos me acompañó hasta la otra cuadra donde había estacionado el auto. Se sentó en el asiento del acompañante.

—Dale —me instó—, soltá el rollo. Algo te tiene mal. A mí no me engañas.

Acepté almorzar mañana en lo de Lanz —dije y me quedé mirándolo.

Tras un instante de asombro, Carlitos sonrió entre divertido y melancólico y agitó la cabeza para negar.

—¿Qué? —me impacienté.

—¿Cómo qué, Così? Lanz está enamorado de vos y ya no sabe qué hacer para tenerte cerca.

—No es así. Me llamó hace un rato para contarme que Nachito tuvo un gesto afectivo con él, el primero. Lo abrazó y lo besó. Y quiere festejar. Me invitó mañana para celebrar el gran avance de su hijo —subrayé.

—Sí, claro, el gran avance de su hijo. Y yo me parezco a Brad Pitt. Cósima, a mí no, ¿eh? A mí no me vengas con pelotudeces, que te conozco más que nadie. Vos aceptaste ir mañana a su casa porque te pasan cosas con él. ¿Por qué te cuesta tanto aceptarlo?

—¡Porque es una mala persona! —exclame y apoyé la frente en el volante—. ¿Qué clase de masoquista soy? ¡Soy tan enferma como él!

Carlitos me abrazó y nos quedamos un rato en silencio mientras yo me consumía de bronca e

impotencia.

—¿Cómo es posible que le dirija la palabra después de todo lo que nos hizo? ¡Nos humilló durante cinco años! ¡Nos atacó física y psicológicamente! ¡Nos hostigó! ¡Nuestra vida era un infierno por su culpa! ¡Maldito enfermo! ¡Psicópata! ¡Hijo de puta! ¡Hijo de puta! —repetí, y al fin me permití insultarlo una y otra vez mientras asestaba golpes al volante hasta quedar laxa entre los brazos de mi mejor amigo, que se limitó a besarme la coronilla y a sisearme para que me calmara.

—¿Sabes qué es lo que no me perdono en verdad? —susurré sobre el pecho de Carlitos.

—¿Qué? —se interesó en el mismo tono bajo de voz.

—Que por mi culpa, por la bronca que Lanz me tenía a mí, te haya lastimado a vos de rebote.

Carlitos profirió una risotada que retumbó en el pequeño habitáculo del automóvil.

—Y yo que me sentía el centro del mundo por el hecho de que él me atacaba porque vos me querías a mí y no a él.

Me incorporé y, al descubrirle la expresión distendida y risueña, esa que yo adoraba, la que siempre me tranquilizaba, me eché a reír, pero enseguida la risa se mezcló con el llanto y de nuevo acabé contenida en el abrazo de la persona a quien le habría confiado la vida. Más calmada, me aparté. Carlitos manoteó un pañuelo de papel tisú de la guantera y me secó las lágrimas negras de máscara para pestañas.

—¿Por qué me gusta si es un hijo de puta? ¿Por qué me gusta si antes lo despreciaba?

—Pero hubo un tiempo en que estabas enamorada de él.

Solté un bufido impaciente.

—¿Era una nena! Eso no cuenta.

—Sí que cuenta —me contradijo—. No subestimes el poder del primer amor, se haya dado a la edad que se haya dado.

—Estoy mal de la cabeza. Carlitos. No puede gustarme un hombre tan superficial, egoísta e...

—Sí, sí —me interrumpió—, E hijo de puta. Quedó claro que es un mal tipo, pero ese mal tipo se esta comportando como el mejor de los padres con su hijo que padece autismo. Es un tipo muy ocupado, vos lo sabes. Dirige uno de los imperios argentinos y, sin embargo, se ha tomado el trabajo de acomodar la agenda para participar en todas las etapas de la evaluación y luego en las del tratamiento. Vos misma lo has visto varias veces en la fundación. Por cierto, todo el tiempo pregunta por vos. Y no nos olvidemos de las rosas ni de la cena de sushi, ni de los mensajes que te manda todos los días con excusas ridículas, ni de las veces que te espera hasta tarde para hablar con vos en...

—Basta —lo detuve con acento suave—. No sigas diciendo cosas que, expresadas de ese modo, parece lo que no son.

—¿Qué no son?

—¿Vos viste a la mujer de Lanz alguna vez? —me impacienté.

—No muchas porque no participó en la inserción de Pepe. Pero sí, la vi. Típica mina de Lanz.

—¡Exacto! Ese es el tipo de mujer de Lanz.

—Ese —remarcó Carlitos— es el tipo de mujer que Lanz le muestra al mundo. Pero no es la mujer que a él realmente le gusta.

—¿Ahora sos psicólogo vos?

—No, la psicóloga sos vos, pero, como dice el refrán, en casa de herrero cuchillo de palo.

—¿Qué querés decir?

—Quiero decir lo mismo que te dije la noche de la fatídica fiesta de egresados.

—No me acuerdo qué me dijiste.

—Te dije que siempre estuvo enamorado de vos pero que le habría dado vergüenza andar con una de tu tipo. Ahora, que es un adulto y que por lo visto ha cambiado y madurado, le importa un pepino que no cumplas con sus antiguos y ridículos cánones de belleza. Te quiere para él y punto.

—¡Decís cada tontería!

—Yo creo —susurró y se inclinó en actitud cómplice— que nuestro querido y retorcido Lanz tiene un fetiche con las culonas y tetonas como vos.

—¡Carlos Darío Naum, sos un puerco irrespetuoso! —exclame y le di un bofetón en el brazo.

Él se reía a carcajadas, que me contagiaron. Acabé agotada de tanta risa, llanto, dudas y confusión.

—No quiero que me guste —murmuré—, Es casado además de un ególatra.

—Él y su mujer duermen en cuartos separados desde hace semanas. —Me gire súbitamente y nos miramos en la penumbra del habitáculo—. Me lo dijo Montse, su hija, que es la nena más despierta y dulce que he conocido.

—Pobrecita —me compadecí.

—Sí, pobrecita, pero creo que la situación no la tomó por sorpresa.

—Pero debe estar sufriendo.

—Sin duda —acordó Carlitos y volvimos a mirarnos fijamente—. Tampoco es que tenes que envejecer al lado de Lanz, Cosi. Se trata de... ¿cómo fue que dijiste el otro día? ¿Exorcizarlo? Tal vez llegó la hora de dejarte llevar por los acontecimientos sin ponerle tanto cerebro, que es lo que siempre hacés. Tenés que permitirte darte el gusto —remató Carlitos.

—¿Qué gusto?

—¿Cómo qué gusto? Que un tipo como ese te corteje, te adule, te haga sentir mujer de nuevo.

Solté un gemido de frustración y miedo. La sola idea de que Lanz me viese como mujer me aterraba, porque implicaba colocarme bajo un microscopio, el más riguroso que existía, para comenzar a listar todos y cada uno de mis defectos físicos, que para él debían de ser muchos. “No”, me dije con resolución, “jamás me someteré a esa tortura” Era una mujer de cuarenta y seis años, sensata, mesurada y profunda; no iba a caer en comportamientos de adolescente insegura y acomplejada.

—¿Por qué tuvo que volver?

—Porque su hijo te necesita.

—Yo no estoy haciendo nada por su hijo. Vos, Mirta y Lucho lo están haciendo. Yo me limito a contemplarlos desde la periferia.

—Pero la fundación Indiana es tu obra, Cosi, es tu criatura. Si Mirta, Lucho y yo hacemos algo por Nachito, y por tantos nenes como él, es gracias a vos, a tu conocimiento y a tu inteligencia.

—No quiero ir mañana a su casa —declaré con el talante de una niña encaprichada.

Carlitos me sujetó la cara y me obligó a mirarlo.

—Ya se cual es tu problema, no soy tonto.

—¿Cuál es? —pregunté en un susurro, muerta de miedo de que diese en la diana, como lo hizo al responder:

—Te sentís menos que él. Desde un punto de vista físico —aclaró. Ciertas heridas, esas que nos causan en la infancia, se quedan con nosotros para siempre y duelen. ¿No dicen que la infancia es el patio trasero donde jugamos toda la vida? No importa cuántos años pasen, ni

cuánto hayamos conquistado. El Niño triste y sufriente que aún llevamos dentro sale cada tanto y nos enfrenta con nuestro dolor más recóndito. Y Lanz es uno de los monstruos del pasado que más te lastimó. Le tenes pánico al tiempo que te sentís atraída por él. Lo que no sabés, querida amiga, es que él se siente tanto menos que vos.

—¡Ja! —exclamé—. ¿Lanz menos que yo? ¡Lanz se siente más que Dios! Imaginate con respecto a mí.

—Lanz tiene sus propias heridas y monstruos. Vos, como psicóloga deberías saberlo.

—No me importan sus monstruos. Quiero que me deje en paz.

—Entonces —me desafió Carlitos—, llámalo ahora mismo y decile que no irás mañana a comer a su casa. Dale, hazelo. Yo estoy acá con vos.

—No, no —susurré—. Voy a ir. Ya le dije que sí, ahora no puedo decirle que no.

—Claro, no podés decirle que no —se burló mi amigo—. Sucede que querés ir —me provocó—. Vamos, aceptalo. Sos una mujer grande. Aceptá que te encanta la idea de pasar el domingo con él.

—¡OK! —me fastidié—. Sí, quiero ir.

—Así me gusta. Nada de mentirte a vos misma. Eso implicaría el comportamiento de una necia.

—Sí, una necia —repetí, pues me sentía la más necia de las necias sólo por creer que Ignacio Lanz Reuter quisiese tener algo conmigo. Me repetía: “Te necesita para su hijo. Te está usando. Es un manipulador nato. Un mal tipo”. El problema era que, por mucho que insistiese en el razonamiento, no acababa de creérmelo.

Dormí bien y me desperté a las siete, renovada. Desayuné tranquila mientras leía el diario. Medité media hora sentada en la alfombra del living después de haber encendido el hornito con aceite esencial de lavanda. Intentaba acallar la mente y conectar con ese momento en el que la tibieza del sol me bañaba la cara.

Más tranquila, me atreví a llamar a Lucho para avisarle que no iría— La decepción en su voz me traspasó como una espada. ¿Qué estaba haciendo? ¿Lastimaba a mi amigo y socio por alguien como Lanz?

—¿Qué vas a hacer todo el domingo sola? —se interesó.

No quería mentirle, pero tampoco decirle la verdad. Lo ofendería enterarse de que iría a lo de Lanz, sin mencionar que me acusaría de poco profesional. No involucrarnos a un nivel personal con los pacientes y sus familias era parte de nuestro código de ética.

Tengo tantas cosas que hacer —suspiré—. Espero que pasen un lindísimo día —expresé a modo de despedida.

—¿Cósima?

—¿Si?

—No te gusta la navegación a vela, ¿no?

—La verdad es que no —contesté con seguridad, pues al menos en eso no le mentía.

—Entonces, cancelo todo y hacemos otra cosa.

—¡Qué! ¡De ninguna manera! Están todos entusiasmados con ira navegar, y vos tenes que festejar que obtuviste la licencia.

—Cósima —me interrumpió—, quiero pasar el domingo con vos.

—Lucho, por favor —supliqué.

Me estaba poniendo incómoda. Había sido clara con él.

—Está bien, está bien —claudicó—. Te dejo tranquila ahora. Espero que pases un lindo día.

—Gracias. Ustedes también.

La llamada me dejó mal. Partí a mi dormitorio a bañarme y a vestirme. Era un día frío, por lo que me decidí por una camisa blanca y un suéter de cachemira rosa; si en el interior de la casa de Lanz hacía calor, me quitaría el suéter y quedaría más que presentable. Elegí unos jeans azul oscuro y unas botas color suela. Me colgué la cadena de oro con el dije en forma de corazón que me había regalado Horacio para nuestro primer aniversario y los aritos que hacían juego. ¿Me maquillaría? ¿Cómo llevaría el cabello? Pensé en hacerme el *brushing* y pasarme la planchita para alisarme los rulos, pero desistí enseguida; era demasiado.

Me limitaría a ponerme la crema para armar los bucles y me dejaría el pelo suelto. En cuanto a maquillarme, me observé largamente en el espejo.

Me incliné para estudiar el color pardo oscuro de mis ojos. Me acordé de los azules de Lanz. Me estudié también la piel del rostro, de una palidez apabullante. Mi dermatóloga, la misma que me atendía desde hacía más de veinte años, me decía que yo no había sido diseñada para exponerme al sol. Gracias a sus cuidados, que cumplía al pie de la letra, había llegado a los cuarenta y seis con un cutis bastante aceptable. Me acaricié la mejilla y me resultó suave.

—Te dieron franco en la morgue, tía Cósima? ¿Te estás pudriendo?

Porque estás verde”. Los comentarios de Lanz a causa de mi palidez me

Cortaron el respiro. El asalto había sido súbito e inesperado y me resultaba imposible detener la catarata de recuerdos que se me cayó encima, las burlas a causa de mis cejas gruesas y negrísimas o las que suscitaban mi ojo estrábico y mi cuerpo gordo. Me apoyé sobre el borde de mármol y eché la cabeza hacia adelante, mientras sentía de nuevo el dolor como si no hubiesen transcurrido más de treinta años. ¿Por qué había aceptado compartir una comida con un ser macabro, con un psicópata? Alcé la vista y la fijé en la imagen que me devolvía el espejo.

Corrí a mi habitación decidida a llamarlo para cancelar el almuerzo, sólo que él se me adelantó. A punto de recoger el teléfono de mi mesa de luz, comenzó a sonar, con el nombre de Lanz en la pantalla. Apreté la tecla para contestar, pero me quedé muda.

—¿Cósima?

—Sí —dije y carraspeé.

—¿Estás bien? —se preocupó.

-Sí.

—No te noto bien.

—Estoy bien —mentí y lo hice con acento cortante—. ¿Llamas para cancelar? —pregunté de pronto aliviada.

—¿Para cancelar? —repitió con voz incrédula—. ¡No, en absoluto! De hecho, estoy abajo, esperándote. Sé que es temprano todavía —consulté el reloj despertador; eran las once y media —, pero pensé que si estabas lista podíamos ir a casa. ¡Pero no te hagas problema! Si no estas lista, te espero lo que sea necesario.

Los psicópatas, me recordé, son grandes mentirosos, excelentes actores, fantásticos manipuladores, sólo que yo no atisbaba un ápice de artificiosidad ni manipulación en su voz. Al contrario, desde que había dicho “Cósima” hasta ese último y animado discurso me había provocado tantas emociones que me senté en el borde de la cama para recuperar la estabilidad.

—Dame un momento y bajo —respondí sin entusiasmo.

—Todo el tiempo que necesites —manifestó el con tono ansioso que se emplea para agradar a

alguien.

Me quedé sentada contemplando un punto indefinido. Pasados unos minutos me puse de pie con una tristeza infinita, sin vitalidad ni entusiasmo. No quería ir; sin embargo, y habiendo tenido la posibilidad de cancelar, me había limitado a decir: “Dame un momento y bajo”

No me maquillé, ni siquiera me cubrí las ojeras; tampoco me perfumé. Saqué el abrigo del armario, tomé la cartera y el celular, até Bernie a su correa y partí. Bajé por la escalera, incapaz de aguardar el ascensor, menos aún de encerrarme en el habitáculo cubierto de espejos donde mis defectos quedarían expuestos como en una feria. Alcancé la recepción y me detuve al final de la escalera, una posición que me permitía observar sin ser vista. Lanz me aguardaba en la vereda. Lo estudié a través del vidrio del ingreso. Se había apoyado en la puerta de una cuatro por cuatro y cruzado los brazos sobre el pecho. Junto a él estaban Nachito y Pepe con su chaleco de perro de asistencia. Lanz mantenía el rostro de perfil mientras le hablaba al nene, que no le respondía y se empeñaba en fijar la vista en un ramo de flores que sostenía con las dos manos. El detalle me desarmó y la hostilidad con la que había bajado se esfumó. De igual modo, todavía no estaba preparada para salir y continué con mi análisis.

Se los veía tranquilos. Lanz dirigió la atención hacia la puerta de mi edificio. Y me quitó el aliento. Se trataba de un domingo de sol radiante. La luz que le bañaba el rostro le realzaba el color de los ojos. No se trataba de un juicio exagerado ni parcial: eran los ojos azules, más azules que yo había visto; casi lucían sobrenaturales. No se había afeitado, por lo que una barba incipiente y rojiza le cubría el rostro. Llevaba el pelo rubio peinado con descuido y un par de lentes de sol a modo de vincha. Vestía jeans, abotinados

Timberland color ocre y una campera de pluma de ganso de un verde muy vivaz. Era, sin exagerar, el hombre más hermoso que conocía. Cuando por fin salí y me atreví a enfrentarlo, la sonrisa que me destinó no hizo nada para ayudarme a cambiar de parecer.

Se aproximó con Nachito de la mano y nos encontramos a mitad de camino en la vereda. Se lo veía feliz, la sonrisa persistía en su boca y le fulguraba la mirada.

—¡Hola! —exclamó y, aferrándose el brazo izquierdo con la mano derecha, se inclinó y me dio un beso en la mejilla, y de nuevo su perfume, el *Eau Sauvage* de Christian Dior, me afectó—. Te pido disculpas por haber llegado tan temprano, pero...

—No hay problema —lo detuve—. Espero que no te moleste que lleve a Bernie. Es muy educado.

—En absoluto. Bernie es tan bienvenido como vos.

Asentí a modo de agradecimiento y me puse en cuclillas para saludar a Nachito.

—Hola. ¿Y esas flores tan hermosas?

—Son para vos —intervino Lanz—. Nachito las eligió.

Nachito me las extendió sin mirarme. Se trataba de simples y bellas gerberas, una de mis flores favoritas, que componían un ramo muy colorido pues las había rojas, rosas, amarillas y naranjas.

—Son gerberas —declaré—. Nachito, ¿quién te contó que son mis flores favoritas? ¿Fue Carlitos? ¿O Lucho?

—Nadie nos lo contó —respondió el padre—. Él simplemente lo señaló en el puesto del florista y yo las compré.

—Son mis favoritas —ratifique, siempre con la atención fija en el Niño, mientras evaluaba sus movimientos oculares, lo que me permitiría determinar si lo que estaba experimentando lo contrariaba o si en cambio le gustaba.

Sus ojos iban hacia uno y otro lado; no obstante, existía una pausa casi imperceptible en la que quedaban clavados en los míos, pausa que yo registraba y que me expresaba más que cien palabras. Tras años de estudios y casos evaluados sabía que comunicaba un claro mensaje: “Estoy contento de verte”. Se acordaba de mi rostro, al que había visto en algunas ocasiones; lo había procesado y había decidido que yo contaba entre las personas que le caían bien. De pronto, el pesimismo con el que había bajado para afrontar ese domingo desapareció.

Me incline para besarle la mejilla con cuidado. Sabíamos, gracias a las semanas de evaluación, que era arisco al contacto humano, el espectro autista es tan variado que se compone de todo tipo de caracteres y personalidades, desde niños afectuosos que buscan las caricias y los mimos hasta aquellos que sencillamente no los toleran. Si bien Nachito no pertenecía a este último grupo, tampoco aceptaba de buen grado que se lo tocara, por lo que haberme permitido que le diese un beso me pareció un buen síntoma. Lo que siguió nos dejó sin palabras, a los dos, al padre y a mí.

—Mi perro se llama Pepe —expresó con una claridad y una fluidez que, de acuerdo con los informes de Mirta Perrillo, jamás había desplegado.

Repetía palabras sin comprender el sentido, imitaba sonidos y se daba a entender cuando quería algo empleando señas y quejidos. Hilar una frase coherente y de esa extensión era un hecho nuevo, además de un paso gigantesco. Enseguida percibí la mano de Lanz que me apretaba el hombro. La profesional en mí ahogó la emoción y le respondí con naturalidad:

—Lo sé. Conozco a Pepe desde que era un cachorro, es decir, un bebé.

—Pepe —dijo con su vocecita adorable—. Pepe —repitió, y el perro le lamió el rostro.

Me puse de pie y me volví hacia Lanz. Me asombró verlo tan emocionado, con los ojos arrasados y los labios apretados. Me acordé, entonces, de la cena de sushi en mi consultorio, de cuánto había llorado por su hijo y por los errores del pasado. ¿Se trataba de un psicópata? Lo que, al salir de mi casa había considerado una certeza ahora me llenaba de incertidumbre.

Detestaba no saber si me encontraba frente a un leopardo o a una gacela. Tal vez me equivocaba al plantear esa disyuntiva, al querer catalogarlo, lo cual era lógico pues, como le tenía miedo, necesitaba un marco de referencia para saber dónde ubicarme, cómo proceder. Lanz no era una gacela, tampoco un leopardo. De lo que estaba segura era de que no se trataba de un psicópata. Lo que transmitía su mirada en ese momento no habría podido hacerlo la de un psicópata ni con las dotes actorales de Al Pacino.

—Nunca había hablado con tanta claridad y sentido —farfulló con timbre inestable.

—Lo sé. Es un gran avance. Eso quiere decir que el tratamiento y la dieta están haciendo efecto —señalé, y él sacudió la cabeza para negar.

—Es porque vos estás aquí —afirmó con la vehemencia que lo caracterizaba—. Nada tiene que ver el tratamiento ni la dieta. Habló porque con vos se siente como con ninguna otra persona. —Intenté contradecirlo, pero no me dejó—. Ya sé lo que vas a decir, que no es verdad, pero yo sé que lo que digo es cierto: vos sos especial.

Aunque me habría gustado disuadirlo de que no se trataba de mí sino del tratamiento, guardé silencio. Lanz me contemplaba directo a los ojos. Le temía a lo que lograba con sólo mirarme. No conseguía apartar la vista. Pepe ladró para advertirnos que Nachito se escapaba y rompió el conjuro.

Instalamos a Bernie en la parte trasera de la cuatro por cuatro. Lanz ubicó a Nachito en su silla, le ajustó el cinturón y lo besó en la frente. Pepe se echó en el suelo del vehículo, sobre el almohadón que lo elevaba para que los pies de Nachito le tocasen el lomo, de manera que el contacto lo tranquilizara.

—¿Y tu chófer? —me extraña mientras Lanz me abría la puerta del acompañante.

—Hoy quise venir solo con mi hijo a buscarte.

Subí y, mientras me ajustaba el cinturón de seguridad e inspiraba el perfume de Lanz que impregnaba el habitáculo, me cuestionaba si la situación era ética: yo, ahí, ocupando el sitio de Vivian, deseando al hombre al volante, cuyo hijo iba detrás y el cual era paciente de mi instituto. No, definitivamente no era ética, pero sí maravillosa.

Ignacio

Apenas salió del edificio se me aceleró el pulso a causa de la alegría que me provocó tenerla dentro de mi campo visual. Enseguida me preocupé al notar su gesto apagado. Percibí que no estaba bien, lo cual confirma lo que había intuido al teléfono unos minutos antes. Tal vez se haya arrepentido de aceptar mi invitación. “¿Por qué todo siempre tiene que girar en torno a vos?”, recordé que me había dicho durante nuestra única cena de sushi. Quizás estaba inquieta por otra cosa; debía de tener muchas responsabilidades y problemas.

Lo que fuera me propuse hacérselo olvidar. Quería que transcurriese un domingo inolvidable. La saludé tan animado y feliz como me sentía y me atropellé al tratar de disculparme por haber llegado media hora antes de lo acordado. Por fortuna me detuvo y desestimó la cuestión, si no, ¿qué le habría dicho? ¿Vine antes porque, como un pendejo impaciente, no veía la hora de verte? Sabía que todavía no había llegado el tiempo para confesarle lo que me pasaba con ella.

Le entregamos las flores —gerberas, me enteré que así se llamaban— las que había elegido Nachito, y resultó que le encantaron; su admiración resultaba genuina. A mí me parecían bastante feas, simples margaritas, y había estado a punto de comprar otras, pero no lo hice, porque mi hijo las había señalado sin dudar cuando en voz alta pregunté: “¿Cuáles le gustarán a Cósima?”. Y no se había equivocado. “Nachito es tu maestro, Ignacio”, recordé también, y sonreí en tanto observaba a Cósima acuclillada frente a mi hijo; le hablaba con tanto amor y naturalidad.

Y después, poco después, apenas transcurridos unos minutos desde que Cósima hubiese salido por la puerta, se produjo el milagro: Nachito habló con coherencia por primera vez. Dijo: “Mi perro se llama Pepe, y a mí el cuerpo me vibró, surcado de dicha, literalmente hablando. Busqué el contacto con Cósima, le apreté el hombro. Ella me ignoró y continuó atenta a mi hijo. Pero después, cuando se puso de pie, le clavé la vista en un intento por confesarle con la mirada lo que todavía no me atrevía o no podía hacer con palabras.

Nos acomodamos en la camioneta, su perro Bernie incluido. Me parecía mentira tenerla ahí, a mi lado. La sensación me mantenía las pulsaciones muy elevadas. Ella iba callada y pensativa.

—¿Todo bien? —quise saber y nos miramos fugazmente. La noté pálida—. ¿Te sentís bien?

—Sí —respondió en su tono de voz bajo al cual seguramente se había acostumbrado tratando con niños autistas.

—¿En serio esas flores son tus preferidas? —traté de cambiar el tema para animarla.

—Sí, en serio. Estas y los jazmines del cabo.

—¿Y las rosas rojas? —pregunté y le sonreí con picardía antes de devolver la atención al

frente.

—No creo que exista persona en el mundo que no considere las rosas rojas como una de las flores más bellas. Sobre todo las perfumadas.

—Ah, lo notaste —me alegré—. Pedí que tuvieran perfume.

—Perfumaron la recepción durante dos días —me confió.

—¿Te molesta si pasamos un momento por el Jumbo? le prometí a Montse que le compraría unas cosas que necesita mañana para la escuela.

—Ningún problema.

Condujo en silencio durante algunas cuerdas. Un cd de Enya —uno de los sugeridos por la Petrilla— sonaba a bajo volumen. Cada tanto miraba a Nachito por el espejo retrovisor y lo descubría tranquilo, la vista fija en la ventanilla. Solía batir las manos en el auto, comportamiento que significaba, habíamos aprendido hacia poco, que la situación lo desbordaba, más bien, lo agobiaba. Con Pepe a sus pies la cosa era distinta, y mi hijo iba como sedado, pese a que no le dábamos un solo medicamento a excepción de un antiparasitario para regularle el funcionamiento de la flora intestinal, o microbiota, como la llamaban las profesionales de la Fundación Indiana.

Miré de soslayo a la mujer a mi lado, a la responsable de que Nachito tuviese la posibilidad de llevar una vida normal. De ser feliz. Ella también miraba por la ventanilla. Durante un semáforo en rojo le estudié la vena que se le transparentaba bajo la piel y que le nacía en la comisura izquierda para perderse en el cuello y la deseé. Tanto. “Si, José, estoy enamorado de ella como nunca lo he estado de una mujer”, terminé por aceptar. “No me mueve un pelo. Me mueve todos los pelos, los órganos, y el corazón me late como loco. ¿Qué mierda voy a hacer para lograr que sea mía después de haberla lastimado y hecho sufrir?”

—Te habías arrepentido de venir a comer hoy a casa —pensé en voz alta, y Cósima se giró súbitamente para mirarme entre sorprendida y asustada. —Me gustaría que fuésemos sinceros. Cuando te llamé por teléfono me di cuenta. Y cuando te vi salir por la puerta, tu cara lo decía a gritos. Que no querías venir —añadí.

—Es cierto —afirmó, y si me hubiese dado un gancho en la mandíbula no me habría dolido tanto— A último momento me arrepentí —añadió, sin maldad, sin deseos de herirme; sólo estaba siendo sincera.

—¿Por qué?

—Porque... —Dudó y supe que no me diría la verdad—. En la fundación tenemos como norma no involucrarnos a nivel personal con las familias ni con los pacientes.

—Entiendo —repliqué de buen modo, mientras intentaba camuflar el dolor—. Pero nosotros nos conocemos desde antes. —Me detuve.

¿Que mierda estás haciendo, pelotudo? ¿Querés hacerle acordar a tiempo en que la torturabas?”

Su respuesta fue lapidaria.

—Ya —dijo con acento duro—. Nos conocemos desde antes.

Proseguimos en silencio, en un ambiente incómodo. Ingresamos en el estacionamiento subterráneo del súper y busqué lugar en un sitio próximo al ascensor. Dejamos a Bernie en la parte trasera con las ventanillas abiertas un par de centímetros. Se quedó tranquilo. Iba a darle la mano a Nachito cuando advertí que él se la ofrecía espontáneamente a Cósima, que se la aferró con naturalidad. Se volvió para mirarme con elocuencia. Le sonreí y ella me sonrió a su vez, y con ese simple gesto me devolvió la paz que había perdido al creer arruinado nuestro domingo.

En el ingreso al Jumbo vivimos una escena similar a la del día anterior en el Carrefour y, mientras discutía con el guardia y luego con el encargado y les explicaba que Pepe era un perro de asistencia y que por ley tenía derecho a entrar, no me daba cuenta que Cósima me estudiaba. Hasta que nos permitieron ingresar y, al girar para cederle el paso, me topé con sus ojos fijos en mí. Lo que me transmitían me cortó aliento: me observaban con admiración, y no se trataba de la admiración que había hallado en la mirada de tantas mujeres a lo largo de mis casi cuarenta y siete años, admiración por mi cara fachera o mi cuerpo de rugbista o mi automóvil costoso, sino admiración por mí.

—¿Qué? —le pregunté de buen modo y con una sonrisa; quería hacerla hablar.

—Me dejaste boquiabierto. Te sabés la ley 26.858 de memoria. Citaste los artículos con la solvencia de un abogado. Manejaste la situación de un modo notable. Te felicito. Muchos padres se amedrentan cuando les impiden entrar con los perros a los locales.

Era un hombre grande, un cínico, un flor de hijo de puta para ser más sincero; había vivido lo que a otros les habría llevado varias vidas y, sin embargo, estaba derritiéndome a causa de los halagos de esa mujer. No lo juzgaba una debilidad sino un triunfo. La situación era extraña, absurda, desestabilizadora, pero me encantaba. Me encantaba gustarle. Ansiaba su admiración.

—¡Entrenador!

La voz rompió el encanto. Felipe Branco, uno de mis alumnos de rugby, se aproximaba al trote. Sus padres lo seguían por detrás. Las sonrisas se les congelaron al descubrir a Cósima a mi lado. Debería haberme preocupado. Agustina, la madre de Felipe, conocía a Vivian de las veladas compartidas en el club. No me importó, y la tranquilidad con que lo saludé y presenté a Cósima como a una amiga sirvió para desconcertar a los Branco aún más, —y este es Nachito, mi hijo menor —declaré con orgullo, y los Branco se pusieron incómodos.

Sabían que mi hijo era “raro”; no tenían idea de qué hacer ni de cómo comportarse, lo saludaron con murmullos y sonrisas apretadas, sin atreverse a besarlo ni a extenderle la mano. Cósima los observaba como el científico que estudia a un grupo de ratas de laboratorio; nada decía. Felipe me preguntó cuándo retomaría los entrenamientos de los jueves por la tarde y le aclaré que por el momento sería imposible.

—Tengo mucho trabajo —me justifiqué. A punto de explicarles que ahora Nachito y su tratamiento constituían mi prioridad, cerré la boca. No tenía ganas de compartir con gente extraña la parte más importante de mi vida.

—Pero, entrenador —insistió el chico—, usted es mil veces mejor que el que tenemos ahora. Tiene que volver. Todos queremos que usted vuelva.

No puedo negar que las alabanzas de Felipe frente a Cósima me envanecieron. Le palmeé el hombro y le prometí que pasaría un jueves a saludarlos.

—¡Qué raro que te hayan permitido ingresar con un perro! —se sorprendió Agustina Branco.

No es un perro común y corriente —intervino Cósima—. Pepe es un perro de servicio, como lo aclara su peto. —Señaló la leyenda en el chaleco amarillo—, La parte del tratamiento de Nachito.

—Ah, ¡pero cuánto sabes sobre el tema! —soltó la muy pelotuda, haciéndose la sorprendida cuando en realidad moría por un poco de información que la dotase de un chisme succulento que compartiría con las otras huecas del club mientras se mataban en el gimnasio o en las redes sociales.

—Soy la terapeuta de Nachito y la directora del instituto que le proveyó a Pepe. Los entrenamos desde que son cachorros para que ayuden a personas con capacidades especiales a

desenvolverse en un mundo tan hostil como el nuestro.

—¡Qué fuerte! —exclamó Felipe bien intencionado, con sincera alegría.

Corté el diálogo excusándome en que nos esperaban para almorzar. Entramos todos juntos y yo me hice el que me interesaba en una oferta de aires acondicionados expuesta en el ingreso para darles tiempo a los Branco a que tomaran su camino; nosotros iríamos en sentido contrario.

—Gracias por haber intervenido y explicado la presencia de Pepe —dije mientras nos dirigíamos a las góndolas de los productos escolares y de papelería.

—De nada —contestó Cósima en su voz medida, y yo esperé que hiciera algún comentario sobre los halagos de Felipe, pero no dijo nada.

—¿Crees que Nachito pueda practicar rugby algún día? —pregunté para sacar el tema.

—Lo dudo —respondió—, no porque carezca de la capacidad—, porque, con su sensibilidad exacerbada, le resultaría demasiado agresivo. La competencia es algo que los autistas no asimilan fácilmente.

—No te gusta el rugby —expresé, risueño.

—No apruebo los deportes competitivos, en especial uno tan violento como el rugby. En realidad, no apruebo ningún tipo de competencia entre los seres humanos —afirmó, y me dejó helado.

Hablé de nuevo tras unos segundos de reflexión.

—Pero este es un mundo basado en la competencia. Es lo que hizo que la especie humana alcance grandes niveles de desarrollo.

—Eso es lo que nos hacen creer. La competencia, a todos los niveles, es lo que mantiene a la especie humana enemistada, en tensión y en guerra. Es lo que hace que este mundo sea un lugar desagradable para vivir porque nos definimos como entidades individuales donde el otro no tiene nada que ver conmigo. Es más, en algunos casos es el enemigo. Los avances que hemos experimentado como especie no tienen que ver con la competencia sino con nuestras necesidades y con nuestra capacidad para satisfacerlas.

—Así que no aprobás la competencia —susurré, meditabundo.

—No. Pero vivimos en un mundo en el cual, desde niños, se nos enseña a competir con el otro, en lugar de cooperar y colaborar. El sistema educativo mismo está basado en ese concepto tan nocivo. El sistema de calificación y evaluación, la figura del abanderado, el mejor de la clase, todo apunta a que compitamos y clasifiquemos a las personas en mejores y peores. Pero es lógico, si te pones a pensar.

—¿Lógico?

—Lógico desde el punto de vista de quienes controlan a la humanidad. Divide y reinarás es su lema. Un poco lo que hablábamos la otra vez, eso de “sálvese quien pueda”. Sería muy difícil manejar un mundo en el que todos colaboramos con todos y nadie compite con nadie ni representa una amenaza para el otro. Habría paz y armonía. Comprenderíamos finalmente que todos formamos parte del Todo, con mayúscula.

—Suena muy lindo, pero es una utopía —afirmé con cierta sorna

—Sí, para algunos suena a utopía —contestó con acento resignado y me sentí ofendido porque sabía que se refería a los de mi índole, a los tipos que ella calificaba de superficiales y materialistas.

—¿Y quiénes son los que controlan el mundo?

—Unos pocos, una élite.

—¿Quiénes? —insistí.

—¿Quiénes? —repitió ella y se detuvo para mirarme a la cara con determinación—. Si te pones a pensar que el ochenta por ciento de la riqueza del mundo está en manos de menos del uno por ciento de la población mundial, ahí tenés la respuesta. Si querés más precisión, puedo decirte que lo manejan, por ejemplo, los que siguen produciendo el glifosato con el que se fumiga el planeta entero. Los que lo fabrican aseguran que es un herbicida inocuo para el ser humano, pese a que científicos de alto nivel han demostrado los destrozos que causa. Y lo siguen comercializando con una impunidad tal que no se puede explicar sino con una sola respuesta: tienen al mundo en un puño.

Asentí, perplejo. Tenía razón: sólo alguien muy poderoso habría sido capaz de sostener una situación tan claramente nociva.

Desde que Cósima me había hablado del Glicocol, el herbicida que usábamos en mi campo sojero, había leído sobre el tema y lo que emergía de la investigación me tenía alarmado, atónito y, sobre todo, enfurecido, pues cada vez me resultaba más probable que el autismo de mi hijo se debiese a que Vivian había inspirado ese aire infecto durante los meses de embarazo.

—Y todo por plata —mascullé.

—No por plata, Ignacio. Plata es lo que les sobra.

—¿Cómo no por plata? ¿Y por qué entonces? ¿Por poder?

—Para controlarnos. Si no nos mantienen sumisos y controlados pierden el poder. ¿Qué necesitaba tu hija para la escuela? —dijo de pronto frente a la góndola de la papelería, y me di cuenta de que no quería seguir con el tema.

¿Tal vez no me consideraba digno para exponerme sus teorías? Sólo que yo ansiaba adueñarme de cada pensamiento de esa mujer. Hablar con ella era esclarecedor. Sus palabras iluminaban, sus conocimientos me quitaban velos que me permitían ver, realmente ver. Quería devorármela completa, hacerla una conmigo. Mi admiración por su inteligencia y su determinación me desbordaba. Me excitaba. La habría besado allí mismo, contra la góndola, con Nachito a nuestro lado y la gente pululando por ahí, los Branco incluidos. Nada me importaba, sólo ella, y fue por ella que sofoqué el impulso que con otra no me habría cuidado de sofocar.

Me ayudó a elegir los productos del listado de Montserrat. Era la primera vez que le compraba útiles para la escuela y lo comenté, risueño, un poco para justificar mi ignorancia en la materia.

—La vas a hacer feliz, entonces —manifestó Cósima.

—Hoy va a ser un magnífico domingo —afirme, y nos miramos, yo alegre, ella con una expresión prudente aunque nada hostil.

Pocos minutos después nos poníamos en marcha. Ansiaba llegar a mi casa y compartir a esta mujer espléndida con mis hijas.

—Pensé que vivías en Belgrano R —comentó cuando enfilamos hacia Barrio Parque—. No sé por que te hacía viviendo en la avenida Melián, cerca de la casa de tus padres.

—Siempre me gustó esta zona, además de que quería poner distancia con mi vieja. Es muy tóxica.

Asintió sin mirarme y yo, aprovechando el semáforo en rojo, le estudié el perfil. Tenía una nariz chiquita y aguileña, con una curvatura suave que acompañaba el largo del tabique y terminaba armónicamente. Le miré los labios, y el mentón delicado, donde de nuevo la vena azul atrajo mi atención. Me sobresalté cuando un bocinazo me alertó de que la luz había cambiado a verde.

Al llegar subí la camioneta a la vereda y me detuve frente al portón de hierro negro que ocultaba lo que se hallaba detrás. El guardia de la garita salió para verificar que se tratase de mí y

de que no hubiese problemas. Abrí con el control remoto e ingresé por el camino de adoquines que guiaba hasta la entrada.

Mi casa no es una casa; es una mansión. Blanca, en estilo francés, con columnas en el pórtico y techo de pizarra negra, resulta imponente. De pronto, con Cósima a mi lado, la vi con otros ojos y me pareció excesiva, una fanfarronería, y, en lugar de pavonearme por la riqueza que representaba, me avergoncé. El sentimiento, tan poco natural en mí, me desestabilizó, me enojó también.

—¿Qué pasa? —me sorprendió Cósima al preguntar y me miró directo a los ojos.

Le sostuve la mirada y, tras un instante en el que barajé la posibilidad de contestarle “nada” o de inventarle una excusa, me sinceré:

—De repente, al ver mi casa, sentí vergüenza con vos del exceso en el que vivo.

—¿Por qué?

“¿Por qué?”, pensé, y me quedé reflexionando, siempre con la vista fija en sus ojos oscuros, sin una gota de maquillaje, tan grandes y limpios —Porque no quiero que me desprecies.

—¿Por qué le das tanta importancia a lo que yo piense de vos, que cualquiera piense de vos? Lo hablamos la otra vez mientras cenamos sushi. —Asentí, nostálgico de esa noche mágica—. De nuevo hablando de tu ego, que necesita ser aceptado. Lo único que importa es lo que vos pensas de vos.

—Ya sabes qué pienso de mí.

Sonrió con una mueca entre dulce y pícara, una sonrisa que me cortó el aliento porque no me la esperaba; era hermosísima.

—Se que pensás que sos capaz de preparar la pasta de sardinas de mi abuela Cósima —dijo, y me hizo soltar una risotada—. Me pregunto si estarás a la altura del desafío.

Hugo salió de la casa y le delegué el volante para que estacionara la camioneta en el garaje subterráneo. Ayudé a bajar a Nachito mientras Cósima se ocupaba de Bernie. Mis tres hijas nos aguardaban en el pórtico. Sus expresiones entre curiosas y entusiastas me causaron una gran emoción. Me detuve en las escalinatas y aferré a Cósima por el brazo en el gesto de aproximarla.

—Chicas, ella es la licenciada Cósima Facchinetti. Cósima, ellas son mis hijas, Justa, la mayor, Ema y Montserrat.

Se saludaron con besos. Justa, en especial, lucía animada.

—Y este es Bernardo —dijo Cósima y señaló a su perro—. Lo llamamos Bernie.

El retriever captó la atención de Montserrat, que se agachó y lo acarició. Bernie respondió enseguida; ladró y sacudió la cola. Pepe, que aún llevaba el chaleco, no se inmutó. Temí que Nachito se alterase con los ladridos, pero se mantuvo quieto junto a mí.

—Tranquilo, Bernie —dijo Cósima y le palmeó la cabeza, y el perro se calló como por ensalmo—. Tus hijas, Ignacio, me parecieron hermosas cuando me mostraste sus fotos, pero en vivo son aún más.

Entramos. Una de las empleadas domésticas nos recibió los abrigos.

—Pa, ¿te acordaste de lo que te pedí?

—Ahí está todo —dije, mientras le extendía la bolsa.

—¡Gracias! —exclamó feliz, sorprendida.

¡Con qué poco se conformaba!, reflexioné y le acaricé la mejilla.

—Yo leí todos sus libros, licenciada —comentó Justa mientras nos dirigíamos al living—. Bah, me los devoré.

—Llámame Cósima, por favor. ¿Así que leíste todos mis libros?

—Sí. Papá los compró y me los fue pasando a medida que iba terminándolos.

La declaración de mi hija me mereció un vistazo entre asombrado y apreciativo, que acepté con una sonrisa ufana.

—Son excelentes —prosiguió Justa—. Y también fui a las conferencias que dio en mi facultad. La última, cuando expuso la nueva teoría sobre las causas del autismo, me dejó boquiabierta. Todavía la comentamos con mis compañeros.

—Tu papá me contó que estudias Psicología. ¿Dónde?

—En la Universidad del Salvador.

—Yo daba clases allí. Hace años —acotó—. Tuve que dejarlo cuando abrimos la Fundación Indiana. Voy seguido a dar conferencias.

—Sí —confirmó Justa—, y yo no me pierdo ninguna. No podía creer cuando papá nos contó que Nachito haría el tratamiento en su fundación. Ayer, cuando nos dijo que usted... que vos venías a almorzar, quise ir a casa a buscar tus libros, para que me los firmases —acotó—, pero papá dijo que te volvería a ver en la fiesta de su cumpleaños, que podía traerlos en ese momento. ¿Te molestaría firmármelos ese día?

—Claro que no —contestó con una sonrisa, que se desvaneció rápidamente cuando se volvió hacia mí para exigirme de qué iba todo eso.

Me encogí de hombros y puse cara de inocente.

—Mi cumple es el 15 de agosto, el sábado que viene —expliqué—. Se me ocurrió hacer una reunión aquí, en casa, o en la quinta, algo sencillo, con algunos amigos. Vos, Carlitos, Alberto, mis hijos...

Cósima me contemplaba sin decir palabra ni gesticular. Le indiqué que tomase asiento en un sillón y me ubicó a su lado. Mis hijas mayores se sentaron frente a nosotros.

—Estaría buenísimo, pa —salió en mi auxilio Ema—. Hace años que no festejamos tu cumple el mismo día de tu cumple.

—A Alberto lo conocemos —señaló Justa—. Es copado. Pero Carlitos, ¿quién es?

—Otro copado —respondí y me giré para mirar a Cósima, que tenía los ojos fijos en mí—. Es el mejor amigo de Cósima.

—Trabaja conmigo en la fundación. Es el que entrena a los perros como Pepe.

—¡Ese Carlitos! —intervino Ema—. Es recopado. Lo conocimos hace poco, un día que vino para la inserción de Pepe y nosotras estábamos aquí. Vos, pa, no estabas.

—Sí, pa, invítalo —me alentó Justa—. Me quedaría horas hablando con él. No sabés las cosas que nos contó acerca de los perros de servicio. Es fascinante.

Percibía que, gracias a mis hijas, Cósima se relajaba. ¿Aceptará festejar mi cumpleaños? Por cierto, algo que jamás había sucedido durante los cinco años de secundario. Una vez los habíamos invitado, a ella y a Carlitos, al de Vanesa Rocher, mi novia de aquel entonces, para tenderles una trampa. Me propuse no evocar ese día; terminaría por amargarme.

Montse y Nachito jugaban con Pepe y Bernie sobre la alfombra cerca de la imponente estufa a leña en mármol negro. Se respiraba una atmósfera tan agradable como inusual. Nunca, ni siquiera cuando vivía solo, antes de casarme con Vivian, había experimentado tanta paz en ese sitio,

—Apenas me reciba —prosiguió Justa— voy a empezar a estudiar el doctorado y mi tesis será sobre el autismo.

—Contá con mi ayuda —ofreció Cósima y la expresión de dicha de Justa alcanzó un paroxismo que me hizo carcajear por lo bajo,

—¿En serio?

—Claro. Se me ocurre que podrías colaborar en la fundación, así vas tomando contacto con la realidad del espectro autista,

—¿En serio? Me muero de la emoción —aseguró con una vehemencia impropia en ella, y dirigió la mirada hacia mí.

Nunca la había visto tan contenta; irradiaba dicha. Le guiñé un ojo.

—Si te parece —expresó Cósima, te dejo el teléfono de la gerente de Recursos Humanos para que arregles con ella las condiciones de trabajo, los horarios y esas cosas, de modo que no interfieran con la facultad. Yo le voy a advenir de tu llamada.

—¡Sí, por favor! Qué honor sería trabajar en la Fundación Indiana. ¿Vos también hiciste un doctorado en Psicología?

—Sí, y también mi tesis fue sobre el TMA.

Pero nunca antepones el doctora a tu nombre, sólo licenciada.

—No es importante —alegó Cósima.

—¿Dónde hiciste el doctorado? —quiso saber Justa con una locuacidad que me tenía estupefacto; cuando pasaba tiempo conmigo prácticamente no abría la boca.

—En la Universidad de Nueva York —respondió Cósima con la misma parsimonia que habría empleado para decir: “En la UBA”.

—¡Oh! —se asombró Justa—. Entonces tenes un Ph.D en Psicología.

—Sí —contestó y dirigió la atención hacia mi segunda hija—. Y vos, Ema, ¿a qué le dedicas?

—Estudio Arte Dramático en la UNA.

Esta vez la sorprendida fue Cósima y, mientras la empleada se ocupaba de servirnos jugos naturales y entremeses, todos preparados siguiendo la estricta dieta sin caseína ni gluten, la interrogaba acerca de su carrera con un interés notable. Por cierto, yo me había opuesto y aún me oponía a su elección. Me parecía de locos que estudiase para ser actriz. ¿Qué futuro tenía en Argentina? Sin mencionar el ambiente, al que juzgaba de terror. Bueno, me sinceré mientras observaba a Ema relatarle a Cósima acerca de las materias que cursaba ese año, el ambiente en el que yo me movía era una cloaca también, sólo que yo sabía cómo lidiar con los tiburones que me rodeaban.

—En la Fundación Indiana estamos desarrollando un programa en el que podrían sernos útiles tus conocimientos. Queremos usar el dramático como medio para ayudar a los autistas a expresarse. Es una práctica común en Estados Unidos.

La declaración de Cósima dio lugar a una conversación animada entre las tres. Me habría quedado horas contemplándolas y escuchándolas. Lo hacían con tanta pasión y bondad, con el sólo objetivo de ayudar y hacer felices a los niños como mi Nachito. Dirigí la vista hacia él y lo encontré sentado como los indios frente a su hermana Montserrat, intentaba enseñarle un juego con las manos mientras repetía una cantilena. Nachito mantenía la vista apartada, pero sostenía las manos en el aire, quietas y firmes, mientras su hermana se las golpeaba y cantaba. Atajé la risotada, al descubrir a Pepe y a Bernie que movían la cabeza al unísono, como en una coreografía, al tiempo que seguían los movimientos rápidos y diestros de Montse; resultaba obvio que había practicado el jueguito muchas veces. A punto de extraer el teléfono para filmar la escena me detuve al sentirlo vibrar. No necesitaba ver la pantalla para saber que se trataba de Vivian. No permitiría que me arruinase uno de los mejores momentos de los últimos años. Me puse de pie, sonriente, y pregunte:

—¿Quien quiere verme cocinar?

—¡Yo! —exclamó Montserrat y se puso de pie de un salto, lo que asustó a Nachito, que comenzó a batir las manos y a lloriquear—. Perdón, papi —se disculpó mi hija con una expresión tan abatida que me impulsó a abrazarla y besarla en la coronilla.

Pepe intervino y lo calmó, pero resultaba obvio que Nachito seguía tenso; revoleaba los ojos y apretaba la boca en un gesto muy usual en él. Cósima se aproximó, lo ayudó a ponerse de pie y preguntó dónde estaba el baño, pues antes de cocinar había que lavarse las manos, decretó. Los guié hasta el toilette de la recepción, que era amplio y cómodo, y me quedé observándolos mientras Cósima le enseñaba a higienizarse con un cantito que arrancaba risas a mi hijo. Era todo tan placentero que parecía irreal.

En la cocina mis hijas habían dispuesto los ingredientes para la pasta de sardinas.

—Papá, desmenuzar sardinas y mezclarlas con mayonesa no es cocinar —razonó Ema—, salvo que vos hayas horneado el pescado y preparado la mayonesa casera.

—Eso lo hizo Elba —me traicionó Montse.

—Para papá, que no sabe hacer ni una tostada —apuntó Justa— mezclar la sardina con la mayonesa es como hacer lomo a la pimienta.

—Papá sabe hacer asado —me defendió Montse.

—Papá nunca hizo asado —la contradujo Ema.

Mis hijas siguieron polemizando acerca de mi absoluta inutilidad para el arte culinario cuando Elba, la cocinera, desorientada y asustada a causa de mi presencia en su reino, me interrogó:

—Señor, ¿a que hora sirvo el almuerzo? Porque la licenciada Petrillo nos dijo que los horarios de Nachito tienen que ser muy estrictos.

—Terminamos de preparar la pasta y nos servís.

—¿Y qué quiere que haga con esa pasta?

—Rellenas los sándwiches de la merienda —expliqué.

Me puse manos a la obra. Mis hijas y Cósima se mofaban de mi impericia, torpeza y absoluta ignorancia. Nachito, a mi lado, se mantenía callado aunque interesado en la cuestión, lo cual me causaba tanta dicha como los ojos alegres de Cósima atentos a mí.

—¿Y la sal, Ignacio?

—¿Lleva sal?

—Papá —terció Justa—, todo lleva sal. Si no, sería desabrido.

—Y una pizca de paprika y un poco de jugo de limón harán la diferencia —agregó Cósima y me miró con una expresión divertida que me hizo sonreír—. Ese era el secreto de mi abuela que juré jamás revelar a nadie que no fuese un miembro de la familia. Acabo de romper una promesa milenaria.

“Me gustaría ser miembro de tu familia”, le habría dicho, pero me limité a seguir sonriendo como un idiota.

Montse, que se había evadido de la cocina sin que lo notase, volvió y me tocó el brazo. Me miró con gesto desolado al tiempo que me extendía su celular.

—Es mamá —anunció con acento apretado—. Quiere hablar con vos. —En un susurro me advirtió-: Yo no hice nada malo.

Insulté para mis adentros. Me limpie las manos en el repasador y acepté el teléfono. Lancé un vistazo contrito a Cósima.

—Vuelvo enseguida —le prometí, y ella asintió con gesto serio.

Alejado de los oídos de mis hijas y de la mujer que me traía como loco, inspiré profundo y respondí.

—¿Vivian?

—¿Qué mierda hace Górdima en mi casa?

Reconozco que me tomó por sorpresa. No obstante, me repuse enseguida.

—¿Qué querés, Vivian?

—Quiero saber qué hace esa mujer en mi casa.

Le habría explicado que no era su casa sino la mía; que no formaba parte de los bienes gananciales y que se olvidase de cualquier pretensión para reclamarla como parte del acuerdo de divorcio. Cansado, suspire y me aflojé.

—No tengo ganas de discutir.

—Me enteré gracias a Agustina Branco, que los vio muy juntitos en el supermercado y me lo confirmó Montserrat. ¡Agustina hasta una foto me mandó!

—“¡Qué al pedo está la gente!”, me dije.

—¿Vos sos boludo de pasearte con tu amante por el supermercado y con mi hijo? ¡No te das cuenta de que me humillas!

Alejé el teléfono del oído. Su voz de pito me crispaba como cuando la tiza chirriaba en el pizarrón.

—No es mi amante. Es una vieja amiga. Amiga de la infancia, mía y de mi hermana Nora. — El silencio del otro lado de la línea me dio la pauta de que la había descolocado—. Y fuimos compañeros de secundario. Eso es todo. Pero no somos amantes.

—Me importa una mierda si fueron amiguitos de la infancia y compañeritos de la escuela — contraatacó Vivian—. ¿Es por Górdima que me querés dejar? ¿Es por ella? ¡Por esa gorda! ¡Quiero que se vaya de mi casa ya!

—Vivian —dije e intenté con un tono razonable—, esta no es tu casa y vos lo sabes. Es mía. Puedo invitar a quien me plazca. Vos y yo ya hablamos de que nuestro matrimonio no da para más...

—¡Y yo te dije que me voy a llevar los chicos y que nunca los vas a volver a ver, si insistís con lo del divorcio!

—Tu viejo y tus hermanos jamás te van a apoyar en algo tan descabellado.

—No me desafíes, Ignacio. No sabes de lo que soy capaz. Te puedo aplastar si quiero.

Me dejó mudo, no tanto por la amenaza sino por la seguridad y la calma con que la expresó. Jamás la había participado en mis negocios ni revelado los secretos turbios; no podía imaginar a qué se refería, como no fuese algo relacionado con mis amantes.

—Bueno, creo que esta conversación está a punto de terminar. Voy acortar. Buenas...

—¡No cortes, hijo de puta! Hace tres días que estoy intentando hablar con vos.

—Podrías enviarme un mensaje.

—¡No quiero enviarte un mensaje! Quiero hablar con mi marido,

“Ex marido”, le habría aclarado, sólo que me di cuenta de que serviría para enfurecerla aún más, y lo cierto era que quería cortar y volver a la cocina para que el amor de Cósima me limpiase la rabia y me devolviste la armonía.

—¿Qué querés decirme?

—Muchas cosas, ninguna linda, pero eso puede esperar a cuando vuelva después de que mi madre se reponga. Por supuesto te importa un pito de ella y no me preguntas cómo está.

¿Cómo está? ¿Salió bien la operación?

—No seas hipócrita, Nacho, le importa bien poco si vive o muere.

—OK, lo que vos digas. Ahora me despido.

—¡Esperá, imbécil!, te llamo porque mañana tenes que ir al Saint Peter's —hablaba del colegio de nuestra hija—. Me llamó la directora el jueves por la tarde para avisarme que Montserrat agarró a trompadas a un compañero y le hizo sangrar la nariz. Están meditando aplicarle una sanción muy severa, tal vez la expulsión, así que más vale que vayas y te hagas cargo. O te ocupes de buscarle otra escuela.

Carraspeé, todavía asombrado.

—Ok, yo me ocupo. ¿A qué hora te citó la directora mañana?

—A las ocho.

—Ok.

Regresé a la cocina y advertí que Montserrat se colocaba junto a Cósima. Me pareció una estrategia inteligente si creía que la presencia de una visita me impediría abordar el asunto. Con otro invitado en la casa, tal vez; con Cósima, me lancé a preguntarle a quemarropa.

—¿Montserrat?

—¿Qué, papi? —contestó con voz temblorosa, lo que de inmediato atrajo la atención de Cósima.

—¿Qué es eso de que agarraste a piñas a un compañero en la escuela? Tengo que ir mañana a hablar con la directora porque están pensando en expulsarte.

Explotó en un llanto tan repentino que nos dejó boquiabiertos. Elba, a una señal mía, se llevó a Nachito fuera. Justa cerró la puerta. Nos quedamos los adultos observándola abrir grande la boca y soltar alaridos. Cósima reaccionó en primer lugar. La condujo por los hombros y la ayudó a sentarse en una silla. Le acunó las mejillas y le siseo para que se calmara.

—Respirá profundo —le indicó—. Así, muy bien. Inspira profundo y soltá el aire lentamente. —Se hizo de una servilleta de la mesa y le secó las lágrimas—. Ema, ¿servirías un vaso con agua a Montse, por favor? —Ema se lo alcanzó y Cósima la ayudó a beber—, ¿Te sentís mejor? —Montse negó con la cabeza y Cósima sonrió con ternura—.

—Nada de lo que haya pasado merece esta tristeza, ni este llanto, Montse. Todo, pero todo tiene solución.

—Pero yo no quiero que me echen de mi escuela —lloriqueó con voz ronca.

—¿Qué fue lo que pasó?, ¿en verdad golpeaste a ese chico?

—Sí —respondió con una convicción que se oponía a la congoja con que había llorado—. Y lo volvería a hacer, Cósima. Lo odio. Odio a Federico Carli, es un...

—Cuidado con el lenguaje —la detuve y me senté frente a ella.

Cósima se puso de pié para no interponerse y yo la tomé de la mano para impedir que se alejara. Fue un contacto brevísimo, enseguida la solté para no incomodarla, pero aunque breve, resultó devastador, al menos para mí. Arrastre una silla y le pedí con un asentimiento que se ubicase a mi lado.

—¿Por qué le pegaste a ese chico? —la interrogué.

—Porque es un imbécil.

—Pero algo debe haber hecho.

—Le hace bullying a mi mejor amiga. —Me miró con desafío y a mí la respuesta me cortó el aliento.

—A Luna o a Brisa? —se interesó Justa.

¿Las mejores amigas de Montserrat se llamaban Luna y Brisa? No tenía idea. Ni siquiera las conocía.

—A Luna —farfulló Montserrat.

—Luna es una divina —comentó Ema.

¿Las hijas de mi primer matrimonio sabían más de su medio hermana que yo?

—Sí, Luna es lo más —ratificó Montse.

—¿Por qué Federico le hace bullying? —se interesó Cósima.

“Yo te hice bullying a vos”, me habría gustado confesar. “Durante cinco años.”

—Porque Luna es un poco gordita. Le dice que es redonda como la luna y otras cosas. Luna se hace la que no lo escucha, pero después, cuando estamos solas, se larga a llorar.

Los hermosos ojos verdes de mi hija se tornaron brillantes a causa de las lágrimas y a mí se me formó un nudo en la garganta.

—¿Le dijeron a la señorita? —quiso saber Cósima y Montse asintió —Luna no quería —explicó—, pero yo fui y le dije —aseguró con una determinación en el gesto de la que me enorgullecí—. Pero la señorita no le dice nada a Federico porque es su favorito.

—¿Y cómo fue que lo trompeaste? —se interesó Ema.

—El jueves, cuando entramos en el aula después del recreo, Federico le había hecho dibujar en el pizarrón a Otálora... Es un genio dibujando —aclaró. Le había hecho dibujar una luna con cara de chanchito. Al lado, había escrito Luna Stadelmann. —Yo agarré el borrador y me subí en la silla de la maestra para borrarlo, pero Federico trató de quitármelo. Le salté encima, nos caímos al suelo y ahí empecé a darle trompadas.

Escuchábamos el relato de la dulce y bella Montserrat con una atención pasmada. Me la imaginaba en su rol de heroína justiciera y el pecho se me expandía de orgullo.

—Debiste dejar el dibujo en el pizarrón para que la maestra lo viese

Y retase a Federico —sugirió Justa—. No debiste pegarle.

—No, —intervine, y mi acento autoritario las hizo volverse hacia mí. Montse hizo muy bien. Algunos infradotados sólo entienden a los golpes. Yo sé de lo que hablo porque yo era como el tal Federico. Yo también hice bullying en el colegio.

Dirigí la mirada hacia Cósima, que me contemplaba con una fijeza difícil de interpretar.

—¿Vos hiciste bullying, pa? —El tono entre decepcionado y sorprendido de Montserrat me alcanzó como un golpe en el pecho.

—Sí hija —admití—. Y no sabés cuánto me arrepiento. Cuánto me avergüenzo —aclaré—. Ojalá pudiese volver el tiempo atrás y cambiar todo.

—¿Á quién le hacías bullying? —quiso saber Ema.

—A una compañera del secundario. A la persona más buena y dulce que he conocido.

—¿Y por qué le hacías bullying si era tan buena y dulce? —preguntó Montse, entre contrariada y confundida.

—Porque no cumplía con los cánones de belleza. Ella a mí me encantaba —declaré—, pero no la aceptaba como era y por eso la atacaba.

—¿Qué son los cánones de belleza? —se interesó Montse.

—Es el conjunto de características que la sociedad fija para definir cuándo una persona es linda —le respondió la hermana mayor—. En la época del Renacimiento, varios siglos atrás, la mujer más bien rolliza y carnosa era considerada hermosa.

—¡No! —se asombró Montserrat con una ingenuidad tan adorable que nos reímos todos, aun Cósima, que había permanecido callada—. ¿Es cierto?

—Sí-ratificó Justa—. Lo ves claramente en las pinturas de la época. En cambio, ahora, en la actualidad, cuanto más flaca... debería decir cuanto más esquelética es la mujer, más linda se la considera.

—¡Cómo me gustaría vivir en el Renacimiento! —se lamentó Montserrat, tras un momento de reflexión.

—Luna sería una diosa —expresó con aire melancólico, romántico, que volvió a arrancarnos risas.

¡Que orgulloso me sentí de mi Montse! Recién, en esa instancia, caía en la cuenta del corazón bueno y generoso que poseía mi hija, a quien prestaba tan poca atención, por el simple hecho de que no había sido el anhelado varón. Y. que valiente se había demostrado al defender a su amiga de Federico Carli.

—¿Quién dice cuáles son los cánones de belleza? —quiso saber mi hija menor, tras un momento de reflexión.

—En mi caso —expliqué— los recibí de mi madre, que es una mujer muy hermosa y que cuida mucho su físico y su aspecto.

—¡Papá, la abuela es un coco hueco! —me reprendió Ema.

—Sí, un coco hueco —intervino la futura psicóloga—, pero es su madre, Ema. Las madres son las que fijan un montón de patrones, por los que se guía un hombre el resto de su vida.

—¿Y vos —volvió a intervenir Montse— tenías miedo de que si la abuela te veía con esa compañera se enojase porque no era linda como la abuela decía que tenía que ser?

Me quedé mirándola a los ojos, tan grandes, puros y expectante; un impulso impropio en mí me llevó a sacarla de la silla, abrazarla y besarla. La senté sobre mis piernas.

—Así es, mi amor. De un modo inconsciente tenía miedo de que la abuela se enojase y la rechazara.

—Nunca me dijiste mi amor —señaló con inocencia.

—Pero lo sos. Ustedes, mis cuatro hijos, lo son —manifesté—. Sé que soy bastante malo para demostrarlo, pero ustedes son mis amores, los amores de mi vida.

—Creo, pa —apuntó Ema—, que hace poco te diste cuenta de que somos tus amores. Antes casi no nos registrabas.

—Puede ser —admití y extendí las manos hacia mis hijas mayores, que se aproximaron.

Permanecemos unidos en un abrazo. Yo apretaba los párpados y combatía las ganas de llorar. Cósima a nuestro lado, tan respetuosa y silenciosa, resultaba la presencia propiciatoria de ese momento mágico. En una ocasión José Vianes me dijo: “Con determinadas personas, Nacho, todo siempre sale mal”. Y es cierto. Hay gente tan negativa que, aunque no se lo proponga, arruina todo. Con Cósima es lo opuesto. Con ella todo siempre resulta perfecto, como si su energía pacificadora se expandiese desde su cuerpo y ocupara cada centímetro cúbico que la rodea. Y ese día yo era un afortunado por tenerla mi casa.

Elba irrumpió en la cocina con Nachito que se quejaba, y la magia se desvaneció.

—Disculpe, señor Ignacio, pero Nachito no da más de hambre

Me puse de pie. Carraspeé antes de indicarle que sirviese.

—Disculpen —dije a continuación y me evadí hacia el baño; necesitaba un momento a solas.

No me atreví a volver la vista hacia Cósima. La oía dirigirse a Nachito; intentaba distraerlo mientras Elba aprestaba el almuerzo. ¿Qué estaría pensando de mi confesión? ¿Me despreciaría aún más? Entré en el baño en suite y eché llave. Me miré al espejo.

¿Había cometido un error al lanzarle la verdad de ese modo? ¿Cómo lo tomaría? Me enjuagué la cara y salí. Ya se habían ubicado en la mesa de la terraza vidriada, la que daba al jardín con piscina. Se me había concedido el deseo y el día era espléndido. Nachito estaba sentado y tranquilo, con Pepe a sus pies; de otro modo habría sido difícil mantenerlo más de dos minutos a

la mesa. Mis hijas comentaban acerca de Federico Carli, de Luna y del bullying.

—Pa, ¿qué va a pasar mañana? ¿La directora me va a echar?

—Nadie te va a echar —afirmé—. Si tienen que expulsar a alguien es al tal Federico Carli, no a vos. Y voy a levantar una queja contra tu maestra por no haberte escuchado cuando le fuiste a contar acerca de lo que Federico le hacía a Luna.

—También la molesta en las redes —confesó Montserrat—. Le manda mensajes y fotos para burlarse.

—¡Pero no tiene nada que hacer ese pelotudo más que molestar a Luna! —se enojó Ema.

—Hija, por favor, cuidá el lenguaje frente a tus hermanos menores —la reprendí sin mucho énfasis.

—Discúlpame, pa, pero esto me puede.

—¿Siguen practicando hockey en el Saint Peter's? —se interesó Cósima.

—Sí —contestó Montserrat—. Pero yo soy muuuuy mala —aclaró y volvió a hacernos reír—. ¿Cómo sabés que jugamos al hockey en mi escuela?

—Porque yo iba al Saint Peter's y también era muy mala en hockey— admitió Cósima y soltó una risita divertida.

—¿Ibas al Saint Peter's? —repitió Ema.

—Al Saint Peter's, sí, con tu papá.

—¿Eras compañera de papá? —se admiró Justa y Cósima asintió— no tenía idea.

El ritmo cardíaco se me había acelerado. Embrollado como estaba no sabía si era conveniente profundizar en el tema. No lograba decidir si quería que mis hijas supiesen que Cósima había sido el objeto torturas.

—Carlitos también iba al Saint Peter's, éramos muy amigos de su tía Nora.

¡Tía Nora! exclamó Montserrat—. Papá puso su foto hace poco en el living.

—Tu tía Nora era un amor —afirmó Cósima, y a mí se me atenazó la garganta; bebí un largo trago de vino —La queríamos muchísimo y le pegamos nuestro fanatismo por Indiana Jones.

—¿Por eso le pusiste Indiana a tu fundación? —dedujo Justa.

—En realidad le puse Indiana en honor a mi primer golden retriever, a quien sí nombré Indiana por Indiana Jones.

¡Amo los golden retrievers! —expresó Montse y se agachó para acariciar la cabeza de Bernie, que estaba echado entre las sillas de ella y de Cósima.

—A mí Indiana me salvó la vida —declaró Cósima, y todos la miramos esperando una explicación—. Cuando tenía doce años mi papá nos abandonó, a mi mamá y a mí. Desapareció y nos dejó en la ruina, literalmente sin un centavo. Mi mamá cayó en una profunda depresión. Tiempo después, mi madrina me compró a Indiana. No sé qué habría hecho sin él.

—¿Y tu papá? —se interesó Ema—. ¿Volviste a saber de él?

—Sí, mucho tiempo después —respondió Cósima—. Se apareció un día en el consultorio. Lo reconocí de inmediato, pese a que habían pasado quince años.

—¿Lo perdonaste? —quiso saber Montserrat.

—No fue fácil, pero sí. Tenemos una relación bastante cercana.

—Yo no sé si lo habría perdonado —admitió Ema en su característico tono desafiante.

“Pero la querida tía Cósima, sí”, dije para mis adentros, esperanzado. Si había perdonado al padre, quizá podría perdonarme a mí también.

Durante el resto del almuerzo hablaron las mujeres. Nachito y yo nos limitamos a comer. Lo observaba y lo notaba tranquilo, a gusto; infundía paz. Me daba cuenta de que Cósima también lo

observaba, más bien lo evaluaba, y me preguntaba si advertiría los cambios que, para mí, eran evidentes. El sólo hecho que se mantuviese en la silla quieto y que comiese solo, constituía un milagro.

También observaba a mis tres hijas, las de mi primer matrimonio, tan maduras y sensatas, y mi pequeña Montserrat, tan buena, tan sabia y atenta a lo que se decía. Era curiosa, preguntaba todo. De repente me miró con ojos tristes.

—¿Qué, hija?

—Pa ¿y si mañana la directora te dice que me va a expulsar del Colegio?

—Ya te dije que eso no va a pasar.

—Pero ¿si ella te dice que sí, que me va a expulsar? —insistió, pesimista.

—Creo, Montse —intervino Cósima con acento divertido—, que si tu papa ha decidido que no serás expulsada del Saint Peter's, no vas a ser expulsada del Saint Peter's. Confía en él. Además, la justicia está de tu parte. Vos sos la heroína en todo esto. Vos sos la Indiana Jones de la historia. Tu papá cuenta con esa ventaja para defenderte.

—Nunca vi una película de Indiana Jones —admitió la menor de mis hijas.

—¿Nunca? —fingió extrañarse Cósima y su expresión me resultó adorable.

Siguieron conversando acerca del mítico personaje encarnado por Harrison Ford. Yo, por mi parte, me dedicaba a disfrutar de las palabras de Cósima. “Confía en él”, había dicho. ¿Me juzgaba digno de confianza? “¿Confías en mí, querida Cósima?”, me habría gustado preguntarle, aunque le habría temido a la respuesta.

Salimos al jardín tras el almuerzo y no recuerdo una tarde en la que me haya reído y divertido tanto por el simple hecho de jugar con una pelota de plástico que Pepe y Bernie nos querían quitar. Nachito disfrutó inmensamente; era una dicha verlo reírse y participar. Cósima lo estimulaba con lo que resultaban claras técnicas, pero a su vez lo hacía con una infinita paciencia y amor, por lo que la especialista desaparecía y ante mí había una madre. ¿Cómo podía ser que esa mujer no tuviese hijos? Otras, con el instinto de un cactus, tenían varios y esta, tan maternal por naturaleza, no tenía ninguno. Me acordé de nuestro primer encuentro, la vez en que me di un porrazo con la bici mientras me pavoneaba delante de ella, y Cósima me asistió como lo habría hecho un adulto, deteniendo la hemorragia nasal con un pañuelo y dándome indicaciones con dulzura. Yo me había sentido incómodo y avergonzado y la había atacado. ¡Qué basura había sido con ella!

A eso de las cinco llegó Mauricio, el novio de Justa, con quien me había cruzado en contadas ocasiones. Me tenía miedo y casi no me dirigía la palabra. También estudiaba Psicología en la Universidad del Salvador, por lo que se puso a charlar con Cósima de la cátedra en la cual se desempeñaba como ayudante.

Entramos cuando Elba nos convocó para merendar y pese a que el pan era de harina de alforfón, más conocido como trigo sarraceno, carente de gluten, los sándwiches rellenos con la pasta de la abuela de Cósima estaban deliciosos. Nachito comió dos. Cuando terminó el primero tocó el brazo de Cósima y dijo: “Otro”, claramente, sin quejarse o sacudir las manos. ¿Por qué se lo pidió a ella y no a sus hermanas o a mí, a quienes estaba más acostumbrado? Si hubiese estado Sara, la babysitter, también le habría pedido a Cósima? Me gustó pensar que sí.

Justa, Ema y Mauricio anunciaron su partida a eso de las seis y media.

—¿Querés que te llevemos a tu casa, Cósima? —ofreció Justa. Nosotros vamos para el lado de Palermo.

—A Cósima la llevo yo —declaré con una autoridad que provocó una mueca extrañada en mi

hija mayor.

—No te molestes, Ignacio —intervino Cósima—. Me tomo un taxi

—No —reiteré con seriedad—. Quiero hablar con vos.

Cósima asintió y se evadió hacia el baño.

—Papá —me encaró Ema cuando me acerqué para despedirme— ¿podrías ser un poco menos evidente? Estás casado con Vivian, por si no lo recordás.

—¿De qué estás hablando? —fingí no comprender.

—No te hagas. Estoy hablando de Cósima.

—Insisto, no sé de qué me hablás.

—Sabes de lo que te hablo. Sólo dejame que te diga que ella no es tu tipo.

—No voy a sostener esta conversación con mi hija.

—¿Y con quién la sostendrías? —me desafió—. ¿Con todos esos a los que llamas amigos y que sólo te buscan por la plata y el poder?

Me quedé mirándola sin disimular el asombro. ¿Quién era esa chica? ¿Cuándo había dejado de usar aparatos y de jugar a las muñecas para convertirse en la mujer que me increpaba como nadie se habría atrevido?

—Soy joven —reconoció—, pero no estoy ciega y es oooobvio que te gusta Cósima. Ojo, me gusta que te guste una mujer con algo más que siliconas en el cuerpo.

—¡Ema! —simulé ofenderme.

—En serio, pa, me gusta Cósima, pero...

—¿Pero qué? —la presioné al verla dudar.

—No creo que te dé pelota.

—¿Y por qué no? —la interpele abierta y descaradamente.

—Yo no te daría pelota. Me parecerías el tipo menos confiable ever— Se puso en puntas de pie y me besó la mejilla—. Chau, pa. Que tengas una buena semana.

Farfule un saludo y me quedé en el pórtico de la casa mientras la miraba maniobrar su Citroen C3 en dirección a la salida. Agitó la mano y me sonrió antes de desaparecer de mi vista como si no me hubiese clavado una estocada en el corazón.

Volví al interior de mi casa y encontré a mis hijos y a Cósima sentados a la mesa, en el comedor de diario. Montserrat le mostraba sus cuadernos y conversaban animadamente. Nachito, ubicado junto a Cósima, con Pepe y Bernie a sus pies, jugaba con los dedos de la mano izquierda de Cósima; más bien los estudiaba.

Me quedé observando el cuadro, tan ajeno e inusual, y lo deseé. Deseé que Cósima fuese parte de mi vida y de la de mis hijos. No tenía idea de cómo lo conseguiría, pero esa mujer se convertiría en mi Computer, en mi confidente, en mi amante, en mi vida, aunque para eso tuviese que morir a un pasado de mentiras, banalidad y excesos para renacer convertido en un hombre a su altura.

Y se volvió de pronto, como si hubiese intuido mi presencia, y me sonrió. La encontré hermosa y el deseo me turbó.

—Apenas llegue Sara, la babysitter, nos vamos.

—Está bien —contestó y se quedó mirándome; frunció el entrecejo— ¿Pasa algo?

“Sólo que mi luja Ema me hizo mierda al decirme que soy el hombre menos confiable de la historia y que vos nunca me vas a dar pelota.

—Nada —mentí—. Estoy un poco cansado.

—Vení, sentate —ofreció y señaló una silla vacía.

—Papi —se entusiasmó Montserrat, cuando me ubique a su lado, mira el dibujo que hice de...

Siguió hablándome y mostrándome, pero yo no le prestaba atención. Solo podía sentir la presencia de esa mujer estupenda frente a mí, criatura maravillosa a quien no merecía, de acuerdo, pero a quien tendría. Querer poseerla, a ella, tan sabia y dulce, ¿no hablaba de mi compromiso con un cambio profundo, más bien una metamorfosis? ¿Me creería Cósima cuando le prometiese que para ella sería el hombre que merecía, constante, confiable y honesto? De pronto me invadió una necesidad acuciante de contarle las bajezas de mi vida, de la pasada y de la presente. Todo, absolutamente todo. No quería ocultarle siquiera los chanchullos en mis negocios. Quería desnudarme, mostrarle mis miserias y ver qué pasaba. Prefería perderla a causa de un acto de sinceridad —algunos lo habrían juzgado de sincericidio —que retenerla a mi lado sin revelarme tal cual era.

Sara llegó y se hizo cargo de los chicos. Cósima se despidió de los dos con un largo y afectuoso abrazo. Montserrat le susurro algo y Cósima asintió, seria, y yo me quedé con las ganas de saber. La ayudé a ponerse la campera y me aproximé a su espalda todo lo que el decoro permitía. Se hizo del ramo de flores que Elba había sacado del jarrón y envuelto en papel de diario. Le abrí la puerta del acompañante y le ofrecí la mano para subir a la camioneta, lo que aceptó. El contacto fue breve, pero importante para mí. Tenía la mano tría y chiquita.

—No recuerdo haber pasado un domingo tan espectacular como este— expresé apenas transpusimos el portón de mi casa—. ¿Qué? —pregunté confundido ante su risotada, con tinte sarcástico.

—Sos tan exagerado —señaló.

—No exagero, Cósima —simulé ofenderme—. Para vos —dije con acento un poco acusatorio — este domingo habrá sido como muchos pero para mí fue especial. El mejor.

—No fue como muchos —susurró con actitud tímida y los fijos en las gerberas—. Fue hermoso y especial para mí también.

Viví sus palabras con euforia.

—Gracias por haberle ofrecido a Justa y a Ema participar en tu fundación —dije rápido, para evitar que se cortase la buena onda.

—Tus hijas son dos personas estupendas.

—Nada que ver conmigo, ¿eh? —señalé y la miré, risueño.

—Son más espirituales —apuntó sin seguirme el chiste.

—Su madre, mi ex, es muy espiritual. Hace reiki y practica yoga, ayurveda y esas cosas.

—¿En serio?

—No era así cuando nos casamos —admití—. Cuando nos casamos era como yo.

—¿Como vos? ¿En qué sentido?

—Sabes bien en qué sentido, Cósima. Una hueca y una frívola.

—¿Qué la hizo cambiar?

—Nuestro divorcio, supongo. No hay mal que por bien no venga, dice el refrán. ¿Qué te susurró Montse recién, en la puerta? —pregunte sin pausa; no quería hablar de la depresión de mi ex, tras el divorcio ocasionado al pescarme cogiendo en mi oficina con una de sus amigas.

—Me pidió que te pidiera si la puedo llevar al Hípico un día de estos, para ver los caballos de Lucho.

—Claro que podes llevarla. Es más, me uno al programa.

—Me parece muy bien —accedió y volvió a guardar silencio.

—Si me permitieses terminar las caballerizas y la escuela no necesitarían ir al Club Hípico —

la presioné.

La oí suspirar. Me distraje un instante para mirarla. Ella me observaba a mí fijamente.

—¿Qué? —la insté.

—No sé como decirte que... Bueno, que... hemos decidido no aceptar tu oferta.

—¿En serio? Es por Lucho, ¿no? ¿Es él el que no quiere?

Se quedó mirándome, los ojos muy grandes, y me di cuenta de que me contemplaba con miedo.

—Decime lo que sea —la animé en voz baja y amigable—. No me voy ofender.

—Tu empresa trabaja mayormente con obras públicas y... bueno, este gobierno no es justamente lo que se dice un dechado de virtudes. La palabra corrupción está a la orden del día y...

—Y ustedes no quieren meterse con alguien que podría manchar su reputación.

Siguió mirándome con fijeza, con culpa, y asintió tras un par de segundos.

“Me cree un corrupto de mierda”, me desmoralicé. “¡Qué bien empezamos!” La profecía de Ema se cumplía antes de lo previsto.

—¿De que querías hablar conmigo? —me preguntó, tras unos minutos en los que el silencio en el habitáculo se había tornado denso. Como la miré, confundido, aclaró-: Dijiste que me llevarías a casa porque querías hablar conmigo.

—Es un tema importante. ¿Me invitas a tomar un café a tu departamento?

La descoloqué con la pregunta; no se la esperaba. Tal vez había pensado que le hablaría durante el viaje, ahí mismo, en el auto. Pero yo quería tenerla para mí el mayor tiempo posible; además quería conocer su casa.

—Sí, claro —aceptó, disimulando la incomodidad, y yo canté victoria.

Capítulo VI

PALILLOS CHINOS

Cósima

Ese domingo había cometido varios errores, aunque todos nacían de un pecado original: Haber aceptado transcurrir el día con Lanz y sus cuatro maravillosos hijos, Hacía mucho que no lo pasaba tan bien. En esas horas había vivido de todo, momentos de emoción, de tristeza, de alegría, de rabia. Estar junto a Lanz era como subirse a una montaña rusa que nunca se detenía. La instancia más fuerte, la que me había hecho temblar, literalmente temblar, había sido al oírlo confesar que le encantaba la chica a quien había hecho bullying. “Ay, Carlitos”, me dije. “Tu teoría, que siempre desestimé, se demuestra cierta”, aunque en el fondo seguía sin creérmela.

Camino a casa me dolió tener que explicarle por qué no aceptaríamos su oferta de donación para terminar las caballerizas y la escuela. El contador Huergo nos había informado que Lanz Reuter Construcciones era una empresa sana y que no tenía causas penales ni laborales, pero que *pour la galerie* se aseguraba que estaban metidos en negocios turbios con el gobierno.

—¿A que se refiere con negocios turbios? —lo había interrogado

Carlitos.

—¡Negocios turbios, Carlos! —se exasperó Lucho—. Corrupción, cometas, licuaciones truchas, lavado de dinero... todo el abanico de delitos que te puedas imaginar.

—De lavado de dinero no se dice nada —apuntó Huergo, siempre minucioso y correcto—, pero sí se murmura que su empresa se ve frecuentemente favorecida en las obras públicas, no sólo las del Estado nacional, sino las del gobierno de la Ciudad —acotó.

—Nosotros no nos vamos a meter con delincuentes —sentencio Lucho y me miró con rabia en los ojos.

Asentí porque, muy a mi pesar, sabía que Lanz, con tal de hacer dinero, habría sido capaz de venderle el alma al diablo. Y, en ese momento, ocupando el sitio de su esposa en la camioneta de lujo, me asusté de mí misma, pues me encantaba su compañía, aun con la sospecha que pesaba sobre sus negocios y su moral. Me partió el corazón verlo decir “¿En serio?” cuando le anuncié que habíamos decidido no aceptar la donación. Me miró con un gesto de genuina inocencia y dolor.

Lo vi apenas doblamos la esquina, A Lucho. Estaba en la puerta de ingreso a mi edificio, los brazos cruzados sobre el pecho y un gesto de enfado evidente.

—Santo cielo —susurré,

—¿Qué? ¿Qué pasa? —se preocupó Lanz.

Ahí está Lucho, esperándome. Por favor, dejame acá. No quiero que te vea.

Estacionó la camioneta con unos volantazos precisos y enojados, Se volvió para interrogarme con una prepotencia que tendría que haberme fastidiado, sólo que no lo hizo; al contrario, me

halagó.

—¿Vos y él son pareja? Y no me digas que no es de...

—No, Ignacio, no somos pareja.

—Pero él sí quiere que lo sean —manifestó de mal modo.

—Ese no es asunto tuyo. Por favor, despedámonos aquí.

—Pero me invitaste a tomar un café a tu departamento.

Me habría gustado aclararle que se había invitado solo, pero como me sentía incómoda por su manifiesto interés en mí, me costaba ponerlo en su sitio y actuar con sensatez.

—Te prometo que no va a pasar nada con Lucho. Yo le estoy muy agradecido por lo que está haciendo por mi hijo. Voy a evitar cualquier discusión, te lo prometo —insistió—. Es más, me gustaría aprovechar esta oportunidad para pedirle perdón...

—No creo que sea una buena idea mencionar el pasado —lo interrumpí.

—OK —respondió solícito—, nada de hablar del pasado, bajemos, por favor.

“No le permitas bajar, Cósima”, me exigí, pero las ganas de seguir con él me quebraron la voluntad.

Bajamos y sacamos a Bernie de la parte trasera. Los ojos de Lucho se dispararon en nuestra dirección apenas oyó el golpe de las puertas que se cerraban. Mi cuadra estaba silenciosa y vacía en ese atardecer frío de domingo. Despegó el trasero de la puerta de mi edificio y dejó caer los brazos a los costados del cuerpo. Nuestras miradas se anclaron la una en la del otro. Le sonreí con labios inseguros mientras nos aproximábamos; él me devolvía una expresión de piedra. De pronto me dio bronca su actitud. ¿Qué hacía allí? ¿Me controlaba como si fuese su mujer?

—Hola, Lucho —lo saludé con simulada frescura.

—Hola, Lu... —trató de saludarlo Lanz.

—Entonces es cierto. Nos abandonaste hoy, a nosotros, tu familia, para pasar el domingo con este... psicópata.

—¡Eh, Lucho! —intervino Lanz y dio un paso hacia delante.

—Para vos soy el doctor Rigatoni y te voy a pedir que no te metas. Es más, te voy a pedir que te vayas. Cósima y yo tenemos que hablar.

—Lucho —intercedí y me posicioné delante de Lanz y frente a mi amigo en un intento vano por formar un muro, una barrera, sólo que con mi metro sesenta y cinco poco podía pretender—. Ignacio y yo...

—¡Ah, bueno, ahora es Ignacio! ¿Qué te pasa, Cósima? —inquirió con un cambio repentino en el gesto y en el timbre de la voz, como si por un instante me permitiese ver el dolor que estaba experimentando.

—Lucho, por favor —dije, mortificada.

—¿Te olvidas de toda la mierda que este hijo de puta te hizo tragar durante cinco años?

—Esa es una cuestión que Cósima y...

—¡Te dije que te fueras!

—¡Baja la voz! —supliqué entre dientes y acaricié a Bernie, que había comenzado a ladrar.

—Cósima —retomó Lucho—, ¿vos te olvidás de que si yo no te lo sacaba de encima la noche de la fiesta de egresados este psicópata te hubiese violado?

Proferí un quejido, como si en lugar de soltarme esa verdad, Lucho me hubiese propinado una trompada en el estómago. Di un paso hacia atrás, espantada por la maldad que descubrí en los ojos del que consideraba un hermano. Mi espalda chocó con el pecho de Lanz y enseguida sus manos me aferraron los brazos en actitud protectora.

—¡No la toques! —se enfureció Lucho y, en un acto inesperado, le arrojó un trompazo.

Lanz, sorprendido por el ataque, cayó hacia el costado, arrastrándome con él. Terminé en el suelo de granito, lo mismo que el ramo de gerberas. Bernie ladraba como loco y se me echaba encima para protegerme. Cuando Lanz se volvió hacia mí para ayudarme a ponerme de pie, proferí un alarido de terror: tenía la cara cubierta de sangre. Rápidamente deduje que había golpeado la frente con el filo del herraje de bronce de la puerta principal, donde había quedado un rastro rojizo. —¡Lucho, qué hiciste!

—No es nada, no es nada —repetía Lanz y se quitaba la sangre de los ojos.

—Ayúdalo a sentarse en el suelo, así puedo estudiar la herida y mantené a Bernie lejos de mí.

Lucho cumplió mi orden sin pronunciar sonido. Lanz pegó la espalda contra la puerta de ingreso y, a una indicación mía, echó la cabeza hacia atrás. Yo ya había sacado de mi cartera la bolsita con pañuelos de papel tisú y le absorbía la sangre y le despejaba la vista. Sus ojos me seguían sin temor, más bien divertidos.

—Veo que estoy más preocupada que vos.

—Habiendo jugado al rugby toda mi vida esto es algo común para mí. Además, estoy acordándome de la primera vez que hablamos, ¿te ¿acordas? Cuando me caí de la bici y me limpiaste la sangre de la nariz.

Asentí, incapaz de responder, turbada y emocionada por que aún recordase aquel día. Le estudié el corte, del cual seguía manando sangre. Era como una boca abierta en el medio de la frente; le calcule unos cinco centímetros de largo.

—Creo que necesitará sutura.

—A ver —intervino Lucho y en el acento medido le noté la preocupación y el miedo. Me pasó la correa de Bernie antes de estudiar la herida con actitud profesional—. Sí —ratificó—, necesitará sutura. Te pido disculpas, Lanz.

—Me lo merecía, Lucho. Desde la fiesta de egresados que me lo merecía. Desde antes, en realidad. No te preocupes. Llévenme al Mater Dei y listo. Aquí no pasó nada.

Lo ubicamos en el asiento trasero del auto de Lucho. Le indiqué que echase la cabeza hacia atrás. Me senté a su lado y durante el corto viaje le hice presión sobre la herida con un pañuelo. Lucho lo ayudó a bajar cuando llegamos al sanatorio.

—Voy a estacionar —anunció—. Los veo dentro.

—Dejó las ventanillas apenas bajas para Bernie —le pedí.

Lanz me pasó el brazo por los hombros para que lo guiase por la rampa del ingreso. Avanzaba con pasos cortos e inseguros, la cabeza hacia atrás. Me daba cuenta de que se sentía débil y mareado.

—¿Estás bien? —quise saber, preocupada.

—Mejor que nunca —me contestó con acento risueño.

—Que gracioso —repliqué, simulando fastidio,

Lanz me indicó que extrajera su billetera del bolsillo de la bonita campera verde, arruinada por la sangre. Me sorprendió ver que sólo tenía una fotografía: la de su hermana Nora. Busqué la tarjeta de la obra social. Como era de esperar, tenía el plan más caro de la mejor del país.

La empleada administrativa cambió la actitud tras darle un vistazo al carnet.

—Enseguida lo atenderemos, señor Lanz Reuter.

Pronunció mal el apellido, pero Lanz no la corrigió. Otra empleada nos guió a una sala de espera más pequeña y recoleta, completamente vacía y con un mobiliario de lujo. Había una máquina Nespresso y cápsulas de varios colores,

—Aquí hay una Nespresso. ¿Querés un café? —le ofrecí—. Te vendría bien un poco de cafeína para sentirte más fuerte.

—Dale, me encantaría.

No sabía qué cápsula elegir. No quería perder tiempo por lo que me decidí por una de color verde inglés que se llamaba Capriccio,

—¿Azúcar? —ofrecí.

—No, negro, sin nada.

Me senté a su lado y lo ayudé a beberlo de modo que no bajase mucho la cabeza. La hemorragia se había detenido, pero la herida seguía, abierta y podía recomenzar.

—Está bueno —dijo, y me dio ternura su esfuerzo por mostrarse tranquilo. —¿Qué cápsula es?

—Una verde. Se llama Capriccio.

—No la conozco. ¿La elegiste porque te gusta a vos?

—No. La elegí porque la palabra capriccio me hizo acordar de vos cuando eras chico.

Soltó una carcajada que enseguida lo obligó a hacer un ceño de dolor.

—Perdón —susurré y por las dudas volví a colocar otro pañuelito y a comprimir el corte.

—¿Por qué me pedís perdón? Hacía mucho que no me sentía tan bien.

—Claramente el golpe te afectó el raciocinio —expresé en un intento por bromear y evitar caer en la trampa de sus halagos—. Voy a pedir que te hagan una tomografía.

—Hoy fue el mejor día del que tengo memoria, Cósima.

—Pues está terminando muy mal.

—No, está terminando muy bien porque estás aquí conmigo, ocupándote de mí.

—¿Cómo no me ocuparía, Ignacio? Lucho te hizo esto por mi culpa-

—Me lo hizo por mi culpa, quiero que quede bien claro. Y quiero que quede claro que me lo merezco. —Giró la cabeza sobre el respaldo del sillón y me buscó con una mirada que juzgué franca—. Merezco mucho, pero mucho más que este simple corte por haberte hecho sufrir como lo hice. Estoy tan arrepentido —agregó y se le quebró la voz.

A mí se me estranguló la garganta. La imagen de Lanz se enturbió a causa de las lágrimas. Arrastró la mano en el sillón; buscaba la mía. Al encontrarla me obligó a entrelazar los dedos con los suyos en un acto íntimo y aunque me insté a apartarla, fui incapaz, el contacto me causaba un escozor tan placentero como desconocido y me mantenía atada “Es un hombre casado”, me recliné, y ni siquiera eso me hizo retroceder. ¡Que fácil es caer en la tentación y mandar los valores y la moral a paseo!

Sonó mi celular en el instante en que Lucho ingresaba en la salita vip a paso presuroso. Solté la mano de Lanz y me alejé para atender. Era Carlitos.

—Naty acaba de confesarme que Lucho se enteró que no viniste hoy a navegar para pasar el día con Lanz.

—No te preocupes. Ya lo sé.

—¿Estas ahora con Lucho?

—Con él y con Lanz en la guardia del Mater Dei.

—¡Qué!

—Lucho le dio un trompazo a Lanz. Lanz se cayó sobre el filo del herraje de la puerta de mi edificio y se abrió la frente. Así que —añadí con un suspiro— aquí estamos, esperando que lo suturen.

—¡Voy para allá!

—No, quédate tranquilo. Todo está bajo control.

—Voy para allá —expresó con determinación.

—No encontraba estacionamiento —se justificó Lucho—. ¿Todavía no lo atienden?

No tuvimos tiempo de responder. Entró un médico, que se aproximó al sillón que ocupaba el herido.

—Señor Lanz Reuter, soy el doctor González. Venga. Voy a revisarlo en mi consultorio.

Lo ayudaron a ponerse de pie entre el médico y Lucho. Antes de abandonar la sala, se dio vuelta y me miró.

—Te encuentro aquí cuando termine con esto, ¿no?

Asentí con un movimiento rápido y nervioso. Lucho, a un lado, irradiaba una energía que me desestabilizaba. Lanz desapareció tras el umbral y me eché en el sillón soltando un suspiro. Lucho se ubicó junto a mí. Lo noté pálido y con la expresión crispada.

—Te preparo un café —ofrecí e hice el intento de ponerme en pie. —No, deja. —Me detuvo tomándome de la mano.

Nos miramos con la confianza infinita nacida durante esos treinta años de amistad. No quería perderlo, no quería perder ese vínculo perfecto de hermanos que teníamos, pero estaba haciendo las cosas difíciles.

—Perdón —farfullo. Me comporté como un cavernícola.

—Sí, la verdad es que sí. Gracias por darte cuenta.

—No soporto que le des bola, Cosi —admitió.

—Es una decisión mía, Lucho, y tenes que respetarla.

—Lo sé, lo sé, pero... Es muy difícil sabiendo lo hijo de puta que es.

—Las personas cambian —expresé con poca determinación,

—Los tipos de su calaña no, Cósima. Ellos son siempre así, cagadores natos.

—Me voy a preparar un café —dije y abandoné el sillón.

Lucho me acompañó hasta la máquina y me observó hacer en silencio

—¿Por qué le das bola después de todo lo que te hizo sufrir? —preguntó tras los minutos que me llevó beber el capuccino—, Y no me digas que han pasado tres décadas desde aquello porque algunas cosas no se olvidan. ¿Por qué, entonces? —insistió.

—No lo sé, Lucho.

—Te gusta —me presionó—. Te hace sentir cosas.

—Sí, me hace sentir cosas —admití y le dirigí una mirada desafiante—. Hacía años que un hombre no me hacía sentir tan bien. Me siento viva con él —me atreví a agregar, y me lo decía más a mí misma que al pobre Lucho, cuyo gesto se iba descomponiendo ante mis ojos.

Carlitos entró en ese momento en la salita vip. Se precipitó sobre nosotros con cara de preocupación.

—¿Cómo está Lanz? —preguntó sin saludar.

—Yerba mala nunca muere —manifestó Lucho.

—¡Lucho, por favor! —me exasperé.

—Sí, macho —terció Carlitos—, bajale un cambio al asunto. Te estás pasando.

—Y vos —lo increpó Lucho—, ¿por qué no me dijiste que Cósima no iba a navegar porque quería verse con Lanz?

—Para evitar justamente lo que estamos viviendo ahora.

—Me gustaría que dejásemos algo en claro, Lucho, para que nuestra amistad siga intacta después de este penoso incidente. ¿Puedo hablar? —pregunte al notar que iba a interrumpirme.

Asintió con cara enojada—. No me gusta la navegación a vela. Me aburre, no le encuentro el sentido. Eso por un lado. Por el otro, lo que hago con mi tiempo libre, con quién lo comparto y cómo, es asunto mío. Soy una mujer adulta y responsable. Quiero que confíes en mí como yo confío en tus decisiones y siempre te apoyo. ¿Tenemos un acuerdo, sí o no?

—Todo este discurso —se encaprichó Lucho— es para decirme que vas a seguir viendo a Lanz y que probablemente inicies una relación con él.

Ahugué un gemido de impotencia.

—No, Lucho. Todo este discurso es para fijar unos límites que creí dados entre nosotros, pero veo que no lo están. Te quiero como a un hermano y lo sabes. Vos, Carlitos y Naty son mis mejores amigos. Sin ustedes jamás, jamás —recalque—, habría superado la muerte de Horario ni la de nuestro hijo. Pero tengo derecho a vivir a mi modo, a realizar mis propias elecciones, a equivocarme, si es necesario. Sólo espero que vos, Carlitos y Naty sigan estando siempre para mí, como yo lo estaré para ustedes.

Chasqueó la lengua y me abrazó.

—Siempre voy a estar para vos —susurró—. Siempre, aunque sigas con Lanz.

—No seas tonto, Lucho. No estoy con Lanz. Es un hombre casado. Solamente fui a pasar el domingo con él y sus hijos, eso es todo.

—Se muere por vos, Cósima. Y a él lo de estar casado le importa muy poco. Ya hablamos de esto.

—Está muy agradecido por los avances de Nachito, eso es todo —me empeciné.

—Te quiere para él —recalcó, y a mí me corrió un escozor de ansiedad y alegría que se convirtió en una pelota de angustia cuando lo escuché agregar-: Sólo temo que, una vez que te tenga, se aburra y te deje tirada, como debe hacer con todas.

Era lo más probable, me convencí, y enseguida desestimé que Lanz quisiese tener una relación amorosa conmigo. Una amistad, sí; un romance, no. Porque sinceramente, ¿para qué me habría querido a mí si tenía a disposición mujeres hermosas con cuerpos esculturales?

“¿Y por qué le hacías bullying si era tan buena y dulce?”, recordé que Montse le había preguntado, incrédula. “Porque no cumplía con los cánones de belleza”, había confesado Lanz antes de agregar: Ella a mí me encantaba, pero no la aceptaba como era, y por eso la atacaba. A la luz de sus declaraciones, ¿podía deducir que sí, que le gustaba como mujer? Quizá mostrarse galante y simpático era una forma de limpiar su conciencia por el daño que nos había infligido a Carlitos y a mí. Tal vez sólo buscaba amigos verdaderos y confiables. Inspiré profundo para acallar mi mente, que no cesaba de disparar conjeturas que nada resolvían y que solo me quitaban la paz. Bajé los párpados e inspiré profundo para regular el ritmo cardíaco. Carlitos y Lucho respetaron mi silencio y no volvieron a hablar.

Abrí apenas los ojos un rato más tarde, no sé cuánto tiempo había transcurrido, y lo hice al sonido de la voz de Lanz. Me creían dormida. Lo escuché saludar con afecto a Carlitos y a este responderle con mesura, pero de buen modo. Me incorporé en el sillón y Lanz enseguida dirigió su mirada hacia mí y me destinó una sonrisa.

—¿Todo bien? dije mientras le estudiaba la venda blanca en medio de la frente.

—Sí, todo bien. Tengo que ir a una farmacia a comprar unos calmantes y a ponerme la antitetánica.

—Vamos —dijo Carlitos—, te acompañamos. Aquí fuera vi una. Caminamos hacia la salida. Superados la urgencia y los nervios, el medio ambiente se había enrarecido. Nos sentíamos incómodos, al menos eso experimentábamos mis amigos y yo. En cuanto a Lanz, no estaba

segura; era como si una sonrisa amenazase con despuntar a cada momento. Avanzaba a mi lado mientras descendíamos por una rampa hacia la vereda y cuando nuestras manos se rozaron sin querer —al menos de mi parte, sin querer— él sujetó la mía brevemente y la apretó. Nos miramos, también brevemente, antes de ingresar en la farmacia. Comprendí a medias qué le decía a la empleada, algo sobre la antitetánica; lo vi desaparecer tras una mampara. Me dejé caer en una silla. El corazón me pulsaba, alocado. Lucho y Carlitos se detuvieron frente a mí y me taladraron con las miradas. No tenía ganas de hablar. Un agotamiento infinito me impedía siquiera mover los labios. Me hice la tonta y fingí concentrarme en un bebé con la mano vendada. Me vino a la mente, como sucedía a menudo, mi bebé, el que yacía junto a su padre en el cementerio de la Chacarita. Me puse de pie abruptamente y salí al frío húmedo de la noche. No quería que me viesan mal. Lucho vino tras de mí y yo deseé que se hubiese quedado dentro, que me brindase espacio para respirar. Carlitos no se movió; me conocía; se limitó a seguirme con la mirada.

Vi reaparecer a Lanz tras haberse colocado la antitetánica y buscarme con ojos cargados de ansiedad. Le leí los labios mientras le preguntaba a Carlitos por mí. Mi amigo alzó la mano y me señaló a través del vidrio de la farmacia. Nuestras miradas se encontraron. Me embargó una sensación de fatalidad, como si unas fuerzas ingobernables me arrastrasen hacia un abismo en el cual no me habría importado caer. Porque Lanz Reuter era un abismo, lo sabía, y no me importaba.

—Vamos, Cósima —oí decir a Lucho—, te llevo a tu casa.

—¿Cómo? ¿Sin despedirnos? —contesté un poco enojada—. Voy a ofrecer pagar la cuenta de la farmacia. Al menos haré eso, Lucho.

—Sí, sí —farfulló, arrepentido—, tenes razón.

Entramos justo en el momento en que la empleada estiraba la mano con una bolsita y declaraba: “Son doscientos trece con noventa”. Lanz no se volvió sino que se mantuvo con la mirada fija en mí. Había exigencia en sus ojos, pero también me conmovieron porque los noté cansados, con marañas de venitas rojas.

—Yo me ocupo —dije y estiré la mano hacia la empleada para ofrecerle mi tarjeta de crédito

—No —intervino Lucho. Pago yo.

—¿Qué? —se sorprendió Lanz. Pago yo.

—Por favor, Ignacio —dijo Lucho. Al menos dejame pagar los medicamentos.

—No, Lucho —expresó con una firmeza y un comando que no dieron lugar a discusiones.

Pagó con tarjeta negra de American Express, una de las tarjetas que tenía en la billetera, lo cual evidenciaba su riqueza.

Sí, Lanz Reuter era super rico, salía en las tapas de las revistas más chic y andaba con mujeres que robaban el aliento. A que estaba jugando? ¿Para qué someter mi pobre y maltrecho ego a una fuerza tan radiactiva?

—Te llevo a tu casa —insistió Lucho con una persistencia que me fastidiaba

—A Ignacio también —intercedí. Dejé la camioneta estacionada en mi cuadra.

—Yo los llevo —se dirigió Carlitos a Lucho y le palmeó el hombro— Vos tenés cara de cansado. Anda a tu casa, date un baño y tirate a dormir

—Sí —intervine—, Carlitos nos lleva. Vos despreocúpate. Te acompaño hasta el auto. Tengo que recuperar al pobre Bernie.

Lucho asintió, vencido. Estiró la mano hacia Lanz, que se la devolvió

Con un apretón fuerte.

—Vuelvo a pedirte disculpas por...

—Olvidate —insistió Lanz y le dio un apretón en el brazo derecho con la mano izquierda—. Ya te dije que me lo merecía. Desde la fiesta de egresados que me lo merecía —remarcó—. Aprovecho este momento, para agradecerles a los tres por lo que están haciendo por mi hijo. Vos, Lucho, con la equinoterapia; vos, Carlitos, con Pepe, y Cósima... bueno, ella es la artífice de todo.

—Lo es —ratificó Lucho—. Es la mejor persona que conozco y se merece lo mejor —declaró de modo intencionado.

—Lo sé —contestó Lanz.

Caminamos en silencio los pocos metros. Bernie comenzó a ladrar. Me había olfateado y me reclamaba el abandono. Se me arrojó encima Lucho abrió la puerta. Lo acaricié y le destiné palabras de encomio y cariño para tranquilizarlo. Alcé la vista. Lucho me contemplaba con expresión afligida.

—No digas nada —le pedí—. Mañana hablamos.

—No quiero que te lastime. Hoy me porté como un cavernícola, lo sé, pero sigo pensando que es un hijo de puta.

—Nadie va a lastimarme, Lucho. No soy de cristal. —Lo besé en la mejilla. Buenas noches —me despedí.

—Vamos —propuso Carlitos—. Dejé el auto mal estacionado y no quiero que me hagan la boleta.

Nos pusimos en marcha hacia la avenida Figueroa Alcorta. Caí en la cuenta de que estábamos a pocas cuadras de lo de Lanz.

—Te llevamos a tu casa y mañana —propuse— vas a buscar la camioneta. Si nos das la llave, le pido a Carlitos que la guarde en mi cochera.

—No, no —dijo entre asombrado y ofendido—, tengo que hablar con vos, ¿te acordás? Es un tema importante. A menos que sea muy tarde —se apresuró a agregar y yo me limite a negar con la cabeza—. Carlitos, por favor, llévanos a lo de Cósima.

—Pero no sé si es buena idea que te vuelvas manejando solo —me atreví a cuestionar—. Acaban de darte puntos, te anestesiaron, tomaste un calmante...

—Lo llamo a Hugo, mi chofer —resolvió—. Él me buscará más tarde, cuando hayamos terminado de conversar. Vos no te preocupes.

En el camino de regreso, él sentado delante, yo atrás con Bernie interrogué acerca de la pequeña intervención: si le había dolido la sutura, si le habían sacado radiografías, si le habían prescripto algo especial y, de ese modo, volvimos conversando más distendidos, ya sin la presión

de Lucho. Notaba la voz de Lanz animada y me pregunté cómo se sostenía en pie. Era un hombre fuerte, conjeturé, acostumbrado a los rigurosos entrenamientos de rugby. Debía estar en buen estado físico. “Salta a la vista”, me dije con una nota entre sarcástica y resignada. Admití que me asustaba su belleza, la perfección de su cuerpo y la de su rostro, por lo que años y años de terapia, lecturas y espiritualismo se fueron por el sumidero.

¿Era sensato aceptar tener esa conversación sintiéndome con la guardia baja y la autoestima por el suelo? No, definitivamente no lo era y sin embargo sabía que, llegados a casa, no le diría nada y le permitiría subir para escuchar eso tan importante que tenía para decirme. ¿De qué se trataría? ¿Algo referido a su hijo?

Nos despedimos de Carlitos en la vereda. Me puse nerviosa al quedarme sola con Lanz. Subimos al espacio reducido del ascensor. Lo noté pálido y ojeroso. Nos miramos fugazmente en

el silencio de la cabina— Aunque mantuve la vista apartada, sentía que Lanz me contemplaba con gesto serio. ¿Qué intentaba decirme? El eco de las palabras de Lucho me tomó por sorpresa “Cósima, ¿vos te olvidás de que si yo no te lo sacaba de encima la noche de la fiesta de egresados este psicópata te hubiese violado?”. Lo más inquietante era que no me importaba. No me importaba quién había sido Lanz— “¿Qué está sucediéndome?”, me increpé.

La situación era confusa; yo estaba confundida. “Estás agotada”, me convencí y, a tal punto de pedirle que, apenas llegásemos a mi departamento, llamara a Hugo para que lo fuese a buscar, no lo hice.

El ascensor se detuvo, las puertas automáticas se abrieron y bajamos. Me impuse retomar la calma; no quería parecer una borracha que intenta acertar con el ojo de la cerradura, sin éxito. Entramos. Encendí la luz de la recepción y le quité la correa a Bernie, que se dirigió a su lugar en la cocina donde estaban el comedero y el bebedero.

Te ayudo —dije y le quité la campera, que estudié por un momento. No conocía la marca: Colmar—. Es una pena que se arruine una prenda tan linda. Si no la ponemos a lavar ahora va a ser muy difícil sacar la sangre después. La pongo en el lavarropas ya mismo —propuse, mientras buscaba la etiqueta con las indicaciones de lavado— y vos le pedís a Hugo que te traiga otro abrigo. ¿Qué te parece?

Alcé la vista esperando su respuesta.

—¿Qué pasa? —quise saber ante su mutismo y su mirada fija en mí.

—Nada pasa, sólo que no quiero que te pongas a lavar. La campera no importa.

—Claro que importa. Es muy linda. Además, no la voy a lavar yo sino el lavarropas. A lo sumo haré un tratamiento previo para manchas tenaces. ¿Por qué no te ponés cómodo? Enseguida vuelvo.

—Me gustaría pasar primero al baño.

Lo guí hasta el de cortesía y lo dejé solo para ocuparme del abrigo. Lo traté con un prelavado antes de echarlo dentro del lavarropas, con Bernie lloriqueando de hambre a mi lado. Le llené el comedero y le renové el agua antes de ir a mi dormitorio para refrescarme. Me contemplé en el espejo. ¡Santo cielo, qué cara! Aunque tentada de ponerme un poco de corrector de ojeras y máscara para pestañas, me contuve. No quería darle a entender lo que no era. ¿Que no me gustaba muchísimo? ¿Que me sentía menos a su lado al tiempo que me sentía bien? La confusión avanzaba como una mancha negra que lo teñía todo.

Exhalé un soplido de hartazgo. Me recogí el pelo en un rodete descuidado, me lavé las manos y salí. Tenía calor. Me saqué el suéter de cachemira. La camisa estaba bastante arrugada y medité cambiármela, pero desistí.

Encontré a Lanz en la cocina. Sentado en una silla, le hacía caricias a Bernie con las dos manos en su sitio favorito: bajo el cuello.

—No te lo vas a quitar de encima —le advertí— No hay nada que le guste más que lo acaricien ahí.

Lanz me sonrió con ojos chispeantes.

—Estás muy linda.

—Y a vos el golpe le hizo mal —retruqué, fingiendo indiferencia, con una risita

—El golpe no tiene nada que ver —respondió, serio.

—Digo lo que veo y veo muy bien.

—No soy linda, no me siento linda contraataqué con una vehemencia que aun a mí me sorprendió—, ¿Como te sentís? —cambié bruscamente de tema—. ¿Te duele?

—No —dijo apenas, todavía asombrado por mi respuesta—. El calmante está haciendo efecto.

—Voy a preparar algo de comer. No es bueno tomar esos medicamentos tan fuertes con el estómago vacío.

—¿Pedimos sushi? —propuso más animado—. El sushi me trae buenos recuerdos —comentó y me lanzó una sonrisa que me ablandó

—Dale —acepté.

Él se ocupó de llamar por teléfono.

—En media hora traen el pedido —informó, contento, como si no tuviese un tajo en la frente, como si esa situación fuese normal, como si no nos hubiésemos detestado durante cinco años de nuestras vidas— Me encanta tu departamento. Es muy vos.

—¿En que sentido muy yo?

—Muy cálido —respondió—. Apenas puse pie dentro me sentía gusto, como me sucedió en la fundación la primera vez que fui.

—Gracias —susurré mientras me ocupaba de poner la mesa ahí mismo, en la cocina—. ¿Qué querés tomar? No tengo mucho, a decir verdad.

—Me encantaría una copa de champán bien frío. No sé por qué me dieron ganas de tomar champán. Estoy con ánimo festivo.

—No quiero ser aguafiestas, Ignacio, pero nada de alcohol con los medicamentos que estás tomando.

—Tenes razón. Pedí una botella de un blanco muy bueno. La guardás y la abrimos cuando pueda volver a tomar —dijo, como si volver a vernos fuese algo descontado—. ¿Tenés agua con gas? —Asentí— estaría muy bien.

Nos sentamos a la mesa, uno frente al otro.

—¿De qué querías hablar conmigo? —me interesé.

—El miércoles le pedí a mi mujer el divorcio.

¡Oh! —susurré.

De los posibles temas ese no se me habría ocurrido, a pesar de que Carlitos me había revelado el día anterior que él y su mujer dormían en habitaciones separadas desde hacía semanas.

—Lo siento. Debe de ser muy duro.

Movió la cabeza para negar y bajó la vista. Se puso a jugar con el salero,

—No es muy duro —aseguró—. Es liberador. Hace años que debí tomar esta decisión. Uno sigue adelante por razones erradas y no se da cuenta de que el tiempo pasa. Pero ahora las cosas cambiaron. Nachito cambió las cosas. Tenías razón —habló tras una pausa—: Nachito es mi maestro. Mi hijo me está enseñando tanto. Y vos también.

—¿Cómo reaccionó tu esposa? —pregunté para soslayar la última declaración.

—Mal, como era de esperar. Pero para mí no hay vuelta atrás. Mañana me reúno con el abogado para empezar los trámites del divorcio.

—¿Lo sabe la licenciada Petrillo?

—No. Quise que primero lo supieses vos.

—Tenemos que buscar el modo que el impacto para Nachito sea mínimo. Aunque no será fácil —me desalenté—. Los cambios los desestabilizan.

—Pero no habrá cambios, Cósima.

—¿Cómo? ¿Vos te irás de la casa y no habrá cambios? Vos sos muy importante para tu hijo. Verte todos los días y de repente...

—Yo no me voy a ningún lado. Esa casa es mía. Yo me quedo ahí y pretendo que mis hijos se

queden conmigo.

—¿Montse y Nachito no se irán con su mamá? —me sorprendí.

—¿Para qué? Vivian no tiene instinto materno. No se ocupa de ellos. Vos sabés que prácticamente no participó durante el proceso de evaluación ni ahora, durante el tratamiento. Me lo comentaste la noche que comimos sushi en tu consultorio.

—Lo sé —susurré apenada.

—Tengo miedo de que si los dejo con ella no se ocupe correctamente de la comida de Nachito, no respete las reglas que deben imperar en la casa de un Niño autista, no lo lleve a sus sesiones... En fin —suspiró—. Quiero que estén conmigo. Voy a estar más tranquilo.

—Pero vos estás siempre trabajando, imagino.

—Y ella está siempre callejeando. Al menos en mi casa hay una estructura sólida de empleados que responden a mis órdenes y que cuidan a mis hijos mejor que la madre. Es triste —concedió—, es una verdad brutal, pero es así: Vivian no es una buena madre. Es la verdad y tengo que asumirla. Ahora sólo quiero vivir una vida verdadera, con gente profunda, sin dobleces, sin intrigas. Quiero confiar en la gente que tengo a mi alrededor.

—¿No confiás en tu esposa? —pregunté sabiendo que no debía

—No, no confío. Desde hace semanas la hago seguir por un detective privado porque sospecho que me engaña con otro.

La contestación me dejó muda. ¿Detective privado? Sólo en las películas ocurrían esas cosas. Me reproché ser una ingenua, más bien una estúpida. La vida de Lanz era de película. ¿Acaso con su riqueza y una fama que lo colocaba en las tapas de las revistas, no era una especie de celebrity, como les dicen ahora?

—¿Y Montserrat? Tal vez quiera irse con su mamá.

—Como viste, es una nena muy despierta, siempre lo fue. Sabe bien qué clase de mujer es su madre.

—Pero es su madre, Ignacio.

—Si Montse quiere irse con Vivian, no voy a impedirselo. Tiene todo el derecho de hacerlo. Pero la conozco y sé que preferirá estar conmigo,

—No la hagas elegir.

—No queda otra. La vida es cruel, Cósima. Vos y yo lo sabemos.

Nos miramos en silencio hasta que me alarmó darme cuenta lo cómoda que me sentía con él, sin hablar, sin caer en formalismos, como si hubiésemos compartido momentos como ese la vida entera. El timbre del portero eléctrico me sobresalto.

—Yo bajo —propuso Lanz.

—No, no —me impuse—. Por favor, quédate ahí. Acaban de suturarte la frente. No podés estar moviéndote de un lado a otro.

—Toma —dijo y sacó la billetera para extraer algunos billetes de cien.

—Esta es mi casa y vos sos mi invitado. La cena la pago yo.

—Me invité solo —comentó y puso una cara de circunstancia que me hizo reír.

—Sí, es cierto, te invitaste solo, pero igualmente quiero pagar yo. ¿Me lo permitís?

Asintió poco convencido. Regresé con los paquetes unos minutos más tarde. Lanz quiso ayudarme a organizar la mesa y se lo impedí.

—Vos quédate tranquilo, ahí sentado. Yo me ocupo de todo. ¿Te duele la cabeza? —me interesé en tanto iba sacando los recipientes y preparando los platos.

-No, para nada. Como te dije, estoy de ánimo festivo.

¿Ánimo festivo cuando al día siguiente se reuniría con el abogado para planear su estrategia de divorcio?

—Estaba pensando —dije mientras depositaba el plato frente a él que tal vez tu esposa...

—Ex esposa —me corrigió.

—Todavía no lo es.

—Lo es para mí.

—Estaba pensando —retome— que tu ex esposa tal vez presente batalla para quedarse con los chicos.

—Serán su botín de guerra.

—Son sus hijos —intente razonar—. Los parió, Ignacio. Son parte de ella.

—¿Vos crees que una mujer, por parir un hijo, se convierte en madre? No todas las mujeres están hechas para ser madres y, sin embargo, tienen hijos que después padecen el desamor. Sé de lo que hablo. Por experiencia propia —añadió.

—¿Qué difícil debe ser la paternidad!

—Nunca me preocupé por ser padre. Mis hijos contaban poco en mi vida. A Justa y a Ema las tuve de muy joven, cuando era un estúpido que sólo pensaba en mí. A Montse la tuve de más grande, pero seguía siendo un ególatra insoportable. Y después llegó Nachito, mi maestro —aclaró con dulzura—, y me destruyó el ego. Sólo ahora estoy asumiendo mi rol y me hace feliz. No me da vergüenza confesarte esto porque con vos quiero ser sincero. —Tomó los palillos chinos y, con la habilidad que ya le conocía, eligió un arrolladito de salmón, lo mojó en la salsa de soja y se lo llevó a la boca—. Mmmm... —se relamió con los ojos cerrados—. Tenía hambre.

—Es excelente —acordé mientras pinchaba un langostino con el tenedor—. Con qué destreza usás los palillos —comenté—. Yo nunca pude aprender. Una negación absoluta.

—Si yo te enseñase, aprenderías —declaró y me clavó la vista con actitud desafiante.

—Temo que tendrías que tragarte tus palabras y no quiero pisotear aún más tu ego ya de por sí destruido —dije y puse una cara compungida que le causó gracia.

—No me importaría que pisoteases aún más mi ego, Cósima —expresó mientras se ponía de pie—. Podés hacer con él lo que te plazca. Pero te aseguro que vas a aprender a usar los palillos y será gracias a mí.

Rodeó la mesa. Lo seguí con ojos atentos, divertida y al mismo tiempo alarmada. Se me había disparado el ritmo cardíaco. Sorbí un poco de agua para humectarme la boca, seca de repente, tanto que los labios se me adherían a los dientes. Se ubicó detrás de mí. Intenté volverme, pero me colocó las manos sobre los hombros y me ordenó:

—Vista al frente.

Obedecí. No me daba cuenta pero estaba tensando cada músculo de mi cuerpo. El efecto de su cercanía era devastador. Tuve miedo, tanto miedo y a la vez lo deseaba con una intensidad que jamás había experimentado con nadie, ni con mi único amor, Horacio, ni con los dos hombres con los que había intentado tener una relación después de su muerte. Con Horacio nos habíamos relacionado desde el principio en un plano de confianza e intimidad naturales, y la comodidad había sido la reina. Con los otros dos la cosa había sido forzada, porque me imponía amar de nuevo.

Se inclinó tras de mí, me circundó con los brazos y tornó mis palillos abandonados a un costado de la mesa. Los hizo juguetejar entre sus dedos en un despliegue fanfarrón de habilidad,

que me dio risa a pesar de los nervios. Y cuando me habló al oído, cuando me dijo en un tono exigente “dame las manos”, me surcó un escalofrío similar al que me había recorrido poco antes mientras nos mirábamos a través el vidrio de la farmacia, sólo que este era más poderoso, más extenso.

—Qué manos tan hermosas —susurró y me las acarició.

No respondí, aunque sí, sabía que tenía lindas manos. De mi anatomía era de las pocas cosas de las que me enorgullecía, además de mis pies y de mis orejas.

—Son chiquitas —describió él—, pero los dedos son largos y delgados, uñas perfectas. ¿Siempre las usas cortas?

—Sí —respondí con voz rara—, por los chicos, para no rasguñarlos sin querer —expliqué, y lo escuché reír por lo bajo.

—Debí imaginarlo. ¿En qué está pensando Cósima? —preguntó de manera retórica—. No en ella sino en los demás. Agarrá el palillo con la derecha —me indicó— y colocalo entre las puntas de los dedos índice y mayor. Así, muy bien. Ahora trabalo con el pulgar. Poné el otro palillo entre las puntas del mayor y del anular y trabalo con el pulgar, junto con el otro. Eso es, perfecto. El palillo que movés es el primero, el que tenes entre el índice y el mayor. El otro queda quieto. Movés los dedos hasta obtener el ángulo que coincida con el tamaño del bocado que quieras sujetar. A ver, probá.

—Aquí es donde fallo.

—Porque tenes los dedos muy tensos. Aflójalos.

Me di cuenta de que tenía razón; los tenía duros como los palillo mismos. Los relajé, no sólo mis dedos, el estómago también, que estaba hecho una piedra, y las mandíbulas. Con el índice y el mayor flojos ejercité un poco hasta adquirir confianza. Me dispuse a recoger un bocadito— “Lo voy a lograr”, decidí, aunque más no fuese para verlo contento. Lo logré. Lo sujeté con una seguridad que me hizo soltar un gritito triunfal.

Impulsada por el entusiasmo de la victoria, volví el rostro hacia la izquierda, hacia el de él. En un ágil reflejo Lanz acertó los escasos centímetros y me rozó los labios con los suyos. Sorprendida, más bien descolocada, intenté apartarme, pero él me sujetó por la nuca y me impidió moverme. Lo hacía con suavidad y yo no presenté resistencia. Sólo susurré un “no” sin determinación.

—¿Por qué no? —preguntó con los ojos cerrados mientras arrastraba la boca sobre la mía—. No creo que puedas imaginar las ganas que tengo de besarte.

—Me vas a hacer sufrir —dije, y todavía no sé de dónde surgió esa declaración, porque no pasó por mi cerebro. Nació de otra parte, de mi corazón tal vez, de mi espíritu, de algún rincón que me obligó a revelar mucho, pero mucho más de lo que habría querido revelar a ese hombre al que le temía y del cual desconfiaba.

—Cósima —lo escuché susurrar con acento cargado de pasión y de culpa.

Me tomó por los hombros y con una facilidad pasmosa me obligó a ponerme de pie y a volverme hacia él. Me clavó una mirada que me intimidaba pero que me impuse sostener. Me convencí de que si no era capaz de soportar el impacto de su hermosura, de su perfección, de su masculinidad, no habría futuro para nosotros. ¿De dónde salían esas ideas? ¿Futuro para nosotros? ¿En qué estaba pensando?

—Sé que soy oscuro para vos —admitió—. Lo soy, no voy a negarlo. Sé que me creés poco confiable y sé también que soy un hijo de puta por pretender que me des una oportunidad. Sos demasiado para uno como yo —aseguró y me pasó el dorso de los dedos por la mejilla.

—Somos de mundos distintos —protesté y le rocé apenas la venda blanca de la frente.

Mi contacto lo hizo estremecer; lo sentí vibrar contra mi pecho.

—Me gusta tu mundo —replicó—. El mío no vale nada. Está vacío, es hueco.

—Mi vida es aburrida. No hay nada de glamour ni de esas cosas fastuosas que te rodean. No cumplo con tus cánones de belleza —rematé usando las palabras que él mismo había empleado ese mediodía.

Rió entre dientes con actitud vencida y aire cansado. Se inclinó sobre mi oído y, mientras me acariciaba el pabellón con los labios y provocaba reacciones inesperadas en mí, canturreó el estribillo de Kiss, una canción de Prince de nuestra época de juventud. Me sorprendió pues era una de mis favoritas.

—Yon don't have to be rich to be my girl. Yon don't have to be cool to rule my world.

“No tienes que ser rica para ser mi chica. No tienes que ser genial para gobernar mi mundo”, cantó con voz rasposa.

—Me gusta esa canción.

—Lo sé —contestó antes de sujetarme por las mandíbulas, devorarme los labios.

¡Santo cielo, que bien besaba! Me quede inmóvil, aturdida, recibiendo sin dar nada a cambio. El parecía tan dispuesto a complacerme. Me había convertido en el centro de su mundo, me embriagaba una sensación novedosa. ¿Se trataba de poder? To rule my world. Yo no quería gobernar su mundo. “Sólo tengo que exorcizarlo”, me propuse mientras me ponía en puntas de pie y lo tomaba por la nuca para salir al encuentro de su hambre, que era la mía también.

Mi rendición quizá lo tomó por sorpresa, pues se produjo un cambio en él. Entonces me di cuenta de que hasta el momento había desplegado un comportamiento moderado. Me puso de espaldas contra la pared y volvió a apoderarse de mi boca y a penetrarme con la lengua. Respondí con una actitud desfachatada en la que no me reconocía pero que me hacía bien. No quería exorcizarlo, ¿para que engañarme? Lo quería para mí. Lo quería con una intemperancia propia de un espíritu como el de Lanz, no del mío, y sin embargo el deseo inconmensurable se encontraba alojado dentro de mí y lo dominaba todo. Por supuesto que no quería exorcizarlo.

Se llenó las manos con mis pechos y enseguida buscó los pezones duros y los masajé con pasadas rápidas al tiempo que meticulosas; parecía que acariciaba cada terminación nerviosa, hacia los lados, hacia arriba, hacia abajo, las hacía vibrar y las ponía en contacto con otras partes de mi cuerpo, que acababan confluyendo entre mis piernas. Bastaron pocos segundos para que tuviese un orgasmo. Lanz ni siquiera me rozó entre las piernas y yo tuve un orgasmo. Fue imposible sofrenar el quejido al aliviarme. Al placer exquisito le siguió una profunda vergüenza. Me sentía conspicua, inexperta, una novata. Sobre todo saltó a la vista que desde hacía tiempo ningún hombre me tocaba. Lo escuchaba reír, ufano, mientras me besaba la cabeza, y yo apretaba los ojos y escondía la cara en su pecho. Me sujetó por las mandíbulas y me exigió alzar la vista.

Había tanta felicidad en su expresión que me quedé mirándolo, olvidada de mi desliz. Me mantenía la cara aprisionada entre las manos. Al mover los pulgares sobre mi piel percibí las callosidades y el erizamiento se profundizó. El latido entre mis piernas no cedía y me pregunté si ese hombre habría sido capaz de provocarme otro raptó de placer sólo por acariciarme las mejillas y contemplarme como si yo fuese la octava maravilla.

Estaba enamorada de Lanz. No podía escaparle a la verdad porque vivía en mí.

Confesársela era otra cuestión. Conocía sus defectos y mezquindades. ¿Era posible que, después de todo lo padecido a sus manos, este hombre terminase siendo el gran amor de mi vida?

Debió leer en mi expresión las dudas y los reparos. Hizo un ceño y endureció la mirada antes

de preguntarme:

—¿En que pensás? No quiero que pienses en aquel primer beso que te di, el de la fiesta de egresados. Por favor, no pienses en eso.

—No estoy pensando en eso.

—Te creo —susurró de nuevo sobre mis labios y yo percibí tirantes los de él a causa de una sonrisa—. Gracias por regalarme ese orgasmo.

Proferí un gemido lamentoso y volví a apoyar la frente en su pecho.

—Parezco una novata. Que vergüenza —murmuré.

—No tenes idea de lo feliz que me hiciste.

—Ignacio —dije, rehuendo sus ojos exigentes—, todavía no estoy preparada para ir más allá.

—Cósima, mírame por favor. —Alcé las pestañas lentamente—. Vamos a hacer como vos quieras —prometió y me besó la nariz—. Vos vas a marcar el paso entre nosotros. Quiero que, cuando finalmente estemos juntos, sea perfecto para vos.

—Y para vos —susurré.

Sonrió con aire paternal y me besó en los labios.

—Para mí va a ser perfecto como sea que se dé. —Lo miré y me atreví a mostrarle mi incredulidad, que en realidad era inseguridad y dudas— —Cósima, sé que no te inspiro confianza...

—Siempre te parecí fea —lo interrumpí—. ¿Por qué ahora este inesperado interés?

Lo lastimé con mi pregunta, lo vi claramente en la manera en que me miró. No la había formulado con esa intención, pero lo cierto era que no había modo de hacerlo sin que se filtrase un poco de amargura y de temor. Me acunó las mejillas y me besó por toda la cara.

—Me encantas, Cósima. Me encantabas. Ahora, antes y mañana también. Sos preciosa para mí. Preciosa —reiteró con una vehemencia que me aflojó el cuerpo—. Sé que te pedí que no pensases en la fiesta de graduación, pero ahora necesito que lo hagas porque quiero contarte qué sentí. —Me tomó de las manos y me condujo de regreso a la mesa. Se sentó en la silla e intentó arrastrarme sobre sus piernas. Me resistí—. Por favor, Cósima, te necesito cerca para contarte esto.

—No soy un peso pluma como tu mujer —repliqué, sabiendo que mi comportamiento infantil nacía de mis complejos.

—Mi ex mujer —se impacientó y me tironeó hasta que terminé sobre sus rodillas.

¿Yo sentada sobre las piernas de Lanz? Bueno, acababa de tener un orgasmo porque me había rozado los pezones a través del corpiño y la camisa, ya nada podía sorprenderme. Le pase el brazo por los hombros y le eché un vistazo desafiante.

—Me importa un pito el peso pluma de nadie. Cósima, me calentás vos, así como sos.

—El peso pesado —lo provoqué.

—Sí, pesadísimo —se mofó—. Si no crees en mis palabras, lo cual es lógico por todo lo que te hice sufrir, esto te va demostrar que es la verdad. —Me movió sobre su erección—. Estoy durísimo —expresó con voz tensa y ojos demandantes—. Como lo estaba en la fiesta de egresados cuando te besé.

—¿Te excitaste aquella noche? —me asombre, pues habría jurado que se trataba de un asalto sin connotaciones sexuales.

—Estaba al palo, como dicen los chicos ahora. Cuando te vi entrar en el salón de fiestas de la mano de Lucho... Creo que fue una de las sorpresas más grandes de mi vida. Me pareciste lindísima. Estabas tan linda —recalcó—. No podía dejar de mirarte. Vanesa... ¿Te acordás de

Vanesa? —Me limite a asentir—. Bueno, ella se dio cuenta de que no te quitaba los ojos de encima y se puso pesada. Me chupé tratando de dejar de pensar en vos, en lo que te habría hecho si hubieses estado conmigo en lugar de con Lucho. Lo odié a Lucho. Vos eras mía. Cósima era mía.

—La tía Cósima —Je recordé.

—Ante los demás sí, mantenía las apariencias y eras la tía Cósima. En mi interior eras Cósima. Mi adorada Cósima. —Me aferró la cabeza y apoyó la boca en mi cuello—. Mi dulce, adorada Cósima. —Descendió arrastrando los labios por mi escote hasta tropezar con el primer botón de la camisa, que desprendió con los dedos de una mano—. Tus tetas me tenían idiota. —Hundió el rostro en el valle que formaban mis senos apretados dentro del corpiño y me resultó imposible reprimir un gemido cuando se abrió paso entre ellos con la lengua—. Me acuerdo de principios de tercer año, cuando volvimos de las vacaciones de verano. Te habían crecido muchísimo. Me hacía el boludo y me quedaba en el cole los días que tenías gimnasia. Usabas una remerita blanca ajustada. Te miraba desde el tragaluz del vestuario de varones mientras trotabas y hacías los ejercicios en el gimnasio. Me masturbé tantas veces viendo cómo te rebotaban las tetas.

—Y con tantas chicas lindas en el curso (Vanesa, Mónica, Alejandra), ¿vos te masturbabas mirándome a mí? —me asombré.

—Sí, creeme. Es la verdad.

—Eso debió confundirte muchísimo. Debí desorientarte. Y lo expresabas enojándote conmigo. Yo era tu secreto sucio y prohibido.

—Sí, eras mi secreto. Prohibido, tal vez. Sucio, no.

Me atrapó los labios con los dientes, los succionó y los mordisqueó antes de penetrarme con la lengua. Nos besamos largamente. Las ganas de seguir con su lengua dentro de mí y sus labios pegados a los míos no se extinguían con el paso de los segundos ni de los minutos. Lanz había metido las manos bajo la camisa y me masajeaba los pechos y me hacía rodar los pezones entre el índice y el pulgar.

Comencé a mecirme sobre su erección. Mi iniciativa lo volvió loco. Sin palabras me acomodó de manera tal que el bulto calzase en la raya de mis jeans hasta hundirse entre mis glúteos. Me abrió dos botones más de la camisa y descorrió las tazas del corpiño para liberar mis pechos. Existió una pausa en su desafuero, la que empleó para contemplarlos, inmóvil, sólo los ojos se movían mientras los estudiaba con la respiración agitada que me golpeaba el escote. Creo que fue un acto inconsciente lamerse el labio inferior antes de meterse un pezón en la boca. Succionó con brutalidad y me hizo doler. No dije nada. Seguí meciéndome aferrada a su nuca.

Darme cuenta de que la cabeza de Ignacio Lanz Reuter se inclinaba sobre mi pecho y que su boca, alternadamente, se prendía a mis pezones me causó un instante de confusión; un minúsculo instante en el que perdí el contacto con la realidad.

Lanz me clavó los dedos en las caderas y tomó el comando para acelerar el ritmo de mis vaivenes. Me comprimió un pezón entre los dientes cubiertos por los labios en el acto de morderlo, lo que me provocó un dolor lacerante al tiempo que exquisito, como un latigazo cuya punta maligna aterrizó en el clítoris. Solté un jadeo acometida por el segundo orgasmo. Él se alivió segundos después con unos clamores tan masculinos que me pusieron la piel de gallina. Entonces fui consciente de que acaba de ver y de oír a Lanz en el placer, y de nuevo me asaltó la sensación de inverosimilitud.

Nos quedamos abrazados, quietos, su cara aplastada en mis pechos desnudos, la mía pegada a

su cabello, que aún desprendía restos de Eau Sauvage. Él me circundaba con fiereza y me mantenía pegada a su cuerpo.

—Dos orgasmos y ni siquiera te quité los zapatos —lo escuché decir—. Dios mío, Cósima —susurró y se apartó para alzar la vista y mirarme.

—¿Qué? —dije mientras le quitaba los mechones que le caían en los ojos, que por fin me contemplaban con la adoración que había soñado cuando tenía doce años.

—Dame una oportunidad —me quedé mirándolo en silencio—. Sé que no soy confiable. Hasta mi hija Ema lo sabe. Ella me lo advirtió hoy.

—¿Qué te advirtió?

—Que no ibas a darme pelota porque soy el hombre menos confiable ever. Así dijo la cretina.

Me eché a reír. Me imaginaba a la bella y contestataria Ema diciéndole una gran verdad a su padre.

—¿Por qué te dijo eso? ¿Fuiste capaz, estando aun casado, de hablarle de mí a tu hija?

—¡No!, claro que no. Ella me encaró, cuando fui a despedirla y me pidió que no fuese tan obvio con vos, porque todavía estoy casado. Y me advirtió que no me ibas a dar bola. Ojo, me aclaró que estaba contenta que me gustase una mina con algo más que siliconas en el cuerpo.

Otra carcajada mía. ¡Cómo me gustaba Ema! Y Justa, y Montse y nuestro dulce Nachito. Cómo ansiaba ser parte del mundo de Lanz y cómo ansiaba convertirme en su compañera.

¿Ese sueño que estaba viviendo en la humilde cocina de mi departamento, sobre las rodillas de un hombre que me inspiraba sentimientos tan encontrados, acabará lágrimas? ¿Se cansaría de mí como de sus dos esposas y me desechará cuando se le cruzase otra con encantos que lo atrajeran? Mi sospecha quitó intensidad y magia al momento.

—Vamos a ir despacio —le propuse mientras me cubría los senos y abotonaba la camisa.

Él asintió como un alumno aplicado, con cara de susto.

—Está bien —susurró sin convicción.

—Tenés que poner orden en tu vida antes de que podamos hablar de una relación.

—Mañana me reúno con mi abogado...

Lo acallé colocándole la mano sobre los labios.

—No te apresures, no hagas mal las cosas. No pienses en vos, no pienses en mí. La prioridad son Montse y Nachito.

—Pero te quiero conmigo, Cósima.

—Yo te voy a esperar —dije y de nuevo hablaba la parte de mí a cual no dominaba, la que me había puesto en evidencia a lo largo de la noche, la que revelaba más de lo que se habría juzgado estratégicamente conveniente con un peso pesado como Lanz.

—¿Me lo prometes? —Asentí—. ¿Me vas a esperar lo que haga falta?

—Sí, lo prometo.

Nos miramos y yo creí estar viéndole el alma. Aunque completamente vestidos, al mismo tiempo nos presentábamos desnudos el uno al otro.

—Ojalá, tantos años atrás, me hubiese permitido ser sincero conmigo mismo. ¡Cuánto dolor y errores nos hubiese ahorrado, a vos y a mí!

¿De esta paz, de esta sinceridad me perdí todo este tiempo!. No creo que puedas imaginar lo bien que me siento después de haberte hecho gozar dos veces y de haber gozado como un loco sin siquiera haber estado dentro de vos.

Le besé la venda sobre la frente.

—¿Duele?

—Ni me acuerdo que tengo eso ahí.

—¿Todavía tenes hambre?

—De vos, la voy a tener siempre —contestó y me mordió el cuello.

Era un hábil seductor, no cabía duda. Sin embargo, presentía que estaba diciéndome la verdad. En esas pocas horas compartidas me había confesado cuestiones íntimas que tal vez nunca las había pronunciado en voz alta; quizá ni siquiera se había permitido aceptarlas él mismo. No conseguía detener mis caricias sobre su rostro. ¿Lo fastidiaría que lo tocara de ese modo? Qué poco sabía de él.

—No dudes de mí —me pidió.

Las leía en mis ojos, a las dudas que no me daban respiro. Carlitos me aseguró una vez que no habría sido una buena jugadora de póquer dadas mis escasas dotes como simuladora.

—Siento que estás alejándote de mí —dijo y apretó el abrazo.

—No —respondí enseguida—. Pensaba en que tal vez te fastidia que te acaricien y que te toquen —expliqué y aparté las manos de su rostro.

Él las sujetó y se las pegó a las mejillas cubiertas a esa hora por una barba corta, entre rojiza y blanca. Le arrastré las manos por las sienes. Lanz bajó los párpados y soltó un suspiro de complacencia. Enredé los dedos en sus cabellos rubios mezclados con canas. Yo también tenía canas, muchas. Habían comenzado a despuntar tras la muerte de Horacio y de nuestro hijo y prácticamente me habían blanqueado la cabeza. Era rigurosa con la tintura; no soportaba que se vieses, como si esos pelos grises fuesen el recordatorio del dolor que aún vivía en mí.

—Mi interés no es de ahora, Cósima —comentó Lanz y me arrebató de los recuerdos tristes y de los negros pensamientos—. Entiendo que mi actitud te tenga confundida pero, como te dije antes, siempre he vivido obsesionado con vos. Alcé las cejas en un gesto de asombro.

—Me dijiste que durante el secundario yo era tu secreto prohibido, Pero... ¿Siempre?

—Después de terminar la secundaria mi vida se concentró en la joda y en mi carrera. No pensaba en vos, pero cada tanto, de la nada, me venía tu cara a la mente y me preguntaba, qué será de la tía Cósima, pero quedaba en eso. No hacía nada por saber de vos. Estaba demasiado interesado en terminar la carrera de Ingeniería Civil y en salir de joda tanto como pudiese. O tal vez no movía un dedo porque sabía que eras peligrosa para mí, como una droga. Un día te vi cuando salíoca del subte, ya te lo conté, y después en ese vuelo a Nueva York. Se desató en mí el deseo reprimido durante tantos años. Me acuerdo en que ese día en que te vi saliendo del subte tuve sexo con mi primera esposa y pensaba en vos.

—Debió ser terrible, hacer el amor con ella pensando en otra.

—No —dijo y rió por lo bajo, con actitud vencida—, Para vos habría sido terrible porque sos transparente y pura. Para mí no. Te acostumbras a ser un hipócrita, a tener secretos con la mujer con la que compartís la cama y tenes dos hijas. Te acostumbras a tener una doble vida, a ser una mierda. No, no fue terrible. Recuerdo que tuvimos sexo casi toda la noche y que Laura no entendía nada. Organicé la primera fiesta con los chicos del curso sólo para volver a verte.

—¿En serio? —Las confesiones me tenían azorada y con las pulsaciones desbocadas.

—Sí. Y le pedí a Alberto Maggi que te invitase. ¡Qué desilusión cuando me dijo que no vendrías! Me lo esperaba, pero igual tenía la esperanza de que aceptases. Por eso seguí organizándolas a pesar de no tener tiempo para nada y de que me importaba poco ver a los demás. Sólo quería volver a verte a vos. —Me pasó el dorso de los dedos por la mejilla y me contempló con nostalgia—. Hice cosas muy locas por esos años, Cósima. Quiero contártelas, a vos quiero contarte todo, pero también tengo miedo.

—¿De que te juzgue? —Asintió. Lo sujeté por las mandíbulas y lo besé con delicadeza en los labios—. Admiro lo que estás haciendo, abrirme tu corazón para que lo conozca por completo, en sus partes lindas y las feas también. Admiro tu valentía.

—No es valentía, Cósima. Es porque confío en vos como en nadie. No me abriría de este modo con nadie. Lo hago con vos porque sé no me harías daño.

—Nunca, Ignacio.

Nos abrazamos y, ya saciado el deseo de nuestros cuerpos, se trató de un acto quizá más íntimo que los orgasmos compartidos, una comunión en la que nos hablábamos desde otro plano, uno en el que no se precisaban las palabras, ni siquiera los besos ni las caricias. Yo me concentraba en escuchar y en sentir el aire que fluía dentro de él, en la serenidad que se había apoderado de su corazón. Así, sin movernos, él con su cabeza apoyada en mi seno, fue contándome del tiempo en que la droga, el alcohol y el sexo le habían dictado el libreto de una vida que era muerte. Me confesó que, obsesionado por mí, su secreto sucio y prohibido, había contratado a un investigador privado —el mismo que en ese momento seguía a su mujer— para que lo mantuviese informado acerca de mi vida. Sabía incluso mis gustos en materia musical y gastronómica. La confidencia me causó una profunda impresión, pero no me aparté de él, sólo guardé silencio mientras intentaba vislumbrar las motivaciones de su mente. Había estudiado Psicología para entender el comportamiento del ser humano, y después de tantos años sólo me encontraba en posición de afirmar que éramos un misterio cada vez más insondable. Lanz era el misterio más grande de mi vida, que siempre había estado allí, como una sombra, agazapado, al acecho y que ahora saltaba sobre mí y yo sólo deseaba entregarme. Mi mente también estaba funcionando de modo tortuoso; como profesional lo sabía; como mujer no me importaba.

Pasados los segundos de mutismo tras los que él supo que no le reclamaría por esa invasión a mi privacidad, me contó que finalmente su padre lo amenazó con sacarlo de la constructora si no se sometía a un tratamiento de desintoxicación de la cocaína. En el lujoso instituto conoció a mi colega José Vianes, que fue una luz en medio de tanta oscuridad. Según Lanz, si hoy está en una pieza se lo debe a Vianes.

—Pero —suspiró cansado—, igualmente seguía siendo el de siempre.

Conocí a Vivian, que es doce años menor que yo, y me deslumbró con su belleza, con su cuerpo perfecto y sus ganas eternas de divertirse, y me casé. Ahora comprendo que me sentía a gusto con su superficialidad porque yo lo era, yo era superficial. Lo demás ya podés imaginarlo. Un matrimonio sin amor, sin valores, sin nada. No podía durar.

—Pero vos creías que la amabas, ¿verdad?

—Sí. Bueno —dijo con el aire de quien revé su juicio—, en realidad no me preguntaba ese tipo de cosas. Me calentaba y punto. José Vianes me hacía las preguntas profundas y yo me las tiraba de gran macho que tenía las cosas claras cuando, ahora me doy cuenta, estaba ciego.

—Entonces llegó Nachito, tu maestro, y te hizo ver, realmente ver.

—Y Cósima —agregó él—. Sobre todo llegó, mejor dicho, sobre todo volvió Cósima Facchinetti. —Me acunó la mejilla y me besó en la frente—. Mi dulce Cósima. Verte después de tanto tiempo fue como recibir un tsunami de frente. Te deseé con la intensidad de cuando era adolescente, pero con la libertad mental para permitirme pensar en un futuro con vos, pese a tu trato distante y a tu frialdad.

—No te llevó mucho tiempo acabar con mi trato distante y sobre todo con mi frialdad —argumenté en tono bromista—. Recién me convertiste en una bomba incendiaria sólo con besarme. Bastante bochornoso, debo decir.

Soltó la carcajada. Me buscó los labios y volvimos a besarnos con esa sed arrebatadora que nos poseía cuando nuestras bocas entraban en contacto.

—Cósima —lo oí susurrar, no puedo creer estar viviendo esto. Alcé los párpados y me asombró ver tanta adoración reflejada en sus ojos. Viví un instante de pánico al meditar que podía tratarse de un espejismo, que tal vez, en el futuro contemplaría de ese modo a otra.

—¿Vas a dejar a Vivian, la madre de tus hijos, por mi culpa?

—Sabía que lo preguntarías, sabía que la culpa te haría preguntarme eso.

—Compréndeme, necesito saber, Es importante para mí.

—No —contestó con firmeza—, no la dejo por tu culpa. Verte precipitó las cosas, pero Vivian y yo somos historia desde mucho antes del diagnóstico de Nachito y los cambios que tuvimos que incorporar, nuestras costumbres a causa de su tratamiento me cambiaron profundamente a mí. La vida tal como la vivía hasta el segundo antes de entrar a tu consultorio acabó y empezó una nueva etapa. Yo sabía que Vivian no me acompañaría. De todos modos, si lo hubiese hecho, el resultado habría sido el mismo. Nuestro matrimonio había terminado tiempo atrás. Ella nunca me perdonó que la presionase para tener a nuestro hijo. Me culpa por su depresión posparto y por el autismo de Nachito. Y por lo que me decís, tal vez realmente sea mi culpa, por sembrar soja y echar esa mierda en el campo.

Le aprisioné la cara entre manos exigentes y lo miré con fijeza. —No fue tu culpa, Ignacio. Es muy probable que el glifosato haya perturbado la gestación de Nachito, pero no fue tu culpa. Sacate esa idea perniciosa de la cabeza. Si hubieses sabido lo que el glifosato causaba, ¿le habrías permitido a Vivian instalarse en la estancia de Cañuelas?

—No, claro que no. Pero ya se hablaba de eso y, como los del gremio lo desestimaban, yo también. Soy un imbécil.

Le siseé sobre los labios y lo besé. Nos miramos. Sus ojos de repente comenzaron a refulgir con malicia y las comisuras de sus labios a temblar en una risita.

—¿Qué? —me intrigué.

—Sé que me odiaste durante el secundario, pero una vez te gusté, mucho te gusté, ¿no?. Durante ese maravilloso verano del 82.

—Qué vanidoso sos —afirmé y sonreí con condescendencia mientras reflexionaba que a veces actuaba como el Niño que había sido, el que necesitaba ser reconocido y adulado para sentirse seguro y amado. —Sí —acabé por admitir—, en el verano del 82, cuando nos conocimos, gustaba de vos, como decíamos en aquella época. Quería que te me largaras.

—Estuve a punto de hacerlo —confesó— la noche en que me metí por la ventana de tu cuarto buscando que me consolaras por lo del divorcio de mis viejos. Qué capacidad tenés para convertir lo horrible en paz y serenidad.

—Pero no lo hiciste, no me pediste que fuese tu novia.

—No. Y después, durante todo el secundario, te hostilicé y vos me odiaste.

—Sí, te odié. Tanto te odié.

—Me lo merecía.

—Te detestaba —repetí—, pero en el fondo, casi a un nivel inconsciente, sabía que había una parte de vos a la que podía llegar a querer.

—¿En serio? —me preguntó, ilusionado, y yo me limité a asentir—. ¿Qué pensaste ese primer día, cuando fui con Nachito a la fundación?

—Quería verte y no quería. No sabía qué hacer. Mis amigos se oponían a que te recibiera, sobre todo Lucho. No quería siquiera que te derivase con alguna de nuestro equipo. Quería que te

mandase a otro instituto, a otros profesionales.

—Me detesta.

—No podes culparlo. Lo que pasó en la fiesta de egresados fue horrible.

—Está loco por vos, Cósima, por eso no me soporta. —Bajé la vista y Lanz me colocó el pulgar bajo el mentón y me obligó a mirarlo—. ¿Qué? ¿Me vas a decir que no sabes que está loco por vos?

—Lo sé —concedí—, él mismo me lo dijo hace poco.

—¿Qué te dijo? —preguntó con tono beligerante.

—Que está enamorado de mí. Pero yo, por él, siento lo que me inspiraría un hermano. Lo que me inspira Carlitos —añadí—. Y me destroza lastimarlo porque lo quiero muchísimo. Carlitos, Natalia y él fueron la clave para que no me volviese loca después de la muerte de Horacio y de nuestro hijo. Sin ellos hoy no estaría aquí. No quiero hacerlo sufrir —insistí.

Lanz me contuvo en un abrazo apretado y me depositó besos en la cabeza. Fue mágico sentir sus brazos en torno a mí y comenzar a serenarme. La angustia abandonó mi pecho y una claridad inesperada me permitió comprender que el dolor de Lucho sería inevitable pero que, tarde o temprano, lo superaría. Era un hombre sensato y sólido.

—¿Por qué no comes un poco? No comiste nada —me preocupe.

—Primero voy al baño a limpiarme —dijo, y me guiñó un ojo, que me hizo poner colorada y a él soltar una carcajada.

Conocía el baño de cortesía, por lo que marchó solo hasta del living. Yo fui al lavadero, segura de que el programa de lavado había terminado. Me tomó por detrás, mientras colgaba la campera en el tender. Solté un gritito de sorpresa y susto. Me rodeó la cintura Y me besó el costado del cuello. Sus manos treparon hasta contenerme los senos y masajearmelos. El respiro se me aceleró y bajé los párpados inundada de un calor repentino. Me volví hacia él. Sus manos me cubrieron las nalgas y las apretaron sin moderación.

—Tu culo. También me volvía loco —declaró con voz ronca—, y vuelve loco.

—Y la celulitis, ¿qué me decís? ¿La vas a soportar? Porque es mi fiel compañera.

—Me encanta.

—¡No sabes mentir!

Nos besamos con una pasión descontrolada. Su excitación era evidente contra mi estómago. Tenía que cortar el ciclo infinito o acabaríamos en mi cama sin remedio y yo no quería, en realidad una parte de mí, la que todavía se sujetaba a la razón y al orgullo, no quería.

—Vamos a la mesa —propuse, y él asintió con los ojos negros pese a que había luz.

Comimos mirándonos con expresiones cómplices y riéndonos de mis intentos por utilizar los palillos chinos; él me corregía con paciencia. Me hacía acordar de aquella madrugada mientras sorbíamos la leche con Nesquik y devorábamos las Sonrisas y las Merengadas; el devoraba; yo fingía desinterés y apenas las mordía.

Consulté el reloj de la cocina. ¡Tres de la mañana! Lanz se puso de pie y me miró con culpa.

—Me voy —dijo, y me convenció de que podía manejar la camioneta, que se sentía bien y despierto, que no era necesario llamar a un taxi (a esa hora no habría podido convocar a Hugo).

Hizo sólo un llamado, al guardia de la garita de su casa, para advertirle que llegaría en breve, que se mantuviese atento. Le presté la única prenda de abrigo que le habría entrado: un poncho de alpaca. Lucía tan gracioso que me reí a carcajadas, mientras él alzaba los brazos y se observaba con gesto divertido. Me sujetó sorpresivamente y aterrizó sobre mi risa con labios hambrientos. Fue él quien acabó el beso para decirme: —Tengo miedo de irme y dejarte sola.

Tengo miedo de que durante la noche te arrepientas de esto y ya no quieras volver a verme. Tengo miedo de que Carlitos y Lucho te convengan de que no soy el hombre para vos.-

Me limite a acariciarle la mejilla. Él giró la cara y me besó la palma de la mano—. Hoy me hiciste tan feliz, desde el instante en que saliste por la puerta de tu edificio hasta ahora. ¿Se puede vivir así, feliz, tranquilo, en paz? Viví muy mal, Cósima. Lo sabes porque te lo conté todo esta noche. Pero antes estaba ciego y ahora veo con claridad. Dame una oportunidad —insistió.

—Siempre fuiste impaciente —le recordé—. Si jugábamos a un juego de mesa y vos ibas perdiendo, abandonabas. Si no hacíamos lo que vos querías, te ponías de mal humor y arruinabas el día. Siempre fuiste un ególatra. Ahora vas a tener que tenerme paciencia e ir despacio.

—Sí, te voy a tener toda la paciencia que sea necesaria. Y vos —me recordó— me prometiste que me esperarías lo que hiciese falta.

—Sí, Ignacio, te lo prometí. Yo cumplo mis promesas —aseguré y le clave una mirada con intención.

Lo acompañe a la planta baja. Nos besamos en la recepción, incapaces de acabar con el contacto físico.

—No quiero irme —me susurró en el cuello.

—No quiero que te vayas —confesé y mis palabras lo volvieron más audaz.

Me masajeaba un pecho mientras la otra mano bajaba por la raya del pantalón hasta tocarme entre las piernas para luego volver hacia atrás. Yo las separaba ligeramente con el fin de facilitarle el manoseo. Ese momento ahí, expuesta en la recepción de mi edificio, bajo las luces del cielo raso, sometida a sus caprichos lujuriosos era lo más erótico que había vivido.

—Basta —supliqué sin convicción.

—No puedo dejar de tocarte, Cósima. Estoy duro de nuevo, como si fuese un pendejo calentón —añadió con un acento entre sorprendido y enojado que me hizo reír.

Detuve el beso y lo sujeté por las mandíbulas.

—Por favor, llámame cuando llegues o mandame un mensaje. Voy a estar intranquila hasta saber que llegaste bien.

Asintió con expresión severa y un ceño profundo. Me dio un último beso duro, casi enojado, y se fue. Lo seguí con la vista a través del vidrio de la puerta de ingreso y aguardé con el aliento contenido a que se diese vuelta y me saludase antes de desaparecer de mi campo visual. No me defraudó, lo hizo, se giró y me miró. Le devolví una sonrisa de labios emocionados y sacudí la mano para saludarlo. Él, en cambio, dibujó una frase con los labios, me pareció que decía “te amo”, pero no habría podido asegurarlo. Un instante después se había ido y a mí se me estranguló Ja garganta.

Volví a mi departamento y fui completando las tareas y los ritos nocturnos con el celular pegado a mí. Hasta que media hora más tarde, la campanilla del teléfono me avisó del ingreso del mensaje de Lanz:

“Llegué bien. Ya te extraño. Gracias por el mejor domingo de mi vida.”

“Gracias por avisarme que llegaste bien. Y gracias por este domingo inolvidable. Que descanses.”

“Vos también, amor mío”.

Me quede mirando ese “amor mío” y de nuevo la sensación de incredulidad me sumergió en un instante de estupor. No dormí. Horadaba la oscuridad del dormitorio mientras escenas y retazos de las conversaciones con Lanz invadían mi mente y me elevaban las pulsaciones Una sonrisa permanente me estiraba los labios. De nada sirvieron la meditación ni los ejercicios

respiratorios. A eso de las seis abandónela cama y me metí en la ducha para darme un largo baño. No me sentía cansada ni tenía sueño. Por el contrario, una energía inusual para un lunes me impulsaba hacia delante.

Tras darle de desayunar a Bernie salimos, yo sin haber comido pues me dirigía al laboratorio por una extracción de sangre para los controles anuales. La sala de espera estaba a reventar. Ocupé un sitio e intenté hacer unas anotaciones para la conferencia que tenía que dar el viernes sobre estrategias metodológicas para el abordaje de niños del espectro autista. Se trataba de un encuentro muy importante que se celebraría a lo largo de la semana en el hotel Intercontinental. A mí me tocaba exponer el viernes a las seis y media de la tarde; era la última disertante del evento. Por mucho que me esforzase una y otra vez retornaba a lo vivido con Lanz la noche anterior.

Llegué más tarde de lo previsto a la fundación. Entré en mi despacho faltando cinco minutos para las diez. En medio de mi escritorio había un ramo de gerberas que me detuvo sobre mis pasos.

—Espectacular, ¿no? —comentó Marita detrás de mí.

Me acerqué. Eran de la misma florería de las rosas. ¿Cuántas gerberas había? ¿Cincuenta también? De dos colores, blancas y un rosa bebé, conformaban un ramo sublime.

—¿Ahora por qué te las manda? ¿Para agradecerte por la quinta clase de equinoterapia de Nachito? —se burló Marita, que más que una asistente era una gran amiga.

Se desempeñaba como mi secretaria desde la época en que tenía el consultorio en la avenida Callao. Conocía de mí, de mi vida, de mis pérdidas y logros, y había estado a mi lado en cada instancia. La quería tanto como a Naty.

—No sé por qué me las manda —mentí, pues todavía no estaba dispuesta a hablar de Lanz.

Tomé el pequeño sobre pegado al cristal del jarrón. Lo rasgué con el abrecartas, extraje la tarjeta, una personal de Lanz. De su puño y letra decía: Te amo, amor mío. Para siempre. Sentí una flojedad en las piernas y frío en la cara, Apoyé una mano sobre el borde del escritorio.

—¿Cosi? —se preocupó Marita—. ¿Qué pasa? ¿Qué dice? Estás blanca como el papel.

—Por favor —hablé con la boca seca y pastosa—, traeme un café con leche. Estoy en ayunas.

—Sí, claro —dijo y salió con aire apurado para volver enseguida sobre sus pasos mientras interceptaba a Vivian, que pretendía irrumpir en mi consultorio.

—¡Señora, por favor! —exclamaba Marita en una inusual voz elevada—. La licenciada Facchinetti...

—Hacete a un lado —ordenó Vivian—. Lo que he venido a decirle a la licenciada Facchinetti no me tomará más de dos minutos.

—Está bien, Marita. Déjanos a solas, por favor.

—Pero...

—Está bien —insistí.

Marita cerró la puerta y yo le ofrecí a Vivian con un ademán que tomase asiento.

—Voy a permanecer de pie —declaró y me limité a asentir, aunque me habría gustado sentarme; la languidez se acentuaba.

—Usted dirá —la invité a hablar.

—No te hagas la mosquita muerta. Sabés muy bien por qué estoy acá. —Sus ojos cayeron en el ramo de gerberas—. ¿Te las mandó mi esposo?

—Señora Lanz Reuter —dije y traté de ocultar el temblor en la voz—, mi paciente llegará en pocos minutos. Le pido que sea breve.

—¿Vos te creés que un tipo como Ignacio se va a conformar con una como vos? Se va a sacar las ganas como ha hecho antes con otras, pero va a volver conmigo, como siempre. Conmigo —remarcó y se clavó el índice en el pecho cubierto por un sacón bellissimo de cachemira rosa pálido y un lazo que le remarcaba la cintura diminuta. Me pareció la mujer más hermosa que había visto en vivo y en directo.

—No sé de qué me habla —mentí mientras sujetaba la tarjeta donde el esposo de esa mujer me juraba amor eterno.

La situación era grotesca. ¿Cómo había acabado en medio de las rencillas de esos dos seres mundanos y egoístas?

—¡Ja! No sé de qué me habla —se burló—. Sólo te digo una cosa, licenciada Facchinetti: mantenete lejos de mi esposo y de mi familia.

—Si eso era lo que vino a decirme, ya lo hizo. Ahora la acompaño hasta la puerta.

Mi frialdad e indiferencia la hicieron rabiar.

—Lo voy a destruir, Cósima —afirmó con los dientes apretados y su onda de malicia me detuvo en seco—. De vos depende que Ignacio termine preso por evasión fiscal y corrupción o siga en libertad. Si él me deja por vos, voy a destruirlo. Conozco varios secretos sucios de mi marido que lo conducirían directo a la cárcel. Si te veo cerca de él...

—Su esposo viene seguido a la fundación porque su hijo se trata aquí —le recordé.

—Algo que termina en este momento. Mi hijo no volverá a poner pie...

—¡No puede hacer eso! —me descontrolé—. Nachito está registrando unos avances increíbles desde...

—Me importa una mierda. Mi hijo se mantendrá lejos de vos y de tu fundación. —Alzó el índice y me apuntó—. Ya sabés, Cósima. Mantenete muy, pero muy lejos de Ignacio, o vos serás la culpable de que termine tras las rejas.

Giró sobre sus talones y se alejó hacia la puerta. Cerró con un golpe, que ahogó la música zen y perturbó la paz del instituto. Me dejé caer sobre la butaca. Temblaba. El cuerpo se me había cubierto de un sudor frío, al tiempo que espasmos de calor sofocante me obligaron a quitarme el suéter. Marita, sin decir palabra, me acercó un vaso con agua y me obligó a beber.

—Toma —dijo y me ofreció un caramelo de leche—. Comelo. Necesitas una dosis fuerte de azúcar.

—Gracias. —Me lo puse en la boca—. Comunícame con el ingeniero Lanz Reuter, por favor.

—Enseguida.

Inspiré profundo varias veces para bajar las pulsaciones, que debía de tener en ciento cincuenta, en vano, pues cuando sonó mi teléfono y Marita dijo: “El ingeniero en la línea”, el corazón me pateó el pecho y se lanzó a bombear como si estuviese participando de una maratón. Mi secretaria colgó y yo me quedé muda con el auricular sobre la oreja, apretándolo fuerte.

—¿Amor? —dijo Lanz, y su voz entre preocupada y contenta además de la dulce palabra empleada me causaron una tristeza que me anudó la garganta.

Carraspeé antes de hablar.

—Sí, soy yo.

—¿Recibiste las flores? ¿Leiste la tarjeta? —Su ansiedad casi infantil me resultaba tan familiar. Sin remedio los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Ignacio... —dije y se me quebró la voz.

—¿Cósima? —se alarmó—. ¿Qué pasa? ¡Hablame! ¿Estás bien?

—Estoy bien —aseguré y busqué reponerme para no preocuparlo.

—Te noto mal. ¿Qué pasa?

—Vivian acaba de estar aquí, en la fundación.

—¿Ah, sí? ¿Lo fue a llevar a Nachito?

—No. Vino para decirme que si vuelvo a acercarme a vos te va a denunciar. Dice que puede hacer que acabes en la cárcel.

—¡Qué! Loca de mierda —masculló entre dientes—. ¿Te hizo algo? ¿Te golpeó?

—No. Me dijo también que ya no permitiría que Nachito se tratase en la fundación.

—¡Sí, claro! Sobre mi cadáver —declaró y a mí la frase me paralizó de miedo.

—¿Puede hacerte daño, Ignacio? ¿Tiene cómo cumplir su amenaza?

—No —respondió, pero a mí me sonó poco seguro.

—No me mientas, te lo suplico.

—Está como loca porque esta mañana le dije que hoy me reuniría con el abogado para preparar la solicitud de divorcio que presentaremos en el juzgado. Amor, no sabes cuánto lo siento. Siento mucho que esa desequilibrada haya ido a molestarte por mi culpa.

—Ignacio —lo interrumpí—, creo que será mejor que no nos veamos por un tiempo, al menos hasta que...

—¡No, Cósima! —se enfureció—. No podés dejarme por culpa de...

—Ignacio —le hablé con voz firme y me puse de pie, más repuesta—, tenés que ser razonable. Es hasta que resuelvas tu situación con ella. No hablaba por hablar. Creo que es peligrosa. Si conoce algo que pueda perjudicarte lo va a usar. Confiá en mi palabra. Me he pasado la vida estudiando el comportamiento de las personas y ella no amenazaba en vano. Si sabe que nos vemos usará toda la artillería a su disposición.

—Estás castigándome porque estás enojada a causa de esa loca de Vivian. Me estás castigando con lo más duro, Cósima. Yo no puedo ni quiero vivir sin vos.

Solté un suspiro y me cubrí los ojos con la mano. ¡Qué caprichoso y egocéntrico era!

—No quiero perjudicarte —traté de razonar.

—Me destrozás alejándome de vos. Me perjudicás muchísimo haciéndome a un lado.

—Sólo por un tiempo, lo que lleve que vos consigas un acuerdo ella. —Por favor

—Eso podría llevar meses, Cósima. ¿Para vos es lo mismo pasar meses sin mí que conmigo? —me desafió.

—No, claro que no.

—Parece que sí —me soltó, enojado.

—¡Lo hago por vos, Ignacio! Para protegerte. ¿Es que no te das cuenta de que es tan doloroso para mí como lo es para vos? Pero prefiero sacrificarme para protegerte que verte envuelto en un problema legal por mi culpa.

Lo oí exhalar con fastidio y hartazgo.

—Deja a Vivian en mis manos. No puede hacerme nada.

—Soluciona tu situación con ella y después volvé a mí.

Ignacio

Me dijo: “Soluciona tu situación con ella y después volvé a mí” y cortó. Me quedé mirando el auricular como un idiota. Intenté llamarla de nuevo a través del celular y también por el número de la fundación, pero no quiso saber nada; no me atendió. La semana que había empezado de la mejor manera se destruía antes de alcanzar el mediodía del lunes.

—¡Vivian y la concha de tu madre! —exclamé y le di un puñetazo al escritorio.

A punto de llamarla, desistí. Era lo que buscaba. Ya nos habíamos agarrado en casa esa mañana mientras me disponía a partir hacia el Saint Peter’s para solucionar el problema de Montserrat. No me sorprendió encontrarla en la cocina cuando bajé a desayunar. Sabía que había vuelto de La Plata. Me había topado con su Audi en la cochera al llegar por la madrugada de lo de Cósima.

—¿No ibas a quedarte con tu mamá hasta que le diesen el alta?

—La dejé con mi prima y me vine para proteger lo que es mío —replicó y me lanzó un vistazo furibundo.

Como los chicos estaban desayunando a pocos metros, le indique que me siguiese y la conduje a mi despacho.

—¿Qué te pasó en la frente?

—Nada —desestimé.

—Ignacio, decime qué te pasó en la frente.

—No tengo que decirte nada, Vivian. A las once tengo la reunión con el abogado para arreglar las condiciones del divorcio. ¿Querés que él se ocupe de tu parte o preferís elegir uno de tu confianza?

—No va a haber divorcio, Ignacio. ¿Cuándo lo vas a entender?

—El divorcio ya es un hecho. ¿Por qué no lo aceptás y nos ahorramos problemas y discusiones inútiles?

—Nunca le voy a dar el divorcio.

—No es cuestión de que me lo des o no. El que lo otorga es el juez —le informé— es sólo basta la solicitud de uno de los cónyuges. En el interín quiero que te mudes al departamento de Figueroa Alcorta. El cónsul alemán acaba de desocuparlo. Voy a mandar limpiarlo para que te instales ahí hasta que todo termine.

—Vos tenes un pedo que no ves —se burló y se cruzó de brazos—. Yo de mi casa no me muevo.

La mire directo a los ojos, en tanto me cuestionaba cómo una vez me había calentado. En esa instancia no la habría tocado ni con el palo de la escoba.

—¿Qué quieres para hacer esto más fácil?

—Quiero a mi marido conmigo. Sólo eso.

Di media vuelta y salí. Montserrat ya me esperaba en la camioneta. Arranqué el sobretodo del placard del ingreso y salí al frío de la mañana todavía oscura. Hugo me abrió la puerta trasera y salté dentro, huyendo de la casa que el día anterior había encerrado un paraíso.

—¿Qué pasa con mamá, papi? —quiso saber Montse—. ¿Se van a separar?

La besé en la coronilla y la atraje hacia mi cuerpo, experimentando por esa criatura un sentimiento de protección como no me había inspirado antes.

—Vos no te preocupes por eso.

—¿Qué te pasó en la frente? —se alarmó.

—Me tropecé y me caí. Anoche me dieron puntos.

—¿Te duele?

—No, mi amor, no me duele ni un poco. Ahora quiero que nos concentremos en la reunión que tendré con la directora. Recordame el nombre de tu amiga. Nombre y apellido —aclaré.

—Luna Daniela Stadelmann.

—Luna Daniela Stadelmann —repetí, enternecido por el detalle del segundo nombre.

Hicimos el resto del viaje conversando acerca de Luna y de las maldades a las que el tal Federico Carli la sometía.

—¿Cómo se llamaba la chica a la que le hacías bullying, pa? —quiso saber Montserrat y me tomó por sorpresa.

—Cósima —respondí sin meditar la cuestión.

—¿Cósima? —Rió entre dientes—. Como tu amiga Cósima.

—Era ella a quien le hacía bullying, a mi amiga Cósima.

—¿En serio? —Sus ojos grandes y verdes me contemplaron con perplejidad—. ¿Y ahora son amigos?

—Sí, somos amigos —aseguré.

—¿Te perdonó?

—Sí, me perdonó.

—¡Que buena es Cósima!

—Sí —acordé—, es la mejor persona que conozco.

Liquidé el asunto en el Saint Peter's en veinte minutos. No estaba de humor para soportar las pelotudeces de la directora, así que las encaré, a ella y a la maestra de Montserrat sin preámbulos y las amenacé con denunciarlas al Ministerio de Educación por no haber sabido manejar un caso de bullying que tenía lugar bajo sus narices.

—Yo no sabía que Federico hostigaba a Luna —se defendió la maestra.

—Hostiga —aclaré con duro acento—. Usemos el tiempo presente, Carli hostiga a Luna Stadelmann y usted lo sabía porque mi hija se lo dijo. Ella sostiene que, como Carli es su predilecto, usted no toma medidas. ¿Por qué es su predilecto? ¿Es el hijo de una amiga, tal vez? Quizá sería bueno investigar para saber el porqué de esta predilección.

—¡Federico Carli no es mi predilecto! —se defendió la maestra con los cachetes nutridos y rojos—. Les doy a todos mis alumnos el mismo trato.

—Bueno, bueno —intervino la directora—, no es necesario alzar el tono ni amenazar.

—Es usted la que amenaza con expulsar a mi hija, que se limitó a defender a una amiga que está siendo hostilizada psicológicamente por un alumno, intervienen ustedes o yo tomaré cartas en el asunto. Eso sí, no me ando con chiquitas. El mejor bufete de Buenos Aires les caerá encima con una demanda por incumplimiento de funciones y negligencia en el ejercicio de la profesión que las dejará en la calle antes de fin de mes.

—Nadie expulsará a la querida Montserrat —claudicó la directora—. Ella es una de las mejores alumnas de su grado, ¿verdad, Lilia?

—Sí, la mejor junto con Luna —respondió la otra idiota, todavía alterada.

—Yo no estaba al tanto de esta situación entre Luna y Federico defendió la directora.

—Debería haberlo estado —interpuse—. Es parte esencial de su trabajo.

La reunión acabó unos minutos más tarde. Como conocía el colegio como la palma de mi mano, sabía dónde estaba el grado de Montse. Transitar de nuevo esos pasillos y subir por las escaleras me trajo memorias de los tantos años que había transcurrido allí. Sobre todo me trajo memorias de mi adorada Cósima.

Abrí la puerta del grado, a cargo de la secretaria de la directora mientras la maestra se reunía

conmigo.

—¡Papi! —exultó Montserrat.

Abandonó el pupitre y corrió a mis brazos.

—Vos y Luna pueden estar tranquilas. Nadie volverá a molestarlas a ninguna de las dos. Señálame a Federico Carli.

Montse lo hizo. El pendejo me contemplaba, azorado, como todos los demás, desacostumbrados a una irrupción de ese tipo. Me vi reflejado en esa cara fachera, el pelo rubio ensortijado y los ojos celestes. Debía de creerse un dios, como yo me había creído a su edad, sin saber que en realidad era un idiota. Le clavé la vista y el chico, tras unos segundos de desconcierto, la bajó. El mensaje le había llegado claro y fuerte.

Abandoné el Saint Peter's y sólo pensaba en contarle a Cósima mi exitosa gestión con esas dos estólicas. Llamé a Romina y le pedí que fuese encargando cincuenta gerberas para la licenciada Facchinetti.

—Indícales que las lleven primero a mi oficina.

Cerré los ojos e inspiré para relajarme. Estaba tenso, pero sobre todo feliz. Tan feliz. La noche anterior con Cósima me había marcado para siempre, lo sabía. No había retorno después de lo compartido con ella. Una alegría desconocida me tenía el corazón batiendo fuerte, con una energía que me salvaba de sentirme cansado después de la noche en vela, porque no había pegado ojo, ni siquiera tras el baño que me había dado para relajarme al volver de lo de Cósima. Bajaba los párpados buscando dormirme y me excitaba al recordar sus tetas ofrecidas a mí como tantas veces las había imaginado desde que se las descubrí a los quince.

En realidad eran más de lo que había imaginado. Más grandes, más blancas, mis suaves, más pesadas. Qué perfecta era mi mujer desde todo punto de vista.

Me apoyé el puño en la boca para disimular la sonrisa que afloró al evocar su primer orgasmo. Sólo había bastado tocarle los pezones para que se disolviese entre mis brazos. Su naturaleza apasionada era algo inesperado, lo admitía, un aspecto más de ella que me volvía loco y que me tenía como un idiota.

Romina se sorprendió al verme de tan buen humor, pese a la herida en la frente; solía ser un perro enojado los lunes por la mañana y nunca llegaba tan temprano. Estábamos repasando los compromisos de la semana cuando trajeron las gerberas, un soberbio ramo, de exquisita confección. Lo estude. Lo componían cincuenta flores, veinticinco blancas y veinticinco en un rosa tenue. La combinación me hizo pensar de nuevo en las tetas de Cósima, en su piel lechosa y en el color de los pezones que había pasado de un rojo encarnado mientras se los excitaba a un rosa pálido tras el orgasmo, un rosa muy parecido al de las flores.

Saqué una tarjeta y escribí en el reverso lo que tenía en la mente desde el día anterior. Te amo, amor mío. Para siempre. La coloqué en un sobre pequeño y lo selle con mi propia saliva. Ella me había pedido fuésemos despacio. Mi interés le causaba recelos, la asustaba; mi situación de hombre casado la volvía cauta. Decirle que la amaba, ¿serviría para aplacar sus dudas?

Me llamó a eso de las diez y media. Conversaba con Justa por el celular; organizábamos un almuerzo con su hermana para el jueves.

—Aguarda un momento, hija. Tengo a Romina por el hijo.

—Sí, pa, te espero.

Por costumbre tapé el micrófono del celular antes de responder.

—¿Romina?

—La licenciada Facchinetti pide hablar con usted. Le digo...

—Cada vez que llame a la licenciada Facchinetti —la interrumpí— me pasas, aunque esté en una reunión. ¿Está claro?

—Sí, ingeniero.

—Espera un momento. —A Justa le dije: Tengo que cortar. Arregla con tu hermana y las espero aquí el jueves para almorzar.

—Sí, pa. Besos.

Cortamos. Me puse de pie, exultante ante la idea de oír su voz. No veía la hora de que me dijese qué le habían parecido el ramo y la tarjeta. ¿Me había desubicado? ¿La había impresionado? ¿Estaría emocionada o atemorizada? Al final mis gerberas y la tarjeta no sirvieron de nada. Vivian se había ocupado de arruinarlo. Y ahora Cósima me decía que no volveríamos a vernos hasta que yo solucionase la situación con mi ex. Sentí que me metían un gancho en la boca del estómago.

Hugo me recordó que teníamos que ir a lo del abogado; la camioneta me esperaba en la puerta del edificio. Salí con Leopoldo por detrás. Caminaba con las zancadas apuradas y el malhumor esculpido en el rostro. ¡A la mierda la alegría que me habían regalado las pocas horas con Cósima! Estaba enojado con ella, debo admitir. ¿Por qué le daba cabida a la imbécil de Vivian? ¿Por qué le permitía que nos arruinase?

En tanto avanzábamos a paso de tortuga hacia la Plaza San Martín debido al tráfico en Paseo Colón, llamé a Sara. Me informó que estaba con Nachito en la Fundación Indiana. Almorzaría allí mismo, en el comedor de los pacientes, y después irían al Hípico para su clase de equinoterapia, a la cual los llevaría Hugo. Me tranquilizó saber que mi hijo estaba cerca de Cósima y que quizá comerían juntos.

—Sara, si la señora Vivian te da cualquier indicación, me llamas y me consultas a mí primero. ¿He sido claro?

—Sí, señor —respondió solícita y discreta; elegía bien a mis empleados.

Osvaldo Merlino, un abogado de casi sesenta años, considerado el mejor en derecho de familia del país, me informó que ya había comenzado a redactar la propuesta de divorcio que presentaría en el juzgado una vez que acabase de reunir los elementos fundamentales para respaldar el pedido, en especial los que avalarían el plan de parentalidad en el que solicitaríamos que Montse y Nachito viviesen conmigo. Merlino sostenía que el reporte de la Fundación Indiana donde se confirmaría la poca cooperación y escasa o nula participación de mi ex durante la evaluación y el tratamiento del autismo de mi hijo sería clave. A favor de Vivian contaba mi pasado con las drogas.

—Estoy completamente limpio desde hace años —aclaré—. Mi terapeuta, el licenciado José Vianes, puede dar fe. A él lo conocí en el instituto donde me recuperé. Hace años que no consumo. Ni siquiera he vuelto a fumar marihuana. Es más, ni siquiera fumo tabaco. Merlino fruncía el entrecejo y tomaba nota—. Amenazó con impedir que mi hijo siguiese yendo a la Fundación Indiana. Cortar el tratamiento sería catastrófico para él.

—Presentaré un recurso de amparo en caso de que su cónyuge cumpla con lo que ha dicho y no creo que tengamos problemas para evitar que siga adelante con una acción tan descabellada, que a todas luces perjudicaría al menor. Pero déjeme decirle que si algo me han enseñado estos años de práctica profesional es que el noventa por ciento de las amenazas queda en agua de borrajas. Le hago una pregunta, ingeniero: ¿por qué su esposa no está de acuerdo con que su hijo siga yendo a la Fundación Indiana? Tenemos que estar preparados. Quizá cuenta con el informe de algún profesional que desacredita a esa institución.

—Me acusa de tener un romance con la directora de la Fundación Indiana —confesé, consciente de que mentirle nos habría puesto en desventaja.

—¿Es cierto? ¿Tiene un romance?

—Sí.

—¿Su cónyuge tiene pruebas?

—Tiene una foto que una amiga de ella nos sacó ayer en el supermercado, estábamos con mi hijo. La invité a pasar el domingo a casa.

Vivian estaba en La Plata. Además de mis Hijas mayores, las de mi primer matrimonio, y mis dos hijos menores, estaba también gran parte del servicio doméstico, que podrá decir que nunca nos quedamos solos ni hicimos muestras manifiestas de afecto. Ella y yo somos amigos desde que éramos chicos. Fuimos juntos el secundario.

—¿La foto es comprometedora?

—En absoluto.

—Bien, bien —dijo el hombre y se acarició el mentón mientras apuntaba la vista al suelo en clara reflexión—. Desde ahora en adelante habrá que evitar cualquier situación comprometedora. Estamos en el momento más delicado del proceso, por lo que le pido mucha discreción. Es más, si no se viese con esta persona durante este tiempo sería lo mejor. Ahora cualquiera con un celular puede tomarle una foto o filmarlo en una situación comprometedora que lo dejaría mal parado frente al juez.

—Esta mañana Vivian se presentó en el consultorio de la doctora Facchinetti, la directora de la Fundación Indiana —aclaré—, y la increpó diciéndole que si seguía conmigo me denunciaría por evasión fiscal para que yo terminase preso.

Merlino tomaba nota y asentía.

—Muy importante esto que me refiere. Muy importante —recalcó—. Sacaremos provecho para demostrar la inestabilidad emocional de su esposa.

Le expuse que quería que Vivian se fuese de mi casa cuanto antes.

—Es bien propio —aclaré—. La casa es mía desde antes de mis nupcias.

Merlino me aclaró que la propiedad del inmueble no contaba. Sería el juez, a través de la convención reguladora, el que establecería quién se quedaría con la casa que funcionaba como vivienda familiar.

—En tanto el juez dicte sentencia de divorcio, si su mujer no se quiere ir, usted no puede obligarla. Y no lo haga. No vuelva a mencionarlo. Ella podría usar eso en su contra, como un signo de hostilidad manifiesta...

Siguió discurriendo. Yo ya no prestaba atención. ¿Bancarme a Vivian todos esos meses antes del divorcio y sin ver a Cósima, sin tener el desahogo de su abrazo, sin el refugio de sus sonrisas ni el de sus palabras sanadoras? Lo que me había parecido el inicio de la mejor semana de mi vida estaba convirtiéndose en un infierno.

Del bufete le pedí a Hugo que me llevase a casa. Sabía por Elba, la cocinera, que Vivian había salido. Pasé el resto del día allí, solucionando los problemas de la constructora desde el celular y con la computadora, mientras recolectaba cualquier papel o documento comprometedor. Sobre todo quería controlar la caja fuerte de nuestro dormitorio donde guardaba los extractos de mis cuentas offshore que no llegaban a mi domicilio sino que una o dos veces por año, yo personalmente iba a recoger a las dos islas del Caribe donde se radicaban. En la caja fuerte también estaban las joyas de Vivian, por lo que ella sabía la clave.

Entré en el vestidor y corrí el panel de madera detrás del cual se ocultaba la caja de hierro

empotrada en la pared. La abrí y me quedé observando su interior para notar si en la parte destinada a los documentos y papeles veía algo fuera de lo común. No advertí nada, lo cual no significaba que Vivian no los hubiese sacado, fotocopiado y luego vuelto a poner tal como los había encontrado, era muchas cosas, menos desordenada. Casi rayaba en un caso de trastorno obsesivo-compulsivo.

Saqué todo, incluidos los documentos y los pasaportes de los chicos; dejé sólo los de ella y sus joyas. Guarde el botín en una maleta de cabina que llevaría esa misma noche a la constructora para ponerlo a buen resguardo. A las siete, y después de haber jugado un rato con Nachito y conversado con Montse, me preparé para la sesión de las siete y media con José Vianes. Como nunca, necesitaba descargarme con alguien de confianza. Tras ponerlo en autos de la situación le solté lo que más me molestaba; Cósima había decidido de manera unilateral congelar nuestra relación.

—Tenes que comprenderla, Nacho —me instó Vianes—. La licenciada Facchinetti lleva una vida moderada, tranquila, no como la tuya. Un escándalo como el que le armó tu mujer en su consultorio debió trastornarla. No está acostumbrada.

—Debió confiar en mí —argumenté, inflexible.

—Está protegiéndote. El mismo Merlino te aconsejó otro tanto.

—Merlino es mi abogado. Ella es mi mujer. ¿Cómo puede anunciarme así, tan suelta de cuerpo, que no nos veremos hasta que el juez dicte sentencia de divorcio? ¡Podría llevar meses! —me exasperé—. ¿Ella no siente la misma necesidad por mí que yo por ella?

—Insisto —subrayó mi terapeuta—, no está acostumbrada al numerito que Vivian le montó hoy y, para peor, en su lugar de trabajo. ¿Por qué no le das unos días para que se calme y pueda pensar con la mente clara? No la llares, no la visites. Dejala sola. Dale espacio para que vea por ella misma cuánto te necesita.

Me cubrí el rostro con las manos y apoyé los codos en las rodillas. Estaba exhausto, sin mencionar que la herida en la frente me latía dolorosamente. Se me partía la cabeza. Solté un suspiro. ¿Pasaría días sin siquiera oír su voz? Se me presentaba como un desafío imposible. ¿Cuándo había nacido esa dependencia, esa obsesión? Más de treinta y tres años atrás, me recordé, durante un verano que había significado un punto de inflexión en mi vida.

—No se si pueda hacerlo —admití—. Además, tengo tanto miedo de que Lucho y Carlitos la convenzan de que tiene que dejarme. Sobre todo Lucho, que está enamorado de ella. Nuestra relación acaba de nacer. Tengo miedo de... ¡Mierda! —perdí el control—. ¿Por qué, justo ahora que encuentre el amor de mi vida ocurre esto?

—Somos el resultado de nuestras decisiones concatenadas —recordó Vianes—. Vos tenes que resolver cuestiones del pasado antes de disfrutar de un futuro tranquilo con Cósima.

—No quiero perderla.

—¿Por qué crees que la perderías? Por lo que me contaste, ella anoche vivió con la misma intensidad que vos ese momento en su casa, Fue fuerte para ella también. No lo olvidará simplemente porque Vivian la amenazó.

—Sí, fue intenso para ella también. Igualmente me pidió que fuéramos despacio.

—Porque es una mujer prudente y razonable. Vos ni siquiera estás divorciado, Nacho. Tu mujer aún vive con vos. Tenés que ver eso.

—Sí, sí —acepté de mala gana—, lo veo, sólo que me da por las pelotas. Además tengo una gran contra: Carlitos y Lucho —insistí.

—¿Tan inconstante la creés para pensar que dos amigos la convencerán de que no te ama?

—Esos dos son muy importantes para ella. La defendían de mí cuando yo era un hijo de puta con ella. La protegían como yo debería haberla protegido. Como Montse protegió a Luna. ¡Qué imbécil fui!

—Mirá esta situación como una oportunidad.

—Una oportunidad de mierda —me emperre, con el ánimo por el piso.

—Una oportunidad para ponerte en los zapatos de la mujer que decís amar y una oportunidad para respetar su decisión. Demostrole que la respetas. Rara vez o nunca tenés consideración por el prójimo, Nacho; ya lo hemos hablado. Será imposible sostener una relación con una mujer de la talla de Ja licenciada Facchinetti si te comportás como el egocéntrico que has sido toda la vida.

—Eso dolió, José.

—Aquí no venís para que te diga piropos. Esos los obtenés de los que te adulan por tu dinero y tu éxito. Yo te digo la verdad, como, creo te la diría la licenciada Facchinetti. Me atrevo a aventurar que ellan no está entre las personas obsecuentes que te rodean para sacar algún beneficio.

—No, no está —ratifique—. Claro que no está. Ni siquiera aceptó la donación que le ofrecí para terminar unas obras en la Fundación Indiana.

Regresé a casa cerca de las nueve. Los chicos ya estarían en la cama, conjeturé. Como vi que Vivian había vuelto, decidí ir al gimnasio del sótano por el ingreso que daba al garaje. No quería cruzármela; le temía a mi reacción. Allí me hice llevar la comida. Cené escuchando música y pensando. Tomé el calmante con el estómago lleno, sonriendo a la nada mientras evocaba la preocupación de Cósima por que me hiciera daño. Consulte el celular por enésima vez. Nada de ella. Estuve a punto de llamarla y desistí.

Como el cirujano me había prohibido usar las máquinas y levantar pesas, me limité a caminar en la cinta y a hacer bicicleta fija mientras intentaba distraerme viendo las noticias. A las once y media, sintiéndome un trapo viejo, volví a la casa y me encerré en el dormitorio de huéspedes. Me puse bajo la ducha, que caía, pesada, en mi nuca. El calor y la potencia del agua me fueron relajando. Deseé que Cósima estuviese conmigo. Imaginé las tantas maneras en que le habría hecho el amor.

Pese al cansancio, el enojo y la frustración, me resultó imposible no excitarme recordándola correrse para mí. Me masturbé y ya sí, en cuatro patas, me tiré en la cama y dormí hasta las seis de un tirón.

A la mañana siguiente Vivian quiso empezar una discusión y la dejé hablando sola. Me siguió hasta la puerta principal, que le cerré en la cara. Mi indiferencia estaba volviéndola loca. Le indiqué a Hugo que se quedara y se pusiese a disposición de Sara y de Nachito.

—Usá el Mercedes —le indiqué—. Si la señora Vivian interfiere —le advertí— me llamas inmediatamente, sin demoras.

—Sí, señor —contestó Hugo.

Me hice al volante de la camioneta con el fiel Leopoldo a mi lado.

Usando el manos libres llamé al investigador privado. El inútil no tenía ninguna información provechosa.

—Ricardo —dije—, si ves que mi esposa encara para la Fundación Indiana...

—Estuvo ayer por la mañana, ingeniero. A eso de las diez.

—Lo sé. Si encara para allá o para el Club Hípico, me llamas. Enseguida.

—Como usted ordene, ingeniero —dijo el ex agente de la SIDE y cortó sin despedirse, acostumbrado a esa economía en el trato propia de los de su oficio que casi rayaba en la

descortesía.

Se trató de una semana negra, con los quilombos propios de una empresa de la magnitud de la mía y otros platos fuertes, como escenas de histeria de Vivian, que alteraron la tranquilidad de Nachito e hicieron que llorara Montse, y planteos desubicados de mi madre, quien se presentó el jueves por la mañana en mi oficina para reclamarme que no hubiese ido a cenara a su casa la noche anterior, como era costumbre desde que me había casado con su predilecta, la querida Vivian, como la llamaba.

—Vivian llegó sola con los chicos. ¡Tenía una cara! —Me dijo que había estado llorando todo el día porque vos la amenazas con el divorcio ¿Qué dislate es ese, Ignacio?

—No la amenazo con el divorcio, mamá. Ya empecé los trámites para divorciarme. No hay marcha atrás.

—¿Te volviste loco? ¿Cómo se te ocurre dejar a tu mujer, la madre de tus hijos? Encima asegura que la estás dejando por Cósima Facchinetti. ¿No se llamaba así el esperpento gordo y sin clase por el que casi te expulsaron del Saint Peter's?

El discurso de esa mujer que se declaraba mi madre y que me inspiraba de todo menos cariño me hizo ver rojo. Me acordé de cómo sus principios vanos y su vida sin sentido habían delineado la mía. La culpaba por haberme convertido en esa mierda humana. A causa de su superficialidad no había sido capaz de aceptar a Cósima pese a haberla amado desde que tenía trece años, cuando no entendía nada del mundo pero sí tenía clara una cosa: el esperpento me hacía feliz. Me puse de pie abruptamente y mi madre reculó en el sillón. Me incliné sobre ella con actitud amenazante y le apunté con el índice para advertirle:

—Si volvés a referirte con desprecio a la única persona que está haciendo algo por tu nieto, para que tenga una vida plena y feliz, será la última vez que me verás. Te lo juro por la vida de mis cuatro hijos. Ahora retirate. A diferencia tuya y de Vivian, yo trabajo y estoy muy ocupado.

Por fortuna Ema y Justa almorzaron conmigo y me levantaron el ánimo, sobre todo porque me hablaron de Cósima. Las dos habían ido a la Fundación Indiana; Justa el martes y Ema el miércoles. La habían visto y conversado con ella.

—¿Cómo estaba? ¿Cómo la encontraron?

—No muy bien —admitió Ema—. La noté ojerosa. Y en ella, que tiene esa piel de geisha, las ojeras resaltaban muchísimo.

—Mierda —mascullé y bajé la vista.

—¿Pasó algo, pa?

—Vivian fue a encararla el lunes. Le dijo que si no me dejaba me denunciaría por evasión fiscal y yo terminaría preso.

Mis hijas alzaron las cejas, pero no hicieron comentarios. Tras unos segundos en silencio me atreví a confesar:

—La amo desde que tenía trece años. Ella es la persona a la que le hacía bullying porque no cumplía con los cánones de belleza que me había impuesto la abuela. No saben las cosas que le hice pasar, a mi dulce Cósima. Fui una bestia —dije y me mordí la cara interna del labio para sofrenar las ganas de llorar.

—¿Están juntos, pa? —se atrevió a preguntar Justa.

—No. No sé —admití—. Lo estuvimos el domingo durante algunas horas en las que fui muy feliz, pero después, con lo del numerito de Vivian, me dijo que hasta que no resolviese mi situación no me vería. Me hizo mierda.

—Lo hace para protegerte, pa —la defendió Ema—. Tiene miedo de que Vivian cumpla lo

que dijo.

—Lo sé, hija, pero yo estoy dispuesto a arriesgarme con tal de tenerla conmigo.

Justa me pasó la punta de los dedos por la venda, una mucho más discreta, del color de la piel, que el cirujano me había cambiado el día anterior tras hacerme una curación.

—Pa —dijo con su acento dulce—, te voy a contar algo que te va a alegrar.

—¿Qué? Si vas a decirme que estás por casarte con Mauricio no sé si me vas a alegrar. Estoy un poco celoso de ese chico.

Justa y Ema rieron.

—No, pa. No se trata de Mauri. Se trata de Cósima. Mañana a las seis y media de la tarde diserta en una convención sobre autismo, una de las más importantes del mundo, que este año se celebra en Buenos Aires. El martes, cuando fui a la entrevista con la jefa de Recursos Humanos, después fui a verla a ella y me dio un pase para asistir mañana a la convención.

Le acaricié la mejilla y me esforcé por sonreírle.

—Me alegra que vos y Cósima estén haciéndose amigas. Me alegra que ella esté guiando tu carrera como psicóloga. Es una de las mejores personas que he conocido en mi vida, sin exagerar.

—¿No querés ir a verla? —se interesó Ema.

—No tengo pase. En esas convenciones son muy rigurosos por cuestiones de seguridad. No es que te podes colar así como así.

—No hace falta que te cueles —anunció Justa con aire intrigante—. Es en el salón de convenciones del hotel Intercontinental.

—¡La convención es en tu hotel, pa! —exclamó Ema, toda sonrisas y ojos chispeantes—. ¿No es la casualidad más causal del mundo ever?

Habíamos comprado el ochenta por ciento del paquete accionario del Intercontinental, uno de los hoteles más lujosos de Buenos Aires, en el 99 cuando lo convencí a mi viejo de diversificar el negocio y empezar a invertir en bienes raíces, sobre todo las relacionarlas con el esparcimiento y con proyectos residenciales de lujo. El anuncio de mis hijas significó un destello de esperanza, que palpitó débilmente en medio de la oscuridad asfixiante. ¿Me atrevería a ir a verla? Vianes me había dicho que respetase su decisión. Sólo que yo era demasiado egoísta para hacerlo.

El destello palpitó con mayor intensidad cuando, tras despedirme de mis hijas, tomé coraje y llame a Carlitos.

—Discúlpame que te moleste —dije de entrada—. Sé que no soy santo de tu devoción, pero estoy hecho pelota y necesito saber cómo está ella. Mis hijas la vieron esta semana y aseguran que no está bien.

Carlitos suspiró del otro lado de la línea.

—No, no está bien —admitió, y tuve que sentarme porque las rodillas me flaquearon.

—Carlos, la amo y no quiero lastimarla.

—Lo sé —me interrumpió—, sé que la amás. Lo sé desde que éramos chicos —añadió y me dejó sin palabras—. Tanta hostilidad no era normal. Podría haberse entendido durante el primer año, pero después ya era un chiste viejo y sin embargo vos seguiste persiguiéndola y molestándola durante todo el secundario. Lo que confirmó mi sospecha, que estabas enamorado de ella, fue lo que le hiciste en la fiesta de egresados.

—Sí —acepté y descansé la frente en la mano—. Y eso que no sabes las cosas que hice después.

—¿Qué cosas?

—Puff... Organizar fiestas en mi quinta con los chicos del curso sólo para ver si tenía suerte y ella iba. Mandarlo a Alberto Maggi a que averiguase cómo estaba. Hasta llegué a contratar un investigador privado para que la siguiese y me dijera todo acerca de ella.

—¡Me estás jodiendo! —exclamó Naum y dio una risotada—. ¿Cósima sabe todo esto?

—Se lo confesé el domingo en su casa. Estoy desesperado, Carlos. No sé qué hacer. Temo perderla. Temo que Lucho...

—Olvidate de Lucho —me frenó—. Ella no lo ama y Cósima es muy fiel a sus sentimientos. No se va ir con Lucho por despecho con vos. Ella no funciona así.

—Pero Lucho podría llenarle la cabeza en mi contra y...

—El problema es que no te tiene en la cabeza, Lanz. Te tiene clavado en El corazón, y de ahí no te saca nadie. Ni siquiera yo. Y yo no quiero hacerlo. Me eché a reír con un sonido gangoso, nacido de la emoción.

—¿Por qué no querés hacerlo?

—Porque desde que murieron su esposo y su hijo es la primera vez que veo que sus ojos brillan. Y brillan cuando habla de vos. Y por eso te estoy agradecido y trato de olvidar cuánto te odié durante cinco años por hacer sufrir a una de las personas que más amo en este mundo.

—Gracias —susurré con humildad y en un hilo de voz.

No bien corlé con Naum llamé por el intercomunicador a Romina.

—Quiero hablar con el licenciado Pérez Rovira, el gerente del Intercontinental

—Enseguida, ingeniero.

Capítulo VII

HABITACIÓN 2316

Cósima

El dolor que significó alejarme de Lanz me asustó; me hacía acordar del experimentado tras la pérdida de Horacio y de nuestro hijo. Saber que lo lastimaba me sumía en un abismo de tristeza intolerable.

Ese lunes, tras haberle comunicado mi determinación, me sentí mal y tuve que irme a casa. Marita se ocuparía de asignar mis pacientes entre las profesionales de la fundación y yo me permitiría una jornada para sentir pena de mí misma.

Me lo pasé echada en la cama, con Bernie a mi lado, que cada tanto alzaba los ojos, me miraba y gimoteaba.

—Ya va a pasar —le decía sin convicción y lo acariciaba bajo el hocico.

Tenía varias llamadas y mensajes perdidos de Lanz y Marita me escribió para decirme que también había intentado contactarme a través del teléfono de la fundación. Estaba desesperado. Su angustia y su ansiedad me alcanzaban desde la distancia. Cerraba los ojos y me lo imaginaba tenso, nervioso, y mi determinación flaqueaba. Leía su tarjeta, que no había apartado de mi lado, y estiraba la mano para tomar el celular y llamarlo. Enseguida me obligaba a recordar la figura esbelta de Vivian que irrumpía en mi consultorio y ganaba determinación. “No lo vas a ver hasta que esos dos resuelvan sus asuntos”, intentaba convencerme.

Vivian. ¡Qué hermosa me había parecido! Aún más que el día en que había concurrido para la primera cita. Era alta, medía alrededor de un metro setenta y cinco. Poseía rasgos de una belleza contundente. Sus ojos verdes y almendrados captaban de inmediato la atención. El día anterior, mientras intentaba disimular el impacto causado por el lujo de la mansión de Lanz, me había detenido a mirar los tantos portarretratos que decoraban la enorme sala. En todos ella brillaba, siempre joven, hermosa y fotogénica. Había experimentado unos celos negros al ver a Lanz y a ella solos en varios retratos; parecían muy enamorados.

Carlitos fue a visitarme el lunes por la tarde. Me llamó para avisarme que estaba cerca y entró con sus llaves. Yo ni siquiera me molesté en dejar la cama.

—No digas nada —expresó a modo de saludo desde la puerta de mi dormitorio—. Marita me lo contó todo.

—Fue horrible —admití y palmeé el borde de la cama para que se sentase.

—Puedo imaginarlo —dijo y se sentó—. Pero si la mujer reaccionó así es porque él le dijo que iba a dejarla. Sí no, ¿por qué habría hecho semejante escena? —Nos miramos en silencio—. ¿Qué pasó anoche con Lanz, Così?

—Nada pasó —respondí a la defensiva—. Bueno, nada y todo. Nos besamos.

—¿Y?

—Y me encantó —admití y Carlitos carcajeó por lo bajo—. Creo que a él también le gustó. Esta mañana, cuando llegué a mi consultorio, me había enviado flores y esta tarjeta. —Se la extendí.

Carlitos la leyó y soltó un silbido.

—Está más metejoneado de lo que imaginaba —aseguró y me quitó un rulo de la frente.

—Le dije que no volvería a verlo hasta que solucionase el problema con su mujer.

—Debió joderle, al rey de Saba.

—Sí, se enojó. —La voz se me estranguló al recordar sus acusaciones—. Me dijo que estaba castigándolo por lo de Vivian y que para mí era lo mismo estar con él que sin él. Estoy lastimándolo y no lo soporto.

—Bueno, bueno —me consoló mi amigo mientras me abrazaba y me palmeaba la espalda—. No le vendrá mal a Lanz que le golpees un poco el ego.

—Lo hago para protegerlo y él no lo entiende. Su mujer está dispuesta a mandarlo a Ja cárcel y él pretende seguir como si nada. ¿Por qué quiere arriesgarse?

—¿Tan segura estás de que podría hacerlo? Enviarlo a la cárcel, me refiero. ¿Tan mal pensás de él?

—Carlos —dije y me aparté para secarme las lágrimas con el rebozo de la sábana—, en este país no hay empresario que no evada impuestos. Lanz no ha de ser la excepción. Eso lo tengo claro. Además, cuenta lo que nos dijo Huergo, que se sospecha que está en tratos non sanctos con el gobierno.

—¿Y a vos no te molesta?

—No —admití—, lo cual es muy preocupante. ¿Ya no tengo principios ni moral?

—Los tenes, sólo que Lanz es tu debilidad. Tu talón de Aquiles. Todos tenemos uno. Pero tal vez sea mejor que te mantengas firme. Si él realmente te ama, hará lo necesario para poner orden en sus asuntos. Si en verdad quiere recuperarte, que lo demuestre haciendo lo que le pediste. No des el brazo a torcer. Vos sos muy valiosa. Così, y Lanz lo sabe.

Al día siguiente me levante más tranquila después de una noche de sueño reparador. Hablar con Carlitos, como siempre, había resultado terapéutico. Apenas llegué a la fundación le pedí a la gerenta de Recursos Humanos que se comunicase con Justa Lanz Reuter y que la convocan para una entrevista. Un rato más tarde no me sorprendió enterarme de que había aceptado concurrir ese mismo martes, a las tres. A media mañana, entre paciente y paciente, me entrevisté con la psicólogo que estaba desarrollando el módulo de teatro y le comenté acerca de Ema. Se mostró entusiasmada de contar con la colaboración de una estudiante de Arte Dramático. La llamé y la hija de Lanz aceptó visitarnos al día siguiente.

Se habría podido calificar de tonto, pero ver a Justa y a Ema me hizo sentir cerca del padre. Después de los intentos del lunes no había vuelto a llamarme ni a enviarme mensajes. ¿Se habría rendido? ¿No lucharía por mí, desilusionado por lo que él consideraba una decisión fría y severa? En varias ocasiones estuve a punto de ceder a la tentación y preguntarle a Justa cómo estaba su padre. No lo hice; ella tampoco lo mencionó. Creo que la invité a la convención del viernes en el hotel Intercontinental con la esperanza de que se lo comentase a Lanz. Me sentí una chiquilina.

Ema, en cambio, más desfachatada y segura, me habló de su padre sin andarse con vueltas.

—Creo que papá está enamorado de vos, Cósima.

—Oh —balbuceé.

—Lo hablé con Justa el domingo, después de haber pasado el día con ustedes, y ella opina lo mismo. Es otro desde que está con vos.

—Tu padre no está conmigo. Es un hombre casado —le recordé.

—Casado a punto de divorciarse —retrucó—. Y sí, ya sé que no está con vos ahora, pero ¿le vas a dar bola cuando se divorcie de Vivian?

Lo descarado de la pregunta y la expresión adorable con que me miró me hicieron reír, lo cual fue sanador en medio de tanta angustia y confusión.

—Sí —contesté, pues ¿de qué habría valido mentirle?

—Gracias por tu sinceridad. Me confirma lo que pienso— que sos una mina excelente.

—Gracias —farfullé, reprimiendo una sonrisa.

—Él parece que se lleva el mundo por delante, y se lo lleva. L importa poco del resto, pero también hay un costado bueno en él, que esconde porque tiene la idea de que lo debilita frente a los demás. Para papá los demás son todos enemigos. No confía en nadie, creo. Mamá dice que papá se crió en un ambiente muy hostil y esnob siendo que en realidad él es muy sensible y bueno. Construyó esa coraza de macho pintón y mundano para adaptarse y complacer. Según mamá, tía Nora no supo construir esa coraza y por eso murió de leucemia.

—Estoy de acuerdo con tu madre —manifesté mientras intentaba ocultar la emoción que me causaba el empeño de esa hija comprometida en una gesta por salvar el buen nombre del padre—. Vos, Justa, Montse y Nachito son la expresión más pura de ese lado bueno de Ignacio.

—Yo creo —dijo Ema— que vos sos la expresión más pura de su lado bueno. Si te quiere a vos como compañera, una mina con valores y buen corazón, es porque por fin decidió romper la coraza y mostrarse tal cual es. Y ser feliz. Papá nunca ha sido feliz.

Asentí y apreté los labios para controlar las ganas de llorar. Sabía que si pestañeaba, las lágrimas caerían. Pestañeé. Cayeron. Ema estiró la mano a través del escritorio y apretó la mía.

—Tenele paciencia, Cósima.

—Sí —murmuré con acento congestionado—. Toda la que sea necesaria.

—Gracias.

El mutismo de Lanz se prolongó durante los días siguientes mientras las gerberas se deterioraban a ojos vistas, como si mi ánimo vencido las contagiase y las doblgara en el jarrón de cristal. Yo me esforzaba por atravesar la jornada con actitud profesional y no demostrar en qué páramo se había convertido mi interior, sobre todo porque los pacientes, con su sensibilidad extrema, captarían mi desazón y se inquietarían. A pedido mío, Marita me informaba cuando Sara y Nachito llegaban para su sesión diaria. Temía que Vivian cumpliera la promesa y les prohibiese asistir. En una oportunidad me quedé observándolo a través de la cámara Gesell, viendo en él al padre. ¡Cuánto lo amaba!

El jueves almorcé con Lucho y, a riesgo de ser cruel y de lastimarlo, le conté que el domingo había iniciado una relación con Lanz para romperla casi de inmediato debido a las amenazas de su mujer.

—Siempre será igual con él, Così —opinó—. Es de esos tipos que están permanentemente enredados con mujeres y con quilombos.

La comida me cayó como plomada porque sabía que Lucho decía la verdad. Carlitos me encontró ese jueves tarde en la fundación, mientras me empeñaba en terminar los Power Point para mi conferencia del día siguiente.

—¿Qué pasa? —se preocupó—. Ayer estabas mejor después de la charla con Ema Lanz Reuter y ahora tenes una cara de velorio que ni te cuento.

—Estoy cansada.

—Cansada y triste. Más bien, hecha pelota.

—Lucho me dijo algo al mediodía que me hizo mal.

—No le des bola. No ve de los celos.

—Pero tiene razón, Carlos. Dice que Ignacio siempre va a estar enredado con mujeres y metido en líos de faldas.

—Bueno, pues Mr. Lío de Faldas —se burló— me llamó hoy a primera hora de la tarde para saber de vos. —Me quedé mirándolo, incapaz de esbozar un sonido, la garganta dolorida a causa de una pulsación repentina y feroz—. Me dijo que está muy mal, que te ama y que lo último que quiere es lastimarte. Y, a mí me pareció sincero.

Se me nubló la vista. Bajé el rostro y apreté los párpados. Las lágrimas tibias me bajaron por las mejillas y terminaron diluyendo las letras de una hoja A4. Carlitos se acuclilló a mi lado y me acarició la cabeza.

—Está loco por vos, Cosi. Loco. Como hombre, sé de lo que hablo. Es más, pocas veces he visto un tipo tan enamorado de una mujer.

Busqué el refugio de su abrazo y me puse a llorar.

—Lo estoy haciendo sufrir —intenté expresar entre espasmos de llanto—. Mantenerlo lejos de mí está siendo difícilísimo, mucho más de lo que imaginé. Pero me aterroriza perjudicarlo.

Carlitos me besaba la cabeza, me acariciaba la espalda y me siseaba para que me calmase.

—Todo va a salir bien, Cosi —me alentaba.

Tal como lo había planeado con meses de anticipación, desde que había aceptado participar de la convención, el viernes no fui a trabajar. Me quedé en casa repasando mi exposición e intentando relajarme. A eso de las cuatro me di una ducha larga y caliente. No me sentía bien, tal vez porque comía poco; no tenía hambre. Me planté frente al espejo, limpié el vapor y estudié la imagen que me devolvía, en la que no me reconocí. Pocos días sin Lanz habían bastado para convertirme en un cadáver. Recién en esa instancia advertí mi palidez insana y la tonalidad oscura de las ojeras. No podía presentarme ante quinientos colegas, muchos de los cuales me conocían, con cara de muerta. Llamaría la atención, me pedirían explicaciones y yo no tenía ganas de inventar excusas.

Me preparé con esmero. Me puse la crema para aplacar los rulos y los recogí en un rodete grueso en la nuca. Giré la cabeza hacia uno y otro lado y aprobé la decisión; el peinado me otorgaba un aire decididamente profesional y serio.

Me hidraté la piel de la cara y del cuerpo y me perfumé generosamente con la fragancia Alien, mi favorita. Elegí una falda negra que caía apenas por debajo de las rodillas y con la cintura muy alta, detalle que destacaba uno de los pocos atributos de mi figura. Me di vuelta y me estudié el trasero. Ni siquiera el negro ni el corte clásico de la falda disimulaban su tamaño. Cesé de respirar y cerré los ojos al evocar las palabras de Lanz. “Tu culo también me volvía loco. Me vuelve loco”. Me acorde del cuerpo de Vivian y experimenté una mezcla de rabia y miedo. Usaría medias de lycra color champán y zapatos de gamuza negra con un taco que me estilizaría sin incomodarme ni obligarme a caminar como si tuviese pañales. Amaba la camisa que había comprado para la ocasión. De seda blanca, era sobria y elegante, con mangas amplias que terminaban en puños muy ajustados que se cerraban con gemelos. El detalle lo componía un lazo en el cuello que yo tenía pensado anudar en un moño. Abrí el cajón de la ropa interior y paseé la mirada por los pocos corpiños que tenía —no era fácil encontrar uno de mis dimensiones y que no luciese como el de la abuela—. Elegí uno blanco, bastante nuevo, con un detalle en encaje. En cuanto a la bijouterie sólo llevaría los aros de perlas cultivadas ya que el cuello de la camisa, tan alto y ajustado, no me habría permitido lucir ningún collar.

Decidí maquillarme, no por coquetería sino por necesidad; tenía que tapar las ojeras espeluznantes. Contaba con productos de primeras marcas, por lo que el resultado me pareció alentador. Me arqueé y pinté también las pestañas, añadí color a mis mejillas cadavéricas y maticé los labios con un rosa pálido y un gloss fucsia.

Completé el conjunto con un tapadito rojo y guantes de cabritilla negros. Me estudié concienzudamente antes de tomar la cartera, la carpeta con mis notas y salir. Para evitar los nervios de conducir hasta la calle Moreno, en pleno centro de Buenos Aires, Carlitos me pasó a buscar y me dejó en el pórtico del hotel a las cinco y media.

—Llámame cuando termines y te venimos a buscar con Naty y los chicos para ir a comer pizza.

—OK.

Entré. Estaba muy nerviosa. El lujo del Intercontinental me robó el diento y me quedé admirando la recepción de pisos de mármol en tonalidades beige y los detalles de la decoración.

—¡Cósima!

Me volví. Marcelo Ibáñez, pediatra especializado en autismo y uno de los organizadores del evento, se aproximaba a paso rápido y con la expresión encendida por una sonrisa.

Le sonreí también y le salí al encuentro. Nos saludamos con un beso.

—Estás hermosa —declaró y se quedó mirándome con genuina admiración.

Habíamos sido pareja durante casi todo el 2013. Había aceptado el cortejo porque Marcelo me resultaba muy atractivo y porque quería probar que, tras la histerectomía, mi libido siguiese funcionando de modo correcto. Efectivamente, no tenía problemas con el deseo ni con el disfrute sexual pese a la falta del útero. Igualmente la relación había terminado. La amistad continuaba. Nos veíamos cada tanto, fuese porque Marcelo visitaba la fundación con algún paciente o en ese tipo de eventos académicos.

—Vos estás espléndido —dije a mi vez, pues en verdad lo estaba.

Era mayor que yo; pisaba los sesenta, pero no los aparentaba. Se mantenía en forma practicando deportes extremos y cultivando una disciplina espartana al comer. Los ojos verdes, grandes y orlados de pobladas pestañas, descollaban en un rostro angular de piel cobriza.

—Estaba buscándote —me explicó Marcelo— porque el muchacho que maneja el Power Point recibió bien tu archivo pero hay una diapositiva que se ve mal. Vení. Te llevo con él para que hagan los ajustes necesarios.

Me colocó una mano en la parte baja de la cintura y me guió hacia el salón de convenciones, donde aún no terminaba la exposición previa a la mía. Me causó una profunda incomodidad que me tocara y pensé cómo habría reaccionado Lanz de habernos visto. Yo sabía que no se trataba de un contacto casual sino deliberado. Marcelo todavía tenía esperanzas de que volviésemos a estar juntos.

Me moví hacia un costado para alejarme de su mano. Marcelo debió de percibir mi rechazo porque dejó caer el brazo y no intentó tocarme de nuevo. Entré en la cabina desde donde se manejaban las cuestiones tecnológicas, la iluminación y el sonido del evento y pasé unos minutos con el técnico ajustando los colores para que los contrastes permitiesen ver con claridad la exposición. Marcelo se mantuvo a mi lado en silencio, atento a cuanto yo decía.

La penúltima disertación había finalizado, por lo que en el vestíbulo del salón de convenciones los asistentes hacían una pausa y bebían café y jugos y comían masas y facturas. El gentío y el murmullo incesante me acobardaron. Marcelo me ofreció un café y lo acepté. Me lo trajo preparado como a mí me gustaba; era detallista y no se olvidaba de nada.

Se nos acercaron unos colegas y nos pusimos a charlar acerca del éxito de la convención.

—¿Vamos entrando en el salón? —sugirió Marcelo, y nos encaminamos hacia el ingreso—. Così, vos tenes reservado un asiento en la primera fila.

Entramos. Se trataba de un salón impactante, con enormes arañas de cristal, mullidas alfombras y sillas Tiffany. Había poca gente, casi todos con las cabezas inclinadas sobre los teléfonos móviles mientras leían y respondían mensajes. Yo me concentré en el escenario; Marcelo estaba indicándome por dónde subir y otros detalles del atril.

En tanto la gente regresaba para ocupar las butacas, una colega de la época en que daba clases en la Universidad del Salvador se aproximó para saludarme y fue de gran ayuda para aplacar los nervios. Estaba acostumbrada a ese tipo de exposiciones; no comprendía por qué me sentía inquieta.

Me quité el tapado rojo y lo acomodé en el respaldo del asiento. Al alzar la vista descubrí a Marcelo con la mirada fija en mis pechos. De nuevo me incomodó y volví a pensar en Lanz, en que no le habría gustado que otro me contemplase de ese modo. Un sentimiento inusual a mi índole se apoderó de mí, una especie de celosa protección de aquello que sólo él tenía derecho a mirar y a gozar. Mis pechos le pertenecían a él.

Con los rezagados que seguían entrando y ocupando sus sitios, el maestro de ceremonia dio inicio a la última parte de la convención y me presentó. Leyó mi palmarés con una fotografía mía que ocupaba toda la pantalla. Llegado el momento, Marcelo Ibáñez me sonrió y me instó a subir al escenario. Lo hice con aplausos de fondo.

Acomodé mis notas y el puntero láser sobre el atril y levanté la vista para enfrentar al público. Mis ojos cayeron en los vivaces de Marcelo, que alzó el pulgar para darme ánimos. Le sonreí, agradecida.

—Buenas tardes a todos —saludé, y cuando miré hacia mi izquierda vi a Lanz. Estaba sentado en la última butaca de la primera hilera. Y pensé que sería incapaz de seguir.

El pánico duró unos segundos. Aparté la vista, inspiré profundo, me calcé los lentes de lectura y comencé a disertar. Amo mi profesión y mi especialidad, y fue ese amor lo que me salvó el día en que Lanz me jugó esa broma pesada. Gracias a la pasión que se apodera de mí cuando hablo del autismo y de sus misterios, expuse mi tema sin hacer un papelón. Claro, me temblaban las piernas y me sudaban las manos y las axilas; tuve que sorber más agua de lo habitual. Extrañamente, encontrarme con la sonrisa de Justa Lanz Reurer que me observaba, atenta, desde una de las filas del medio, me ayudó a serenarme. Casi dos horas más tarde, y después de haber respondido varias preguntas del público pronuncié las palabras finales y recibí un aplauso caluroso.

Descendí del escenario y en segundos me vi rodeada por colegas y profesionales de otras disciplinas. Me felicitaban, me preguntaban, elogiaban, algunos me hablaban en inglés, y yo intentaba ser amable al tiempo que me ponía en puntas de pie para divisar la figura de Lan. Me resultó imposible en el gentío.

Marcelo me condujo fuera, al vestíbulo, donde se servirían copas de vino para celebrar el fin de la convención. Buscaba a Lanz ya sin disimular mi inquietud, pero los esfuerzos se demostraban infructuosos, y, me convencí de que se había ido, de otro modo lo habría divisado dada su altura. Me desmoralice.

—¿Qué pasa? —se impacientó Marcelo—, ¿Buscas a alguien?

—Sí, a una estudiante que vi entre el público —mentí.

Justa Lanz Reuter se presentó minutos más tarde y yo interrumpí la conversación con unos

colegas para dirigirle mi atención. Nos dimos un abrazo; surgió como algo espontáneo, como si lo hubiésemos hecho siempre en el pasado. Le chispeaban los ojos y me pareció una criatura de exquisita belleza. Ahora que la miraba con atención descubría los rasgos de la madre de Lanz.

—¡Qué excelente exposición, Cósima! No volaba una mosca mientras hablabas. Nadie consultaba el celular. Yo me fijé.

—Gracias, Justa —dije y le apreté la mano movida por la mera ternura que me inspiraron sus palabras y su entusiasmo.

Seguimos conversando acerca de la pasión que nos unía, el autismo, y aunque yo ansiaba preguntarle si sabía dónde estaba su padre, guardé silencio. Con Ema habría sido distinto, me habría animado. Justa era más comedida.

Mauricio, el novio, le envió un mensaje y pocos minutos después se apareció en el vestíbulo. Nos despedimos con promesas de almuerzos compartidos y largas charlas.

Decidí llamar a Carlitos para que viniese a buscarme. Hurgaba en el bolsillo de mi tapado rojo para extraer el teléfono cuando Marcelo se aproximó y me invitó a cenar con unos colegas. Lo habría acompañado en otras circunstancias. Esa noche, después de haber transcurrido una semana horrible, necesitaba a mi familia.

—Te agradezco, pero tengo un compromiso.

—¿Estás saliendo con alguien? —se interesó.

¡Qué difícil era contestar a esa pregunta! A punto de balbucear que no, un joven empleado del hotel se aproximó y me llamó por mi nombre lo que me sorprendió.

—¿Licenciada Facchinetti?

—Sí, soy yo.

—Esto es para usted —dijo y me extendió una tarjeta.

Era de Ignacio Lanz Reuter. Me tembló en la mano. La di vuelta. Sólo rezaba: Habitación 2316, piso 23.

—Si me acompaña, licenciada Facchinetti —intervino el empleado—, es por acá.

Marcelo se dio cuenta de mi indecisión y perplejidad. Me tomó por el brazo y me atrajo hacia él.

—¿Qué pasa, Così? ¿Todo bien?

—Sí, sí, todo bien —murmuré y le dirigí una sonrisa para tranquilizarlo—. Tengo que irme ahora. Han venido a buscarme. Gracias por todo, Marcelo. —Lo besé en la mejilla.

—¿Puedo llamarte un día de estos para ir a comer?

Asentí con una sonrisa y marché tras el empleado. Existió un momento de incertidumbre frente a las puertas de los ascensores. ¿Qué estaba haciendo? Sabía bien en qué terminaría la convocatoria de Lanz. ¿Me encontraba preparada?

—¿Dónde está el baño?

El empleado me acompañó hasta la puerta, donde se quedó de guardia. Le mandé un mensaje rápido a Carlitos. No vengas a buscarme. Cambio de planes. Todo bien. Después te cuento.

Mientras abría los puños de la camisa y me mojaba las venas con agua helada entró su respuesta. OK. Pórtate mal.

Oriné. En tanto me lavaba las manos me estudiaba en el espejo. Lucía bastante bien, algo pálida, pero no del modo enfermizo. Por fortuna, me había rasurado las piernas esa tarde. Me acomodé el rodete, me perfumé y me retoqué los labios y las ojeras. Inspiré profundo y salí.

—Vamos —dije con una decisión renovada y el empleado extendió la mano en el gesto de señalarme el camino.

En pocos segundos estuvimos en el piso veintitrés. Aceleraba por los largos y lujosos pasillos con el eco de mi corazón que bombeaba sangre a todo mi cuerpo crispado de nervios, expectación y felicidad.

—Aquí es —indicó el empleado y se marchó.

Me quedé mirando la placa con los números 2316 en bronce. La valentía me abandonaba. Sólo que volver a verlo, a besarlo, a olerlo, a tenerlo entre mis brazos se convirtió en una fuerza tan abrumadora ni siquiera pudo con el miedo. Llamé dos veces a la puerta y esperé.

Ignacio

Llegué al Intercontinental a eso de las cinco de la tarde. Juan Pérez Rovira el gerente desde hacía más de una década y que me esperaba en el ingreso, hizo una seña al botones para que abriese la puerta de la camioneta apenas la detuve en el pórtico del hotel. Leopoldo se hizo del volante y siguió hasta el estacionamiento subterráneo.

—¡Bienvenido, ingeniero! —saludó el gerente y me tendió la mano

Pérez Rovira me gustaba; era solícito sin caer en obsecuencias, eficiente y muy discreto. Me escoltó dentro del hotel mientras comentaba acerca de las últimas obras de manutención que se habían llevado a cabo en la recepción y en la zona de la piscina.

—Ya tengo la suite presidencial lista —me informó no bien ingresamos en su oficina—. Más cerca de la hora haré llevar el champán.

—Recuérdeme el número de la suite y el piso —pedí en tanto extraía una tarjeta personal del interior del sobretodo.

—Es la dos, tres, uno, seis. Está en el piso veintitrés.

Escribí los números en el dorso y guardé la tarjeta en el bolsillo exterior del tapado.

—Muy bien —dije y clavé la vista en el servicial Pérez Rovira—. ¿Y qué hay con mi pase para entrar en la convención?

—Todo arreglado. La última silla de la primera hilera, la que se encuentra a la derecha del escenario, esa es la suya, ingeniero. Y con esto —indicó, y me extendió una tarjeta plastificada con mi nombre— podrá acceder al salón cuando guste. Creo que... —consultó su reloj de pulsera— en media hora harán un break. Entonces usted podrá entrar y ubicarse en el sitio que le hemos reservado.

—Cuando la convención termine voy a necesitar que un empleado de su confianza, educado y discreto, me preste un servicio. Indíquele que me encuentre en la puerta del salón de convenciones.

—Por supuesto, ingeniero. Le diré a Manuel que esté atento.

Abandoné el despacho del gerente y me encaminé hacia la sala de convenciones. Me abrí paso entre el gentío que tomaba café en la antesala. Tras un rápido vistazo me di cuenta de que Cósima no estaba allí— Ocupé mi lugar en la primera hilera, a la derecha del escenario, y me volví para clavar la mirada en el ingreso. Al otro día cumpliría cuarenta y siete años, pero me sentía como un adolescente virgen, inseguro y ansioso en su primera cita.

Verla aparecer fue más fuerte de lo esperado y medio me levanté en un acto inconsciente para

volver a ocupar el asiento; quería estudiarla desde la distancia. Absorbí varios detalles, todos al mismo tiempo: estaba hermosa, el rojo le quedaba estupendo; se la veía muy pálida y se notaba que había perdido peso por el modo en que se le pronunciaban los pómulos; lucía etérea y frágil, con las manos pequeñas enguantadas que se aferraban a una carpeta. Cuatro personas avanzaban junto a ella hacia el escenario, entre los cuales había un tipo que, supe, la deseaba. De estatura media —calculé poco más de metro ochenta—, pintón y bien vestido, se inclinaba para hablarle al oído. Lo habría molido a piñas allí mismo. La confirmación de mi sospecha llegó cuando Cósima se quitó el abrigo rojo y ese imbécil se quedó mirándole las tetas como un pendejo calentón. ¡Qué desubicado! El esfuerzo que hice para no caerle encima como un tigre fue enorme. Me contuve por ella, porque sabía cuánto la habría mortificado.

El impacto inicial de volver a verla daba paso a unos celos y a una bronca oscuros y peligrosos que se avivaron al advertir cómo, mientras Cósima se dirigía al escenario, los pajaros de la primera fila le miraban el culo, en especial el tipo con el que había entrado. ¿Por qué le sonreía desde el atril? ¿Por qué, cuando me vio a mí, me miró con cara de espanto? “Pónete en su lugar”, me pareció oír la voz de José Vianes. “No te esperaba. La sorprendiste en un momento complicado”. Me sentí mal.

Me puse nervioso al percibir el nerviosismo de ella. Temí haberle arruinado la ponencia. “¡La gran puta que lo parió!”

La vi calzarse unos lentes con marco en forma de ojo de gato y comenzar con voz débil. Estaba muy bonita con ese aire de maestra. Se había recogido el pelo en un rodete, que yo esperaba desarmar en un par de horas. Por muy severa que luciera la camisa, cerrada hasta el cuello, no disimulaba el tamaño de sus tetas a la Dolly Parton. Advertí que, cuando giraba el torso para señalar algo en la pantalla, los pajaros de las primeras filas no seguían con la vista el puntero láser sino que se la clavaban en las tetas. Sus tetas, que eran mías. Me removí para acomodar la erección, tentado de echarme el sobretodo encima. Por fortuna el traje oscuro disimulaba la penosa consecuencia.

Poco a poco fui calmándome, en parte porque ella se había calmado.

Su exposición era apasionada y caía de maduro que dominaba el tema como pocos. No volaba una mosca entre los asistentes. En varias ocasiones me giré para estudiar al auditorio, lo encontré absorto en ella. Me invadieron emociones contradictorias; por un lado, sentí orgullo de mi mujer y por el otro, un deseo raro en mí de querer cubrirla con una túnica y sacarla de allí, al mejor estilo talibán. ¿Que estaba sucediéndome? Jamás me había mostrado celoso o guardabosques con mis mujeres. Las sabía deslumbrantes y me pavoneaba con ellas. Intente encontrarle una explicación como lo habría hecho José Vianes, y concluí que con Cósima todo era distinto. Me parecía lógico que mujeres como Vivian provocasen el deseo en otros tipos, Cósima no, y no tanto carecer del tipo de belleza despampanante de mi ex, sino por cómo era ella, tan maternal y dulce. La realidad, sin embargo, se imponía y me di cuenta de que ya no era el patito feo de la adolescencia sino una mujer que tenía estúpidos a varios en la sala, incluido el susodicho.

Se abrió una instancia en que los asistentes le hicieron preguntas que ella respondió con la misma solvencia con que había dado la conferencia, y pocos minutos más tarde la aplaudían al concluir la exposición. Durante las casi dos horas que duró, ella no dirigió la mirada hacia mí ni una vez. Me desmoralicé. Tomé el sobretodo y abandoné la sala. Me volví hacia Cósima y la vi rodeada de colegas que se acercaban para felicitarla. También avisté a Justa; la noté indecisa, como si no se atreviera a aproximarse.

El tal Manuel me aguardaba en el vestíbulo. Le extendí la tarjeta y le di indicaciones precisas

tras señalarle a Cósima entre la gente. Me pareció un chico despierto. Le entregué quinientos pesos y me dirigí al piso veintitrés, a esperar.

Conocía la suite presidencial, de un lujo sobrio y con un muro vidriado que se abría sobre la ciudad de Buenos Aires. Verifiqué que hubiesen cumplido mis peticiones antes de ponerme cómodo. Arrojé el sobretodo en un sillón, hice otro tanto con el saco del traje, me quité la corbata y me remangué la camisa. Fui al baño. Al volver al amplio salón de la suite decidí apagar la mayor parte de las luces para apreciar la vista de la ciudad. Elegí un cedé de música nórdica, una melodía oscura, serena, que pacificaba. Me quedé mirando el fulgor naranja de Buenos Aires con las manos en los bolsillos. Existía la posibilidad, una gran posibilidad, de que ella no acudiese a mi llamado. Por eso, cuando escúche los golpecitos, dudé. Temí abrir y encontrarme con el tal Manuel.

“La suerte está echada”, me dije y caminé con decisión hacia la puerta. Abrí y ahí estaba mi adorada Cósima. Un alivio incontenible me hizo sonreír como un boludo.

—Hola —susurró en su habitual voz baja.

—Hola. Entrá, por favor.

Me hice a un lado y ella pasó sin siquiera darme un beso en la mejilla, y fue dejando una estela exquisita que se esfumó segundos después. La seguí sintiéndome torpe y ansioso. La vi apoyar sus cosas en un sillón.

—Tenía miedo de que no vinieras —admití.

—Aquí estoy —fue todo lo que dijo—. Qué hermoso lugar —declaró y giró sobre sí para apreciar la suite.

Se encaminó hacia el gran ventanal, donde se quedó contemplando la vista. Me ubique detrás de ella tan próximo como pude sin tocarla. Me atraía como un imán. Necesitaba poner las manos sobre su cuerpo en la actitud del macho alfa que marca a la hembra, pero no me atrevía siquiera a rozarla. La notaba distante y tranquila. ¿Habría repensado su decisión de estar conmigo?

—Te felicito. Tu exposición fue un éxito. Te ovacionaron.

—Gracias.

—¿Querés tomar algo? Tengo de todo. Champán, por ejemplo —dije, simulando un tono relajado.

Más tarde —contestó, y esas dos simples palabras me devolvieron la esperanza. No había venido sólo para decirme que no me quería; planeaba quedarse—. Que hermosa vista. —Sin volverse me preguntó: ¿Cómo está tu herida?

—Mi herida está bien. Pero esta fue la peor semana de mi vida. —Me aproximé hasta casi tocarle el culo con las piernas y me incliné para seguir hablándole al oído. Cósima se cargó sobre el vidrio donde apoyó las manos como en el afán de sujetarse, y a mí me pareció el gesto más erótico que había visto—. ¿Sabes por qué fue la peor semana?

Movió la cabeza para negar y, sin intención, mis labios le rozaron el pabellón de la oreja. Contrajo los dedos sobre el cristal de la ventana y cerró los párpados. El pecho le subía y le bajaba traicionando la máscara de serenidad con la que había entrado. Su aliento empañaba el cristal.

—Fue la peor no por los desplantes histéricos de mi ex ni por los quilombos que tengo en la empresa. Con esas cosas sé muy bien cómo lidiar. Fue la peor porque no sabía si mi mujer me quiere todavía con ella. La duda está matándome porque con eso no sabría cómo lidiar, con perderla. —Hice una pausa; el silencio se tornó profundo—. ¿Tengo todavía a mi mujer?

Se giró y me abrazó con delicadeza.

—Yo también te amo, amor mío —susurró—. Para siempre —dijo, repitiendo las palabras que le había escrito en la tarjeta de las gerberas.

Una dicha como no recuerdo haber experimentado en mi vida me provocó una sacudida que terminó por convertirse en un clamor victorioso. Le encerré la cintura y la levanté del piso. Comencé a dar vueltas con ella entre mis brazos, exultante, feliz, riendo, agradeciendo. Ella se sujetaba a mis hombros y se reía de mis clamores y de mis vueltas. ¡Dios mío, cuánto la amaba! ¡Qué patética semblanza del verdadero amor había experimentado antes de ella! El sentimiento que me inspiraba era indescriptible pues se trataba de una dimensión nueva y desconocida, pero al mismo tiempo familiar, como si regresase al lugar que nunca debí haber abandonado y que conocía como la palma de mi mano.

La arrastré hasta un sillón y me senté con ella sobre las piernas, la pollera negra desplegada en torno a nosotros. Nos miramos.

—Bésame —le exigí con acento duro.

Me acunó las mandíbulas y cumplió la orden, me besó. La sujeté por la nuca y la obligue a profundizar el beso. Mis labios la devoraron y me interné en su boca hasta alcanzarle la garganta y provocarle un gemido de placer o de asombro, no lo sé. Era consciente de mi desmadre, estaba siendo una bestia, pero frenar habría sido imposible. No controlaba la necesidad de adentrarme en ella, de tocarla por todas partes; era como una ola gigante e incontenible a la que veía avanzar sobre nosotros y que nos aplastaría.

Seguirnos besándonos; no éramos capaces de interrumpir el contacto. En tanto, mis manos le deshacían el lazo del cuello y le desabotonaban a ciegas la camisa. Aparté con brusquedad la boca y ella se incorporó apenas para darme lo que más quería: sus tetas. Las desnudé con impaciencia. Saltaron fuera del corpiño, enormes y blancas, los pezones duros y encarnados. En la piel traslúcida se habían marcado los diseños de la tela y me pareció un detalle que exaltaba la delicadeza de Cósima y mi brutalidad. La boca se me hacía agua, literalmente la tenía llena de saliva. Tragué antes de prenderme a un pezón. Ella soltaba gemidos lamentosos a causa del salvajismo con que lo chupaba y hacía rodar el otro entre el índice y el pulgar. De un modo inconsciente me clavaba los dedos en la parte posterior de la cabeza y en el hombro, pero no me reprochaba ni me privaba de sus pechos.

—Quiero eyacular entre tus tetas —dije—. Es una fantasía que tengo desde la época en que me masturbaba viéndote hacer gimnasia.

—Todo lo que quieras —concedió y me besó en los labios—. Mis pechos son sólo tuyos, Ignacio.

Ahogué un jadeo ante la conmoción que me provocaron sus palabras y me quedé mirándola como idiota. “Mis pechos son sólo tuyos, Ignacio.” Ignacio. Ignacio. Amaba mi nombre en su voz. La amaba a ella, tan perfecta, mi Cósima. La erección me apretaba bajo la bragueta, me molestaba. No sabía cuánto aguantaría, sólo que esa vez quería eyacular dentro de ella.

Me cebé de nuevo en sus pezones hasta lograr lo que quería, que se corriera para mí con tan poco. Me hacía sentir poderoso. Todavía laxa por el orgasmo, me permitió que la recostase en el sillón, donde me ocupé de quitarle los zapatos y las medias. Al sacarle la bombacha me dí cuenta de que estaba empapada. Reí, ufano de mi efecto en ella. Le cubrí las rodillas con las manos, le separe las piernas y le estudié la vagina de rizos negríssimos. La tenía hinchada, rosada y brillante. Le causé otro orgasmo lamiéndola y seguí dándole placer con la lengua y con los labios y también con las manos. Quedó exhausta, los ojos cerrados, la cabeza echada hacia un costado y los brazos sin vida. Me bajé el pantalón, me cubrí la erección con un preservativo y me ubiqué

delante de ella. La penetré con la urgencia que ya no lograba someter. Me sorprendió lo estrecha que era; después me acordé de que probablemente nunca hubiese parido; de seguro al hijo fallecido se lo habían sacado por cesárea.

La oí soltar un quejido a causa de mi brusca intrusión y le besé la sien a modo de disculpa. Movié la cabeza hasta encontrar mi mirada. Y se trató de un instante que se suspendió en el infinito, en la eternidad, y yo, un escéptico, un cínico y un hueco, supe con la certeza que sabía mi nombre que el vínculo que acababa de sellar con esa mujer no moriría jamás, me ataría a ella más allá del tiempo y de la vida.

—Te amo —dije siguiendo la línea de mis pensamientos—. Como nunca he amado, te amo.

—Lo sé —respondió, y fue lo mejor que pudo haberme dicho, porque con esas palabras me concedía lo más valioso, su confianza, la que había perdido tras cinco años de abusos y maltratos y con una vida de excesos.

Empecé a moverme dentro de ella con los ojos encadenados a los suyos. Había tanto amor y entrega en esa mirada que me sentí un triunfador sólo por haberla conquistado con todo en contra. Me atrajo hacia su boca y nos besamos. Mis embestidas se volvieron agresivas y ella me desafié con la mirada. Aferrada a mis glúteos, acomodó las caderas y trabó los pies en la base de mi espalda de modo de alojarme aún más en su interior. Ya fue imposible resistir: exploté y me vacié en un orgasmo demoledor. Oía los jadeos de ella, que había vuelto a correrse.

Me ubiqué de costado para evitar echarle el peso encima y, tras quitarme el condón y arrojarlo al suelo, la cobijé entre mis brazos y le besé la frente. Me quedé mirándola. Seguía con los ojos cerrados y respiraba de modo agitado.

—Gracias —le susurre sobre los labios entreabiertos—. Desde que me acuerdo quería hacerte esto.

Ocultó la cara en mi pecho, alzó las pestañas y me miró como si lo hiciese desde un escondite.

—Nunca había vivido algo igual —me confió—. No me lo esperaba —admitió y solté una carcajada.

Por un lado me daban gracia el asombro que le teñía la voz y la expresión de nena, por el otro, su confesión me embargaba de alegría y vanidad.

Sabía que había amado a su esposo, el tal Horacio. Ese paradigma de virtudes. Haberle proporcionado algo, que ni él ni ningún otro le había dado me hizo feliz.

—¿No te lo esperabas? —la provoqué. Siendo tu amante yo, Ignacio Julio Lanz Reuter ¿No te lo esperabas, licenciada Facchinetti

Elevó los ojos al cielo y sacudió la cabeza ante mi despliegue de pedantería. Se echó a reír cuando le hice cosquillas en el cuello con la barba y los dientes. Tenía los brazos pegados a los costados del cuerpo y no podía defenderse.

—¿Dudabas de mí? —la incitaba ¿dudabas de que soy distinto, único, inigualable, sublime?

—No dudaba, no

—¡Sos el mejor!, ¡el mejor!; ¡basta!, ¡basta! Me suplicó entre risas, ahogadas y cedí.

La contuve sobre mi pecho y la sentí chiquita y succulenta, perfecta entre mis brazos. Ansiaba verla desnuda, pero me exigí ir despacio. Intuía que ella lo necesitaba pues, tras acabar, se había acomodado la pollera sobre las piernas desnudas. La observaba relajada junto a mí y me resultaba increíble ser el dueño de esa criatura perfecta.

—Gracias, amor mío —le dije con los labios en la sien—. Gracias por hacerme tan feliz.

Abrió los parpados y me miró. Me regaló una sonrisa que hizo desvanecer cualquier rastro de dolor que hubiese quedado después de la semana demencial transcurrida sin ella.

—Cósima —susurré, abrumado de emociones y de sentimientos que me enfrentaban a una nueva realidad, magnífica y aterradora al mismo tiempo. Magnífica, porque ya no estaba solo, ella siempre estaría conmigo, fiel amante y compañera; aterradora, porque podía perderla; yo era lo suficientemente objetivo como para saber que esa posibilidad nunca desaparecería del todo.

—¿Qué? —Se preocupó y me contuvo la mejilla con la mano

—Nada —mentí y carraspeé—. Te miro y todavía me cuesta creer que estemos juntos.

—Perdóname —susurró.

—¿Qué tengo que perdonarte, amor?

—Que te haya hecho sufrir estos días. —Me abrazó y escondió el rostro en mi cuello—. Para mí fue muy duro también. No viví igual. Desde que te llamé por teléfono el lunes es como si hubiese estado medio muerta. Y me asustó sentir de esa manera.

La abrazaba y le desuñaba palabras de consuelo cuando en realidad gozaba con su confesión. Era demasiado egoísta para no alegrarme que hubiese padecido, tras haberme impuesto que me mantuviese lejos. No volvería a hacerlo, y eso me tranquilizaba.

—Lo hice para protegerte. Creeme. Lo hice por vos.

—Lo sé, lo sé —repetía mientras seguía besándola, venerándola, hasta que los besos castos que le depositaba en el rostro fueron mutando de naturaleza y tomaron otro cariz. Y me sorprendió recuperarme tan rápidamente, ya que no tenía treinta años y solía necesitar algunas horas para hacerlo de nuevo.

Cósima también había vuelto a exitarse. Le saqué la blusa y el corpiño. Sólo le quedaba la pollera encima y se la dejé porque me pareció que estaba muy sexy. Me puse de rodillas y la estudié, en la penumbra, con sus grandes tetas que le desbordaban el torso y el vientre un poco abultado.

Su mano chiquita se cerró en torno a mi erección y me miró con tanto anhelo que aparté la vista para no acabar demasiado pronto. Le levanté la pollera y ella quiso bajarla para cubrirse.

—Soy caderona —objetó con un timbre entre desafiante e inseguro y no me gustan mis piernas.

—Pero a mi me encantan —determiné y, con un movimiento preciso y rápido, que le arrancó una exclamación, la hice girar en el sillón y la coloqué boca abajo. Le bajé el cierre de la pollera y se la quité.

Cósima llevo las manos hacia atrás y se cubrió los glúteos.

—Tengo celulitis —declaró con el mismo tono de voz— No me mires.

—Sos mía, Cósima. Miro todo lo que quiero. —Le aparté las manos, que mantuve quietas a los costados.

La visión de su cuerpo, cuya blancura brillaba en la semioscuridad, me secó la boca y me aceleró la sangre en las venas. ¡Había soñado tantas veces con tenerla bajo mi dominio! La fantasía prohibida de la adolescencia. La escena me parecía irreal.

Me incliné y le pasé la lengua por la raya del culo hasta perderla en la vagina. Se retorció y gemía, arrebatada de placer. Cuando la tuve de nuevo saciada volví a colocarla boca arriba y le susurré al oído:

—Amor, cumplíme la fantasía de cuando te miraba hacer gimnasia.

Asintió con los ojos muy abiertos. Me erguí sobre ella con las rodillas clavadas en el sillón a la altura de sus caderas. Me aferré la erección y me obligó a agacharme para colocársela entre los pechos. Apoyé la mano derecha en el respaldo a mi costado y la izquierda en el brazo del sillón, sobre la cabeza de Cósima. Me anticipaba al placer viendo el contraste entre mi pene duro y

oscuro y sus tetas lechosas y blandas. Se las comprimí con los brazos y la erección desapareció, engullida por su carne. Bastaron pocas fricciones y le bañe el cuello y el mentón con semen. Le habría sacado una foto con el celular para admirarla cuando no estuviese con ella si no hubiera sido riesgoso. “Nunca se sabía a dónde iban a parar esas imágenes, y Cósima era sólo para mis ojos.

La levanté, pese a sus protestas, pero estaba exhausta y se dejó conducir al baño. Encendí la luz con el codo y la deposité en la bañera. Se cubrió con los brazos. Le hice un gesto de ceja levantada y expresión incrédula.

—¿Después de todo lo que hicimos me privas de verte?

—Allá estaba oscuro.

—Obvio. En caso contrario, habría cerrado los blackouts. No quiero que nadie se haga la paja mirando a mi mujer. Pero aquí no hay ventanas razoné.

—Ignacio, por favor —me pidió, mortificada—. Necesito tiempo para...

—¿Para? —dije, mientras me sostenía en un pie y me deshacía del zapato y de la media.

—Para sentirme cómoda delante de vos —soltó tras un mutismo enojado.

—¿Cuánto? —dije y consulté mi reloj—. ¿Dos minutos es suficiente? me burlé.

—No seas necio —me recriminó y proferí una carcajada porque siempre empleaba palabras en desuso.

Me quité el pantalón y los boxers y me metí en la bañera. Echó la cabeza hacia atrás para mirarme con desconsuelo y me rompió el corazón. La pegué contra mi cuerpo y me encantó la calidez que manaba del suyo. Me sobraban brazos para rodearla y confirmé lo que había notado en el sillón, era menuda y succulenta. Abrí la ducha de mano para que el agua fuese calentándose.

—Vas a dejar que te bañe. —Soltó un lamento que juzgué de rendición—. Cósima —hablé con autoridad y sus ojos se clavaron en los míos con miedo—, acabo de eyacular dos veces en el arco de pocos minutos. Es probable que lo sepas, pero por las dudas te lo aclaro: para un tipo de cuarenta y siete años no es normal. Y eso lo lograste vos, que me tenés como un idiota desde que volví a verte. Sólo pensaba en cogerte de todos los modos posibles.

—Es por ese fetiche que tenés con mis pechos —se encaprichó.

—Y con tu culo, y con tu boca, y con tu piel tan blanca, y con toda vos, Cósima.

—Cuando lo hayas visto bien, no te va a gustar el resto de mi cuerpo —porfió—. ¿Y vos? Mírate. —Se apartó para estudiarme—. ¿Te crees que es fácil estar ante semejante perfección?

—Agitó la mano delante de mis abdominales marcados—. Yo tengo panza.

—Amo tu panza —dije y me puse de rodillas para besársela y mordérsela.

En verdad me encantaba. No sabía por que se quejaba si era hermosa, sin grietas ni estrías, apenas abultada, y tenía un ombligo adorable.

—Es perfecta —dije más para mí y alcé la vista.

Ella me observaba con ojos grandes y el aliento contenido, como quien espera un veredicto del cual pende su vida. Tenía el rodete medio deshecho y una masa de rulos le caía hacia el costado. Seguía con restos de mi semen en el mentón y en el escote.

—Sos la cosa más erótica que he visto en mi vida.

—Quiero gustarte, Ignacio —acabó por admitir y volvió a romperme el corazón.

—Amor —susurré y me abracé a su cintura.

Apoyé la cabeza entre sus tetas. Ella me ciñó contra su cuerpo y la sensación de unión fue sublime.

—Y yo quiero gustarte a vos —dije a mi vez, lo que me significó un bufido de hartazgo—.

Gustarte físicamente —aclaré—, pero también como persona.

—Amo la persona magnífica en la que te has convertido —afirmó y me besó la coronilla.

Se me erizó la piel. Ajusté el abrazo en un acto mecánico, como si buscara meterla dentro de mí. Alcé las pestañas y le destiné una mirada humilde; me sentía su esclavo y quería estar a sus pies.

—Esto que soy ahora es gracias a vos. Pero sigo siendo egoísta y egocéntrico. Y tengo miedo de que me dejes por eso. Tengo miedo de que tus amigos te convenzan de que soy un hijo de puta.

—Le prometí a Ema que te tendría paciencia —dijo con aire juguetón, y mi expresión asombrada debió de darle gracia porque se echó a reír.

Fue contándome de su encuentro con mis dos hijas mayores, tan entusiasmada que me permitía que la lavase sin mostrar la vergüenza de minutos atrás. Me dolía que se sintiese menos cuando yo la creía lo máximo; me parecía que se trataba de un rastro de la desconfianza que yo quería erradicar porque carecía de fundamento; la encontraba exquisita, apetecible y, mientras la enjabonaba, yo sentado en el borde de la bañera, ella entre mis piernas, sentía que volvía a excitarme y me asombré muchísimo.

—¿Esta cicatriz es la de la cesárea? —quise saber y le pasé el índice por la marca.

—Sí —susurró— y también por donde me sacaron el útero hace cinco años, en 2010.

—¿No tenes útero?

—No. Tenía muchos miomas.

—¿Que es eso? Suena mal.

—Son tumores benignos, pero a mí, con cada menstruación, me provocaban hemorragias profusas y dolorosas que duraban diez días. No terminaba con una menstruación que empezaba con otra. Estaba muy anémica y no había dosis de hierro que me levantase los glóbulos rojos. Ahí sí que parecía que me habían dado franco en la morgue —evocó y me destinó una sonrisa ladeada.

Avergonzado, solté un gruñido y escondí la cara en su pecho.

—¿Te acordás de eso que te decía?

—Me acuerdo de todo, ingeniero Lanz Reuter —se burló y yo volví a gruñir sobre su piel.

—Yo te voy a hacer olvidar —jure sin mucho asidero y alcé la vista para buscarle la mirada, donde solo hallé dulzura y comprensión—. Perdóname, amor mío.

—Ya lo hice. ¿Querés que te bañe? —ofreció mientras me apartaba el pelo de la frente y me acariciaba la venda—. ¿Qué? —se intrigó cuando le destiné una sonrisa maliciosa.

Estoy pensando que podemos coger sin preservativo y eso me pone muy feliz. Claro —me apresuré a agregar—, cuando veas que mis análisis dicen que estoy limpio.

—¿Estás limpio?

—Sí.

—Entonces, no necesito los papeles. Te creo, Ignacio. Sé que si tuvieses dudas no me pondrías en riesgo.

¡Jamás! —afirmé con una vehemencia sincera—. Jamás te pondría en riesgo, amor mío.

Me bañó ella a mí y fue haciéndolo concienzudamente; al tiempo que me higienizaba, me estudiaba. El baño se había llenado de vapor y las mejillas de Cósima se iban coloreando. Ya sin el rodete, el pelo largo le caía hasta la mitad de la espalda. Era muy delicada, se movía con cuidado y me tocaba con extrema suavidad. No podía apartar mis ojos de ella.

—Te amo —solté en el mutismo que nos envolvía, sobrecogido por el amor y el sentido de la

protección que me inspiraba, y la encerré entre mis brazos para besarla—. ¿Tenes hambre? —le pregunté con nuestros labios todavía unidos.

—Mucha.

La envolví en la bata de toalla del hotel; hice otro tanto conmigo. Nos trasladamos a la habitación, donde le indique que se relajase en la cama. Llamé al servicio de habitación y pedí la cena. Fui hasta la cocina de la suite y me hice de la bandeja donde habían dispuesto los entremeses que había solicitado: bocadillos de jabugo, mi fiambre favorito; pasas de ciruelas envueltas en jamón serrano; nueces, higos secos y quesos varios. La botella de champán seguía helada gracias al balde con hielo.

Fue una delicia verla disfrutar del pequeño banquete con tanta libertad y gozar con cada bocado, sobre todo después que me confesó que prácticamente no había comido, lo que yo había deducido apenas la vi entrar en el salón de conferencias.

—Simplemente no me pasaba nada por la garganta —aclaró.

Trajeron la cena, algo ligero después de una entrada tan copiosa: consomé de pescado, una ensalada de hojas verdes y pistachos y una porción de budín de maracuyá.

—¿Quién era el tipo ese al que le sonreíste desde el atril? —pregunté sin alzar la vista, mientras recogía los últimos restos del postre.

—Les sonreí a varios colegas de la primera fila.

—Me refiero al tipo con el que entraste en el salón, uno de traje gris claro y camisa negra —detallé porque lo había estudiado a fondo, al muy imbécil.

—Marcelo Ibáñez, un pediatra especializado en niños auristas.

—Está caliente con vos —manifesté e hice un gesto de deliberado fastidio—. Te miró las tetas y el culo tanto como pudo. Es un pajero. Eso no se hace con una colega. Es una falta de respeto.

—Tenés razón —acordó—, es una falta de respeto. No sé si sirve para explicar su conducta que él y yo fuimos pareja en 2013.

Sí se hubiese puesto a levitar sobre el colchón no me habría sorprendido tanto. Me esforcé por controlar los celos y las ganas de enojarme, no sabía bien con quién.

—¿Y por qué terminaron? —pregunté simulando serenidad.

—Después de salir durante ocho meses me pidió que nos casáramos. Le dije que no estaba preparada. Me pidió que al menos me mudase con él. Entonces me di cuenta de que no lo amaba. No me imaginaba haciendo una vida a su lado. Es un buen hombre, un gran médico —añadió, y me dio bronca que lo tuviese en tan alta estima.

—Bueno... —hablé conteniendo la furia—. Eso de que es un buen hombre habrá que ver. Si fuese un buen hombre no te habría mirado con cara de violador serial.

Se echó a reír y abandonó la computadora sobre la bandeja antes de acomodar su culo en el hueco de mis piernas y abrazarme. No le correspondí. Me la quedé mirando.

—¿Algún otro asunto del que deba enterarme? —la interpele sabiendo que no tenía derecho a exigirle nada; es más, era consciente de que estaba comportándome como un cavernícola, pero sencillamente no tenía intención de dar marcha atrás.

—Sólo uno más —admitió y rió como una nena traviesa.

—Ah, bueno, Uno más. ¿Quien?

Un arquitecto amigo de Naty y de Carlitos. En 2006.

—¿Cómo se llama? Conozco a la mitad de los arquitectos de Buenos Aires.

—Máximo Díaz Fontana.

Lo conocía. Era un gran profesional y un buen tipo.

—L.o conozco —ratifique—. ¿Por que terminaron?

—Porque era muy celoso —contestó y me mordisqueó el labio—. Y con celosos insoportables no quiero estar.

—Pero vos a mí no me vas a dejar ni por eso ni por nada. Le hiciste una promesa a mi hija, le dijiste que me tendrías paciencia.

Se le ablandó la expresión, que quedó despojada de todo rastro burlón y juguetón. Me acunó la mejilla y me contempló con dulzura.

—A vos te amo, Ignacio. A ellos no. Me gustaban, lo pasábamos bien, pero nada mas. Con vos quiero construir una vida.

Asentí incapaz de hablar. La emoción arrolladora se había convertido en una pelota en la garganta. El deseo por ella me golpeó repentinamente. Aparté la bandeja y la tumbé en la cama. Volví a penetrarla, esta vez sin condón, y fue como hacerlo por primera vez. Mi carne desnuda en contacto con la apretada y tibia de ella fue un descubrimiento insospechado, una fuente de placer de la que me serviría una y otra vez, tanto como me diese el físico. Todavía dentro de ella, agitado después de una eyaculación descomunal, quise saber:

—¿Te molestó que asistiera a tu conferencia?

—No imagino cómo lograste entrar —comentó, esquivando la pregunta—. Tenía entendido que el cupo estaba completo.

—Prerrogativa de ser el dueño del salón.

Me incorporé en un codo y la mire con una ceja levantada.

—¿Vos sos el dueño del salón? ¿Del hotel?

—Compramos el ochenta por ciento de las acciones en el 99, cuando convencí a mi viejo de pasarnos al negocio inmobiliario y de esparcimiento.

—¡Oh!

—Pero todavía no me respondiste: ¿te molestó verme allí?

—No.

—Pero no me miraste ni una vez.

Me encerró la cara entre las manos y me sonrió.

—Amor, casi me da un síncope cuando te descubrí ahí. Temí no ver capaz de empezar con la ponencia. Cuando gané un poco de ecuanimidad me insté a no volver a mirarte por temor a quedarme sin aliento. Me quitaste el aliento, Ignacio —se justificó.

—Tuve tanto miedo de que no aceptaras subir a la suite.

No dudé, pese a que yo misma te dije el lunes que volveríamos a vernos cuando arreglases los asuntos con tu ex. —Me besó en los labios y sin apartarlos me susurró una pregunta-: ¿Puede perjudicarte?

No quería responder; temía exponerle mis acciones ilegales y caer en desgracia ante sus ojos.

—Quiero que te quedes tranquila —contesté en cambio—. Yo me voy a ocupar de todo.

—No voy a juzgarte, Ignacio. Sólo quiero saber si Vivian puede perjudicar al hombre que amo.

—Amor —me conmoví y la bese profundamente, y ella se abrió con la generosidad que la caracterizaba—. Vacíé la caja fuerte el mismo lunes, pero admito que ella tuvo tiempo de fotocopiar extractos de cuentas bancarias que tengo en el Caribe y otros documentos comprometedores.

—¿Están bien guardados ahora?

—Sí. En una caja fuerte de la empresa a la que sólo yo tengo acceso.

Me abrazó y escondió la cara en mi cuello.

—No soportaría que te hiciera daño por mi culpa —murmuró.

—Voy a solucionar este problema. Vamos a ser felices, te lo prometo.

Seguimos conversando hasta que, tras consultar la hora, Cósima me sorprendió deseándome feliz cumpleaños. No lo había olvidado.

—No te compré ningún regalo —se desanimó.

—Pero yo sí te compré uno.

Se trataba de una movida riesgosa: un anillo de compromiso, un magnífico brillante de corte Asscher, una pieza única montada en platino. Yo habría querido el de cinco quilates, pero mi joyero de toda la vida me había sugerido uno más liviano (al final le compré el de tres) porque al preguntarme por la mano de la persona que lo llevaría le expliqué que era pequeña. Después, me dijo, ajustaríamos el aro.

Fui al living donde había dejado el sobretodo y extraje la cajita de un bolsillo interno. No veía la hora de dárselo y, al mismo tiempo, tenía miedo. Regresé al dormitorio y me subí a la cama. La encontré apetitosa, tendida y relajada sobre las sábanas desordenadas, las mejillas vivaces con el color que los orgasmos le habían impreso.

Me puse boca abajo junco a ella. Me acarició el rostro con toques lánguidos. Se le cerraban los ojos. Pobre amor mío, la había extenuado.

—Se que me pediste que fuésemos despacio —señalé y ella alzó los párpados, de pronto despabilada—. Y sé también que te dije que vos marcarías el ritmo entre nosotros. Con esto —le extendí la cajita, lo cual le arrancó una exclamación— no pretendo presionarte. Sólo mostrarte que tenerte como esposa es lo que más ansío. Es mi anhelo más importante además de que mis hijos estén bien.

Se había incorporado y contemplaba la cajita con codicia; le fulguraban los ojos oscuros y se mordía el labio inferior.

—¡Santo cielo! —exclamó cuando por fin alzó la tapa y se encontró con la pieza—. Ignacio, es sublime. —Se me echó al cuello y me besó rápidamente para volver al anillo—. Gracias, amor. Qué trabajo tan delicado y fino.

Extraje el anillo de la caja y se lo probé en el anular de la mano izquierda. Le iba grande.

—Lo haré ajustar —prometí mientras ella estiraba la mano y lo admiraba.

—Debió de costarte una fortuna —se preocupó.

—Todo me parece poco para vos, Cósima.

Nos besamos con el hambre que no extinguíamos ni aun después de horas del mejor sexo.

—Gracias por todo, amor mío, por este regalo inesperado y maravilloso y por haber organizado la mejor noche de mi vida.

—¿Esto quiere decir —la presioné— que cuando sea un hombre libre y te haga una pregunta vas a decir que sí? Hoy es mi cumpleaños —la extorsioné— y vos todavía no me diste ningún regalo.

Profirió una carcajada y se me echó encima para besarme. Cerré las manos en torno a su talle, como si temiese que me la arrebataran.

—Seguís siendo el mismo de cuando tenías trece años —murmuró sobre mis labios con risa en la voz—. Y te amo por eso.

Capítulo VIII

UN VIEJO DIAGNÓSTICO

Cósima

Un pitido molesto se deslizó dentro del sueño. Me removí en la cama y entreabrí los párpados. Lanz, a mi lado, se había incorporado y hablaba por el celular. ¿Qué hora sería? Imposible deducir con los blackouts corridos. Terminó la llamada y dejó el teléfono sobre la mesa de luz.

—¿Quién era? —pregunté con voz de dormida.

Se deslizó en la ancha cama y estuvo sobre mí, desnudo y tibio, en un instante.

—Leopoldo, mi guardaespaldas. Ayer le pedí que me llamase a las seis. Uno rápido antes de empezar el día de mi cumpleaños —susurró y la humedad de su aliento me acarició el pabellón de la oreja y me erizó dolorosamente los pezones de por sí sensibles.

Tomó uno entre sus labios y yo, en una respuesta automática, arqueé la espalda y solté un quejido mezcla de dolor y deleite. Le sujeté la cabeza en la actitud de apartarlo; no lo hice; no podía negarle su mayor placer. Separé las piernas cuando intuí que sus dedos terminarían en mi vagina. No me equivoqué. Me tuvo lista en un momento y se introdujo dentro de mí con esa satisfacción que le provocaba hacerme el amor sin la barrera del látex.

Nos habíamos amado sólo en la postura del misionero y él había prometido que me tomaría en todas las del Kamasutm. No podía esperar a que cumpliera su palabra. Me encontraba aturdida por el hambre que él me despertaba, jamás había experimentado lo que me provocaba ese hombre. Era más, mucho más de lo que había imaginado. Su voracidad y su destreza me elevaban a una dimensión que no había sabido posible, una en la cual el placer y el deseo se sublimaban en el amor infinito que le tenía. Había amado a mi querido Horacio, pero nos habíamos conocido siendo muy jóvenes e inexpertos. Mis otros dos amantes, Máximo y Marcelo, me habían hecho gozar, pero ni siquiera se acercaban a lo que Ignacio Lanz Reuter estaba causándome.

Grité sin contención, ya despierta por completo, y él se me unió en otro orgasmo que nos dejó sin aliento. Su cabello rubio entrecano descansaba sobre mi pecho y su respiración me golpeaba la piel hinchada y tirante del pezón. Lo mire, incrédula, al tiempo que rabiosamente dichosa.

—Feliz cumpleaños, amor mío —susurré y le acaricié la mandíbula barbuda y aún tensa tras el alivio.

Este es el mejor cumpleaños de los últimos cuarenta y siete años —declaró sin moverse un ápice, desde esa postura confortable—. Así quiero despertar todos los días que me quedan de vida —añadió—. Es el deseo que pido por mi cumpleaños.

—Por la parte que a mí me toca, te concedo el deseo.

Alzó la cabeza y colocó el mentón entre mis senos. Me miró con ojos oscuros y celados por los párpados.

—¿Por la parte que te toca? Te toca el todo —aclaró y me hizo reír—. El deseo que pido sos vos, Cósima. Tenerte para siempre conmigo, como debió ser desde un principio —acotó.

—Sí, amor, como debió ser desde un principio —concedí.

Nos bañarnos juntos y después, cuando nos trajeron el desayuno a la habitación, comimos sentados a la mesa rodante llena de manjares. El apetito me había regresado con fuerza renovada después de una semana de ayuno involuntario. Lanz me animaba a probar de todo, pero yo quería ser moderada para no aumentar de peso. Algunos fantasmas y complejos nunca desaparecen, por muy psicóloga que una sea.

Me vestí viéndolo vestirse, aborto, en el living, creyendo que no lo observaba desde el dormitorio y, cuando dobló el codo para ajustarse el gemelo en el puño de la camisa blanca, se le infló el brazo y se le marcaron los músculos. Y me acordé del día anterior, cuando abrió la puerta y lo juzgué el hombre más atractivo que conocía, con esos pantalones de vestir oscuros y esa camisa blanca, que usaba entallada, lo que revelaba un cuerpo cuidado con esmero. Reconozco que tanta perfección me acobardó. Igualmente crucé el umbral y entré en la habitación 2316 movida por la ansiedad con que me miraba y lo hice sin saber que estaba ingresando en el lugar donde transcurriría las horas más dichosas de mi vida.

Alzó la vista y me pilló contemplándolo. Su sonrisa me paralizó el respiro y plagó de palpitaciones las zonas que él había tocado y succionado una y otra vez. ¿En algún momento acabaría su influjo sobre mí? ¿Me afectaría siempre de este modo o llegaría el día en que me sentiría mis segura en su presencia? No importaba; como fuese, estaría con él hasta el fin. Ese había sido su deseo de cumpleaños y yo se lo había concedido.

Caminó hacia mí con zancadas largas e impacientes y me tomó entre sus brazos con la desmesura que yo le despertaba. Me besó sin que mediasen palabras.

—Ahora te voy a llevara tu casa...

—¿No sería mejor que me tomase un taxi? —lo interrumpí—. Lo digo para no arriesgarnos a que nos vean juntos.

—Sería más sensato —admitió—, pero no podría separarme de vos ahora. No soporto la idea de que te vayas en taxi.

Solté un suspiro y apoye la frente en su pecho.

—¿Que vas a hacer hoy? —exigió saber.

No lo he pensado. Todavía estoy con la cabeza en lo que hice anoche.

Carcajeó y me besó Ja coronilla.

—Tene el celular con vos todo el tiempo —ordenó en ese modo exigente en el que caía sin darse cuenta de que yo no era su empleada.

—Sí, señor.

—No bromeo.

—No, señor.

Se echó a reír.

—Perdóname. Es que sólo pensar que hoy no voy pasar el día con vos como había previsto me pone de mal humor.

—Lo empezaste conmigo —le recordé—. Dentro de mí —añadí y me asombré de la manera repentina en que se le dilataron las pupilas volviéndole oscuros los ojos.

—Sí, amor, dentro de vos, la mejor manera de comenzar el día. —Me pasó el dorso de los dedos por la mejilla—. Sea lo que sea que esté haciendo hoy o con quien sea que esté, quiero que sepas que voy a estar pensando en vos, Cósima.

—Y yo en vos.

Me dejó en la puerta de mi edificio y no arrancó hasta verme entrar. Sabía que primero visitaría una obra en Puerto Madero con la que tenía problemas y que luego iría a su casa para un típico almuerzo familiar, el único evento en el que sus padres admitían el uno la presencia del otro. Justa y Ema lo visitarían a la hora de la merienda y probablemente sus amigos del club caerían por la noche. “Me prometió que sólo pensaría en mí”, me recordé cuando, al entrar en mi casa, me invadió una profunda desazón.

Bernie corrió a recibirme y me rescató de la tristeza. Le renové la comida y el agua y tiré a la basura los diarios donde había hecho sus necesidades. Me cambié con prendas cómodas de gimnasia, puse a lavar ropa y encendí el lavavajilla. Como no quería quedarme ahí sola, salí a caminar con mi perro. Llegamos hasta los bosques de Palermo, el lugar favorito de Bernie, donde se dedicaba a complicarles la vida a los peces del estanque.

El primer mensaje de Lanz llegó mientras sujetaba a Bernie del collar para evitar que se abalanzase sobre una pata y sus patitos.

—Te extraño. Qué estás haciendo?

—En los bosques de Palermo, salvando a los patos del instinto cazador de Bernie.

—Qué daría por estar ahí, amor.

—Qué daría por que estuvieses aquí. ¿Todo bien en la obra?

—Algunas complicaciones. Nada que no pueda resolver.

Mi Lanz todopoderoso.

—No es justo que en el día de tu cumpleaños te den problemas.

—Lo único que me importa en este día es que sos mía.

—Sólo tuya, Ignacio.

Carlitos y Natalia me invitaron a almorzar a su quinta en Pilar. Me di cuenta, por el tono de los mensajes que intercambiamos a lo largo del día, de que a Lanz no le hacía ni una pizca de gracia que estuviese tan lejos y con Lucho. Primero le conté a Naty lo vivido la noche anterior en el Intercontinental. Me abrazó y me deseó que fuese feliz.

—Aunque moría por tenerte de cuñada, se te ve tan feliz, tan plena, que estoy que no puedo más de la ansiedad por que todo se solucione con la ex de Lanz y ustedes puedan ser felices.

A Carlitos le referí la novedad cuando volvió del partido de fútbol que jugaban los sábados, incluso le mencioné lo del anillo, y soltó un silbido de admiración.

—Madre mía, es el metejón del siglo —declaró mientras sacudía la cabeza y sonreía—. ¿Y no tiene miedo de que la ex sepa que están juntos y lo haga mierda?

—Yo tengo miedo. Él no. Me ponen muy nerviosa las circunstancias, pero volver a dejarlo está fuera de discusión.

Lo de exorcizarlo, entonces —bromeó mi querido amigo—, quedó en la nada. Y lo de dejarlo por el bien de la sensatez es imposible. Pero como la semana pasada tenías cara de muerta y hoy sos otra, como si te hubiesen dado una transfusión, creo que lo sensato es que te lo quedes, a Lanz —aclaró—. Hasta tenés los cachetes colorados. ¿Cuándo he visto yo tus cachetes colorados? ¡Naty! —la llamó—. ¿Viste que Cosi tiene los cachetes colorados?

—¡Sí! —contestó desde la cocina—. En treinta años, la primera vez. Me pregunto que será.

Me eche a reír. Lo abracé. Me sentía segura en los brazos de mi hermano de la vida. Me dije: “Si Carlitos lo aprueba, todo estará bien”.

—¿Aprobás mi relación con Lanz? —susurré.

Aprobaría cualquier decisión que tomaras, Cósima.

Cuando me llamaba Cósima y no por mi apócope era porque hablaba muy en serio.

—Gracias, pero ¿aprobás mi relación con Lanz?

—Estás loca por él, Cosi —expresó—. Como nunca lo has estado por nadie, ni siquiera por Hora, que en paz descansa.

—Sí, que en paz descansa, amor mío —susurré, intimidada por una verdad que no me atrevía a pronunciar pero que, como siempre. Carlitos me obligaba a mirar de frente: Ignacio Lanz Reuter era el amor de mi vida.

Volví a Buenos Aires en el auto de Lucho. Me sentí incómoda al aceptar su ofrecimiento, como si traicionase a Lanz. Pero habría sido descortés, sin mencionar que ridículo, rechazarlo y tomarme un remis. Nuestra amistad no se resentiría por esto, no lo aceptaba. Intenté mantener una conversación trivial y él me siguió el juego. Sin embargo, cuando detuvo el auto delante de mi edificio, me preguntó si quería cenar con él.

—Te agradezco pero no. Estoy rendida y mañana temprano parto a lo de mi madrina para pasar el día con ella y con mamá.

Cosi... —susurró en la penumbra del habitáculo y alzó la mano para acariciarme la mejilla.

Se la detuve.

—No, Lucho.

—Probemos —me pidió.

—No.

—¿Por Lanz?

—Lo amo, Lucho. Por favor, necesito que lo comprendas y me apoyes. No soportaría perder nuestra amistad por esto.

—¿Por esto te referís a mi amor por vos?

Lucho, te lo suplico. —Hice el ademán de abrir la puerta, pero él me detuvo por el brazo—. Soltame, por favor.

—Lanz está obsesionado con vos. Te va a usar para satisfacer su capricho de nenito rico y malcriado y te va a tirar después, como hace con todas. Te va a destrozarse ese hijo de puta, porque es lo único que sabe hacer.

Me quedé mirándolo con un temblor acuoso en los ojos. Carraspeé antes de responder:

—Ojalá te equivoques. —Y bajé del auto.

Lo oí arrancar haciendo chirriar los neumáticos. El celular me advirtió de un nuevo mensaje apenas puse pie en casa. Me pasé el dorso de la mano por los ojos para ver quién era. Lanz. No podía responderle, no en ese momento en que temblaba de llanto y de miedo. Como no le conteste enseguida, me llamó. El timbre del teléfono retumbó en el silencio de mi casa. Atendí porque no soportaba preocuparlo.

—¿Amor? —lo oí decir con inquietud y estuve a punto de preguntarle: “¿Soy tu obsesión? ¿Soy tu capricho? ¿Vas a dejarme cuando te canses de mí?”.

Carraspeé.

—Sí, amor, aquí estoy.

—¿Que pasa?

—Nada. Subí las escaleras corriendo. Estoy agitada.

—Ya estás en tu casa, entonces —dedujo.

—Sí, ya estoy en casa. ¿Vos cómo lo estás pasando?

—Aquí, bien. Por suerte tengo a mis hijos.

—Claro. Qué bendición.

—Pero me falta la parte más importante.

—A mí también.

“¡Nacho!”, escuché a la distancia, y el peso que se me alojó en el estómago me causó un mareo. “¡Acaba de llegar Arturo! ¡Vení!”. La voz de Vivian me resultaba detestable.

¡Estoy en el baño! —respondió Lanz con timbre exasperado— Dios —masculló en el teléfono —, qué cansado me tiene esta situación. Se pavonea por la casa como si fuese la dueña. El teatro que armaron con mi vieja hoy al mediodía me asqueó. Creo que me voy a mudar al depto de Figueroa Alcorta hasta que el juez dicte sentencia, porque está claro que no voy a poder sacarla de aquí hasta entonces.

La idea me causó alegría. Enseguida le sugerí:

—Consúltalo con tu abogado, amor.

—Sí —suspiró, cansado—. ¿Puedo llamarte más tarde? —preguntó con esa ansiedad que me hacía pensar en el Ignacio del verano del 82— ¿A qué hora te vas a dormir?

—Ya mismo me doy un baño y me meto en la cama. No me sostengo.

—Entonces —dijo con tristeza—, nos despedimos hasta mañana.

—Sí, amor. Que termines bien tu día.

—Gracias, amor mío.

Dormí profundamente. Me levanté temprano y reanimada. A las ocho, mientras subía a Bernie en mi auto, me entró un mensaje. Creí que era mi madrina que me pedía que le comprase pan o algo por el estilo. No, era Lanz.

—Buen día, amor mío. ¿Descansaste? Yo, como un tronco.

Me reí y medité que no se podía amar tanto a otro ser humano sin caer en un riesgo inconmensurable.

—Dormí muy bien. ¿Arriba tan temprano? ¿Y la fiesta de anoche?

—Los despaché a las doce. No estaba con ánimos para festejar sin vos.

—Yo estoy siempre con vos, Ignacio, aunque no este ahí

No contestó. Esperé unos segundos y acabé de subir a Bernie y las bolsas con las compras. Un instante después sonó el timbre del teléfono. Lanz me llamaba.

—¡Amor! —me alegré —¿Que pasa?

—Eso que me escribiste me puso mal. No mal, sino que me hizo pensar en qué mierda me detiene, por qué no estoy ahí con vos, haciéndote el amor y siendo feliz.

—Tenemos que ser prudentes hasta que pase la amenaza.

—Lo sé, lo sé —contestó exasperado— ¿Qué vas a hacer hoy.

—Estoy yéndome a lo de mi madrina. Paso el día con ella y con mamá.

—¿Tu madrina? —se inquietó—. ¿Carmen Sidarti, la que era directora del Saint Peter's?

—Sí, ella —confirmé con una sonrisa irónica pues sabía el origen de su inquietud.

—No le digas de nosotros, Cósima. —Solté una carcajada—. Me odia por lo que te hice en el cole. Ya con Lucho, que te habla pestes de mí, tengo de sobra.

—Que hablen Lucho y mi madrina todo lo que quieran, Ignacio. Nada va a cambiar lo que siento por vos.

—Cósima, protegé lo nuestro, por favor.

—Con uñas y dientes, amor mío.

Nos despedimos con los corazones pesarosos. Resultaba evidente que Lanz no estaba acostumbrado a hacer lo que se debía en pos de un objetivo sino lo que él quería, por lo que privarse de mí para evitar una catástrofe con Vivian le estaba resultando intolerable. Arranqué el

auto y me dirigí hacia Belgrano R, a la casa de mi madrina, donde vivía también mi madre. Se llevaban bien las dos y para mí era una tranquilidad saberlas juntas.

Necesitaba contarle lo de Lanz a mi madrina, una mujer juiciosa y discreta, que siempre había sido mi guía. Ella, al igual que Carlitos, me decía cosas que me dejaban pensando y que me ayudaban a salir de la tormenta. En tanto mamá dormía la siesta nosotras salimos con Bernie al jardín aprovechando que se trataba de un día espléndido de invierno, soleado pero frío y de ciclo despejado.

La ayudaba a desmalezar en torno a los rosales cuando le confesé.

—Estoy enamorada, madrina.

Se incorporó súbitamente y me miró a los ojos con expresión asombrada.

—Nunca me has dicho algo así —replicó—. Me has dicho: Madrina, estoy saliendo con un hombre. Madrina, estoy viendo a un colega —Pero nunca: Madrina, estoy enamorada.

Reí. Era muy perspicaz la vieja docente.

Locamente enamorada, debería agregar.

—Cielo santo —masculló—. Vamos a sentarnos en las reposeras Esto requerirá toda mi atención.

Nos ubicamos en las sillas de jardín, bajo el sol de la siesta. Bernie se echó junto a mí. Le acaricié la cabeza y sonreí cuando soltó un sonido de complacencia.

—A ver —dijo mi madrina—, contame quién es el afortunado que te robó el corazón.

—Lo conoces.

¡Lucho! —exclamó y unió las manos como en plegaria, la expresión fulgurante de dicha.

—No —replique desanimada—. No es Lucho. Lo conoces, pero hace años que no lo ves. Era alumno del Saint Peter's.

—¡Uf! He tenido tantos alumnos al lo largo de treinta y cinco años de docencia que...

—Éramos compañeros —la interrumpí, asaltada por una sensación de inminente catástrofe; casi que me arrepentía de no haber seguido el consejo de Lanz.

—¿Ah, sí? ¿Te reencontraste con un compañero después de tantos años?

—Sí.

—¡Bueno, hija! —se exasperó—. No me tengas sobre ascuas ¿Quién es?

—Te vas a sorprender —la previne— y no sé si gratamente.

—Mientras no me digas que es Lanz Reuter —dijo y rió en el acto de quien desestima la cosa por absurda.

Se me hizo un nudo en el estómago. Bernie se irguió repentinamente al percibir mi cambio brusco de humor y se sentó sobre cuartos traseros. Gimió y me besó la mano con que lo acariciaba, fijé la vista en la risueña de mi madrina, que poco a poco fue poniéndose seria.

—¿Es Lanz Reuter, Cósima?

—Sí, madrina.

—¡Cielo santo, hija! ¡Ese demonio que te torturó durante cinco años! .En qué estás pensando, Cósima?

Le sujeté la mano en un acto mecánico y ella se la llevó amorosamente a la mejilla y después la besó. Respiró profundo y cerró los ojos. Más serena, volvió a mirarme sin soltarme.

Cósima, tesoro. Cómo fue que ese... —a punto de decir “demonio” o alguna cosa parecida se corrigió —: ese chico te robó el corazón.

—Volvimos a vernos debido a su hijo, que es autista —comencé y fui contándole de que modo Lanz y yo habíamos terminado por enamorarnos.

Al concluir el relato guardé silencio. Mi madrina apartó la vista y contempló el hermoso y cuidado jardín.

—Durante la semana que siguió a la fiesta de egresados —dijo tras ese interludio en silencio— exigí a los padres de Lanz que lo sometieran a un tratamiento psicológico. Había algo malévolo en ese chico con cara de ángel.

Las palabras de mi madrina y la solemnidad con que las pronunciaba iban acentuando el dolor de estómago.

—Fue difícil convencerlos, en especial a la madre, que era una mujer muy soberbia. Fría como un témpano —añadió—. Pero los amenacé con expulsar al hijo, por lo que no les quedó otra que aceptar. Me pidieron que les recomendase a alguien de mi confianza y lo hice.

—¿Quién? —quise saber.

—La licenciada Giuliano.

Fue profesora mía en la facu —mascullé muy deprimida, pues Giuliano era una eminencia. Le temí a su diagnóstico.

Mi madrina asintió con seriedad antes de reanudar el relato.

—Lo evaluó durante un par de semanas en las que Lanz tuvo que ir todos los días a su consultorio. Al final nos convocó a mí y a los padres y nos dijo que Ignacio era un sociópata.

—¡Oh!

—Ninguno de nosotros sabía qué era un sociópata. La Giuliano nos explicó. Supongo que vos, siendo psicóloga, sabes de qué hablo. —Ni siquiera atiné a asentir, tan perpleja estaba—. La madre de Lanz se puso de pie y declaró que ese diagnóstico era erróneo. El padre se mostró un poco más abierto a escuchar los porqués de la conclusión de la Giuliano, que les recomendó empezar un tratamiento psicológico inmediato. Según ella, a diferencia del psicópata, el sociópata podía recuperarse. Las clases acababan de terminar, por lo que yo me desentendí de la cuestión. Lanz había concluido su quinto año sin llevarse materias; por fortuna no lo vería de nuevo. Nunca volví a saber de él. Bueno —se corrigió—, eventualmente he visto sus fotografías en las revistas del jet set, siempre con una mujer exuberante del brazo, lo que me da la pauta de que no ha cambiado mucho.

Bajé la vista, avergonzada de mí, de él. Tenía ganas de salir corriendo a gritos. Lucho lo llamaba psicópata; la Giuliano lo había diagnosticado con el otro gran trastorno de la personalidad antisocial, la sociopatía. ¿Verían ellos algo que yo, ciega de amor, no advertía? Caí en un pozo negro y oscuro de tristeza y no sabía que hacer.

—Y ahora, mi adorada ahijada, la hija de mi corazón, terriblemente maltratada por ese demonio durante cinco años bajo mis narices, me dice que está enamorada de él.

Mi madrina nunca se había perdonado no haberse dado cuenta de que Lanz me hostilizaba, y creo que la culpa la llevaba a odiarlo aún más.

—Dice que está arrepentido de todo lo que me hizo durante el secundario —tenté, pero la duda iba anidando en mí lo mismo que un virus malévolo que terminaría por liquidarme—. Dice que me ama como nunca amó a nadie. Ha cambiado, madrina. Admitir la imperfección de su hijo lo ha cambiado.

—Recuerdo poco de la explicación que nos dio la Giuliano. Pasaron tantos años... —suspiró y se cubrió la frente con aire de agobio—. Pero me acuerdo de que definió al sociópata como un hábil manipulador. Yo no soy la psicóloga aquí, Cósima. Vos lo sos, pero temo que en este caso será en vano porque estás muy enamorada. Por eso te pido cautela, hijita.

—¿Por qué me diría que me ama, madrina? —intenté razonar—. Él podría estar con la mujer

que quisiese. Es rico y sigue siendo tan buen mozo como cuando tenía diecisiete años. ¿Por qué yo?

—No lo sé con certeza, sólo me permito especular de acuerdo con lo que vos me has contado.

—¿Y a qué conclusión te llevan tus especulaciones? —quise saber con un miedo aterrador.

—Te quiere porque te necesita para su hijo.

—¡Pero para eso no precisa que me case con él! Con que Nachito vaya a la fundación es suficiente.

—Cósima, Cósima —dijo y me acarició la mejilla—. Hijita, Lanz debe ser brillante. Lo era en la escuela. Muy inteligente —remarcó— Te vio y se dio cuenta de que sos especial. Con vos en la casa, su hijo autista alcanzará niveles de desarrollo que de otro modo no lograría. La conclusión de mi madrina me resultaba desproporcionada, descabellada y decidí desestimarla. Sin embargo, sus comentarios habían calado profundo. Transcurrí el resto de la tarde entumecida de dolor y de perplejidad, con una sensación desagradable en la bocada del estómago que me obligó a volver a casa más temprano. A medida que iba recordando las confidencias de Lanz acerca de sus años de excesos con las drogas, el sexo y el alcohol, el diagnóstico de la Giuliano cobraba veracidad. Sabía algo acerca de las enfermedades del trastorno de la personalidad antisocial, pero no era un campo que dominase. ¿A quien consultaría? Recordé a una colega de la Universidad del Salvador, especialista en el tema, y me propuse llamarla el martes —el lunes era feriado—. Sería difícil que emitiese un diagnóstico a través de mis impresiones; no obstante, me sentí mejor con la resolución. También decidí tomar unas sesiones con mi antigua terapeuta, la que me había ayudado a superar el duelo por la muerte de Horacio y de nuestro hijo. Me vendría bien exponerle los hechos y analizarlos; me haría ver con claridad.

Al entrar en mi departamento oscuro y silencioso me angustié. Caminé con Bernie pegado a mi pierna hasta la mesa de los portarretratos y tomé uno con la fotografía de Horacio.

—¿Qué voy a hacer, amor mío? —le pregunté y se me quebró la voz.

Fui hasta mi dormitorio y recuperé del placard la campera verde de Lanz que aún no había tenido oportunidad de devolverle. La extendí sobre la cama y comprobé una vez más que la sangre había salido por completo. ¡Qué hermosa prenda! Como todo lo referido a él, era de calidad, de clase, estéticamente bella.

Una pregunta recurrente, la cual desde el principio de nuestro romance no conseguía responder, me torturó en esas circunstancias: ¿Por qué yo? ¿Por qué la tía Cósima?

Me daba rabia admitir que me sentía por debajo de él. Ciertas cosas, por mucha formación académica y años vividos, nunca cambian. Recordé las palabras de Carlitos: “La infancia es el patio trasero donde jugamos toda la vida”.

El celular soltó un pitido anunciando la entrada de un mensaje. Era de Lanz. No lo leí.

Ignacio

Corté con Cósima embargado de una sensación de nefasta expectativa. La Sidarti sería lapidaria conmigo y no porque no me lo mereciera; lo merecía, sólo que ya no era aquel adolescente idiota que había abusado de su ahijada. Deseé que Cósima no le contase acerca de lo

nuestro. Precisaba de más tiempo para que la confianza que se estaba cimentando entre nosotros se posicionara sobre pilares sólidos. Ahora, temía, un golpe la habría volteado.

Leopoldo cargó la bolsa con los palos de golf y nos pusimos en marcha hacia el campo sobre la avenida Tornquist. Me apremiaba huir antes de que Vivian se levantase. La noche anterior de nuevo se había deslizado dentro de mi habitación vestida con un camisolín transparente que dejaba poco a la imaginación para entregarme su “regalo personal”. Habíamos terminado a gritos.

Pasaría el domingo con Arturo Cimmi jugando al golf y poniéndonos al día con las cuestiones de la empresa. Entre los continuos viajes de él y mi vida complicada nos veíamos poco y a las corridas, cuando nos cruzábamos en los pasillos de la constructora. Nos manejábamos con mensajes o a través de nuestras secretarías; pero no era lo mismo.

Ingresé en las instalaciones con Leopoldo por detrás. Arturo me esperaba sentado en la barra. Nos saludamos con un abrazo.

—¿Cómo terminó la joda ayer en tu casa? —preguntó con ironía pues sabía de mi situación y de las pocas ganas que tenía de festejar.

—Te fuiste justo cuando empezó la parte más picante —bromeé.

—Espero que Vivian esté mejor —dijo, de pronto serio, pues la muy cretina lo había agarrado como paño de lágrimas para contarle la clase de monstruo que era yo.

—No lo sé. Me fui antes de que se despertara. No quiero verla.

—¿Cuánto va a durar esta situación? —se interesó.

—Bueno —interpuse—, vos sos divorciado; sabés cómo son estas cosas.

—Bea y yo nos divorciamos de común acuerdo y no teníamos hijos. Todo fue fácil y en tres meses tuvimos la sentencia.

Beatriz Lanusse, la ex de Cimmi, era lo opuesto de Vivian. Abogada y presidenta de una ONG que luchaba por los derechos de la mujer, poseía una naturaleza responsable y gentil, siempre dispuesta a conciliar y a no causar problemas. Habíamos sido muy amigos, lo que duraron el noviazgo y el matrimonio con Cimmi. Desde el divorcio hablábamos de tanto en tanto. Ella siempre me llamaba para mi cumpleaños y yo para el de ella.

—Bea es una mujer fuera de serie, Arturo. Lo mío es un poco más complicado —admití con sarcasmo—. Mi abogado presentará la demanda de divorcio el martes, pero ella de seguro la rechazará, y comenzará el baile. Será cuestión de arreglar con guita. La guita arregla todo —expresé y me sentí un hipócrita al darme cuenta de ese tipo de boludeces eran las que pronunciaba antes de Cósima.

Nos dirigimos hacia el campo de golf. Era un hermoso día y deseé que ella estuviese a mi lado en lugar de Arturo.

—Vivian me dijo —retomé mi mano derecha— que la dejas por otra.

—¿Eso te dijo? ¿Así que ahora le haces de confidente?

—Está muy mal. Sabes que le tengo mucho cariño. Todavía me acuerdo del día en que la conocimos, tan joven, tan simpática y alegre.

—No todo lo que brilla es oro —mascullé con el ánimo de un viejo amargado.

—El sábado pasado —retomé Arturo haciendo caso omiso de mi comentario— me invitaron a una fiesta en el mismo salón del Hipódromo de Palermo donde la vimos desfilando por primera vez. ¿Te acordás? ¿Era una fiesta de beneficencia o algo así?

—Para Casa Foa —respondí entre dientes—. Nuestra constructora patrocinaba el evento. ¿Estás bregando por su causa? —se me ocurrió preguntar mientras hincaba el tee en el terreno.

—No me atrevería. No me meto en la vida de los demás. Sólo estoy recordando viejos y buenos tiempos.

—Quedémonos en el presente —propuse— y hablemos de los tantos temas que tenemos pendientes, por ejemplo, ¿cómo quedaste con la gente de Chile?

Arturo se concentró en explicarme los detalles de la apertura de la filial en Santiago. No volvió a mencionar a mi ex lo que duró el partido ni durante el almuerzo tardío después. Yo consultaba el celular cada dos minutos, lo que provocaba miradas subrepticias de Arturo. Pero no le conté de Cósima; no estaba preparado para compartirla con él. En realidad no estaba preparado para compartirla con nadie de mi entorno y cuando analicé el porqué me di cuenta de que temía que la lastimasen.

Me molestaba que no me escribiese ni me llamara. Estaba preocupado y ella lo sabía. Me reprimí de enviarle un mensaje para que no creyese que la controlaba. Lo cierto era que sí, la controlaba, quería saber exactamente dónde estaba a cada momento y con quién hablaba, a quién le dirigía una sonrisa y a quién le prodigaba sin recato su energía sanadora. Todavía perduraba como un mal sabor en la boca haberme enterado de que el tal Marcelo Ibáñez y ella habían estado juntos no tanto tiempo atrás.

A eso de las cinco de la tarde, de camino a casa, incapaz de contenerme, le envié un mensaje. Pasaron unos minutos sin respuesta. Me dije: “Estará manejando o duchándose”. Decidí darle treinta minutos, que transcurrieron como si fuesen tres días. Entonces me importó una mierda todo y la llamé. Me interné en el jardín de mi casa buscando la paz que no hallaba dentro y la llamé. Me atendió enseguida y supe por el tono de voz que la Sidarti la había puesto en mi contra. Un miedo frío me paralizó la sangre.

—Amor, ¿puedo ir a verte? No te escucho bien.

—Me cayó mal la comida. Estoy en la cama con náuseas.

Era peor de lo imaginado. El pánico me impedía pensar correctamente.

—Con más razón voy a verte, Cósima. ¿Quieres que te compre algo en la farmacia?

—No, gracias. Si vinieses, me obligarías a bajar a abrirte. Y estoy muy nauseosa.

—Mañana mismo me hago una copia de las llaves de tu depto y del edificio —solté sin pensar, acostumbrado a dar órdenes, a ser el dueño, el jefe. El ególatra.

El silencio de Cósima se me clavó como una puntada en el pecho.

—Te lo suplico, amor —claudiqué—. Sé que estás mal porque la Sidarti te habló pestes de mí. No lo niegues.

—No lo niego —confirmó—. Necesito estar un poco sola, eso es todo.

—No, Cósima —me emperré—. Se te va a llenar la cabeza de idea negativas y vas a empezar a dudar de todo, hasta de si me amás.

—No, Ignacio. Pero estoy tan cansada. Quiero dormir —susurró.

—Está bien, amor —cedí—. Dormí tranquila. Voy a estar todo el tiempo con el teléfono. Llámame por cualquier cosa, a cualquier hora.

—Sí. Gracias. Hasta mañana.

—Hasta mañana, amor mío.

Corté y sin dudar lo busqué el apellido Naum entre mis contactos. Carlitos me atendió enseguida.

—¿Carlos? Soy Lanz.

—Ah, Lanz. ¿Pasa algo? ¿Cosi está bien? —se inquietó.

—Acabo de cortar con ella, pero me quedé preocupado. Está sola e su casa y no se siente bien.

Dice que la comida le cayó mal y que está nauseosa. No quiere que vaya a verla porque la obligaría a bajar a abrirme, está muy mareada. Me preguntaba si vos tenes una copia de las llaves de su depto. No tolero saber que está mal y quedarme de brazos cruzados

Se hizo un silencio del otro lado de la línea. Primero temí que Carlitos me dijese que no tenía las llaves, lo cual descarté casi de inmediato siendo esos como eran, carne y uña. Después temí que me dijera que se ocuparía él. Unos segundos más tarde propuso:

—Encontrame en la puerta del edificio de Cósima en media hora.

—Gracias, Carlos —murmuré con alivio.

Corrí hasta el garaje, puse en marcha la camioneta y estuve en lo de Cósima quince minutos más tarde. Conseguí lugar a pocos metros del ingreso a su edificio. En lo que tardó en llegar Carlos Naum me quedé atento a la puerta por si aparecía algún vecino que me permitiese entrar. No me costaría convencer a quien fuese con mi cara fachera, mi piel blanca y mi pelo rubio, En el fondo, todos somos racistas. Pero nadie apareció, y lo que tardó en llegar Naum se me convirtió en una eternidad.

Carlitos bajó del auto y nos estrechamos la mano.

—Gracias por venir. Sé que te estoy pidiendo un garrón pero me quede mal. La noté mal.

—No hay problema. Vamos —dijo y entramos.

Bernie ya nos había olfateado y gemía y golpeaba la puerta con los coletazos. Ingresamos. La casa estaba a oscuras salvo por una tenue luz que bañaba parte del pasillo distribuidor.

¡Cosi! —llamó Carlitos—. Soy yo.

—En el dormitorio —la oí responder con voz apagada y el corazón me batió, desenfrenado.

Me quité la campera y la arrojé en el sillón del living antes de seguir a Naum, que le hablaba desde el pasillo.

—Me llamó Lanz muy preocupado. Dice que estás descompuesta. Se detuvo en la puerta y yo detrás de él. Como le llevaba una cabeza, Cósima me avistó enseguida y ahogó una exclamación asombrada.

—Hola, amor —dije y entré esquivando a Carlitos.

—Hola. No era necesario tanto lío —me reprochó con acento medido que, yo sabía, escondía una rabia con la cual lidiaría más tarde. En ese instante sólo contaba que había llegado a ella. Me senté en el borde de la cama y extendí la mano para acariciarle la mejilla pálida.

—¿Cómo te sentís?

—Mejor. Tomé un Sertal.

—¿Querés que te prepare algo? —ofreció Carlitos—. ¿Un té de boldo, de manzanilla?

—De manzanilla —pidió, y Carlitos salió de la habitación sin preguntar dónde guardaba los saquitos ni cuántas cucharadas de azúcar tenía que agregarle, tanto conocía a mi mujer.

Nos miramos. Estaba hermosa con el cabello suelto y ese camisón de algodón cerrado hasta el cuello, tan opuesto al camisolín con el que Vivian había intentado seducirme la noche anterior. Se le ajustaba a las tetas y me parecía erótico.

Vi que le temblaba el mentón y que una lágrima le rodaba por la mejilla. Me asusté.

—Amor... —balbuceé.

Se tendió de costado en posición fetal y de espaldas a mí. Me quité los mocasines rápidamente con los dedos del pie y me tendí junto a ella amoldando mi cuerpo al suyo en una actitud protectora. Le aparté el pelo del cuello y se lo besé.

—Amor —volví a decir.

—Abrázame, Ignacio —me pidió con voz quebrada.

—Sí —contesté y la rodeé con los brazos sintiendo que la vida volvía su cauce sólo porque ella me permitía tocarla. Habría debido preocuparme la dependencia que estaba desarrollando por ella. Mi Cósima, mi obsesión, mi droga de tantos años. Pero no me importó. Solo me juraba que nunca le permitiría que me alejase de su lado. Los dos seríamos felices y que los demás se fueran bien al carajo.

—Acá te dejo el té, Cosi. —Carlitos lo apoyó en la mesa de luz.

Erguí la cabeza para mirarlo.

—Gracias —susurré.

—Cosi, tomalo calentito.

—Sí, ahora lo tomo. Gracias.

—Bueno —dijo, sin saber qué hacer—. Yo tengo que irme. ¿Vos te quedas con ella, Ignacio?

—Sí. Anda tranquilo. Me voy a quedar toda la noche.

OK. ¿Sabes qué? Te dejo mi juego de llaves. Yo tengo el de Nary

—Gracias, Carlos —dije y lo miré tratando de comunicarle mi gratitud.

Carlitos se acuclilló junto a la cabecera para despedirse de Cósima.

—Estás muy pálida —comentó—. ¿No querés que vayamos a la guardia del Bazterrica?

—No. Es sólo una indigestión —desestimó.

—Ignacio —se dirigió a mí con seriedad—, si ves que no mejora la llevás y me llamas, a la hora que sea —añadió.

—Por supuesto.

La besó en la frente.

—Hasta mañana, Cosi.

—Hasta mañana. Saludos a Naty y a los chicos.

—Serán dados. Chau, Ignacio —dijo y no me ofreció la mano.

En cambio me miró con una exigencia que me hizo sentir pequeño, a mí, que lo doblaba en tamaño.

—Chau, Carlitos. Y gracias por todo, de verdad.

Se marchó con Bernie a la zaga. No bien Naum salió del dormitorio ajusté mi abrazo en torno a ella y le besé la mandíbula.

—¿Dónde duele? —le susurré al oído y abrí la mano en su vientre recordete.

—Más arriba —me indicó—, en la boca del estómago.

Pero si deslizo la mano hacia arriba me voy a encontrar con mis dos cosas favoritas en la vida y entonces... no respondo por lo que pueda suceder —advertí con tono juguetón y le arranque una risita cansada, que me enterneció—. ¿Te incorporas un poco para tomar el té? —sugerí y ella asintió sin palabras.

La ayudé a levantarse y le acomodé las almohadas en el respaldo. Le extendí la taza de té.

—¿Estás a gusto?

—Sí, gracias.

—De nada, amor mío. —Nos miramos—. Estoy tan contento de estar aquí. Te extrañé tanto.

—Yo más —dijo y me contempló por sobre el borde de la taza—. ¿Cómo estuvo la fiesta anoche?

Me di cuenta de que no quería afrontar el tema de la Sidarti ni de mi aparición intempestiva en su casa. Decidí complacerla y me puse a contarle acerca de los amigos y los parientes que habían ido a saludarme. Terminó el té y la ayudé a que se recostase. Apagué la luz de su velador y dejé encendido el de la otra mesa de noche. La habitación se oscureció ostensiblemente.

Acostate a mi lado —me pidió y volvió a ponerse de espaldas a mí.

Amoldé mi cuerpo al de ella por fuera de las sábanas y de las colchas. Me erguí sosteniéndome la cabeza con la mano y me quedé mirándola. Se durmió en pocos segundos. Debía de estar exhausta. Transcurrió la hora y media siguiente sentado contra el respaldo de la cama, respondiendo mensajes y confeccionando un listado de cosas para Romina; las quería listas para el día siguiente. Me parecía mentira estar viviendo esa escena tan normal con la mujer que amaba. Me resultó un momento tan íntimo como los compartidos en la habitación del Intercontinental.

El sonido de un teléfono me sobresaltó. Me di cuenta de que se trataba del hijo. Estaba seguro de que lo había visto en un mueble en el pasillo. Abandoné la cama con cuidado para no despertar a Cósima, quien, al timbre del teléfono, se había rebullido y vuelto a dormir.

—¿Hola?

—Ah, disculpe —dijo una voz masculina y madura, sorprendida de que yo lo atendiese—. Creo que me equivoqué de número.

—¿Con quién desea hablar?

—Con mi hija. Cósima.

—No se ha equivocado —lo corregí—. Esta es su casa. Soy el novio de Cósima. Ignacio Lanz Reuter. Mucho gusto, señor Facchinetti.

—¿Lanz Reuter? —se sorprendió el hombre—. ¿Como la constructora?

—Es la empresa de mi familia —confirme—. Mi padre es el presidente, yo el CEO.

—No sabía que mi hija estuviese de novia.

—Es muy reciente —expliqué.

—¿Podría hablar con ella?

—Está descansando. ¿Quiere dejarle un mensaje?

—Sí, gracias. Dígale que la llamaba para confirmar la cena de mañana, en casa a las nueve. Me gustaría que usted también nos acompañase.

—Gracias, señor Facchinetti. Asistiré con gusto —dije y corté.

Bernie, a mi lado, gemía y se sacudía con la cola oculta entre los cuartos traseros. Me acuclillé frente él y lo tomé por las orejas.

—¿Qué pasa, Bernie? ¿Qué necesitas?

Se evadió hacia la cocina. Lo seguí. Encendí la luz y lo encontré golpeando ligeramente la puerta de un armario con el hocico. La abrí. Me topé con una bolsa de alimento para perros.

—¿Tenes hambre? —pregunté y soltó un quejido doliente al tiempo que me miraba con esos ojos bonachones.

Le llené el comedero con el alimento balanceado y el bebedero con agua fresca. Me quedé en cuclillas a su lado, observándolo comer.

—Che, Bernie, esa comida debe de ser sana, pero tiene un olor horrible —comenté mientras el animal se la devoraba a tarascones—. La próxima vez que venga te voy a traer un buen bife de chorizo —prometí, y una risita musical me hizo alzar la vista y ponerme de pie de un salto.

Cósima, envuelta en una bata blanca, el pelo ensortijado y cara de sueño, me miraba apoyada en el marco de la puerta.

—A mí también me gusta el bife de chorizo —comentó con aire bromista.

Avancé, ciego, hacia ella. Caí de rodillas a sus pies y le ceñí la cintura. No se trató de una acción deliberada sino absolutamente instintiva, como si su sola presencia me doblegase y me volviese humilde. Sonreí con los ojos cerrados cuando me abrazó y apoyó la mejilla en mi

cabeza.

—¿Estás enojada conmigo por molestar a Carlitos y venir a verte?

—No. Nunca puedo enojarme con vos, menos que menos cuando estás tan hermoso como hoy. Me robaste el aliento cuando te vi entrar en mi dormitorio con este cárdigan blanco. Te queda tan bien.

Clavé el mentón en su pecho y alcé las pestañas para mirarla.

—Me lo puse para ir a jugar al golf. Fui con Arturo Cimmi.

Me apartó el cabello que me caía sobre la frente y me rozó la venda.

—Lo tengo largo, me dije. El martes voy a lo de mi peluquero para que me lo recorte, decidí. Nos contemplamos con expresiones relajadas.

—Gracias por alimentar a Bernie —susurró.

—De nada.

Me puse de pie y la arrastré sobre mis piernas cuando me senté en una silla. Nos abrazamos en silencio.

—Amo esta cocina —expresé— porque aquí comenzó todo hace exactamente una semana, cuando tuviste nuestro primer orgasmo sólo porque te toqué las tetas. ¿Te había pasado antes? —pregunté, tratando de disimular la ansiedad que me causaba la respuesta.

—No, nunca antes —afirmó, y un grito de guerrero victorioso, que reprimí, me explotó en el pecho—. Te gusta haber sido el primero. Te brillan los ojos. Dios mío, Ignacio —susurró de pronto sería y me acunó las sienes—. No creo que existan ojos azules más perfectos que los tuyos. Me acuerdo del día en que te caíste de la bicicleta y te ayudé. Te pedí que echaras la cabeza hacia atrás y entonces vi tus ojos por primera vez. Era chica y sin embargo me impresionaron tanto. Me parecieron la cosa más hermosa que había visto.

Yo reía y le besaba los labios mientras ella me hacía la gloriosa confesión.

—Todo lo que me haces sentir —retomó—, lo que me haces vivir en el sexo pero sobre todo emocionalmente, es nuevo para mí y muy fuerte, y por eso estoy tan sensible.

—Es nuevo para mí también, amor. Nunca había experimentado por otro ser humano lo que siento por vos, Cósima. ¿Qué te dijo la Sidarti? —pregunté, dispuesto a afrontar la cuestión de una vez por todas.

—No quiero hablar de eso.

—Pero yo sí, Cósima —me empeciné—. Quiero que fundemos una relación en la confianza y en la sinceridad. Para mí es importante, amor —aclaré con acento de súplica—. Con vos estoy empezando una vida nueva y quiero que entre mi mujer y yo todo sea claro. Quiero que podamos abordar cualquier tema.

—Está bien —claudicó y se pasó la mano por la frente y apretó los ojos en el acto de ordenar los pensamientos—. Sabía que iba a sorprender a mi madrina cuando le dijese que estoy enamorada de vos. Pero su reacción fue más negativa de lo que esperaba.

—¿Qué te dijo? ¿Que me dejaras?

—No, ella no se atrevería a decirme qué hacer. Pero me contó algo que me puso mal.

—¿Qué?

Me contó que después de lo de la fiesta de egresados tuviste ir a una psicóloga.

Sí —admití—, es cierto. Fui durante dos semanas, todos los días.

—Tras esa evaluación que te hizo, la licenciada Giuliano convocó a tus padres y también a mi madrina, porque había sido la escuela la que había exigido la evaluación.

—¿Y? —la inste a seguir, cada vez más nervioso.

La licenciada Giuliano diagnosticó que eras un sociópata.

No tenía idea de qué era un sociópata, pero sonaba repugnante.

Comunicaba horror y destrucción.

—¿Un sociópata es como un psicópata?

—No, amor, no —se apresuró a corregirme; enredó los dedos en mi pelo y me besó los labios—. Son cosas distintas. Las dos son patología de la personalidad antisocial, pero se cree que el psicópata nace psicópata; el sociópata, en cambio, se hace, en especial debido al ambiente en que se crió. Los dos son manipuladores y mentirosos, no sienten empatía y no tienen problema de violar las reglas. Pero mientras el psicópata es meticuloso y planifica sus crímenes hasta el detalle más ínfimo, el sociópata es impulsivo y se lanza a la aventura sin pensar en las consecuencias. El psicópata no puede recuperarse. El sociópata, sí.

—¿Soy un sociópata, Cósima?

—No, amor, no lo sos.

—Tal vez lo era.

—No lo creo —refutó—. Eras un chico que vivía en un hogar frío, hostil y sin valores y que sufría inmensamente el desamor, pero no eras un sociópata.

Apoyé la frente en la de ella y la pegué aún más a mi cuerpo.

—Pero si no crees que soy un sociópata, ¿por qué te puso tan mal lo que la Sidarti te dijo? ¿Dijo algo más?

—Me afectó lo que dijo porque considero a mi madrina una mujer sensata y juiciosa y su opinión siempre contó para mí.

—Entonces —razoné—, ella sí cree que soy un sociópata.

—Se quedó con tu imagen del secundario y con el diagnóstico de la Giuliano. No conoce al Ignacio de ahora, del que estoy locamente enamorada.

Le acuné las mejillas y le devoré la boca. Nuestras lenguas se tocaron y fue como acercar un fósforo a un tanque de nafta: ardió de un modo violento y súbito. La obligué a pasar una pierna al otro lado para que se abriese sobre mi erección.

—¿Cómo te sentís? ¿Tenés ganas de hacerlo?

—Sí —contestó con la boca hinchada y los ojos vivaces y se ocupó de abrirme el cinto y desabrocharme el pantalón, en tanto yo le desanudaba el lazo de la bata y llegaba hasta la cartera del camión. La desabotone con dedos torpes e impacientes antes de meter la mano para sacar fuera sus tetas magníficas. Si no hubiese conocido a Cósima desde la adolescencia habría creído que tenía implantes mamarios, pues el tamaño era inverosímil para un seno natural. Levanté uno y me llevé el pezón a la boca; comencé a mamar como si de eso dependiese mi vida. La excitación era desmesurada, me desbordaba, me ahogaba; la sangre corría, rabiosa, y me ensordecía. La oía soltar gemidos dolientes mientras me hundía los dedos en el cuero cabelludo y, pese a mi ofuscación, me pregunté si no estaría lastimándola. Busqué el otro pezón como el cachorro ciego que busca la mama y lo chupé con suavidad. En tanto, ella se mecía sobre mi bulto y explotaba en su primer orgasmo.

—Sacate la bombacha, amor.

—No tengo —aseguró con voz agitada.

Me despegué apenas de la silla para ayudarla a que me bajase el pantalón y el calzoncillo. Extrajo mi verga y se quedó mirándola con una codicia que me hizo gruñir como un animal. Incapaz de esperar, la levanté y me introduje en ella. Fue sublime. Frunció el entrecejo y apretó los párpados como si mi penetración le doliese, y quizá le dolía, sólo que ella, con tal de

complacerme, no me lo habría reprochado. Dios, no podía amarla tanto, casi me parecía irreal el sentimiento que me inspiraba. Los dos gemimos como locos mientras su carne apretada engullía cada centímetro de mi verga. Cósima echó la cabeza hacia atrás y soltó un jadeo que me paralizó. Me quedé mirándole el cuello blanquísimo surcado por venas azules. Era la criatura más erótica con que me había cruzado. Erótica en su total inconsciencia del cuerpo rollizo, pequeño y perfecto que poseía y que se había convertido en mi único objeto de deseo. Sabía que mi obsesión por ella no se consumiría.

—No pares, amor —me suplicó y empezó a menear la cadera hacia atrás y hacia delante.

Acabé segundos más tarde y, mientras eyaculaba furiosamente, apretaba los ojos y evocaba la expresión anhelante y de mejillas arrebatadas con que ella había explotado en un nuevo orgasmo, cuyos gritos lamentosos quedaron opacados por la fuerza de mi alivio.

—Dios mío, Cósima —murmuré entre inspiraciones irregulares y la pegué todavía más a mi cuerpo.

—¿Para vos también es único como lo es para mí? —preguntó con esa voz delicada y agitada que me turbaba el pensamiento.

—Sí, amor, lo que tenemos es único. Lo que me haces sentir cuando te hago el amor es único. Sos el amor de mi vida, Cósima.

Desde que te conocí has sido siempre el gran amor de mi vida.

Nos miramos con fijeza. Sus ojos negros se tornaron brillantes, no de tristeza, sino de una emoción tan profunda que me hizo agarrotar la garganta.

—No les permitas que nos destruyan —le supliqué—. A Lucho, a Vivian, a la Sidarti, no les permitas que se metan y que ensucien ésto, que es lo mas puro que tengo. Sólo nosotros dos, Cósima e Ignacio. El resto no existe. Que nada nos importe, amor, te lo suplico.

Me había aferrado por las sienes y me llenaba la cara de besos —mientras yo pronunciaba un discurso que nacía de la mejor parte de mí. Con ella no contaban la mentira, ni las manipulaciones, ni los dobles juegos. Con ella yo simplemente era. Habría podido pedirle cualquier cosa sin necesidad de ocultarme, sin avergonzarme. Con Cósima era libre.

—Prométemelo.

—Te lo prometo.

Si te dejase más tranquila —propuse— le pediría a José Vianes que te recibiese. Él me conoce como nadie después de tantos años, es mi terapeuta, él podría decirte si soy un sociópata o no.

—Vianes no puede darme información. Es por el secreto profesional.

—Pero podría, si yo lo autorizase —me empeciné—. O tal vez si fuésemos juntos, tipo terapia de pareja...

—No es necesario —aseguró y me besó los labios.

—Pero no quiero que te quedes con la duda —insistí.

—No hay duda, Ignacio —declaró y me tomó por las mandíbulas para mirarme fijamente—. No hay duda, amor mío. Y ahora —dijo en un tono más ligero mientras se cubría— voy a prepararte algo para cenar.

—Pido una pizza —propuse— o lo que vos quieras —me apresuré a agregar.

—Cada vez que voy a lo de mi madrina ella y mamá me preparan de todo. Tengo la heladera llena de tuppens con comida exquisita.

Le conté acerca del llamado del padre mientras ponía a calentar peceto al escabeche y se ocupaba de preparar un puré de caja. Se había quitado la bata y puesto un delantal de cocina con un lazo en la cintura. Me daba la espalda en tanto medía la leche para el puré y yo no podía

apartar los ojos de su culo aprisionado en el camisón. La imaginé completamente desnuda sólo cubierta por el delantal y me puse duro. Si había tenido miedo de sufrir la infame disfunción eréctil tan temida cuando uno se aproxima a los cincuenta, podía ir descartándolo.

—¿Tenés realmente ganas de ir? —me preguntó cuando le conté que el padre me había invitado a su casa, ajena a lo que estaba provocándome, lo cual, paradójicamente multiplicaba mi excitación.

No le contesté. Me puse de pie y caminé hacia ella. Debí irradiar una energía muy fuerte pues Bernie abandonó su canasta y se evadió hacia el lavadero. La encerré contra a mesada y volví a tomarla, allí, de pie, en un acto desconsiderado. Nada parecía bastar, nada saciaba la locura que Cósima provocaba sólo por mostrarme el culo enfundado en un camisón sin gracia. Nos quedamos callados, ella echada sobre la mesada y yo sobre ella, jadeábamos como perros.

—Perdón —supliqué a su oído y la oí reír.

Amor, tu semen me chorrea por las piernas. Salí de mí para que pueda ir a limpiarme.

Con cada palabra me propinaba un mazazo que destruía la cordura y mis intenciones de apartarme. Despegué uno a uno los dedos de su piel y noté que se le erizaba. Me retiré. Ella me extendió un rollo de toallas de papel antes de ponerse en puntas de pie y abrazarme.

—No vuelvas a pedirme perdón por hacerme tan feliz, —dijo y me besó fugazmente los labios.

La vi salir de la cocina todavía atónito de cuanto había ocurrido: de mi rápida recuperación, de la súbita excitación, de su entrega absoluta, del modo perfecto en que nos amábamos. Cada instancia del tiempo compartido con Cósima, desde los primeros encuentros, tensos y a la defensiva, hasta ese polvo monumental, me sumía en un estado de perfecta felicidad, asombro y terror a perderla.

Regresó cambiada; se había enfundado un conjunto azul de jogging y buzo. Yo había vuelto a ocupar mi lugar en la mesa. Ella se encaminó hacia la mesada, donde retomó la tarea en el punto en que yo la había interrumpido.

—¿Tenés ganas de ir a lo de papá? —volvió a preguntar.

—Muchas —respondí—. Quiero conocer a mi futuro suegro y que él me conozca a mí.

—¿No es riesgoso, Ignacio? —me interrogó y giró la cabeza para mirarme—. La amenaza de Vivian sigue ahí, como una espada de Damocles.

—Si nos manejamos con prudencia, podemos hacer lo que queramos —repliqué.

—¿Y si contrató un investigador como hiciste vos y te hace seguir para saber cada uno de tus movimientos?

—Leopoldo lo individualizaría de inmediato —aseguré—. Es experto en ese tipo de cosas.

Asintió y regresó a su tarea. Me preguntó por Montse y por Nachito y le conté que, además de regalarme un par de zapatos de golf, habían hecho dibujos. Nachito había preparado uno con la licenciada Petrillo.

—Yo le avise de tu cumpleaños —me confesó— y le pedí que le hiciese dibujar algo especial. ¿Viste qué bien dibuja? Tiene un costado artístico que hay que desarrollar —prosiguió—. Pero yo quiero intentar otra cosa, algo con la música. He notado que en sus sesiones de musicoterapia tiene reacciones muy intensas...

No le permití seguir. La di vuelta y le devoré la boca. Tras un momento de estupor se puso en puntas de pie y me echó los brazos al cuello. Nos besamos como sólo una pasión desgarradora como la nuestra podía propiciar. Siempre me había gustado el sexo y lo había vivido con una libertad y un desenfreno que quizás eran un grito de rabia y protesta contra los esquemas

religiosos y pecados de mi madre. Pero con

Cósima... Dios bendito, con ella todo adquiriría un cariz completamente distinto y nuevo. La amaba, y ese sentimiento teñía el mundo, y la visión que tenía de él, de un color desconocido. La felicidad me ahogaba.

—Gracias, amor mío —repetía sobre sus labios calientes y húmedos—. Gracias por aceptarme pese a todo. Gracias por ser mía. Gracia por amarme como sólo vos sabes amar.

Jamás habría pronunciado frases de esa índole. El Ignacio del pasado las habría juzgado cursis o kitsch. Y, sin embargo, ahí estaba, barbotándolas desde lo más profundo de mi ser, en un acto de sinceridad absoluto, que pretendía que me mantuviese atado a ella para siempre. La sensación era de plenitud, tan embriagadora como la que me habían proporcionado las drogas años atrás.

—Para siempre —la escuché susurrar y la apreté aún más contra mi cuerpo.

No se me escapaba la posibilidad de que esa intensidad no fuera normal, tal vez ni siquiera sana. Lo charlaría con José Vianes, más allá de saber que, fuera cual fuese su diagnóstico, habría sido incapaz de modificar un milímetro de lo que Cósima Facchinetti me inspiraba. Ya me lo imaginaba instándome a bajar unos cuantos cambios mientras me listaba los desfueros del pasado y me recordaba lo fácil que me resultaba caer en el exceso.

Comimos en un ambiente tranquilo. En realidad, yo comía; ella picoteaba la carne por temor a que le cayese mal. Conversamos acerca del padre, que había aparecido de nuevo en su vida pocas semanas después del casamiento con Horacio. Al principio lo había rechazado por miedo a lastimar a su madre, pero luego, y tras la insistencia de Facchinetti había aceptado encontrarlo. Se demostró útil cuando tuvo lugar el accidente que se cobró la vida de su esposo y de su bebé nonato, pues, como abogado, se ocupó de las cuestiones legales y judiciales que un evento de esa naturaleza desata.

—Se portó muy bien —agregó—. Me ahorró mucha amargura, desvelos y malasangre.

—¿Que pasa? —me preocupé y le aferré la mano.

—Me entristece no sentir cariño por él —admitió.

Es lógico —traté de razonar, de pronto incómodo con una sensación turbadora, la cual, descubrí, era empatía con mi futuro suegro.

Me sabía muy afortunado: no sólo había obtenido su perdón sino su amor incondicional. El doctor Facchinetti había quedado fuera del paraíso que significaba formar parte del espectro de Cósima. Me inquieté al imaginarme en la trágica situación de mi suegro y me impuse alejar el pensamiento con un ímpetu supersticioso inusual a mi índole.

—Me gustaría quererlo —siguió ella, ignorante de mis cavilaciones—, pero no puedo. No siento rencor —aclaró vivazmente, como quien se justifica.

—No, por supuesto que no —aseguré y le acaricié la mejilla.

Siento pena. Y agradecimiento —añadió— por lo que hizo por mí cuando fue lo del accidente. Sólo eso.

Nos bañamos juntos y nos metimos desnudos en la cama. Ella no tardó en dormirse en mi abrazo. A mí me llevó un poco más, pero al final caí como un bendito. Nos despertó la alarma de Cósima a las seis.

Yo abrí los ojos sin dificultad mientras ella manoteaba a ciegas hasta apagar el reloj despertador. La atraje hacia mi cuerpo y la obligue a pasar la pierna sobre mi cadera.

—Buen día, amor mío —la saludé con tono alegre y la besé en los labios. Cósima cerró los brazos en torno a mi cuello y siguió durmiendo—. ¿Un mañanero para empezar la semana de la mejor manera que existe? —le propuse al oído.

Asintió sobre mi pecho con lánguida predisposición, por eso me sorprendió cuando, en un ágil e inesperado movimiento, me montó a horcajadas. Reía, dichoso de su iniciativa, mientras la admiraba en la penumbra de la habitación, con su cabello en glorioso desarreglo y los ojos aún cerrados. Le cubrí el vientre tibio con la mano y le metí el pulgar en el ombligo, donde lo removí hasta hacerla gemir de placer. Hincó las rodillas en el colchón, se elevó sobre mi verga y se dejó caer en completo abandono hasta cobijarme profundo dentro de ella.

—No hay nada más hermoso que sentir que eyaculas dentro de mí —me susurró unos minutos más tarde mientras se recuperaba acostada sobre mi pecho.

La confesión habría bastado para ponerme duro de nuevo, así de idiota me tenía, sólo que las responsabilidades triunfaron y desistí. No quería llegar tarde a la reunión de las ocho y media, sin mencionar todavía tenía que pasar por mi casa y cambiarme.

—Esta noche pagarás caro haberme calentado sólo por pronunciar la palabra eyacular.

Pegó el mentón a mi pecho y alzó las pestañas somnolientas.

—¿No ahora? —se desilusionó, y solté una risotada.

—Con gran dolor en el alma —expresé pomposamente— tengo irme. Te lo haría el día entero, amor, pero me espera una reunión importante a las ocho y media en la obra de Puerto Madero.

—Pero hoy es feriado —se extrañó.

—No hay feriados cuando las obras van atrasadas. Imposible faltar. Soy un hinchapelotas con la puntualidad. No quiero dar el mal ejemplo, menos que menos en un día no laborable.

—Claro que no —respondió seria y solícita.

Saltó de la cama y se cubrió con la bata antes de dirigirse a la cocina y prepararme el desayuno. Mientras yo sorbía el café que había filtrado Cósima, fue a buscar a pedido mío uno de sus anillos para ajustar el de nuestro compromiso. Se acordó de mi campera verde y volvió a dejarme solo para regresar con una bolsa. La veía moverse con Bernie por detrás y deseaba que esa fuese mi realidad todos los días que me quedaban en este mundo. Me puse de pie y la detuve sujetándola por la muñeca, la atrapé contra mi pecho.

—¿Qué? —preguntó, risueña.

—Te amo.

—Y yo a usted, ingeniero Lanz Reuter —aseguró, juguetona, tras lo cual añadió, solemne-: Con todas las fuerzas de mi ser.

¿Se trataba de las palabras que empleaba o sólo bastaba que ella las pronunciase, cualquiera estas fuesen? Me hacía vibrar con tan poco, con decirme que nada era más hermoso que recibir mi semen en sus entrañas o que me amaba con todas las fuerzas de su ser.

—¿Qué hice para merecerte, Cósima?

—Amarme como si fuese la criatura más perfecta de la Tierra.

—Sos la criatura más perfecta de la Tierra —dije y la besé en el cuello—. ¿Te paso a buscar a las ocho y media y vamos a lo de tu viejo? —pregunté y ella asintió.

Nos despedimos en la puerta de su departamento. Cósima no necesitaba bajar porque yo tenía las llaves de Carlitos. Me costó terminar el beso, pero ya estaba con los minutos contados.

Entré en mi casa por la puerta que comunicaba el garaje con la cocina. Me sorprendió encontrarme con tanto movimiento siendo que Montserrat no tenía que ir a la escuela ni Nachito a la fundación. Montserrat, todavía en pijamas, saltó del banco del desayunador y corrió a saludarme con Pepe por detrás. La abracé y la besé y me acuclillé para lisonjear y mimar al pastor alemán.

—¿Dónde estabas, papi?

—Dormí en la oficina. Tenía un trabajo importante que terminar —mentí, y enseguida me alcanzó el bufido incrédulo de Vivian, que siguió hojeando una revista y sorbiendo uno de esos batidos de colores repugnantes que le aseguraban la juventud eterna. —Buenos días —saludé a las empleadas del servicio doméstico mientras me inclinaba para besar la cabeza de Nachito, que comía la compota de manzana que le daba Sara.

—Papi —me llamó Montse antes de que saliese de la cocina—, ¿podemos pasar el día juntos?

—Ahora tengo que ir a una obra en Puerto Madero.

—¡Llévame, papi! ¡Plis, plis! —repitió mientras daba saltitos.

—Es un lugar peligroso para una nena. Pero al mediodía estaré de vuelta y los voy a llevar al cine. ¿Qué te parece?

—¡Sí! —exclamó Montse—. ¡Viva!

—No levantes la voz, hija —le recordé.

Observé a Nachito, que sonreía. Sonreí a mi vez, dichoso de comprobar los avances que había logrado en pocas semanas; era otra criatura.

—¿Por qué no invitas a tus hermanas? —propuse—. También podrías avisarle a Luna ya... ¿Cómo se llama tu otra amiga?

—Brisa Peralta.

—Y a Brisa —completé—. Entre todas eligen qué iremos a ver.

Pese a mis advertencias, Montse entró en un paroxismo de felicidad, saltos y gritos que terminó por provocarme una carcajada. La abracé y la besé de nuevo.

—Deberías estudiar Arte Dramático como Ema —bromeé.

Vivian me frenó antes de que entrase en mi dormitorio.

—A tu hija podés mentirle todo lo que quieras, Nacho. Pero yo sé que no dormiste en tu oficina. Estuviste con esa destructora de hogares.

—No tengo tiempo para discutir, Vivian. Sólo te digo una cosa: dónde pase la noche yo o dónde la pases vos ya no es relevante porque estamos divorciándonos.

—No habrá divorcio, Ignacio —me previno—. Supongo que Górdima te habrá contado lo que pienso hacer si ustedes dos siguen humillándome como lo están haciendo: te voy a destruir. Pero alzo la apuesta: la voy a destruir a ella también.

Años de hábil negociador me habían preparado para no revelar las emociones; no obstante, que amenazase a Cósima casi me hizo perder los estribos. Apreté los puños y me quedé mirándola. La madre de mis hijos me devolvió una expresión rabiosa. La observé tratando de identificar sus motivaciones. Hice lo que Vianes me alentaba a hacer: meterme en sus zapatos; quería sentir lo que ella sentía. ¿Cómo habría reaccionado, me pregunté, si Cósima hubiese decidido dejarme? La sola idea me enfrentó a un miedo y a un dolor desconocidos para mí.

—Vivian —dije y el acento conciliador la tomó por sorpresa— ¿Por qué no intentamos llegar a un acuerdo y evitamos peleas y momentos desagradables que nos desgastan a los dos y les hacen mal a Montse y a Nachito? Vos no queres hacerme daño. Sé que no lo harías. Soy el padre de tus hijos...

—Poneme a prueba —me interrumpió— y verás de lo que soy capaz. Pero vos a mí no me vas a dejar. No vas a convertirme en el hazmerreír del país, cambiándome por esa verdulera de feria doce años mayor que yo.

Di media vuelta y la dejé sola en el pasillo.

Capítulo IX

DESVELOS Y TRIBULACIONES

Cósima

“No es un sociópata”, me persuadí mientras conducía hasta la fundación y repasaba sus actitudes, comentarios y miradas, hasta su lenguaje corporal. No era experta en el campo de los desórdenes de la personalidad, pero me bastaban mis conocimientos para excluir el diagnóstico de la Giuliano. Aunque, recordé, ella había sido muy categórica en su dictamen. ¿Había tenido razón? ¿En aquella época Lanz había sido un sociópata? Tal vez. Sólo que en el presente era otra persona, la que me había enamorado sin reservas. No entraría en una dinámica enfermiza de permanentes dudas y cuestionamientos. Quería disfrutar de ese momento tan feliz, pese a las contras que enfrentábamos. No llamaría al día siguiente a mi colega de la Universidad del Salvador para consultarle por las características de un sociópata, pero sí le pediría algunas sesiones a mi vieja terapeuta; me vendrían bien.

Los guardias se sorprendieron al verme.

—Mucho trabajo acumulado —les comenté desde la ventanilla y abrieron el portón de hierro forjado para franquearme el acceso.

La jornada se esfumó, ocupada como estuve en leer informes, redactar otros y analizar una serie de presupuestos para reparaciones de la vieja casona que nos albergaba. Los gastos no tenían fin, en tanto que los ingresos disminuían mes a mes. En el último tiempo habíamos recibido menos donaciones, que eran las que nos permitían financiar los tratamientos de los Niños de bajos recursos. Nuestros patrocinadores aducían que la situación del país les impedía colaborar con la misma frecuencia del pasado.

Durante la pausa para almorzar me acerqué a la ventana que daba al parque de la propiedad y reviví aquella visita de Lanz, cuando me ofreció terminar la escuela y las caballerizas. Nos habría venido bien, pensé. Y habríamos ahorrado la alta tarifa que le pagábamos al Hípico por utilizar sus instalaciones, y la escuela nos habría significado un ingreso seguro de dinero. Pero habíamos decidido no aceptar su ofrecimiento. Ahora me parecía ridículo. Lanz sería mi esposo. La afirmación me causó cosquillas en el estómago. Desde que me había mostrado el anillo de compromiso no había meditado cabalmente lo que implicaba. Sería la mujer de Lanz Reuter. Lo admito, sentí vértigo. Imaginé las fiestas, los eventos y las celebraciones de las que participaba por ser uno de los personajes importantes de la vida social y económica del país, y me pregunté si estaría a la altura. Me imaginé en las fotografías de las revistas sociales y de chimentos en las que él solía aparecer y tuve miedo de verme fea a su lado. Me urgía ponerme a dieta y también me dije que sacaría turno con mi dermatólogo para mostrarle las arrugas que se me vislumbraban en el mentón. ¿Que se podía hacer con las del entrecejo? ¿Inyecciones de bótox?

Me aparté de la ventana, disgustada. No caería en esa, me dije. Él me quería como yo era. Todo lo demás, mis ganas de estar flaca y las de eliminar las líneas de la piel, formaba parte del ego al que tanto había combatido a lo largo de mi vida por considerarlo fuente de perpetua pesadumbre.

Alrededor de las seis y media dejé la fundación. Antes de ir a casa pasé por el shopping Alto Palermo. Busqué una joyería y compré un par de gemelos en oro blanco, simples, sólo un rectángulo liso, donde encargué que grabasen nuestras iniciales entrelazadas. La I y la C quedarían bellísimas en esa tipografía clásica al tiempo que con una reminiscencia gótica, sin caer en el exceso propio de ese estilo. Me aseguraron que el jueves estarían listos.

Llegué con el tiempo justo para bañarme y arreglarme para la cena en casa de mi padre. Estaba poniéndome los zapatos cuando sonó el celular, que había permanecido mudo a excepción de un mensaje de Carlitos y otro de una amiga de la época de estudiante de la facultad que me invitaba a su cumpleaños la semana siguiente. Lanz no me había llamado ni escrito, y me preocupé.

Recogí el teléfono de la cama y consulté la pantalla. Sonreí a la nada al ver su nombre.

—Estoy a cinco minutos de tu casa.

—Estoy lista.

Un momento después, mientras me perfumaba con Alien, oí el tintineo de las llaves y la puerta principal que se abría. Ese detalle, que Lanz tuviese las llaves de mi refugio y entrase cuando quisiese, me puso de cara a la realidad que a veces me parecía inverosímil: él era lo más importante para mí ahora. Bernie me abandonó para salir corriendo a recibirlo. Ladraba y gruñía y me lo imaginé echado patas arriba a los pies de Lanz suplicándole por un poco de sus caricias.

—Hola, Bernie —lo oí decir y bastó el efecto de su voz para inflamarme entre las piernas—. No te traje lo que te prometí, pero no me olvidé. ¡Amor!

—En el dormitorio.

Se detuvo bajo el umbral de la puerta y me quedé mirándolo como tonta. La inflamación de la vagina se acentuó a la visión de su masculina perfección, exacerbada por la elegancia de un sobretodo azul marino que le iba pintado.

—Estás alucinante —aseguró, antes de encerrarme entre sus brazos.

Nos besamos como locos y supe que no podríamos afrontar la cena sin antes saciar el hambre que nos provocábamos con tan sólo mirarnos.

—Ignacio, por favor —gemí en su boca—, te necesito.

En minutos me tuvo lista para recibirlo, inclinada hacia delante y con las manos apoyadas en el borde de la cama, completamente expuesta a él, el trasero como ofrenda en sacrificio.

—Ignacio —lloriqueé, desesperada, mientras el tintineo del cinturón y el rasguido del cierre al bajar me volvían impaciente.

Gracias a los tacos altos le ofrecía el ángulo ideal para uno de su altura. Se introdujo dentro de mí con una embestida única y apremiante. Gemimos de alivio, de placer, de dicha. Y culminó en un orgasmo tremendo. Habría caído de boca sobre la cama si él no me hubiese sujetado. Me siguió segundos después y sus roncoclamos me hicieron estremecer.

Se quedó de pie tras de mí en una parálisis placentera alterada cada tanto por pequeñas sacudidas de goce. Se retiró sin apartar las manos de mis caderas. Me pasó el pene todavía erecto entre las nalgas y supe en qué estaba pensando.

—Un día de estos —prometió y presionó el glande contra mi ano te la voy a meter por aquí. —Me retorció de placer y solté una risita infantil—. ¿Te causa gracia? —simuló enojarse.

—Me río porque sé que te va a encantar saber que serás el primero.

—¿En serio? —se sorprendió y me obligó a incorporarme. Me miró a los ojos. Asentí mientras le quitaba unos mechones de la frente—. ¿Cómo es posible?

—Nunca me atrajo la idea —admití—. Me daba miedo y un poco de impresión.

—No quiero que lo hagas para complacerme.

Le acuné la mejilla. Él bajó los párpados lentamente e inclinó la cabeza sobre mi mano.

—Amor —susurre—. Con vos la idea me atrae. Tanto. —Sonrió y ajustó aún más el abrazo—. Confío en vos, Ignacio.

Apoyó la frente en la mía y susurró “gracias”. Marchamos más serenos a la casa de mi padre y, durante el trayecto hasta Caballito, fue contándome de su día, primero de la obra problemática y luego de la tarde en el cine con sus hijos.

—¿Qué tal Nachito? —quise saber, temiendo que la aglomeración de gente, la sala a oscuras y los destellos brillantes de la pantalla lo hubiesen alterado.

—Se quedó con Sara, Leopoldo y Pepe en el bar del complejo de cines. La Petrillo nos advirtió que todavía el cine es mucho para él.

Nos abrió Eladia, la esposa de mi padre, una mujer simple, hasta ramplona, pero de un gran corazón. Lo vio a Lanz y puso una cara de admiración y de susto que casi me arrancó una carcajada. Él debía estar acostumbrado a suscitar ese tipo de emociones porque se desenvolvió con naturalidad. Victorio Emanuel Facchinetti, mi padre, me sorprendió presentándose de traje y corbata. Se comportaba con maneras formales y pomposas.

Terminados los saludos, pasamos a la sala, que me resultó más acogedora que en otras oportunidades, tal vez porque habían encendido pocas luces y porque en una esquina avisté el honito donde se quemaba la esencia de azahar que le había regalado a Eladia para su cumpleaños. Nos quitamos los abrigos y nos sentamos en un sofá. Lanz le entregó a mi padre una caja. Contenía una botella de coñac Hennessy XO.

¡Oh! —se sorprendió el doctor Facchinetti—. He probado el Hennessy VSOP —comentó—, pero nunca el XO. Dicen que es muy superior.

—Lo es —confirmó Lanz—, pero en casa tengo el Hennessy Paradis Imperial que es aún mejor. Espero hacérselo probar algún día.

Siguieron hablando de coñacs y de vinos. Lanz se demostró un gran conocedor, lo que complació a mi padre, que disfruta del tema. Eladia sirvió los entremeses y aperitivos y me pidió que la acompañase a la cocina, donde me mostró lo que había preparado.

—No sé si esto estará a la altura de un hombre de mundo como él —se preocupó.

—Eladia, Ignacio come cualquier cosa. Además, ¿quién podría resistirse a tus delicias? —la alabé porque en verdad cocinaba como los dioses.

—Estoy tan feliz por vos, Cosi —expresó mientras estrujaba el repasador—. Hoy estuvimos todo el día en Internet con tu padre leyendo sobre tu novio.

No creas todo lo que dicen de él —bromeé.

Su empresa es importantísima —continuó, entusiasmada—. Tu padre me explicó que es la empresa de bienes raíces más grande de la Argentina. Parece ser que cotiza en la bolsa.

—No sabía —admití.

Las cuestiones financieras y económicas me resultaban un galimatías de imposible comprensión y nunca me detenía a analizarlas. Bastaba que leyese el resumen de cuenta de mi tarjeta Visa para ponerme de mal humor.

—¿Sabías que la empresa de Ignacio es la dueña de un montón de shoppings y hoteles?

—No, la verdad es que no lo sabía.

Estaba al tanto del ochenta por ciento que habían adquirido del Intercontinental, pero ahí terminaba mi conocimiento. Eladia, en cambio, se sabía de memoria las posesiones de Lanz Reuter Construcciones y se puso a recitarlas hasta que se aproximó para hablarme en voz baja.

—A tu papá le cambió la cara cuando supimos que es casado.

—Está divorciándose.

—Lo vimos con la esposa en fotos sacadas hace pocos meses. ¿Estás segura de que está divorciándose? Es muy bonita. La esposa —aclaró y yo pensé: “Gracias, Eladia”—. Era modelo. Modelo de pasarela —siguió adelante sin darse cuenta de que hundía el puñal un poco más—. Pero abandonó una carrera prometedora para casarse con él.

Cenamos en un ambiente cordial y distendido en el que Victorio Facchinetti y Lanz dominaron la conversación, que rondaba las cuestiones de política, economía y empresas. Lanz se mostró muy interesado por conocer el campo de acción de mi padre y le preguntó cuál era su experiencia, a lo que el doctor Facchinetti respondió con una sonrisa melancólica.

—Mi experiencia, Ignacio, nació de mis propios fallos y errores. Creo que pocos conocen tan bien como yo cuestiones relacionadas con el vaciamiento de empresas, el trasvasamiento y la quiebra fraudulenta, porque yo mismo cometí esos delitos.

—¿Empresa de qué? —se interesó Lanz, para nada afectado por la confesión.

—Una textil, fundada por mi padre, que trajo el oficio de Italia.

—¿Quedó inhibido para administrar sus bienes?

—No. Armé todo de tal manera que nunca pudieron demostrar el vaciamiento ni la quiebra fraudulenta, pese a que me interpusieron varias demandas.

Lanz se mostró admirado; alzó las cejas y se echó hacia atrás en la silla.

Ahora uso mi conocimiento para ayudar a mis clientes a retocar el punto de no retorno en el que uno se siente acorralado y no sabe qué hacer.

—¿Cómo los ayuda? —preguntó Lanz muy interesado.

Bueno, vos sabes, Ignacio, que este no es un país fácil.

—Nada fácil —acordó Lanz.

—Pues bien, con eso en mente, les aconsejo sobre todo el ejercicio de la prudencia —expresó de modo sibilino y sonrió con ojos maliciosos— ¿Estás casado, Ignacio? —disparó sin aviso y yo me tensé—. Eso dice Internet. Que estás casado con una chica, una modelo, Vivian Paulini.

—Paulini —lo corrigió Eladia.

—Exacto. Paulini. ¿Estás casado con ella?

—Estamos divorciándonos —contestó Lanz muy tranquilo; por debajo de la mesa me tomó de la mano—. Mi abogado presentará mañana la propuesta de divorcio en el juzgado de familia. Espero concluir con este asunto en pocos meses para casarme con su hija.

Victorio Facchinetti lo observaba con ojos velados y asentía con aire poco convencido. Me dio bronca. Él era mi padre porque me había dado la vida, pero eso no lo habilitaba para hacerse el patriarca protector de su desfavorecida y única hija mujer. Había perdido ese derecho el día en que nos abandonó a nuestra suerte, a mamá y a mí. Podía irse bien a... freír papas.

—Amor —susurré—, estoy muy cansada y mañana tengo que empezar temprano. ¿Nos vamos?

—¡Pero si todavía no serví el postre, Cosi! —se quejó Eladia y le dirigió un vistazo reprobatorio a mi padre, que se lo devolvió con flema.

—Ya no tengo espacio para nada, Eladia —me excusé, más allá de que era cierto.

La pregunta de mi padre me había hecho doler el estómago. Acepté que Eladia me pusiera en

un tupper una porción de su torta invertida de ananá, su orgullo y especialidad, y mientras la acompañaba a la cocina con algunos platos vi que Lanz le enviaba un mensaje a Leopoldo para que fuese a buscarnos; se había ido a cenar a un restaurante a pocas cuadras.

Leopoldo ya estaba en la puerta, por lo que nos despedimos enseguida. Mi padre se mostró simpático cuando nos acompañó hasta la camioneta y, si se sorprendió al ver a Leopoldo al volante, nada dijo. En cambio le extendió su tarjeta personal, que Lanz metió en el bolsillo del sobretodo sin echarle un vistazo.

—Espero que vuelvan pronto a visitarnos —expresó—. Ha sido un placer conocerte, Ignacio.

Igualmente, doctor Facchinetti.

Nos ubicamos en el asiento trasero de la camioneta y Lanz se ocupó de ponerme el cinturón de seguridad. Yo lo seguía con la mirada, hasta que él alzó la vista y se topó con mis ojos cargados de desolación

—¿Qué pasa, amor? —se preocupó.

—Perdón —susurre—. No imagine que se pondrían a buscar tu nombre en Internet y a husmear en tu vida.

—¿Vos nunca lo hiciste? —me preguntó mientras me pasaba los labios por el pabellón de la oreja.

—No. Nunca se me ocurrió —admití, y debió de encontrar graciosa la respuesta pues rió dulcemente en mi oído.

Me desilusionó que no se quedase a dormir. Adujo que al día siguiente quería llevar a la escuela a Montserrat y que le convenía pasar la noche en su casa.

Me costó conciliar el sueño. ¿Por qué papá dudaba de Lanz?, me preguntaba una y otra vez. Porqué dudaba de su sinceridad, eso estaba claro para mí. Él, que era un gran embaucador, ¿sabía reconocer a los de su especie?

No ayudó a aplacar mi ansiedad que el martes por la mañana Ignacio me enviase un mensaje comunicándome que no podríamos vernos durante la semana; tenía varios compromisos a última hora de la tarde o por la noche, invitaciones relacionadas con cuestiones de negocios que no podía rechazar, me aseguró. Me habría gustado preguntarle: “¿Vas a ir con Vivian?”, pero no me atreví.

El jueves, bastante deprimida a pesar de que me esforzaba por desestimar la cuestión, marché a la primera sesión con mi antigua terapeuta. Necesitaba exponerle los temores que no me animaba a compartir con nadie, ni siquiera con Carlitos porque temía que me dijese: “Y bueno, Cosi, vos sabías con quién te metías”. Lo que más detestaba era dudar de él, pero no estaba haciéndomela fácil. No sólo se trataba de que no podíamos vernos sino de que sus mensajes y llamados escaseaban. En más de una ocasión pasaron horas antes de que contestase los míos.

—Debe ser un hombre en extremo ocupado, Cosi —arguyó mi terapeuta—. Justamente ayer lo vi en las noticias. Estaba inaugurando junto con el gobernador una escuela modelo en La Plata.

Salí de lo de mi terapeuta y me dirigí a la joyería en el Alto Palermo para retirar los gemelos grabados. Habían quedado sobrios con nuestras iniciales en tan elegante tipografía. ¿Cuándo podría entregárselos?

Al llegar a casa hice lo que me había propuesto no hacer googleé su nombre. Y ahí estaba la noticia de la inauguración de la escuela en La Plata. Destacaba en las fotografías por su textura y atractivo. Lo miraba y lo miraba y un escozor me recorría el cuerpo. Se había cortado el cabello, y qué bien le quedaba. Hasta que se me borró la sonrisa cuando descubrí otra fotografía con Vivian junto a él, el gobernador y su esposa. Los cuatro reían como si la vida

fuese bella.

Me sentí una tonta Una tonta fea. Dormí mal, y de a ratos.

Me despertaba súbitamente y me acordaba de la imagen de ellos dos juntos en La Plata ¿Por qué no mi había advertido que iría con su esposa? ¿Sería cierto que estaba divorciándose? Mi padre tenía razón en dudar a qué jugaba Lanz.

Empecé el viernes muy deprimida. Las preguntas me bombardeaban y no me daban respiro. Hasta que entré al consultorio y me topé con un gran ramo de gerberas. En esta ocasión eran amarillas y fucsias. La exquisitez del arreglo me ablandó un poco. Despegué el sobrecito del jarrón con un tirón malhumorado. Extraje la tarjeta. En el reverso Lanz había escrito: Hoy, 20 hs. Habitación 2304.

Me quedé repasando su caligrafía muy de ingeniero. Cavilé al descubrirle los trazos precisos, casi geométricos. Me pregunté si debía acudir a su llamado, después de haberme sentido postergada marginada la semana entera, sin mencionar la frutilla del postre que había significado el numerito con Vivian en La Plata. Cerré los ojos y respiré profundo. No quería caer en el comportamiento de una mujer rencorosa y amargada. No quería juzgarlo sin darle la oportunidad de explicarse.

Terminé con mi último paciente y no me quedé a redactar informes ni a leer los de mis colegas ni a firmar cheques, como era la costumbre. Cargué a Bernie en el auto y corrí a casa a bañarme y a prepararme. Contaba con poco tiempo. Aunque tironeada entre la rabia y el amor que Lanz me inspiraba, acabé por arreglarme con esmero. Me pareció que estaba atractiva con el vestido que había comprado el jueves en el shopping, tras salir de la joyería. Lo había descubierto en la vidriera de un negocio muy chic. Me había dicho: “No van a tener talle para mí, porque sus prendas solían ser minúsculas. Igualmente entré y pregunté. Sí, tenían talle para mí. Me lo probé en negro y me sentí hermosa además de atrevida, porque la tela adherente me delineaba las anchas caderas, algo que, desde adolescente, había tratado de ocultar. A la simpleza del corte se le contraponían las mangas largas de encaje rematadas en puños negros bien ajustados con gemelos dorados. La empleada me sugirió que usase medias de lycra negra.

Esa tarde, mientras me preparaba para él, me decidí por un collar de un centímetro y medio de ancho con cristales negros y grises de Swarovski que Carlitos y su familia me habían regalado para el cumpleaños. Me recogí el cabello en un rodete para que la pieza de bijouterie se apreciase en todo su esplendor, lo mismo que los aritos que hacían juego. Me perfumé generosamente el escote y el cabello y salí.

El taxi se detuvo en el pórtico del hotel a las ocho y cinco. Estaba llegando tarde y, para él, un hinchapelotas con la puntualidad, era inexcusable. Me tomé otros cinco minutos para ir al baño, hacer pis y controlar que todo estuviese en su lugar. Camino al ascensor me sentí bien al notar que varios hombres me miraban. Me había quitado el tapado y avanzaba por la alfombra sintiéndome una diva con mi vestido nuevo.

El timbre del celular me advirtió del ingreso de un mensaje. Lo extraje y sonreí al leer: Dónde estás?. No contesté. Guardé el teléfono y subí al ascensor con aire de suficiencia.

Llamé a la puerta con dos golpes. Lanz abrió de inmediato, como si hubiese estado pegado a la hoja. Me sonrió, y su sonrisa me aflojó las rodillas literalmente hablando, y toda la decisión y la seguridad que había reunido para llegar hasta allí se esfumaron.

Ignacio

Había esperado ese momento toda la semana. Ya eran las ocho y tres minutos. ¿Por qué no llegaba? La impaciencia estaba devorándome. Consulte el teléfono por enésima vez. Ningún mensaje de Cósima. No me había escrito ni llamado en todo el día, ni siquiera para agradecerme Las flores. Yo no había tenido tiempo de teclear un “te amo” porque, para poder terminar temprano, había hecho malabares con mi agenda. Lo había conseguido, ahí estaba, y ella no llegaba. A las ocho y diez empecé a embolarme. Le envié un mensaje. Donde estas? Treinta segundos más tarde, ninguna respuesta. Arroje el celular al sillón. ‘Cálmate*’, me insté. En nuestra sesión del martes José Vianes había dicho que me encontraba muy acelerado. Era cierto. Además del acelere propio que Cósima me provocaba estaba el asunto del divorcio. Ese día, por la mañana, el abogado había presentado la propuesta en el juzgado de familia y yo no veía la hora de que todo acabase.

Inspiré profundo y bajé los parpados. Relaje cada músculo, en especial los de las mandíbulas y las manos. Sonreí a la nada al recordar lo que le había confesado a Vianes el martes:

—Soy incapaz de sacarle las manos de encima. Parezco un pendejo, de la calentura que tengo.

Y José, con su habitual aire relajado, había comentado:

—Es que la venís acumulando desde los trece años.

Lo sorprendí al preguntarle:

—¿Soy un sociópata? —No me respondió enseguida; se quedó mirándome con un ceño—. ¿Lo soy? —insistí.

—¿Qué clase de pregunta es esa? —se extrañó, y le referí lo sucedido entre Cósima y la Sidarri—. Conozco a la licenciada Giuliano —comentó Vianes—. Es una gran docente y profesional, pero no coincido con su diagnóstico —decretó.

—Tal vez era sociópata en aquella época —persistí, y José torció la boca para expresar su desacuerdo.

—Sos un tipo muy centrado en vos, en tu persona, en tu físico y en tu inteligencia, pero no creo que reúnas las características que definen a un sociópata.

—La habría violado —confesé—. A Cósima —aclaré ante el gesto desorientado de mi terapeuta—. Aquella noche, en la fiesta de egresados, si Lucho no me hubiese frenado, creo que habría terminado por violarla —admití y le sostuve la mirada.

Vianes también me miró con fijeza antes de responder:

—No creo que hubieses llegado tan lejos. De igual modo, eso no hace de vos un sociópata. Un adolescente perturbado, confundido y lleno de deseo reprimido, sí, pero no un sociópata.

Me sobresalté al oír dos golpes suaves en la puerta y todo rastro de ansiedad, preocupación y tensión se desvaneció. Abrí y ahí estaba. Mi amor, amor de mi vida, hermosa, hermosísima en realidad; tan sexy con ese vestido ajustado. Dios, me puse duro en el umbral. La aferré por la cintura con un brazo y la metí dentro mientras cerraba la puerta con el otro. Nos besamos sin que mediasen palabras. ¡Cómo la había extrañado!

¿Por qué no llegabas? —pregunté con tono preocupado.

El tráfico en la 9 de Julio era terrible —se excusó mientras depositaba el abrigo y la carterita en el sillón—. El taxista tampoco era un crack al volante —dijo y me hizo reír.

La abracé de nuevo porque, tal como le había confesado a Vianes, no podía sacarle las manos

de encima. Quería cogérmela allí mismo, pero me contuve porque la notaba distinta.

—Estás hermosísima, amor.

Sonrió y yo percibí que algo no iba bien. El corazón me palpité con furia a causa del miedo. La abracé y volví a buscarle los labios. Aún la notaba renuente. Me aparte y la contemplé directo a los ojos.

—¿Qué pasa?

—¿Por qué no me dijiste que irías con Vivian a la inauguración en La Plata?

Tras un instante de perplejidad insulte para mis adentros. “¡Vivian y la gran puta que te parió! Chasqueé la lengua y sacudí la cabeza mientras la conducía de la mano a un sillón y me sentaba con ella sobre mis piernas, como me gustaba hacer.

—Cósima, no fui con Vivian. Fui solo. Ella se apareció ahí porque justo estaba en La Plata por lo de la madre. Llegó en el auto de la gobernación, con el gobernador y su mujer. Ellas son muy amigas de la época en que eran modelos. Estoy seguro de que la mujer del gobernador le avisó de este evento y ella se sumó. Había periodistas de todos los medios. No podía hacer un escándalo pidiéndole que se fuese. Tuve que caretearla, pero no sabés la bronca que tenía. —Le acaricié la mejilla tan suave y pálida, y ella bajó los párpados lentamente y suspiró—. Amor mío —dije y la besé en los labios—, no pasó nada. El acto terminó y yo volví con Leopoldo a Buenos Aires en helicóptero, sin ella. Es más, no sé qué hizo Vivian. Supongo que el gobernador y su mujer la llevaron a la clínica donde su vieja está internada. No sufras por algo que no tiene importancia.

—Perdóname —susurró—. No quiero hacerte escenas de celos, pero ayer cometí el error de buscarte en Internet y ahí estaba esa foto, y era del martes. Tan reciente. Y no pude evitar sentirme mal.

—¿Por qué no me llamaste enseguida? —le reproché; la obligué a mirarme.

—Porque estaba demasiado dolida y yo, cuando estoy mal, me cierro, Ignacio. Me acorazo dentro de mí para que nada me lastime.

—Yo jamás voy a lastimarte, Cósima —expresé con vehemencia y después me acordé de los años en que lastimarla había sido un deporte para mí.

—Además —baluceó—, te sentí distante esta semana. Y eso también me dolió. Pero sé que sos un hombre ocupado y que no tenes tiempo para nada.

—Fue una semana infernal, amor. Infernal —remarqué—. Estoy con muchos problemas...

Me sujetó por las mandíbulas y me acalló con un beso. Sin apartar su boca de la mía y mientras me la acariciaba con los labios, me dijo:

—Y aquí estoy yo para hacerte olvidar de todo, amor mío.

Un gruñido animal me brotó de la garganta y fui incapaz de sofocarlo. Me calentaba como nada y como nadie. Pero el golpe de gracia llegó cuando me susurró al oído:

—Compré lubricante para que seas el primero. Y el último.

A lo largo de mi vida me había cogido a decenas de mujeres y de todas las formas posibles. Pero no me equivocaba al asegurar que sólo Cósima me sumía en un estado de excitación atroz e ingobernable. Fue una larga noche, en la que no me privé de nada y la sometí a cuanto capricho me vino a la mente, y ella me complacía, y con su complacencia sólo conseguía que la rueda de sexo y lujuria en la que estábamos metidos nunca se detuviera.

La tenía medio desvanecida entre mis brazos mientras le besaba el rostro y le golpeaba la piel con mi respiración irregular. Estaba exhausta; yo también. No tenía idea de dónde salía esa energía después de una semana en la que había dormido cuatro horas por día. Me dediqué a

observarla y mis pulsaciones fueron calmándose. Estaba adorable al tiempo que erótica con las mejillas coloradas, completamente desnuda y sólo con el collarcito muy apretado al cuello.

—Te amo —susurré sobre su boca pese a que dormía—. Te amo tanto —repetí.

Se despertó un rato después, seguramente acuciada por el hambre. Me sonrió y me acarició el mentón y me pasó la punta del índice por el hoyuelo que se me formaba en la barbilla.

—Quiero darte mi regalo de cumpleaños.

No soportaba que se apartase ni siquiera un par de minutos. Me costó abrir el abrazo y permitirle que fuese a buscar su bolsito negro al living. La seguí con ojos hambrientos mientras abandonaba el dormitorio y bamboleaba el culo, que era y sería sólo mío. Me calenté imaginándolo rojo a causa de mis cachetazos.

Regresó y se deslizó bajo las sábanas. La atraje de inmediato a mi cuerpo.

—Esto es para vos —dijo y me entregó una cajita negra.

Contenía un par de gemelos muy sobrios. El único detalle lo constituía el grabado: nuestras iniciales entrelazadas. Me pareció un símbolo de todo lo que deseaba, ella y yo eternos, como esa impresión indeleble sobre el oro blanco. Ella y yo entrelazados, formando un solo cuerpo y al mismo tiempo conservando nuestras individualidades. Con ella era posible.

—Amor, me dejas sin palabras.

—¿Te gusta?

—¿Que si me gusta? Cósima, me encantan. Los voy a usar todos los días desde ahora en adelante. No voy a usar otros gemelos —prometí mientras la besaba y ella reía, divertida vaya a saber por qué—. ¿Qué te da tanta risa?

—Tu vehemencia. Debés tener decenas de gemelos. Supongo que en algún momento te cansarás de los míos y vas a querer usar otros de tu colección.

—Pero ninguno tiene nuestras iniciales entrelazadas —objeté y le mordisqueé el labio regordete mientras lo recordaba en torno a mi verga—. Gracias, amor mío. Gracias por este regalo tan nuestro.

—Quería darte algo que te durase toda la vida, lo mismo que mi amor por vos va a durar siempre, Ignacio.

Asentí mirándola con fijeza. No pestañeaba, no hablaba; estaba muy conmovido.

—Tengo hambre —se quejó y me hizo reír.

Comimos la entrada que habían dejado en la cocina y llamé al servicio de habitación para que nos trajeran la cena. Después de horas de sexo desenfrenado comíamos callados, intercambiando miradas cómplices.

—Te lo saqué muy rápido porque no veía la hora de hacerte el amor, pero ese vestidito que tenías hoy te quedaba muy bien. Estabas hecha una diosa.

—Gracias. Lo compré el jueves pensando en vos. Al principio dudé porque no es mi estilo —se justificó—. Nunca compro nada elastizado porque soy muy caderona y culona, pero me sentía distinta, no sé, más valiente, y lo compré.

—Parecés un reloj de arena —dije y la hice reír—. Cósima, me calentás como nunca nadie me ha calentado. No creo que seas consciente de lo que me provocas. Ando alzado como un pendejo.

Rió de nuevo y las tetas le rebotaron dentro de la bata. Aparté la mirada para no saltarle encima como un maniático. Con el objetivo de despejar la mente le pedí que me contase de su semana y de los avances de mi hijo, a quien casi no había visto porque regresaba muy tarde, a veces de madrugada. Me habló largo y tendido de su trabajo y yo la escuché. De pronto se

detuvo y se puso a jugar con la cuchara y los restos de la mousse de chocolate.

—¿De qué se estaban riendo? —Alzó la vista y se explicó-: En la foto, el día de la inauguración, ¿de qué reían los cuatro? —Como me la quedé mirando, confundido, añadió-: Creo que eso fue lo que más me dolió, ver que reías, que estabas feliz con ella.

Le quitó la cuchara y la tumbó en la cama para cubrirla con mi cuerpo.

—No estaba feliz, Cósima. Era todo un careteo. Ni sé de qué me reía. Ni siquiera me acuerdo de haberme reído. El gobernador habrá hecho alguna de sus bromas. Siempre está haciendo bromas. Amor, no sigas torturándote con algo que no tiene sentido. Por favor.

—Está bien, no voy a pensar más en eso —dijo con la expresión de una nena obediente y me tocó el corazón.

—Te amo, Cósima. A vos y sólo a vos, amor mío.

—Lo sé.

La admiré en silencio mientras ella me pasaba el dedo por la marca, apenas visible que me había quedado en la frente después de que el cirujano me hubiese quitado los puntos esa mañana.

—Es curioso —dije de pronto y atraje su atención— cómo las fotos pueden engañar. La imagen que viste en Internet podría llevar a pensar que éramos dos parejas de casados muy felices, cuando en realidad ni siquiera somos pareja, ni Vivian y yo, ni el gobernador y su mujer. Nosotros hace un par de meses que no dormimos juntos, en tanto el gobernador y su esposa hace varios años que no conviven, pero mantienen las apariencias.

—No lo sabía —se asombró—. Hacen una linda pareja y se los ve siempre tan unidos.

—Tienen una buena relación. Son amigos, algo que Vivian y yo nunca seremos.

—Tal vez con el tiempo —trató de animarme, pero yo moví la cabeza para negar.

—Nunca va a aceptar que lo nuestro había terminado antes de que vos llegases. Y me va a hacer pagar que la haya dejado por otra.

—En especial por una como yo —señaló Cósima sin animosidad, simplemente con la expresión serena de quien describe un hecho.

—Ella no podría siquiera empezar a comprender lo que siento por vos. Amor, vendrán tiempos turbulentos y tendremos que estar más unidos y confiar el uno en el otro para pasar airosos la tormenta.

—¿Qué creés que pueda suceder? —me interrogó y me causó una buena impresión que lo preguntase sin miedo, más bien con el interés de un soldado profesional que se prepara para la batalla y quiere saber con qué armamento cuenta.

—Vivian no se va a quedar de brazos cruzados una vez que le llegue la notificación del juzgado de familia. Me va a tirar con artillería pesada. Me extorsionará con los chicos y yo tengo un lado flaco para obtener la tenencia, y es mi pasado con la cocaína.

—Pero hace años que no consumís.

—Hace años que estoy limpio —confirmé—, y eso puede atestiguarlo José Vianes, pero el pasado nos condena.

—Tu pasado conmigo no te condena —me recordó y me dio ternura

—Y no sabes lo agradecido que estoy por eso. Aunque al principio me tratabas tan fríamente que creí que no tenía ninguna chance.

—Bueno —dijo, juguetona—, un poco de orgullo tenía que tener, ¿no?

—Me hiciste sufrir.

—¡Pobre amor mío! —se burló y me acarició el rostro en silencio mientras nos mirábamos fijamente—. Ignacio, vamos a superar este periodo difícil. Siempre voy a estar a tu lado y seré tu

apoyo incondicional. No voy a volver a dudar de vos, te lo prometo.

—Gracias —susurré.

Dormimos unas cuatro horas, hasta las siete, cuando me desperté porque Leopoldo me llamó cumpliendo una orden.

—Quiero estar en casa cuando los chicos se levanten —le explique a Cósima mientras desayunábamos en la habitación—. Vivian va a estar en Cañuelas el fin de semana con la madre y yo no quiero que ellos estén solos con la servidumbre. ¿Vos que vas a hacer el fin de semana?

—A la mañana tengo turno en la pelu y por la tarde nos vamos a la quinta de Lucho porque festeja su cumpleaños.

Me tensé enseguida y, aunque me esforcé por contener los celos, me di cuenta de que estaba perdiendo la batalla.

—¿Te voy a buscar? A la hora que sea —ofrecí con demasiada ansiedad.

—Nos quedamos a dormir ahí.

—¡Ah, no, Cósima! —exploté y apoyé la taza en el plato con más ímpetu del necesario.

—Ignacio...

—¡El tipo está caliente con vos! ¿Cómo pensás que puedo quedarme tranquilo?

—Porque jamás te engañaría, ni con Lucho ni con nadie. —Arrastró la mano por la mesa e intentó sujetar la mía; la retire—.

—Amor —trató de razonar—, anoche me dijiste que vendrían tiempos turbulentos y que teníamos que confiar el uno en el otro.

—¡Pero ese tipo te quiere para él! —insistí como un nene terco.

—Pero yo no lo quiero a él, Ignacio.

—¿Y si se mete en tu habitación mientras estas durmiendo?

Cósima me contempló con horror antes de soltar una risotada hueca.

—Ignacio, Lucho jamás haría una cosa así, forzarme a estar con él, sin mencionar que duermo con Paola, su hija. Siempre que voy a su quinta duermo en la habitación de Paola. Es un programa para nosotras.

Me hincé de rodillas en el suelo junto a ella, la aferré por las caderas y la obligué a girar en la silla de modo de quedar entre sus piernas. Le abrí la bata y le hundí la cara entre las tetas, donde todavía quedaban restos del perfume que tanto me gustaba. Enseguida me acunó la cabeza y me besó la coronilla.

—Quiero que te quedes tranquilo y que disfrutes del fin de semana con tus hijos.

—Te voy a llamar cada media hora —advertí—. Más vale que tengas el teléfono todo el tiempo con vos.

—¿Si no? —me provocó.

—Si no, voy a buscarte y me importa una mierda todo y estoy celoso —admití— me da bronca algo que dijiste.

—¿Que, amor mío?

—Que Lucho jamás te forzaría. Y sé que es cierto. Sé que es un caballero.

Y yo no lo fui. Te bese a la fuerza aquella noche y te hubiese violado...

—Sí —me interrumpió—, cuando tenías diecisiete —Dieciocho —la corregí.

—OK. Dieciocho años y estabas borracho.

—Sabía lo que hacía. Y lo hacía porque estaba caliente con vos. Me quedé caliente desde entonces.

—Creo que después de todo lo que me hiciste anoche —bromeé —el deseo de casi treinta

años quedó satisfecho, ¿No te parece?

—No, no me parece —objeté, chinchudo, y ella se rió.

Capítulo X

LAS TRES HERMANAS

Cósima

Lanz cumplió su promesa: a cada rato me enviaba un mensaje o me llamaba. El domingo me despertó a las ocho y me dijo que estaba desde las seis y media con ganas de escribirme pero que se abstenía para no molestarme tan temprano.

Lucho me observaba y, aunque se mostraba gentil como siempre, se notaba tenso. No habíamos vuelto a hablar desde su vaticinio, en el que aseguraba que Lanz se sacaría las ganas conmigo y después me dejaría tirada, como lo había hecho con todas. Pese a que aun me dolían sus palabras, comprendía lo que las había motivado; tenía sus razones.

El domingo Carlitos me dejó en casa a las siete de la tarde. Estaba más muerta que viva. Me pesaban las piernas mientras le vertía el alimento a Bernie, que también me seguía, arrastrando las patas. Sin embargo, los dos nos espabilamos rápidamente al sonido del tintineo de llaves y la voz de Lanz que gritaba “¡Amor!” desde el vestíbulo.

No lo esperaba. Bernie y yo corrimos al living. Me arrojé en sus brazos y nos besamos con mi perro gañendo y ladrando en torno a nosotros. Lanz le acarició la cabeza y le hizo oler una bolsa.

—Aquí te traje el bife de chorizo —dijo.

Su gesto me causó una ternura incontenible.

—¿Te quedás a dormir?

—No. Mañana quiero llevar a Montse a la escuela. Es el único momento en que puedo charlar con ella en paz. Quiero ir preparándola para la separación, aunque ya lo sospecha.

Asentí y me cubrí con el delantal para cocinar los bifos de chorizo en el asador eléctrico de la terraza. Se hicieron en el punto justo, bien cocidos y a la vez jugosos. Piqué en cubitos el de Bernie y lo mezclé con arroz.

No terminaba de echárselo en el comedero que ya estaba devorándoselo. Lanz se largó a reír.

—Bernardo —lo reté. —¡Despacio! —Después te sentís mal del estómago. Lanz y yo comimos nuestracarne con una ensalada de rúcula y tomates cherries. Todo estaba delicioso.

—¿Que tal Lucho? —preguntó,

—Normal. Bah, algo distante —admití.

—Mejor —sentenció Lanz—, Que mantenga la distancia por el bien de todos.

Alcé los ojos al cielo y me puse de pie para llevar los platos a la piletta. Lanz me siguió y me hizo el amor contra la mesada de la cocina, igual que el domingo anterior. Se trató de un acto sin palabras, en el cual la exigencia de sus manos y de su boca me comunicaron que no lo había pasado bien sabiéndome cerca de su rival y que en ese momento se desquitaba. Nos quedamos inmóviles tras el alivio, yo completamente aprisionada entre sus brazos.

—No habría podido dormir esta noche si no te la ponía —se justificó—. Me pasé el fin de

semana pensando en nosotros.

—Yo también —admití. Te extrañé muchísimo, amor.

—No como yo —replicó, serio, y se apartó lentamente.

Me hizo jirar en sus brazos y me besó en la boca. Respondí enseguida. Nos miramos. Me sonrió al tiempo que me quitaba un rulo de la cara.

—Fue un fin de semana de mierda porque no estabas conmigo.

—No será así por mucho tiempo —lo animé—. Pronto serás libre y te hartarás de estar conmigo —aduje, risueña, pero a él no lo hizo reír.

—Nunca me voy a hartar de vos, Cósima. Nunca. Jamás —subrayó con su consabida vehemencia.

Me abrazó con un ímpetu que me comprimió las costillas. En tanto, yo recordaba las palabras de Lucho, que Lanz me dejaría tirada luego de saciarse, y las contraponía con las que él acababa de pronunciar, que jamás se hartaría de mí. ¿Cuál de los dos estaba equivocándose?

Comenzó la semana con su normal ritmo vertiginoso y de nuevo los mensajes de Lanz escasearon. Yo mantuve la serenidad. Me encantaba cruzarme con Justa en la fundación. Trabajaba part-time pero con un entusiasmo que me hacía desear contar con ella la jornada completa. La licenciada Ricardi estaba sorprendida por lo rápido que se adaptaba y aprendía. No se le permitía participar en el tratamiento de Nachito, pero me la encontré espíandolo mientras la Petrillo y Julieta trabajaban con él. Lo contemplaba con una adoración conmovedora. Almorzamos juntas el martes y el viernes en el comedor de la fundación y me conmovieron los análisis y los comentarios certeros que hizo acerca del hermano.

—En la clase de musicoterapia —observó— es cuando lo veo más feliz.

—Bravo —la alenté— tenés olfato para esto. Efectivamente, estamos descubriendo el costado musical de Nachito. Al principio pensamos que la pintura sería su fuerte, pero ahora nos damos cuenta del efecto que la música tiene en él. Estamos planeando empezar con algún instrumento, el año que viene, tras unos meses de tratamiento.

—¿Papá lo sabe? —se interesó, y yo luché por ocultar la turbación que me invadía a la sola mención del nombre prohibido de mi vida.

—Sí, lo sabe.

A la dulzura de Justa se oponía la personalidad desenvuelta y contestataria de Ema, que estaba trabajando duro para llevar adelante la primera puesta en estrena de la Fundación Indiana, que tendría lugar en diciembre. Se hallaban en la fase de la selección de los actores. El mismo lunes Ema se apareció en el escritorio de Marita y le preguntó si podía verme. Nos reunimos media hora más tarde en la cocina del primer piso, donde tomamos un café y charlamos del del proyecto.

—Cósima, en realidad pedí hablar con vos para invitarte este jueves a la primera obra de teatro sería en la que voy a actuar.

—¡Oh! —me sorprendí, sobre todo por el cambio que se había operado en ella, que de segura se convirtió en ansiosa.

Un profesor de la facu, que es el director de la obra, me invitó a participar y acepté, aunque medio de caradura.

—Si el profesor te invitó es porque juzga que vas a interpretar muy bien el papel.

—En realidad, una de las protagonistas se rompió una pierna y yo la voy a reemplazar. Todos son actores muy buenos y más veteranos que yo.

—¿Cómo te han recibido los del elenco?

—Bien. Pudimos ensayar pocas veces y eso me tiene nerviosa.
Le apreté la mano y le sonreí.
—Sé que vas a brillar. Es imposible que no lo hagas. Sos pura luz,

Ema.

Se quedó mirándome.

—Ahora entiendo por qué papá está tan cambiado. Vos sos pura luz, Cósima.

Era una obra de Chéjov, *Las tres hermanas*. Ema interpretaba a la más joven, Irina. El jueves a las veinte horas estuve en la puerta del Ricardo Rojas, en la avenida Corrientes. Lanz me había comentado que haría lo posible para concurrir, pese a que tenía un cóctel en la embajada chilena. La obra comenzó y Lanz no había llegado. Vi a Justa con Mauricio, pero ellos no me vieron a mí. Al final de los dos primeros actos hubo un intermedio y casi todos los espectadores abandonamos la sala.

Me emocionaban la maestría de la puesta en escena y lo bien que actuaba Ema. Deseé que Lanz la viera. Por mucho que lo busqué entre el público que invadía los pasillos y el bar no lo encontré. Regresé a la sala y tampoco lo avisté entre los pocos que ocupaban las butacas. Consulté el celular; no tenía ningún mensaje. Al rato entraron Justa y Mauricio. No me vieron porque, mientras avanzaban hacia las primeras filas, hablaban animadamente con una mujer alta y rubia que se acercaba a los cincuenta y con dos hombres, ambos muy elegantes y con cabello abundante y encanecido; a uno le calculé unos sesenta; al otro alrededor de ochenta. Pensé en interceptarlos, pero me acobardé.

El corazón me dio un salto al descubrir a Lanz, que ingresaba con la marea de público y se detenía para echar un vistazo. Me buscaba. Nuestros ojos se encontraron y su sonrisa me golpeó el pecho, tanto efecto tenía sobre mí. Santo cielo, que amor tan desmesurado. Abandoné la butaca y caminé hacia la parte posterior del teatro, donde había asientos libres que nos permitirían estar juntos. Gracias a una tintorería rápida llevaba el vestido negro estrenado el viernes y que tanto le había gustado; hasta tenía el mismo collar, pues lo había vuelto loco de excitación verme completamente desnuda y con ese collar ajustado al cuello.

Nos dimos un beso casto en la mejilla. Significaba un gran ne.: sentarnos uno junto al otro, pero nos habría resultado imposible rícelo separados.

—Recién pude escapar del cóctel —se justificó—. El embajador no me soltaba.

—Tu hija ha estado brillante hasta ahora. Yo no soy una experta pero su actuación es muy natural, como si no le costase para nada hacerlo.

—Voy a comprar un teatro para asegurarme de que nunca le falte el trabajo —lo oí mascullar y le apreté disimuladamente la mano, enternecida por su preocupación.

Las luces se extinguieron antes del comienzo del tercer acto y Larz me acunó la cara y me devoró los labios.

—Dios —susurró con impaciencia—, cuánto necesitaba hacer esto.

—Te extrañé tanto esta semana —susurré.

—¿Por qué te pusiste este vestidito, amor? Estoy duro como una piedra.

Nos separamos al sonido de la voz de Ema, que hacía su aparición en el escenario. Desde ese instante, y hasta que terminó la obra, Lanz no apartó la mirada de su hija; estaba en trance y, cada tanto, cuando Ema decía sus líneas, estiraba sus labios en una sonrisa inconsciente. Yo, más que admirar a los actores, lo admiraba a él. Lo amaba en ese rol de padre devoto y orgulloso. La

obra terminó y Lanz se puso de pié y rompió en aplausos y en bravos y en vivas y en silbidos, lo que impulsó al resto de los espectadores a imitarlo. Ema sonreía desde el escenario. Justa y Mauricio se dieron vuelta, atraídos por el escándalo y lo observaron entre risas, lo mismo que la mujer y los dos hombres.

Salimos de la sala entre los primeros y nos quedamos en el hall esperando a los demás, Justa y Mauricio nos vieron y agitaron las manos. La mujer y los dos hombres, que los seguían a pocos pasos, miraron en nuestra dirección. Lanz los saludó como si los conociese y el grupo de cinco se encaminó hacia nosotros.

—¿Quiénes son? —pregunté con disimulo.

—Mi ex Laura, su marido y mi viejo.

Tas un nuevo vistazo reconocí al padre de Lanz. Lo recordaba de un día triste en que habíamos ido a la mansión de la calle Melián con mi madrina y Garlitos a darles el pésame por la muerte de Nora. Se mantenía en esplendida forma.

—¡Papi! —Justa le saltó al cuello y lo besó ruidosamente en la mejilla—. Sos el mejor aplaudidor del mundo.

Se saludaron con Laura, con el esposo y con el padre, tras lo cual Lanz me presentó como la licenciada Facchinetti, psicóloga de Nachito.

—Así que usted es la jefa de mis dos hijas —comentó Laura y me resultó, además de hermosa, de una manera afable, muy cordial. Me miraba con interés.

—Es un placer contar con ellas en el equipo —aseguré—. Las dos están haciendo un trabajo magnífico.

Justa sonrió y se volvió para mirar a la madre, que la contempló con dulzura.

—Y he podido comprobar con mis propios ojos —intervino el viejo Lanz— que usted está haciendo un trabajo increíble con mi nieto. Estuve con él el domingo y lo escuché hablar por primera vez. Me dijo: “Hola, abuelo”. ¡Qué emoción sentí!

—Nachito nos tiene a todos muy sorprendidos. Sus avances son extraordinarios.

—Usted y yo tenemos un amigo en común, licenciada —declaró el esposo de Laura, Francisco Larsson.

Sabía a quién se refería, a Marcelo Ibáñez. Francisco Larsson, uno de los mejores neurocirujanos del país, era muy amigo de Marcelo; él lo mencionaba a menudo. Habían estudiado juntos la carrera de Medicina y en la actualidad trabajaban los dos en Fleni. No lo había conocido durante mi corta relación con Ibáñez porque Larsson vivía en Estocolmo en aquella época.

—Me refiero a Marcelo Ibáñez —añadió enseguida y yo habría preferido que esa conversación no tuviese lugar.

A la mención del nombre, Lanz se puso nervioso. Yo, que lo tenía a mi lado, no quise hacer un movimiento deliberado para mirarlo, pero era como si lo estuviese viendo.

—Marcelo habla mucho de usted, licenciada. La admira. Admira su trabajo en la fundación. ¿Cómo era el nombre? Muy original, recuerdo.

—Fundación Indiana —intervino Lanz con acento duro.

Es increíble que la Cósima de quien Marcelo siempre nos habla sea ahora la jefa de mis hijas —expresó Laura y se volvió hacia mí, sólo que su atención se congeló en Lanz.

Debió de captar la energía negra que lo envolvía porque frunció el entrecejo y se lo quedó mirando.

—No sé si le comentó Marcelo —siguió adelante Larsson, inconsciente del malestar que

generaba—, pero el sábado festejo mis sesera años y daré una fiesta en el Tattersall. ¿Ya la invitó? Me dijo que lo hará.

—Me llamó el martes, pero le expliqué que no podía.

¡Qué lástima! Marcelo estaba tan esperanzado de ir con usted. Y por qué no salimos a cenar un día de estos los cuatro? A Laura y mí nos encantaría que nos hablase de lo que hacen en su fundación.

Lanz se removía y carraspeaba. Justa lo observaba con expresión divertida. Laura no apartaba la vista de su ex, cada vez más extrañada El viejo Lanz, en cambio, me contemplaba a mí. ¿Sabría de lo nuestro y estaría evaluándome?

—Le expliqué a Marcelo que no podría salir con él. Estoy en pareja —aclaré al fin para zanjar la cuestión de una vez.

—¡Oh! —se sorprendió Larsson—. Lo lamento por Marcelo —masculló.

Laura, ante mi declaración, relajó el semblante en el gesto de quien resuelve un acertijo.

—¿Qué hace esta mujer aquí, Nacho?

Me sobresalté y, al darme vuelta, me encontré con Vivian y una mujer mayor a la que reconocí enseguida: la madre de Lanz.

—Vivian —intervino Lanz y se colocó entre ella y yo—, la pregunta es: ¿que haces vos acá? Te voy a pedir...

—¡Qué hace esta mujer acá! —repitió con agresividad creciente.

Como si se hubiese tratado de una perfecta coreografía, Ema, ya cambiada y desmaquillada, se presentó en ese instante, entrelazó su brazo con el mío y manifestó:

—Cósima es mi invitada, Vivian.

—¿Por qué lo hiciste? —se encolerizó la mujer—. Vos sabes cómo están las cosas porque tu abuela te lo dijo.

—Basta, Vivian —intervino Lanz.

—¡No abras la boca, Ignacio!

—A vos no te invité —le lanzó la díscola Ema—. ¿Qué haces vos aquí?

—Vino conmigo, Ema —intervino la madre de Lanz—. No seas irrespetuosa con la mujer de tu padre.

—Ex mujer, abuela. Por si no lo sabes, papá presentó la demanda de divorcio el martes.

—Yo tengo que irme —balbuceé, incómoda y contrariada a más no poder.

—Antes de que te vayas —propuso Ema—, quiero presentarte a mi profesor, el director de la obra —aclaró y me fue arrastrando hacia la zona de los camerinos.

Justa y Mauricio nos siguieron. Lanz intentó venir con nosotros, pero Vivian lo detuvo.

—Gracias por salvarme —dije una vez fuera del alcance de los oídos—, pero va a ser mejor que me vaya.

—Mi profe quiere conocerte. Le conté del proyecto de teatro con Niños autistas y me dijo que le gustaría hablar con vos.

—¿Podría tomar un vaso con agua? —pedí, porque el disgusto me había dejado la boca pastosa y seca y sentía un temblor en el cuerpo.

Estás muy pálida —comentó Justa—. Más pálida de lo normal —aclaró.

—Sentémonos en el bar —propuso Mauricio.

Nos ubicamos en una mesa desde la cual apreciaba la escena que se desarrollaba unos veinte metros más allá. El viejo Lanz y su ex discutían. Vivian increpaba a su esposo; sacudía las manos y lo miraba con odio. Laura y el doctor Larsson se habían alejado; no sabían que

hacer. Terminaron por interesarse en unos cuadros expuestos en la galería.

Lanz cortó la charla con Vivian y se dirigió como un perro de caza hacia nuestra mesa. Por un momento me olvidé de todo al verlo avanzar con su porte de príncipe nórdico. Daba largas zancadas y devoraba los metros y a su paso iba dejando bocas abiertas y ojos como platos. Algunas lo fotografiaban, tal vez creían que era un modelo o lo habían reconocido de las revistas. Apoyó una mano en la mesa y en el respaldo de mi silla para inclinarse y hablarme al oído.

—Amor, estás muy pálida. ¿Te sentís bien?

Si, no te preocupes. Ya me siento mejor. —Me incorporé en el asiento, alerta al descubrir que Vivian se aproximaba con la traza de una loca—. Ahí viene —alcancé a murmurar.

Ignacio

El cóctel en la embajada chilena se dilataba y yo solo buscaba la manera de escapar para encontrarme con Cósima en el teatro. No la veía desde el domingo por la noche.

Arturo Cimmi y yo habíamos pasado las últimas dos horas haciendo sociales; ya estaba cansándome de sonreír y hablar de negocios, política y economía. Para colmo, me había cruzado con Fernando Riera, que se mostró tan amable como falso. Me sorprendí al ver que su sobrina Daniela Dieter lo acompañaba. Estaba despampanante, como siempre, y atraía las miradas.

—¿Qué haces aquí? —pregunté mientras nos besábamos en la mejilla.

—Ahora trabajo con tío Fernando —explicó, y yo no oculté mi asombro—. El año que viene cumplo cuarenta. En algún momento tenía que sentar cabeza —alegó.

—¿Qué trabajo estás haciendo? —me interesé.

—Estoy en el sector de desarrollos internacionales, lo mismo que Arturo en tu constructora. Por cierto —comentó—, me lo topé el otro día saliendo de la oficina de tío Fernando. ¿Eso significa que nuestras empresas trabajarán juntas? —me interrogó con tono sugerente y me pasó la mano por la solapa del traje.

—Nunca se sabe —atiné a contestar, perplejo al enterarme de que mi hombre de confianza se encontrase con Riera a mis espaldas. “Debe haber una explicación”, me dije. Lo hablaría más tarde con Cimmi, si conseguía despegarlo de ese grupo de empresarios chilenos, o bien al día siguiente.

Charlamos un rato con Daniela de nuestras vidas y, como sucedía cuando nos encontrábamos, alguno de los dos terminaba haciendo un avance para coger. En esta ocasión fue ella y yo decliné galantemente al decirle que tenía otro compromiso.

—¿Con la psicóloga de tu hijo?

Me dejó mudo mientras intentaba adivinar de qué manera una persona alejada de mi círculo íntimo se había enterado. Por cierto, no era Vivian quien se lo había contado; la detestaba; le tenía unos celos incontrolables.

—No sé de qué estás hablando —mentí.

—Ah —se decepcionó—, deben haberme pasado mal la información.

—¿Quién te dijo que yo estoy con la psicóloga de mi hijo?

—Se dice el pecado, no el pecador —respondió haciéndose la graciosa.

Consulté mi reloj y Daniela me tomó de la muñeca para estudiarlo.

—¡Qué belleza! El Parmigiani Tonda. Le pedí a tío Fernando el Metropolitaine Selene para mi cumpleaños. Espero que me dé el gusto.

Retiré la muñeca con un movimiento suave pero decidido mientras me preguntaba qué había visto en esa mujer para cogérmela tantas veces. Me sonrió, ajena a las transformaciones sufridas en los últimos meses, que me habían posicionado en las antípodas de su realidad. Alzó las pestañas postizas y declaró:

—Ignacio Lanz Reuter, siempre un hombre de clase.

Me excusé con Daniela, quien me advirtió que me llamaría para encontrarnos. Me limité a sonreír. Caminé hacia Cimmi, que seguía enfrascado en la conversación con los chilenos. Si me acercaba a saludar, no me soltarían. No podía retirarme sin despedirme del embajador, lo cual hice a un alto precio porque me retuvo casi media hora, al cabo de la cual terminé por evadirme fuera del salón, donde Leopoldo me esperaba. Llegué al teatro durante el intervalo. Avisté a mi ex Laura, a su esposo, a mi padre, a Justa y a Mauricio; tomaban un café en el bar. Pasé de largo; los saludaría después. Ahora me guiaba un solo objetivo: encontrara a Cósima. Como no la vi en el hall, entré en la sala cuando la gran marea de público regresaba para ocupar los asientos.

La vi enseguida. Estaba atenta al ingreso, atenta a mi llegada. Capté su intención, la de desplazarse hacia las últimas filas donde había asientos vacíos, e hice otro tanto. Se había puesto el vestidito negro del viernes, incluso llevaba el collar ajustado al cuello y a mí me cegó la imagen de sus tetas rebotando mientras cabalgaba sobre mi erección. Llegué duro al encuentro y me costó mucho limitarme a un beso en la mejilla. Apenas se apagaron las luces le sujeté la cara y le comí la boca.

Admito que la obra de teatro me atrapó; la actuación de mi hija me dejó boquiabierto. Sentí orgullo al tiempo que vergüenza por haberla combatido tanto cuando me confesó sus ganas de estudiar Arte Dramático, incluso había amenazado con cortarles la mensualidad; qué imbécil.

Por fortuna Laura la había protegido y Ema se había salido con la suya.

Ahora me sentía tan feliz al verla tan contenta y plena, sobre el escenario.

El público ovacionó de pie y los actores hacían reverencias. Salimos al hall, donde aguardaríamos a que Ema se nos reuniera.

Había invitado a cenar a todos para festejar el triunfo de mi hija en su debut. Quería a Cósima sentada a mi lado, quería pavonearme con ella.

Un comentario de Francisco Larsson comenzó a agriarme el humor. Recordó que era muy amigo del pajero de Marcelo Ibáñez, quien había llamado a Cósima, esa semana, para invitarla a la fiesta de cumpleaños de Larsson. ¿Por qué no me había contado acerca de Ibáñez y su invitación? Habíamos intercambiado mensajes y llamadas varias veces durante esos días de separación; ella nunca lo había mencionado. Al menos me tranquilicé cuando frenó al insistente Larsson, que evidentemente la jugaba de celestino, y le aclaró que estaba en pareja.

La cosa se complicó cuando Vivian y mi vieja se aparecieron de la nada. Mi ex me increpó por la presencia de Cósima y todo se precipitó hacia un final desastroso.

Ema se llevó a Cósima al bar, mientras Vivian y yo discutíamos, haciendo un espectáculo frente a Laura, su esposo y tanta gente que comenzaba a mirar en nuestra dirección. Mis padres también peleaban un par de metros más allá y agregaban picante a la escena, de por sí lamentable.

—¿A vos te parece que hablo por hablar, Ignacio? —inquirió

Vivian —¿Vos te crees que voy a permitir que me humilles trayéndola aquí, a un lugar

público? ¿Te pensás que no voy a hacer nada?

—Vivian, hacé lo que quieras —la corté y traté de evadirme hacia el bar, pero me detuvo por el brazo,

—Me dejás aquí, hablando sola para ir con esa gorda y la destruyo, Ignacio.

—Vivian —intenté con un acento amigable—, vos una mujer sensata, de mundo. ¿Por qué estás haciendo esto tan difícil, ¿Por qué no aceptas...?

—¡No vas a dejarme por esa gorda, Ignacio! —me interrumpió. —No, no y no.

Di media vuelta y me alejé dando largos pasos para llegar a Cósima. A medida que me aproximaba me daba cuenta que estaba blanca como el papel. El intercambio con Vivian la había trastornado. Me incliné para hablarle, muy preocupado, y ella alzó sus hermosos ojos oscuros y me sonrió para decirme que se sentía mejor. Hasta que el gesto se le vio a crispar. Atinó a advertirme que Vivian se aproximaba. Me incorporé y extendí una mano para detenerla.

—¡Te voy a matar, destructora de hogares! —vociferó y se lanzó sobre la mesa como una desquiciada para aterrizar sobre Cósima, que cayó hacia atrás en la silla.

No lo vi venir. No la creí capaz. Nunca olvidaré el ruido seco de la cabeza de Cósima, al golpear contra el piso de cerámica; me cortó la respiración. Vivian la sujetaba por el cabello y la sacudía mientras seguía llamándola “destructora de hogares”, con un acento distorsionado, que no le reconocí. Mauricio me ayudó a sacársela de encima y la retuvo. Vivian se contorsionaba y gritaba. Vi, con horror, que en sus puños había mechones del pelo de Cósima. La recogí del suelo y advertí que le salía sangre de la nariz. Justa le colocó un pañuelo para restañar la hemorragia y Cósima lo sostuvo con una mano, en tanto se aferraba a mi cuello. Lloraba quedamente, sin fuerza, un sonido amortiguado que me destrozaba.

Leopoldo avanzaba junto a mí y me guiaba fuera, abriéndome paso entre la gente que sacaba fotos y filmaba.

—Andá y decile a mi viejo —le indiqué a mi guardaespaldas— que saque a Vivian de aquí pero que no la lleve a casa. Que la retenga en la de él. Que no la deje ir a mi casa —recaqué.

—Entendido, señor

Habíamos dejado la camioneta en una playa de estacionamiento justo frente al Ricardo Rojas. Como no tenía paciencia para caminar hasta la esquina, me lancé a cruzar la avenida Corrientes a mitad de cuadra, luego que el tráfico mermase gracias al semáforo en la esquina con Junín. La gente me observaba cargar a una mujer ensangrentada y a mí nada me importaba, sólo meterla dentro de la camioneta y llevarla al Mater Dei. Quería que le hicieran una tomografía computada de la cabeza. El sonido de su cráneo al dar contra el suelo se me repetía como un ruido macabro en los oídos.

La acomodé en el asiento del acompañante, le ajusté el cinturón y tiré el asiento para atrás, los ciento ochenta grados. Me incliné y le besé la frente. Cósima retiró el pañuelo de la nariz y me susurró:

—Estoy bien, no te preocupes —lo cual me causó una emoción que me agarrotó la garganta.

La bese en los labios con restos de sangre. Corrí para ocupar el lugar del piloto, encendí el motor en el instante en que Leopoldo se trepaba en la parte trasera.

—Ya pagué la cuenta, señor —me informó—. Podemos irnos.

—¿Quiere que maneje?

—No —respondí, tajante; en ese momento no le habría delegado el Volante a nadie.

Llegamos al Mater Dei en tiempo récord, mudos los tres en el habitáculo. Bajé de la camioneta

sin apagarla y, mientras ayudaba a Cósima, Leopoldo se ubicaba en el asiento del conductor.

—Puedo caminar, Ignacio.

La sostuve por la cintura y ella se apoyó en mi cuerpo. Más allá de la declaración de que se sostenía en pie, la sentía floja y temblorosa. Por fortuna la hemorragia nasal se había detenido. La médica de la guarda quiso revisarla en privado, de seguro para preguntarle si yo la había fajado. Cuando salió del consultorio, Cósima tenía mejor semblante.

—¿Le van a hacer una tomografía? —inquirí y la médica me contestó que no era necesario—. Si usted hubiese oído el ruido que hizo su cabeza al golpear el suelo no dudaría en hacerle una tomografía —señalé de mal modo—. Si es un problema de dinero, la pago y listo. Olvídese de la obra social.

—Señor —me habló la médica, una pendeja que no tendría ni treinta años—, no se trata del costo del estudio. La señora ha respondido a los estímulos y sus constantes vitales son normales. Es insensato someterla a una radiación cuando lo más probable es que no tenga nada.

—¿Y la hemorragia nasal?

—La señora me ha explicado que las sufre ocasionalmente desde chica. Es normal que, con el impacto, un vaso se haya roto.

—¿Entonces? —pregunté, impaciente—. ¿La va a dejar ir así como así?

—Ignacio —intervino Cósima y me apoyó una mano en el brazo; me volví para mirarla—. Estoy bien. Me siento bien. La doctora me ha dicho que esté atenta a los mareos.

—Así es —confirmó la médica—, si llegase a marearse o a sentir náuseas tiene que volver enseguida para que profundicemos los estudios.

Me la habría comido cruda a la pendeja, y estoy seguro de que hubiera terminado haciendo lo que yo quería, si no hubiese sido porque a mí tampoco me gustaba la idea de que irradiasen a Cósima al vicio, sin mencionar que quería llevarla a su casa y meterla en la cama; se la veía extenuada.

Leopoldo nos esperaba en la calle con la camioneta en marcha. La acomodamos en la parte trasera. Recogí a Cósima entre mis brazos. Nos miramos en la penumbra del habitáculo, ocasionalmente iluminado por las luces de la ciudad.

—Perdón —susurré, muy afectado—. Jamás imaginé que reaccionaría de ese modo.

—No es tu culpa. No debería haber ido al teatro. Fue una imprudencia. Estás en la instancia más delicada del divorcio, sin mencionar que Vivían te amenazó. Fue una insensatez de mi parte —insistió.

La besé suavemente en los labios.

—Vos nunca hacés nada insensato, amor mío —afirme con pasión —todo lo que hacés es perfecto —añadí y sonreí al oírla reír por lo bajo. ¿Qué te causa gracia?

—Tu vehemencia y tu opinión tan sesgada de mí.

—Mi opinión acerca de vos es imparcial y exacta —aseguré y ella rió un poco más—. Te amo tanto —susurré sobre su boca.

—Y yo a vos.

Cósima se dio cuenta de mi intención de pasar la noche con ella cuando, faltando poco para llegar a su casa, le indiqué a Leopoldo que viniera a buscarme a las siete de la mañana y que me trajese una muda de camisa y corbata; las que llevaba estaban manchadas con sanare.

—No quiero que Montse y Nachito estén solos con ella, Ignacio —interpuso con determinación—. Vivian estaba muy alterada y temo que...

La acallé con un beso.

Le pedí a mi viejo que la retuviese en su casa y que no la dejase ir a la mía. Quiero que te quedes tranquila.

—¿Cómo hará para retenerla, Ignacio? Vivian no es una nena.

—Mi viejo puede ser muy disuasorio. No te preocupes por eso, Cósima —dije y cambié el tono de voz—, no podría dejarte sola esta noche. No me lo pidas. No pegaría ojo pensando que podrías estar sufriendo mareos o náuseas. Te lo suplico, amor, no me echas.

Asintió poco convencida y supe que le temía a Vivian. Yo también la había notado más alterada de lo usual, incluso en ese momento llegué a barajar la idea de que estuviese colocada. Sabía que había consumido cocaína ocasionalmente durante sus años como modelo, en especial los días previos a un desfile porque le quitaba el hambre.

Ya en la paz del departamento de Cósima nos dimos un baño juntos. No se trataba de la decisión más juiciosa si mi intención era dejarla tranquila, sólo que temía que se marease y se cayese en la ducha; por eso me sometí a la tortura. Salimos pocos minutos después. Cósima me prestó una bata de toalla que me iba chica y unas medias enormes de lana para no andar descalzo.

En tanto esperábamos que se cocinase una pizza congelada llamé a mi viejo.

—Vivian está con tu madre en Melián.

—¡Viejo! —me enojé—. Mamá la va a llevar directo a casa. Hace lo que Vivian le pide. Y no quiero que se quede sola con los chicos.

—No te preocupes. Tu madre se dio cuenta de que estaba muy alterada y por primera vez en la vida acordó conmigo en que era mejor que pasase la noche con ella. Yo mismo las llevé a Melián y vi cuando tu madre la obligaba a tomar un somnífero que la noqueó en cinco minutos. ¿Sabes si Vivian se droga? —preguntó.

—No. Bah, no lo sé. Yo también la noté demasiado alterada.

Con esos ojos verde claro que tiene es muy fácil notar cuando sus pupilas están dilatadas y te aseguro que estaban completamente dilatadas pese a la luz que había. Asumo que vos no pasas la noche en tu casa —disparó de nuevo sin previo aviso—. ¿Estás con la licenciada Facchinetti?

—Mañana hablamos en la empresa —lo corté y nos despedimos.

Hice dos llamadas antes de regresar a la cocina. Saqué la pizza del horno con un guante de silicona y serví las porciones haciendo malabares. Cósima, sentada a la mesa con los pies elevados en una silla, se reía de mi torpeza y de mis fachas. Amaba su risa y lo hermosa que se ponía cuando sonreía. Esa simple escena me colmaba de una felicidad de la cual, sabía, ya no podría prescindir. Movido por un temor irracional me puse de rodillas junto a ella y descansé el rostro en su regazo.

—Que esto no cambie nada entre nosotros —le rogué.

Entrelazó los dedos en mi pelo y no pronunció palabra. Alcé la vista, alarmado.

—Nada va a cambiar el amor que te tengo, Ignacio —respondió al fin, tal vez en un acto compasivo al descubrir la angustia en mi cara—. Pero tengo miedo —me confió—. Le tengo miedo, Ignacio. ¿Alguna vez nos dejará en paz?

—¿Serías capaz de dejarme si Vivian se convirtiese en un problema mayor?

Nos miramos fijamente y vi cómo se le llenaban los ojos de lágrimas y le temblaba el mentón.

—No podría —susurró en un hilo de voz—. Jamás podría, aunque dejarte fuese por tu bien.

—Esa opción nunca será por mi bien, Cósima. ¡Nunca! —me ofusqué—. No vuelvas a tomarla en consideración. —Me puse de pie—. Ya hemos pasado por esto —le recordé con enojo. La aferré por las sienes y apoyé mi frente en la de ella—. No vuelvas a pensar en eso —

dije en voz baja, también muy emocionado—. Vamos a superar esto, amor. Te lo prometo. Yo me voy a ocupar, pero no vuelvas a pensar en dejarme.

—Nunca, nunca —repetía tratando de someter el llanto.

Su tristeza me destrozaba. La obligué a comer una porción de pizza a pesar de que estaba inapetente. Yo me comí el resto; tanto puterío me había abierto el apetito. Nos preparamos para ir a la cama. Me metí desnudo bajo las sábanas y la atraje hacia mí. Se durmió enseguida. Yo me despertaba con un sobresalto a cada hora y lo primero que hacía era poner el dedo bajo la nariz de Cósima para comprobar que respirase. Dormía tan apacible y silenciosamente que me daba miedo. Mi experiencia como rugbista me había enseñado que los golpes en la cabeza eran traicioneros y, así como en las primeras horas, el cuadro lucía normal, de pronto la persona perdía el conocimiento y moría a causa de un coágulo.

Nos despertamos a las seis con el sonido del despertador. Cósima se estiró contra mi cuerpo y enseguida gimió al sentir mi erección en la base de su espalda. Hicimos el amor y me dije que ese momento con mi mujer me dotaría de la fuerza para afrontar un viernes que se presentaba como un desafío, con Vivian en el número uno de la lista de prioridades a atacar.

Leopoldo me trajo la camisa y la corbata. Cósima me ayudó a abrocharme los puños con nuestros gemelos, como los llamaba.

—No he usado otros desde que me los regalaste —dije y le besé en la mejilla mientras ella me hacía el nudo de la corbata exactamente como a mí me gustaba. Sentí una punzada de celos al imaginarla mientras se la anudaba a Horacio, porque acababa de contarme que su esposo le había enseñado.

Existió un momento de tensión cuando le informé que Leopoldo la llevaría a la fundación y que se quedaría con ella.

—¿Quién te va a proteger a vos, Ignacio? A mí sólo Vivian quiere agredirme y, para evitarlo, basta mantenerme lejos de ella. Pero vos sos una personalidad pública. Por algo tenés un guardaespaldas.

—Amor —le tomé el rostro entre las manos y la obligué a mirarme—, anoche llamé a la agencia para que me asignasen uno nuevo. Me está esperando abajo, con Leopoldo.

—Vos confiás en Leopoldo —señaló con razón—. No va a ser lo mismo uno nuevo.

—Porque confío en él quiero que se ocupe de una de las personas máspreciadas para mí. Mi mujer. El amor de mi vida.

Rió muy a su pesar y se puso en puntas de pie para besarme. Bajamos juntos y, durante el breve trayecto, la llené de recomendaciones. Que hiciese todo lo que Leopoldo le indicara; que ordenase a la guardia de la Fundación Indiana que no le permitieran el acceso al predio a mi ex; que advirtiese a Marita, Carlitos y Lucho cómo estaban las cosas para que se mantuvieran alertas; que no atendiese a Vivian por teléfono.

Leopoldo y el nuevo, Niño Rossi, a quien ya conocía de algunos servicios que me había prestado, nos aguardaban en la vereda, cada uno apoyado sobre un vehículo distinto, con los brazos cruzados sobre el pecho. Se acercaron con actitud solícita, aunque prudente. Cósima se sorprendió cuando le informé que Leopoldo la conduciría a donde quisiese en mi camioneta. No le expliqué que se la cedía porque era el único vehículo blindado de mi flota y no lo hice porque habría tenido que confesarle otra mala noticia: dado que el padre de Vivian era un coleccionista de armas de fuego, temía que mi ex se hiciese de una pistola para atacarla. Le mentí, se trató de una mentira piadosa para salvarla de una angustia mayor, y le dije que Leopoldo estaba muy acostumbrado a ese vehículo.

—¿Y vos? ¿En qué vas a moverte? —se preocupó—. ¿Querés mi auto? No es muy bueno, lo sé, pero...

—Niño y yo usaremos el Mercedes —la interrumpí y se lo señalé— Leopoldo —me dirigía a mi fiel empleado—, si la licenciada Facchmetti se siente mareada o con náuseas la llevás de inmediato al Mater Dei y me llamas. ¿Entendido?

—Perfectamente, señor.

Los guardaespaldas se alejaron para brindarnos privacidad. Nos dimos un beso que me costó cortar. Separarme de ella en esas circunstancias estaba resultándome casi imposible.

—Tené el celular siempre con vos —le pedí.

—Lo voy a tener siempre conmigo —prometí—. Que tengas un buen día, amor mío —me despidió con una sonrisa, y esa frase simple, que a un tiempo encerraba tanto significado, me dio el ímpetu para empezar la jornada.

Fui primero a mi casa. Por fortuna Vivian todavía no había llegado. Hugo ya había salido con Montse para el colegio y Sara aprestaba a Nachito y a Pepe para concurrir a la Fundación Indiana apenas el chofer estuviese de regreso.

—Yo los llevo —le informé a la niñera; no quería correr el riesgo de que Vivian llegase antes que Hugo y le impidiera ir con mi hijo a la sesión con la Petrillo.

No tenía duda que sería lo primero que haría cuando se despertase después del hipnótico que le había dado mi madre: prohibirle a Sara llevar a Nachito a lo de Cósima, y le importaría una mierda si con su decisión arruinaba la única posibilidad de mi hijo de conducir una vida plena.

—Subí al Mercedes y esperame ahí.

—Sí, señor.

Corrí al dormitorio que había compartido con Vivian y me lancé a buscar cocaína o algún otro tipo de droga. No sabía con cuánto tiempo contaba antes de que mi ex apareciera. Entré en el vestidor y obsérvelos estantes y los cajones mientras reflexionaba dónde la habría escondido yo. Me asustó el sonido de un timbre. No era el de mi celular; tampoco era el tono del de Vivian, a menos que lo hubiese cambiado. Recordé que le había visto con su celular en el teatro, por lo que debía de tratarse de otro aparato. ¿Otro aparato? ¿De quien? ¿Alguna de las empleadas lo habría olvidado mientras limpiaba? El timbre se cortó para reiniciar nuevamente. Abrí varios cajones hasta que en el último descubrí que una prenda de lana se iluminaba con el brillo de una pantalla. La levanté y ahí estaba. Un Samsung. Ni Vivian ni yo usábamos esa marca sino iPhone. No tenía clave para desbloquear la pantalla por lo que accedí fácilmente. Tampoco tenía aplicaciones, ni siquiera WhatsApp. No había mensajes; sólo llamadas. El número era siempre el mismo. Lo memoricé. Aunque estuve tentado de llamarlo, la prudencia se impuso. No quería alertar al propietario de que estaba al tanto de la existencia de ese teléfono. En un acto medio paranoico limpié mis huellas digitales y lo deposité en el mismo lugar donde lo había encontrado; lo cubrí con la prenda y cerré el cajón.

Llamé al investigador privado. Lo primero que me dijo fue que el día anterior había asistido a la escena en el teatro y que lamentaba decirme que mucha gente la había filmado y fotografiado. Dejé caer los párpados y solté un suspiro; sabía qué me diría a continuación, que las imágenes terminarían en las redes y que se armaría un tremendo despelote. Me asustaban las consecuencias para Cósima, una profesional respetada, que jamás se había visto envuelta en escándalos de este tipo.

—Ricardo —lo interrumpí—, acabo de encontrar escondido entre las cosas de mi esposa un teléfono celular que no le conocía. —El silencio en el otro extremo de la línea me dio la pauta de

que se trataba de un descubrimiento importante—. No tiene aplicaciones y sólo recibe y hace llamadas a un número. ¿Tenés para anotar? Me aseguró que sí; se lo dicté.

—Cero cero cinco nueve ocho —releyó el investigador cuando terminó de escribirlo—. El código de Uruguay.

—Así es —confirmé—. ¿Podes averiguar a quién pertenece?

—No será fácil —admitió—. Podría llamar a algunos viejos amigos de Entel que aún están metidos en las telefónicas para ver si conocen a alguien en el país vecino, pero me costará un buen dinero.

El asunto con Vivian estaba saliéndome caro. Pero necesitaba neutralizarla o convertiría mi vida en un infierno.

—OK —lo habilité—. ¿Algún movimiento sospechoso de mi esposa en estos días?

—Lo de siempre, ingeniero. Nada sobresaliente salvo que visitó la constructora en dos ocasiones entre sus idas y venidas de Buenos Aires a La Plata.

No me sorprendí. En la Gerencia de Administración y Finanzas trabajaba la contadora Érica Arrieta, una de sus mejores amigas de Cañuelas, a quien Vivian me había rogado que la emplease en la constructora. Se trataba de una profesional responsable y muy cumplidora; no tenía quejas por ese lado. Aunque ahora que lo meditaba, a la luz de las amenazas de Vivian, ¿la Arrieta estaría suministrándole información contable e impositiva de mi empresa para perjudicarme? Hice una nota mental para ocuparme de la cuestión.

—¿Algo más? —insistí—. ¿Tal vez, mientras estuvo en La Plata?

Nada fuera de lo usual, en este instante la señora Vivian está saliendo de la casa de la madre de usted, ingeniero —me alertó.

—¿Sola?

—Su señora madre la está acompañando hasta el taxi que la aguarda en la puerta.

—Bien —dije y calculé que en unos cuarenta minutos estaría en casa—. Ricardo, me urge conocer la identidad del propietario del teléfono. Por favor, ponete con eso.

—Sí, ingeniero.

Sara, Nachito y Pepe me aguardaban en el Mercedes-Benz. Mandé a Sara a que ocupase el asiento del acompañante y yo me quedé atrás con mi hijo, ya bien ubicado en la sillita, con Pepe a sus pies. Debió percibir mi energía cargada de bronca, incertidumbre y miedo porque comenzó a sacudir las manos como gallina clueca y a gimotear. Sara se puso nerviosa en la parte delantera y yo alcé una mano para indicarle que se volviese y que me dejase actuar. Pepe ya estaba subido en el asiento e intentaba tranquilizarlo. Yo, movido por el instinto, lo abracé a riesgo de que el berrinche se acentuara; solía volverse loco si lo tocábamos en esa instancia. Pero yo no era el mismo que lo había abrazado antes de Cósima. El sentimiento que ese ser delicado, perfecto y mío me inspiraba no era igual al que me había inspirado meses atrás, cuando la vergüenza y la frustración eran lo único que nacía de mi duro corazón.

Le canturreé al oído mientras Pepe introducía su hocico y nos daba lengüetazos a los dos. Le canté Love of my Life de Queen, una de mis canciones favoritas de la adolescencia, que me hizo acordar de la fiesta de egresados, porque mientras la bailaba con Vanesa había deseado hacerlo con Cósima. Me quedé callado al terminar las pocas estrofas que recordaba. Seguí abrazado a mi hijo, incapaz de apartarme de él. Nachito ya no sacudía las manos y estaba muy tranquilo. Se removió para que me apartase y lo hice enseguida. Desvió la mirada para no encontrar la mía antes de tocarme la mejilla con movimientos torpes y decir: —Papá.

El acceso de llanto me atacó sin aviso. Los ojos se me calentaron y la nariz se me congestionó.

Me mordí el labio para atajar un sollozo.

—Papá —dijo Nachito, dijo de nuevo, siempre con su manita sobre mi cara. —Papá. Pepe — añadió y tocó a su ídolo.

Volví i abrazarlo y a confesarle al oído cuánto lo amaba

Lo besaba y lo abrazaba, hasta que lo sujeté por el rostro y lo obligué a que me mirara. Tras unos intentos fallidos, fijó sus ojos en los míos.

—Te amo, hijo.

—Papá

—Sí, Nachito, papá te ama.

Capítulo XI

DE LOS PAPARAZZIS Y OTROS MALES

Cósima

—¿Todo bien? —me preguntó Marita apenas me vio aparecer en la cima de las escaleras—. No tenes buena cara.

Primero café con leche —dije mientras me detenía frente a su escritorio y le daba un beso en la mejilla—. Después te cuento.

Tal como había sugerido Lanz tenía que ponerla sobre aviso, aunque no la sorprendería; después de todo, ella había intentado frenar a Vivian la mañana en que se presentó hecha una fiera para amenazarme. Mientras sorbía el café fui contándole. Marita mascullaba insultos y reprimía las exclamaciones.

—¿No lo habrá hecho a propósito, Così? —Fruncí el entrecejo—. Me refiero a la posibilidad de que haya armado semejante escándalo en un lugar público para que la gente lo filmase y luego se viralizara.

La posibilidad me sumió en un estado de estupor silencioso y paralizante. Sonó mi teléfono. Consulté la pantalla. Era Lanz. Marita se evadió sin necesidad de que se lo ordenara.

—Amor, ¿todo bien? —pregunté. Nachito acaba de decirme papá.

La emoción de Lanz me alcanzó y me surcó como una de sus caricias; me hizo estremecer.

—Amor, qué noticia tan hermosa —susurré—. Qué feliz me hace. ¿Cómo sucedió? ¿En qué contexto lo dijo? —me interesé.

Estábamos yendo a la fundación —me explicó con acento más seguro— y se puso a sacudir las manos y a quejarse porque evidentemente percibió mi nerviosismo. Entonces lo abracé y le canté al oído y fue calmándose. Sólo el hecho de que me permitiese abrazarlo en esas circunstancias habría sido un logro. Imagínate cuando me tocó la cara y, sin mirarme, me llamó papá. Y después lo tocó a Pepe y dijo: “Papá. Pepe”.

Solté una carcajada de pura dicha y deseé estar ahí con él.

—Este es un avance increíble —comenté—. Con tan pocas semanas de tratamiento y de dieta ya elabora frases e identifica a las personas a su alrededor. Estoy tan feliz.

—Lo vamos a festejar —propuso—. Apenas pueda organizarlo, nos vamos a encerrar en la suite y lo vamos a festejar. No sabés las ganas que tengo de hacértelo ahora, aquí, sobre mi escritorio.

—En el lugar que quieras —contesté.

No bien corté con Lanz me comuniqué con la Petrillo. Estaba en su sesión con Nachito y Sara ya le había dado la gran noticia. Intercambiamos algunos pareceres y decidimos pasar a la siguiente etapa visto el avance del paciente.

El resto de la mañana transcurrió en un suspiro. Almorcé con Carlitos en el bar de la fundación

y le referí la experiencia nefasta de la noche anterior en el teatro. Apareció Ema y se sentó con nosotros para compartir un café. Traté de restarle importancia a la pelea con Vivian y, en cambio, ensalzarla por su actuación.

—Deberías haberla visto, Carlitos —la lisonjeé—. Era la reina del escenario. Destacaba por sobre los demás.

—Te estás contagiando del espíritu exagerado de papá —me reprochó—. Anoche lo hubiese matado cuando armó semejante escándalo de aplausos y silbidos.

—Estaba muy orgulloso de vos, Ema. No apartó la mirada del escenario ni un instante.

—Ah, bueno —concedió la joven Lanz Reuter—, si teniéndote a vos al lado no dejó de mirarme a mí, eso quiere decir que realmente le gustó la obra.

Carlitos lanzó una carcajada y yo bajé la vista para ocultar el rubor; era de locos ruborizarme a los cuarenta y seis años, pero así estaban las cosas, patas arriba.

—Deberías verlo, Carlitos —agregó Ema—. Papá parece un adolescente desde que se enamoró de Cósima.

—Tu viejo, querida Ema, se enamoró de Cósima cuando era un adolescente.

—Lo sé admitió la chica—, él mismo nos lo confesó a Justa y a mí.

Tenía sólo trece años. Y ayer, cuando volvimos del teatro, mamá nos dijo que por fin develó un misterio: por qué papá insistía tanto en ponerle Cósima a Justa.

—¡No te lo puedo creer! —exclamó Carlitos—. Uy, esto es mucho más grave de lo que imaginaba.

Tras ese almuerzo placentero, la noticia me golpeó alrededor de las tres de la tarde. Fueron varias las fuentes, la primera Marita, porque una amiga la llamó al reconocer el nombre de su jefa. Después apareció Ema a la que le habían avisado unos compañeros del elenco de Las tres hermanas. Le siguieron Justa, mi madrina, mi madre, no faltó Eladia y tampoco Naty. Todo el mundo se comunicó para decirme que Lan, Vivian y yo éramos los protagonistas de los tres programas de chimentos importantes de la televisión argentina. La profecía de mi secretaria, que la escena en el Ricardo Rojas se viralizaría, se había quedado corta.

Me mareé, pero supe que no se debía al golpe de la noche anterior sino a un repentino y brusco descenso de la presión. Sólo teníamos cable en el televisor de la cafetería de uso exclusivo de los empleados. Contábamos con otros aparatos, pero los usábamos con fines didácticos. Marita me indicó que podía ver los programas por Internet, pero me acobardé.

Fingí que no me importaba y le indiqué que hiciese pasar al próximo paciente, tras tomarme unos minutos para estabilizarme, porque lo cierto era que estaba convulsionada y tenía miedo. ¿Qué consecuencias acarrearía este desastre? ¿Cómo afectaría al juicio de divorcio y a nuestras vidas? Me aterraba que Montse viese las escenas. Las vería, resultaba improbable que no lo hiciese en una sociedad sobreinformada y sobrecomunicada como la nuestra.

Marita entró en mi consultorio dos horas más tarde con el semblante alterado.

—Me avisan de la guardia que el ingreso está lleno de periodistas.

—¿Qué ingreso? —pregunté como idiota en un gran acto de negación.

—El ingreso a la fundación —me explicó mi asistente con paciencia—. Están aquí fuera —aclaró para mayor seguridad—. Piden entrevistarte.

Los padres de nuestros pacientes serían testigos de la romería, y mi reputación y la de mi instituto quedarían en entredicho. El rostro se me puso frío y percibí cómo los labios se me resquebrajaban. Marita salió sin decir palabra y regresó con un vaso de agua.

—Diluí unas gotas de Efortil. Tómallo, Cosi. Debes de tener cero de presión. Estás blanca

como la pared.

Sonó el celular mientras sorbía los últimos tragos. Era Lanz.

—Hola —dije.

—Hola, amor. ¿Cómo has estado? ¿Algún mareo o náusea?

—Estoy bien —aseguré con voz lúgubre—. Quédate tranquilo.

—Ya te enteraste, ¿no?

—Sí. Nos acaban de avisar desde la guardia que los periodistas están en el ingreso a la fundación

—Lo imaginé. Aquí están en la vereda del edificio. Y también en la puerta de casa.

—¿Como supieron quien era yo? —me cuestioné—. Vos y Vivian

Son figuras públicas, pero ¿cómo supieron quién era yo?

—Creo que Vivian les está pasando información. Publicaron fotos nuestras que jamás compartimos con la prensa.

—¿Me habrá atacado a propósito ayer en el teatro para generar este escándalo en los medios?

—Es muy probable. No hablé con ella todavía.

Inspiré profundo y cerré los ojos. Imaginarlo con su ex, aunque fuese discutiendo, me causaba inquietud.

—Amor, tené cuidado —lo exhorté—. Ayer estaba fuera de sí. Su reacción... Volar sobre la mesa y aterrizar sobre mí... No es normal. —Tengo miedo, Ignacio.

—Vos estás con Leopoldo —manifestó— y eso me deja tranquilo.

Es experto en estas situaciones. Ya hablé con él y lo puse al tanto.

—¿Y quién te protegerá de ella cuando estén solos?

La mente me jugaba malas pasadas y se me ocurrían toda clase de desgracias, en algunas Lanz terminaba herido o muerto, en otras, preso por haber herido o asesinado a su mujer tratando de defenderse de su ataque o bajo los efectos de una emoción violenta.

—No te preocupes por eso —intentó tranquilizarme, en vano—. Sé cómo manejarla. Sólo me importa que vos estés tranquila. Estoy intentando contener la situación.

—Es que me preocupo por vos, Ignacio. Y por Montse y Nachito.

No quiero que Montse vea esas imágenes donde su madre está tan descontrolada.

—Lo sé. Vamos a estar bien. —Cayó en un silencio ominoso—. Amor, no vamos a poder vernos por un tiempo —expresó y, aunque la decisión resultaba lógica vistas las circunstancias, me golpeó en el centro del pecho y me dejó sin aire; sonaba a despedida y temí padecer de nuevo el suplicio sufrido tras haberle dirigido palabras similares dos semanas atrás.

—Está bien —repliqué en voz baja y tirante.

—No, Cósima —se alteró—, no está bien. Pero hasta que esas hienas se distraigan con el próximo escándalo vamos a tenerlos encima. Y no quiero que ni vos ni tu fundación se vean perjudicadas a causa de la loca de mi ex.

Me asustó lo medular que se había vuelto ese hombre en tan poco tiempo. Yo siempre había sido una mujer sensata prudente— ¿Qué estaba sucediéndome? ¿Cómo había acabado involucrada en un escándalo mediático?

“La destructora de hogares” me apodaban en uno de los programas televisivos, según me había contado Eladia. ¿Lo era? ¿Había destruido el hogar de Lanz y Vivian?

Ignacio

Mi viejo entró en mi oficina y se apoltronó en un sillón. Romina le sirvió café y nos dejó solos. Sorbió el primer trago alzandola vista por sobre el borde de la taza y observándome con interés. No sentía afecto por mi padre, pero sí un gran respeto. Me había enseñado a manejar la empresa y había dado cabida a mis propuestas, las cuales terminaron por posicionarnos entre las compañías más importantes del país. Sobre todo me había salvado de la cocaína.

—¿Que esta pasando, Nacho? ¿Tengo que preocuparme?

Alcé una ceja y me eché hacia atrás en el sillón en una pose relajada.

—¿Preocuparte por mí o por la constructora?

Por los dos, ¿Es cierto lo que dice tu madre, que estas por dejar a Vivian para meterte con la licenciada Facchinetti?

Me sorprendí, no había olvidado el nombre de Cósima.

—Viejo, agradezco tu interés, pero en mi vida privada nadie tiene injerencia, ni mama, ni vos, ni nadie. Y quédate tranquilo porque las cuestiones personales no afectarán de modo alguno a la empresa.

—¿Pero es cierto? —quiso saber y me asombró el interés genuino que comunicaban su voz y su expresión—. Que dejas a Vivian por Facchinetti.

Torcí la boca en una mueca que comunicaba incertidumbre

—Si y no —respondí—. Hace tiempo que Vivian y yo andamos mal. Desde antes del nacimiento de Nachito.

—Entonces, viste a la licenciada y mandaste todo a paseo —sugirió con una complicidad que jamás había empleado. Asentí, estupefacto— Te comprendo. ¡Que mujer! Me causó una excelente impresión. Justina —así llamaba a su nieta mayor— estuvo contándome que es una eminencia en su ámbito, la mejor de la Argentina, tal vez de América. Una mujer a tu altura, hijo. Con seso. Muy atractiva, debo agregar.

Romina me llamó por el intercomunicador y abandoné el sofá, todavía asombrado de los comentarios de mi progenitor.

—Su madre está aquí, ingeniero. Pide verlo.

Lancé un vistazo a mi viejo, que se puso de pié con bastante garbo, pese a su edad. Me hizo una señal con la mano para indicarme que seguiríamos la conversación más tarde y se evadió fuera de la oficina utilizando el dormitorio de al lado; no quería cruzarse con la ex.

Mi madre entró con el aire de reina que siempre me había resultado familiar y que ahora me chocaba.

Su perfume invadió la oficina y me puso de mal humor. Sabía a qué venía. Tampoco sentía afecto por ella, pero a diferencia de mi padre, que me había enseñado el oficio, a ella le debía que me hubiese traumatizado, al punto de convertirme en un adolescente cruel, tal vez un sociópata. A decir verdad, la despreciaba.

—Mamá —dije y me incliné para besarla en la mejilla. Le señalé el sillón que había ocupado su ex dos minutos antes—. ¿Querés tomar algo?

—No, gracias.

—Si venís a interceder por Vivian...

Alzó la mano en ese gesto suyo tan despectivo y autoritario y me callé como cuando tenía diez

años.

—Vivian está hecha trizas, Nacho. Asegura que la dejás por la mujer esa, pero sobre todo porque la culpás por el autismo de Nachito.

Reí con sarcasmo y sacudí la cabeza.

—No la culpo y ella lo sabe.

—A mí me lo repitió varias veces ayer. Dice que pensás que Nachito es autista a causa de la depresión posparto que sufrió después del nacimiento.

—Si Vivian hubiese llegado en horario a nuestra primera cita con Cósima y no con una hora de retraso porque estaba con su personal trainer, sabría que el autismo de Nachito no se debe a la depresión posparto.

A la mención de Cósima la expresión de mi madre se endureció. —¿Cómo es posible que dejes a una chica como Vivian por esa... mujer? Se parece a... a la loca de Isabel Sari —barbotó como si las palabras fuesen clavos y yo pasé de la ira y la impaciencia a las ganas de reír a carcajadas.

Siempre me había confundido el odio que mi madre profesaba por la famosa actriz erótica, y no fue sino hasta años más tarde, cuando ya era un tipo casado y con dos hijas, que descubrí el porqué cuando mi viejo me confeso que le encantaba la Coca Sarli, como él la llamaba, y .. tenía la colección completa de sus films. En esa instancia comprendí dos cosas: la infatuación de mi padre por la licenciada Facchinetti y el desprecio de mi madre. Ahora que mi madre lo señalaba, era cierto, Cósi tenía un aire a la famosa actriz de los sesenta, quizás con rasgos más suaves y delicados, pero compartían el pelo negro y abundante, ojos grandes, oscuros y sugerentes, la boca generosa y en especial el cuerpo voluptuoso.

—Sos igual que tu padre, te gustan las negras.

Me puse de pie, contrariado, y me aleje hacia el ventanal en un acto significativo.

—Mamá, podrás decir cualquier cosa de la mujer a la que amo excepto que es negra. Ni siquiera es blanca. Es transparente. Y si fuese de piel oscura, ¿que? —la increpé.

—Cuando digo negra me refiero a la falta de clase —contestó haciendo caso omiso de mi pregunta—. ¿Tan ciego estás que no notaste el vestido vulgar que llevaba anoche? ¡Tan ajustado! ¿Cómo se le ocurre ponerse algo así con una figura como la de ella, entrada en carnes?

Me la quedé mirando. Le habría reclamado y dicho unas cuantas cosas. Desistí. No tenía sentido. Hablarle de la bondad de Cósima, de la dulzura, del esmero con que atendía a sus pacientes y a los padres ansiosos y asustados, habría sido igual que hablarle en turco: no habría entendido ni jota. Contarle lo feliz y orgulloso que me sentía de que me amase y que no veía la hora de mostrarla al mundo como mi compañera, habría significado perder el tiempo porque jamás le había importado mi felicidad. Habría seguido obsesionada con la estupidez del vestido ajustado.

—Mamá, tengo una reunión en...

Se puso de pie y caminó hacia mí como si modelase en una pasarela. Detestaba el modo estudiado con que se movía, me sacaban de las casillas sus poses y gestos deliberados, los que empleaba aun cuando sólo estaba conmigo, su hijo.

—Nacho, te pido que recapacites. No podes tirar por la borda un segundo matrimonio con una buena mujer...

—¿Una buena mujer? —la interrumpí—. ¿Sabes cuál es el problema entre vos y yo, mamá? Que manejamos conceptos tan distintos que no son distintos, ¡son opuestos! —Me llevé las manos a la frente y apreté los dedos hasta hacerme doler el cráneo —Mamá —dije—, si alguna

vez sentiste por mí y por Nora algo similar a lo que una madre debe sentir por un hijo.

—¿Cómo te atreves... I

—¿Si alguna vez me quisiste —la frené en seco— no te pongas en mí contra! ¡Quiero ser feliz una puta vez en la vida —exclamé, y mi madre de horrorizó porque nunca insultaba frente a ella.

—¿Y crees que esa mujer puede hacerte feliz? —preguntó con un desprecio que me dio la pauta de que seguía sin entender nada.

—Sí, mamá. Y ahora te pido que elijas: Vivian o yo. Si elegís a Vivian, olvídate de mí. —Me encogí de hombros y la miré con tristeza—. Aunque creo que para ninguno será un problema vivir sin la presencia del otro, ¿eh, vieja?

Se le tensaron las facciones y se le llenaron los ojos de lágrimas. Dio media vuelta y abandonó mi oficina.

El primer indicio de que la mierda estaba por golpear se presentó poco después de que mi madre se fuese, cuando Romina me informó que un periodista de América quería entrevistarme para comentar sobre los hechos de la noche anterior.

—Decile que no haré ninguna declaración —ordené a mi secretaria y llamé a un amigo que trabajaba en la plana mayor del canal.

Me respondió un rato después con la confirmación que tanto temía: el programa de chimentos de las tres de la tarde estaba prácticamente basado en la escena ocurrida en el Ricardo Rojas. No sólo contaban con varios videos amateurs, sino que un periodista que estaba allí para cubrir el estreno de Las tres hermanas había filmado todo; era uno de los invitados al programa.

—Y sé que los del Nueve y los de Telefé están con el mismo tema —me aclaró mi amigo de América.

Llamé al abogado para advertirlo de la situación y para preguntarle si existía la posibilidad de frenar el escándalo televisivo, a lo cual respondió que no.

—¿Cómo afectará esto al juicio de divorcio?

—Sin duda —habló Merlino— no es una situación favorable, ingeniero, sobre todo si en la filmación se lo ve abandonar el teatro cargando en brazos a la mujer agredida por su esposa.

—¿Cómo sabe usted eso? —me alarmé.

—Estoy viéndolo en YouTube —contestó—. Ya hay tres videos cargados, muy caseros —señaló—, pero su rostro y el de su esposa se ven con bastante claridad. Y el de la psicóloga de su hijo también. Le mando los links. Tienen muchas visualizaciones.

—Creo que mi ex está consumiendo cocaína o algún otro tipo de estupefaciente. El comportamiento de ayer y otros indicios me hacen pensar en esta posibilidad. ¿Cómo podemos hacer para probarlo?

—Solicitaré al juez la realización de un análisis para verificar el consumo.

—Hágalo —ordené—. Solicite esa pericia. Estoy seguro de que no está limpia.

Corlé con Merlino y esperé que me llegase su mail con los tres vínculos. Vi los videos, muy malos, movidos, y dos de ellos con algunas partes pixeladas, pero igualmente eficaces en su objetivo. Convoqué a Romina y al jefe de la Unidad de Informática. Les pedí discreción antes de mostrarles las imágenes.

—Necesito que se pongan ahora mismo a rastrear en la Red todo cuanto encuentren relacionado con esto y lo borren.

—No es tan fácil, ingeniero —repuso el jefe de IT—. Podemos denunciarlo, pero dependerá del juicio de la plataforma (YouTube, Face— book, etcétera) para que finalmente sea borrado o no.

Tenía ganas de ponerme a gritar y dar puñetazos. Pensaba en Cósima, en cuánto la afectaría verse involucrada en un escándalo de esa magnitud, ella, una psicóloga de niños que conducía una vida recatada, normal. Aunque habíamos hablado de los tiempos turbulentos que nos tocaría afrontar, y pese a que me había prometido que jamás me dejaría, el miedo a perderla se me instaló en la boca del estómago.

—Hagan las denuncias, entonces —dije de mal modo—, pero hagan algo. Romina, traeme un antiácido.

—Enseguida, ingeniero.

Tenía un almuerzo con Arturo Cimmi y unos inversores finlandeses interesados en construir un hotel en la Patagonia. Íbamos en mi auto al restaurante en la calle Posadas cuando me acordé de lo que Daniela Dieter me había comentado durante el cóctel en la embajada chilena.

—Te vieron salir de la oficina de Riera hace unos días —dije con acento neutro.

Arturo, que contemplaba por la ventanilla, se volvió hacia mí con rapidez y, lo que me pareció, con una expresión culpable.

—¿Quién te lo dijo?

—Eso no importa. ¿Qué hacías con Riera?

—Se trató del enésimo intento para convencerme de que trabajase para él.

—¿Era necesario ir hasta su oficina? —lo interrogué y no disimulé la suspicacia.

—Fuimos a almorzar a Cabaña Las Lilas y luego me invitó a su oficina a tomar un coñac Courvoisier que, según él, era de una cosecha extraordinaria. —Me quedé mirándolo con una fijeza deliberada y elocuente—. OK, OK —claudicó—. Acepté almorzar con él porque lo vamos a necesitar si queremos ganar la licitación de la gobernación santafesina.

Siguió explicándome con un timbre nervioso por qué necesitaríamos a nuestro mayor competidor para cerrar el trato con la provincia de Santa Fe. No me convencía. Se me ocurrió que tal vez Arturo y Riera fuesen amantes. Arturo se había divorciado años atrás y no se le conocía ningún asunto de polleras desde entonces. Su vida era la constructora y en más de una ocasión se me había ocurrido que quizás pateaba para el otro lado.

—No vuelvas a encontrarte con él o con ninguno de la competencia sin avisarme previamente, ¿he sido claro?

Un destello de rencor le surcó la mirada antes de asentir y reír entre dientes y con condescendencia.

—Clarísimo.

Al volver del almuerzo con los holandeses avisté un tumulto de gente, cámaras y camionetas con antenas satelitales en el ingreso principal del edificio. Entramos por la puerta del estacionamiento sin levantar sospechas. Apenas bajé del ascensor en el piso treinta y seis Romina abandonó su escritorio y caminó hacia mí con expresión severa.

—Llamaron de la recepción, ingeniero. Hay al menos diez periodistas pidiendo hablar con usted.

—Que cierren las puertas con llave y que sólo se permita el ingreso al personal acreditado. Ni una palabra a los periodistas.

—El teléfono no deja de sonar. Piden una declaración.

—No atiendas el teléfono. ¿Cómo van con lo de los videos? —exigí saber, y Romina me comentó las acciones llevadas a cabo hasta el momento.

—No sólo detectamos videos en YouTube sino en Vimco y en Dailymotion. También en algunos perfiles de Facebook, evidentemente de las personas que estaban en el teatro y filmaron

la escena.

—¿Los denunciaron?

—Sí, ingeniero, pero como le comentó el jefe de IT, ahora hay que esperar el veredicto de las plataformas. Ya estoy grabando los programas televisivos por si quiere verlos.

Tenía tantas ganas de sentarme a ver esos programas como de recibir una patada en los huevos. Le entregué el sobretodo y me evadí al dormitorio contiguo. Me senté en el borde de la cama frente al televisor. Aunque me había preparado para recibir la mierda, me golpeó más de lo esperado, no tanto por el hecho de que adornasen la noticia con fotografías que jamás habíamos compartido con la prensa, sino porque me enteré de que los periodistas también hacían guardia en el ingreso de la fundación. Que apodasen a Cósima “la destructora de hogares” me resultó intolerable. Enmudecí la pantalla y la llamé. Me desarmó al expresar que la preocupaba que Montse viese el video. “Los demás están siempre primero”, medité, un poco avergonzado porque no me había acordado de mi hija siquiera una vez. Tras una pausa pronuncié las palabras más difíciles que me ha tocado decir:

—Amor mío, no vamos a poder vernos por un tiempo.

—Está bien —susurró, y me enojó su sumisión.

No debí desquitarme con ella, pero la situación me generaba

Una impotencia que me frustraba y me ahogaba de ira. ¿Cuánto tendré que mantenerme lejos de ella? El tiempo que fuese se presentaba como condena. Nos despedimos con amargura y le hice jurar que se cuidaría y que contestaría cada una de mis llamadas y mensajes.

—Quiero que tengamos videoconferencias todos los días, aunque sea unos minutos —le exigí —. Voy a necesitar verte —agregué, y ella me juró que así lo haría con una voz tan triste que me causó ganas de llorar.

Rebusqué en mi tarjetero y extraje la credencial de Victorio Emanuel Facchinetti. Lo llamé al celular y me atendió enseguida.

—Ya lo sé todo —expresó tras el corto y seco saludo.

Están asediando la entrada a la fundación —informé.

La fundación y su edificio —me corrigió—. Acabo de pasar por ahí a propósito.

Dejé caer los párpados, sobrecogido por una sensación de inusual derrota.

—¿Se puede hacer algo para impedirles que se ubiquen ahí?

—Estoy en eso —manifestó Facchinetti y su acento seguro me brindó tranquilidad—. No es fácil con los periodistas, porque siempre enarbolan lo de la libertad de prensa, pero creo que podré sacarlos del ingreso de la fundación, en vistas de la naturaleza del lugar, del cual entran y salen niños con problemas de salud mental. Aunque sea tratar de alejarlos unos metros para que no dificulten el tránsito. De la puerta de su edificio —dijo y chasqueó la lengua—, eso lo veo muy difícil —admitió.

Acto seguido llamé a Leopoldo y le previne que las hienas acechaban en el ingreso del edificio.

—Lo imaginé, señor —replicó—. Acabo de constatar que la señora Cósima figura en las Páginas Blancas en Internet. Sólo basta escribir su nombre y ahí aparece todo.

—Pedí autorización y procedí a solicitar la cancelación de sus datos de las Páginas Blancas. Si Cósima se opone, me llamas.

—Sí, señor.

Acabé la comunicación con Leopoldo y le ordené a Romina que convocase al gerente de la Unidad de Informática. Entró en mi despacho pocos minutos más tarde y, como creyó que lo

llamaba por lo de los videos viralizados, alcé la mano para hacerlo callar.

—No te convoqué por eso —le expliqué—. Es un asunto reservado que quiero que trates personalmente y sin participar a nadie.

—Como usted diga, ingeniero.

—En este instante vas a dar de baja el usuario y todas las claves de usuario al sistema de la contadora Érica Arrieta. Trabaja en el Departamento Impositivo. Avísame apenas termines.

Quince minutos más tarde el jefe de IT me llamó para confirmar que Érica Arrieta ya no existía en el espacio cibernético de mi constructora. La noticia no me causó alivio sino bronca, pues me reprochaba haber pasado por alto ese detalle clave. Desde la amenaza de Vivian hasta la fecha había transcurrido el tiempo suficiente para que la Arrieta le entregara información sensible. Temía que la medida que estaba tomando llegase tarde.

Convoqué al gerente de Administración y Finanzas. Juan Carlos Tría, un contador de cincuenta y ocho años, que hacía casi veinte trabajaba para la constructora, se presentó enseguida y con aire preocupado.

—Gracias por venir, contador Tria.

—¿Algún problema, ingeniero?

—Hábleme de Erica Arrieta.

—Ah. Erica, sí —se mostró desorientado—. Buena empleada. Trabaja en el Departamento Impositivo. Se ha convertido en la mano derecha de Pascual Alarcón —se refería al jefe del departamento.

Lamentablemente, tendremos que prescindir de ella. Hoy mismo.

—¿Cómo? Pero...

—Hoy mismo —reiteré con firmeza—. Mi secretaria llamará al responsable de Recursos Humanos para que proceda a la desvinculación. Un guardia de seguridad se ocupará de escoltarla fuera. No quiero que consiga papeles, ni USB, ni nada relacionado con el giro de la empresa— ¿He sido claro?

—Pero, ingeniero —balbuceó—, Erica es una gran empleada. Muy fiel.

—Lo siento, Tria, pero así están las cosas. La quiero fuera ahora. Ahora —insistí, y al ponerme de pie lo obligué a imitarme—. Le pido que colabore con el guardia de seguridad. La incolumidad de la información de la empresa debe ser la prioridad en este momento.

Romina supervisó la expulsión de la Arrieta y luego me contó que se fue llorando. Quizás estaba echando a una buena empleada, pero había demasiado en riesgo para mantenerla dentro del plantel. Como a todos los empleados, al momento de contratarla, le habíamos hecho firmar acuerdo de confidencialidad. Igualmente no me quedaba tranquilo.

Llegué a eso de las nueve de la noche a mi casa. Había varios periodistas en la vereda. Uno de los guardias abandonó la garita y abrió un corro para que entrásemos con el Mercedes. Tuvo que cruzar el cuerpo delante del portón que se cerraba automáticamente para impedir que invadiesen la propiedad. Apenas ingresé por la cocina, Vivian se apareció con la expresión alterada y frente a Elba y las empleadas me gritó:

—¿Cómo fuiste capaz de echar a Érica!

Murmuré un saludo a las empleadas y pasé junto a mi ex, que intentó retenerme por el brazo. Lo sacudí con un golpe seco y violento y le clavé la mirada antes de continuar hacia mi dormitorio.

Vivian venía tras de mí; me gritaba y me reclamaba, y yo pensaba en Montse y en Nachito, que estarían oyéndolo todo. Me asestó un golpe en la espalda. Me volví súbitamente y le alcé el

índice cerca de la nariz en una clara advertencia.

—No vuelvas a tocarme —dije en voz baja y tensa

—¿Por que echaste a Érica?

Entré en mi dormitorio y ella cerró la puerta después de seguirme adentro.

¿Por que echaste a Érica, hijo de puta? Me llamó llorando que la hiciste escuchar por un guardia como si fuese...

—¡Basta! No voy a darte explicaciones. Vos sabes por qué la eché.

—Para vengarte por lo que le hice a la puta de tu amante.

—Sos la responsable de que la Arrieta no tenga trabajo. Vos y sólo vos con tus amenazas. Hacete cargo por una vez en tu vida de las consecuencias de tus actos. No puedes amenazar con mandarme a la cárcel y pretender que yo no despida a tu íntima amiga, la cual está metida en el corazón de mi empresa, con acceso al sistema de información y a gran parte de los datos sensibles de la administración. Ahora te pido que te tires de mi dormitorio. No quiero verte la cara en lo que me resta de vida.

—Quiero que reintegres a Érica el lunes. ¡El mismo lunes, Nacho! Solté una carcajada mientras extraía el celular del bolsillo del saco y lo lanzaba sobre la cama, lo que me hizo acordar del Samsung que había hallado en el cajón del vestidor, debajo de la ropa. Pensé en preguntarle y desistí; no quería alertarla de que estaba al tanto de su secreto

—¿Te gustó el escándalo mediático que armé? —inquirió con su cinismo insoportable—. Porque quiero que sepas que lo hice a propósito. Ayer la atacé a propósito en el teatro. Sabía lo que hacía. Y lo hice para destruirla. Esta es sólo una muestra, Nacho, un anticipo. Sí no retirás la demanda de divorcio voy a seguir alimentando el escándalo hasta que las acciones de tu empresa valgan nada.

—¿No te das cuenta del daño que les haces a nuestros hijos exponiéndonos de este modo? ¿No tenes corazón de madre?

—¡Corazón de madre!, Habló el padre ejemplar. ¡A vos los chicos siempre te importaron una mierda!

Como Vivian no se iba y seguía insultándome e insultando a Cósima, la aferré por el brazo y la saqué fuera. Cerré con llave.

Asestó golpes y puntapiés a la puerta. Inspiré profundo e intenté cambiarme haciendo oídos sordos. Salí unos minutos más tarde y la acorralé contra la pared del pasillo.

—Estabas colocada anoche, ¿no? Con cocaína.

—No sé de qué estás hablando —replicó a la defensiva y con actitud culpable.

—Sí —afirmé con una sonrisa sarcástica—. Estabas colocada y lo estás ahora.

-Tenes las pupilas tan dilatadas que tus otos parecen negros. Puedo cargarte en el auto y llevarte al Fernández para que te hagan un análisis. Eso o que me dejes en paz. Quiero estar un rato con mis hijos y te quiero lejos de ellos y de mí.

Me lanzó un vistazo furibundo antes de evadirse por el largo corredor y desaparecer de mi vista. Oí el portazo que daba al encerrarse en el dormitorio. Primero fui a ver a Nachito. Ya estaba acostado y casi dormido —Por fortuna nuestros gritos no lo habían alterado. Sara le leía un cuento. Pepe abandonó su sitio a los pies de la cama y vino a saludarme,

Besé a mi hijo en aa frente y salí detrás de la niñera, a quien interrogué en el pasillo acerca de la jornada.

—¿Hablaste con la señora Vivian?

—No. señor.

—Muy bien. Anda a descansar.

Llamé a la puerta del dormitorio de Montse. La oía parlotear; de seguro hablaba por teléfono con Luna o Brisa.

—¿Quién es? —preguntó de mal modo.

—Tu padre.

Debió cortar enseguida porque segundos después abrió la puerta y se echó en mis brazos. Apoyó los pies descalzos sobre los míos y caminé con ella hasta la cama. Lo hacíamos cuando era chiquita; habíamos abandonado la costumbre tiempo atrás, no sé por qué, tal vez cuando empecé a desconectar con ella tras el nacimiento de Nachito. ¡Qué imbécil había sido! ¡Qué padre de mierda! No tenía autoridad moral para reclamar nada a los míos cuando yo no me había comportado mucho mejor.

Montse se metió en la cama y yo la arrojé con las colchas antes de irme a su lado por fuera. Nos miramos.

—Viste el video, ¿no?

—Sí, pa. Todo el mundo lo vio en el cole.

—Cuánto lo siento, hija —susurré y le acaricié el cachete.

—Y cuando llegué hoy del cole estaba lleno de periodistas, Golpeaban las ventanillas y me preguntaban: “Montse, ¿tu papá y tu mamá se van a divorciar?”. Sabían mi nombre, pa.

Apreté las mandíbulas para contener los insultos. Malditas hienas despiadadas.

—Jamás contestes a sus preguntas. Jamás. ¿Me has entendido?

—Sí, pa.

—El escándalo por lo del video va a pasar pronto y todo volverá a la normalidad.

—A Cósima le salía sangre en el video. —Asentí sobre la almohada—, ¿está bien?

—Sí, quédate tranquila. La lleve al hospital y está bien.

—¿Mamá va a ir presa por haberle pegado?

—No, porque Cósima no hizo la denuncia.

—¿Mamá y vos se van a separar?

—Sí, amor, nos vamos a separar.

—¿Porque vos la quieres más a Cósima?

—No, Montse. Tu mamá y yo hace tiempo que no estamos bien. No somos felices en la compañía del otro. Y eso no es bueno para nadie, ni para ella, ni para mí, pero sobre todo no es bueno para Nachito ni para vos. Ustedes necesitan paz y nosotros no se la damos. Es mejor que nos separemos.

—Mamá dice que es por culpa de Cósima. Bah, ella la llama Górdima. Y otras cosas —añadió, y me pregunté que barbaridades le habría dicho Vivian a nuestra hija de diez años estando colocada y completamente fuera de control.

—No es por culpa de Cósima, Montse. Quiero que esto quede bien claro. Tu mamá todavía no acepta que nuestro matrimonio no funciona. Pero algún día se dará cuenta de que estamos mejor separados. Ella también merece paz y ser feliz. Yo quiero que mamá sea feliz.

—Y cuando mamá y vos se separen, ¿no te vamos a ver más?

—¿Qué? ¿Te querés librar de mí? —bromeé.

—No, pa, no me quiero librar de vos. Lo que no quiero es que me pase como a Brisa.

—¿Qué le pasa a Brisa?

—Su papá y su mamá se separaron y Brisa casi nunca ve a su papá.

Él vive aquí, en Buenos Aires. Brisa lo llama, pero su papá siempre está ocupado con su

familia nueva y nunca quiere verla.

—El papá de Brisa es un mal tipo. Espero que Brisa se olvide pronto de él y haga su vida. Los padres no son tan importantes como creemos —ironicé, pero Montse persistió en su expresión seria. Entonces, ¿vos no vas a dejar de vernos a Nachito y a mí? —¿Acaso dejé de ver a tus hermanas Justa y Ema?

—No. Pero ahora está Cósima. Vos la querés mucho, yo lo sé.

—La quiero, sí, pero mis hijos son lo más importante en mi vida. Además, ¿crees que Cósima me permitiría no verlos a vos y a Nachito? Hoy, cuando hablamos por el tema de los videos, no estaba preocupada por ella ni por su reputación ni por la de su instituto. ¿Sabes por quién estaba preocupada? —Negó con la cabeza sobre la almohada—. Por vos. —¿En serio, pa?

—Sí, en serio. Ella sabía que esas imágenes te harían sufrir, por eso no quería que las vieses. ¿Alguien se burló en el colegio a causa de eso?

—No. Desde que le pegué a Federico nadie nos molesta, ni a Luna ni a mí.

—Sos una genia, ¿lo sabías?

—No soy una genia, papu.

—Para mí sí.

—¿Cósima y vos se van a casar, pa?

—No sé, amor —le mentí—. Todavía tengo que arreglar mis asuntos con tu madre. Montse, van a venir tiempos complicados. Quiero que trates de estar lo más tranquila posible, que te dediques a la escuela y a tus amigas y que confíes en mí. Todo saldrá bien.

—¿Dónde vamos a vivir? ¿Con vos o con mamá?

—A mí me gustaría que viviesen conmigo, pero ese tipo de cosas las define el juez que está a cargo del divorcio.

—¿Por qué el juez? —se asombró—. ¿No tendríamos que decidir los hijos esas cosas? —inquirió con un gran sentido de la lógica.

—Sí, amor, deberían, pero las leyes las escriben los adultos, y es sabido que los adultos somos muy tontos.

—Vos no, pa —dijo y se abrazó a mi cuello.

El matrimonio con Vivian, que estaba convirtiéndose en una pesadilla, me había dado a dos seres extraordinarios, mis hijos, mis maestros, y sólo por eso estaba agradecido con la mujer que los había parido. Trataría de no olvidarlo la próxima vez que la enfrentase.

—Te amo, hijita. Y te admiro.

—¿Por qué me admirás, pa?

—Porque a pesar de saber que mamá y yo nos vamos a separar estás muy serena. Sos muy madura. Yo, cuando supe que los abuelos se estaban por divorciar, me escapé de mi casa, muerto de miedo y de dolor y me fui a la de Cósima para refugiarme en ella.

—¿En serio?

Sí, en serio, estaba muy enamorado de Cósima y estar con ella me hacía feliz.

—¿Cuántos años tenías?

—Trece.

¿Desde los trece estás enamorado de ella?

Asentí. Montse abrió grandes los ojos y soltó un “guau” que me hizo carcajear por lo bajo.

—¿Por qué no te casaste con ella?

—Por lo que hablamos el otro día, porque Cósima no cumplía los cánones de belleza de la abuela. Y yo era muy chico y más tonto de lo que soy ahora, así que imagínate...

—Cósima es re linda, pa.

—Cósima es muy linda, sí, pero lo más hermoso que tiene es el corazón. Es la persona más buena y dulce que conozco después de vos, —Montse rió con timidez y el sonido de su risa me pareció una melodía exquisita—. Quiero que rías siempre, hijita. Voy a hacer lo imposible para que este período desagradable pase rápido. Quiero que vuelvas a reír y a estar contenta todo el tiempo.

—¿Mamá también es buena y dulce, pa?

Aunque Vivian era una madre de mierda, Montse la quería, como me quería a mí pese a que, antes de Cósima, había sido indiferente con ella.

—Claro que lo es —mentí—. Ahora está un poco nerviosa por esto de la separación, pero tu madre es muy buena. Si no, ¿cómo habría hecho para crear a dos personas tan espectaculares como Nachito y vos?

Volvió a reír y a abrazarme. Para que se durmiera le leí un cuento de su personaje favorito, Gerónimo Stilton, y seguí leyéndole un poco más aunque ya estuviese dormida para asegurarme. Volví a arroparla y la besé en la frente. Salí de la habitación de mi hija y me fui a la cocina, donde Elba, que leía una revista mientras tomaba una infusión para dormirse ofreció a calentarme la cena y a llevármela al gimnasio. Me encerré en ese recinto aislado y, mientras esperaba a que llegase la comida, me senté en el banco de abdominales y encendí la televisión. Haciendo zapping, me topé con una foto mía, una de las que me habían sacado para la entrevista de Brando, y otra de Vivian de su época de modelo. Eran las diez y cuarto de la noche y aun los periodistas tenían ganas de seguir hablando de nuestra situación matrimonial. ¿Cuántos putos programas de chimentos había en los canales argentinos? Este no agregaba nada, repetía lo que ya habían mostrado las emisiones vespertinas, a excepción de unas fotos de Cósima que pertenecían a la página de la Fundación Indiana y a otros sitios relacionados con el autismo; lo sabía porque las había visto mientras googleaba su nombre casi a diario cuando ella me aplicaba la ley del hielo y yo estaba desesperado por averiguar acerca de su vida.

Verla tan expuesta hizo nacer en mí una ira incontrolable. No me quedaría de brazos cruzados mientras observaba cómo esos hijos de puta enfangaban el nombre de mi mujer. La última foto era muy reciente, de la convención en el Intercontinental. Posaba cerca de la tarima junto con los organizadores, el imbécil de Marcelo Ibáñez a su lado con cara de feliz cumpleaños. Estaba lindísima. La ira se me convirtió en un deseo perturbador. Apreté la tecla del teléfono que me comunicaría con ella. Necesitaba oírla.

—¿Ignacio?

—Amor —dije y solté la respiración y cerré los ojos.

—¿Cómo estás?

—Aquí. Pensando en vos.

—¿Cómo están Montse y Nachito?

—Bien. No te preocupes por ellos.

—Yo estoy bien.

—¿Bien sin mí? —bromeé y le arranque una risita.

—Nunca estoy completamente bien si vos no estás.

—Pronto va a terminar este circo y podremos estar juntos para siempre.

—Lo sé. Papá me llamó para decirme que está encargándose de los periodistas que ocupan el ingreso a la fundación. Él asegura que el lunes volverán a estar allí, aunque yo no lo creo. ¿Cuánto puede durar esta ridiculez? ¿A quién puede interesarle?

—A vos no, amor, pero la mayoría de la gente es sádica y tortuosa y ama hurgar en la mierda ajena. Y sí, tu viejo tiene razón: estarán allí el lunes.

En fin —la oí suspirar—, habrá que armarse de paciencia. Papá me dijo que lo llamaste y le preguntaste si podía hacerse algo; con los periodistas, me refiero.

—Me siento tan culpable, Cósima.

—No, amor. Nada de culpas. Son destructivas. Yo estoy bien.

—Había periodistas en la puerca de tu edificio, ¿no?

—Sí, pero no quiero que te preocupes por eso. Entramos sin problemas por el garaje. Leopoldo conoce su trabajo y lo hace muy bien. Ale preguntó si podía tramitar la cancelación de mi nombre de las Páginas Blancas. Me explicó que vos se lo ordenaste. Le dije que sí, que lo hiciera. Se ocupó de todo. Parece que tiene un amigo en Telecom.

—Gracias, amor. Me pone mal que tu vida cambie a causa de esto...

—Ignacio, esto no es nada para mí. Perdí a mi esposo y a mi hijo el mismo día. ¿Creés que me amedrento fácilmente?

—No —dije y me apreté los ojos.— claro que no. Sos la mujer más valiente del mundo.

—Vos y tus exageraciones.

—Yo y mi amor desmesurado por vos.

—Te amo, amor mío.

—Gracias por decírmelo. Lo necesitaba esta noche. Daría lo que fuese por estar allí con vos. Dentro de vos.

—Estás dentro de mí. Siempre.

Llamaron a la puerta, era Elba; traía la cena.

—Te dejo para que comas tranquilo —anunció Cósima. Pero como yo no quería cortar, le pregunte:

—¿Qué vas a hacer el fin de semana? Digo, aparte de hablar conmigo algunas veces.

Volvió a reír.

Carlitos quiere que vaya a la quinta con ellos, pero yo tengo ganas de quedarme en casa. Con este revuelo que se armó me llamaron unas amigas, compañeras de la facultad, y quieren verme. No sé, quizás salga con ellas mañana, por la noche.

—Con Leopoldo a todos lados, amor —le recordé—. Lo llamás y donde sea que quieras ir, él va con vos. No podes salir sin custodia. Los periodistas pueden ponerse muy pesados, Cósima —le advertí.

—Entonces, mejor les digo que vengan a casa y cenamos aquí

Me quedé mis tranquilo con esa decisión, aunque enseguida me asaltó un pensamiento.

—¿Y Bernie?

—Bernie está bien —me respondió.

—Me refiero a cómo vas a hacer para sacarlo a hacer sus necesidades.

—Bernie sale a pasear, no a hacer sus necesidades. Esas las hace acá, tiene su espacio —aclaró—. No me gusta usar la ciudad como baño de mi perro.

—¿El pobre se quedará sin paseo, entonces? —pregunté.

—Tal vez le pida a Leopoldo que nos lleve en auto hasta los parques de Palermo —comentó y me puse nervioso.

—Me parece bien —dije igualmente—. No te apartes de Leopoldo, amor.

—Quédate tranquilo —me alentó—, no cometeré imprudencias.

Nos despedimos simulando normalidad. Ninguno mencionó que, tal vez, transcurriesen días

antes de que pudiéramos estar juntos de nuevo. Comí mientras veía los noticieros. Me interesaban los reportes de Bloomberg, temía que el escándalo afectara el valor de las acciones de la constructora. Son tan volátiles los mercados que cualquier estupidez afecta. Por fortuna la cotización seguía reflejando la buena salud de la constructora.

Hice un poco de fierros y elongación y, mientras escuchaba música y descargaba en los ejercicios físicos la frustración y la bronca, meditaba acerca de la serenidad con que Cósima había

Aceptado el despelote que nos había caído encima por culpa de Vivian.

Freddie Mercury empezó a cantar I Was Born to Love You y una intensa emoción me impulsó a acelerar las lagartijas. Caí rendido y giré hasta quedar de espaldas sobre el tatami, los ojos fijos en el cielo raso. Freddie seguía cantando que Había nacido para amarla. “Nadie escapa al destino”, me había asegurado una supuesta vidente y tarotista que animaba una fiesta cuando yo, recién divorciado de Laura, le pregunté si volvería a estar en pareja. Tras dar vuelta otras tres cartas afirmó: “Usted ya conoce a la mujer de su vida. Usted sabe quien es. Pasarán muchas antes de que esté listo para ella. Pero ella es la única”. La respuesta me desconcertó. Me había prestado al juego porque estaba medio borracho, porque Daniela Dieter había insistido. Yo era un cínico y no creía en nada a excepción del poder del dinero. Ahora con la música de Queen como telón de fondo me preguntaba si la vidente habría estado refiriéndose a Cósima, porque en ese momento estaba seguro de que habíamos nacido para amarnos y de que ella era mi destino.

El sábado alrededor de las once de la mañana cayó la familia Paulini al completo, los dos hermanos con sus esposas e hijos incluidos. El “clan”, como los apodaba José Vianes, había llegado para proteger a la nena. A mí nadie me había avisado de la indeseada visita. Enseguida noté que Nachito se inquietaba a causa de los gritos que soltaba Marga, mi suegra, simplemente porque Montse había crecido desde la última vez. Agregó un poco más de escándalo al dejar caer una de las muletas en las que se apoyaba. Nachito se estremeció. Le indiqué a Sara que se encerrara con él en el cuarto de juegos y, en medio de las exclamaciones y los saludos, irrumpí y les ordené que se callasen.

—En esta casa no se levanta el tono de voz.

—¡No hagas callar a mamá!

—Vivian —dije y la miré con toda la dureza que logré reunir—, vos y tu familia no están enterados porque no quisieron participar de las reuniones con la psicóloga de Nachito...

—¡No me hables de esa...!

—Bueno, bueno —intervino mi suegro, que era un poco más sensato que las huecas de la mujer y de la hija—, vamos a tranquilizarnos.

—Nacho tiene razón, Vivian. No podemos alterara Nachito. Vamos a calmarnos un poco y a bajar la voz.

—No pueden quedarse todos aquí. Esto no es un hotel y mi hijo necesita paz.

—¡Esta es mi casa y ellos se quedan aquí! —proclamó mi ex.

De nuevo intervino mi suegro. Se arregló que los hermanos y sus familias se alojarían en un hotel de la Avenida del Libertador.

¡Al menos habrías podido ofrecerles que se hospedasen en uno de tus hoteles! —me reclamó Vivian mientras me perseguía por la casa.

Me limité a frenar de golpe, girar y clavarle otra mirada elocuente

—Bajá la voz, Vivian. Bajá-la-voz. A Nachito lo alteran los gritos ¿Acaso no te importa nada de tu hijo? No, no te importa —resolví; marché al cuarto de juegos, donde le ordené a Sara que

preparase unas mudas para mi hijo.

—Nos vamos a la quinta —anuncié.

—¡Qué! ¡Estás loco!

Nachito comenzó a mecerse en el suelo y a batir las manos. Pepe abandonó enseguida su canasta y caminó hacia él para calmarlo. Tomé a Vivian del brazo y la saqué fuera.

—¿Querés que vaya y les cuente a tus papis y a tus hermanitos que ayer estabas colocada basta el moño? Seguí comportándote como la drogadicta que sos y te deschavo con todo el mundo, la prensa incluida. No me pruebes, Vivian. Estoy a punto de hacerlo si no me dejas en paz,

—Te voy a destruir —masculló con los dientes apretados y los ojos brillantes de odio.

La solté como si me hubiese quemado. Acababa de ver la fealdad oculta tras la belleza. Volví junto a mi hijo y lo acuné en mis brazos. Y de nuevo experimenté un gran alivio cuando me permitió consolarlo. Le indiqué a Sara que se tomase el fin de semana y convoqué a Montse a mi dormitorio mientras armaba un bolso.

—¿Querés venir conmigo a la quinta o querés quedarte con tus primas?

—¿Te vas, pa?

—Sí. A tu hermano esta muchedumbre lo pone mal. ¿Venís o te quedas?

La vi debatirse entre lo que quería y lo que creía que debía hacer. Le tomé el rostro entre las manos y la besé en la frente.

—Amor, hacé lo que vos quieras. Que estés contenta, eso es lo más importante para mí.

—Quiero quedarme con Luli y Fabi, pero no quiero que vos estes solo, pa.

No voy a estar solo. Nachito y Pepe van a estar conmigo y tal vez el abuelo se nos una. La abracé.— Te amo, Montse.

—Yo también te amo, pa.

Mi suegro me detuvo cuando subía a Nachito a su sillita en la parte posterior del Mercedes.

—Nacho, quería hablar con vos —dijo con expresión preocupada—. Por eso vinimos hoy hasta aquí, es por... Por lo del divorcio. Vivian dice que...

—Lo siento, Eugenio. No hay nada que hablar. La decisión está tomada y no daré marcha atrás.

—Vivian dice que hay otra mujer.

—Su hija y yo hace tiempo perdimos el rumbo. Ella no me ama y yo no la amo a ella. No hay esperanza. Lo siento. Lo mejor que podrían hacer para que este proceso sea lo menos doloroso posible, en especial para Montse y Nachito, es convencer a Vivian de que acepte la realidad: nuestro matrimonio se acabó. Si quieren —dije, porque me dio pena su cara de desolación—, pueden quedarse todos en casa. Yo me llevo a Nachito para que esté tranquilo.

Se limitó a asentir. Me acomodé junto a mi hijo. Niño Rossi puso en marcha el motor. Partimos. Las hojas del portón se abrieron y ahí estaban los periodistas, un sábado al mediodía, tratando de obtener un trozo de la mierda de mi vida. Cubrí las sienes de

Nachito y lo obligué a que me mirase para evitar que las hienas lo alteraran con sus golpes en las ventanillas y sus preguntas a gritos. Algunos nos siguieron en sus automóviles hasta el ingreso del barrio cerrado en Tortuguitas, donde los guardias les impidieron pasar.

Las empleadas de la quinta habían encendido el fuego del hogar y tenían listo el almuerzo. La casa, la misma quinta de mi infancia, era acogedora y encerraba recuerdos que yo atesoraba. Llegó mi viejo y me sentí agradecido con él cuando me pidió que lo ayudase a sentarse en la alfombra para saludar a Nachito, que jugaba con unos cubos de colores, los que la Petrillo nos

había mandado comprar. Le hablaba en voz suave y con movimientos delicados, como le habían indicado en la Fundación Indiana.

Comimos en paz. El crujido del fuego en la estufa a leña y una música zen, la misma que usaban en la fundación, eran los únicos sonidos mientras almorzábamos. Nachito lo hacía con Pepe a sus pies y resultaba fascinante verlo tan tranquilo. No le gustó cuando, terminada la comida, le lavé los dientes. No obstante, se quedó trepado en su banquito mientras yo me higienizaba la boca y me hacía reír que me mirase de soslayo, como era su costumbre, para no fijar la vista directamente, pero interesado en lo que acontecía. Tomó su cepillo y me imitó. Se lo puso dentro de la boca y lo frotó contra los dientes. Se lo cargué con pasta, tras lo cual comencé a sobreactuar mi propia cepillada. Nachito me copiaba como “en espejo” y a mí la alegría me desbordaba. Se supone que los autistas tienen gran dificultad para imitar a los demás. Sin embargo, allí estaba mi precioso hijo, imitándome y haciéndome sentir poderoso por el simple hecho de que me tomarse como ejemplo.

Le llené el vaso para que se enjuagase la boca y me habría reído a carcajadas cuando lo vi inflar los cachetes para reproducir mi comportamiento exagerado. Le sequé la carita empapada al igual que los lavatorios y la mesada de mármol. Lo alcé antes de sacar el celular del bolsillo trasero del pantalón. Marqué la tecla de Cósima.

—Hola —me saludó con alegría, y yo le barboteé la experiencia mientras contemplaba a mi hijo, que apartaba la cara como era su costumbre.

Le puse el celular en el oído y lo insté a saludar a Cósima.

—Papá y Pepe —dijo Nachito y oí que ella le respondía.

—Estás con papá y Pepe. Qué divertido. Me gustaría estar ahí con vos, Nachito. ¿A qué te gustaría jugar?

—Pepe.

—Claro, jugar con Pepe es lo más. A Bernie, mi perro, le gusta correr. Corre muy rápido. Yo no puedo alcanzarlo.

—Pepe corre —expresó mi hijo con su voccecita adorable y a mí se me entumeció la garganta.

Me puse el teléfono al oído, pero fui incapaz de hablar.

—Tu hijo —manifestó Cósima— es uno de los casos más extraordinarios de mi carrera. Quiero que sepas que esta clase de avance en tan poco tiempo es muy inusual.

Carraspeé para aclarar la voz y disolver el nudo en la garganta.

—Gracias, amor mío —susurré con acento raro.

—Todo el mérito es de tu hijo, Ignacio. Es una criatura excepcional

—Mi maestro.

—Sí, amor, tu maestro.

Salimos a caminar por las calles tranquilas del country a la hora de la siesta. Mi viejo nos acompañaba. A él se le ocurrió que hamacásemos a Nachito entre nosotros. Creo que pocas veces he reído y he visto reír a mi padre como en esos metros en que Nachito soltaba las carcajadas más hermosas por el simple hecho de que tu abuelo y tu padre lo despegaban del suelo y lo hacían volar. Paramos cuando mi viejo ya no podía con tanta risa y el esfuerzo de levantar al nieto. Nos sentamos en una verja de troncos para recuperar el aliento. Nachito se alejó con Pepe, hechizado por las piñas.

—En este exacto punto conocí a Cósima —dije mientras dibujaba una C en la tierra con una ramita.

—¿Su familia tenía una casa en este country? —se sorprendió mi viejo.

—Su madrina. La casa que ahora es de los Luratti. Ella caminaba sola y yo pasé en sentido contrario con la bici. —Me reí sin fuerza, con melancolía—. Pasé haciéndome ver, como siempre, y pocos metros después me tragué un pozo y me caí. Ella vino corriendo a ayudarme. Me salía sangre de la nariz. Me hizo echar la cabeza hacia atrás y me puso un pañuelo para parar la hemorragia.

—¿Cuántos años tenía? —se extrañó mi padre.

Doce. Es un poco más chica que yo. Nueve meses más chica —precisé—. Si mal no recuerdo, los cumple el 24 de mayo.

—¿Y se comportó con tanta presencia de ánimo? ¿Con sólo doce años?

—Sí —dije y sonreí, orgulloso de mi mujer—. Y desde ese instante ella, Nora y yo nos volvimos inseparables. Todo ese verano fuimos inseparables —añadí con menos ánimo porque me estaba acordando de lo que había venido después, los cinco años de bullying.

—Y ahora volvieron a encontrarse después de todo este tiempo.

—Sí —susurré —y reviví esa conexión tan perfecta del verano del 82.

—Tu madre me dijo que ella es la chica por la cual casi te expulsaron a fines de quinto año. Guardé silencio. Quebré la ramita y la arrojé a la calle, triste y rabioso.

—Me deberían haber expulsado mucho antes por todo lo que la hice sufrir.

Mi padre no hizo comentarios. Los únicos sonidos los producían los trinos de las aves y mi hijo, que juntaba piñas y las enfilaba con precisión sobre el cordón de la vereda.

—Todos hacemos cosas estúpidas en la vida, Nacho —expresó mi viejo un momento después—. Pero no todos tenemos la suerte de poder componerlas.

—¿Crees que estoy componiéndolas? Por mi culpa está envuelta en un escándalo mediático, una pelea de conventillo con gente de bajísimo nivel, cuando ella es un ser tan superior, tan elevado.

—¿Y cuál es la solución? —me interrogó—. ¿Dejarla ir? ¿Salir de su vida para no perjudicarla?

Apreté los puños y las mandíbulas, espantado ante la idea.

No podría —admití en voz baja—. Soy demasiado egoísta.

—¿Ella te ama? —quiso saber mi padre.

—Sí, me ama. No sé por qué, pero me ama.

—Entonces, no tendrá miedo de afrontar lo que sea para estar con vos.

Capítulo XII

CAVIAR Y MORTADELA

Cósima

No tenía ganas de recibir a mis amigas, pero su insistencia me dejaba sin escapatoria. Me cuestionarían acerca de la veracidad de mi relación con Lanz y yo no diría nada. Prefería mentir a poner en riesgo al amor de mi vida. En tanto fuese un hombre casado negaría lo que los medios de comunicación sospechaban tras el ataque de Vivian en el Ricardo Rojas. No confiaba en nadie.

En cierto modo quería verlas. Siempre me hacían reír con sus ocurrencias. Necesitaba esa pausa con amigas, risas, buen vino, buena comida y ninguna preocupación. Ir a lo de Carlitos habría implicado arrastrar conmigo a los periodistas, de guardia en mi edificio, como también ver la cara de velorio de Lucho, a quien me había cruzado en la fundación el viernes a última hora. Su expresión decía: “¿Viste? Te previne que ese hijo de puta te arruinaría”. Me había invitado a cenar invocando que serviría “para alejar las sospechas de la prensa”. Sólo pensar que Lanz nos viese juntos cenando en algún programa de chimentos me causaba una revolución en el estómago. A Marcelo Ibáñez también le pareció oportuno que saliésemos. Le dije que no.

—¿Es cierto lo que comentan en la televisión, que sos la amante del empresario Lanz Reuter? —quiso saber.

—No creas todo lo que la prensa dice, Marcelo —contesté fingiendo ecuanimidad.

—¿Es verdad? —insistió.

—Tengo que dejarte —mentí porque me molestó que se sintiera con derecho a interrogarme—. Me están esperando.

Silvana, Gabi y Pilar llegaron a casa el sábado alrededor de las nueve y media. Los periodistas vieron tras el vidrio de la puerta principal que me acercaba a abrirlas y se lanzaron para interrogarlas e interrogarme. Tuve que aferrar a Bernie del collar porque se enfureció como pocas veces lo he visto. Las chicas se deslizaron dentro rápidamente, soltando bufidos y echando miradas furiosas a los periodistas; uno había sujetado a Gabi por el brazo.

No bien entrarnos en casa, Pilar, la más atrevida, me preguntó:

—¿Es cierto que andas con ese bombonazo?

Sacudí la cabeza y les pedí que cambiásemos de tema.

—Ha sido una semana infernal —añadí—. Ayúdenme a olvidarla.

Debieron notar el agobio en mi expresión pues enseguida se pusieron a hablar de otras cosas y a preparar la mesa con lo que traían. Yo no había tenido ganas de ir al supermercado con la comparsa de periodistas en reata.

En medio de la comida —eran casi las once— me llamó Lanz. Me excusé para atenderlo.

—Hola.

—Hola, amor —me saludó, y una corriente me surcó el cuerpo.

Era excesivo, lo sabía. Estaba fuera de control, también lo sabía. Y no tenía intención de detenerlo. Desde lo del escándalo en la tele nuestros diálogos eran tensos porque él se sentía culpable y porque yo intentaba simular que no le daba importancia para evitar preocuparlo.

—Te extraño —murmuré en un acto de sinceridad, y lo oí suspirar.

—Qué no daría por que estuvieses aquí conmigo.

Nos despedimos poco después sin mencionar posibles fechas de encuentro. Volver a vernos quedaba supeditado a las veleidades televisivas. Regresé a la cocina y mis amigas soltaron silbidos y exclamaciones.

—Era él, ¿no? —quiso saber Silvana.

—¡Tenés los cachetes colorados, Facchinetti! —se burló Pili—. ¿Y quién no los tendría si se estuviese comiendo al bocadito de Lanz Reuter? —añadió, y nos reímos a carcajadas.

—En la tele dijeron que no es Reuter sino Roiter —la corrigió Gabi, la más precisa y puntillosa del grupo.

—Roiter —repetió Silvana—. Suena más sexy aún.

Dormí bien esa noche, más distendida después de las horas de risas y charla banal con mis amigas. El domingo lo transcurrí en la cama viendo videos de YouTube de conferencias sobre autismo y hablando por teléfono con Lanz, que me llamó varias veces.

—Quiero verte —me explicó en la última llamada, ya de regreso de la quinta—. No, no quiero verte. Estoy loco por verte —aclaró con su habitual vehemencia—. Pero tengo a las hienas pegadas a mí y no sería fácil perderlos de vista.

—Te pido prudencia —lo exhorté—. Esto pasará y nosotros tendremos la vida entera para estar juntos.

El lunes comenzó bien, con la llamada de un importante empresario de la construcción interesado en patrocinar a la Fundación Indiana. Solicitó una reunión conmigo, que Marita fijó para el miércoles por la mañana. La alegría que significó la posibilidad de aumentar nuestros ingresos bastante caídos se desvaneció a eso de las tres de la tarde cuando empezaron a entrar mensajes en mi WhatsApp donde Naty, mi madrina, mi madre y Eladia me comentaban, horrorizadas, acerca del giro que había dado el escándalo mediático. A un periodista se le había ocurrido que yo tenía el pelo, las facciones y el cuerpo similares a los de Isabel Sarli, por lo que en los programas mostraban mi foto junto a la de la famosa actriz erótica y ensayaban comparaciones. Se especulaba acerca del talle de mi corpiño y de cuánto sería la circunferencia de mi cintura y de mis caderas. Otro periodista había declarado que yo tenía el cuerpo y la boca de una actriz porno, por lo que las leyendas en los programas rezaban: “La psicóloga con atributos de actriz porno que hechiza a Ignacio Lanz Reuter”. La cuestión pasó de castaño a oscuro cuando Vivian se presentó como invitada a uno de los programas, el de más rating. Pese a que no quería verla ni oírla, al llegar a casa lo hice por Internet. Se había preparado para lucir espléndida. Su belleza tan indiscutible, perfecta y elegante me hizo sentir una cucaracha.

—Estoy aquí —declaró— para desmentir lo que se dice: que mi esposo y yo nos vamos a separar. Con Nacho hemos tenido crisis en el pasado, como cualquier pareja las tiene, y las hemos superado gracias al inmenso amor que sentimos el uno por el otro. Esta no será la excepción.

—¿Y qué hay del romance que tu esposo mantiene con la licenciada Facchinetti?

—Eso no es nada. No tiene importancia —desestimó. Se puso de pie y, tras adoptar una pose con la cual pretendía realzar lo mejor de su silueta, preguntó con una sonrisa irónica-: ¿Creen que

Nacho me dejaría por esa... mujer? Yo soy el caviar y ella la mortadela.

¿Cuándo y dónde había oído una comparación similar? Bajé la pantalla de la laptop y me cubrí el rostro con las manos. “No tendría que haber visto esta basura”, me reproché.

Ignacio

Lo que me había parecido divertido cuando mi madre lo trajo a colación, me cayó como patada al hígado cuando lo mencionaron y lo explotaron una y otra vez en los medios; el paralelo entre mi mujer y la Sarli. Los comentarios y conjeturas de mal gusto que suscitaban las dos fotografías, la de Cósima y la de la actriz erótica me sacaban de las casillas. Sólo pensar que cuanto pajero anduviera por ahí se calentaría con mi mujer me hundía en una furia impotente, que me alteraba el ritmo cardíaco

A otro imbécil se le ocurrió que Cósima tenía el cuerpo y la boca de una actriz porno, que suscitó otra catarata de comentarios groseros. Los mensajes que los televidentes enviaban por Twitter y Facebook me revolvían el estómago. Los leían sin filtro, como si no estuviesen en el horario de protección al menor. ¿Existía aún el horario de protección al menor? Si existía, nadie lo respetaba. Llamé al padre de Cósima que me informó que ya había hecho la denuncia en la APSCA, el organismo público encargado, entre otras cosas, del control de los contenidos de la televisión. “Se mueve rápido”, pensé, y admiré su pericia como abogado,

—Dudo de que hagan algo admitió Victorio Facchinetti, pero insistiré. Llevaré la denuncia a la Justicia sí es necesario. ¿Sabías que el juez, dictaminó que la prensa debe guardar una distancia de cien metros de la entrada del instituto de mi hija? —Le contesté que estaba al tanto.

—Un triunfo, debo decir. Es muy raro que un juez se atreva a coartar a la prensa.

Pese a las medidas tomadas por el padre de Cósima, le ordené a Romina que se comunicase con la empresa de publicidad que desde hacía años trabajaba con la constructora y que le solicitase la preparación inmediata de un informe sobre la labor de la Fundación Indiana, algo de aspecto casero y que corriese en YouTube. Se los haría llegar a los canales para contrarrestar las infamias que, culpa de mi ex, caían sobre Cósima.

La frutilla del postre la constituyó la presencia de Vivian en el estudio de uno de los programas de chimentos, el más visto. Ya habían televisado escenas del fin de semana, mientras ella y sus cuñadas estaban de compras en Patio Bullrich y en Galerías Pacífico; incluso había hecho corlas declaraciones ante las preguntas vociferadas de los periodistas.

Me habían chocado esas imágenes y los comentarios. Ver que se presentaba en vivo al programa, me enfureció. Sospechaba que tramaba algo por el estilo pues un rato antes Ricardo Petris, el investigador privado, me había advertido que mi esposa estaba ingresando en las instalaciones del canal América en el barrio de Palermo. Lo confieso, no la creí capaz de caer tan bajo. Me puse de pie en un acto mecánico y me quedé helado viéndola avanzar hacia los periodistas. Se había vestido con recato y adoptaba la apariencia de la esposa devota y traicionada; en tanto la observaba disparar mentiras y estupideces, volví a llamar a

Ricardo; tenía que hallar el modo de frenarla, de hacerla desaparecer de mi vida.

—¿Alguna novedad del teléfono que te pasé? —me refería al único número que figuraba en el

celular hallado en el cajón de ropa.

—No, ingeniero —como ya sabemos, es un número uruguayo. Si fuese argentino tendríamos una chance. Siendo del Uruguay... —dijo y no terminó la frase. —Mis contactos no conocen a nadie allá.

Tenía una casa en Punta del Este y la constructora había abierto el año anterior una oficina en Montevideo, a eso se reducía el vínculo con Uruguay. ¿Vivian habría conocido al amante en su último viaje a Punta? Por cierto, había viajado sola “para serenarse” después del golpe que había significado la confirmación de que nuestro hijo era autista. ¿El amante le habría provisto el teléfono adquirido en suelo uruguayo? Despedí a Ricardo y apagué el televisor, asqueado de Vivian. Habíamos tenido un encontronazo esta mañana y ahora esto. Estaba al borde de perder los estribos y le temía a la reacción que pudiera provocarme.

Regresé a mi oficina y me quedé mirando el teléfono fijo sobre el escritorio. Me tentaba llamar; todavía me acordaba el número uruguayo. Lo repetí varias veces en mi mente mientras reflexionaba acerca de oír la voz del hombre que se acostaba con mi ex. No reconocería quién lo llamaba pues los teléfonos de la constructora contaban con el servicio de llamada no identificada. Igualmente sabría que alguien, distinto a Vivian, estaba tratando de comunicarse y se pondría en guardia. Al final, desistí.

El lunes, a última hora, llamé a Marita porque Cósima no atendía el celular; debía estar con un paciente.

—¡Ingeniero! —dijo, toda nerviosa.

—Marita, buenas tardes, ¿Podría hablar con la licenciada Facchinetti?

—Está en floortime con un paciente. ¿Es urgente?

—No sólo quería saber cómo estaba, ¿Algún mareo o náusea?

—No. Ha estado muy bien en ese sentido. Pero no lo estará cuando vea los programas de chimentos de hoy —acotó, y se quedó callada.

—¿Usted los vio? —me interesó saber.

—Sí.

—Yo también.

—¡Qué impotencia me da, ingeniero! Faltarle el respeto a una de las mejores personas y profesionales que conozco. ¡Me da tanta rabia! ¿Y puede creer que llamaron de dos revistas de esas para hombres?

—¿Cómo? —me alteré—, ¿Qué revistas?

—Hombre y Maxim. Querían proponerle una sesión de fotos. Ya imaginaré qué tipo de fotos. Corté sin responder.

—Hiciste bien. ¿Cósima lo sabe?

—No, no se lo mencioné aún. No ha parado en todo el día, con un paciente después de otro.

Estuve a punto, siendo el controlador y el manipulador que soy de pedirle que no se lo mencionase. Me contuve. No me correspondía darle órdenes a la secretaria de Cósima ni comprometerla en un asunto delicado.

—¿Mi hijo y Sara estuvieron hoy con la licenciada Petrillo? —pregunté sin necesidad, aunque justificado en la conducta de Vivian, que esa mañana había intentado prohibirle a la niñera que concurriese a la fundación. La cuestión me tenía preocupado.

Sara me llamó y, a mitad de camino hacia la constructora, Niño tuvo que pegar la vuelta y regresar a casa. La niñera lloraba en la cocina porque Vivian la había despedido. Hugo y Elba la consolaban.

—¿Por qué te echó?

—Porque me oyó hablar con usted, señor. Se dio cuenta de que estaba avisándole que no me dejaba llevar a Nachito a la fundación.

—¿Y mi hijo?

—Está con la señora —informó Elba.

—Sara, Hugo, prepárense para llevar a Nachito a la fundación.

—Pero, señor...

—Sara, nada de peros. Preparate —repetí mientras abandonaba la cocina.

Sin quitarme el sobretodo, guiado por la ira, devoré los metros hasta el dormitorio de mi ex. La puerta estaba con llave. Apoyé el oído sobre la placa de madera. Hablaba con alguien, seguramente por teléfono. Resultaba imposible comprender qué decía. Entré en la biblioteca y extraje la llave maestra de un cajón del escritorio. Abrí la puerta de mi antiguo dormitorio y hallé a Vivian sola, sentada en el borde de la cama, hablando por celular; era el Samsung, lo detecté al instante, pues el iPhone de ella era rosa metalizado y ese teléfono era negro. Lo bajó de inmediato y lo colocó junto a ella, sobre la cama, de modo que yo no lo viese.

—¿Dónde está Nachito?

—¡No te permito...!

—¡Dónde está mi hijo! —grité, y me aproximé como un tigre a su presa.

Se retrajo y advertí que deslizaba la mano bajo el muslo para esconder el teléfono.

—En el playroom.

—¿Solo? ¿Lo dejaste solo? ¿Para eso despedís a Sara, para después dejar a mi hijo solo? ¿Vos sos pelotuda o te haces?

—Esta cón el perro —me soltó, despectiva.

La observé, perplejo. Di media vuelta y salí para buscar a Nachito. Horas más tarde Vivian concurría al programa de chimentos. Tal vez lo hacía en venganza por haberla desautorizado. Ya no me importaba.

—Sí, ingeniero —contestó Marita—, Nachito y Sara estuvieron con la licenciada Petrillo. Después les tocó la terapia musical y artística y ahora, estimo, están con el doctor Rigatoni en el Hípico. Al mediodía comieron en la cantina de la fundación con Ema y Justa.

—Gracias, Marita. Me despido ahora.

—Le avisaré a la licenciada que usted ha llamado.

El resto de la tarde se pasó volando y, tras una reunión con el gerente de Administración y Finanzas para definir las variables antes de trazar el presupuesto de 2016, decidí irme a casa.

—Romina —la llamé por el intercomunicador—, ¿qué novedades hay del video sobre la licenciada Facchinetti y la Fundación Indiana?

—Están trabajando contrarreloj, ingeniero. Creen que para mañana alrededor de las doce tendrán un boceto para mostrarle.

—¿Les pasaste el teléfono de Carlos Naum?

—Sí, ingeniero. Ya lo contactaron.

Tardé un rato más en abandonar la oficina, quizá porque no podía ir a donde quería ir y tenía que ir a donde no quería ir. Sólo el hecho de ver a mis hijos me animó a apagar la computadora y levantarme de la butaca. No quedaba nadie en el piso treinta y seis. Mis pasos crujían sobre el piso de mármol. Me encontré con Arturo Cimmi frente a los ascensores. Hablaba por celular. Cortó y lo guardó en el bolsillo del sobretodo.

—¿Todavía aquí? —me preguntó.

—Tenía la reunión con Tria y su gente por lo del presupuesto.

—Ah, sí. Tria me comentó que estaba preocupado por el índice de inflación. Dice que... —se interrumpió al sonido del teléfono.

Lo extrajo del bolsillo del abrigo, sólo que no del mismo donde lo había guardado pocos segundos antes. ¿Tenía dos celulares?

—No puedo hablar ahora —dijo con la expresión que yo le conocía cuando se tensaba—. Después te llamo. —Cortó y devolvió el aparato al bolsillo—. Mi vieja —dijo y sonrió sin mirarme, nervioso.

Se abrieron las puertas del ascensor.

—Andá vos —indiqué—. Acabo de acordarme de que dejé unos papeles sobre el escritorio. Nos vemos mañana. No te olvides de que tenemos la reunión con los de la empresa de cerramientos. Ese lío se tiene que solucionar mañana sí o sí.

—Ahí estaré —Aseguró y levantó la mano a modo de saludo en tanto las puertas automáticas se cerraban y lo ocultaban de mi vista.

Permanecí de pie frente al ascensor, observando mi reflejo en el lustre del acero inoxidable. ¿Arturo Cimmi tenía dos celulares y yo no lo sabía? Me acordé del comentario de Daniela Dieter, que lo había visto salir de la oficina de su tío, y de la explicación ridícula de Cimmi cuando lo encaré. Me acordé también de los dos teléfonos de Vivian.

En tanto regresaba a mi oficina llamé al investigador privado.

—Necesito que coloques ya, en este momento —remarqué—, unas cámaras ocultas y unos micrófonos.

—¿Dónde?

—En una oficina de mi empresa. ¿En cuánto podrás estar aquí?

—Tengo las cámaras y los micrófonos. Necesito al técnico para conectarlos al sistema. Lo llamo y veo si está libre para hacerlo ahora.

—Decile que le pago el doble. Avísame cuando estés llegando al edificio para franquearte el paso con la guardia de la planta baja. Y quiero a alguien pisándole los talones a uno de mis empleados, Arturo Cimmi, las veinticuatro horas. Cuando vengas te daré sus señas.

—Perfecto —acordó Ricardo—. Dotaré a mi empleado de una antena ambiental para que escuche sus diálogos a cierta distancia.

Corté con el ex agente de la SIDE y me eché en la butaca. Cerré los ojos y me tomé unos minutos para digerir la idea de que le había perdido la confianza a mi mano derecha. Quizá se trataba de un comportamiento paranoico, tal vez en verdad había aceptado almorzar con Fernando Riera para contar con sus conexiones en el gobierno de Santa Fe; quizás acababa de adquirir el segundo celular para comunicarse exclusivamente con la madre, quien, yo sabía, estaba muy enferma. Sólo que el instinto me señalaba que algo raro estaba cocinándose, algo que me perjudicaría.

Aprovechando que mi vieja me había llamado esa mañana para jurarme fidelidad y ponerse a mi disposición, le pedí que fuese a cenara a casa.

—Yo todavía estoy en la oficina y me voy a quedar un rato más.

—Hugo se va a las nueve y media y no quiero que Vivian se quede sin vigilancia.

—¿Qué ha sucedido? —quiso saber—. Una amiga me llamó para decirme que estaba en la televisión. Qué escándalo, hijo. Qué vergüenza.

—Tengo miedo de que se mande mudar con los chicos. Me amenazó con que lo haría.

—Vivian es puro ruido y pocas nueces —adujo mi madre.

Si está consumiendo cocaína, mamá, no es puro ruido y pocas nueces. Es un mono con navaja. Ya viste lo que hizo hoy en ese programa de cuarta. Además despidió a Sara.

—¿A la niñera? —se extrañó—. Me parecía una chica espléndida.

—La reintegré enseguida. Pero tengo miedo de que la hostigue si no estoy ahí.

—Yo me ocupo —aseguró mi madre y su acento decidido me sorprendió.

O bien el ultimátum lanzado el otro día había hecho centro o ver a su nuera arrastrando el nombre Lanz Reuter en la televisión la había decidido a cambiar de bando. Como fuese, me convenía la nueva alianza.

Acordado con mi vieja que iría a cenar y que se quedaría en casa hasta que yo regresase, me ocupé de listar los asuntos en los que estaba involucrado Cimmi y que debería poner a buen resguardo antes de despedirlo si de las pesquisas surgía que nos traicionaba con Riera. Por fortuna nunca me había decidido a darle acciones de la constructora como una gratificación de fin de año. Aunque Cimmi jamás me lo reprochaba, sabía que le molestaba. Estaba al tanto de que se había hecho de un lote a través de la Bolsa de Valores. Igualmente se trataba de una cifra de poco monto.

El investigador y el técnico llegaron alrededor de las nueve y cuarto. Una hora más tarde habían terminado. Les tomó un rato hacer las pruebas. La instalación quedó a punto a eso de las once. Sólo restaba esperar que la presa cayese en la trampa.

Al llegar a mi casa me encontré con Vivian y mi vieja que charlaban en buenos términos en el comedor de diario. Se notaba que mi ex había llorado. Saludé con un beso a mi vieja e ignoré a Vivian. Me costaba mirarla a la cara. Me marché hacia la zona de los dormitorios. Ansiaba ver a mis hijos. Nachito dormía apaciblemente. Me senté con cuidado en el borde de la cama y Pepe se acercó a saludarme. Me quedé observándolo en la penumbra. Sara me había comentado que desde hacía dos noches no se orinaba. No quería cantar victoria, pero una esperanza incontenible me hacía sonreír. Me incliné con cuidado para besarlo, algo impensable en el pasado con el sueño tan liviano como lo tenía. Mis labios le rozaron la frente y experimenté una paz muy profunda.

Montse también dormía, pero cuando me incliné para besarla se despertó y me rodeó el cuello con los brazos.

—Mamá estuvo en la tele, papi —susurró.

Le despeje la frente y descubrí en su carita una mezcla de miedo, vergüenza y ansiedad.

—Lo sé. —Seguí acariciándola y sonriendo como si no le diese importancia.

—¿Estás enojado? —Negué con la cabeza—. Yo sí —declaró—, la escuché decir por teléfono que mañana va a otro programa, el del Nueve. No quiero, pa.

En tanto planeaba hablar con Merlino para ver si existía una medida legal que le impidiese a Vivian seguir ventilando nuestros problema; frente a una de las mayores audiencias televisivas, le conteste:

—Mamá es una persona libre, Montse. Puede hacer lo que desee. Nadie tiene derecho a detenerla.

—Todo el mundo la vio, papi. No tengo ganas de ir al cole mañana —se empacó—. Tengo miedo de que los chicos se burlen.

—Si Cósima logró soportarme a mí durante cinco años, cinco largos años, vos también podés, porque vos sos tan genia y valiente como ella. ¿Acaso no le diste un trompazo a Federico?

—Sí —masculló poco convencida.

—Una vez Cósima me dio un trompazo y me partió el labio —dije y reí ante la expresión

pasmada de mi hija.

—¿En serio, pa? ¿Por qué te pegó?

—Me pegó para proteger a Carlitos. Igual que vos con Luna. ¡Son unas justicieras magníficas! —expresé, y la besé en el cuello hasta arrancarle carcajadas porque le hacía cosquillas con la barba—. No tengas miedo, amor mío. Andá tranquila a la escuela mañana y mostrate tal cual sos, porque vos sos perfecta. No importa qué hagamos tu madre o yo. Vos, Montse, sos perfecta. Y si alguno te molesta, aquí estoy yo para protegerte. Me lo decís y voy a hablar. ¿Está claro? No quiero que te sientas sola. Tu padre te va a proteger siempre, contra todo.

Volvió a colgarse de mi cuello y a besarme. Aunque ya no me sostenía en pie, le leí Gerónimo Stilton hasta que se durmió.

A la mañana siguiente, para evitar intervenciones desagradables de Vivian, llevé a Sara a la fundación una hora antes del comienzo de las actividades de Nachito. Me quedé tranquilo cuando me aseguró que existía una sala con juegos donde esperarían el inicio de la sesión. Tal como me había advertido Victorio Facchinetti, los periodistas se hallaban apostados en la otra cuadra. No obstante, cuando vieron aparecer el Mercedes se lanzaron a correr e invadieron el ingreso a la fundación, sin el menor respeto por la medida cautelar. Ya lo había declarado el juez de la Corte Suprema, el doctor Fayt: “Las leyes, en la Argentina de hoy, se han transformado en un listado de sugerencias”.

Ingresamos en el predio mientras los guardias luchaban contra los periodistas y cerraban el portón de hierro. Hacía tiempo que no visitaba la fundación. El parque lucía más verde gracias a las últimas lluvias y un aroma a césped recién cortado me impulsó a bajar la ventanilla e inspirar. Descubrí— mi camioneta estacionada a unos metros, lo que significaba que Cósima ya había llegado. Eran apenas las ocho. Combatí el deseo de saltar del auto, subir al primer piso corriendo y hacerle el amor sobre el escritorio. Si los periodistas no corroboraban que el Mercedes abandonaba las instalaciones en pocos minutos comenzarían las especulaciones.

Al llegar a mi oficina convoqué a Romina, que enseguida se presentó con el iPad y el anotador.

—¿Confirmaste mi presencia en la cena de mañana miércoles en el Hotel Faría?

—Sí, ingeniero. Ya redacté el discurso de su padre con los lineamientos que usted me marcó el otro día. Su padre lo leyó y le dio el visto bueno, pero pidió que usted lo revisase. Ya lo tiene en su casilla para leerlo.

—Bien. Quiero que llames al hotel y reserves una habitación a tu nombre, la mejor suite que tengan.

—¿Pernoctará en el hotel luego de la cena? —quiso saber mientras anotaba rápidamente.

—Exacto. Después de hacer la reserva me comunicás con Pancho Faría.

Mi empresa le había construido el hotel boutique en Puerto Madero y nos habíamos hecho amigos. Tenía la confianza suficiente para pedirle el favor que estaba por pedirle.

—Decile a Niño que suba y comuníqueme con Leopoldo.

—Sí, señor.

La proximidad a Cósima y la imposibilidad de verla, tocarla y olerla me habían impulsado a pergeñar el plan que me disponía a llevar a cabo. El encuentro anual con los de la Cámara de la Construcción en el distinguido Hotel Faría me brindaría la mejor oportunidad. Aprovechando que era miércoles, día de la cena en casa de mi vieja, le pediría que invitase a dormir a los chicos.

Hablé con Pancho Faría, que se mostró disponible y afable para facilitarme las cosas. Le di las indicaciones a Niño y luego a Leopoldo. Más tarde hablaría con Cósima y le expondría el plan.

Llamé a Romina por el intercomunicador.

—¿El ingeniero Cimmi está en su despacho? —Me aseguró que sí—. Vení, Romina, por favor. —Se presentó de inmediato—. Apenas me veas ingresar en el despacho de Cimmi, quiero que llames desde tu teléfono fijo a este número. —Le extendí un post-it con el número hallado en el celular secreto de Vivian—. Si te atienden, colgás tras identificar la voz, si es que la reconocés.

Me puse de pie, me abotoné el saco y salí de mi despacho, Romina por detrás. Resultaba conveniente que el escritorio de mi asistente estuviese frente a la oficina de Cimmi. Golpeé y entré sin invitación. Dejé la puerta abierta. Lancé un vistazo elocuente a Romina, antes de sentarme frente a que había considerado un empleado fiel. Unos segundos más tarde, mientras mi asistente sostenía el auricular del teléfono contra el oído, sonó el celular de Cimmi, que lo extrajo de un cajón y estudió la pantalla con un ceño.

—Atendé —lo insté con un ademán de mano—. Puede ser tu vieja.

—No, no —desestimó nervioso—. Es una llamada desconocida. Nunca las atiendo. Por seguridad —justificó y me miró con expresión crispada.

—Es lógico —respondí, simulando impavidez.

Abandoné la oficina de Cimmi tras comentarle asuntos sin importancia y preguntarle si concurriría a la cena de la Cámara de la

Construcción, a lo cual contestó que no; tenía otro compromiso. Pasé frente al escritorio de Romina, que alzó la vista y la fijó en mí.

—Dame el post-it donde anoté el número.

Me lo entregó y me encerré en mi oficina. Lo pasé por el triturador de documentos. Mientras veía desaparecer el papel amarillo entre las cuchillas afiladas intentaba ordenar mis pensamientos, sin éxito.

Capítulo XIII

LA BELLEZA Y LA TRAICIÓN

Cósima

El martes al mediodía Naty me hizo reír, pese a todo, cuando me llamó por teléfono.

—¡Hola, Isabel! —exclamó—. ¿O preferís que te diga Coca?

Gracias a ella me enteré de que Carlitos había colaborado el día anterior en la elaboración de un video acerca de la Fundación Indiana y de su directora, o sea yo, que Lanz había mandado hacer y que se distribuiría en los principales programas de chimentos.

—Es para contrarrestar la carretada de mierda que la loca de su mujer te está tirando encima, Cosi. Es muy romántico, si te pones a pensar. —¿Porqué no me avisó? —me enojé.

—Querrá darte una sorpresa —conjeturó Naty.

La guerra mediática que me había declarado Vivian continuó esa tarde más virulenta que nunca, no sólo por la presencia de la esposa de Lanz en los estudios de otro programa de chimentos, sino porque habían descubierto que la camioneta que me llevaba y me traía pertenecía a Lanz Reuter Construcciones. ¿Cómo lo supieron? ¿Tendrían acceso a los registros del automotor? ¿Se los habría dicho Vivian? Me sentía expuesta, como en una vidriera. Nada quedaba a buen resguardo; mi vida y yo estábamos al desnudo.

Para colmo, tras enterarse de que habíamos sido compañeros del secundario, obtuvieron fotografías en la página de Facebook del Saint Perer's de cuando yo era abanderada.

—Viendo lo poco agraciada que era a los diecisiete años —comentó una periodista muy mordaz—, está claro que el romance de ahora no es consecuencia de uno truncado en la época de la escuela. Aquí no aplica el refrán “donde hubo fuego, cenizas quedan”.

—Eso es evidente —ratificó otra—. Nacho jamás le habría dado bola a un bichito como ese.

La licenciada Facchinetti —expresó el conductor principal —es el clásico ejemplo del patito feo. Ahora es un cisne, pero de chica —añadió sin acabar la idea y mientras sacudía la mano.

En cambio él... —señaló la que me había llamado ‘bichito’— ¡Dios bendito, era un bombón ya a esa edad!

—Nacho es como el buen vino —acotó la mordaz—. Se pone mor con los años.

—Ahora bien —intervino una cuarta—, esta foto nos confirma lo que nos preguntábamos ayer, si sus lolas son naturales o tiene implantes. Podemos ver que son naturales. Miren la camisa del uniforme. ¡Casi no le cierran los botones!

—Eso no implica nada —replicó la mordaz—. Pudo haberse hecho las lolas antes de esa foto.

En aquella época —terció el conductor— era muy inusual hacerse las lolas a tan corta edad. Ahora las chicas las piden para los quince, pero en la década de los ochenta... —Chasqueó la lengua y agitó el índice para negar—. Esas tetas son naturales —dictaminó.

Bajé la pantalla de la laptop, atormentada. Me resultaba inconcebible que existieran personas

que se ganasen el pan hurgando en las vidas ajenas. Volví a levantarla porque Natv aseguraba que casi al final del programa salía el video de la fundación. A juzgar por las llamadas telefónicas y los mensajes de WhatsApp que había recibido a partir de las cinco de la tarde, había surtido efecto.

Era de elaboración casera, aunque muy emotivo, con una música épica e imágenes en cámara lenta de nuestros pacientes (sus caritas pixeladas) mientras montaban a caballo, departían con sus perros o trabajaban con nosotras en las distintas terapias. Esas imágenes pertenecían a filmaciones de la fundación; quien hubiese editado el video le había agregado la música y la cámara lenta. Me sorprendió ver el testimonio de dos madres, dos queridas amigas de la fundación que traían a sus hijos desde casi la creación misma del instituto. Carlitos debía haberlas convencido. Al final se reservaban unos segundos para “la creadora de este lugar donde ocurren milagros, la licenciada Cósina Facchinetti, y mientras mostraban escenas donde yo interactuaba con mis pacientes, algunos con autismo de grado uno, el más severo, una voz en off declamaba mis logros profesionales. “Tras haber perdido en un accidente automovilístico a su esposo y a su bebé nonato cuando tenía veintiocho años, la doctora Facchinetti, Cósina como la llaman sus pacientes, se dedicó en cuerpo y alma a ayudar a los niños que padecen un trastorno del espectro autista y parálisis cerebral. Es una eminencia en su campo y profesionales de todo el mundo la consultan y concurren a sus conferencias”, El video terminaba con mi imagen mientras disertaba en una conferencia sobre autismo en Nueva York el año anterior. La cámara hizo un acercamiento a mi rostro y con eso se cerró el panegírico a mi persona y a mi criatura, la Fundación Indiana. Admito que terminé secándome los ojos. Había durado como mucho tres minutos y sin embargo cumplía su objetivo: conmover y volver la opinión pública a mi favor.

Terminado el video y de nuevo en el estudio, cayó un silencio sobre el conductor y las comentaristas. Dos de ellas se enjugaban unas lágrimas y la otra miraba hacia abajo.

—Este video —tomó la palabra el conductor— lo enviaron hoy dos madres de niños autistas que se tratan en la fundación de la licenciada Facchinetti y que se declaran muy tristes por cómo se está mancillando el buen nombre de una mujer excepcional. Lo pusimos a disposición de nuestro público porque creímos justo que se supiese quién es la licenciada Facchinetti, a la que nadie conocía hasta hace muy poco.

Llamé a Carlitos.

—Acabo de ver el video —le comuniqué sin saludarlo.

—Lanz lo mandó hacer. Estaba desesperado y no sabía de qué modo contrarrestar el ataque mediático.

—No tendría que haber hecho nada.

—Tenía miedo de que afectase nuestra reputación. Él sabe que dependemos de los patrocinadores. No le reproches, Cósina. El pobre está hecho pelota con este asunto.

—¿Quién habría dicho que llegaría el día en que lo defenderías?

—Siempre termino metido entre ustedes, ¿eh? —comentó, risueño.

—Gracias por defenderlo.

—No lo defiendo por él. Lo defiendo por vos, porque sé cuánto lo amás.

—Tanto, Carlitos. Todavía no puedo creer que me esté pasando esto a los cuarenta y seis años. Creí que nunca volvería a amar.

—Él está igual de enamorado, Cósina. Y me da la impresión de que tiene un cagazo enorme de perderte. Es como si se moviese con cuidado, como si caminase sobre huevos. Eso me gusta —acotó con acento vanidoso—, que piense que no estás muerta por él.

—Pero estoy muerta por él.

—No se lo digas. A los tipos pedantes como Lanz hay que tenerlos ahí, rogando.

—Gracias por el consejo —dije con risa en la voz.

Me despedí de mi amigo y llamé a Lanz. Era inusual,-en general era él el que llamaba o enviaba mensajes.

—¡Amor! —Su alegría me arrancó una sonrisa.

—¿Es un buen momento?

—Siempre, amor mío.

—¿Dónde estás?

—En el gimnasio de casa, descargando un poco de tensión.

—Gracias por el video que mandaste hacer.

—¡Ah, lo viste!

—Acabo de verlo en la página del programa de chimentos. Me emocioné —admití.

—Habría querido que recolectasen más testimonios, pero les di pocas horas para compilar todo.

—Es hermoso, Ignacio. Muy emotivo.

—Es el fiel reflejo de lo que sos vos y de la labor increíble que llevas adelante en la fundación.

—Gracias. El conductor dijo que lo habían enviado las madres de unos pacientes de la fundación.

Con Carlitos nos pareció lo mejor. Si lo hubiese enviado la fundación, habría sido muy sesgado. Muy parcial —explicó—. A Carlitos no le costó convencer a las madres que aparecen en el video para que lo subiesen en YouTube y enviasen el link desde sus casillas. Están tan agradecidas con vos y dijeron que harían cualquier cosa para ayudarte.

—Las voy a llamar para agradecerles.

—Amor —dijo y noté la inflexión en su voz—, te extraño, no aguanto otro día sin verte.

—Es muy riesgoso, Ignacio. Los periodistas me siguen a todas partes

—Lo sé, pero tengo un plan para vernos mañana. ¿Tenés ganas de verme? —me quiso probar y yo, que tendría que haber seguido el consejo que Carlitos acababa de darme, no tuve corazón.

—Es lo que más deseo.

—Igual yo. Mañana, a esta hora, vamos a estar juntos de nuevo.

—¿Cómo? —quise saber, ansiosa, expectante, el corazón que me batía desenfrenado.

—Tengo una cena en el Hotel Faría.

—¿Ese tan lujoso en Puerto Madero?

—Ese —confirmó—. El dueño es amigo mío. Me va a hacer salir del salón y me va a acompañar a la suite presidencial por un ascensor prohibido. Los periodistas ni se darán cuenta de que me fui. Vos me vas a estar esperando en la habitación.

—¿Cómo haré para llegar al hotel sin que me sigan los periodistas?

—Ya arreglé todo con Niño y con Leopoldo. Mañana por la mañana Niño va a alquilar un auto con todos los vidrios polarizados y lo va a dejar en la fundación. Cuando termines tu día, Leopoldo te va a llevar al Hotel Faría en ese auto, que nadie conoce. En el hotel te van a estar esperando en el estacionamiento para llevarte directo a la suite. Leopoldo sabe todo, vos no tenes que preocuparte por nada.

Me sentía abrumada y conmovida, los dos sentimientos me exploraban en el pecho; abrumada por la situación tan compleja que nos coartaba la libertad y conmovida a causa de los desvelos de Lanz para verme.

—Tráelo a Bernie. El hotel es pet friendly, como se dice ahora.

—Gracias, amor. ¿Estás bien? —pregunté, de pronto alertada por un timbre extraño en su voz —. Te noto... No sé, como decaído.

—Sólo necesito verte para volver a estar bien —contestó, pero yo sentía que me ocultaba algo.

—¿Todo bien con Nachito y Montse?

—Todo bien. Quédate tranquila.

—Hasta mañana, entonces. Que descanses.

—Hasta mañana, amor mío.

El miércoles me levanté un poco más temprano para aprestar los últimos efectos personales en el bolso. La jornada empezó bien pues al salir del garaje del edificio comprobé lo que Leopoldo me había advertido al llegar: no había un solo periodista de guardia.

Parece ser que se dieron por vencidos —comentó y, aunque yo pensaba que se debía al video que Lanz había mandado preparar, no lo mencioné.

La situación se repitió en el ingreso a la fundación. Aunque en la otra cuadra ya empezaban a congregarse las camionetas con antenas satelitales y las hienas, como llamaba Lanz a los periodistas.

El empresario de la construcción con el que me reuniría a primera hora se llamaba Fernando Riera y su empresa Ypsilon Construcciones. Llegó puntual. Me sorprendió su aspecto impoluto y cuidado. Debía de tener alrededor de setenta años muy bien llevados. Le di la mano y su apretón me resultó seguro y fuerte. Despedía un aroma agradable a colonia clásica. Lo invité a sentarse y aceptó el café que Marita le ofreció.

Como ocurría en esas situaciones, desempolvé el discurso que empleábamos con los potenciales patrocinadores y hablé acerca de nuestra labor, mechando con algunas estadísticas, que tanto les gustan a los empresarios.

—Licenciada Facchinetti —me interrumpió—, aunque con mucho gusto aportaré a esta institución tan prestigiosa, en realidad hoy estoy aquí por otra razón.

¡Oh! —me sorprendí y me incorpore en el sillón—. ¿En qué puedo ayudarlo?

—No es usted quien puede ayudarme a mí, sino yo a usted. He venido a prevenirla contra el ingeniero Lanz Reuter.

Su intervención resultó tan inesperada que me quedé muda, el aliento congelado en los pulmones.

—La he sorprendido, lo sé, y le pido disculpas. Pero juzgo que usted es una mujer excepcional. No es justo que uno como Lanz Reuter...

Me puse de pie en un acto mecánico y el empresario me imitó enseguida.

—Señor Riera —hable con una autoridad que no sentía—, si no ha venido a ofrecer su colaboración a mi instituto, entonces le voy a pedir que se retire. Tengo una agenda muy complicada.

—¿Le habló el de Daniela Dieter?

—Señor Riera...

—Daniela Dieter es mi sobrina —siguió adelante como si nada y yo me odie por ceder a la intriga—. Es más que una sobrina. Es como la hija que nunca tuve. Era muy joven cuando conoció a Lanz. Era una chica de una belleza arrebatadora, inteligente, simpática, con un gran futuro por delante. Pero Lanz Reuter la convirtió en su juguete y la arruinó. La volvió heroinómana. Casi la destruye.

Aunque estaba muy conmovida, me impuse conservar la calma. Tenía que sacar a ese

hombre de mi consultorio, de mi fundación y de mis pensamientos. No le permitiría que envenenase mi amor por Lanz. Estaba cansada de los que nos querían separar.

—Señor Riera, lamento el destino tan triste de su sobrina y sinceramente espero que haya vencido su adicción. —Alcé la mano para indicarle la puerta y me puse en movimiento—. Ahora voy a tener que dejarlo. Como le dije, me espera una larga jornada de trabajo.

El hombre se dio cuenta de que estaba tratándolo como a un niño o a un loco y se detuvo antes de cruzar el umbral.

—Usted no está tomándose en serio —expresó de mal modo— Pero yo le advierto que ese gusano de Lanz la usará hasta cansarse y luego la arrojará...

—He comprendido su advertencia —lo interrumpí—. Le agradezco que se haya molestado hasta aquí. Ahora me despido.

Se quedó mirándome con ojos cargados de resentimiento.

—¿Qué tiene ese maldito que las enseguece? ¿Qué tiene para convertirlas en sus esclavas? —preguntó de modo retórico antes de girar y salir de mi consultorio.

Cruzó la sala de espera a paso rápido y su figura desapareció en la escalera.

Marita y Leopoldo, que habían oído el último intercambio, se acercaron con expresiones preocupadas.

—Nada, nada desestime, y llamé a mi primer paciente.

La mañana pasó como un soplido y, pese a estar ocupada, cada tanto me venían a la mente el señor Riera y su sobrina, la tal Daniela Dieter ni siquiera sabía si recordaba bien el nombre. En una reunión con mi equipo en la que participó Justa me imaginé preguntándole si su padre había tenido una novia con ese nombre. No lo hice.

Al mediodía, mientras comía a las apuradas un sándwich en mi consultorio, cometí el error de googlear el nombre de Lanz y escribir a continuación Daniela. Me sugirió Dieter enseguida. La chica era de una belleza... ¿Cómo la había calificado su tío? ¿Arrebatadora? Sí, lo era. Más hermosa que Vivian. Lanz y la Dieter habían salido hacia fines de los noventa. ¡Qué joven lucía él! Qué pareja tan perfecta formaban. Leí unos artículos que hablaban de excesos, peleas y escándalos. Me quedé observando una fotografía estupenda de ellos dos juntos. Daba la impresión de que Lanz me miraba a los ojos. Debía tener treinta años. Y me pareció advertir que, tras la sonrisa perfecta y la pose de comando, escondía una tristeza infinita. Le acaricié el rostro experimentando algo que jamás creí que Lanz me inspirase: compasión.

“Amor mío”, pensé, porque lo imaginé perdido en ese mundo de reflectores, dinero y sexo y sin nadie que lo amase de verdad para guiarlo fuera.

Leopoldo me condujo hasta el Hotel Faría en el automóvil alquilado. Se lo notaba nervioso; cada tanto me lanzaba vistazos por el espejo retrovisor. Estaba segura de que le había avisado a su jefe de la visita de Riera.

Tal como me había explicado Lanz, una empleada del hotel, de maneras impecables y muy bien vestida, nos aguardaba en el garaje subterráneo para conducirme a la suite por un ascensor de uso exclusivo del personal. Leopoldo le entregó a la empleada mi bolso en la puerta de la habitación y se despidió.

—Mañana a las ocho estaré aquí, licenciada.

—Gracias, Leopoldo. Hasta mañana.

La suite quitaba el aliento por lo amplia —debía de tener unos doscientos metros cuadrados— y por la opulenta decoración en terciopelo rojo, muebles de caoba y detalles en dorado a la hoja. Una fragancia, a un tiempo suave y predominante, inundaba las estancias y me pareció

identificar los aromas del pino y del sándalo. La empleada me guió hasta el dormitorio, donde colocó mi bolso en un soporte para maletas. En otro cabía una valija negra de cabina.

—Es la del ingeniero, —explicó la chica. El mayordomo le traerá la cena, cuando usted lo indique.

Señaló el teléfono sobre la mesa de luz, —Presione el nueve y él responderá de inmediato. Su nombre es Fabricio. Ésta a su disposición, —Por aquí y alzó la mano para conducirme al baño en suite de mármol blanco, donde me explicó cómo emplear el enorme jacuzzi, que tenía dos apoyacabezas y los apoyabrazos acolchados, uno en cada extremo.— ¿Querrá cenar primero y después recibir a la cosmetóloga y a la estilista? —Como me vio dudar se explicó: Lo dispuso el ingeniero Lanz, que la atendiesen si usted lo deseaba, claro está.

—Primero la cena. Luego la cosmetóloga y la estilista resolví

—Le haré traer alimento al perro —dijo y palmeó la cabeza de Bernie.

Fabricio, un muchacho que no llegaba a los treinta, pero que se manejaba con las maneras de los antiguos mayordomos ingleses, me trajo la carta y me asesoró acerca del menú. Elegí la entrada de langostinos, los sorrentinos de zapallo con salsa a la trufa y el budín de frambuesas y chocolate blanco. La cena llegó media hora más tarde junto con el alimento balanceado y un bebedero. Comí mirando la tele, aunque me lo pasé haciendo zapping. Estaba nerviosa y ni siquiera disfruté de los platos exquisitos.

Me higienicé la boca y convoqué a la cosmetóloga y a la estilista, Lucila y Kosi llegaron con una camilla para masajes y dos valijas repletas de productos y aparatos, Eran muy calladas y trabajaban con delicadeza. Fueron dos horas de exquisito relax y durante las cuales experimenté un profundo agradecimiento por Lanz, por consentirme, por pensar en mi bienestar.

La estilista, tras lavarme la cabeza, ofreció hacerme un brushing, lo cual acepté. Alisar mis bucles y rulos operaba en mí una transformación asombrosa y quería que Lanz me viese con el cabello de ese modo, cuando me cubría la espalda por completo.

Lo había llevado lacio para la fiesta de egresados. ¿Se acordaría? La estilista agregó unas ondas en las puntas y el efecto resultó magnífico; me rejuvenecía.

Tras una limpieza de cutis y luego de descongestionarme y ocultarme las ojeras, la cosmetóloga me maquilló apenas, un poco con máscara, rubor y una tonalidad rojiza en los labios. No usó base porque juzgó un pecado cubrir una piel “tan diáfana y suave”. Me sentí halagada.

Las despedí con una propina. Regresé al dormitorio y acomodé sobre la cama la remera de modal negra con cuello bote y mangas tres cuartos y la falda plato negra con florones y mariposas bordados en tonalidades rojas y verdes. La tela de poliéster almidonada conseguía un efecto acampanado, lo que disimulaba el ancho de mis caderas y me remarcaba la cintura.

No usaría medias y me sentí muy atrevida al decidir que no me pondría bombacha. Me calcé unos zapatos clásicos de cabritilla negra, con bastante taco.

Me perfumé generosamente con Alien. Me estudié en el espejo. Esa noche no analizaría las pequeñas arrugas que comenzaban a asomar en el mentón, ni el surco entre las cejas. Esa noche no pensaría en la belleza de Vivian ni en la de Daniela. Esa noche me sentía hermosa.

Sabía por Leopoldo que Fernando Riera se había reunido con Cósima, y sabía también, que la entrevista había terminado mal.

¡Hijo de puta! Lo contemplaba desde mi mesa en el salón del Hotel Faría y apretaba el tenedor con ganas de clavárselo entre las cejas

Apenas mi guardaespaldas me advirtió de la presencia Riera en la Fundación, llamé a Daniela. Me atendió enseguida. Intentó bromear con lo del escándalo y la interrumpí sin medias tintas.

—¿Cómo supiste de Cósima y de mí?

—Por la tele, claro.

—¡No me jodas, Daniela lo supiste antes que explotase el escándalo. ¿Quién te lo dijo? ¡Hablá!

—Tío Fernando —claudicó.

—¿Cómo lo supo?

—Por Arturo, él se lo contó.

La nueva puñalada de Cimmi me dejó mudo. ¿Hasta dónde llegaba su traición? ¿Qué estaba planeando? Lo más importante era: ¿cómo lo sabía? Nunca se lo había siquiera insinuado.

—Gracias —dije.

—Cuidate, Nacho —me previno Daniel a.

—¿De qué tengo que cuidarme? —la sonsaqué.

—No lo sé —admitió—, pero tengo la impresión de que tío Fernando y Arturo traman algo.

—¿Podes averiguar?

—Voy a intentar.

Que Arturo hubiese sabido de mi romance con Cosima demostraba su relación íntima con Vivian, porque se había enterado por ella, no tenía duda al respecto. ¿Qué esperaba para enfrentarlo y desenmascararlo? Tenía que actuar con astucia, sacar provecho de la situación. Me fijé un límite de tiempo. No sostendría el seguimiento y la vigilancia de modo indefinido. El daño que Cimmi podía hacerme y hacerle a la empresa era muy grande. Él conocía mis tratos secretos con algunos políticos. No sería tan idiota de denunciarlos. ¿O sí? Estando desesperado y no teniendo nada que perder, ¿por qué, no? Ni siquiera la amenaza de una posible represalia por parte de los peces gordos e inescrupulosos de la política argentina lo asustaría. Cimmi a veces era muy emocional e impulsivo, cualidades que yo siempre había considerado flaquezas.

A medida que se acercaba la hora de ir al Hotel Faría me alejaba de los problemas. Cósima ocupaba su espacio, era la única que contaba con el poder para hacerme olvidar. Ya en el salón, mientras departía con colegas y conocidos del rubro, estaba atento al celular y sólo después de recibir el mensaje de Leopoldo, en el que me aseguraba que Cósima estaba instalada en la suite, me serené. No nos habíamos comunicado en todo el día y tenía miedo de que, tras lo que fuese que Riera le hubiera dicho, no quisiera pasar la noche conmigo.

El evento me resultó eterno. Tras la cena, mi viejo, que era el presidente de la cámara desde hacía veintiséis años, se posicionó en el atril para leer su discurso anual y entregar los premios. Observé a la concurrencia, que aplaudía de pie a Lanz Reuter padre, como lo llamaban para distinguirlo de mí. Había varios periodistas políticos y de economía cubriendo el evento. Pero también avisté rostros del periodismo farandulero. Estaban ahí por mí. Se me echarían encima apenas mostrase la intención de irme. ¿Cuándo aflojarían? No en el corto plazo si Vivian seguía concurriendo a los programas y alimentándolos con información.

A la hora acordada, las doce menos cuarto, Pancho Faría se aproximó a mi mesa. Varios flashes fotográficos nos iluminaron mientras nos saludábamos con un abrazo. Al ponernos en marcha, los periodistas, como había previsto, nos cortaron el paso y me soltaron preguntas acerca de mi matrimonio y de Cósima. Aunque los camareros y el director del salón nos hacían un corro, las hienas luchaban por imponer sus voces. Seguí caminando, fingiendo interés en los comentarios de Pancho, pese a que una de las preguntas me afectó.

—¿Es cierto que le hacías bullying cuando eran compañeros de secundario?

Nos evadimos del salón por una puerta lateral, que el director cerró con llave para impedir que la prensa nos siguiese. Caminamos por pasillos internos, claramente de uso exclusivo del personal. Subimos en un ascensor enorme, parecía un montacargas, que nos condujo lentamente hasta el último piso, donde se hallaba la suite presidencial. Pancho no descendió del ascensor. Nos dimos la mano para despedirnos.

Te debo una grande —bromeé, y el lo desestimó con un gesto de la boca antes de que las puertas se cerrasen.

Tragué los metros hasta la puerta de doble hoja. Sonreí al oír a Bernie que gruñía y olfateaba por el resquicio. Saqué la tarjeta del bolsillo del saco y abrí. La vi enseguida; me esperaba al final del pasillo. Tenía el cabello muy lacio y larguísimo. Me cegó el recuerdo de la fiesta de egresados. No reparé en los detalles, tal vez los analizaría después. Caminé hacia ella con la determinación de un depredador, la vista fija en su mirada de ojos enormes y oscuros. Los ojos de mi Cósima, llenos de esperanza y amor.

Avanzó hacia mí y nos encontramos en un abrazo mudo, los labios, hambrientos de uno en la boca del otro, las manos codiciosas y desenfrenadas. Nos tocamos y fue como experimentar el alivio luego de un dolor sordo. Ella me quitó el saco y yo hice otro tanto con su remera. Le baje las tazas de los corpiños y sus tetas quedaron expuestas frente a mí, sus tetas que eran sólo mías y que en los últimos días habían sido el objeto de difusión y análisis por parte de las hienas inmundas.

Me había propuesto no saltarle encima como un lobo. Era imposible; Cósima despertaba una veta barbárica para la cual no existía suficiente voluntad que la sometiera. Acepté mi incapacidad de comportarme como un amante normal; me di por vencido. A Cósima no parecía importarle y, mientras yo la besaba y la tocaba por todas partes, ella intentaba desabrocharme el cinto a ciegas. Nos conducíamos de ese modo desmesurado, en silencio, sin intercambio de palabras, nuestra prisa y agitación componían los únicos sonidos del ambiente.

Le metí las manos bajo la pollera; quería arrancarle las medias y la bombacha, sólo que no tenía nada, ni medias ni bombacha. Separó ligeramente las piernas en una invitación clara, y ese gesto me enloqueció. La sujeté por las nalgas y la levanté en el aire. Aparté la silla con el pie y la recosté en la cabecera de una mesa para varios comensales. Me tomé un instante y le mire el pelo larguísimo en torno a ella y la expresión que me decía que la dominaba la misma excitación desbocada que a mí. Extendió el brazo y me rozó la mejilla.

—Amor —suplicó.

Le levanté las piernas, me calcé sus pantorrillas en los hombros y me enterré dentro de ella. La invasión, que la obligó a arquearse y a gemir como si la hubiese herido, me hizo soltar un clamor mezcla de puro placer y de pura dicha; estaba en el sitio del cual nunca me iría. Cósima alzó los párpados y nos miramos, y esa simple conexión me resultó más íntima que encontrarme clavado en su interior.

Te amo —murmuré jadeante a causa de la rapidez, y de la fuerza con que entraba y salía de

ella.

La codicia por abarcar de un solo vistazo el espectáculo que exponía esa mujer tendida sobre la mesa, sernidesnuda, entregada a mis caprichos, aferrada a mí, me volvía más agresivo con cada penetrar— Sus tetas rebotaban al ritmo frenético de mis embestidas y me dije que era lo más erótico que había visto, aunque en honor a la verdad no había una parte de Cósima que no me despertase las ganas de devorarla, como esos labios pintados de rojo.

Se corrió y, en un acto inconsciente, me enterró los dedos en los antebrazos y me atrajo hacia ella como si no le bastase que estuviera ya completo dentro de su cuerpo. La seguí poco después y, como había resultado desde la primera vez, el orgasmo fue tremendo. Seguí empujándola, anhelando esa última gota de placer, hasta que caí, todavía tenso sobre ella. Me envolvió en sus brazos y sentí que iba aflojándome poco a poco. No fue sino hasta esa instancia que comprendí cuánto la había necesitado, a ella, pero también al alivio que me daba, al momento mágico en el que me curaba las heridas, como lo había hecho cuando mis padres se divorciaron.

—Hola —dijo y se echó a reír.

Clavé el mentón en su escote y la mire con ojos somnolientos.

—Hola, amor mío —respondí, feliz de oírla reír.

La ayude a incorporarse y nos abrazamos.

—Cuánto te necesitaba —susurré con la mejilla sobre su cabeza.

—Gracias por este regalo.

—¿Por el polvo que acabo de echarte? —bromeé.

—Por eso también. —Se apartó y nos miramos—. Por organizar este encuentro, por esta habitación tan hermosa, por la cosmetóloga y la peluquera, por la cena exquisita. Por todo.

—Estás tan linda —expresé—. No pude contenerme —me justifiqué—. Habría querido comportarme más romántica y caballerosamente.

Rió de nuevo y me sujetó por las mandíbulas para mordisquearme los labios.

—Amo el hambre que nos tenemos —aseguró y me acarició la boca con la suya mientras lo decía.

Volvíamos a contemplarnos en silencio, con la misma intensidad de cuando estaba profundo dentro de ella. Abrumado de amor y de un sentimiento indescifrable y poderoso que me anudaba la garganta, susurré su nombre en un acto inconsciente.

—Te amo, Ignacio. Te amo, amor mío —repitió y yo solté un gemido, no de placer, no de lujuria, sino de emoción, conmovido después de un día de incertidumbre en el que había temido que Fernando Riera hubiese arruinado las cosas entre nosotros.

La abracé con desesperación. Era ingobernable lo que me provocaba. La veía frágil, la sentía delicada contra mi cuerpo y al mismo tiempo la sabía poderosa, tenaz, fuerte, más fuerte que yo. Me inspiraba orgullo y humildad; orgullo de poseerla y humildad ante la certeza de que no la merecía.

—Ignacio, el jacuzzi está listo —la oí murmurar—. ¿No quieres relajarte un rato? —me ofreció—. Debes de estar cansado.

Le ordené que me rodease la cintura con las piernas y crucé el living con ella prendida a mi torso, con cada paso que daba, el pantalón se me deslizaba un poco más por las piernas, hasta que acabé avanzando como una geisha, con la prenda trabada en los pies. Cósima reía a carcajadas. Su risa terminó por contagiarme, por lo que acabamos echados en la cama a risotada limpia. Fuimos calmándonos. La tenía aferrada por la cintura, pegada a mí. Nos mirábamos fijamente en una intimidad cómoda al tiempo que cargada de una tensión erótica.

—Nunca he sido tan feliz como ahora —susurré—. En realidad no sabía lo que era ser feliz hasta que llegaste a mi vida. —Me sonrió y me besó, pero no dijo nada—. ¿Estás bien? —me preocupé.

—Mejor imposible —aseguró y se estiró entre mis brazos.

Acepté la propuesta de darnos un baño en el jacuzzi.

—Vos quédate donde estás —me ordenó—. Yo te voy a desvestir. Relájate.

Primero se deshizo del corpiño, los tacos y la pollera. Una vez desnuda, se dedicó a sacarme la ropa. Como mis piernas estaban fuera de la cama, se acuclilló para quitarme los zapatos, las medias y el pantalón. Me masajeó los pies y yo cerré los ojos e hice lo que me había ordenado, me relajé. Debí de quedarme dormido; cuando volví a verla estaba desprendiendo los gemelos que me había regalado. Me incorporé para ayudarla a que me quitase la camisa.

Un momento más tarde, completamente saciados, nos introdujimos en el agua caliente del jacuzzi. La sensación de bienestar era novedosa, esa flojedad absoluta combinada con una sensación de euforia por tener a Cósima entre mis brazos. Hablamos acerca del evento de la Cámara de la Construcción y charlamos también sobre los periodistas. Pasaban los minutos y ella no mencionaba a Riera.

—¿Cuándo vas a contarme que Fernando Riera fue a verte hoy?

—Sabía que Leopoldo te lo mencionaría.

—Está ahí porque le ordené que te protegiese. ¿Te molesta que me lo haya dicho?

—No quiero sumarte una preocupación más a todas las que tenes —se justificó.

La obligué a girar entre mis brazos para mirarla a los ojos.

—Vos y mis hijos son mi prioridad. No sos una preocupación más Cósima. Sos el centro de mi vida.

Me colocó las manos sobre las sienes y me besó los labios.

—Nada de lo que me digan me hará cambiar lo que siento, Ignacio Lo decidí después de la charla con mi madrina. Quiero que estés tranquilo.

—¿Qué te dijo? —exigí saber y, como se quedó mirándome en silencio, insistí: ¿Qué dijo?

—Me habló de Daniela Dieter, su sobrina.

—Te dije que yo la metí en las drogas, ¿no? —Asintió con expresión neutra—. No es verdad, amor. Por favor, créeme. Daniela y yo todavía somos amigos. Si quieres, puedo pedirle que te cuente cómo fue.

—Te creo, Ignacio. Quiero que sepas que iba a contarte— —pero no esta noche. Esta noche quería que te relajases y te olvidaras de todo. Y te lo iba a mencionar porque ese hombre me dio miedo —Debí reaccionar a su comentario, cambiar la expresión, porque de pronto lo vi fruncir el entrecejo y mirarme como si me estudiase—, ¿Qué pasa? Te noto preocupado. Quiero que me cuentes todo. Quiero ayudarte. Y, si no puedo ayudarte, al menos quiero ser alguien en quien puedas confiar descargar la tensión.

La ame aún más, si eso era posible. Nos abrazamos. No estaba acostumbrado a abrirme con nadie pues no confiaba en las personas, en especial en aquellas que estaban cerca de mí; eran las que podían herirme profundamente y la realidad me daba la razón con Cimmi y Vivian. Cósima representaba una nueva dimensión, una en la que no existían tensiones o miedos, sólo confianza y paz.

Fuí contándole todo, desde el hallazgo secreto del celular de Vivian, hasta el descubrimiento de la traición de Cimmi. Me gustó que me escuchase en silencio y con expresión serena, como si nada le resultase tan dramático ni trágico. Y hablando con ella comprendí por qué el investigador

privado no había atrapado a Vivian in fraganti, se debía al hecho de en los últimos meses Cimmi se lo había pasado de viaje. Ahora que lo meditaba, Ricardo me había señalado algunas visitas de Vivian a la constructora; había asumido que iba a ver a su amiga Érica Arrieta. En ese instante comprendí que se trataba de Cimmi. ¿Dónde se habrían reunido? Por cierto no en el piso treinta y seis.

—¿Hasta cuándo vas a esperar para enfrentar a Cimmi?

—¿Vos cuándo lo harías?

—Si yo le pierdo la confianza a alguien, si ya no puedo mirarlo a los ojos, me aparto enseguida.

—Y, no te cuestionás si podrías estar equivocándote con esa persona?

—El instinto rara vez se equivoca —aseguró y me preguntó a continuación —¿Qué te dicta el instinto en esta cuestión?

—Que Cimmi me caga con Vivian es casi una certeza, pero sospecho que me quiere cagar todavía más.

—Entonces no esperes.

Capítulo XIV

JUICIOS ERRADOS

Cósima

Dormí profundamente después de varias noches de un sueño sobresaltado, sin reposo. Como acostumbrábamos, hicimos el amor al despertar. Lo abracé como si temiese que me lo arrebataran y me pregunté si lo nuestro, tan intenso, tan verdadero, moriría algún día, si llegaría el momento en que él me apartaría de su lado como había hecho con las otras. La noche anterior le había asegurado que no volvería a dar crédito a las habladurías, pero mis miedos y mis inseguridades eran otra cuestión.

Alzó la vista y se quedó mirándome, como si presintiese mi tormento.

—¿Qué pasa, amor? —susurró.

—Soy tan feliz —balbuceé, y su sonrisa me cortó la respiración

Le acaricié los labios, que me besaron los dedos. Volvió a mírame

—Era lo único que necesitaba oír para enfrentar lo que tengo enfrentar hoy. —Frunció el entrecejo y enseguida le pasé la mano para relajárselo—. ¿Por qué, si estás tan feliz, tenés esa carita?

No quería abrumarlo con mis dudas; eran mías y a mí me correspondía lidiar con ellas. Estaba arruinando un momento perfecto pesando en un futuro que no existía. Le acuné las sienes y le sonreí.

—Porque dentro de un rato nos vamos a despedir y no quiero.

—Te tendría conmigo el día entero —afirmó—. Sentada cerca de mí, donde pudiese oler tu perfume y hacerte el amor cuando nos diera la gana. Ahora que lo pienso, creo que no laburaríamos ninguno de los dos —expresó y su gesto me hizo reír; él también rió hasta que los labios se le fueron relajando y me contempló con seriedad—. No dudes de mí. Cósima —me pidió con acento de súplica—, porque lo que siento por vos es lo más fuerte que he sentido por otro ser humano en mi vida entera. Dura desde que tenía trece años. ¿Eso no vale para demostrarte cuánto te amo?

Asentí moviendo la cabeza sobre la almohada, incapaz de articular. Más allá del esfuerzo por ocultarle mis dudas, él las había adivinado.

Habría sido sensato despedirnos en la habitación. Pero no podíamos separarnos, por lo que bajamos juntos utilizando el ascensor de servicio y caminamos de la mano por el garaje subterráneo hasta la camioneta con Leopoldo al volante. El guardaespaldas se bajó, nos saludó discretamente y se ocupó de acomodar a Bernie en la parte trasera. En tanto nosotros nos besábamos y nos despedíamos.

—No quiero dejarte ir —susurró Lanz sobre mis labios.

—Yo no quiero hacerlo.

Ansiaba preguntarle cuándo volveríamos a vernos. Callé, firme en la convicción de no ser otra carga para él. Lanz, sin embargo, parecía leerme los pensamientos esa mañana.

—No puedo pasar tantos días sin vos —declaró—. Veré qué invento para que volvamos a estar juntos lo antes posible.

—Cuando sea, estaré lista. Que tengas un buen día, amor mío —dije, y lo besé por última vez antes de separarme.

La camioneta se puso en marcha y, en tanto se alejaba, nuestras miradas se mantuvieron unidas. Hasta que Leopoldo giró a la derecha y el hilo invisible se cortó.

Ignacio

Cuando Cósima desapareció de mi campo visual me puse en marcha hacia el Mercedes estacionado a pocos metros. Niño Rossi bajó para abrirme la puerta trasera. Lo saludé y me acomodé en el asiento. Saqué el celular y llamé a mi madre. Montse y Nachito habían pasado una buena noche. Nachito no había mojado el colchón y Sara estaba preparándolo. Hugo regresaría después de haber llevado a Montse a la escuela y los conduciría a la fundación.

—¿Y Vivian? —quise saber.

—Se fue anoche apenas terminamos de cenar, a eso de las diez, diez y pico. Traté de convencerla de que no siguiese yendo a los programas televisivos, pero me dijo que ella haría lo que considerara necesario para salvar su matrimonio.

—No te gastes, mamá. Vivian es un caso perdido.

Corté y enseguida me entró otra llamada. Era el investigador privado.

—Ingeniero, necesito que venga a mi oficina ahora. Hemos dado con un filón de oro.

Le indiqué a Niño que cambiase el rumbo y nos dirigimos a la calle Tucumán, casi en esquina con Carlos Pellegrini. Entré en el viejo edificio y subí los dos pisos por la escalera. Ricardo Petris me aguardaba al final del corredor con la puerta abierta. Me condujo hasta una habitación con monitores de circuito cerrado de televisión y varias computadoras. El técnico que había instalado las cámaras en el despacho de Cimmi tecleaba en una de ellas. Se volvió para saludarme y ofrecerme una butaca.

Anoche la señora Vivian fue a su empresa a eso de las once informé, y yo recordé, como si eso importase, que había dejado lo de mi vieja a las diez y pico—.

—Miré esto, ingeniero. —Ricardo alzó el índice para frenarlo y el técnico retiró las manos del teclado.

—Ingeniero —dijo el ex agente de la SIDE—, lo que verá no es agradable en absoluto. Si prefiere le cuento y se ahorra el mal trago.

—Quiero verlo —declaré, y el técnico procedió.

Era una filmación de Vivian y Cimmi cogiendo sobre su escritorio en la oficina del piso treinta y seis. Apoyé el codo en el brazo de la butaca y me sostuve el mentón con la mano, la vista fija en la pantalla. Me sorprendía la desconexión que experimentaba mientras observaba a esos dos individuos, tan próximos a mí, traicionarme. No había rabia, ni celos, ni odio, excepto un enorme vacío y, en algunas instancias, una profunda repugnancia por las groserías que se decían, sobre

todo Vivian. No la reconocía, ni a esa mujer vulgar ni a su cuerpo delgado y esculpido a fuerza de tratamientos de spa, cirugías y horas de gimnasia. Me pregunté cómo me había atraído una vez... Ahora éramos criaturas de dimensiones opuestas.

Resultaba evidente, por pequeños detalles, que la cosa entre ellos venía desde hacía tiempo; se conocían los gustos y las debilidades, Los dos consumieron cocaína después del sexo y se rieron de la ironía de hacerlo en mi empresa, a pocos metros de mi despacho. Cimmi le sugirió que bajase el tono con la prensa farandulera y Vivian reaccionó mal.

—Voy a hacer lo que crea necesario para recuperar a Ignacio.

—Eso es justamente lo que no tenes que hacer. Además, ¿para qué querés recuperar a un hombre que tiene a otra? ¡Está claro que la ama!

—¿A vos te lo dijo, que la ama?

—No. Ignacio jamás me confía sus temas personales.

—Puede tener a otra, Arturo —afirmó con poca paciencia— las tuvo siempre, pero lo que no puede hacer es humillarme y dejarme, ¡Y menos por una gorda sin clase, doce años mayor que yo! En cuanto a que la ama, Ignacio no ama a nadie.

—Amor —dijo Cimmi, y le sujetó la cara; —el pobre boludo se había enamorado— ¿Por qué no aceptás el divorcio y empezamos una vida nosotros dos, juntos?

Vivian se apartó bruscamente. Cimmi dejó caer las manos y la contempló con tristeza.

—Fui clara cuando empezamos con esto, Arturo. No me gusta repetirme —expresó mientras iba poniéndose la ropa esparcida por el suelo.

Cimmi la imitó y comenzó a vestirse. Salieron unos segundos más tarde. El técnico detuvo la filmación.

—¿A dónde fueron? —quise saber.

—Ella a su casa y él a su departamento en la Recoleta —detalle Ricardo Petris—, tengo a dos de mis mejores hombres asignados al seguimiento

—Quiero un archivo con esa grabación ahora.

—Por supuesto, ingeniero —contestó y ordenó al técnico que lo preparase y me lo enviara a mi casilla de correo.

Subí al auto y le indique a Niño que me llevase a la constructora.

No quería admitir que estaba impresionado y confundido. Me tomé unos minutos para cerrar los ojos y planear los pasos a seguir. Necesitaba ordenarlos en mi mente para calzar con precisión los eventos y que nada escapase a mi control. Alcé lentamente los párpados y extraje el celular del sobretodo. Llamé a Romina.

—En quince minutos estaré ahí. Que los gerentes de Administración, IT, Jurídicos y Recursos Humanos estén esperándome. Es urgente.No acepto excusas.

—Como usted disponga, ingeniero.

—¿Alguna novedad?

—El ingeniero Cimmi pidió verlo.

—Decile que, apenas llegue a la constructora, lo veré.

Claro que lo vería. Me insté a mantener las emociones a raya. Llamé

Al doctor Merlino y lo puse al tanto del video. Le pedí que preparase la solicitud de divorcio de Vivian.

—Es muy probable que mi ex esposa vaya hoy al estudio a firmarla.

—La tendré lista —aseguró.

En las cercanías del edificio de la constructora avisté a varios periodistas, quienes, al

reconocer mi automóvil, se abalanzaron para atacarme con sus micrófonos y preguntas brutales. Los guardias los mantuvieron alejados, por lo que ingresamos sin inconvenientes.

Bajé del ascensor en el piso treinta y seis y me evadí por la puerta del dormitorio contiguo a mi oficina. Me encerré en el baño, donde, de acuerdo con mi plan, me dispuse a enviar el video a Vivian. Elegí un canal multitudinario como WhatsApp, que le provocaría vértigo y pavor —El mensaje decía: Si no querés que este video termine en todos los canales de tv, te aconsejo que vayas preparando tus cosas para dejar mi casa hoy. A las doce iré a buscarte. Antes de llevarte al dpto. de Figueroa Alcorta iremos a lo de mi abogado para que firmes la solicitud de divorcio de acuerdo con mis condiciones.

Apreté “Enviar” y oscurecí la pantalla del teléfono. Cerré los ojos e inspiré profundamente para relajar la tensión en el estómago. Necesitaba hablar con Cósima. Me abstuve, seguro de que se daría cuenta de que estaba nervioso; no quería interrumpirla ni alterarla durante su jornada de trabajo.

Salí con determinación. Romina se puso de pie al verme, pero la frené con un ademán de mano. Me dirigí a la oficina de Cimmi. Entré, sin anunciarme. Hablaba por el celular. Se lo veía ofuscado. “Habla con Vivian”, me dije. Mi ex no había perdido tiempo y lo había llamado. Arturo me miró fijamente mientras apartaba el teléfono del oído y lo depositaba en el escritorio. Sí, era Vivian; habría reconocido sus gritos en cualquier parte y circunstancia. Se acallaron cuando Cimmi corto y se puso de pie.

—Ignacio...

—Iba a mostrarte el video, pero veo que Vivian me arruinó la sorpresa. De todos modos —dije mientras tecleaba en mi teléfono—, te lo acabo de enviar a tu casilla. La personal —aclaré—, porque la de la empresa ya fue dada de baja.

—Ignacio, permitime...

—No te permito nada, ni siquiera una palabra —dije, y el cambio drástico en mi cara y en mi voz lo detuvo—. No hay nada que decir.

—Necesito explicarte...

—No hay nada que explicar.

—¡Yo la amo! —proclamó como si fuese una justificación que validase la traición.

—Pues me alegro. Ahora tendrás la posibilidad de estar con ella.

—Ignacio, por favor, no...

Alcé la mano mientras me aproximaba a su escritorio. Se alejó, amedrentado, cuando pasé junto a él. Reí por lo bajo y sacudí la cabeza mientras usaba el intercomunicador para llamar a Romina.

—Necesito dos guardias de seguridad en la oficina del ingeniero Cimmi. Ahora. ¡Ya!

—Enseguida, ingeniero.

—Ignacio —se lamentó Arturo—, no hacen falta los guardias. Sabes que no te perjudicaría, ni a vos ni a la empresa por la cual he dado todo, lo mejor de mí.

Sonreí, una sonrisa que en realidad era una mueca en la que le mostraba los dientes como un perro.

—Sí, lo mejor de vos —repetí—. Claro, no me perjudicaría. Miserable, que no sos otra cosa —barboteé y enseguida me controlé—. Sé de tus tratos con Riera. Lo sé todo. Voy a ir hasta el fondo de esta cuestión y te voy a destruir. ¿O acaso te olvidaste de que firmaste un NDA?

—¡Ya te dije que fui a almorzar con él...!

—No alcés la voz. Y guárdate tus mentiras. Es patético que intentes mentirme cuando sé que

sos capaz de todo, incluso de cogerte a mi esposa.

—¡Vos no la amás! ¡Vos no la valoras! ¡Ella sabe que la cagas con otras!

Lo aferré por las solapas del saco y lo arrastré hasta la pared, donde lo levanté en el aire y le apreté la tráquea.

—¡Señor! —oí a Romina y solté a Cimmi, que quedó en cuclillas a mis pies mientras se sobaba el cuello y tosía.

Sacudí los brazos para acomodar las mangas del sobretodo. Con un movimiento de cabeza indiqué a los guardias que lo ayudasen a ponerse de pie.

—Romina, quiero que te quedes aquí supervisando que el ingeniero Cimmi sólo se lleve los efectos personales.

—¡No soy un ladrón! —se defendió Arturo con la voz todavía débil y ronca.

Hice caso omiso y seguí hablando.

—No puede usar la computadora ni hacer llamadas desde el teléfono de la empresa. No puede tocar ningún documento ni papel. No puede llevarse ningún cedé ni ningún USB. No puede tomar fotografías ni filmar. Tendrán que palparlo para comprobar que sólo tenga efectos personales con él. Deberá entregar las dos tarjetas de crédito corporativas y las llaves del auto. Lo acompañarán hasta la salida del edificio y dispondrán que jamás se le permita el acceso a la empresa. ¿He sido claro?

—Sí, ingeniero.

—A vos no te conviene echarme así como así, Nacho —me advirtió Cimmi—. Vos y yo sabemos que no te conviene.

Salí sin dar un vistazo atrás. En la sala de espera, fuera de mi oficina, me aguardaban los gerentes. Mascullé un saludo y sentí sus miradas que me siguieron hasta que cerré la puerta. De seguro habían oído los gritos de Arturo proclamando su amor incondicional por mi esposa, la verdad era que estaba sorprendido; siempre había barajado la posibilidad de que Cimmi fuese homosexual y que ese hubiera sido el motivo de su divorcio. Tenía un costado femeNiño que atraía a las mujeres; terminaban por convertirlo en un amigo y confidente. El video que acaba de ver en las oficinas del investigador privado lo ponía bajo una luz distinta y, así como me había equivocado en mi juicio acerca de la sexualidad, me preguntaba qué otros aspectos había evaluado erróneamente.

Me quité el sobretodo y el saco. Me aflojé la corbata. Me eché en la butaca y apoyé los codos sobre el escritorio. Me cubrí la cara con las manos. Quería serenarme; el corazón me batía en el pecho. Alcé los párpados y lo primero que vi fueron los gemelos de Cósima. Así como me había contenido un rato antes, en ese momento la llamé sin pensar en ella, sólo en mí y en la necesidad de oírla.

—¿Amor?

Suspiré y me recosté contra el respaldo. Cerré los ojos.

—Hola. ¿Estás ocupada?

—A punto de hacer pasar a mi próximo paciente. ¿Cómo estás? te escucho tenso.

—Acabo de echar a Arturo Cimmi. Lo despedí de la constructora —aclaré—. Confirmé lo que sospechaba: es el amante de Vivian.

—¡Oh! —Tras un silencio quiso saber-: ¿Vos cómo estás?

Su pregunta me hizo sonreír. No le interesaban los detalles sórdidos ni cómo había obtenido la ratificación. Sólo le importaba mi estado de ánimo.

—No lo sé. Con la adrenalina a mil, supongo. Cuando baje caeré en la cuenta de su traición.

Ahora tengo que ocuparme de muchos asuntos que él manejaba. Pero antes necesitaba oírte.

—Aquí estoy —dijo y me arrancó otra sonrisa—. ¿Querés que almorcemos juntos?

—No, amor. A las doce tengo que hacerme cargo de Vivian. Pero esta noche sí voy a necesitarte. Y no me importa si los periodistas nos ven entrar en tu edificio —me apresuré a aclarar.

—Bernie y yo estaremos esperándote.

Tal vez llegue tarde. Primero quiero poner a dormir a los chicos.

—Estaré esperándote —repitió—. A la hora que sea.

Capítulo XV

A TODA ACCIÓN SE LE OPONE UNA REACCIÓN

Cósima

Almorcé con Carlitos, Justa y Lucho. La hija mayor de Lanz no parecía estar al tanto de las desventuras del padre; se la veía muy contenta y relajada mientras nos contaba acerca de una profesora a la que nadie soportaba. Al final del almuerzo acompañé a Lucho hasta su automóvil. Se dirigía al Hípico; de hecho su primer alumno era Nachito. Las cosas entre él y yo seguían tensas, enrarecidas, por lo que me empeñaba en restablecer el vínculo de amistad.

—Me comentó Carlitos que hay un interesado en patrocinar la fundación —dijo mientras guardaba las monturas en la camioneta—. Tenía una reunión con vos ayer, según entiendo. —Asentí sin hablar—. Un empresario de la construcción —añadió—. No lo habrá mandado Lanz, ¿no?

—Al contrario. Vino a hablar mal de él. No estaba interesado en donar dinero. Sólo quería verme para hablar mal de Lanz.

Lucho siguió acomodando otros elementos que empleaba en los ejercicios de volting.

—¿Qué te dijo?

—Mentiras.

—¿Estás segura de que son mentiras?

—Sí, Lucho, estoy segura.

Nos miramos con fijeza. Tuvo la intención de acariciarme la mejilla, Pero yo me retiré.

—No quiero que te haga daño.

—Me hace feliz, Lucho.

—Hasta ahora —dijo con acento vencido— sólo te ha causado problemas. No tolero ver cómo esos periodistas de cuarta se refieren a vos.

—Justamente —alegué—, porque son periodistas de cuarta no deberías preocuparte.

—Podrían perjudicar la imagen de la fundación. Vos sos el alma de este lugar.

—He pasado por períodos más difíciles y siempre he salido adelante ¿Cuento con tu amistad todavía? —exigí saber.

Soltó bruscamente lo que estaba guardando y se volvió hacia mí. No me dio tiempo a reaccionar y me abrazó. Se apartó unos segundos después.

—Sabes que siempre vas a contar con mi amistad y mi fidelidad. Siempre, Cosi. Pero no me pidas que acepte lo que tenes con ese tipo porque no creo que pueda hacerlo.

Asentí con semblante impasible, una máscara que disimulaba el dolor que Lucho acababa de causarme. Lo llamaba “tipo” a Lanz, a mi amado Lanz, y me aseguraba que jamás aceptaría lo que había entre nosotros. Me pregunté si sería posible sostener nuestra amistad. ¿Cómo haríamos en las fiestas familiares, en las fechas importantes, en las simples reuniones de amigos? Lucho

no admitiría la presencia de Lanz, y yo, sin él, no asistiría a ningún evento. “Que sea lo que tenga que ser”, me dije y volví a la fundación para continuar con mi trabajo.

Como nos habíamos despedido con frialdad, me sorprendió recibir un llamado de Lucho una hora más tarde. Me ilusioné pensando que tal vez me pediría disculpas y me diría que aceptaba mi relación con Lanz. Enseguida supe que había un problema por el tono con que dijo mi nombre.

—La mamá de Nachito acaba de llevárselo.

—¿Qué! —me puse de pie—. ¿Dónde? ¿En el Hípico?

—Sí, en el Hípico. Como Sara quiso impedírselo, la atacó. Estaba armada y le dio un culatazo en la frente.

—Dios bendito —susurre.

Estoy llevándola al hospital. Está sangrando mucho. Además creo que Pepe le dislocó la muñeca tratando de irse tras Nachito. Estaba como loco. Fueron sus ladridos los que me alertaron. Pero cuando llegué ya se habían ido.

—¿Y Hugo? ¿Y el chofer? —aclaré.

—En el bar. Yo justo me había alejado del picadero para buscar unos elementos. Se ve que aprovechó ese momento.

—¿Pepe está con vos?

—Sí.

—¿Le avisaste a Ignacio?

—No tengo su número entre mis contactos.

Le aviso yo —dije y corte.

Ignacio

Los asuntos en la empresa me llevaron más tiempo del previsto, por lo que a las doce del mediodía envié un mensaje a Vivian exigiéndole que me esperase en casa. No contestó, como tampoco había contestado el primero, el del video. Tenía la confirmación de que lo había recibido, sin mencionar que sus alaridos al teléfono mientras hablaba con Cimmi lo ratificaban.

La llamé al celular y no respondió. Llamé al fijo de casa; atendió Elba.

—Por favor, pasame con la señora Vivian.

La mujer volvió y me aseguró que no la encontraba por ninguna parte.

—¿Fuiste al gimnasio? —Como me dijo que no, le ordené que lo hiciese. Regresó unos minutos después con la misma respuesta: Vivian no estaba—. Elba, ¿vos la viste salir?

—No, señor. La verdad es que hace un rato largo que no la veo.

—Anda y preguntales a las demás chicas y a Vitelli —aludía al jardinero.

Perdí más tiempo aguardando que interrogase al personal. Nadie la había visto. Elba me confirmó que en el garaje estaban el Audi y la camioneta BMW, sus dos vehículos. Corté con la cocinera y llamé a Ricardo Petris.

—Mi mujer no aparece por ningún lado. Llama al que la está siguiendo y que te diga exactamente dónde se encuentra.

Le tomó cinco minutos devolverme la llamada.

—Mi agente está de guardia frente a su propiedad, ingeniero. Puedo confirmarle que su esposa no ha salido.

—¿Tenes vigilada la puerta trasera?

—No sabía que hubiese una —se inquietó—. Pensé que el único ingreso a la propiedad era por la calle Ombú.

—Hay un pequeño portón de hierro que no se usa que está justo frente a la bocacalle con Eduardo Costa. Tuvo que haber salido por ahí —deduje—. Debió de suponer que la seguíamos a ella también cuando se enteró de que había cámaras en la oficina de Cimmi. ¿A dónde habrá ido? —pregunte de modo retórico.

—Si tiene el celular encendido será fácil ubicarla —vaticinó.

Volvió a llamarme unos minutos más tarde. El celular estaba en mi casa de la calle Ombú, sólo que Vivian no se encontraba allí. Recordé el teléfono negro que usaba sólo con Cimmi y la llamé. Atendió enseguida, lo cual me asombró.

—¿Vivian está con vos?

—No —aseguró, categórico.

No me jodas, Arturo. Pasámela. Tengo que hablar con ella.

—¡Te digo que no está conmigo!

Dame el número del celular Samsung que le diste a Vivian para que se comunicase exclusivamente con vos. —El mutismo del otro lado denotó que lo había sorprendido—. Dámelo, Arturo.

—No —dijo y cortó.

Mierda, quería acabar con esa historia, sacarla de mí casa y llevarla a lo de Merlino para que firmase la solicitud de divorcio. Aunque Romina estaba ocupadísima con los temas derivados de la dimisión. De Cimmi, le pedí que llamase a los familiares de Vivian, al spa donde pasaba muchas horas por semana, al personal trainer y a dos de sus amigas. Un rato más tarde me anunció que ninguno conocía el paradero de mi ex.

—Llamá a la guardia de mi casa. Necesito que miren ahora la grabación de la cámara de seguridad del portón trasero, el que da a Edgardo Costa. Desde temprano esta mañana hasta el mediodía —acoté.

—Enseguida, ingeniero.

Sonó mi teléfono; era el hermano mayor de Vivian,

—Bruno —dije a modo de saludo.

—¿Qué está pasando, Nacho? Mamá dice que la llamó tu secretaria...

—No encuentro a tu hermana por ningún lado.

—¿Cómo que no la encontrás?

—No está en casa ni en los sitios que frecuenta y no contesta el celular,

—Más vale que no le haya hecho nada, hijo de puta.

Carcajeé de modo hueco y sarcástico.

—Ella me pone los cuernos con Arturo Cirnmi y encima su hermanito me amenaza. Como dicen los italianos, cornudo y bastoneado.

—¿Qué decís? ¡Estás difamándola!

—La tengo en un video mientras Cimmi se la coge sobre su escritorio, aquí, a unos metros de mi oficina, ¿Quieres que te lo envíe? También podrás ver cuando aspira varias líneas de cocaína. —Oía la respiración agitada de mi cuñado; me sorprendió que me diese lástima—. Bruno, no

tengo ganas de perjudicar a Vivian. Es la madre de mis hijos. Sólo quiero encontrarla para acabar de una vez con esta farsa.

—Trato de ubicarla y te llamo —claudicó.

—Gracias —mascullé.

Romina volvió con el resultado del análisis de la grabación del portón trasero. Efectivamente Vivian había salido a las once y trece de la mañana y se había dirigido hacia la izquierda, hacia la calle Eduardo Sívori.

—Me enviaron una captura de pantalla, ingeniero. Ya la tiene en su correo. Pero véala aquí. — Colocó el iPad delante de mí y me mostró una imagen de Vivian con el pelo recogido bajo un gorrito de béisbol.

Me quedé mirándola. “¿Qué estás tramando?”, pensé, y tuve un mal presentimiento.

Bruno me llamó un rato más tarde para asegurarme que Vivian no se había comunicado con ellos y que no contestaba el celular. Le agradecí y le comenté las novedades. Para demostrar que estaba diciéndole la verdad, le envié por WhatsApp la captura de pantalla, que además tenía fecha y la hora.

—¿A dónde pudo haber ido? —se cuestionó el hermano.

—No tengo idea. Descubrimos que su celular está en casa.

—¿Anda sin celular? —se asombró.

—Tiene uno del cual supe hace poco. Se lo dio Cimmi para que se comunicasen en secreto. Pero no sé el número.

—Pregúntale a Cimmi —sugirió.

—Lo hice. Pero se niega a dármelo.

—Lo voy a llamar yo —decidió Bruno—. A mí me lo tiene que dar.

—Inténtalo —lo alenté y le dicté el teléfono de mi ex empleado. Todos estábamos pendientes de la desaparición de Vivian, basta que a eso de las dos de la tarde sonó mi teléfono. Era Cósima.

—Amor, no tengo buenas noticias —dijo, y la sangre se me congeló al oírlo trepidar.

—¿Vos estás bien? —pregunté y me puse de pie en un acto reflejo, —Sí, estoy bien, quedate tranquilo. Se trata de Vivian.

—¿Estuvo en la fundación?

—No, en el Hípico. Atacó a Sara y se llevó a Nachito. Lo siento. Apoyé la mano sobre el escritorio y deje caer la cabeza.

—Amor, Vivian tiene un arma de fuego. Con eso atacó a Sara. Le dio culatazo en la frente.

—¿Cómo está Sara?

—Lucho está llevándola al hospital para que la suturen. Vos despreocupate.

—¿Y Pepe?

—Con Lucho.

—O sea que no está con mi hijo —me desmoralicé.

—Ignacio, ¿por qué no llamas al Saint Peter’s y les advertís acerca de Vivian? Tal vez intente sacar a Montse de la escuela.

—¡Tenes razón! Te llamo después. —Corté y convoqué a gritos a mi secretaria mientras me ponía el sobretodo—. Llama ahora mismo al Saint Peter’s y deciles que si Vivian va para allá por nada del mundo dejen que se lleve a Montse.

—¡Niño! —exclamé y mí guardaespaldas saltó de la silla, dobló el ejemplar del Clarín y caminó a paso rápido hacia mí—. Vamos al Saint Peter’s. Usá uno de los autos de la empresa. No quiero que los periodistas reconozcan el Mercedes.

Durante el trayecto hasta Belgrano R llamé a mi vieja y le referí el estado de situación; hice otro tanto con mi viejo y con mis hijas mayores. A todos les advertí que estaba armada. Faltando poco para llegar a la escuela llamé a Leopoldo.

—¿Te enteraste de lo de Vivian?

—Sí, señor.

Está armada, Leopoldo. Temo por la vida de Cósima. Te pido que estés alerta.

—Quédese tranquilo. No se va a acercar a ella.

Corté y llamé a Hugo, que no sabía cómo disculparse por haber dejado solos a Sara y a Nachito.

—¿Dónde estás?

—En su casa, ingeniero.

—Vuelve de inmediato al Hípico y solicitá las grabaciones de las cámaras de seguridad del estacionamiento y del ingreso. Necesitamos saber en qué se mueve Vivian. Sus dos autos están en casa. Tiene que haber tomado un taxi. Yo voy a llamar al presidente del club para que te faciliten la cuestión.

Por fortuna hacía cincuenta y un años que los Lanz Reuter éramos socios del Hípico. Nora había hecho equitación; amaba los caballos, lo mismo que mi viejo, que era un gran jinete. A mí también me gustaba montar, pero había optado por dedicar al rugby el poco tiempo libre que me dejaba el colegio, el presidente del club me aseguró que pondría a disposición de mi empleado las filmaciones.

Vivian se me había adelantado. Montse ya estaba con ella. La había retirado poco antes. La imbécil de la maestra, a la que había amenazado por no intervenir en el conflicto con Federico Carli, me contemplaba con gesto displicente y una sonrisa sobradora. Tenía suerte de ser mujer; en caso contrario la habría trompeado.

—¿Y ustedes la dejaron ir así como así? ¿No les advirtió mi secretaria que no le permitiesen que se llevara a mi hija?

Es su madre, ingeniero —terció la directora, escandalizada, pero también amedrentada—. ¿Qué podíamos hacer?

—¿Qué excusa les dio?

—¿Cómo que excusa? —se entrometió la maestra—, ¿Acaso insinúa que nos mintió?

—Dijo que tenía que llevarla al médico —contestó la otra.

—Mi esposa está armada con una pistola y probablemente drogada. Si algo le ocurre a Montserrat ustedes serán las responsables.

A la maestra se le borró el gesto sobrador y la directora se puso blanca. Le exigí que me mostrase las filmaciones de las cámaras de seguridad. Entramos en la oficina de la vigilancia, que enseguida cumplió la orden de la directiva.

Vivian andaba en un Volkswagen Golf gris metalizado; resultaba imposible distinguir la patente. Me quedé mirando la escena en la que mi ex abandonaba el edificio de la escuela con Montse a la rastra. Mi dulce Montse iba quejándose y tiraba de la mochila con ruedas como si pesara una tonelada. Temí que los matase, a mis dos hijos, y que luego se rajara la cabeza de un tiro. La había empujado al límite mostrándole la filmación con Cimmi y amenazándola con hacerla pública. Ahora me arrepentía del modo en que había manejado la cuestión. Vivian se había vuelto impredecible y peligrosa. ¿Cómo seguía esto? ¿Qué tenía que hacer?

Abandoné el Saint Peter's y subí al auto. Me quedé meditando el próximo paso. Le indiqué a Niño que me llevase a casa, tras lo cual llamé a Romina para advertirle que cancelase mis

compromisos y que me comunicara lo antes posible con el gobernador de Buenos Aires.

—Pasame la llamada al celular —dije.

El teléfono sonó apenas corté, era mi suegro.

—Eugenio, su hija anda con una pistola, ¿Se la dio usted?

—Me falla una, la 38 Special. —Se refería a una pistola Smith & Wesson—. Yo no se la di. Debí sacarla ella —admitió—. Pero las tengo descargadas. Las municiones las guardo por otro lado. Voy a ver si están todas las cajas. Te llamo enseguida. —Lo hizo unos minutos más tarde para confirmarme que le faltaba una caja de balas calibre 38 con la punta perforada.

—Eugenio, Vivian secuestró a mis hijos. Está armada y posiblemente drogada. Si no quiere que termine presa, le sugiero que la encuentre. Y ruegue que no les haya hecho nada a los chicos.

—Tenemos el teléfono que usaba para comunicarse con Arturo Cimmi —manifestó—. Bruno consiguió que se lo diese.

—Dígame el número —exigí y lo anoté—. Vivian anda en un Golf gris metalizado, ¿Sabe a quién pudo habérselo pedido?

—No. Ahora mismo salimos con Marga para Buenos Aires.

—No, quédense en Cañuelas, Con suerte, recurriré a ustedes. Necesito que la contengan para que no cometa una locura. Y, por favor, hablen con sus amigas; tal vez ellas sepan algo que pueda darnos una pista.

Llamé a Ricardo y le pasé el número del celular secreto de Vivian para que lo localizase, al vicio, pues esa pista se desvaneció cuando al llegar a mi casa, entré en el dormitorio que había compartido con mi ex y oí el timbre amortiguado del teléfono al que yo mismo estaba llamando. Lo encontré en el cajón, bajo las prendas de lana. Vivian andaba sin celular. O tenía un tercero. Se me ocurrió llamar al iPhone de Montse; tal vez lo había llevado a la escuela aunque estuviese prohibido. Enseguida me desilusioné cuando lo encontré en su dormitorio, sobre la mesa de luz.

El gobernador se mostró solícito y preocupado cuando le expuse la situación. Prometió poner a la Policía Bonaerense tras la pista de mi ex, como también controlar el aeropuerto de Ezeiza, a lo cual le respondí que creía improbable que tomase un avión sin los pasaportes ni los DNI de los chicos, que estaban en mi poder. Me pidió fotografías de los tres y la marca y el modelo del vehículo en el que se trasladaban como también los números de sus tarjetas de crédito, que prometí averiguar.

Llamé al jefe del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, con quien tenía una amigable relación. Me aseguró que emplearía a la Policía Metropolitana para realizar la búsqueda. A él también le envié las fotografías y la descripción del Volkswagen Golf.

—Apenas tenga los números de sus tarjetas de crédito te los paso —prometí.

—Voy a enviar policías a Retiro y a Aeroparque —manifestó el jefe de gobierno.

—Vos cubrís la ciudad de Buenos Aires y la Bonaerense cubre la provincia —señalé—, ¿pero qué hago con el resto del país? Podría estar en cualquier parte.

—Vos tenés conocidos en el gobierno nacional —me recordó—. Usalos.

Tras varias llamadas logré hablar con el ministro de Planificación, mi contacto más asiduo en la administración nacional, que prometió llamar al del Interior. En el entretanto me comuniqué con Victorio Facchinetti.

—Tenés que ir a la fiscalía y presentar la denuncia por el secuestro de tus hijos. Si querés, te acompaño ahora mismo. Estoy a tu disposición.

—¿No debería ocuparse el abogado que está tramitando mi divorcio?

—Sí, sería lógico, pero me ofrezco a ir con vos igualmente.

—Gracias, Victorio. Apenas lo arregle, lo llamo.

Hugo se comunicó para decirme lo que ya sabía: Vivian andaba en un Golf gris metalizado.

—¿Pudiste ver la patente?

—Sólo pude ver que empieza con AD. El resto es borroso, señor.

Tras conseguir los números de las tarjetas de crédito y débito de Vivian, Romina se los envió por correo electrónico al gobernador y al jefe de gobierno, además de añadir el dato, inútil a mi juicio, del inicio de la patente: AD. Esta información, la de las tarjetas, nos rindió la primera pista: Vivian había alquilado el Golf en la oficina de Avis de la calle Cerrito a las doce menos cuarto. Poco después había retirado, de un cajero Banelco, el máximo de efectivo permitido — diez mil pesos—, por lo que sospechábamos que no volvería a emplear las tarjetas, al menos mientras le durase el dinero.

Eran las seis de la tarde, prácticamente había oscurecido, y mis hijos seguían allí fuera con una madre desquiciada. El teléfono no dejaba sonar. Me llamaban los parientes políticos, Merlino, Facchinetti, el investigador privado, los jefes de varias policías provinciales, pero ninguno me brindaba un dato cierto del paradero de Montse y Nachito. La angustia me devoraba. Necesitaba a Cósima. Nos habíamos enviado unos mensajes, pero quería oír su voz. Esperé que se hicieran las ocho para llamarla.

Lucho llevó a Sara a la casa de la mamá —me informó—. Está bien físicamente, pero mal desde el punto de vista anímico.

—¿Y Pepe?

—Está aquí, en la fundación, con Bernie y conmigo. Lucho lo trajo. Está muy inquieto. Papá me dijo que aún no hiciste la denuncia en la fiscalía. Dice que deberías hacerla cuanto antes.

—Quiero esperar un poco. Si no tengo noticias en unas horas la haré. Tu papá se ofreció a acompañarme.

—Confía en él. Es muy bueno en lo suyo.

—La prensa ya se enteró. Hay un enjambre de periodistas fuera de casa, el doble de ayer.

—Aquí también.

—Alguno de la policía habló —deduje—. Los periodistas siempre tienen contactos en la cana para que les pasen información sobre los casos más candentes. Alguno la habrá vendido al mejor postor.

—En cierto modo es positivo —opinó Cósima—. La gente estará atenta y avisará, si la ven. Todos la conocen, no sólo de su época como modelo sino a causa del escándalo mediático de los últimos días. Tienen su imagen muy fresca en la memoria. ¿Comiste algo, amor?

—No.

—Por favor —dijo con tono suplicante—, pediles que te preparen aunque sea un sándwich.

—Te necesito —susurré y me eché en un sillón y me cubrí la cara con la mano.

—Ansío estar ahí con vos, Ignacio, no creo que puedas imaginar cuánto.

—Sos mía, Cósima, y eso me basta para seguir adelante.

—Sólo tuya. Cuídate para mí, por favor.

Nos despedimos. Me quede en el sillón, los ojos cerrados, la respiración acelerada, Elba entró y me ofreció traerme la cena.

—Ingeniero, no ha comido nada en todo el día y eso... —La mujer se acalló cuando sonó mi celular. Era un número desconocido.

—¿Hola?

—Soy yo —dijo Vivian.

—¿Dónde estás?

—Donde no puedas encontrarnos, ni a mí ni a nuestros hijos.

—Vivian, no cometas estupideces. Volvó, por favor.

—No vas a volver a vernos si no haces lo que te diga.

—¿Dónde pensás ir? Toda la policía está buscándote, ni siquiera tenés los DNI de los chicos.

¿Y para qué necesito los documentos de los chicos? Donde pienso ir no piden documentos.

Me quedé paralizado no tanto por la velada amenaza sino por la voz tranquila con que la había expresado; transmitía una determinación irrevocable.

—Vivian...

—Si querés volver a ver a nuestros hijos, quiero que retires la demanda de divorcio y que hagas una declaración pública en el programa de chimentos de América. Vas a decir que vos y yo estamos bien y que nunca nos vamos a separar.

—OK. Lo haré, pero volvé. O mejor, decime dónde están y voy a buscarlos.

—¿Me creés idiota, Ignacio? Cuando mi abogado me confirme que la demanda fue retirada del juzgado y vos hagas lo que acabo de decirte, sólo en ese momento nos verás de nuevo.

—Lo de la demanda puede llevar unos días.

—Los días que sean necesarios —respondió y cortó.

—¡Vivian! ¡Vivian! —grité varias veces, pero el teléfono sólo me devolvió silencio—. ¡Mierda! —exclamé y lo arrojé sobre el sillón.

Elba había desaparecido; estaba solo. No sabía qué hacer, a quién recurrir y, para uno como yo, acostumbrado a chasquear los dedos y obtener su voluntad, era una sensación intolerable. Tenía que calmarme para analizar la llamada y extraer pistas. Por mucho que me esforcé, no saqué nada en limpio; no había oído voces ni ruidos.

Me comuniqué con el jefe de la Policía Metropolitana y con el gobernador de Buenos Aires, para ponerlos al tanto de la llamada y de la amenaza de mi ex. Los dos me preguntaron lo mismo: si mi teléfono había identificado el número, a lo cual respondí que no. Ambos me aseguraron que proseguirían con la búsqueda.

Llamé a Merlino y a Facchinetti: estaba listo para denunciar el secuestro de mis hijos.

Capítulo XVI

APELLE, FIGLIO DI APOLLO

Cósima

Lucho trajo a Pepe a la fundación, una vez que dejó a Sara en la casa de la madre.

—¿Qué se sabe?

—Nada. Vivian no aparece. Ignacio acaba de enviarme un mensaje para decirme que también sacó a Montse de la escuela. No anda en su auto ni lleva encima el celular. Temo lo peor, Lucho —me angustié.

—¿Qué temés?

Sacudí la cabeza; no me atrevía a pronunciar en voz alta lo que el pesimismo me gritaba.

—Es una mujer desesperada —dije finalmente— y creo que está dispuesta a todo con tal de no perder su posición de esposa de Lanz Reuter.

—¡Qué gente de mierda! —exclamó Lucho y salió de mi consultorio tras dirigirme un vistazo condenatorio.

Se cruzaron en la puerta con Carlitos.

—¿Qué bicho le picó a este?

Le conté las novedades. Ya las sabía, porque Naty acababa de referirle por teléfono lo que se decía en los noticieros y en los programas de chismes. Si bien me desmoralizó que la prensa conociese los detalles, Carlitos me señaló el lado positivo: si la gente veía a Vivian, daría aviso a las autoridades.

—Me siento culpable —expresé con la mirada fija en la de mi mejor amigo.

—Lo sé —dijo con una sonrisa bondadosa y me abrazó—. Sabía que ibas a echarle la culpa.

—¿Y si lastima a los chicos? Ignacio no podrá reponerse de algo así.

Durante el resto de la tarde hablé con mi padre en dos ocasiones y contesté varios mensajes de Lanz. Estaba muy preocupado y se sentía impotente, sensación que me invadía a mí también, aquí en la fundación, sin saber cómo brindarle mi ayuda. Quería estar a su lado. A las siete y media, tras terminar la sesión con mi último paciente, acaricie la idea de unirme a él, para desecharla enseguida. Estábamos asediados por periodistas, sin mencionar que, en el caso de que Vivian apareciese, me encontraría allí junto a su esposo.

Me llamó a las ocho y sólo bastó escuchar sus primeras palabras para advertir que la inacción estaba matándolo. Él era un ejecutor nato; se imponía un objetivo y avanzaba con la determinación de un toro. Esa nebulosa lo ahogaba. No había probado bocado tras el desayuno que habíamos compartido en el Hotel Faría. ¡Qué lejos parecía esa noche! Y sólo habían transcurrido algunas horas. La vida podía trastornarse en pocos segundos, yo lo sabía muy bien.

Corté con Lanz y decidí ir a casa. Me costaba seguir adelante con mi vida y mis rutinas como si nada hubiese sucedido. Leopoldo se mostró más protector que de costumbre y se debía al

hecho de que Vivian estaba armada. No tenía miedo, pero me avine a seguir las indicaciones del guardaespaldas para no complicarle el trabajo.

Los periodistas nos acosaron a la salida de la fundación y no respetaron la orden del juez de mantener una distancia de cien metros; también lo hicieron al ingreso de mi edificio. Se mostraban más descarados, más agresivos, no sólo en el comportamiento sino en las preguntas que formulaban. Intentaba hacer oídos sordos, pero la malicia de sus comentarios calaba en mi corazón y me llevaba a cuestionarme y a dudar de mí, de Lanz, de todo.

Ya en casa, mientras les daba de comer a Pepe y a Berni, me llamó mi padre para contarme que Vivian se había comunicado con Lanz para exigirle que diese marcha atrás con el divorcio, si quería volver a verlos con vida, a ella y a los chicos, lo cual lo había decidido a realizar la denuncia por secuestro. La cuestión estaba dando el giro dramático al que tanto había temido. ¿Dónde acabaría? ¿En tragedia? Me asustaba la muerte; la había visto de cerca, frente a frente; me horrorizaba.

Me senté en la cocina y me quedé observando a los perros mientras comían. El miedo y la incertidumbre me paralizaban. No admitía la posibilidad de darme un baño y prepararme para ir a la cama como todos los días. Aunque fuese lejos de Lanz, lo acompañaría.

Estaba inapetente, pero me obligué a comer un sándwich de queso y a tomar un café con leche. No tenía cabeza para leer. Decidí ver la televisión; quería saber qué sarta de estupideces estaban diciendo acerca de nosotros.

El teléfono me sobresaltó casi a las diez; era Lanz.

—¡Amor!

—Vivian y los chicos tuvieron un accidente —me soltó con acento brusco, más bien expeditivo—. Los están trasladando a un hospital en Mar del Plata. Leopoldo va a estar en tu casa en diez minutos para llevarte a la constructora. Te quiero conmigo.

—Está bien —dije y permanecí unos segundos con el teléfono pegado a la oreja aunque la línea estuviese muerta.

Bernie lloriqueó y me olfateó la mano. Me puse en movimiento sumida en una inquietud perturbadora. Los cuestionamientos me ahogaban. En tanto preparaba un bolso con mudas y efectos personales, llamé a Carlitos y, tras explicarle sin mayores detalles, le pedí que viniese a buscar a Bernie.

Lanz había dicho Mar del Plata, la ciudad que para mí significaba muerte y horror, la ciudad donde había nacido mi hijo muerto. Me asaltó un ahogo al pensar en que podríamos perder a Nachito o a Montse. O a los dos.

Leopoldo llegó pocos minutos más tarde. Me aguardaba con la camioneta encendida en el garaje subterráneo. Los periodistas que nos siguieran me verían ingresar en la empresa de Lanz. Nada me importaba, sólo estar con él.

El guardaespaldas me ayudó a cargar el bolso y a acomodar a Pepe en la parte trasera; había decidido llevarlo; Nachito lo necesitaba. Mi chofer sabía poco. Su jefe sólo le había ordenado que me condujese a la Torre Lanz Reuter, donde el helicóptero nos esperaba para transportarnos a Mar del Plata.

Emergí a la terraza con helipuerto. El viento helado me arrastraba. Me quité los mechones de la cara y avisté a Lanz de pie a unos metros, iluminado por las luces naranjas del edificio y con los ojos fijos en mí. Caminé hacia él. Su gesto no se inmutó, mientras me observaba avanzar con Leopoldo a un lado y Pepe del otro; parecía esculpido en la piedra, duro y frío. Sin embargo, cuando me tuvo al alcance me atrajo hacia él y me fundió en su pecho con una destemplanza que

ponía de manifiesto la tormenta que estaba devastándolo. Sólo me murmuró al oído:

—Gracias por haber traído a Pepe.

Subimos al helicóptero. Observé en silencio mientras el piloto ajustaba a Pepe con un cinturón de seguridad especial. Tras el despegue quise conocer las novedades de Vivian y de los chicos. Lanz sacudió la cabeza y vociferó por sobre el sonido de los rotores:

—Nada es claro. Sólo sabemos que los están trasladando a un hospital.

Una hora y media más tarde aterrizamos en el aeropuerto de Mar del Plata, donde nos esperaba el gobernador con dos camionetas para conducirnos al Oscar Alende, el hospital que yo conocía bien.

Cecilia está allí —dijo el gobernador en referencia a su esposa que, según Lanz, hacía tiempo no lo era.

Me sentí profundamente incómoda. La mujer del gobernador era amiga de Vivian, la esposa de Lanz a todos los fines. ¿Que pito tocaba yo en esa escena? “Lanz te necesita”, me recordé e intenté disfrazar mis sentimientos y mostrarme serena.

—Te presento a la licenciada Facchinetti, la psicóloga de Nachito.

El gobernador estiró la mano en el habitáculo del vehículo y me la ofreció con una sonrisa que juzgué sincera.

—¿Que noticias tienen? —quiso saber Lanz—. ¿Cómo fue el accidente?

Una patrulla la vio cargando nafta en un parador cerca de Necochea. Cuando los agentes se aproximaron para interrogarla, Vivian subió al automóvil y arrancó a gran velocidad. Salió a la ruta y, para esquivar un camión, se tiró hacia el costado, mordió la banquina y dio un vuelco.

Lanz me buscó la mano en la oscuridad del vehículo y la apretó. Se la cubrí con la otra.

—¿Y mis hijos? —preguntó con voz rara, forzada, dura.

—Según acaban de informarme mientras los esperaba, estaban con los cinturones de seguridad puestos y no presentan heridas serias. Pero Vivian...

—¿Qué? —lo apremió Lanz.

—En el apuro por escapar no se puso el cinturón.

Un mutismo tenso ocupó el habitáculo y nadie habló hasta llegar al hospital. La noticia del accidente no había salido a la luz, por lo que no nos aguardaban periodistas en las escalinatas del ingreso. De todos modos, nuestros vehículos entraron por un sector vedado al público. Apenas nos detuvimos bajé de prisa para preparar a Pepe. Le puse el chaleco de servicio y lo até con la correa. Aunque era de madrugada, nos recibió el director mismo, que se quedó un poco descolocado ante el ovejero alemán.

—Es un perro de servicio —explicó Lanz—. Mi hijo es autista y depende en gran medida de este animal. Aquí tengo el carnet... Lanz se quitó los guantes, pero el médico lo detuvo.

—Está bien, ingeniero, no es necesario.

—Lléveme con mis hijos, por favor.

Se encontraban en el tercer piso, en el servicio de Pediatría. El director le explicó a Lanz que los niños habían llegado con contusiones y laceraciones leves en la cara, en los brazos y en las piernas, las cuales no presentaban ninguna gravedad. Los mantendrían en observación, pero, salvo la conmoción debida a lo que acababan de padecer, estaban en excelente estado.

Las puertas del ascensor se abrieron en el tercer piso e incluso desde allí nos alcanzaron los gritos de Montserrat y los alaridos de Nachito, que eran desgarradores. Devoramos los metros a largas zancadas. Cerca de la puerta oímos que Montserrat proclamaba:

¡Mi hermano es autista! ¡No lo toquen! ¡No le gusta!

El director abrió la puerta de la habitación y Lanz se precipitó dentro.

—¡Les ha dicho que no lo toquen! —exclamó, y las dos enfermeras, que intentaban separar al niño de la hermana, lo soltaron y se retiraron varios pasos. Se demudaron al darse cuenta de que no sólo el director sino el gobernador entraban con el recién llegado.

—¡Papi! —gritó Montse y se arrojó a los brazos de Lanz, que los sujetó a los dos contra su pecho y les besó las coronillas con fervorosa pasión.

Las mujeres abandonaron la habitación tras un ademán de cabeza del director. Al pasar junto a mí me echaron un vistazo de entrecejos fruncidos —tal vez estaban asociando mi cara con la de los programas de chimentos— y observaron con gestos alarmados a Pepe. ¿Cuánto tardarían esas dos en dar aviso a la prensa?

Lanz, sentado en el borde de la cama ortopédica, abrazaba a sus hijos y les hablaba en voz baja. Nachito hundía la cara en su cuello y lloraba sin consuelo. Desabroché la correa del perro.

—Ignacio, llama a Pepe, por favor.

Lo hizo y el animal corrió hacia ellos. Se paró en dos patas sobre las piernas de Lanz y olisqueó a su pequeño amo.

—¡Pepe! —exclamó Nachito, e incluso el director y el gobernador rieron.

Lanz lo depositó en la otra cama y ayudó a subir al ovejero alemán. Saqué de mi cartera un pañuelo de papel tisú y me acerqué para sonarle nariz a Nachito, que me dejó hacer porque estaba distraído con su amigo Pepe.

—¿Y mami, pa? —quiso saber Montse—. No sabemos qué pasó con ella.

Ella está aquí —respondió Lanz—. Ahora tengo que ir a hablar con ese médico —señaló al director—. Apenas sepa cómo está vuelvo y les cuento. Ahora se van a quedar con Cósima. Te acordás de Cósima, ¿no? —Montse me lanzó un vistazo y asintió—. Vuelvo enseguida —prometió y la besó en la frente. Hizo otro tanto con Nachito antes de hablarme con cierta formalidad-: ¿Te quedás un rato con ellos?

—Claro. Andá tranquilo.

Me sonrió, y creo que para él fueron tan evidentes como para mí las ganas que teníamos de tocarnos. Los vi salir a los tres y me quedé con los chicos. Montse me lanzó una mirada recelosa pese a que lo habíamos pasado muy bien aquel domingo en su casa. Nachito no me registraba, absorto como estaba con el perro. Tal como había anticipado el director, presentaban raspones y cortes superficiales en la cara, pero nada serio.

—Hola, Montse. ¿Cómo estás?

—Creo que mi mamá se va a morir.

—¿Por qué pensás eso?

—Porque le salía mucha sangre.

¡Santo cielo! ¿Qué había vivido y presenciado esa criatura? Me senté en el borde de la cama y, en un acto instintivo, le acaricié la mejilla con el dorso de la mano.

—Lo siento, tesoro —dije con voz quebrada, porque también estaba acordándome de la sangre de Horacio y del espanto que me había causado—. Lo siento tanto —repetí, y Montse se largó a llorar.

La atraje hacia mí y la cobijé en mi seno. La mecía y le besaba la coronilla.

—No quiero que mi mamá se muera.

—Por supuesto que no. Los médicos están ayudándola. Tu mamá es joven y fuerte. Es una gran ventaja. ¿Cenaron, Montse?

—Sí —dijo, limpiándose los mocos con el dorso de la mano—. Bife con puré de zapallo.

Comimos todo.

—Qué genios son —proclamé y le limpié la nariz—. ¿Te gustaría llamar a tus abuelos para contarles dónde están?

—Quiero llamar a Luna.

—¿No es muy tarde? Ya debe de estar durmiendo.

—Luna se duerme tarde.

Accedí para verla animarse. Le entregué el celular, que manejó con más destreza que yo. Volví mi atención a Nachito. Conduje a Pepe a los pies de la cama y metí al niño bajo las mantas. Le canté una canción que le había enseñado Mirta Petrillo y que él seguía con una concentración entrañable. Se durmió poco después.

Despedite de Luna —susurré a Montse, que obedeció enseguida y me devolvió el teléfono.

La ayudé a cubrirse con las mantas y le quité el pelo de la frente sólo porque necesitaba tocarla. Esos dos me provocaban una ternura incontenible.

—Nunca me llevaste al Hípico a ver los caballos de Lucho —me reclamó.

—Tenes razón —dije, sorprendida de que se acordase—. Pero ahora hago la solemne promesa de que, cuando salgas de aquí, te voy a llevar. Te lo prometo. ¿Quieres que te cuente un cuento?

—No, cántame una canción como a Nachito.

—Te voy a cantar una canción en italiano, una que me cantaba mi abuela Cósima.

—¡Sí! —exclamó en un susurro, aplaudiendo sin aplaudir; era realmente adorable.

Su un campo di grano che dirvi non so, un dì Paperina col babbo passò... Más de treinta años que nadie me la cantaba y sin embargo las estrofas de Papaveri e papero brotaban de mis recuerdos como si me las hubiese cantado la nonna dos días atrás. Montse estaba tan encantada como Paperina con las amapolas mientras me escuchaba repetir los versos, que tantas memorias felices encerraban. Tuve que traducírsela. Me pidió más canciones en italiano y, como no sabía otra, le repetí un trabalenguas que me había enseñado el nonno Roberto. Apelle, figlio di Apollo, fecc una palla di pelle di pollo. Tutti i pesci vennero a galla per vedare la palla di pelle di pollo fatta da Apelle, figlio di A pollo.

Si mi intención había sido que se durmiese estaba fracasando olímpicamente. Montse se reía a carcajadas mientras se empeñaba en repetir los versos de Apelle, figlio di Apollo.

Ignacio

Cecilia estaba junto a la cama de Vivian en terapia intensiva. Me abrazó con sentimiento y le agradecí su presencia. Me aproximé a mi ex esposa y la observé sumida entre cables, sondas y máquinas. Era ella, pero al mismo tiempo no lo era; había sufrido una transformación radical. Su aspecto asustaba. Tenía la cabeza envuelta en un vendaje, la piel cenicienta, las ojeras oscurísimas y los labios blanquecinos y resecos. El director del hospital me había advertido que presentaba una severa fractura craneal, con pérdida de masa encefálica. No se procedía aún a la realización de la tomografía computada porque habían priorizado detener la hemorragia.

Le toqué la mano; estaba helada. Me volví hacia el médico.

—Está fría.

—La mantenemos de ese modo —explicó— para bajarle las pulsaciones. Llegó con el ritmo cardíaco muy alto. ¿Sabe si su esposa consume algún medicamento? ¿Algún estupefaciente?

—Creo que en los últimos días consumió cocaína —expresé y el médico asintió—. ¿Cuál es el diagnóstico, doctor?

—No podemos adelantar nada hasta controlar las funciones cerebrales. Pero sin duda el estado es crítico.

—Me gustaría trasladarla a Fleni, en Buenos Aires.

—Trasladarla sería muy riesgoso —advirtió el médico— y, dadas las circunstancias, en Fleni no podrían hacer mucho más que nosotros.

—El doctor Francisco Larsson es un neurocirujano...

—Sé bien quién es —me interrumpió el director—. Uno de los mejores en la especialidad —acotó.

—Él es amigo de la familia. Le pediré que venga a verla.

—Como guste.

Salimos al corredor. Pregunté dónde estaba el baño. Necesitaba apartarme un poco. Me contemplé en el espejo. Lucía desaseado y exhausto, tal como me sentía. Me enjuagué la cara y la boca. Llamé a los padres de Vivian y les comuniqué la mala noticia. Los alaridos de mi suegra dificultaban el diálogo con Eugenio.

—Salimos ahora mismo para Mar del Plata —acabó diciendo.

Llamé a Laura, mi ex, que prometió pedirle a Larsson que viajase a Mar del Plata.

—Mi helicóptero está a su disposición —aseguré antes de despedirla.

No había comido nada en todo el día; el ayuno comenzaba a pesarme. Regresé con el gobernador y su esposa y les pedí que me acompañasen a la cantina, donde comí un sándwich de jamón y queso con un café. Me sentí mejor enseñada.

—Las camionetas se quedan aquí, Nacho —indicó el gobernador—, Disponé de ellas como juzgues mejor. Aquí tenés los teléfonos de los choferes. Cuando los necesites los llamás.

—Gracias. En verdad gracias por todo —reiteré con sincero reconocimiento y le di la mano.

Ansiaba volver con mis hijos y con Cósima. En tanto avanzaba hacia el piso de Pediatría, oscuros pensamientos me obligaban a dar la zancada cada vez más larga. Podría haber perdido a Montse y a Nachito, me decía. En ese momento habría estado llorándolos. Me detuve frente a la puerta e intenté calmarme. Entré sin hacer ruido y, en la penumbra que me recibió, lo primero que oí fue la risa de Montse. El alivio me llenó los ojos de lágrimas. Me mordí la cara interna del labio para frenar el temblor de la barbilla. Ahí estaba, mi bella y dulce Montse, riendo mientras Cósima le decía no sé qué en lo que parecía ser italiano. Mis amores. Medité en lo natural que había sido encargarle el cuidado de mis hijos. La confianza en ella era infinita. La revelación resultó liberadora.

Terminé de entrar. Nachito dormía profundamente con Pepe a los pies. Al verme Montse estuvo a punto de exclamar, pero Cósima le advirtió que se contuviese. Lo hizo de tal modo que Montse se tapó la boca para no reír. Así como había sentido que me asfixiaba en la terapia intensiva, en esa despojada habitación de hospital público tenía la impresión de que volvía a vivir.

—A dormir ahora —dijo Cósima y la ayudó a recostarse y la cubrió con las mantas.

Me incliné y besé a Montse en la frente.

—¿Y mamá? ¿Está bien?

—No, amor.

—¿Se va a morir? —sollozó.

—Los médicos están haciendo de todo para que se ponga mejor. Y le pedí al esposo de Laura que viaje para verla. Es un gran médico.

Cósima se retiró unos pasos mientras yo abrazaba a mi hija y le hablaba al oído para tranquilizarla. Se durmió llorando. Me quedé mirándole los surcos de lágrimas impresos en las mejillas. Deseaba tanto que Vivian se repusiese por completo; no quería que Montse la perdiera; me asustaba pensar en su dolor y en mi incapacidad para consolarla. Me abracé a Cósima.

—Está muy mal. Se partió el cráneo. Tengo miedo de que... —Se me estranguló la voz—. Es culpa mía —balbuceé por fin.

—Sentí igual en un primer momento —me confesó—, pero ¿en serio somos los culpables?

—Vos no, pero yo sí. Hice infelices a mis dos esposas porque era un hijo de puta, un egocéntrico.

—Amor. —Alcé los ojos y la vi sonreír con dulzura—. Fuiste lo que pudiste ser. No conocías otro modo para calzar en tu realidad. Vas a tener que aceptar eso y perdonarte para tener una chance de ser feliz.

—No merezco ser feliz.

—Pero yo quiero hacerte feliz, Ignacio —declaró con la voz tomada y los ojos brillantes.

La abracé con pasión, con miedo, también con rabia por no haberla valorado cuando la conocí. Nos separamos al sonido de mi celular. Salí para atender. Era mi suegro. Calculaba que estarían llegando en tres horas. Volví dentro y Cósima me interrogó con la mirada.

—Era el padre de Vivian. Estarán aquí en unas tres horas.

Nos miramos en un mutismo pesado.

—Será mejor que me vaya, entonces —decidió, y a mí se me dispararon las alarmas; la necesitaba conmigo.

—Tengo una habitación lista para vos en nuestro hotel, aquí, en Mar del Plata.

—Amor —intentó razonar—, ¿qué haría encerrada en una habitación de hotel? Quiero estar aquí si puedo serte útil. Si no, prefiero volver a Buenos Aires. Mañana tengo muchos pacientes y...

—No quiero que te vayas —dije y volví a encerrarla en un abrazo ferviente—. Si estás cerca de mí es más fácil —aduje, sabiendo que me comportaba como un egoísta, como un nene caprichoso.

—Ignacio —habló con paciencia—, no vamos a poder vernos. Una vez que llegue tu familia política estarás con ellos, como corresponde. Yo me voy a convertir en un peso. Me sabrás en el hotel, encerrada y sola, y te pondrás nervioso. Es mejor que me vaya —insistió.

Asentí sin mirarla, avergonzado por haberla arrastrado hasta ahí sólo por unas horas.

—Perdóname por haberte hecho venir para volver enseguida.

—Gracias por haberme necesitado.

—Te necesito todavía —susurré con fervor sobre sus labios—. Te necesito siempre y tanto —expresé con firmeza para que quedase claro.

Regresaría en el helicóptero, que quedaría en Buenos Aires para transportar a Francisco Larsson al día siguiente. No me permitió que la acompañase más allá del umbral de la habitación de mis hijos.

—No quiero que los dejes solos un minuto —justificó—. No permitas que esas enfermeras vuelvan a acercarse a ellos. No me gustaron. Creo que me reconocieron de la tele. No me extrañaría que los periodistas estuviesen aquí en un rato.

Nos despedimos con un beso que, creí, sería imposible cortar. Al verla alejarse por el pasillo silencioso del servicio de Pediatría experimenté una sensación de brutal desesperanza, con la impresión de que no habría vuelto a verla.

“Necesito dormir”, reflexioné. Me quité el saco, la corbata y los zapatos. Me acomodé de costado junto a Montse y me dormí apenas apoyé la cabeza sobre la almohada.

Capítulo XVII

SÓLO CON MI FEALDAD

Cósima

El helicóptero aterrizó en el helipuerto de la Torre Lanz Reuter alrededor de las seis de la mañana. Desde el aire había distinguido cinco figuras, una de ellas era un guardia a juzgar por el uniforme. No tardé en identificar a las otras cuatro: Laura, la ex de Lanz, su esposo, Francisco Larsson, Ema y Justa.

El guardia se aproximó para ayudarme a descender y caminé hacia las hijas de Lanz. Nos abrazamos en silencio, luego saludé con un beso a Laura y a Larsson.

—¿Cómo están las cosas allá? —quiso saber la ex.

—Gracias a Dios, Nachito y Montse están muy bien. Pero Vivian... Dicen que está en estado crítico. Qué contento se va a poner Ignacio cuando los vea.

—No queremos dejarlo solo con los Paulini —comentó Ema—. La suegra de papá es más espesa que el dulce de leche sólido.

—Hija, por favor —se quejó Laura.

—Es verdad, mamá. Ya me la imagino culpando a papá por lo de Vivian y no puedo soportarlo.

Nos despedimos cuando el piloto anunció que habían terminado de cargar el combustible y que estaba listo para partir, Ema y Justa prometieron mantenerme informada. Me quedé mirando el helicóptero mientras despegaba y se alejaba en el cielo, todavía oscuro de Buenos Aires. Se abrió la puerta de la terraza y apareció Leopoldo, que hablaba por el celular, evidentemente con su jefe.

—Aquí estoy con ella, señor —dijo y me pasó el aparato.

—¡Amor! —me saludó Lanz, nervioso.

—Llegué muy bien. Acabo de cruzarme con Ema, Justa, Laura y el doctor Larsson. Están yendo para allá.

—¿Vos cómo estás?

—Bien, —mentí.

Y traté de disimular que estaba bastante deprimida —¿Pudiste dormir?

—Me tiré un rato en la cama de Montse y dormí, sí. Amor, Leopoldo tiene órdenes de seguirte a sol y a sombra. La cosa se va a poner muy complicada con los periodistas. Ya están aquí, en el ingreso del hospital.

—No te preocupes, haré lo que Leopoldo me diga. Quedate tranquilo.

—Te extraño, amor mío.

—Y yo a vos. Cuidate, Ignacio. Por favor

Nos despedimos sin promesas. La incertidumbre del futuro pesaba sobre nosotros, pero

ninguno lo mencionó.

Tampoco hablamos de posibles encuentros furtivos. Nuestras vidas se habían detenido en el momento en que Vivian se había escapado con los chicos.

No quería pensar que esto pudiese separarnos y, un embargo, ese temor se me había alojado en la boca del estómago y me impedía vivir con normalidad. Me costaba concentrarme en el trabajo, en las reuniones y en las lecturas. Me olvidaba de cuestiones elementales y estaba distraída. Mi terapeuta me sugirió que tomase vacaciones, idea que deseché enseguida.

Justa y Ema, tal como habían prometido, me mantenían informada de las cuestiones médicas y de las familiares. Larsson había declarado la muerte cerebral después de la tomografía computada. Ante el fatal diagnóstico, la madre de Vivian se había puesto a gritar como una loca y habían tenido que inyectarle un calmante, ahí mismo, en el Oscar Alende.

—Marga —dijo Ema, y hablaba de la madre de Vivian— empezó a decir que era culpa de papá. ¡Uy, qué bronca me dio! Eugenio —se refería al suegro de Lanz— le dijo que se callase, que no era así, y la loca empezó a gritar más fuerte, a culpar a papá con más saña. La hubiese hecho callar de un tortazo, te lo juro.

Ema me contaba el hecho con bronca; yo, en cambio, lo recibía con un profundo dolor, porque me resultaba fácil imaginar cuánto lastimaba a mi adorado Lanz.

—¿Se supo qué hacía Vivian cerca de Necochea? —quise saber.

—Estaba yendo a la casa de una tía —contestó Lina—, hermana de su madre, que vive ahí, en Necochea. Marga y esta mujer se pelearon hace años, por eso a nadie se le ocurrió llamarla cuando Vivian desapareció. Por esta tía, que estuvo ayer aquí, supimos que Vivian la llamó el jueves pasado por la mañana muy alterada y le pidió pasar unos días en su casa.

—¿Cómo está tu padre? —me atreví a preguntar.

No sabía de él desde esa última conversación en la terraza de la Torre Lanz Reuter. Y desde eso habían transcurrido cuatro días. Ni siquiera me había enviado un mensaje y yo, para no convertirme en una carga, no le escribía tampoco.

—Está bastante entero —contestó Ema—. Pero creo que es porque sabe que te tiene a vos. Siempre nos pregunta por vos. Se pone muy ansioso por que le contemos cómo estás. Sabe que te mantenemos al tanto de la situación.

Sonreí, emocionada. Entonces no me había olvidado. Quizá no estaba en su mente de continuo como él estaba en la mía, pero no me había olvidado.

—Gracias, Ema. Gracias por todo. ¿Qué va a pasar ahora con Vivian?

—Ese es otro quilombo. Los médicos aconsejan desconectarla porque, sin la asistencia de las máquinas, no viviría. ¿De qué sirve tenerla como un vegetal? Cuando lo sugirieron, Marga hizo otro escándalo y empezó de nuevo con los alaridos. ¡Dios, qué paciencia le tiene papá! Ella quiere trasladarla a Fleni y que se quede conectada a una máquina for ever. No sé que pretende. ¿Tenerla como un potus hasta que ella se muera? Entonces sí, después de enterrarla, podemos desconectar a la hija. Es taataan plomazo, la pobre Marga.

—¿Qué dicen el esposo y los hijos?

—No sé, pero tengo la impresión de que quieren acabar con este circo. Ah —recordó de pronto—, quería contarte que esta noche viajamos a Buenos Aires. Montse pidió volver a la escuela porque mañana miércoles tiene una prueba y no quiere faltar. Y papá dice que Nachito tiene que retomar el tratamiento. Justa, mi abuela y yo nos vamos a instalar en la casa de papá. ¿Vendrías a visitarnos?

Sonreí, enternecida por la ansiedad con que formuló la pregunta.

—Me encantaría, pero considero que no sería oportuno. En primer lugar porque los periodistas no me dan tregua; ni siquiera puedo ir al supermercado. En segundo lugar porque no creo que tu abuela aprobaría mi presencia en la casa de su hijo.

—La abuela cambió mucho, Cósima —aseguró Ema—. Está menos esnob y ya no defiende a Vivian como antes. Este numerito que se mandó de escaparse con los chicos y ponerlos en peligro no le gustó nada. Lo que nos preguntamos con Justa es, qué la empujó a hacer esto, quiero decir, qué la impulsó a tomar esa decisión de mierda, la de mandarse mudar.

—Tal vez para castigar a tu padre —sugerí, porque resultaba claro que no estaban al tanto del video de Vivian teniendo sexo con Arturo Cimmi.

Ema chasqueó la lengua para desestimar mi hipótesis.

—Creo que hay algo mucho más gordo —sospeché la perspicaz Lanz Reuter—. Me parece que Vivian se mandó una cagada y papá la descubrió. —Soltó un suspiro—. Como sea, ahora las cosas están como están. Tengo que cortar, Cosi. Nos vemos el jueves en la fundación, para el ensayo con los peques —aclaró, y a mí, el hecho de que Ema volviese a trabajar con nosotros me dio esperanza de que las cosas se encauzarían tarde o temprano.

Esa noche, a eso de las diez y media, estaba leyendo en la cama cuando me sobresaltó el timbre del celular. Me incorporé súbitamente y vi en la pantalla el nombre de Lanz. Ansiaba oír su voz al tiempo que temía que me dijese algo que me hiciese sufrir.

—Ignacio —saludé.

—Amor, qué alegría escucharte.

Sonreí con labios temblorosos. La emoción no me permitía hablar.

—¿Estabas durmiendo? —se preocupó.

—No, no —dije y carraspeé.

—¿Qué pasa?

Solté una risita, que lo hizo reír sin saber por qué.

—Me emocioné al oír tu voz, eso es todo. ¡Qué tonta!

—Perdóname por no haberte llamado antes, pero esto ha sido un infierno. A la noche llego al hotel, pongo a dormir a los chicos y me quedo dormido con ellos. Nunca me ha pasado de sentir este cansancio. Creo que es la situación, que me drena la energía. Pero ahora estoy solo porque los chicos volvieron a Buenos Aires; por eso puedo llamarte tranquilo. Necesitaba oír tu voz.

—Y yo la tuya.

—Ema y Justa te mantienen informada, ¿no es así?

—Sí. Son unos tesoros tus hijas.

—Te quieren muchísimo, amor.

—Y yo a ellas. ¿Cómo estás?

Lo oí suspirar y también me pareció que se refregaba la cara sin afeitarse.

—Harto —dijo al fin—. Agotado. Pero, sobre todo, loco por verte.

Me mordí el labio para atajar el quejido de alivio.

—Daría cualquier cosa por estar con vos.

—Y yo por que estuvieses aquí. No sé cuándo ni cómo terminará esta situación. Estoy manejando los asuntos de la empresa desde aquí, pero más temprano que tarde tendré que volver. Tengo cuestiones muy delicadas pendientes.

—Yo estaré esperándote.

Nos despedimos. Por primera vez en varios días dormí sin despertarme en medio de la noche, tranquila de que nuestro amor estuviese soportando el nuevo desafío. Al día siguiente Nachito se

reincorporaba a la rutina con Mirta Petrillo. Lo observe a través de la cámara Gesell y me bastaron pocos minutos para comprobar que la fuga con la madre y el accidente le habían impreso una marca profunda. De seguro no sentía la ausencia de Vivian porque prácticamente se había criado sin ella. No obstante, al percibir la energía oscura que rodeaba al padre y a la hermana, su comportamiento se resentía. Habría que apuntalarlo para que no cayese en los viejos hábitos.

Enseguida confirme mis sospechas cuando Sara me contó que había recommenzado a orinarse de noche. Aprovechando que un paciente no vendría, lo abrigué y salimos con Pepe, Bernie y Sara a pasear por el parque de la fundación. En mí siempre tenían un efecto apaciguador, el trino de las aves y el aroma a pasto húmedo.

Era un día espléndido de finales de invierno, aunque ese miércoles 9 de septiembre tenía más de primavera; incluso las azaleas habían florecido. Nos limitamos a caminar los cinco en silencio. Desenganché la correa de Pepe para que corriese por el parque, y se puso a perseguir una mariposa. Nachito se soltó de mi mano y corrió tras él. Era una dicha verlo reír mientras intentaba alcanzar al perro. De pronto se volvió hacia nosotras con los cachetes colorados y los ojos chispeantes. Se detuvo frente a mí y, sin mirarme, pronunció mi nombre, claro y bien articulado. Dijo “Cósima” y a mí me resultó lo más dulce que había oído. Me acuclillé delante de él y, disimulando la emoción, como si escucharlo llamarme fuese cosa de todos los días, lo tomé de las manos.

—¿Qué, tesoro mío?

—Papá —dijo siempre sin mirarme, los ojos desviados hacia el costado.

—¿Querés hablar con papá?

No asintió ni negó. Se quedó quieto y por un instante sus ojos encontraron los míos. Saqué el celular del bolsillo y busqué el nombre de Lanz entre mis contactos.

—Amor —respondió con alegría.

Lo hubiese telefonado cada hora simplemente para oírlo llamarme “amor” con esa ansiedad y expectación. Me hacía sentir renovada, feliz, poderosa.

—Aquí estoy en compañía de Sara, Pepe, Bernie y Nachito. Estamos en el parque de la fundación. Tu hijo pidió hablar con vos.

—¿En serio?

—Sí. Te lo paso. —De cuclillas de nuevo, le explique a Nachito:-

—Vas a oír la voz de tu papá. Él está lejos y no puede verte. —Con extremo cuidado y suavidad acerqué el teléfono a su orejita; cuando vi que no se asustaba, le indiqué —: Saluda a tu papá.

Se oía la voz de Lanz que le preguntaba cómo estaban el y Pepe y fue asombroso verlo expandir la boquita en una sonrisa que me hizo acordar de la del padre. Un sentimiento extraordinario, por lo infinito, me calentó el pecho y me provocó una emoción que acabó subiéndome las pulsaciones y humedeciéndome los ojos. Supe que era lo más parecido al amor de una madre y supe también que habría hecho cualquier cosa por esa criatura.

¡Papá! —exclamó, entusiasmado—. ¡Pepe corre! Cósima.

Lanz le hablaba y el seguía sonriendo y soltando palabras sueltas y frases cortas. Era como volver a nacer después de los días de tristeza y muerte. Nachito se apartó del teléfono para salir tras Pepe y yo retomé la comunicación.

—Soy yo —dije y nos quedamos callados, los dos muy conmovidos.

—Gracias por esto —susurró con la voz tensa—. Me devuelve la energía. Dijo tu nombre —

señaló.

—Sí.

—Te quiere.

—Y yo a él.

Sonreí con la vista fija en Nachito, que se divertía con Bernie y Pepe, a unos metros. No sé por qué, tal vez por mis inseguridades naturales, había temido que, tras el accidente de su esposa, Lanz se replantease la vida y los errores y que, en ese replanteo, la culpa se erigiese como un verdugo y nuestro amor fuese una de sus víctimas.

Tras hablar con él sentí la imperiosa necesidad de oír a Montserrat. Consulté la hora y calculé que ya habría salido de la escuela. De hecho, estaba en el auto con Hugo, que la llevaba de regreso a su casa.

—¿Cómo te fue en la prueba de hoy?

—Bien —contestó desanimada.

—Qué genia. Y eso que no tuviste mucho tiempo para estudiar.

—Luna me dictó dos respuestas que no sabía.

—Para eso están las amigas, ¿no?

—¿Cósima?

—¿Qué, tesoro?

—¿Vos sabés cómo está mamá? Porque papi no me dice nada y yo creo que está mal.

—Papi te dijo en el hospital que no estaba bien, ¿te acordás? Creo que sigue igual, tesoro mío. Ella no está bien.

—¿Se va a morir? —preguntó con llanto en la voz y a mí se me hizo un nudo en la garganta.

—Sólo Dios lo sabe. A nosotros nos toca esperar y rezar por ella.

—Yo no sé rezar. ¿Cómo se hace? ¿Podes venir a casa y enseñarme?

—Te enseño ahora. Cerra los ojos y respirá profundo para relajarte. Imagina a tu mamá que sonrío y que está contenta y pedile a Dios, que es el creador de todo lo que existe, que la cuide y que haga por ella lo que sea mejor para su vida.

—Lo mejor es que despierte —expresó— y que vuelva a casa.

—Entonces, pedile eso con mucho amor.

Tras unos segundos en silencio aseguró:

—Ya está, ya le pedí.

—Hacelo tantas veces como necesites —la animé.

—Cósima, ¿podrías venir a mi casa a visitarnos?

—No creo que sea posible, tesoro. Los periodistas me siguen a sol y a sombra.

—¿Qué importa eso? Yo quiero que vengas a casa —resolvió con el pragmatismo propio de los niños.

—Haré lo posible para verte, Montse. Te lo prometo —aseguré antes de despedirme.

No me gusta hacer promesas vanas, menos que menos a los niños, por lo que me lo pasaba tramando cómo hacer para verla. Hasta que el viernes por la noche, mientras cenaba y leía el informe de un paciente con un caso de autismo muy complejo, llamaron por teléfono; era un número desconocido. A punto de no atender, lo hice. Era la madre de Lanz.

—Licenciada Facchinetti, soy Elizabeth Lanz Reuter, la madre de Ignacio.

Pese a las décadas que llevaba divorciada, todavía usaba el apellido de su ex esposo.

—Buenas noches. ¿Todo bien con Nachito y Montserrat?

—Bien dentro de lo que cabe —contestó—. Mi nieta está volviéndome loca. Me pide de

continuo que la invite a pasar el fin de semana a la quinta. No quiero interferir en su agenda ni en sus compromisos, pero...

—Me encantará ir —acepté sin reflexionar, sólo motivada por las ganas de ver a los chicos y de cumplir mi promesa a Montse. —Gracias por la invitación.

Leopoldo me condujo el sábado a la quinta, que tantos recuerdos me despertaba. Recorrimos el camino desde el portón principal del country hasta la casa de Lanz a baja velocidad, y yo iba admirando el paisaje arbolado, increíblemente tranquila pese a los periodistas que habían quedado en el ingreso y que estarían conjeturando de todo.

En la lejanía se avistaban las lomas de aterciopelado verde que conformaban la cancha de golf. No había vuelto desde aquel verano del 82. La casa de los Lanz Reuter conservaba los lineamientos que yo recordaba y sin embargo estaba cambiada. Se notaba que la habían ampliado y mejorado. Habían adquirido el terreno de al lado, lo que les había permitido agrandar el parque y construir un quincho y una casa para las visitas.

Yo sabía que, en la repartija de bienes tras el divorcio, la quinta había quedado para el viejo Lanz Reuter. Sabía también que él y su ex se evitaban. Por eso me sorprendió que los dos saliesen a recibirme detrás de los chicos. Debían haber entablado una tregua por el bien de los nietos, lo que hizo que mi animosidad menguara. Montserrat, Nachito y Pepe se lanzaron a mis brazos. Bernie ladraba y saltaba en torno, y todo era sonrisas y alegría.

El padre y la madre de Lanz se aproximaron a saludarme. Nos estrechamos las manos. Les pedí que me llamasen Cósima en lugar de licenciada Facchinetti. Me invitaron a pasar. Leopoldo acarrea mi pequeña valija. Montse quería ver qué traía en la bolsa y soltó un grito de satisfacción cuando descubrió que eran libros y juguetes para ellos, que había comprado a las apuradas en un shopping de camino hacia la quinta tras hacer malabares con Leopoldo para evitar a las hienas.

El interior de la casa conservaba el mismo aroma de mi niñez, la misma energía que me había fascinado más de treinta años atrás. Nos imaginé a Lanz, a Nora y a mí jugando al piedra, papel o tijera, al Scrabble o al T.E.G. Más allá de la galería, aviste la piscina y evoqué las tardes en el agua.

Montse me conducía de la mano escaleras arriba para mostrarme mi dormitorio, junto al de ella, aclaró con una sonrisa pícara. Era tan bonita, tan vivaz. Nachito nos seguía con Pepe y Bernie a la zaga. Los abuelos venían unos pasos más atrás. La habitación era espaciosa, con un decorado minimalista que le confería el aspecto de una recámara de hotel. Tenía una terraza que daba al espléndido parque, donde tres jardineros se afanaban aprovechando la jornada de sol.

Elizabeth pretendía que Montse me dejara tranquila para que me instalase, pero ella insistió en quedarse y yo se lo permití. Nachito aceptó la mano del abuelo y salieron. Montse me hablaba sin parar sentada en el borde de la cama, entusiasmada porque al día siguiente nos visitarían Luna y Brisa.

Justa, Mauricio y Ema llegaron al mediodía cuando nos disponíamos a sentarnos a la mesa. Me satisfizo ver que no se servían platos con harinas ni caseína. Justa me comentó que, al igual que Elba, la cocinera de la quinta también había hecho el curso para la dieta de Nachito.

Se trató de una comida afable y distendida en la que los niños fueron el objeto de la atención de los adultos. Pese a la presencia de Sara, Elizabeth se ubicó junto a su único nieto varón y se ocupó de alimentarlo. Aunque era una mujer de modos fríos y muy seria, Nachito parecía confiar en ella pues se lo veía tranquilo. Ema hablaba de la obra de teatro que estrenaríamos a fin de año en la fundación y era tan genuino su entusiasmo que nos tenía a todos escuchándola con interés.

Ignacio padre me caía bien. Era notablemente más simpático que su ex mujer y, a diferencia de ella, me apreciaba. Preguntaba de continuo acerca del tratamiento del nieto, señalaba los notorios avances y se mostraba interesado en la fundación en general.

Tras el almuerzo los abuelos anunciaron que se retirarían a dormir la siesta. Los demás salimos al parque y, tal como aquel domingo en casa de Lanz, nos divertimos jugando a las escondidas y a la pelota. Yo no quitaba la vista de Nachito, que participaba, a su modo y siempre junto a mí, lo cual, debo admitir, me colmaba de satisfacción. Justa propuso salir a caminar por el country y, cuando llegamos al punto en el que Lanz se había caído de la bicicleta, dije:

—En este exacto sitio conocí a su padre.

Las tres hijas se mostraron interesadas en los detalles, por lo que les narré cómo habían sido las cosas.

¡Debió de dolerle el orgullo a papá! —se burló Ema—. Él, que es tan vanidoso.

—¿Qué quiere decir vanidoso? —quiso saber Montse.

—Que se cree el más lindo y el mejor del mundo.

—¿Papá se cree el más lindo y el mejor del mundo? —se asombró Montse.

—Ya no —intervino la dulce Justa—. Papá ha cambiado mucho.

—¿Cuándo vuelve papi?

—No sabemos, Montse.

—¡Papá! —intervino Nachito—. Cósima, papá.

Extraje el teléfono del bolsillo de la campera y llamé a Lanz. Me atendió enseguida.

—Amor mío —dijo, la voz muy cansada, que enseguida cobró vitalidad cuando le conté dónde me hallaba—. ¡Qué ganas de estar ahí con ustedes!

—Pronto —me limité a contestar—. Aquí hay alguien que pide hablar con vos.

El semblante de Nachito se iluminó al oír la voz del padre y nos echamos a reír al ver cómo se le transformaba la expresión. Eran inusuales sus sonrisas y carcajadas; emocionaba verlo tan feliz.

—Papá, vení a casa —exigió antes de entregarme el teléfono sin mirarme ni despedirse de Lanz.

Me puse el aparato al oído mientras intercambiaba miradas asombradas con los demás.

—¿Lo soñé o me dijo “papá, vení a casa”?

—No lo sonaste, Ignacio. Te lo dijo.

—Qué maravilla —murmuró—. Gracias, amor. Tenía tanto miedo de que el asunto del accidente lo afectase.

—Quédate tranquilo —lo animé—. Ya hemos tomado recaudos para apuntalarlo.

Montse exigió hablar con el padre y terminó llorando porque, como era previsible, le preguntó por Vivian. Tras cortar se abrazó a mí; no buscó a las hermanas, que tanto quería, sino a mí. ¡Qué mezcla tan rara de emociones experimenté! Dicha por sentir el cariño y la confianza de esa niña y tristeza por ser incapaz de consolarla. Volvimos a la casa abrazadas. Nos quedamos solas en la galería sentadas en unos sillones de ratán.

—¿Sabías que perdí a mi esposo y a mi hijito años atrás?

Montse se incorporó y se limpió los ojos húmedos con el dorso de la mano. Saqué mi pañuelo y le sequé la carita. La obligué a que se sonase la nariz.

—¿En serio, Così?

—Sí, tesoro. Los perdí en un accidente automovilístico.

—¿Lloraste mucho?

—Muchísimo.

—¿Los extrañas?

—Siempre.

—Pero ahora estás contenta.

—Claro. Mis amigos, mi familia y mis pacientes me ayudaron a superar el dolor y, si bien nunca los olvidaré, soy feliz gracias al amor que me rodea.

—El amor más grande es el de mi papá, ¿no? Él te quiere más que a nadie.

—A quien más quiere tu padre es a ustedes, sus cuatro hijos. Y que los quiera tanto y se preocupe por ustedes es lo que me hace admirarlo cada día más.

—Antes no se preocupaba tanto —expresó Montse con esa sinceridad carente de artificios y de malicia—. Desde que vos y él volvieron a ser amigos, papá se preocupa por nosotros.

—Yo creo que el hecho de que diagnosticaran a Nachifo con autismo, lo hizo cambiar y no que él y yo hayamos vuelto a ser amigos.

—¿Por qué? —exigió saber—. ¿Qué tiene que ver que Nachito sea autista?

—Porque cuando ocurren cosas que no esperabas y que te cambian profundamente la vida empezás a apreciar lo que realmente tiene valor y a dejar de lado las cosas que no lo tienen. Tu papá siempre estuvo preocupado por su trabajo y su empresa, lo cual es lógico, pues tantas familias de trabajadores dependen de él. Pero ahora quiere pasar tiempo con ustedes, que son lo más importante de su vida.

—¿Cómo se llamaba tu hijo?

Nunca pronunciaba su nombre, ¿lo evitaba aun en mis pensamientos? Tomás Horacio Cárdenas.

—Tomás Horacio —susurré.

—Me encanta Tomás Horacio —afirmó Montse y añadió—: Cuando tenga un hijo le voy a poner Tomás Horacio.

Me arrancó una risa contra todo pronóstico. Volví a abrazarla y ella a cobijarse en mi regazo. Tenerla apretada contra mí, sus manitas tibias, ceñidas con confianza a mi cintura, me confería una sensación de paz y de beneplácito que raramente había experimentado. Sin alzar la vista y en un susurro, Montse preguntó:

—¿Qué va a pasar si mi mamá se muere?

—¿Vos qué pensás que podría suceder?

Se apartó de mí para sacudir la cabeza en un acto de negación; también se mordió el labio en el gesto de quien teme pronunciar palabras tan ominosas. Impulsada por el deseo de protegerla del dolor, le acuné el rostro entre las manos y le besé la frente.

—Tesoro, sé que tenes miedo, sé que estás sufriendo y que ahora todo te resulta confuso, pero quiero que estés muy segura de una cosa: cualquiera sea la situación que vendrá, no estarás sola. Tu papá, tus hermanas y tus abuelos estarán a tu lado y nunca pero nunca se van a alejar de vos. Podrás hablar con ellos, contarles lo que sentís, y ellos te van a ayudar.

—¿Y vos, Cosi? ¿Puedo hablar con vos si me siento triste?

—Siempre, tesoro mío —prometí—. Siempre que me necesites, ahí estaré.

—Gracias.

Por la noche se les permitió a Nachito y a Montse quedarse más allá de la hora habitual para jugar a las cartas. A las diez y media Sara indicó que los llevaría a dormir. Montse se quejó, pero ante una mirada de Elizabeth cerró la boca. Me puse de pie y los acompañé arriba. Ya estaban bañados y con los pijamas, por lo que Sara y yo nos ocupamos de que se lavasen los dientes. Me

quedé con Montse hasta que se durmió tomada de mi mano. Ella la había buscado y aferrado y yo, que le contaba un cuento, la acepté como si se tratase de la cosa más natural. Era muy cariñosa y ansiaba el contacto humano. En dos ocasiones había visto que se remangaba, extendía el brazo a cualquiera de las hermanas y, sin que mediasen explicaciones o pedidos, estas se lo acariciaban.

Regresé al living donde me anunciaron que nos trasladaríamos al microcine en la planta superior, donde veríamos una película “chistosa”, aclaró Ema, para levantar un poco el ánimo. Elizabeth me indicó la butaca junto a la de ella y ahí me ubiqué. Se apagaron las luces y nos quedamos sumidos en la penumbra herida por el brillo de la pantalla gigante del televisor. Poco después Elizabeth, para nada interesada en las desventuras del agente inglés Johnny English, ni en que yo estuviese disfrutándolas, me susurró:

—¿Encontraste muy cambiada la casa? Esta sala no existía en mi época.

Aunque me sorprendió la pregunta, respondí con ecuanimidad:

—Sí y no. Ha cambiado —me expliqué— e igualmente me sigue pareciendo familiar.

—Hacía décadas que no entraba aquí —comentó—, desde el verano del 82, cuando Ignacio y yo nos separamos. Esta casa quedó para él. Su segunda esposa le hizo gran cantidad de reformas. Algunas de poco gusto —acotó y, como no me pidió mi parecer, guardé silencio—. ¿Sabías que estuvo casado?

—No —admití.

—Me dejó por ella —comentó sin aparente amargura ni resentimiento—. Era diez años menor que yo. Se divorciaron en el 95, cuando lo dejó por otro más joven —acotó y me miró fijamente—. No tuvieron hijos. Ella no quería.

Habría deseado volver a la película, pero Elizabeth no era de la misma opinión.

—Ese verano, el del 82, mi hijo no hacía otra cosa que hablar de vos. Nora también estaba fascinada con vos.

Tras un momento de estupor atiné a sonreír.

—Yo también estaba fascinada. Me encantaba venir aquí y jugar con ellos.

Me miró con la nariz un poco elevada. Sus ojos celestes brillaron en la penumbra. Me observaba con curiosidad, como si fuese incapaz de comprender qué habían visto sus retoños en mí.

—Me pregunto —dijo tras esos segundos en silencio— qué habría sucedido si... —Se calló repentinamente—. Días atrás, Nacho puso en duda que alguna vez lo hubiese querido. Como una madre quiere a un hijo —se explicó.

Estaba segura de que la duda de Lanz contaba con una base sólida, por eso preferí callar a decir una frase de protocolo.

—Lo quiero como a nada —habló con voz menos segura, menos arrogante—, pero él no lo cree así y eso es lo que cuenta, ¿no te parece?

—Sí.

—Para vos es fácil demostrar el afecto que los demás te inspiran. Para mí es imposible. Me criaron de ese modo —se justificó y carraspeó para aclarar la voz—. Si aún vive, tu madrina no debe aprobar la relación con mi hijo, supongo. Sociópata, lo llamó una vez.

—Sí, aún vive, y no fue ella sino una psicóloga, la licenciada Giuliano.

—Mujer odiosa —masculló para sí, con la vista hacia abajo—. Lo obligaron a verla todos los días después de que te atacó en esa fiesta. —Nos contemplamos fijamente en la media luz—. ¿Lo provocaste esa noche?

—Sólo con mi fealdad —respondí y le sostuve la mirada.

—Tu fealdad —repitió con una media sonrisa—. Estaba loco por vos. Como lo está ahora. —Apartó la vista y soltó un suspiro—. Quiero que sea feliz. Es lo que deseo para mis últimos años: ver feliz a mi hijo. —Se volvió hacia mí—. Y vos sos la única que puede conseguirlo, ya me convencí de eso.

Ignacio

El jueves 17 de septiembre, a catorce días del accidente, trasladamos a Vivian a Fleni. Hubo que alquilar un helicóptero sanitario. Larsson estuvo junto a ella controlándola durante el vuelo. La decisión la tomé, hartado de esperar y con la urgente necesidad de regresar a Buenos Aires para ocuparme de mi empresa, de mis hijos y de mi mujer.

Las discusiones con Marga me socavaban la fuerza. Ya no soportaba siquiera mirarla. Eugenio, destruido como estaba, no la contenía y mi suegra se lo pasaba profiriendo insensateces. Que yo era la desgracia de su hija se había convertido en uno de sus mantras.

Mis cuñados y mi suegro trataron de convencerla de apagar la máquina que la mantenía con vida. No aceptó y, en cada ocasión que se tocó el tema, terminó con un ataque de nervios. Yo me apartaba y nada decía. Por mí que la mantuviesen enchufada toda la vida. Lo juzgaba inhumano, pero no habría compartido mi opinión con los Paulini, aunque me la hubiesen pedido.

Vivian había dejado de ser parte de mi vida y, tras el numerito que había interpretado llevándose a mis hijos y amenazando con matarlos, poca compasión me inspiraba. Lo único que me partía el corazón era el sufrimiento de Montse, que se largaba a llorar cada vez que hablábamos por teléfono.

Los Paulini habían comprendido que nada quedaba entre ellos y yo y ni siquiera insinuaron instalarse en mi casa. Por mera cortesía les ofrecí alojarlos en alguno de mis hoteles, pero Eugenio se negó. No insistí.

Tan pesados como Marga estaban los periodistas. Me perseguían por todas partes. “El caso Lanz Reuter” alimentaba el rating de los programas de chimentos desde hacía varias semanas. El padre de Cósima había interpuesto demandas en el organismo de contralor y en la Justicia, sin resultados.

El único momento de solaz era cuando oía la voz de Cósima. No dramatizaba, no exacerbaba las cosas y trataba de ponerlas bajo una luz mesurada. Sabía por Leopoldo que los periodistas no le daban respiro y, salvo respetar la orden que les impedía acercarse al ingreso de la fundación, la seguían como perros en celo. Ella no lo mencionaba y, cuando yo le preguntaba, le restaba importancia, incluso bromeaba. El hecho de que hubiese transcurrido el fin de semana en la quinta sólo había servido para empeorar la curiosidad de las hienas. Ella, sin embargo, no lo lamentaba. “Nos hicimos muy amigas con Montse”, me dijo, y era cierto, pues mi hija estaba tan fascinada con la licenciada Facchinetti como el padre. No había vez que hablásemos por teléfono que no la mencionase; parecía ser que mantenían una comunicación por mensajes escritos y de voz muy fluida.

La tarde del jueves, después de haber dejado a Vivian instalada en Fleni y a pesar de la

infinidad de compromisos y quilombos que me esperaban en la constructora, fui a buscarla a la escuela. Las peripecias que tuvimos que hacer con Niño Rossi para evitar a los periodistas valieron la pena cuando descubrí la expresión de felicidad de Montse al verme. Corrió a mis brazos y la hice dar vueltas en el aire. Nos miramos con ojos felices.

—Decime qué querés hacer o a dónde querés ir —pregunté y me sorprendió con su respuesta, pues creí que me pediría ir con la madre.

—Llévame al Hípico. Quiero ver a Nachito montar a caballo.

No tenía ganas de toparme con Lucho, pero accedí. Y no lo lamenté. Pasamos un momento lindísimo viéndolo hacer volting y siendo feliz sobre la montura. Aun Lucho se mostró simpático y le permitió a Montse subirse al caballo detrás del hermano. La promesa de Cósima, que estaban tomando recaudos para que no recayese, se demostraba cierta. Mi hijo proseguía con su tratamiento y con sus avances como si en torno él la vida se desarrollara naturalmente. No echaría de menos a la madre, de eso estaba seguro, pero sí había temido que verme mal lo afectase.

Después fuimos a tomar un helado y, aunque Montse habría pedido pedir uno normal, se limitó a los gustos de agua y a los sin TACC para acompañar al hermano.

Volví a la empresa al día siguiente. Mi habilidad, tras años de dirigir la constructora, el apoyo de mi viejo y el excelente equipo de gente que me rodeaba me habían permitido capear la tormenta a la distancia y sin contar con mi mano derecha. De igual modo, mi presencia era clave para que las cosas retomaran el curso después del sismo que había significado la defeción de Cimmi.

Desde Mar del Plata me había ocupado de neutralizarlo dentro de la red de políticos y eventuales partners con los que habíamos trabajado a lo largo de los años. Los políticos, que había conocido gracias a mí y de cuya “amistad” se jactaba, no lo protegerían pues sabían quién era el dueño del circo y quién el payaso. “Cimmi no es una apuesta segura”, afirmaba tras revelar que había estado vendiendo información a la competencia. Ante la pregunta “a quién” les mentía diciendo que estaba investigándolo. Me guardaba de mencionar que además se cogía a Vivian, pero era consciente de que el asunto saldría a la luz tarde o temprano. Los políticos, que le temen a la traición, me escuchaban en silencio y tomaban nota mental.

Los empresarios del rubro no dudaron en registrar la amenaza subrepticia; habían comprendido que eso de que Cimmi no era una apuesta segura ocultaba otro mensaje: quien lo contratara se convertiría en mi rival. Enemistarse con Lanz Reuter Construcciones podía significar grandes pérdidas para sus futuros negocios.

Evité hablar personal mente con Riera porque habría terminado puteándolo, no por lo de Cimmi sino por haberle hablado mal de mí a Cósima. Me serví de un diputado santafesino que nos conocía a los dos para comunicarle mi advertencia: si descubría que había corrompido a Cimmi para que me espiese, acabaría con una denuncia penal. Como estaban las cosas, no le convenía hacerme enojar; más le valía cortar el vínculo con mi ex empleado. Riera negó haberlo contratado y agregó que jamás lo habría hecho, pues estaba al tanto del acuerdo de confidencialidad por el cual se le impedía trabajar para la competencia tras el despido o la renuncia. No obstante, mi topo en Riera Construcciones, Daniela Dieter, aseguraba que Cimmi concurría a diario y que tenía una oficina para él, lo cual se condecía con los informes del investigador privado.

Romina llamó a mi abogado, que se presentó por la tarde. Le pedí que iniciase una demanda contra Cimmi por violación del acuerdo de confidencialidad y por espionaje corporativo. No sólo

le costaría una buena cantidad de guita haberme traicionado sino que podía terminar preso.

A eso de las seis de la tarde me llamó Ricardo Petris para informarme que Cimmi se encontraba en Fleni. Conjeturé que había ido a ver a Vivian, aprovechando el horario de visitas en la terapia intensiva. Me pregunte si los Paulini le permitirían el acceso a su cubículo. Eugenio y Juancho, el otro hermano, sabían por Bruno, el mayor, que me había puesto los cuernos con él; sabían también que la tenía registrada en un video mientras cogían. La verdad era que me importaba muy poco si Cimmi la visitaba. Vivian y yo hacía tiempo que no éramos nada más que extraños.

Corté con Ricardo tras recalcarle que su objetivo en ese momento era encontrar pruebas fehacientes que demostrasen la violación por parte de Cimmi del acuerdo de confidencialidad. Apoyé el celular sobre el escritorio y suspiré, agotado y tenso. Me sujeté la cabeza y cerré los ojos. La única perspectiva que me salvaba de caer en el desánimo era la noche que pasaría con Cósima. La había visto, por última vez, en el hospital de Mar del Plata, quince días atrás. Y hacía dieciséis que no estaba dentro de ella; eso me tenía algo más que inquieto.

Oí que Romina se movía en la habitación de al lado, seguramente finiquitando los últimos detalles antes de la llegada de Cósima, que sería alrededor de las ocho cuando terminase con los pacientes. Había optado por encontrarnos allí por una sola razón: evitar los riesgos de un chivatazo que siguiese alimentando la hoguera del escándalo que ardía en torno a nosotros. Recurrir a mi amigo Pancho Faría y alojarnos en su hotel o a Juan Pérez Rovira y pedirle que preparase la habitación del piso veintitrés del Intercontinental habría significado involucrar a algunos empleados y, estando los buitres tan atentos y sobrevolando, el peligro se habría incrementado exponencialmente. Ya podía imaginarme los titulares tendenciosos y amarillistas: “Lanz Reuter transcurre una noche de sexo y pasión mientras su esposa yace en una cama de hospital”.

Justamente para preservar la intimidad me había decidido por el mismo sistema empleado en la ocasión de nuestro último encuentro, el del hotel Faría. Por la mañana Leopoldo alquilaría un automóvil con todos los vidrios polarizados y lo llevaría a la fundación. Llegada la hora trasladaría a Cósima hasta la Torre Lanz Reuter en Puerto Madero sin que los periodistas sospechasen que en ese vehículo que salía de la fundación se hallaba el objeto de su interés. Esperarían la salida de la camioneta, que Hugo iría a buscar a eso de las nueve y llevaría al edificio de Cósima.

Romina entró por la puerta que comunicaba mi oficina con el dormitorio.

—Le dejé la cena dentro del microondas, señor. Cinco minutos serán suficientes. El champán está en la heladera y el helado en el freezer. ¿Dónde quiere que ponga las escudillas con la comida y el agua para el perro?

—Aquí, en mi oficina —indiqué—, sobre unos diarios. ¿Las cosas para el desayuno están listas?

—Tiene todo lo que me pidió en la heladera y en la alacena.

—Gracias, Romina. Avisá a la guardia de la llegada de Leopoldo. Que le abran el portón del garaje.

—Ya lo hice, señor.

Le deseé un buen fin de semana y la despedí tras resolver unos temas de trabajo con ella. Me evadí hacia el dormitorio para corroborar que estuviese en orden, incluso el baño, donde puse a llenar la bañera por si Cósima tenía ganas de relajarse un rato. Aunque estaba malhumorado y me dolía la cabeza, al recordarla desnuda aquel primer día en el Intercontinental, con restos de

semen en el escote y el mentón, sonreí por primera vez en el día.

Aproveché para adecentarme un poco. Me cambié la camisa, me puse desodorante, me lavé los dientes y me perfumé con Eau Sauvage.

Sonó el teléfono de mi escritorio; era la guardia para avisarme que Leopoldo acababa de llegar. Se me aceleró el ritmo cardíaco y me puse nervioso como un novato. Salí de mi oficina y caminé hasta el ascensor. Aguardé con el aliento contenido el campanilleo que anunciaba la apertura de las puertas automáticas. Se abrieron. Allí estaba mi amor, escoltada por Bernie y por Leopoldo, que se quedó dentro de la cabina y sólo alzó la mano para saludarme.

—Mañana a las ocho —le recordé mientras extendía los brazos para atraer a la mujer de mi vida.

Nos quedamos solos, sumidos en el mutismo del piso treinta y seis. La tenía atrapada contra mi pecho. Nos miramos. Le recorría las facciones con ojos ávidos y los detuve en su boca regordeta pintada de rojo. Amaba el modo en que contrastaba esa tonalidad encarnada en su piel tan pálida; me excitaba. Le devoré los labios y la oí gemir al tiempo que soltaba la cartera, el abrigo y el bolso para aferrarse a mí. Nos besamos con unas ansias locas. La tocaba por todas partes y ella se ponía en puntas de pie para profundizar la cercanía, el beso, los roces. Estaba duro, tan duro. Se me habían pasado el mal humor y la migraña y sólo pensaba en ponérsela.

—Me hiciste tanta falta —la oí susurrar.

—Y vos a mí, amor. No veía la hora de tenerte de nuevo conmigo.

Levanté el bolso y el abrigo del suelo, ella hizo otro tanto con la cartera. La tomé de la mano para guiarla dentro de la oficina tratando de disimular las ganas que tenía de arrastrarla y desnudarla apenas echase llave a la puerta. Pero era la primera vez que estaba allí y quería darle un momento para que apreciase la vista. Apagué las luces con el control remoto y nos inundó la fluorescencia en una tonalidad naranja de los rascacielos de Puerto Madero.

Me ubiqué detrás de ella y la aferré por las caderas. Incapaz de contenerme, saqué fuera mi erección y se la coloqué en la base de la espalda. Me froté en ella. Cósima apoyó las manos y la frente en el vidrio y se meció para acompañar mis fricciones.

—Es hermosa tu oficina —susurró con un acento agitado tan sensual que deseé que siguiese hablando—. La vista es espectacular.

Se lo hice ahí mismo, en la oscuridad y como suspendidos en el vacío. Ella, con la mejilla izquierda aplastada en la ventana y las manos abiertas sobre el vidrio, se ponía en puntas de pie para propiciar el mejor ángulo de penetración. No podía dejar de mirarle el perfil; amaba cómo apretaba los párpados y los sonidos que emitía por el hecho de tenerme dentro de ella. Dentro de mi Cósima. Adorada Cósima. Y después, sin preguntarle si tenía hambre o si estaba cansada, le pedí lo que siempre le pedía, mi fantasía, como la llamaba, y me permitió acabar entre sus tetas y que la mojase con mi semen como tantas veces lo había imaginado siendo un adolescente obsesionado.

Nos dimos un baño y después cenamos en la cama sentados, como los indios y charlando. Me hacía sentir joven, me devolvía la energía que los problemas me succionaban. En contra de mi naturaleza temeraria e inconsciente, temí que la apartasen de mi lado. Cósima extendió la mano y me acarició la mejilla.

—¿Qué pasa, amor? De pronto te cambió la cara.

—Quiero pedirte algo.

—Lo que sea.

—Quiero que nos comprometamos.

Alzó las cejas y me miró sin pestañear.

—¿Que nos comprometamos? ¿En qué sentido? Yo me siento comprometida con vos —me aclaró.

Pero yo, ambicioso y de pronto inseguro, quería más. Saqué del cajón de la mesa de luz la cajita con el solitario que le había comprado apenas iniciada nuestra relación. El joyero lo había ajustado. Lo extraje del estuche y le sujeté la mano izquierda.

—Quiero que lleves este anillo a todas partes, desde ahora y para siempre.

—Y quiero que me prometas que vas a ser mi esposa y que no vas a permitir que nada le impida serlo.—Sin aguardar su consentimiento le deslicé el anillo en el anular, le calzaba a la perfección. Lucía increíble en su mano

La besé y la obligué a ahuecar la palma para descansar la mejilla en ella.Cerré los ojos y suspire, tranquilo, maravillosamente tranquilo. Sólo Cósima era capaz de transformar a un ser cínico y materialista, como yo, en ese manojito de sentimientos y emociones.

Pero, lo que me había prometido y el modo en que lo había expresado acababan de darle sentido a mi existencia.

Capítulo XVIII

EL BIEN DE LAS APARIENCIAS

Cósima

Acepte llevar el anillo de compromiso y le prometí que sería su esposa, a pesar de que nuestra situación estaba lejos de ser normal o previsible. Su actual esposa yacía en una habitación de terapia intensiva, la prensa nos asediaba y mi familia y mis amigos, a excepción de Carlitos, juzgaban que Lanz era peligroso e inconstante. Sin embargo, le dije que sí, porque quería borrar su expresión preocupada y porque quería verlo feliz. Elizabeth aseguraba que yo era la única capaz de lograrlo. Lo había declarado con resignación, pero a mí me había hecho sentir poderosa igualmente.

Volvimos a amarnos tras sellar nuestro compromiso. Lanz me miraba a los ojos con una intensidad inusual mientras se impulsaba dentro de mí y siguió haciéndolo después de habernos saciado, cuando estábamos relajados en los brazos del otro.

—¿Qué sucede, amor? ¿En qué estás pensando?

—No voy a soportar por mucho tiempo no irme a dormir y despertarme todos los días con vos a mi lado.

—Pero...

—Cósima —me interrumpió, severo—, ya sé lo que vas a decir. Sé que no es conveniente con las cosas como están, pero yo nunca me caractericé por la paciencia ni por cumplir con las reglas que impone lo políticamente correcto. Sólo la idea de que puedo perjudicarte a nivel profesional me refrena de pedirte que te mudes conmigo.

—No sólo tenés que pensar en mi trabajo —razoné—. También tenes que pensar en Montse. Ella todavía no está preparada para recibir a otra mujer en su casa. Está pasando por demasiadas cosas, Ignacio. No es oportuno trastornar su realidad más de lo que ya la tiene alterada.

Soltó un suspiro, cerró los ojos y pegó la frente a la mía.

—¿Por qué siempre pensás en los demás antes que en vos?

—Porque los amo.

—No como me amás a mí —afirmó y abrió los ojos—. Di: que no amás a nadie como me amás a mí.

Reí y le mordisqueé y le besé los labios.

—Como a vos, amor mío. Jamás he amado a nadie. Nunca.

—Y nunca lo harás —me instó a repetir.

—Y nunca amaré a nadie como a vos.

Pasé el domingo en casa de mi madrina. Apenas me vieron, tanto ella como mi madre, notaron el enorme diamante en mi anular izquierdo. Les dije la verdad.

—Ignacio y yo nos comprometimos.

—¿Pero si está casado todavía! —se escandalizó mi madre.

—Sin mencionar que la mujer está internada en un hospital —acotó mi madrina.

No obtuve mejores reacciones el lunes. Lucho lo vio, torció la boca y no dijo nada; no hacía falta; su gesto había sido elocuente. Marti, tras admirarlo en silencio, me aconsejó:

—Que no te lo vean los periodistas. Es taaan obvio que es un anillo de compromiso.

Carlitos fue el único que no lo notó. Cuando se lo mostré, soltó el clásico silbido admirativo y se puso a calcular el precio.

—¿No te parece mal que lo lleve puesto? —lo interrumpí.

Hizo un ceño de extrañeza.

—¿Acaso no van a casarse?

—Sí, pero todos me dicen o me insinúan que este no es el momento propicio. Que, como están las cosas, hay que cuidar las apariencias.

—Nunca entendí ese concepto, el de las apariencias —se explicó y me dio un beso para despedirse—. Sé feliz —añadió antes de cerrar la puerta de mi consultorio.

Al mediodía almorzamos con Justa y Ema en la fundación, la mayor vio el anillo primero, pero, comedida como era, no lo mencionó. La menor, en cambio, apenas lo atisbó exclamó de sorpresa y alegría.

—Su padre quiso que nos comprometiésemos —Ies expliqué con la franqueza que habíamos cultivado durante las dos semanas en que Lanz había estado en Mar del Plata. La desgracia de Vivian nos había acercado y nos habíamos vuelto muy unidas y compinches—. Sé que no es el mejor momento —admití—, pero lo vi preocupado y tenso y no tuve corazón para negarme.

—Tiene miedo que, con tanto lío, te canses y lo dejes, —especuló Justa.

—Pobre papá —se lamentó Ema—, no es capaz de amoldarse a los tiempos modernos. Sigue siendo un machista cavernícola. Si pudiese mearte encima para marcarte como de su propiedad, lo haría.

Lancé una carcajada y me sentí mejor. Decidí no experimentar culpa por llevar en el anular la prueba del amor de Lanz cuando en realidad me hacía feliz y me enorgullecía. No nos vimos durante la semana. A la complicación que constituía la prensa se sumaba que Lanz estaba tapado de trabajo. No me lo decía, pero me daba cuenta de que el alejamiento de Cimmi había sido traumático para su organización.

El viernes por la mañana, mientras desayunaba, sonó mi celular. Dio un vuelco el corazón al ver que se trataba de él; no solía llamarme tan temprano, pues acompañaba a Montse a la escuela.

—¿Amor? ¿Todo bien? —pregunté sin saludarlo.

—Mi suegro acaba de llamarme para decirme que convencieron a la madre de Vivian de que lo mejor es desconectarla. Quieren hacerlo hoy mismo. —Cayó en un silencio que no me atreví a romper—. No sé qué hacer con Montse —dijo, y su acento desesperado me alcanzó a través de la línea.

—Decile la verdad, amor. Que, por el bien de Vivian, decidieron desconectarla de la máquina que la hace respirar para que deje de sufrir y para que descanse en paz. Pregúntale si quiere ir a la clínica a despedirse. Es importante que ella sepa que cuenta con la posibilidad de volver a verla antes de que la desconecten. Es muy importante, Ignacio.

—Me va a decir que sí. Hace rato que me pide que la lleve. Como no permiten el ingreso en terapia intensiva a los menores de trece años, tenía la excusa perfecta para negarme. Pero Larsson me dijo que en este caso sí se les permite a los hijos... —Se calló—. No sé qué hacer. No es un espectáculo agradable. Ver a la madre en esa cama de hospital, conectada a los tubos y

a las máquinas... Hasta un adulto se impresiona —concluyó.

—Si ella quiere ir, no se lo niegues —insistí—. Preparala para que la impresión tenga el menor impacto posible.

—No le tengo miedo a nada, amor, sólo a perderte y al dolor de mis hijos. No sé cómo voy a soportar ver tan mal a Montse.

—Lo vas a soportar porque sos su padre y te necesita entero. Sos su roca, Ignacio. Ella depende de vos.

Nachito, Pepe y Sara vinieron a la fundación como todos los días, pero Ema me envió un mensaje a eso de las diez y cuarto para contarme que Montserrat faltaría a la escuela para visitar a la madre antes de que partiese.

Fue difícil mantener la concentración a lo largo de la jornada, mientras esperaba un mensaje o un llamado de Lanz o de sus hijas mayores. Salí a despedir a mi último paciente y, al cruzar luna mirada con Marita, me puso cara de circunstancia. Me aproximé a su escritorio.

—Hace diez minutos llamó el ingeniero Lanz. Está viniendo para acá.

—¿Para acá? —repetí como tonta.

—Sí, para acá. Para la fundación.

—¿Y los periodistas?

Se encogió de hombros. Volví a mi consultorio y lo llame. Saltó el contestador. Le envié un mensaje; luego de unos minutos aún no había respondido. Marché al baño para verificar mi estado. Como sospechaba, estaba ojerosa y pálida. Me compuse un poco con maquillaje, me cepillé los dientes, me peiné y me perfumé. Bajé las escaleras al oír las voces de Lanz y de Montse, que saludaban a la recepcionista y a las pocas empleadas que quedaban.

Al verme Montse echó a correr, se abrazó a mi cintura y se puso a llorar. Lanz, Nachito y Pepe guardaron la distancia. La conduje a un sillón y la senté en mi falda. Siguió llorando abrazada a mí. Yo la contenía y le acariciaba el largo cabello en esa tonalidad caramelo que tan bien le iba al verde de sus ojos.

—Mi mamá se murió —dijo entre hipos y suspiros.

Le sequé la carita con un pañuelo y la besé en la frente.

—Lo siento, tesoro mío. Lo siento tanto.

—Duele un montón, Cosi.

—Lo sé, amor, lo sé. Entiendo perfectamente.

—¿Nunca la voy a ver de nuevo?

La pregunta me provocó una opresión en el pecho porque yo sabía que esa era la peor parte, aceptar que nunca volvería a ver ni a oír a su madre. Esa realidad es de una brutalidad tan espeluznante que me maravilla lo fuerte que somos los seres humanos. Bueno, no todos; algunos mueren tras una pérdida importante. El susto y la angustia que provoca son indescriptibles. ¿Cómo explicarle eso a una niña de diez años?

Moví la cabeza para negar y me mordí el labio para refrenar el temblor. Me limité a abrazarla. Un momento después le susurré:

—No tengas miedo. Aquí estamos para vos, para lo que quieras, tesoro mío.

Lanz se acuclilló junto a nosotras. Alcé la vista y nos miramos. Le caían lágrimas, que se le perdían en la barba crecida; no se había afeitado esa mañana. Lucía tan cansado, mi amado Lanz.

—Amor —llamó a su hija y le acarició la cabeza—, despedite de Cósima. Tenemos que irnos.

—Quiero que Cósima venga a cenar a casa —declaró Montserrat, en un tono no encaprichado pero sí resuelto.

Volvimos a mirarnos con Lanz y, tras debatir sin palabras, asentimos. Yo, por mi parte, pensé: “Los periodistas y el mundo entero pueden irse a la mierda. Esta criatura me necesita.

—Está bien —dijo Lanz, y Montse se apartó de mí y le echó los trazos al cuello.

—Gracias, pa.

La cargó hasta la camioneta mientras yo iba al primer piso a buscar mis cosas y a despedirme de Marita. Bajamos con Bernie. Leopoldo nos aguardaba en el ingreso.

—El ingeniero ya partió, licenciada. Tenemos que seguirlos.

Nos pusimos en marcha. Los periodistas debían haberse enterado de la muerte de Vivian, pues se mostraron muy temerarios y se lanzaron sobre la camioneta. Confirmé la presunción al oír sus preguntas vociferadas. Los observaba a través de los vidrios polarizados mientras intentaba medir las consecuencias que acarrearía ir a la casa de Lanz. Todavía estaba a tiempo. Leopoldo tomó en dirección hacia Barrio Parque y yo nada dije. Montserrat me esperaba, se lo había prometido; no la defraudaría por miedo a la prensa.

La cantidad de periodistas apostada en el ingreso de la casa de Lanz me asustó y estuve a punto de decirle a Leopoldo que siguiese de largo. La cobardía duró apenas un instante. Ni siquiera me arrepentí de mi decisión cuando enloquecieron al confirmar que el vehículo que ingresaba en la propiedad se trataba de la camioneta que me llevaba y traía a todas partes. De igual modo, no tenían cómo saber quién iba dentro; sólo podían especular, y eso se les daba muy bien.

El portón de hierro se cerró tras nosotros y la camioneta recorrió los metros hasta el pórtico de la casa donde me aguardaban Lanz, Montse, Nachito y Pepe. Observé a Nachito. La Petrillo me había comentado que, si bien seguía orinándose por las noches, en la terapia progresaba a pasos agigantados. Los avances eran notables, en especial los del lenguaje oral. Íbamos por buen camino, fuese con el tratamiento o con la dieta.

Apenas me bajé, Montse me abrazó. La necesidad de contacto físico y de afecto se había exacerbado. La apretujé para demostrarle cuánto la quería y cuánto me gustaba que me recibiese con tanto cariño. Era una criatura adorable pero, sobre todo, admirable.

En tanto Sara bañaba a Nachito y Montse lo hacía sola, Lanz y yo nos encerramos en el escritorio para conversar. Nos abrazamos en silencio.

—Qué maravilloso es tenerle aquí —susurró y me retiré para mirarlo a los ojos, que se le llenaron de lágrimas apenas le acaricié la mejilla—. Lloró tanto —dijo con la voz estrangulada—. No sé si hice bien en llevarla, pero ella quería ir —se justificó,

—Hiciste bien —confirmé—. Te lo habría reclamado la vida entera.

—Cuando no aguantaba más estar en Fleni, sobre todo con mi suegra, y le dije que nos iríamos, me sorprendió al pedirme que quería verte. Fuimos directo a la fundación.

Yo sabía que Montse estaba proyectando en mí la figura materna que acababa de perder y habría sido una hipócrita si hubiese negado que me hacía sentir bien; más que bien, feliz.

Lanz me condujo a un sillón Chesterfield en cuero verde delante de un hogar apagado. Me obligó a acomodarme sobre sus piernas y volvió a abrazarme con un tinte desesperado.

—¿Querés contarme cómo fueron las cosas? —le ofrecí.

Guardó silencio con la mejilla pegada a mí pecho basta que, tras una inspiración profunda, se apartó. Nos miramos. Le despeje la frente de unos mechones, y sus ojos descollaron. Aún seguían robándome el aliento como en el verano del 82. Lo besé ligeramente en los labios, pero él no se conformó; me sujetó por la nuca y me devoró la boca con una pasión que desmentía el cansancio impreso en su semblante. Me penetraba con una lengua exigente al tiempo que me

manoseaba los pechos. Lo sentía crecer bajo mi trasero y, como sabía de qué modo terminaríamos, me aparté con esfuerzo, pegué la frente a la de él y nuestras respiraciones agitadas se mezclaron y nos golpearon los labios húmedos.

—Veo que no tenes ganas de contarme cómo fueron las cosas hoy.

—No, este día de mierda está terminando como jamás imaginé, de la mejor manera posible, con vos en mí casa, por lo que me niego a arruinarlo contándote aquello.

—¿Vamos? propuse—, Los chicos ya deben haberse bañado. Me ciñó aún más la cintura y hundió la nariz en mi cuello perfumado,

—Te necesito —murmuró y me apretó contra su erección.

—Y yo a vos, amor, pero Montse nos necesita todavía más.

Me sujetó el rostro con la vehemencia que lo caracterizaba y tras unos segundos de intensa contemplación declaró:

—Qué estupenda madre de mi* hijos vas a ser. Nachito y Montse serán mejores personas gracias a vos,

La emoción me tomó por asalto. Se me nubló la vista y se me agarrotó la garganta, Me aferré a su cuello, escondí, la cara y me puse a llorar. Había deseado tanto ser la madre del hijo de Horacio. Me habían arrebatado la ilusión y a mis amores en pocos segundos, Y ahora, cuando no lo esperaba y de quien menos lo esperaba, la vida me ofrecía la posibilidad de cumplir el sueño al que había renunciado tanto tiempo atrás.

Amé a Lanz por no pedir explicaciones. Se limitó a contenerme y a llorar conmigo. Me serené un momento después y con acento gangoso le susurré al oído:

—Gracias, amor, por este regalo. Es lo más hermoso que me han dado en la vida. Voy a atesorar a tus hijos como si se hubiesen gestado dentro de mí.

Se apartó súbitamente y me sujetó por las mandíbulas. Se quedó mirándome, incapaz de hablar, las mandíbulas tensas y los labios sumidos entre los dientes. Quería decirme algo, pero no podía.

—Te amo —declaré, movida por el sentimiento infinito que me inspiraba.

—Gracias —logró barbotar con voz rara y tensa—. Por amarlos a ellos también.

—Más que a vos —dije en broma y Lanz rió con un gesto cansado que me partió el alma.

—Tenes prohibido amar a nadie más que a mí.

—Entendido, mi general. —lo besé con el alma—. A nadie he amado como te amo a vos, Ignacio. Y si amo a tus hijos es por eso, porque son tuyos. Voy a intentar ser la mejor madre para ellos.

—Ya lo sos, amor mío.

Le pedí un momento para ir al baño y componerme la cara. Me acompañó y me esperó fuera.

—Estás perfecta —aseguró, al verme salir.

Marcharnos al comedor. Nachito y Sara estaban listos, sentados a la mesa, Montse todavía no había bajado. Fuimos a buscarla. Yo no conocía esa parte de la casa. En verdad conocía muy poco, sólo algunos sectores de la planta baja. El sobrio lujo me sorprendía, pero no me resultaba chocante, Las puertas blancas con moldura y herrajes de bronce se sucedían a uno y otro lado del pasillo. Caminaba de la mano de Lanz tratando de absorber a mi paso los detalles costosos y de buen gusto de la decoración. Me sentía ajena mientras reflexionaba que tal vez Vivian los habría comprado, Lanz, en cambio, avanzaba sin prestar atención. Se detuvo delante de una puerta y llamó.

—Hija, ¿estás lista para bajar?

—Ya voy, papí —dijo con voz llorosa.

Nos miramos.

—Montse, soy yo, Cósima. ¿Podernos entrar?

—Sí.

La encontramos boca abajo en la cama, ya bañada y con la bala y las pantuflas puestas. Se incorporó y se sentó en el borde con la vista al suelo. Nos ubicamos uno a cada lado. La abracé y Montse hundió la cara en mi regazo y empezó a llorar de nuevo. Decidí distraerla para rescatarla de ese laberinto de dolor y lágrimas en el que estaba perdida y que yo conocía tan bien. Le propuse secarle el cabello con la excusa de que tomaría frío. Lanz trajo el secador del baño en suite y lo enchufó. Montserrat se fue relajando con el sonido monótono del aparato y con mis caricias. Le hice una trenza cosida y se la mostré usando un espejo de mano y el de cuerpo entero de su placard. Le encantó.

—¿Me enseñas a hacerla?

—Con mucho gusto. —Le tomé las manos y le estudié las uñas pintadas muy bonitas, adornadas con minúsculos dibujitos—. ¿Vos te las pintaste? —pregunté exagerando la admiración.

—Las hice con unas pinturas que mamá me trajo de Londres. Te las muestro.

Se bajó de la cama y se dirigió a un tocador primoroso en laca blanca con espejo y cajonera. Se sentó en la butaca tapizada en una tela rosada con flores y extrajo de un cajón una valijita. Regresó a mi lado y me la ofreció. Era un set de manicura para niñas con una docena de pinturas además de adhesivos y pedrería. Traía un manual con diseños muy originales y novedosos. Nos pasamos un rato admirando las posibilidades y decidiendo cuál me haría después de cenar.

—Ahora vamos a comer —intervino Lanz, que se había mantenido aparte y en silencio—. Tu hermano debe de estar hambriento.

Montse asintió y cerró la valijita. Le ató el cinto de la bata, le acomodé la solapa y le besé la frente. Salimos de la mano; en la otra Montse cargaba con el juego de manicura. Revolvió la comida y poco se llevó a la boca, pero no le insistí. Ahí mismo, luego de que las empleadas levantasen la mesa, me pintó las uñas. Sara se había retirado. Lanz hacía dibujos con Nachito. Cada tanto intercambiábamos miradas elocuentes y pensábamos lo mismo: “¡Qué momento tan perfecto!”.

Montse levantó la vista de su trabajo —me dibujaba en el pulgar izquierdo una vaquita de San Antonio con asombrosa precisión—, frunció la nariz y achinó los ojos en un gesto entrañable.

—¿Te podes quedar a dormir esta noche? —preguntó.

—Me encantaría, tesoro, pero no puedo.

—¿Por qué? —se desilusionó.

—No traje ropa ni efectos personales. Pero gracias por invitarme. Me siento muy halagada —aseguré y batí las pestañas varias veces en una actitud coqueta que hizo reír a Montse y a Nachito apartar la vista del dibujo y fijarla fugazmente en su hermana, lo cual evidenciaba la conexión que tenía con ella.

—No importa —resolvió la niña—. Cuando te cases con papi vas a dormir aquí todas las noches

Cruzamos una mirada con Lanz, que me guiñó un ojo y me hizo vibrar de placer. Se les había permitido quedarse más tiempo del usual porque era viernes y al día siguiente no tenían actividades, pero a eso de las once el padre decidió que era hora de ir a la cama. Lanz se ocupó de Nachito y yo acompañé a Montse a su dormitorio. Quité los tantos almohadones y peluches de

la cama y le abrí el rebozo, mientras ella se cepillaba los dientes. La ayudé a quitarse la bata y le ofrecí deshacerle la trenza, a lo cual dijo que no. La arropé y la besé en las dos mejillas.

—Léeme, Cosi.

—OK. ¿Qué te leo? ¿Este? —dije y tomé el libro que descansaba sobre la mesa de luz, uno de Gerónimo Stilton.

Montse asintió y yo comencé la lectura. Me interrumpió al rato.

—Cuando me enseñes a hacer la trenza cosida, ¿pueden estar Luna y Brisa?

—Claro. Sí o sí necesitamos que estén para usarlas como modelos.

Sonrió, dichosa, y a mí me embargó la necesidad de besarla. Me incliné y lo hice, le besé la frente y la nariz. Ella me sujetó por el cuello y me abrazó. Me pregunté qué oscuros pensamientos alterarían su mente de niña, qué ideas aterradoras la llevarían a aferrarse a mí con tanta desesperación. Me aparté y le acaricié la frente.

—Tesoro mío, ahora todo parece horrible y te da miedo, pero cree en mí cuando te digo que este dolor pasará y que volverás a estar tranquila y contenta. Nunca te vas a olvidar de tu mamá, pero cuando la recuerdes no será con tristeza.

—¿Vos te acordás de tu esposo y de tu hijito?

—Todos los días —admití—. Pero soy feliz igualmente, como lo serás vos. Te lo prometo.

Pareció serenarse porque soltó un suspiro y distendió la expresión. Seguí leyendo la historia de Gerónimo Stilton hasta que se quedó dormida. En cierto punto, Lanz se nos había unido y aguardaba en silencio junto a la puerta. Nos abrazamos en el corredor.

—Gracias por ayudarla —susurró.

Ignacio

La había descubierto en el verano del 82, esa capacidad de Cósima para transformar el dolor en paz y serenidad. Era un talento natural con el que había nacido y que ella ponía al servicio de los demás con la generosidad que la caracterizaba. Yo había sido uno de sus beneficiarios y ahora lo era mi hija. Mi amor por esa mujer ascendía a niveles desconocidos para uno como yo y, sin embargo, el sentimiento nacía en mí, de mí, pese a haber sido una mierda toda la vida.

Al igual que Montse, habría deseado que se quedase a dormir en casa. Despertar con ella a mi lado y bajar juntos a desayunar era un sueño que concretaría lo antes posible. Me consumía la ansiedad.

Leopoldo, Hugo y Niño se habían retirado, por lo que yo la llevé a su casa en la camioneta. Como era de prever, los periodistas seguían haciendo guardia pese a la hora. Conduje lentamente para no rozar a ninguno mientras soportaba que golpeasen las ventanillas opacadas y escupiesen sus preguntas chismosas y desaprensivas. Apenas tuve la oportunidad aceleré y me alejé hacia Figueroa Alcorta apretando el volante y los dientes. Algunos nos seguían en sus vehículos.

Cósima me acarició la pierna en un semáforo. Le hablé sin mirarla.

—Por culpa de esos malnacidos no podemos ser libres.

—Pronto lo seremos —replicó con un acento suave que al mismo tiempo comunicaba firmeza. Me acarició la mejilla. Le besé la mano y descansé Ja cara en su palma. Arranqué más

distendido.

—Antes de que saliésemos para acá me llamó Bruno, mi cuñado. Dice que los periodistas están haciendo guardia en la entrada de Fleni. Ahora se pondrán más pesados, más insistentes — comenté sin ira—. Va a ser complicado.

—No durará para siempre, amor —alegó.

Pese a la muerte de Vivian y al dolor de Montse, estaba sereno gracias a la mujer ubicada junto a mí. Todavía tenía que afrontar el funeral y soportar a mi familia política. En otras circunstancias me habría consumido la rabia. Cósima, sin embargo, me hacía ver las cosas desde otra perspectiva.

Tenía la intención de quedarme a dormir con ella y volver a casa temprano al día siguiente, antes de que mis hijos despertasen. Lo entendió sin explicaciones. La acorralé en el ascensor y la besé con un hambre que aumentaba en tanto el beso continuaba. No la solté mientras abría la puerta de su departamento y, apenas cerró con llave y puso la traba, volví a apoderarme de sus labios. Depositó las cosas ahí mismo, en el vestíbulo, y me echó los brazos al cuello. Oí que Bernie lloriqueaba. Ella se removió para apartarse de mí.

—Dejame que le ponga agua en el bebedero —me pidió y la seguí a la cocina mientras me quitaba el abrigo y me desabrochaba el cinto y el pantalón.

Se rió al verme listo, con la verga fuera. La tomé allí mismo, en la cocina, esa parte de su casa que yo amaba porque encerraba recuerdos preciosos. Y se lo hice de nuevo en la cama, poseído de un vigor insólito, si se tenía en cuenta que estaba en pie desde las seis de la mañana, que no tenía veinte años y que había pasado un día para el olvido.

Terminamos sudados, agitados, oliendo a sexo, ella con mi semen que le chorreaba por el escote después de haberme cumplido la fantasía. ¡Cómo la amaba! Amaba su libertad en nuestra intimidad. Amaba la confianza que me tenía y el modo en que se me entregaba. Estaba loco, loco por ella.

Nos duchamos juntos y después llenamos la bañera para relajarnos. La habría acomodado entre mis piernas, su espalda contra mi pecho, pero ella estaba decidida a darme un masaje. Empezó por los pies y poco a poco la tensión fue disolviéndose.

—¿Cuándo la entierran? —quiso saber.

—El lunes al mediodía.

—¿La van a velar?

—Mis suegros decidieron que no, por suerte. Vamos a enterrarla en la parcela junto con Nora.

—Nora está en un cementerio parque, ¿verdad?

—Sí, uno en Del Viso.

—Pensé que los padres querrían enterrarla en Cañuelas.

—Eso querían, pero me opuse. No pienso volver a ese lugar infectado de glifosfato. No quiero que mis hijos respiren ese aire.

—¿Y tu campo?

—Lo puse en venta.

—¡Oh!

—Mis cuñados me hicieron una oferta. La voy a aceptar.

Caímos en un mutismo agradable. Yo le estudiaba las manos mientras ella masajeara las mías; me parecían las más lindas que había visto. Sonreí al notar las uñas pintadas por mi hija.

—Creo que sería conveniente que Montse fuese a una psicóloga infantil durante un tiempo — expresó Cósima—. Para que la ayude a transitar el duelo —añadió.

Lo que vos digas, amor —acepté sin dudar.

—Yo conozco un par que son excelentes, pero tal vez vos quieras consultar con José Vianes.

—No es necesario. La que vos elijas estará bien.

—Estará bien siempre y cuando a Montse le guste la idea —me recordó, y yo simplemente le respondí echándome hacia delante y besándole el costado del cuello.

Volvimos a sumirnos en el silencio cómplice y sereno. Mi mente, sin embargo, no descansaba; repasaba los eventos del día. Hablé repentinamente siguiendo la línea de mis pensamientos.

—Voy a decirte algo que sonará raro, retorcido, pero a vos necesito confesártelo. Estoy contento por haberme sentido triste por la muerte de Vivian. Tal vez no contento, pero sí aliviado. Suena descabellado.

—Suena paradójico —opinó Cósima—. Seguí explicándote.

—Quiero que sepas que les tengo miedo a las profundidades de mi personalidad, de mi verdadera personalidad. Hay ocasiones en que me temo, le temo a la brutalidad de mi ira, de mi resentimiento, de mi ambición. Por eso, sentir pena por su muerte pese al rencor que le tenía, fue realmente un alivio. Después de todo era la madre de mis hijos menores. Y existió un tiempo en que creí que la amaba.

—Te dio dos hijos magníficos. Bendita sea por eso. Ojalá ya esté en la gloria de Dios.

Me impresionaron sus frases. Ella siempre me impresionaba con sus palabras. Las empleaba de un modo inusual pero sobre todo con una sinceridad que me traspasaba como un filo.

—Además de asustarte, tu forma de ser te llena de culpa, ¿verdad?

—Sí. Es algo que he ocultado la vida entera. Es la primera vez que lo expreso en voz alta. Ni siquiera quería decírmelo a mí mismo porque significaba una falla en mi poderío. —Me incorporé y la sujeté por la cintura; la atraje hacia mí y la ubiqué entre mis piernas; descansé la mejilla en su pecho—. A veces me pregunto por qué me amás. Si vieses cómo soy realmente, no lo harías —confesé por fin y me mantuve quieto, pegado a ella, con los ojos cerrados, como a la espera de un golpe letal.

—Ahí te equivocas, Ignacio —dijo tras unos segundos en silencio—. Nadie conoce tu peor parte como yo. La padecí —me recordó—. Y sin embargo te amo profundamente no tanto por conocer la otra parte, la luminosa, la que siente culpa por su lado oscuro. Te amo como a nadie porque, conociendo tu parte oscura, te amo de todos modos. Es tu parte oscura la que me permite medir la inmensidad de mi amor por vos.

Me obligó a alzar la vista. Nos miramos a los ojos y fue un momento sublime, de una comunión infinita y sacra. Ella estaba dentro de mí y yo dentro de ella. Se inclinó y esperó a que me besase como el sediento espera el agua fresca. Me rozó apenas los labios, pero, aunque suave, su contacto me causó un escozor que me erizó la piel. Sonrió antes de decirme:

—No sientas culpa, amor mío. Es un sentimiento nefasto. Sos lo que sos, Ignacio.

—Y vos, pese a todo, me amás igualmente —rematé para ratificar el concepto como si estuviese en una negociación y quisiese dejar en claro una cláusula que me convenía.

—Quizás amo más tu parte oscura, tu parte débil —añadió risueña—. Es la que hace tan grande el amor que te tengo.

¡Qué rápido llegó el amanecer! No quería irme, no quería dejarla. No soportaba la idea de que viviese ese sábado sin mí, haciendo cosas que yo no vería y de las que nada sabría.

—¿Qué tenes pensado para hoy? —pregunté mientras me vestía, disimulando mi espíritu controlador.

—Tengo que irme temprano a la quinta de Carlitos en Pilar. Le prometí a Naty que la ayudaría

con el festejo del cumpleaños de Bartolomé. Cumplió dieciocho el miércoles pasado —me comenté sin imaginar lo poco que me interesaba.

Sólo maquinaba el modo de tenerla para mí ese fin de semana. Llegué a casa pasadas las siete y media. Pese a que había dormido sólo un par de horas en lo de Cósima, no tenía sueño. Elba me sirvió una taza de café y me puse a leer La “Nación en la cocina. A las nueve fui a despertar a mis hijos. Los habría dejado dormir pero en una hora llegarían los abuelos y los tíos.

Apenas Marga vio a Montserrat se echó llorar. La apretujaba y lloraba. Cuando empezó a decir que su hija estaba en una fría morgue y que nunca volverían a verla, miré a Eugenio y a mis cuñados con intención. Apartaron a la abuela y se la llevaron a otra parte, seguramente para darle un calmante y ponerla a dormir. Montse buscó refugio en mis brazos. Fuimos al jardín, donde Nachito, bajo la supervisión de Sara, jugaba con Pepe. Enseguida Montse se unió a sus juegos. Yo, por mi lado, hice una llamada telefónica.

—¿Ingeniero? —respondió Leopoldo enseguida.

—¿Dónde estás?

—Yendo para su casa a buscar la camioneta. Tengo que llevar a la licenciada Facchinetti a Pilar.

—Tomá bien nota de la dirección. Voy a necesitar que se la pases a Niño y le expliques cómo llegar.

—Entendido, ingeniero.

Corté y llamé a Carlos Naum, quien, tras darme el pésame por la muerte de Vivian, me preguntó qué necesitaba.

—¿A que hora termina la fiesta de tu hijo? Quiero ir a buscar a Cósima.

—Pero... —balbuceó, confuso—. Me dijo que tu chofer la traería ¿No la va a llevar de regreso a Capital?

No —contesté, tajante.

Naum era como un hermano para Cósima, pero yo sería su esposo; no le debía explicaciones. Carlitos, siendo el pan de Dios que es, dijo a continuación lo que yo, manipulador como soy, sabía que diría:

—¿Por qué no se vienen vos y los chicos a la fiesta? Bueno —se contuvo—, a menos que te parezca impropio por lo de... la madre —agregó, incómodo.

—Para nada —afirmé—. Al contrario, les va a venir bien despejarse un poco.

—Es una pequeña reunión familiar, nada más.

—Perfecto —contesté—. ¿Qué llevo?

—Nada. Cósima y Naty van a hacer comida para el campeonato. Los esperamos a eso de las cuatro y media.

Tras el almuerzo hubo un momento de tensión cuando le informé a mi familia política que mis hijos y yo nos iríamos a pasar la tarde a la casa de unos amigos. Por fortuna Bruno convenció a los padres de volver con él a Cañuelas y regresar el lunes para el entierro. Marga estaba muy dopada, por lo que murmuró un saludo y se dejó conducir a la camioneta del hijo. Los vi caminar hacia el vehículo desde la puerta principal; lo hacían a paso lento y agobiado y me embargó una profunda conmiseración. Enseguida mi lado oscuro asomó los cuernos y me resentí con Vivian, que había llevado las cosas a un extremo irreversible. Ahora mi hija, sus padres y sus hermanos sufrían una pena atroz porque ella no había sabido aceptar la realidad. “Sos lo que sos, Ignacio”, me había dicho Cósima la noche anterior. Si ella, me animé, no me juzgaba, yo tampoco juzgaría a Vivian. Después de todo, somos lo que somos y nos resulta imposible actuar de otra manera.

Nachito, de pie a mi lado, me sujetó la mano. Lo miré; él, por supuesto, seguía con la vista al frente. Lo tomé en brazos y siguió negándome los ojos.

—Dame un beso —le pedí sin esperanza—. Necesito un beso tuyo en este momento.

Me pasó los brazos por el cuello y me estampó la boca en la mejilla. Lo apretujé midiendo el ímpetu para no fastidiarlo. Qué sanador era mi hijo.

—Te amo —dije, besándolo por todas partes a riesgo de que me rechazara.

Él, en cambio, reía, tal vez a causa de las cosquillas; no me había afeitado. Me dio risa a mí también.

—¿Vamos a ver a Cósima? —pregunté.

—Cósima —repitió y me miró fugaz pero inequívocamente.

—¿Quieres ver a Cósima? —insistí y lo sujeté por la mandíbula para obligarlo a hacer contacto conmigo.

—Vamos a ver a Cósima —dijo y se rebulló para bajarse.

Corrió a dentro de la casa con Pepe por detrás y yo me quedé paralizado, sonriendo a la nada y con el corazón que me batía en la garganta. Había creído que mi hijo jamás hablaría normalmente y, como siempre, mi juicio se había demostrado erróneo. Cada avance de Nachito era un triunfo que vivía con euforia. Pero lo que realmente me hacía feliz era saber que, aunque su evolución se detuviese, mi amor por él seguiría siendo infinito. Lo amaba a él, no a sus capacidades. Nachito era, sin duda, mi maestro.

Como Sara había finalizado su jornada de trabajo, yo me ocupé de alistarlo. En tanto lo hacía, le preguntaba qué podíamos regalarle a Bartolomé, el sobrino de Cósima. Entré en mi dormitorio y me dirigí al vestidor que había compartido con Vivian. El aroma de su perfume todavía flotaba en el reducido espacio. Me detuve en el ingreso y me quedé observando la cantidad de ropa, zapatos y carteras que había acumulado a lo largo de los años. Tendría que vaciarlo en algún momento. Salvo las joyas y los relojes, que quedarían para Montserrat, daría lo demás a Caritas o al Ejército de Salvación.

Rebusqué entre mis cajones y di con un frasco de Invictus de Paco Rabanne. Me lo habían regalado para mi cumpleaños y no lo había siquiera sacado de la caja; tenía el celofán intacto. Le pedí a Elba una bolsa para regalo y, tras llamar a Montserrat, nos pusimos en marcha. Niño iba al volante de la camioneta BMW que había pertenecido a Vivian. Yo me ubiqué en la parte trasera con mis hijos y con Pepe. Montse chateaba por el celular. Interrumpió el tecleo frenético y me preguntó:

—¿Puede venir Cósima mañana a casa para enseñarnos la trenza cosida?

—Invítala —sugerí, entusiasmado por contar con una excusa que me habilitase para manipularla y obligarla a pasar el domingo con nosotros.

—¿Y puedo invitar a Luna y a Brisa?

Asentí con la cabeza mientras extraía el teléfono que sonaba. Era Daniela Dieter.

Dani —dije de buen modo porque estaba portándose muy bien con el tema de Arturo Cimmi. Me transmitía información valiosa.

—Nacho, me entere de que ayer desconectaron a Vivian. Lo siento mucho.

—Gracias.

—¿Cómo estás?

—Bien. —Ahuequé la mano en torno a la boca antes de susurrar-: No puedo hablar ahora de este tema. Estoy con mis hijos.

—Ah, claro —contestó con acento solícito—. Te llamaba para contarte que ayer tío Fernando

le comunicó a Arturo que no precisará más de sus servicios.

Por fin Riera había comprendido con quien le convenía sellar una alianza. El mensaje enviado con el diputado había surtido efecto. Cimmi estaba quedando aislado. El gerente de Asuntos Jurídicos de la constructora me había informado que el muy hijo de puta nos había demandado por despido sin justa causa; exigía una cifra millonaria en concepto de indemnización. En realidad no nos había demandado en los tribunales sino solicitado la intervención del SECCLO (Servicio de Conciliación Laboral Obligatoria), por lo que nos reuniríamos en el Ministerio de Trabajo para intentar llegar a un acuerdo.

Yo había soltado una carcajada, pues no le daría un peso. Él me pagaría a mí después de que demostrásemos que había cometido un delito espionando para Riera y faltando al acuerdo de confidencialidad. Mi abogado había presentado la demanda y estábamos esperando que se fijase la fecha para la mediación.

—No se muerde la mano de quien te da de comer —comentó Daniela—. Y eso fue lo que hizo Cimmi, te mordió la mano —remató.

—Pero no fue por eso que tu tío lo rajó —la confronté.

—No, no fue por eso —admitió—. Tu peso en el mercado de la construcción es como el de un titán. Mi tío no habría podido con vos en caso de que te le hubieses puesto en contra.

—Y lo habría hecho, no lo dudes —subrayé para dejar en claro la cuestión—. Si le hubiese dado asilo a esa basura los habría destruido a los dos.

—¿Es cierto lo que se dice?

—¿Qué se dice?

—Que Cimmi y Vivian eran amantes.

Me retrepe en el asiento y mire de soslayo a Montse.

—¿De dónde sacás eso?

—Anoche lo dijeron en un programa de chimentos. Lo vieron salir de Fleni con los ojos llorosos.

—¡Por Dios santo! —mascullé, antes de explicar-: Eran muy amigos. Ahora tengo que dejarte.

—¿Cuándo nos vemos? —quiso saber y lo preguntó con esa voz que yo conocía, ese tono bajo y lento que empleaba cuando quería que terminásemos en la cama.

—Como amigos —contesté—, cuando quieras.

—No, como amigos no. Como lo que fuimos tantas veces.

—Eso, Dani, no será posible.

—¿Por la psicóloga de tu hijo?

—No será posible porque vos y yo ya no somos los mismos de aquella época. Los dos hemos evolucionado. Para mejor —añadí—. Creo que mereces encontrar a alguien que te quiera y te valore.

—¡Uy, Nacho! —simuló asombrarse—. La psicóloga te hizo un lavaje de cerebro.

—¿Hace cuánto que estás limpia? —disparé.

—Eh... ¿Cuánto tiempo?

—Sí, cuánto tiempo —confirmé—. Estoy seguro de que llevas la cuenta.

—La llevo, sí —admitió de pronto seria—. Seis meses y veintitrés días.

—¿Ni alcohol ni lo otro?

—Ni alcohol ni lo otro —confirmó.

—Deberías sentirte orgullosa. Nadie mejor que yo sabe lo difícil que es mantenerse sobrio. Ahora sólo te falta encontrarle sentido a esta puta existencia. Eso, creeme, sólo lo encontrarás

amando. Ahora me despido porque tengo un compromiso.

Llegamos poco después a lo de Naum. Niño se detuvo frente a un portón de dos hojas de hierro negro y se bajó para tocar el timbre mientras yo sacaba a Nachito de la sillita y le ponía el chaleco a Pepe. Nos abrió una mujer grande, de unos setenta años, a la que reconocí enseguida: Carmen Sidarti, la que me creía un sociópata. A la ex directora del Saint Peter's le bastaron pocos segundos para saber a quién tenía delante.

¡Lanz Reuter! —exclamó con el tono y la expresión que habría empleado para cagarme a pedos.

—Directora Sidarti —dije a modo de saludo y extendí la mano, que aceptó de mala gana.

—¿Qué hacés aquí? —exigió saber sin ocultar el desagrado que le causaba mi presencia.

—Carlitos nos invitó a mis hijos y a mí.

Dirigió la atención a los chicos y el gesto se le ablandó.

—Qué criaturas tan adorables —afirmó y acarició la mejilla de Montse—. Cósima siempre me habla de ellos.

Los presenté. A mi hija la impresionó que esa anciana hubiese sido la directora de su escuela. La Sidarti iba explicándole que ella había sido la autoridad del secundario, no la del primario, y de ese modo fuimos cruzando el patio delantero y entramos en la casa de Naum. Noté la inquietud de Nachito apenas cruzamos el umbral, cuando nos alcanzaron el bullicio y la música. Le apreté ligeramente la mano para tranquilizarlo mientras la Sidarti nos guiaba hacia el jardín donde habían organizado el festejo aprovechando el día de sol.

El primero que nos vio fue Lucho. La sonrisa se le borró instantáneamente. Hizo un ceño con la vista fija en mí. Después apareció Natalia, que si bien no me miró tan torcido como el hermano tampoco saltó de alegría. Carlitos, en cambio, me dio la mano y me agradeció que hubiese aceptado la invitación. Él me presentó a Silvia, la madre de Cósima, a quien mi mujer no se parecía en nada. Tenía los ojos pequeños, los labios finos y era tan delgada que daba la impresión de que el viento se la llevaría. Me miró con miedo y apenas rozó mi mano cuando se la extendí. Luego se sucedió una decena de personas de las cuales no retuve los nombres, ni me interesé en hacerlo. Me saludaban con expresiones tensas y palabras masculladas. Se percibía la incomodidad que mi presencia les causaba. A mí no podía importarme menos. Estaba allí por una única razón y el resto podía irse a la mierda.

Oí la risa de Cósima y me volví hacia ella. Avanzaba rodeada por cuatro adolescentes, tres varones y una chica, que se disputaban su atención. Traía una fuente con bocaditos. Se detuvo en seco cuando me vio. Y tras ese instante de asombro, la expresión se le iluminó con una sonrisa que me aceleró el ritmo cardíaco. Estaba tan hermosa con esos jeans en una tonalidad beige clara y la camisa celeste ajustada, donde las tetas le descollaban como letreros luminosos en la 9 de Julio.

Le entregó la fuente a la chica y vino casi corriendo hacia nosotros. Montse le salió al encuentro y se abrazaron.

—¡Qué alegría! —exclamó mientras la apretujaba contra su pecho—. ¡No puedo creer que estén aquí!

Nachito me dejó helado cuando se soltó de mi mano y también corrió hacia ella, que lo recibió con los brazos abiertos. Los contenía a los dos y los besaba alternadamente. Bernie les saltaba en torno, contento como su dueña de vernos. Me acerqué sonriendo. Tenía toda la intención de besarla en la boca para marcar territorio con Lucho y con algún otro pajero que la deseara, pero ella me puso la mejilla y tuve que conformarme. Entendí que lo hacía por mis hijos; juzgaba

prematureo el gesto.

—Estás lindísima —le susurré antes de apartarme y amé que se pusiese colorada y que todos lo notaran.

—No puedo creer que hayan venido.

—Carlitos nos invitó —me apresure a aclarar.

—¡No me dijo nada!

—Quería darte la sorpresa —intervino el anfitrión—. Ni siquiera le comenté a Naty para que no te fuera con el cuento.

Los adolescentes —los hijos de Lucho y los de Carlitos— me miraban desde cierta distancia con miedo reverencial.

—¿Quien es el del cumpleaños? —quise saber y Cósima aferró por el brazo a uno de los varones, el tal Bartolomé—. Toma —dije tras la presentación y le entregué la bolsa—, esto es para vos.

—Gracias —balbuceó, y cuando vio de qué se trataba abrió grandes los ojos—. ¡Qué masa! ¡Me encanta este perfume! ¡Cuesta un huevo!

Solté una carcajada mientras Natalia lo retaba por la falta de tacto.

A partir de ese momento la cosa se desarrolló con más normalidad, aunque el recelo no desaparecía. Insisto: me importaba un carajo. Sólo me había bastado ver la alegría en la expresión de Cósima para olvidarme de que estaba rodeado de personas que desaprobaban nuestro amor. Después de todo, yo era el único con derecho a ella y parecía ser que tenía que estar pidiendo permiso para acercarme a mi futura esposa. Se podían ir bien a la mierda.

Nos ubicamos en un sector muy lindo del jardín donde habían dispuesto sillas en torno a una mesa. Cósima se dedicó a nosotros, a mis hijos y a mí, y aunque yo conversaba con el padre de Natalia, que era ingeniero civil, me mantenía atento a ella, que iba y venía trayéndonos comida y bebidas, buscando aquello que Nachito pudiese comer y que no contuviera caseína ni gluten. Por suerte la tal Paola era muy piola y, pese a ser mayor que Montse, enseguida le prestó atención, sospecho que por pedido de la “tía Cosi”, como la llamaban. Nachito, en cambio, se pegaba a mí y a Pepe. Más allá de que se trataba de un ambiente altamente nocivo para un autista, con personas desconocidas, voces elevadas y sonidos fuertes, estaba comportándose de maravilla. No había caído en ningún berrinche ni se había puesto a repetir una actividad ni a aletear los brazos.

Cósima lo tomó de la mano para llevarlo al baño. Mi intención fue seguirlos, pero la Sidarti se sentó a mi lado y me lo impidió, posando su mano huesuda en mi antebrazo.

—Me gustaría hablar con vos —manifestó.

—Estoy a su disposición —respondí, aunque tenía ganas de salir corriendo detrás de mi mujer y de mi hijo.

—¿Cómo estás? —Al notar mi confusión, aclaró-: Me refiero a lo de tu esposa. Supimos que falleció ayer.

—Estoy bien dentro de lo que cabe. Sin embargo, ver sufrir a mi hija es muy duro.

—Puedo imaginarlo. Ver sufrir a quien más se ama es peor que sufrir en carne propia —declaró con intención y me miró con esos ojos que nos habían hecho temblar en el Saint Peter’s—. Igualmente Montserrat parece muy serena.

—Es porque está distraída y porque Cósima está cerca. Ella es una influencia muy positiva para mis hijos.

—Cósima es sanadora —declaró—. ¿Cuáles son tus intenciones con mi ahijada? —disparó sin preámbulo.

—Creo que mis intenciones son claras. El anillo que Cósima lleva en el dedo es una declaración de lo que pretendo: que sea mi esposa.

Asintió con expresión severa y los brazos cruzados al pecho.

—Ella sería tu tercera esposa, ¿verdad?

Asentí a mi vez y la Sidarti exhaló un suspiro de resignación.

—Cree que no seré un buen esposo para Cósima, ¿no es así?

—Mi comadre y yo —dijo y, cuando movió la vista hacia mi futura suegra, descubrí que seguía nuestro diálogo con atención— creemos que serás inconstante y que la harás sufrir. Sabemos que sos un hombre con una vida social intensa y que las mujeres se echan a tus pies.

Tomé una inspiración para aplacar la ira que subía y me ahogaba. Después de todo, razoné, esa mujer era como una madre para Cósima y tenía motivos para dudar de mí.

—Es cierto —admití—, llevaba una vida social ajetreada. Es cierto también que era inconstante y superficial. Pero un día llegó Cósima y lo cambió todo.

—No creo que la gente cambie así como así —se empeinó.

—Eso es porque usted nunca ha amado como yo amo a su ahijada. Alzó las cejas y se retrepó en la silla; no acertaba a mostrarse ofendida ni a admitir la verdad, que no tenía idea de lo que era amar como yo amaba a mi mujer. Me estudió con ojos aguzados, como si intentase desciframe, y le sostuve la mirada porque no tenía nada que ocultar. Decir la verdad era liberador, ciertamente.

—No la merecés —sentenció por fin, y sólo me quedó asentir porque estaba de acuerdo con ella—. Cósima está muy por encima de vos. —Lo sé.

—Siempre te pondrá primero. Siempre pondrá primero a tus hijos y ellos tendrán la mejor madre que existe, te lo aseguro.

—Lo sé —dije con más humildad y algo de emoción.

—Por eso quiero que vos la pongas primero a ella, siempre —subrayó—. Y quiero que la hagas feliz. Muy feliz, Ignacio —exigió y usó mi nombre de pila por primera vez—. Si no lo haces, vas a tener que vértelas conmigo. Y yo no tengo nada que perder a esta altura de mi vida —aclaró para mayor seguridad.

Me ofreció la mano para sellar el trato y la apreté con decisión. Tras ese gesto, se levantó y se fue a hablar con Silvia. Yo, por mi parte, me encaminé hacia la casa. Necesitaba a Cósima como a mi próximo respiro. No conocía los interiores y temí que estuviese en la planta alta. Por fortuna la encontré enseguida. Estaba con mi hijo en una habitación que era una sala de estar; había dos sillones, un gran sofá en L y almohadones tirados sobre la alfombra. Nachito, Pepe y ella estaban sentados en el suelo y jugaban con unos cubos de colores. La música suave que usaban en la Fundación Indiana salía del celular de Cósima. Ella le hablaba a mi hijo en la voz baja que empleaba con los autistas. El cuadro me produjo el efecto de un calmante. Me aquieté enseguida y me quedé mirándolos desde la entrada; no quería irrumpir en su paz. “Siempre pondrá primero a tus hijos y ellos tendrán la mejor madre que existe, te lo aseguro, acababa de afirmar la Sidarti, y qué razón tenía. Pudiendo estar con su familia y sus amigos elegía apartarse para proteger a mi hijo.

—Hola —dijo al descubrirme y me sonrió.

Era tan hermosa cuando sonreía. Su sonrisa era estéticamente perfecta y, sin embargo, comunicaba tanto más. Extendió la mano, la que tenía mi anillo, y su energía me alcanzó y me atrajo. Se la aferré y se la besé antes de recostarme junto a ellos, sobre los almohadones. Nachito ni se inmutó; siguió acomodando y desacomodando los cubos en un proceso que tendía a

infinito. No los apilaba sino que formaba una hilera en una escala cromática perfecta. Intenté tomar uno y se enojó; soltó un quejido y batió las manos. Cósima le apoyó la mano en la mejilla y se calmó de inmediato, como si lo hubiese apagado con un botón.

—¿Qué hacen aquí? —pregunté en un susurro.

—Estábamos un poco inquietos —señaló Cósima y me sorprendí porque yo había creído que Nachito estaba tranquilo.

—Pensé que todo marchaba bien —comenté, y Cósima movió la cabeza para negar.

—Demasiada gente, demasiada energía —apuntó—. Necesitábamos un poco de paz.

Las intervenciones de Cósima no lo fastidiaban. Ella le desacomodaba un cubo y mi hijo se reía. Y a mí el corazón me latía fuerte con cada una de sus carcajadas y sus sonrisas. La inquietud tras el diálogo con la Sidarti fue desapareciendo y la calma tomó su lugar. Me habría quedado horas viéndolos interactuar, a la mujer de mi vida y a mi adorado Nachito. Ella convertía en algo natural y divertido lo que de seguro eran técnicas para estimularlo y sacarlo del retraimiento. Su profesionalismo me tenía subyugado.

—¿Guardamos los cubos, Nachito? —propuso y yo pensé “Bueno, se acabó la paz”, porque mi hijo se enfurecía, cuando se le quitaba algo que lo entretenía.

Volví a sorprenderme cuando él mismo metió los cubos, uno dentro del otro. Se puso de pié, recogió el juguete y lo guardó en un canasto. En tanto, Cósima sacaba de un armario un mazo de fichas de cartón de unos diez por diez centímetros, de colores vistosos. Las esparció sobre la alfombra. Nachito se sintió atraído, apenas vio las figuras. Cósima le mostraba una imagen, por ejemplo un patito amarillo, y lo conminaba a buscar otro igual. Lo halagaba y exclamaba cuando cumplía el objetivo. Resultaba obvio el interés tenía por que mi hijo hiciese contacto óptico con ella.

—Mirame, Nachito. ¡Qué hermosos ojos azules tenés! A ver, ¿Cuál es el color azul? Busquemos algo de color azul.

Y, de esa manera iba prolongando el ejercicio mientras mi hijo se divertía y reía, Insisto; me habría quedado horas observándolos, Cósima nos quiso sacar una foto. Me indicó que pegase la cara a la de mi hijo y la tomó. Después la amplió usando los dedos y nos mostró que nuestros ojos —su forma y su color— eran iguales. Nachito no prestaba atención y seguía concentrado en las fichas, pero ella perseveró hasta que mi hijo fijó la vista en la foto y luego se volvió para mirarme a mí. Cósima le acercó un espejo que extrajo de su cartera y le hizo notar el parecido. Nachito se pasó un buen rato estudiando su propia imagen. Cada tanto se volvía y me miraba.

—Papá —dijo al fin y se movió para abrazarme.

Hacía casi una hora que estaba sentado junto a él y era la primera vez que reconocía mi presencia. Lo abracé y lo sostuve tanto como me lo permitió.

—Ustedes dos —dijo Cósima, tienen los ojos más hermosos que yo haya visto.

Tomó a Nachito entre los brazos, lo acomodó en su regazo como si fuese un bebé y le besó los ojos. Sus labios mullidos se aplastaron sobre sus párpados cerrados. Mi hijo se quedó quieto y relajado mientras ella seguía besándolo en la frente y en los carrillos regordetes. Era raro verlo tan tranquilo. Me sofocó una emoción repentina. Se me nubló la vista y una pelota me obstruyó la garganta.

Carlitos se asomó para avisarnos que estaban por soplar las velitas.

—Anda vos —dijo Cósima—. Pepe y yo nos quedamos con Nachito.

—No —me opuse. Es el cumple del hijo de tu mejor amigo. Andá. Yo me quedo con él.

—Nachito es mi prioridad ahora, Ignacio. Me quedo. Andá vos en mi representación —sugirió

y me guiñó el ojo.

La aferré por la nuca y la atraje para devorarle la boca como había pretendido apenas puse pié en esa casa. Se abrió para mí de inmediato y su lengua buscó la mía con igual ansiedad. Me puse duro como el quebracho.

—Ahora voy a tentr que quedarme aquí con ustedes —comenté con los labios todavía pegados a los de ella. Si fuese a cantar feliz cumpleaños en estas condiciones escandalizaría a todos, en especial a la Sidarti y a tu vieja.

Nachito se quejó y me empujó con el puño; quería que me alejase de Cósima. Tenía cara de enojado y el ceño tan pronunciado que me dio risa. Fijaba la vista en ella y a mí me ignoraba.

—¡Míralo a este! me asombré. Che, señorito —dije y le hice cosquillas en la panza—, ojito que ella es mía, no tuya.

Acabó claudicando y revolcándose conmigo en la alfombra. Cósima reía y simulaba protegerlo de mí. Nachito pugnaba por apartarse y estiraba los brazos hacía su salvadora. Era todo tan normal, tan placentero. Estaba tan feliz. Poco después entró Montserrat comiendo torta. Nos buscaba,

—Vení —la invitó Cósima—, sentate un rato con nosotros.

Lo hizo junto a mí al modo de los indios.

—Ayer Cósima me dijo una cosa importante —manifesté.

—¿Qué cosa? —se interesó mi hija.

—Que sería bueno que fueses a un psicólogo para que te ayudase a transitar el duelo por la muerte de tu madre.

—¿Qué es el duelo?

Es el proceso emocional que hacemos para aceptar la muerte de un ser amado —explicó Cósima—. Es un proceso doloroso pero muy necesario.

—¿Por qué tengo que ir a un psicólogo? ¿Vos fuiste, Cosi, después de la muerte de Horacio y de Tomás Horacio?

Me quedé perplejo. Mi hija conocía el nombre de! único hijo de mi mujer y yo no. Nunca había reunido valor para preguntárselo.

Sí, fui. Sucede que, cuando muere alguien a quien amamos mucho, el corazón se nos rompe. Igual que se rompe el hueso de una pierna, el corazón se parte. Si no contásemos con un profesional a nuestro lado que nos ayudase a curar nuestro corazón herido, sería lo mismo que dejar que el hueso roto soldase por su cuenta, sin intervención de un médico y sin yeso. El cuerpo, porque es sabio y poderoso, lograría soldar el hueso, pero es muy probable que lo haga mal y que a causa de eso quedemos rengos y con dolores para toda la vida. Si no curamos bien nuestro corazón con la ayuda de un profesional corremos el riesgo de quedar con una fea cicatriz que nos hará sufrir siempre y que no nos permitirá alcanzar la felicidad plena. Y yo, amada Montse, quiero que vos seas inmensamente feliz.

Mi hija depositó el plato sobre la alfombra y se lanzó a los brazos de Cósima.

—Está bien —acordó—, voy a ir a un psicólogo para que me cure el corazón roto.

—Así se habla, amor mío —la alentó mi mujer y la besó hasta que Nachito intervino para acabar con las muestras de afecto que no estaban destinadas a él.

Saltaba a la vista que mi hijo había heredado de mí no sólo los rasgos físicos sino algunos de mis defectos.

Con Montse como aliada, logré que Cósima accediese a pasar el domingo en casa, para lo cual tuve que aceptar que vinieran la Sidarti y Silvia, pues se suponía que transcurriría el día con

ellas. Mis viejos se invitaron a almorzar. Cada uno llamó por su lado, pero llegaron juntos; mi viejo había pasado a buscar a mi vieja. Cosas raras estaban aconteciendo en estas latitudes.

También vinieron Luna y Brisa; se lo había prometido a Montse. Después de todo, se suponía que la trenza cosida era el pretexto con que habíamos persuadido a Cósima para que olvidara a los periodistas y consintiese en hacernos felices. Con la excusa de mostrarle la casa, que pronto sería de ella, logré aislarla del resto y encerrarla en el baño de la habitación de huéspedes, donde le hice el amor.

Accedí a que mi viejo llevase a las mujeres —a su ex, a mi futura suegra, a la Sidarti y a mi mujer— porque si lo hacía yo terminaría en lo de Cósima y no regresaría a casa sino al amanecer y necesitaba descansar. Me esperaba un lunes complicado.

Al día siguiente le permití a Montse dormir un poco más. Fui yo mismo a despertarla. No quería levantarse.

—¡Quiero quedarme en casa! —se encaprichó—. No quiero ir al entierro de mamá.

—No voy a obligarte —dije—, pero ahí van a estar tus compañeros, tu maestra, la directora, tus primas Luli y Fabi, tus mejores amigas Luna y Brisa, y se van a preguntar por qué no fuiste. Después de todo, estamos yendo a despedir a tu mamá.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Hundió la cara en la almohada y se puso a llorar. Me acosté junto a ella y la abracé. No sabía qué decir. Era tan rápido en las negociaciones, las palabras fluían de mis labios con contundencia. En esa instancia me sentía un inútil incapaz de ayudar a quien más amaba. Cósima habría sabido cómo serenarla. Fue calmándose sola. Se volvió y me miró con su carita enrojecida y mojada.

¿Cómo fue cuando murió tía Nora, pa?

—Fue horrible, amor. Yo la quería mucho. Tu tía era muy buena, así como sos vos. Era injusto que sufriese tanto con la leucemia. Era injusto que se muriese. Pero así es la vida, Montse. Sólo necesitamos estar vivos para morir. Es la única condición, amor mío. Tenemos que aceptarla y seguir adelante.

—¿Dónde está mamá ahora?

—No lo sé con certeza. Hay gente —me acordé de pronto— que ha estado muerta por algunos segundos y que luego ha vuelto a la vida. Estas personas cuentan historias lindísimas de cómo se sintieron mientras estaban muertas. ¿Sabés qué dicen? ¡Que no querían volver a la vida de lo bien que estaban en ese otro sitio!

El gesto de admiración de Montse me hizo reír por lo bajo. Abría grandes los ojos y separaba los labios en una reacción inconsciente.

—Aseguran que se sienten libres, que no tienen problemas, no tienen temor, no tienen complejos. No sienten rabia, ni celos, ni envidia. Sólo se sienten felices y amados.

—¿Cómo sabes esto, pa? ¿Quién te lo contó?

—Una vez pasaron un documental en la tele y me enganché. Si querés lo buscamos en Internet y lo vemos juntos. Se llamaba... Experiencias cercanas a la muerte o algo por el estilo.

—Me encantaría ver ese documental, pa. ¿Nachito viene al entierro?

—No. Ya se fue con Sara a la fundación. Esas aglomeraciones de gente lo afectan negativamente. Cósima me sugirió que no fuese.

Montserrat soltó un suspiro y bajó la vista.

—Sería más fácil si Cosi estuviese hoy con nosotros.

La besé en la frente.

—Estoy totalmente de acuerdo. Pero no sería justo para los abuelos Eugenio y Marga ni para

los tíos Juancho y Bruno.

—¿Porque vos te vas a casar con Cósima?

—Sí, amor. Hoy es el día de tu mamá, a quien amé mucho y quien me dio dos hijos maravillosos, los mejores hijos que un padre pueda desear. Por eso, por habérmelos dado a ustedes, siempre voy a recordar a tu madre con amor.

Capítulo XIX

LO OBSESIVO DEL AMOR

Cósima

Marita y yo seguimos las instancias del entierro de Vivian en un programa de chimentos, el que se televisaba a las tres de la tarde. Bajamos al comedor de los empleados para tomar un café aprovechando que una paciente había cancelado el turno a última hora y nos ubicamos cerca del televisor que siempre estaba sintonizado en un canal de noticias, le pedimos al cantinero el control remoto e hicimos zapping hasta encontrar lo que buscábamos.

Resultaba obvio que los periodistas tenían prohibido el ingreso en el cementerio privado y que, para captar las imágenes que veíamos en diferido, se habían trepado a los techos de sus camionetas o lo hacían desde un helicóptero. El sonido de los rotores debía haber irrumpido en el responso y ahogado la voz del sacerdote. Tenían potentes cámaras, con lentes de largo alcance, porque las escenas televisadas eran claras y hasta se apreciaban detalles, como que Lanz se había puesto un traje oscuro, camisa blanca y una corbata azul con pequeños lunares blancos. Me pregunté si llevaría mis gemelos en los puños. Montse estaba flanqueada por sus hermanas, las tres cerca del padre. No podía ver la carita de Montse porque la mantenía baja. La cámara prosiguió con el paneo y fue revelando algunos rostros conocidos: los padres de Laura, su primera esposa, La tira, con Larsson junto a ella, y Mauricio, el novio de Justa. Traté de identificar a otras personas; me pregunte cuáles serían los padres de Vivian, cuáles sus hermanos, cuáles sus sobrinos. Había mucha gente; calculé alrededor de cien y conjeturé que en gran parte, serían empleados de la constructora.

—Esa debe de ser la madre de la difunta —señaló Marita—. Es la que más llora.

La cámara volvió a Lanz y a sus hijas. Montse seguía con la vista al suelo, pero su incomodidad y tristeza me alcanzaban como si la tuviese a mi lado y la mirase a los ojos. Me invadió una inquietud inexplicable. Quería abrazarla, decirle que el dolor pasaría, asegurarle que no estaba sola y pedirle que compartiese el peso de la tristeza conmigo. El entierro había sido al mediodía, por lo que calculé que a esa hora todo habría terminado. Le mandé un mensaje.

Hola, Montse. Aquí estoy, pensando en vos. ¿Querés que hablemos?

La respuesta llegó pocos segundos después, lo que me sorprendió; simplemente decía “sí”. ¡a llame.

—Hola, tesoro. ¿Cómo estás?

—Maso.

—Entiendo. ¿Dónde estás?

—En un restaurante con papi, los abuelos, mis hermanas y Mauricio.

—Ah, te dejo entonces. No quiero interrumpir.

Escuché que Ema le preguntaba quién era y que Montse decía mi nombre.

—No cortes, Così —me pidió—. Tenía ganas de hablar con vos.

—Y yo con vos, tesoro mío. Te vi por la tele.

—Nos filmaron desde un helicóptero —comentó con tono enojado.

—El ruido habrá sido terrible.

—Sí. No les importa nada.

—Desde hoy, poco a poco, el asedio irá pasando y las cosas volverán a la normalidad, vas a ver.

—No creo —afirmó—. Ahora se van a poner densos con vos y papá. Cuando salimos del cementerio golpearon las ventanillas de la camioneta y le preguntaron por ustedes. Yo no entendí bien que dijeron, pero te nombraron a vos.

—Ya veo —susurre, afligida, un poco avergonzada también—. No les des importancia —sugerí—. ¿Sabés una cosa, Montse? Cuando se han padecido cosas como las que yo padecí, empezás a darle a cada experiencia la medida justa. Después de haber enterrado a mi esposo y a mi hijo el mismo día, un grupo de periodistas que hablan mal de mí... ¿Sabes qué? ¡Me hacen reír!

—¿En serio?

—En serio. No quiero que te preocupes, tarde o temprano se cansarán y nos dejarán tranquilos. Mejor hablemos de cosas lindas. ¿Cómo están Luna y brisa?

—Bien. Me acompañaron hoy en el entierro de mamá. Vinieron todos mis compañeros —aclaró.

—¿Federico Carli también?

—¡Te acordás de Federico Carli! —se sorprendió con acento risueño.

—Claro que me acuerdo.

—Sí, estaba. Ahora se hace el bueno

—Ojalá que le dure, —deseé, —si no, tendrá que vérselas con la guerrera Lanz Reuter, que lo molera a puñetazos, al muy cretino.

Montse reía del otro lado de la línea y a mí me abandonaba la inquietud que me había impulsado a comunicarme con ella. Seguimos conversando un poco más hasta que consulté la hora y decidí cortar.

—Esperá que papá quiere hablar con vos.

—Antes de pasarme con tu papá dejame que te diga una cosa.

—¿Qué?

—Que te quiero, Montse, y que te admiro, también. Sé que lo que estás viviendo es muy duro y, sin embargo, lo estás afrontando con gran serenidad y madurez. Quería decírtelo, porque estoy muy impresionada con vos.

—Gracias, Così, te paso con papá

—Nos vemos, tesoro. Llamame siempre que lo necesites, no importa la hora.

—Gracias, Così. Chau.

Oí un intercambio susurrado entre padre e hija y luego el chirrido de una silla al ser arrastrada. Lanz estaba alejándose de la mesa para hablar conmigo.

—Amor.

Su voz me produjo un estremecimiento. ¿Cuántas veces lo había oído llamarme “amor”? Tantas. ¿Cuántas me había causado el mismo efecto devastador?. Siempre. Cerré los ojos abrumada de deseo y de ansiedad.

—Hola, ¿Cómo estás?

—Ahora que la hiciste reír, mejor. No sé cómo lo lograste, pero lo hiciste. Estaba muy deprimida.

—Es fácil con Montserrat, Ignacio. Es tan dulce y buena. Tiene un corazón predispuesto a la alegría. No quiero que sufra más. —declaró con la voz enronquesida por la emoción.

—No hay ninguna posibilidad de evitarlo, amor mío, Si la hubiese, yo ya la hubiera puesto en práctica. Tendrá que recorrer ese camino que se llama duelo, no hay escapatoria. Eso sí, nosotros estaremos con ella en cada paso que dé y se lo haremos más fácil.

—Gracias, —masculló con la respiración agitada. Carraspeó antes de expresar: te necesito esta noche.

—Yo también.

Lo tenía todo planeado. Como las tres hermanas Lanz Reuter habían organizado un pijama party en lo de la abuela Elisabeth, al cual Nachito estaba invitado, el padre tenía la noche libre. Me propuso pasarla en el dormitorio contiguo a su oficina, lo cual acepté de inmediato. De acuerdo con las indicaciones de Lanz, cuando terminase con los pacientes de la fundación, iría a casa por una muda y artículos personales y, desde ahí, marchar con Leopoldo, en un automóvil alquilado que mi fiel chofer estacionaría en el garaje de mi edificio, si no lo había hecho ya.

¡Cuántas argucias teníamos que idear para sortear a las hienas!

La cuestión adquiriría un matiz demasiado oscuro. Irrumpir con un helicóptero en la paz de un cementerio había significado cruzar una línea sin retorno,

—¿Le darán la comida adecuada a Nachito en lo de tu mamá?

Lanz rió por lo bajo.

—Amor, aquí estoy yo, imaginándome las cosas que tengo planeado hacerte en te ponga las manos encima y vos pensás en Nachito y su comida especial.

—Ese es el problema con los hombres, no son multitasking como las mujeres. Nosotras somos capaces de lidiar con varios frentes al mismo tiempo, Por ejemplo, yo puedo pensar en las cosas que voy a hacerte apenas te desnude y también en tu hijo y en su alimentación

—Me pusiste duro sólo por decirme que tenes planeado desnudarme,

—Ahora que lo pienso, te voy a desnudar después de que me hagas el amor todo vestido. Yo desnuda y vos todo vestido. Me encanta.

—¿Querés que me corra como un pendejo en los pantalones?

—No, quiero que te corras dentro de mí o entre mis pechos, o en mi boca. O donde quieras, mi amor, pero conmigo.

—No creo que pueda esperar hasta esta noche expresó con voz tensa.

—Vuelvo a hacerte la pregunta; ¿tu mamá le va a dar la comida de la dieta a Nachito?

Soltó una carcajada.

—Te amo hasta la locura —expresó—, quiero que lo sepas y que te quede claro. Y sí, mi vieja le va a dar la comida de la dieta a Nachito. Cenan con ella los miércoles. Por lo que Hugo lleva a Elba a Mellán para que prepare todo. No te preocupes.

Ignacio

La semana después del entierro de Vivian quise volver a las rutinas con una tenacidad sospechosa.

—Date unos días —me propuso José Vianes—. Aunque ya habías sacado a Vivian de tu vida, para vos también fue un golpe su muerte —me recordó.

Según él, regresar a la constructora y hacer de cuenta que todo seguía su curso normal era esconder la cabeza como el avestruz. Me sugirió unas vacaciones en mi casa de Punta del Este con los chicos, a lo que me opuse.

Cósima no podría acompañarnos y yo, lejos de ella, no puedo estar.

Nacho —dijo en un tono de advertencia—, ojo con tu obsesión por Cósima.

—Ahora no es una obsesión —objeté—, no es una locura unilateral que está sólo en mi mente —aclaré—. Vamos a casarnos.

—Eso no excluye la posibilidad de que tu comportamiento se vuelva obsesivo. Cósima es una mujer adulta, que ha vivido sola desde su viudez y que es libre y determinada. No se va a bancar uno que le marque el paso.

—Yo no le marco el paso —refuté bastante embolado—. Le tengo una confianza ciega. Sólo quiero que esté conmigo o al menos saberla cerca de mí. ¿Qué mal hay en eso? ¡La amo, José! La necesito —añadí.

—Sos un tipo brillante, Nacho, pero cuando de Cósima se trata se te nubla la mente. Por el bien de la pareja que están construyendo movete con cuidado y respeta la libertad a la que ella está acostumbrada.

Pese a que lo admiraba, no siempre estaba de acuerdo con José Vianes. Por cierto, no estaba de acuerdo en que anhelar la compañía de Cósima todo el tiempo minaría nuestro amor. José no podía saber, porque yo no lo habría compartido con nadie, ni siquiera con él, la ansiedad con que nos abrazábamos cuando nos veíamos, aunque hubiesen transcurrido sólo veinticuatro horas desde la última vez. No podía adivinar la codicia con que ella se aferraba a mí mientras hacíamos el amor, ni la confianza con que se me entregaba para que yo saciara mis fantasías y deseos. Estaba en la gloria sabiendo que compartíamos la misma obsesión el uno por el otro.

La verdad era que si hubiese logrado convencer a Cósima de que nos acompañase a Punta del Este me habría tomado esos días que José Vianes recomendaba. Pero mi mujer era responsable del bienestar de muchos niños y no podía desaparecer sin planearlo con tiempo. La consecuencia lógica era, entonces, que no me movería de Buenos Aires, a menos que se tratase de un viaje de negocios.

Esa semana, además de vernos el lunes en mi oficina, nos encontramos el miércoles en su consultorio. Fue una sorpresa. Sabía, gracias a mamá, que se iría tarde, por lo que, a eso de las ocho, caí con varias bolsas de sushi y una botella de chardonnay, tal corno había hecho a fines de junio. En aquella ocasión me había largado a llorar como un chico en sus brazos, En esta oportunidad nos habíamos amado sobre la alfombrita de Disney y entre los chiches de los pacientes.

Logré convencerla de pasar juntos el fin de semana en la quinta y desestimé los escrúpulos que le causaba la prensa. Ese miércoles me había presentado en la fundación en mi Mercedes y me habían importado una mierda los periodistas y los paparazzis que seguían de guardia pese a la hora. Ya me habían importado poco y nada el día de la muerte de Vivian, cuando llevé a Montse a verla a la fundación. Me estaba hartando de medir cada movimiento. Me preguntaba qué más

pretendían las hienas. ¿La muerte de mi ex esposa no ponía fin al asedio? No, ahora el interés se concentraba en Cósima. El morbo por ella aumentaba. Seguían comparándola con la Sarli. Sus tetas eran materia de especulación o de bromas de mal gusto. Cada noche me encerraba en el gimnasio para descargar en las máquinas las ganas que tenía de salir y boxearlos a todos.

El domingo, a pedido de Montserrat, fuimos a visitar la tumba de Vivian. Mi viejo nos acompañó. Él compró un ramo de flores para Nora y yo uno para la madre de mis hijos. Era un día espléndido de primavera. Caminábamos de la mano con Cósima. Yo a mi vez sujetaba a Nachito y ella a Montse, que se le había pegado como garrapata desde el sábado al mediodía, cuando Leopoldo la llevó a la quinta.

Había varias personas visitando las tumbas dado el buen clima y que era domingo. Por eso no lo divise sino hasta tenerlo a pocos metros, a Arturo Cimmi. Depositaba un ramo de rosas sobre la tumba de Vivian.

—¡Mira, papá! —se asombró Montse—. ¡Ahí está Arturo!

Cimmi alzó la vista al oír su nombre. Nuestras miradas se cruzaron. No lo veía desde el fatídico 3 de septiembre, cuando lo eché de mi empresa y Vivian tuvo el accidente. Habían pasado un mes y un día, que parecían diez años. Lo noté demacrado y con la barba crecida. Ya debía haberle llegado la notificación por la demanda que Lanz Reuter Construcciones le había interpuesto por violación del acuerdo de confidencialidad y espionaje corporativo. Por nuestra parte, ya habíamos recibido la citación para la conciliación en el Ministerio de Trabajo.

No me molestó que visitase la tumba de Vivian, pero sí que fijase la mirada en Cósima. Había algo en el modo en que la observó que activó en mí los mecanismos más atávicos y machistas, los que compartimos con los animales, con los machos alfa en particular. Dispuesto a echarlo a patadas, me puse en movimiento, pero mi viejo me aferró por el brazo y me detuvo. Me habló en alemán para que los demás no entendieran.

Nada de escándalos aquí. Déjalo que se vaya.

Cimmi dio media vuelta y se alejó en sentido contrario.

—¿Por qué se va Arturo?

—Porque Arturo y yo ya no somos amigos —contesté, la mirada inmóvil en mi antigua mano derecha—. Lo despedí de la constructora.

—¿Por qué? se asombró Montse, para quien Cimmi era más un tío que un empleado de la empresa del padre.

—Porque no estaba haciendo bien su trabajo.

—¿Qué hacía mal?

—Les vendía información a los competidores —soltó mi viejo.

Tras un momento de duda reflexioné que era una buena contestación. Caminamos el último trecho en silencio. Al llegar junto a la tumba, mi primer impulso fue levantar las flores de Cimmi y arrojarlas por el aire. Cósima, que debió leerme la mente, me apretó la mano y me susurró:

—Déjalas. Son muy bonitas.

Con la asistencia de Cósima, Montse puso en el florero el ramo que yo le había comprado y mi padre apoyó el de Nora junto al de Cimmi sobre la tierra removida; aun no la cubrían con champas.

—¿Qué se hace cuando se visita una tumba? —preguntó Montse.

—Nada en especial —intervino Cósima tras deducir que ni mi viejo ni yo hablaríamos—. Podés rezar o recordar a la persona que has venido a visitar. Podés hablarle.

—¿Vos qué haces cuando visitas la tumba de tu esposo y de tu hijito? —insistió Montse.

—Le hablo a él, a Horacio, mi esposo —contestó con la desenvoltura que hubiese empleado para decir buenos días.

Me asaltaron unos celos brutales; injustificados, lo sé, pero brutales al fin.

—¿Qué le decís?

—Le cuento acerca de mis problemas, de mis alegrías. Le hablo mucho de mis pacientes —añadió tras una pausa.

—¿Crees que te oye?

—Sí, creo que sí.

—¿Y le hablas en voz alta o baja?

—Le hablo como estoy hablando con vos ahora.

—¿Y no te da vergüenza?

—No. ¿Preferirías quedarte sola para hablar con tu mamá?

—Pasados unos segundos mi hija asintió, por lo que nos alejamos para darle privacidad. Caminamos entre las tumbas. Me daba cuenta de que Cósima no apartaba la vista de Montserrat. Mi viejo se adelantó, con Nachito de la mano y yo aproveché para preguntarle lo que me carcomía.

—¿Visitas muy seguido la tumba de tu esposo?

—No muy seguido. Para su cumpleaños, para el de nuestro hijo, para nuestro aniversario... Al principio iba con frecuencia. Ahora no tanto.

—¿Quieres que te acompañe la próxima vez? Tal vez sea un atrevimiento de mi parte —me apresuré a agregar.

—No, no —contestó y se detuvo. Me acarició la mejilla—. Gracias por tu ofrecimiento. Me encantaría que vinieses conmigo.

—Gracias, amor —susurré—. Te besaría, no sabes cómo te besaría. Pero sé que no vas a querer en público y con mis hijos por ahí.

Rió con esa picardía que, paradójicamente, estaba llena de inocencia. Nos miramos. La sonrisa de ella fue desapareciendo. Mi energía mutaba y se cargaba de deseo, ansiedad y pretensiones. Cósima lo percibía.

—Quiero que fijemos la fecha de nuestro casamiento —exigí, serio—. Y quiero que sea pronto —impuse. Como ella seguía observándome como si me estudiase, aclaré: Quiero que empecemos nuestra vida juntos, Cósima. Ya hemos esperado demasiado. No soporto tenerte unas pocas horas y ni siquiera todos los días. Es como si estuviese robándote a otro. Sos mía, amor. Te quiero conmigo.

—Cuando decís que sea pronto, ¿a qué te referís? ¿Cuándo es pronto para vos?

—Mañana —bromeé, aunque en realidad no bromeaba—. Hablando en serio, ¿te parece bien dentro de un mes?

—¿El 4 de noviembre? ¿No es muy pronto?

—¿Qué fecha te gustaría a vos? —cedí ocultando la impaciencia.

Había pensado en marzo.

—¡Marzo, Cósima! Faltan seis meses. Es una eternidad.

Me pareció el tiempo mínimo tras la muerte de tu esposa.

—Que las hienas digan lo que quieran —me enojé y lancé la mano en dirección del ingreso al cementerio, donde había avistado unos paparazzis—. No voy a seguir supeditando mi vida a ellos.

—No lo digo por los periodistas, Ignacio, sino por Montserrat.

Sentí un instante de vergüenza, del cual me repuse enseguida convencido de que contaba con el mejor argumento.

—Montse amaría que vivieses con nosotros.

—Lo sé, pero también sé que ella necesita ir despacio y vivir su duelo con serenidad. Mi presencia en su casa, aunque sea bienvenida, implica un cambio muy grande. No quiero que la desestabilice.

Siendo ella la psicóloga, ¿que podía objetarle?

—¿Está bien! —claudiqué, de mal humor—. Marzo entonces. ¿Qué día? —Extraje el celular y consulté el calendario—. ¿Qué te parece el primer sábado de marzo? El cinco.

Había pensado más hacia fin de mes.

—¡Ah, no! Yo cedí con el mes, vos cede con la fecha.

Se echó a reír de nuevo y a mí el embole se me esfumó. Me reí sin saber de qué.

—¿Qué te causa tanta gracia? ¿La desolación de tu futuro esposo? —Me río de pura ternura, la que me causas vos haciéndome acordar del Ignacio que conocí en el verano del 82, el que siempre quería salirse con la suya.

—Pero ahora no me estoy saliendo con la mía —repliqué—. Si por mi fuese, ya estarías instalada en mi cuarto y en mi cama. Por vos acepto que nos casemos en marzo. Tenés que admitir que he evolucionado, y para mejor.

Se rió con más ganas. Ya no me importó una mierda y la abracé. Le hablé al oído.

—Te amo, amor mío. Te amo, te amo. Te amo, Cósima, amor de mi vida.

—Y yo a vos. Como a nadie.

Experimenté una alegría indescriptible aunque empañada por una tristeza que nacía del arrepentimiento, de la bronca. ¿Por qué no le había pedido que fuésemos novios aquel día, cuando me consoló por lo del divorcio de mis viejos?

Cósima vio que Montserrat se alejaba de la tumba de la madre y que se aproximaba a nosotros. Se apartó delicadamente. Recibió a mi hija en sus brazos.

—¿Cómo estás?

—Mal.

—¿Por qué?

—Porque le empecé a hablar a mi mamá y después me enojé con ella.

Cósima le pasó un brazo por los hombros y echó a andar. Caminé junto a ellas, tenso esperando que Montserrat se explicase. Fue Cósima quien tomó la palabra.

—Hay dos sentimientos —dijo— que son muy normales después de la muerte de un ser amado: la culpa y el enojo. Yo experimenté los dos con Horacio. Primero me enojé con él, porque no hubiese sido capaz de esquivar el vehículo que nos embistió. Después sentí culpa, porque él no había querido viajar ese día y yo insistí. Y sentí culpa también por enojarme con él. Un gran embrollo.

—¿Qué hiciste, Così, para dejar de sentir eso?

—No hice nada. No se puede hacer nada —aclaró—. Son emociones naturales, tesoro. No tengas miedo de experimentarlas. Sentís enojo porque te sentís abandonada. Querrías que tu mamá siguiese aquí con vos y, en lugar de eso, no está. Y sentís culpa porque los seres humanos somos criaturas muy culpógenas, como se suele decir. Todo es normal. Doloroso, pero normal. No tengas miedo —insistió.

Montserrat le encerró la cintura con ambos brazos y apoyó la mejilla en su seno. Avanzaron de ese modo, muy juntas las dos. Esa noche, mientras arropaba a mi hija para que se fuese a dormir,

la noté meditabunda.

—¿Qué pasa, amor?

—Nada, pa. —Tras un instante se atrevió a hablar—. Siento culpa.

—¿Por haberte enojado hoy con mamá en el cementerio?

—Por eso y por otra cosa.

—¿Cuál?

La vi dudar de nuevo, rehuirme con la mirada. Habló sin alzar la vista.

—Me habría gustado que Così fuese mi mamá. —Lo expresó rápidamente y se le llenaron los ojos de lágrimas—. Pero no quiero sentir así porque mamá se va a poner triste.

La abrace y la besé, incapaz de formular un pensamiento maduro que socorriese a mi hija. Opté por la simpleza y la sinceridad, como hada Cósima.

—No es lógico experimentar culpa por lo que sentimos porque nosotros no manejamos las emociones. Las emociones aparecen y listo. El hecho de que prefieras a Cósima como mamá no significa que no quieras a tu verdadera mamá. Yo quiero a mi mamá, a la abuela Elizabeth, pero me habría gustado que fuese más dulce, más cariñosa, más comprensiva. Más como es Cósima —añadí.

—¿Y no sentís culpa, pa?

—No, amor. La abuela tiene una personalidad que no me gusta, ¿qué puedo hacer? La respeto y me preocupo por ella, pero eso no significa que tenga que gustarme su forma de ser. No lo hago a propósito. El sentimiento está ahí. Simplemente es.

Sonrió y me dio un beso. Qué bienestar sentí por haberla ayudado. Eso debía experimentar Cósima cada vez que lograba un triunfo con sus pacientes. Mi vida, sin embargo, construida durante los años de superficialidad y egoísmo, estaba lejos de la realidad amorosa que pretendía fundar con la mujer a la que amaba, por eso el unes, al llegar a la oficina, me zambullí en el mar de mierda de la realidad argentina para lidiar con los tiburones y los problemas de siempre, como que el SECCO ya había fijado la fecha para la conciliación obligatoria con Cimmi; sería ese miércoles. Comparecerían el representante legal de la constructora y los abogados. Mi orden se mantenía: ni un centavo.

El viernes al mediodía me llamó Daniela Dieter.

—Anoche estuve con Arturo —me comentó apenas nos saludamos—, Me invitó a cenar y acepté. Estaba muy deprimido,

—Mira vos —mascullé mientras seguía escribiendo en mi computadora.

—Me confesó que él y tu ex eran amantes —dijo y se quedó callada.

—Mira vos —repetí nuevamente.

—¿No te importa?

—Vivian y yo nos estábamos divorciando, Daniela, era libre de estar con quien quisiera. ¿Qué necesitas? Tengo una reunión en cinco minutos.

—¿Me invitás a cenar esta noche? Tengo que contarte algo que Arturo me dijo, es muy importante.

—No puedo.

—¿Tenes que salir con tu psicóloga?

—No —respondí con la paciencia al borde del abismo—. Voy a cenar en casa con mis hijos. Acaban de perder a la madre y quiero estar con ellos.

—OK —se conformó—, pero es importante que nos veamos.

—Si quieres —le propuse—, vamos a tornar algo a Rond Point a las seis y media.

—¡Acepto!

Me venía bien; el mítico bar quedaba a pocas cuerdas de casa, por lo que a las ocho, a más tardar ocho y media, estaría con mis hijos. Apenas corté con Daniela llamé a Cósima aprovechando que era la hora del almuerzo. Amaba la alegría con que respondía mis llamadas; siempre estaba de buen humor.

—Acabo de hablar por teléfono con Daniela Dieter, la sobrina de Riera, ¿te acordás?

—Sí, claro —contestó de pronto apocada.

—Quería avisarte que vamos a ir a tomar algo a un bar cerca de casa.

Tras un silencio agregué con cierto nerviosismo: Anoché estuvo con Arturo Cimmi. Asegura que tiene algo importante que contarme.

—No sabía que era amiga de Arturo Cimmi.

—Son amigos, sí. Daniela está haciéndome de espía en este asunto —le expliqué mientras percibía su desconfianza—. Por ella supe que Cimmi estaba trabajando en la constructora de Riera. Ella me lo confirmó,

—¿Crees que sea algo grave?

—No lo sé, amor.

—Me parece que quiere tener algo con vos —concluyó, y el modo en que lo dijo, con ese tono cauto y respetuoso, me colmó de ternura.

—Pero yo no quiero tener nada con ella —aseguré—. Ni con ella ni con ninguna. Estoy loco por vos, Cósima.

—Perdóname —dijo—, pero me siento en desventaja y eso saca lo peor de mí.

—¿Desventaja? —repetí en verdad confundido.

Es tan hermosa.

Reí por lo bajo, de nuevo enternecido por sus inseguridades.

—Amor, si pudieses leer mi mente te quedarías muy, pero muy tranquila. Quiero que te quedes tranquila. Acepté tomar algo con ella porque hasta ahora me ha dado buena información. Necesito saber qué se trae entre manos ese gusano. Él sabe mucho de mi negocio y de mí. Podría perjudicarme.

—¿Crees que Vivian le haya dado esos documentos que te comprometen?

—Si se los dio, fueron fotocopias. Los originales los tengo a salvo.

—Sí, lo sé.

—¿Dónde vas a cenar con tus amigas? —cambié abruptamente de tema.

—En La Parolaccia de Avenida del Libertador.

—Te voy a buscar —propuse—. A la hora que sea, me mandas un mensaje y voy a buscarte.

—Pero...

—Leopoldo te lleva y yo voy a buscarte —insistí. Al final me sinceré: —Quiero pasar la noche con vos. Vamos a tu casa y mañana temprano vuelvo a la mía, antes de que los chicos se levanten.

—En verdad no te importa nada de la prensa, ¿eh?

—Nada —confirmé.

—Primero te verán con Daniela, después conmigo. Dirán que seguís siendo el picaflor de siempre.

—Qué más da, qué más da, qué más da, que me llamen el bala perdida —canturreé—. Que más da, qué más da, qué más da que te digan que soy flor de un día. —Cósima reía a carcajadas del otro lado de la línea y yo seguía cantando la balada de José Vélez—. Ellos hablan y mientras

nosotros nos amamos por un año más.

—¡Estás matándome! ¡No puedo respirar! —exclamó entre risas—. Nunca creí vivir para oír cantar al mundano y excéntrico Ignacio Lanz Reuter una canción de José Vélez.

—Ya ves, amor, soy un hombre de múltiples facetas. No te he revelado las mejores.

Me encantan tus facetas, aun aquellas que no me has mostrado; sé que me van a gustar. Pero ¿cómo es que uno como vos sabe de memoria la canción de uno como José Vélez?

—La cocinera de Melián, que trabajó para nosotros muchísimos años, era fanática de José Vélez y de Pimpinela. Me sabía todas sus canciones de memoria. Si querés te puedo cantar... Hace dos años y un día que vivo sin él...

—¡Esa yo también la sé de memoria! Con Carlitos la cantábamos siempre. Éramos muy buenos. Nos pedían que la cantásemos en las fiestas familiares.

—Ahora la vas a cantar conmigo.

—Me encantaría.

Las risas fueron menguando y las respiraciones calmándose.

—No dudes de mí, Cósima. Por nada ni por nadie pondría en riesgo nuestro amor.

—Te creo, amor mío.

Le envié el video de Un año más, la balada de José Vélez que le había cantado al teléfono. El mensaje con que lo acompañé decía: Fuera de broma, escúchala bien. Quiero que sea nuestro himno. Te amo para siempre. Su respuesta llegó unos minutos más tarde, los que le habría tomado escuchar la canción. Mi bala perdida, mi flor de un día, amor de mi vida. Siempre habrá un año más entre nosotros. Te amo para siempre. Me emocioné como un boludo y se me llenaron los ojos de lágrimas. Romina eligió entrar en ese momento, por lo que carraspeé y me evadí hacia la habitación contigua para lavarme la cara en el baño.

Llegué en horario al Rond Point. Avisté enseguida a Daniela Dieter. Sabía cómo emplear su belleza para atraer la atención. Se había vestido y maquillado con un mensaje claro. Tenía los ojos de todos los hombres del bar en ella.

Charlamos de lo de Vivian hasta que se hizo una pausa. Olfateaba que quería preguntarme acerca de Cósima; debía matarla la curiosidad, sólo que yo no estaba dispuesto a compartirla con nadie.

—Tu psicóloga es la protagonista de todos los programas de chismes.

La miré a los ojos mientras sorbía mi coñac—. Es tan enigmática con su Ph.D y su cuerpo de pornstar. Están obsesionados con ella. —Rió entre dientes como si se acordase de un chiste—. Hoy, por ejemplo, apostaban para ver quien acertaba con su talle de pantalón y medida de corpiño.

Carraspeé, incómodo, y me retrepé en la silla. Consulté la hora.

—Tenían un programa de computación para calcular las medidas a partir de una foto de Cósima...

—Dani —la paré en seco—, no tengo mucho tiempo. Mis hijos me esperan en casa para cenar.

—No vas a hablarme de ella, ¿verdad?

—No. ¿Por qué te interesa?

—Quiero conocer a mi rival.

Cerré los ojos y solté un suspiro. Hice el ademán de llamar al mozo para liquidar la cuenta. Daniela me obligó a bajar el brazo.

—Está bien, está bien —se rindió—, no voy a preguntarte por ella, pero quiero que sepas que me parece una mujer fascinante. Si logró cautivarte de este modo tiene que serlo. —Incliné la

cabeza en señal de reconocimiento—. El que se mostró muy interesado en tu psicóloga fue Arturo Cimmi. ¡Epa! —se mofó Daniela—. Si hasta se te pararon los pelos como a los canes. Te falta poco para levantar el labio y mostrarme los colmillos.

—¿Qué te preguntó esa mierda?

—Lo típico —contestó, elusiva—, si la conocía, si sabía desde cuándo estaban juntos, si había hablado con ella... Esas cosas. No supe responder a nada. Le dije lo que se comenta en los medios, pero vaya a saber si es cierto.

—¿Era eso lo que tenías que contarme de Cimmi?

—No. Acabo de acordarme de eso. No es importante —desestimó y me palmeó la mano, que retiré enseguida—. Lo que me dijo es que está muy mal de guita. Contaba con arreglar una suculenta indemnización el miércoles, pero tus abogados se mostraron intransigentes. La Lanz Reuter Construcciones no le va a soltar un duro.

—Así es, ni un peso para ese traidor. Si quiere, nos veremos en los tribunales. Y eso de que está mal de guita que se lo cuente a otro. Ganó mucha plata mientras trabajaba para nosotros.

Reflexioné que el hecho de que hubiese requerido la conciliación obligatoria se condecía con lo que Daniela afirmaba. Era sabido que con la intervención del SECCLO se renunciaba a un porcentaje de la indemnización a cambio de un trámite rápido y liquidez inmediata. Si la cosa terminaba en un juicio, la resolución se extendía entre dos y tres años.

—Asegura que hizo malas inversiones en la bolsa y que perdió casi todo el capital. —Rió y sorbió su cosmopolitan—. Se las debe de haber dado de Gordon Gekko y así quedó.

—Seguro que conserva las acciones de mi empresa. Pocas, pero valiosas.

—Me dijo que las vendió.

—Que idiota —me burlé.

—Las vendió —prosiguió Daniela —para recomprarlas por dos mangos cuando los hundiese, a vos y a tu empresa.

La sonrisa sardónica se me borró y un peso frío me ocupó el estómago.

—¿De que estás hablando?

—Te cuento lo que él me dijo, Nacho. Admito que estaba bastante borracho cuando empezó a escupir estas cosas, pero ya sabés lo que se asegura: los niños y los borrachos siempre dicen la verdad. Cimmi me confesó que cuenta con información para chantajearte y que la va a usar para sacarte plata. ¿Es así? ¿Cuenta con algo para cagarte?

—No lo sé —respondí con sinceridad—. Trabajó muchos años conmigo. Tuvo acceso a información sensible. Podría ser —admití y llamé al mozo con Ja mano.

Necesitaba irme de allí. Necesitaba aislarme y pensar. En realidad, no había mucho que reflexionar; si Cimmi se había hecho con la documentación de la caja fuerte, tenía con qué pegarme.

Su mensaje llegó el lunes siguiente. Me citaba en el bar del golf donde tantas veces habíamos completado los dieciocho hoyos. Llegué a la hora pactada. Él ya había ocupado una mesa. Me senté sin intercambiar palabras y lo miré.

—Si estás aquí —dijo con sorna— es porque me tenés miedo. Sabés que te puedo perjudicar.

—¿Qué querés?

—Plata.

—De mí no vas a obtener un centavo.

—Puedo destruirte, Nacho. Sé demasiadas cosas acerca de vos y de tu empresa.

—No tenes nada —lo provoqué.

—Insisto, no estaría aquí si no supieras que tengo algo. O al menos que puedo llegar a tener.

Se acercó el mozo y lo despaché diciéndole que no tomaría nada. Seguí mirando a Cimmi fijamente, tratando de descubrir al verdadero Cimmi, el que tan bien se había ocultado durante años. Nos habíamos conocido en la facultad y estudiado juntos. Sus notas y logros académicos no eran del nivel de los míos, pero sí más meritorios porque Cimmi, debido a su origen humilde, además de estudiar trabajaba para mantenerse y para ayudar a la madre viuda. No dudé en ofrecerle un trabajo apenas obtuvimos el título.

—Siempre te creíste más que el resto. Siempre pensaste que podías pisotear a los demás y que las consecuencias nunca llegarían.

—¿Esto se reduce a una cuestión basada en la envidia? —me mofé—. ¿Como si fueses un adolescente acomplejado?

—Nunca me valoraste. Nunca valoraste a nadie. Vivian te detestaba por eso, por el modo en que la tratabas, como si fuese una idiota y una hueca.

—Pues no entiendo entonces por que no aceptaba divorciarse de mí, si tan mal estaba conmigo.

—Porque era orgullosa y no quería que la mujer esa, con la que estás ahora, se quedase con lo de ella.

A la mención de Cósima me incorpore en la silla, tenso, a punto de perder el control.

—Ah —se burló Cimmi—, la psicóloga es un tema urticante. Resulta ser que te enamoraste de...

—¡Basta! —lo corté—. Acabemos con esta fantochada. —Alcé el índice y lo apunté—. No sólo que no vas a obtener un peso de mí sino que vas a ser vos el que me pague una suculenta suma de dinero porque ya debes de saber que presentamos una demanda por espionaje corporativo y violación del acuerdo de confidencialidad. Y si me seguís buscando, Arturo, la cosa se va a poner peor. La filmación que tengo de vos y Vivian aspirando cocaína va a caer en manos de un fiscal...

—¡Uy, qué miedo! —se burló—. ¿Qué podrías lograr con eso? No se va preso en este país por consumir, Nacho. Vos deberías saberlo mejor que nadie. —Abandonó la sonrisa sardónica y me contempló con el odio que me tenía—. Vos sos el único culpable si hoy estamos aquí. Si me hubieses pagado la indemnización que me correspondía y si no me hubieses cerrado todas las puertas de los demás empresarios, yo habría vuelto la página y seguido con mi vida, pese a que, por tu culpa, murió la mujer a la que amaba.

Solté una carcajada.

—¿Qué idea te habías hecho con Vivian? ¿Que se casarían, vivirían felices y comerían perdices?

—Ella me amaba. Un día habríamos estado juntos. ¿Por qué pensas que fui a buscar a Riera? ¿Porque necesitaba un cambio o porque me ofrecía más guita? —planteó con sorna—. No. Lo busqué porque sabía que, tarde o temprano, habría tenido que irme de Lanz Reuter para estar con ella.

—Estás delirando, Arturo. Vivian te usaba, como lo hacía con todos, incluso conmigo. No era capaz de amar a nadie, ni siquiera a sus hijos.

—¡Vos no sos capaz de amar a nadie! —El gesto se le ablandó súbitamente—. Aunque se te ve muy metejoneado con la licenciada.

Lo tomé por el cuello y lo obligué a inclinarse sobre la mesa. No habría soportado que pronunciara su nombre. Gire el puño en torno a la prenda y le apreté la nuez de Adán. Se puso

colorado y los ojos se le inyectaron.

—Arturo, hace lo que quieras, pero de mí no vas a obtener un centavo.

Lo solté bruscamente, me puse de pie y abandoné el bar. Una claridad me había asistido en los últimos minutos de la charla mientras lo veía escupir su veneno y resentimiento: no me rebajaría a caer en los juegos de chantaje de ese gusano. Si le daba guita, nunca me lo sacaría encima. Volvería a extorsionarme una y otra vez en nombre de eso que poseía para dañarme. Si se trataba, como sospechaba, de los extractos las cuentas bancarias offshore, mi wealth manager ya las había cerrado y abierto otras, sin mencionar que, ni las islas Caimán ni las Islas Vírgenes tenían acuerdo de intercambio automático de información con el gobierno argentino. No le sería tan fácil a ese gusano emplear las fotocopias para perjudicarme.

Salí del golf y llamé por teléfono a quien, estaba seguro, me ayudaría a contener el peligro y los daños. Aunque tenía a mi servicio al mejor bufete de Buenos Aires, preferí consultar con Victorio Emanuel Facchinetti, que entendía de estas cuestiones, por haberlas vivido en carne propia,

—Venite ya para el estudio —me indicó.

El bufete de mi futuro suegro se encontraba en la calle Talcahuano, cerca de Tribunales. Ocupaba todo un piso en un edificio viejo pero señorial y muy bien mantenido. Me sorprendieron la cantidad de empleados y el ambiente movido que se percibía. La secretaria de Facchinetti se puso de pie apenas me vio y me invitó a pasar con un trato casi obsecuente; resultaba obvio que me había reconocido y que me esperaba.

Victorio me recibió con afecto y con una sonrisa que, estoy seguro, escasamente concedía. Me invitó a sentarme en un sector con sillones y un sofá.

—Lila —se dirigió a la secretaria tras preguntarme qué quería tomar, —café y agua mineral. Y no me pase llamadas. Aguardó a que la mujer cerrase, para pedirme,— Contame todo sin obviar un detalle. —Y quedate tranquilo, porque aquí estamos como en un confesionario. Las paredes están insonorizadas.

Su serenidad y su solvencia me comunicaron confianza, por eso le conté todo, desde mis cuentas offshore, mis tratos non sanctos con la política, hasta la posible fuga de información sensible a causa de la traición de mi esposa. Le referí también el poder y la libertad con los que Cimmi se había movido durante los años que había trabajado para mí.

—¿Te vio negociar coimas?

—Sí, varias veces —admití.

—Es posible que tenga una grabación o una filmación —dedujo.

—Yo también tengo una grabación comprometedor de él —señalé y saqué mi celular—. Hice instalar una cámara en su oficina —expliqué mientras buscaba el archivo— porque había comenzado a dudar de su lealtad. Sabía que se encontraba a mis espaldas con nuestro mayor competidor, Fernando Riera. Gracias a esta cámara supe mucho más de lo que esperaba. Supe que mi ex esposa me ponía los cuernos con él.

Me gustó que Facchinetti no se impresionase. Siguió tomando nota y apuntando nombres y circunstancias. Tomó el celular cuando se lo extendí y vio el vídeo con expresión inescrutable.

—Esto será muy útil en caso que él formule una denuncia en tu contra o en contra de tu empresa. Enviámelo ya. Voy a mandar a hacer una copia y la pondré a buen resguardo. ¿Tenes el resto de las filmaciones que obtuvieron con la cámara?

—No son muchas horas —admití—. Hice instalar la cámara una noche y dos días más tarde obtuve estas imágenes. Lo despedí en el acto.

—Igualmente, mandame las pocas horas de filmación que tengas. Quiero revisarlas. ¿Vos las viste?

—No. Mi vida ha sido un infierno desde el 3 de septiembre, el día en que vi el video y lo despedí. Ese mismo día se accidentó mi ex esposa...

—Sí, sí —me cortó—, lo recuerdo. No te preocupes. Pasame las horas que tengas grabadas. Yo las voy a analizar. E iré preparándome para lo peor.

—Los abogados de la constructora ya le iniciaron una demanda por incumplimiento del acuerdo de confidencialidad y por espionaje corporativo. Pero, si él llegase a denunciarme, quiero que usted se ocupe del caso.

—Así lo haré, pero ¿no sería hora de que me tutearas? Pronto seremos suegro y yerno, Eladia me contó que Cósima lleva un enorme diamante en el anular izquierdo, Estimo que se comprometieron.

—Sí, nos comprometimos afirmé — Sí por mí fuera me casaría mañana, pero ella quiere esperar.

—Ah, claro. La muerte de tu esposa es muy reciente y hay que cuidar las apariencias.

—Esó pense, pero Cósima me explicó que lo hace por Montserrat, mi hija. Dice que tenemos que esperar por ella, para darle tiempo a aceptar la muerte de la madre.

—Muy de Cósima —dijo, y por primera vez la expresión se le suavizó.

Capítulo XX

LA ESPADA DE DAMOCLES

Cósima

Lanz estaba preocupado. Después de insistir logré que me confesase que, diez días atrás, Cimmi lo había citado para amenazarlo con destruirlo si no le daba dinero. Me enojé porque no me lo había contado enseguida. —Amor —trató de persuadirme—, no quería cargarte con mis cosas.

Salí de la cama, me cubrí con la bata que encontré hecha un lío a los pies y me fui al baño. Él entró enseguida y se ubicó tras de mí. Nos miramos a través del espejo.

—Te noto preocupado y tengo que sacarte las cosas con tirabuzón —me quejé—. ¿Qué clase de pareja somos que no me contás tus problemas y tus preocupaciones?

Me contempló con una expresión desorientada. Me di cuenta de que ni con Laura ni con Vivian había tenido una relación abierta y de confianza. No estaba acostumbrado a compartir los asuntos de la constructora ni los desvelos con su pareja.

Me giré para enfrentarlo y le tomé la cara entre las manos.

—Ignacio, sé que sos muy fuerte y que soportas sobre tus hombros mucho peso y responsabilidad. Sé que sos capaz de llevar la carga. Pero yo soy tu compañera y quiero compartirla con vos. Por favor, dejame ser parte de todo. Confía en mí como yo en vos.

—No estoy acostumbrado a hablar de los problemas de la empresa

—Lo sé, pero esto va más allá de los problemas de la empresa. Además yo quiero que, poco a poco, me hagas parte de todos los aspectos de tu vida. No quiero compartir sólo tu cama. Quiero que compartamos la vida —recalqué.

Me sonrió con el gesto pícaro, que presagiaba que se saldría con la suya. Se inclinó para besarme el cuello y para susurrar:

—Nunca has compartido una cama mejor que la mía —afirmó mientras me mordisqueaba el filo de la mandíbula—. Nunca tuviste mejor sexo que el que yo te doy.

Me hacía rabiarse y me hacía reír. Era tan hombre y al mismo tiempo tan juguetón como un niño.

—Nunca experimenté nada siquiera cercano a lo que vos me haces sentir —admití, de pronto floja, rendida ante el deseo.

Me sujetó por la nuca y me besó hasta hacerme olvidar del enojo. Me obligó a darme vuelta y estuvimos otra vez frente al espejo. Me abrió la bata y despejó los objetos de su mayor deseo. El fetiche con mis senos no menguaba; al contrario, su obsesión aumentaba. Marita me había recomendado una tienda virtual de ropa interior erótica donde había comprado un conjunto que los realzaría. No veía la hora de recibirlo para sorprenderlo.

—Tu mamá es chata como una tabla —expresó mientras me los acariciaba—. ¿De quién heredaste las mejores tetas que he visto?

—De mi abuela Cósima —dije y eché la cabeza hacia atrás, sofocada de anhelo.

—Bendita sea la abuela Cósima —masculló, risueño.

—Ignacio, por favor, tócame.

Me levantó la bata, me obligó a ponerme en puntas de pie y me penetró en esa posición, contra el vanity. Las miradas se nos habían congelado en el espejo. Verlo en el placer, sus facciones perfectas mancilladas por una mueca de dolor, me dejó perpleja.

Volvimos a la cama dispuestos a dormir unas horas. Él tenía que levantarse muy temprano para ir a buscar a Montse y a Nachito a lo de la abuela Elizabeth y llevarlos a sus actividades. Le retiré un mechón de la frente.

—Dormí, amor —le pedí.

—No puedo dejar de mirarte. Háblame de algo. Me encanta cuando me contás cosas.

—A ver... —dije y me puse a pensar—. Mañana a las cinco y cuarto Montse empieza sus sesiones con la licenciada Jáuregui. Es una psicóloga de mi equipo. La va a atender ahí mismo en la fundación. Hugo la trae directo desde el Saint Peter's. Retrasé el turno de las cinco para esperarla y recibirla. Quiero presentársela yo misma a Carolina... A la licenciada Jáuregui —aclaré—. Se van a entender muy bien. Me encanta Carolina. Es una gran profesional.

—Gracias, amor —dijo con voz adormilada.

—De nada. Además quería comentarte que me gustaría recetarle unas flores de Bach...

Hablé hasta que Lanz se durmió. Me quede observándolo, admirando su belleza, estudiando los detalles de su rostro, la forma de sus orejas, los mechones rubios que se mezclaban con las canas, el corte de las mandíbulas y la hendidura en el mentón. “Es tan lindo que no parece real”, había comentado mi amiga

Pilar casi dos semanas atrás cuando Lanz se presentó en La Parolaccia para buscarme y las convirtió a las tres en unas quinceañeras alborotadas.

Mi amado Lanz. Cimmi lo había amenazado y él estaba preocupado, aunque no quisiera admitirlo. ¡Qué impotencia sentía! No sabía cómo ayudarlo. Cuando un rato antes, tras conseguir que me contase qué le sucedía, le propuse que le pagara la indemnización para acabar con el asunto, se negó y fue inflexible.

—No voy a entrar en el juego de extorsión de esa mierda —había esgrimido—. Quedaría atrapado en una telaraña de la que sería difícil salir.

—¿Y si es verdad que tiene con qué perjudicarte?

—Que lo haga, que vaya a la Justicia y que me denuncie. Tu viejo ya está avisado y estamos preparando el contraataque. Yo también tengo con qué golpearlo.

Me sorprendió que hubiese elegido a mi padre para defenderse teniendo la capacidad económica para contratar al mejor bufete del país.

Admito que enterarme de que el doctor Facchinetti manejaría su caso me dio tranquilidad.

Llamé a papá al día siguiente, apenas llegué al consultorio. No había dormido bien y quería buscar serenidad en sus palabras. Era consciente de que, debido al secreto profesional, no me revelaría nada sustancial, sin mencionar que yo no hablaría abiertamente por teléfono. Sólo quería oír su voz y tratar de detectar el nivel de gravedad del asunto.

—Papá, ¿podría ir preso? —me atreví a preguntar.

—Es difícil determinarlo sin saber con qué cuenta Cimmi para perjudicarlo, pero, de acuerdo con lo que me dijo Ignacio, sí, podría.

—Dios bendito —susurré, corta de aliento.

Hija, quiero que te quedes tranquila. Estoy preparándome para defenderlo. No voy a permitir

que te arrebaten la felicidad. Voy a pelear con todo lo que tengo para preservar a tu futuro esposo. Te lo debo, Cósima.

—Gracias —mascullé antes de despedirme.

La jornada transcurrió como de costumbre, sólo que yo no era la misma. La amenaza que pesaba sobre mi hombre me robaba la paz. Carlitos lo notó enseguida y, tras dudar un momento, decidí compartir con él mi desolación. Me abrazó, y su compasión y su respaldo me hicieron bien.

—Tu viejo es un capo, Cosi. Quédate tranquila.

—Tengo miedo. Cimmi trabajó con él durante años. Tuvo acceso a mucha información sensible.

—Lanz no es un improvisado —opinó mi querido amigo—. No es un tipo común y corriente, como nosotros. Conoce a mucha gente, a muchos políticos poderosos. Si él cayese, arrastraría a unos cuantos con él. No lo van a permitir, menos que menos en un año electoral como este.

—Lo podrían usar los del partido opositor para ganar votos —razoné.

—No —se empecinó Carlitos—. Lanz la hizo muy bien y es tan amigo de unos como de otros. Correrían cabezas de ambos bandos si los asuntos turbios de su empresa salieran a la luz. La constructora ha ganado licitaciones para obras a nivel nacional, provincial y de la ciudad. Está muy bien posicionado —remató.

La llegada de Montserrat fue el único momento de alegría de ese viernes. La vi subir las escaleras corriendo. Bernie y yo la esperábamos en la cima. Se acuclilló para saludar a mi perro antes de abrazarme. El sentimiento que nos profesábamos era tan sincero y genuino que me tenía maravillada. La amaba por ser tan generosa, por no celarme del padre, por no pensar que quería ocupar el lugar de la madre. ¡Qué sabia era mi dulce Montse! Su corazón era inmenso.

Entramos abrazadas a mi consultorio, charlando de las cosas de la escuela. En tanto aguardábamos a que Carolina Jáuregui fuese a buscarla le serví una merienda que tenía lista porque supuse que llegaría hambrienta. Ella comía con gusto y yo le contaba acerca de las flores de Bach. Le entregué dos botellitas, una para que tuviese en su casa y otra para que guardase en la taquilla del Saint Peter's.

—Yo las tomo todos los días —le comenté—. Me las recetó mi psicóloga después de la muerte de Horacio y de mi hijo. Me ayudaron mucho.

—¿Y qué hacen?

—Te serenán —expliqué—. Te ayudan a sacar fuera el dolor, porque no es bueno reprimirlo. Te permiten aceptar las cosas como son y no sentir rencor ni culpa.

—¿Me van a ayudar a no estar triste?

—Sí, tesoro.

—Cuando estoy con vos, Cosi, no me siento tan triste.

—Gracias por decírmelo, Montse. No sabés lo feliz que me hace.

Carolina llamó a la puerta en ese momento y, tras las presentaciones, se marcharon para iniciar la primera sesión. A eso de las siete, cuando terminé con mi última paciente, salí lista para irme a casa y me encontré con Montserrat en la sala de espera. Se puso de pie de un salto y corrió hacia mí.

—¡Me encanta Caro!

—Caro es lo más. Por eso la elegí para vos. Te va a ayudar mucho.

—¿Sabías que Caro perdió a su papá y a su mamá en un accidente de ruta cuando tenía doce años?

—Lo sabía. Por eso también la elegí, porque ella, mejor que nadie sabe por lo que estás pasando.

Me echó los brazos al cuello y me besó.

—Gracias, Cosi. Te quiero.

—No tanto como yo —dije y le guiñé un ojo— Pero ¿qué haces aquí todavía? ¿Hugo no vino a buscarte?

—Sí, está esperándome abajo, pero yo me quedé porque necesitaba hablar con vos.

—¿Ah, sí? ¿Necesitabas hablar conmigo?

—Quería pedirte que le dieras una sorpresa a papá y que vinieras a cenar a casa. ¿Y puede ser a dormir, también? Plís, plís —rogó con las puños sobre los labios como en oración mientras daba saltitos cortos.

¿Cómo negarme? Mi amor por esa nena crecía con el paso de los minutos. Por cierto, ir a cenar y quedarme a dormir en lo de Lanz era altamente impropio e inconveniente, pero Montserrat se mostraba tan ajena a la realidad de los adultos, a las bajezas de la prensa, a las suspicacias de la gente, que no tuve corazón para enfrentarla con esa mugre. Acepté sin objeciones ni condiciones. Me sentí libre y contenta.

Pasamos por casa para buscar una muda y mis cremas. Montse recorría las habitaciones con Bernie por detrás y me iba preguntando cosas. La encontré en el living observando la fotografía de mi boda. Me detuve junto a ella.

—Estabas re linda, Cosi.

—Gracias, tesoro.

Se volvió hacia mí. Arrugó la nariz y achinó los ojos en un gesto avergonzado antes de preguntar:

—¿Lo querés más a mi papá o a Horacio?

—Los amo a los dos —respondí enseguida y le acomodé un mechón detrás de la oreja—. Pero a cada uno de un modo distinto.

—¿Cómo distinto?

—Porque ellos son muy distintos, opuestos, diría, y porque yo no soy la misma persona que era cuando conocí a Horacio. —Le rodeé la cara con las manos y la besé en la frente—. Amo muchísimo a tu papá, Montse. Creo que él es el amor de mi vida.

—Papá me dijo que te ama desde los trece años.

—Y yo tenía doce cuando me enamoré de él.

—Pero después te hizo bullying.

—Me hizo bullying y me puso un sobrenombre que yo detestaba.

—¿En serio? ¿Cual?

—Tía Cósima.

—Tía Cósima? —se sorprendió—. Por qué te puso ese sobrenombre? No es tan feo.

Solté una carcajada y la abracé y la besé en la mejilla que todavía conservaba la curva regordeta de la niñez.

—Ahora en el auto te lo explico. O, mejor preguntale*a tu papi, cuando lleguemos a tu casa —propuse.

Lanz salió al pórtico a recibirá a su hija. Se le notaba la inquietud por la demora. Montserrat se apresuró a bajar de la camioneta y corrió a sus brazos.

—¿Qué pasaba que no llegabas? Hugo me envió un mensaje diciendo que estabas todavía en la fundación.

—Es que te preparé una sorpresa, papi.

Esa era la línea que yo aguardaba para bajar de la camioneta y revelar mi presencia. La cara de asombro de Lanz fue grandiosa.

—¡Amorí ¡Qué alegría!

—Montse me invitó a cenar y a dormir para darte una sorpresa, acepté. Espero que estes de acuerdo —agregue con fingida prudencia.

Lanz besó ruidosamente a su hija antes de volverse hacia mí. Nos encontramos a mitad de camino. Nos abrazamos. Me tenía muy apretada mientras me observaba con ojos hambrientos.

—Gracias —susurró—. Estaba por ir a tu casa después que los chicos se durmieran.

—Aquí estoy.

Lanz le dio el fin de semana libre a Sara y nos quedamos los cuatro solos, los seis en realidad, porque Bernie y Pepe eran tan importantes como cada uno de nosotros. Terminé aceptando quedarme a dormir el sábado y pasar el domingo con ellos. Transcurrimos dos días de ensueño, en los que la risa y el buen humor reinaron. Una anécdota que recuerdo y me hace reír aconteció ese mismo viernes, cuando fuimos a arrojar a Montse después de haber estado con Nachito, y ella le preguntó al padre:

—¿Por qué le decías tía Cósima a Cosi?

Habría deseado tener pronta la cámara fotográfica para atrapar el gesto de desolación con que Lanz nos miró alternadamente a su hija y a mí. —Por el tío Cosa —contesté en lugar del padre.

—¿Quién es el tío Cosa?

Le mostré videos de Los locos Adams, serie que jamás había visto; ni siquiera sabía que existía. Y terminamos desternillándonos de risa.

El domingo Lanz mandó a buscar a mi mamá y a mi madrina, que volvieron a encontrarse con Elizabeth. Tal como había sucedido aquel domingo de fines de septiembre, mi madrina y mi futura suegra se saludaron con frialdad. Elisabeth no le perdonaba que hubiese aceptado el diagnóstico de la Giuliano.

A la hora de la siesta, como Lanz se había quedado dormido en el sillón de la sala de estar y Montse chateaba con Luna, salí con Nachito, Pepe y Bernie al parque y las, vi charlando a las tres, de jardinería junto a un parterre con peonías, una actividad que amaban y en la que eran eximias.

—Los bulbos de estas peonías los traje de Europa —contaba mi suegra—, ocultos en los bolsillos de la campera.

—Jamás había visto peonías en vivo y en directo —se admiró mi madrina—. Qué perfume tan extraordinario.

Sonreí y seguí con Nachito de la mano. Estaba muy tranquilo y había comido bien, aunque lo más importante era que no se había orinado durante las últimas dos noches. Lanz estaba exultante y repetía, haciendo bastante evidente su manipulación, que su hijo mejoraba en mi presencia.

Nos sentamos sobre el césped, uno frente al otro, los perros echados a nuestro lado. Lo tomé de las manos y me lo permitió, pero me rehuyó con la mirada. Le canté, le conté cuentos y lo hice hablar, poco, palabras sueltas, pero eran música para mis oídos. Un rato después se nos unió el padre y Nachito buscó sentarse sobre sus piernas.

—Cósima canta, papá —dijo con una claridad asombrosa. Sin mirarme, con la vista hacia abajo, me dio dos golpecitos deliberados en la mano, como si se tratase de una contraseña pactada previamente, y me ordenó —: Cantá.

Volví a cantar Papaveri e papera, lo que dio pie a que le contase a Lanz acerca de la nona

Cósima y del nono Roberto, las personas más importantes de mi infancia y a las que había perdido prematuramente, cuando tenía once años.

Llegó Montserrat. Se ubicó detrás de Lanz, le rodeó el cuello y se recostó sobre su espalda.

—¿Qué están haciendo?

—Cósima canta —respondió Nachito.

—Papá también canta —aseguró Lanz, lo que le valió que el hijo alzara la vista y lo mirase con atención.

Se me alteraba el ritmo cardíaco cada vez que lo veía reaccionar a un estímulo externo. Se le notaba la predilección por el padre; estaba muy atento a él, más que a cualquier otra persona del entorno.

—¿Vos sabes cantar, pa? preguntó Montse con suspicacia.

—¡Claro que sé cantar! simuló ofenderse Lanz—. Amor, ¿por qué no les cantamos la canción de Pimpinela?

—OK —acepté. Carraspeé antes de empezar— Hace dos años y un día que vivo sin él...

Nuestro canto atrajo a las tres ancianas, que terminaron riéndose a carcajadas del espectáculo, en especial del de Lanz. Admito que era difícil no romper a reír al verlo tan serio repitiendo las partes de Joaquín Galán. Y, para rematarla cantó Un año más. Era el espectáculo más gracioso que había visto, sobre todo cuando fingía tocar la batería antes del estribillo o cuando, al llegar la parte de me llamen el bala perdida, pronunciaba la dooble l con acento español. Montserrat estaba exultante, con una sonrisa que le hacía chispear la mirada. Repetía que era la primera vez que escuchaba cantar a su papá, lo cual él rebatió recordándole que muchas veces lo había visto cantar el cumpleaños feliz.

—¡Eso no vale, pa! Todos cantan el cumpleaños feliz. Yo digo que nunca cantaste una canción de verdad.

La cara de Elizabeth era proverbial. Por una vez se quitaba la máscara de señora aristocrática y se mostraba humana y distendida.

—Hijo, ¿cómo es que sabés cantar esto?

—Esther las escuchaba todo el día. ¿No te acordas?

—Sí, me acuerdo, pero yo no prestaba atención.

—Nora y yo sí. Nos sabíamos las letras de memoria.

Mi vida era perfecta. La felicidad era absoluta, plena, sin fisuras. Me sentía hermosa y deseada. Sonreía a la nada evocando las escenas con Lanz o con sus hijos. Los progresos de Nachito nos tenían asombrados. Resultaba extraordinario que hubiese superado por completo el terremoto que había significado la pérdida de la madre, porque ya ni siquiera se orinaba de noche. Con Mirta Petrillo habíamos decidido adelantar el comienzo «le las lecciones musicales. Ella aconsejaba que tomase clases de piano. Había una lógica matemática en el lenguaje de la música y en el teclado del piano que iba de acuerdo con su mente estructurada. Lanz ya quería comprar uno, a lo que yo me oponía porque primero íbamos a probar y a evaluar,

Montse ya llevaba tres sesiones con Carolina Jáuregui y estaba muy entusiasmada. Llegaba contenta a la fundación y siempre se quedaba para saludarme. Amaba el momento en que salía de mi consultorio y me la encontraba sentadita, esperándome. Me sonreía con tanta alegría que sólo habría bastado ese gesto para darle sentido a mi vida. Carolina había hablado con Lanz y conmigo y nos había asegurado que, más allá de lo traumático que habían sido la fuga y el accidente, Montserrat lo superaría con facilidad.

—Es una criatura con una predisposición natural al optimismo. Claramente está transfiriendo

la figura materna de Vivian a vos, Così. Yo diría —aclaró— que está construyendo una nueva, distinta de la que tenía con su madre.

No sería extraño que cometiese el desliz, y te llamara mamá, uno de estos días.

—Nada me daría más placer —expresó Lanz

Justa y Ema formaban parte de las actividades familiares y era un goce verlos a los cuatro juntos, cuando no se sabían observados. El amor fraterno que se profesaban los envolvía como una presencia benéfica. Nos preparábamos con ansiedad para el último examen de Justa, que sería el 16 de diciembre y para la obra de teatro que Ema y el equipo de mi fundación habían preparado para fin de año.

Incluso los periodistas comenzaban a aflojar las garras.

Siempre había un paparazzi revoloteando, pero ya no éramos la noticia del momento. Se habían acostumbrado a verme entrar en Io de Lanz o a él en mi edificio, porque lo cierto era que ya nos costaba muchísimo estar lejos el uno del otro. Le robábamos horas al sueño para pasar la mayor parte del tiempo juntos.

No se lo decía a Lanz, pero estaba arrepintiéndome de haber impuesto la fecha de marzo para nuestra boda. Igualmente, casi llevábamos la vida de una pareja casada. Los fines de semana, aunque ocupaba una habitación de huéspedes, los pasaba con ellos.

Hasta que llegó el jueves 12 de noviembre. Lanz me llamó al celular y, como estaba con un paciente, no lo atendí. Marita entró en mi consultorio, algo inusual cuando me encontraba ocupada, y me dirigió una mirada que me hizo preocupar.

—Es el ingeniero Lanz. Pide que lo atienda. Es urgente, ¿te paso la llamada?

Asentí, paralizada de miedo. Presentía de qué se trataba, algo relacionado con la amenaza de Arturo Cimmi. Había albergado la ilusión de que su ultimátum nunca se concretase, pero también había temido que lo llevase a cabo. No podía olvidar aquel domingo en el cementerio, cuánto su mirada se cruzó con la de Lanz. El odio que Cimmi destilaba me había resultado aterrador.

Le indique a Julieta, mi asistente, que se llevase al paciente a la cámara Gesell y asentí en dirección a Marita para habilitarla a que me pasara la llamada.

—Amor —dije y carraspeé para aclarar la voz.

Quiero que te quedes muy tranquila y que no te preocupes por lo que voy a decirte, la policía se presentó esta mañana con un mandato para allanar la constructora y otro para allanar mi casa. En este momento están revisando todo y llevándose papeles y documentos. No sé en qué va a acabar esto. Sólo necesito que me prometas algo.

—Lo que sea —atine a balbucear y sentí los labios duros y fríos

—Que si llego a terminar en la cárcel, te vas a instalar en mi casa y te vas a hacer cargo de mis hijos.

Me mordí el labio para refrenar el llanto.

—Por supuesto —contesté y me resultó imposible disimular el temblor en la voz.

—Tengo que dejarte ahora.

—Llámalo a papá.

—Él ya está acá. Quédate tranquila.

—Ignacio, no olvides lo que te prometí cuando nos comprometimos: no importa qué suceda, voy a ser tu esposa. Y siempre te voy a amar con todas mis fuerzas.

—Gracias, amor —susurró. La sobriedad y la entereza que había demostrado hasta ese instante se resquebrajaron y me habló con un acento tomado-: Te amo tanto, amor mío —dijo y

terminó la comunicación.

Me tembló la mano cuando devolví el auricular al aparato. Sorbí agua porque, de pronto, la boca se me había secado y los labios se me pegaban a los dientes. Llamaron a la puerta. Carlitos entró sin esperar mi permiso. Me miró y supo que algo andaba muy mal.

—Están allanando la constructora y la casa de Ignacio —barboteé. Me abrazó. Lucho entró en ese momento y, al ver mi expresión angustiada, se preocupó.

—Están allanando la empresa de Lanz —explicó Carlitos.

Lucho fijó la vista en mí y alzó una ceja en el acto de expresar “¿Viste? Te dije que era una mierda”. Me bastó percibir que atacaba a mi hombre para reponerme y cobrar valor. Reflexioné que Lanz y sus hijos me necesitaban entera y compuesta, no esa masa temblorosa, vacilante.

—Hicimos bien en no aceptar sus dádivas —comentó Lucho con sarcasmo—. Ahora nos veríamos envueltos en una causa por lavado de dinero.

—¿Quién ha hablado de lavado de dinero? —me ofusqué.

Carlitos me apretó la mano para que me serenase.

—Lucho —intervino—, no creo que sea momento para comentarios chotos. Cósima nos necesita a su lado. Yo soy incondicional de ella. ¿Y vos? —lo enfrentó.

Lucho paseó la mirada entre nosotros y terminó asintiendo a su pesar.

—Y yo —expresé con voz segura— soy incondicional de mi futuro esposo.

—Ese tipo —dijo Lucho antes de marcharse— no tiene idea de lo afortunado que es.

Me dolía que uno de mis mejores amigos guardase tanta amargura y rencor. No quería que nuestra amistad se resintiera, pero no habría otra posibilidad si seguía atacando al hombre al que yo amaba.

—No le des bola —me conminó Carlitos—. Sangra por la herida.

—Tengo tanto miedo —me desmoroné otra vez y lo abracé para sentirme segura.

Lanz es un duro, Così. Y, como te dije la otra vez, tiene una red de contactos en las altas esferas que lo va a proteger.

El resto de la tarde lo pasé como en una pesadilla. Consultaba continuamente el celular en busca de mensajes de mi padre o de mi prometido. Terminado el día le pedí a Leopoldo que me llevase a la casa de Lanz. La prensa ya se había enterado del allanamiento, por lo que no me sorprendió encontrarme con la marea de periodistas y paparazzis que se agolpaba en el portón de la calle Ombú. Ahora no sólo saldríamos en los programas de chimentos sino también en los noticieros y en los programas de política.

—Tengo que dejarte —le indiqué a Eladia, que me había llamado para comentar acerca de “la desgracia”, como la calificaba. Según ella, las desgracias caían todas juntas, y casi me sentía dispuesta a creerle.

Montse y Nachito me recibieron con tanta alegría que consiguieron levantarme el ánimo. Saltaba a la vista que Montserrat no sabía lo que había sucedido esa mañana en la casa. Elizabeth me sorprendió abrazándome.

—Gracias por haber venido —murmuró.

—¡Qué lindo que vengas un lunes! —comentó Montse, que me sujetaba la mano como si temiese que me escapara.

—Los extrañaba muchísimo —aseguré.

Cenamos solos. Lanz aún no llegaba y mi padre le había avisado a Eladia que no lo esperase despierta. La cosa iba para largo.

Después de poner a los chicos a dormir nos sentamos en la cocina a tomar infusiones y a

charlar. Temprano por la mañana, y a pedido de su hijo, Elizabeth había volado a la casa de la calle Ombu para presenciar el allanamiento, tras el cual, y con la ayuda de las empleadas, había puesto orden para evitar que los chicos, al regresar de sus actividades, vieran el desorden que los policías habían dejado a su paso.

Lanz llegó a las once y media. Entró por la puerta de la cocina que daba al garaje. Me vio allí, sentada en la isla de mármol con su madre, y la tensión en el rostro se le desvaneció. Nos abrazamos en silencio.

—Gracias por estar aquí —susurró.

—Aquí voy a estar siempre —aseguré, y él se limitó a ceñir los brazos en torno a mí un poco más.

Se marchó para ir al baño y yo aproveché para calentarle la comida que Elba le había separado, Fui al living y le serví una medida de su coñac favorito. Se sentó a comer y, para evitar que hablase, Elizabeth y yo le contamos nuestras impresiones del día. Habló sobre todo la madre porque era la que más tenía para decir acerca del allanamiento.

—El abogado que envió el doctor Facchinetti —relató Elizabeth— se ocupó de todo. Él firmó los papeles y trató con los policías. Yo me limité, junto con Elba y las otras chicas, a seguirlos por todas partes para evitar que robasen algo.

—Gracias, mamá.

—¿Cómo está tu padre? —se interesó la ex del viejo Lanz Reuter.

—Bastante bien —admitió Lanz—. Lo hice revisar por el médico de la empresa. Tenía bien la presión.

—Gracias a Dios —farfulló Elizabeth.

—Papá me dijo que, después de haber enterrado a su hija, nada le parece demasiado malo ni grave.

Los ojos celestes de Elizabeth se colmaron de lágrimas. Le temblaron el mentón y las manos. Se las sujeté a través de la isla en un acto impulsivo y ella me las apretó a su vez.

—Vieja, ¿por qué no vas a dormir? —propuso Lanz, evidentemente incómodo con la muestra de debilidad de la madre.

Sí —accedió—, estoy extenuada. Vos deberías hacer lo mismo, Nacho —señaló mientras lo besaba en la frente.

En verdad el agotamiento imprimía huellas en el rostro de mi amado y sin embargo estaba muy buen mozo con la barba rojiza y entrecana que le oscurecía las mandíbulas y el bozo. Lo acaricié y él, como acostumbraba, recostó la cara sobre mi mano y bajó los párpados.

—¿Cómo estás? —quise saber.

—Bien porque estás aquí. Me leiste la mente, amor, porque mientras venía para acá me decía: “Ojalá Cósima estuviese en casa”.

—Estaba preocupada por algo.

—¿Qué, amor?

—Vos me contaste que, después de que Vivian te amenazó, sacaste de la caja fuerte los papeles que podían comprometerte y los llevaste a una de la constructora. ¿La policía los encontró?

Movió la cabeza para negar.

—Tu viejo, que se las sabe todas, días atrás me indicó que sacara los papeles de allí y que los guardase en la caja fuerte de su estudio.

—Gracias al cielo —mascullé.

—De todos modos —admitió Lanz—, si Cimmi tiene las fotocopias que le dio Vivian me puede hacer mierda.

—¿Cuál es la estrategia?

—Si el proceso está basado en la denuncia de Cimmi, tu viejo pretende desacreditarlo como testigo.

—¿Es posible?

—Sí. Por suerte, apenas lo despedimos, mis abogados interpusieron una demanda por espionaje corporativo y violación del acuerdo de confidencialidad, lo que demuestra la animosidad que existe entre él y la constructora y la poca honorabilidad de su palabra. Tu papá además hizo un descubrimiento espectacular en las pocas horas de filmación que tenemos de la cámara oculta, esa que hice instalar en su despacho después de empezar a sospechar de su lealtad.

—¿Qué descubrimiento? —exigí saber, de pronto esperanzada.

—Dos conversaciones telefónicas de Cimmi, donde claramente está pasando información sensible y confidencial de la constructora a quien suponemos es Fernando Riera. Lo llama Fernando, no es suficiente, lo sé, pero tu viejo dice que le pedirá al juez que solicite el listado de llamadas del celular de Cimmi y que verifique si a la hora indicada en la filmación estaba hablando con algún teléfono de Riera, de su empresa o de alguno de sus allegados. En ese caso haríamos centro y la credibilidad de Cimmi quedaría en entredicho.

—Si eso se probase —razoné—, entonces Riera también estaría en problemas, ¿no?

—Sí, lo estaría —ratificó Lanz con satisfacción—. Tu papá sugirió usar mi contacto con Daniela Dieter para hacerle llegar un mensaje al tío. Presta colaboración con nosotros para defenestrar a Cimmi o lo voy a denunciar a él también por espionaje corporativo.

—Pero si surgiera de una investigación del juez o del fiscal —reflexioné—, no habría forma de salvar a Riera de ser procesado. Después de todo, los jueces actúan de oficio frente a un delito.

Habrías sido tan brillante como abogada como lo sos como psicóloga —me lisonjeó y me besó y me mordisqueó los labios.

—¿Entonces? —lo insté porque no quería empezar con ese juego sin haberme sacado las dudas.

—Tu papá dice que iremos viendo qué cartas nos tocan para decidir la estrategia. Él, igualmente, tiene varios planes teniendo en cuenta las distintas alternativas.

—¿Que sigue ahora?

—El fiscal evaluará las pruebas que ha acumulado y las presentará al juez. Si este considera que son suficientes, me convocará a indagatoria.

—¿Que significa?

—Que me llamarán a declarar al juzgado, donde además me informarán oficialmente de qué se me acusa.

—¿Cuándo?

—Tu viejo dice que podría ser en un par de semanas, un poco más tal vez.

Me pidió que durmiésemos juntos en la habitación que ocupaba desde hacía meses, que no era la que había compartido con Vivian. Esa seguía cerrada y aún no la vaciaban. Acepté porque lo noté agobiado. Por fortuna, concilió el sueño enseguida. Yo, en cambio, transcurrí la mayor parte de la noche en una vigilia interminable en la que todo me resultaba negro y amenazador. Me recordé que en diez días, el domingo 22 de noviembre, se realizaría el ballottage para definir

quién se haría con la presidencia de la Nación. ¿El ambiente convulsionado y enrarecido favorecería o perjudicaría a Lanz? Lo hablaría con mi padre al día siguiente, si conseguía que atendiese mis llamadas.

Los convocaron a indagatoria, a él y a su padre, el martes 10 de diciembre por la mañana. Como recibimos la notificación con tiempo, Marita se encargó de asignar mis pacientes a otras colegas de la fundación y a Julieta. No habría podido funcionar correctamente. Sólo deseaba acompañarlo a declarar, estar con él, apoyarlo.

Nos protegían Leopoldo, Niño y algunos policías. Igualmente resultó desagradable avanzar a través del muro de periodistas que nos aguardaba en las escalinatas de los tribunales ubicados en Comodoro Py. La edificación enseguida me resultó lúgubre e intimidante. Me aferraba al brazo de Lanz y sentía su mano apretar la mía. Las preguntas me golpeaban los oídos y el corazón; eran brutales, sin misericordia, como formuladas con la intención de destrozarme. “¡Licenciada Facchinetti! ¿Seguirá adelante con el compromiso aunque Lanz Reuter vaya a prisión?” “¡Cósima! ¿Estabas al tanto de los manejos corruptos de tu pareja?” “¡Licenciada! ¿Cómo afecta esto a la Fundación Indiana?” “La afecta mucho y mal”, me dije, pero seguí avanzando con la vista al frente y los labios sellados. Las donaciones habían disminuido notablemente tras esa primavera que habíamos vivido, luego de que Lanz mandase a hacer el video defendiendo nuestra labor. Desde la noticia del allanamiento a la constructora, varios de nuestros patrocinadores importantes habían cortado los flujos de dinero. La tensión con Lucho aumentaba.

No soportaba su mala cara ni sus comentarios mordaces. Podía ser incondicional mío, pero no de Lanz Reuter, y lo hacía notar.

Los cuatro —mi padre, Lanz, mi futuro suegro y su abogado— ingresaron en la antesala del despacho del juez. Yo me quedé fuera con Leopoldo y Niño. Sabía que nos aguardaban varias horas de espera. Los guardaespaldas se mostraban muy solícitos y cada tanto iban a comprarme café y algo para comer.

Salieron primero Ignacio y su abogado. Un par de horas más tarde lo hicieron Lanz y mi padre. Por sus expresiones supe que la cosa no pintaba bien. Nos abrazamos y nos miramos a los ojos. No íbamos a hablar allí, por lo que nos pusimos en movimiento. Atravesamos de nuevo la jauría de hienas, que nos gritaba las preguntas e intentaba lanzársenos encima. Mi padre repetía lo mismo sin parar: “Mi defendido no hará declaraciones”. Subimos a la camioneta y estuvimos callados durante las primeras cuerdas, Lanz y yo tomados de la mano.

—Por favor, díganme qué pasó.

—El fiscal lo acusó de evasión fiscal y de pagar coimas para ser favorecido en licitaciones públicas —informó mi padre, mientras Lanz me miraba fijamente como si estudiase mis reacciones. —Como suponíamos, Cimmi hizo la denuncia y entregó las pruebas a la fiscalía.

—¿Qué pruebas presentó? —exigí saber.

—Son dos: las copias de los extractos bancarios que, Ignacio cree, su difunta esposa le proveyó y una grabación hecha con un celular durante una reunión en la que Ignacio negocia una coima con un asesor del Gobierno de la Ciudad.

—¿Ustedes qué dijeron?

—Me limité a rechazar los cargos —respondió Lanz— y a no decir nada más, tal como me indicó Victorio.

—Y ahora, ¿qué sucederá?

—El juez tiene diez días laborables para decidir si dicta el procesamiento o no.

Lo hizo antes del plazo estipulado por ley. Nueve días después, el jueves 10 de diciembre, a

las puertas de la feria judicial, el magistrado resolvió el procesamiento de Lanz. Fueron a buscarlo a la constructora y dos policías se lo llevaron esposado como si fuese un asesino. Yo estaba despidiendo a un paciente cuando me llamó mi padre para avisarme. Corrí al comedor y vi por un canal de noticias el momento en que Lanz era conducido fuera de la Torre Lanz Reuter por los agentes. Los flashes de las cámaras lo bañaron de destellos. Él mantenía la cabeza erguida y la mirada clara y serena.

Por fortuna dos días antes el juez había resuelto la falta de mérito en relación con Ignacio padre, lo cual no implicaba que estuviese fuera de peligro sino que los elementos se consideraban insuficientes para juzgar su implicancia en el delito, por lo que el fiscal debería profundizar la investigación. Por el momento Ignacio seguía libre, lo que le permitiría hacerse cargo de la constructora mientras su hijo se encontraba en prisión.

—Cósima —me habló mi padre del otro lado de la línea—, ¿seguís allí?

—Sí, aquí estoy. Se lo llevaron esposado —comenté, incrédula.

—Es parte del show —respondió sin darle importancia—. Quédate tranquila. Esta noche te veo en la casa de Ignacio y te explico los pasos a seguir.

Corté y me quedé mirando la pantalla del televisor aunque se refiriesen a otro tema. Repetía las palabras de mi padre: “Te explico los pasos a seguir, te explico los pasos a seguir”, sólo que yo no sabía cómo haría para dar un paso y otro y otro más y continuar con mi vida. La imagen de Lanz, ese ser libre y poderoso al que yo amaba con locura, encarcelado en una desangelada prisión me tenía paralizada. Los pulmones se me habían vuelto de piedra. Un desánimo brutal me volvía pesadas las piernas.

Entonces entró un mensaje de WhatsApp. El clásico tintineo me hizo bajar la vista y consultar la pantalla deseando que se tratase de Lanz. No era él; era Montserrat.

—Hola, Cosi. Te quedas a dormir en casa esta noche? Plis, plis, decí que sí.

Me arrancó una sonrisa entre sollozos ahogados. Escribí con una rapidez impensable un segundo atrás.

—Sí, amor mío, ahí estaré.

Ignacio

Sólo pensaba en Cósima. Mi vida, mi reputación, mi buen nombre y mi empresa estaban cayéndose a pedazos y yo me limitaba a preguntarme cómo estaría ella, cómo habría tomado la noticia, qué pensaría de mí, de nosotros. Nuestra relación acababa de nacer; no había tenido tiempo de asegurar los cimientos. Me aterraba la posibilidad de que me dejase. Había permanecido a mi lado hasta ese momento, soportando el asedio de los periodistas, las tensiones, los miedos de un futuro incierto, los embates de sus amigos y familiares, que le hablaban mal de mí. Sin embargo, terminar en prisión marcaba un mojón que, a mi juicio, lo cambiaba todo. Me mortificaban los errores de una vida de excesos, soberbia y ambición que me habían conducido a esas circunstancias. Me abrumaba la vergüenza, y la sola idea de que Cósima se avergonzase de mí me provocaba ganas de llorar de rabia por lo idiota que había sido en creerme invencible e inimputable.

Me tenían en la sede del Cuerpo de Policía Montada en avenida Figueroa Alcorta y Cavia, más conocida como la sede de Cavia, cerca de casa. Aunque me trataban bien, estaba incomunicado y sólo me permitían recibir a mi defensor. Las horas se arrastraban con una lentitud exasperante. Se trataba de una acomodación provisoria. Si Facchinetti no conseguía que el juez fijase una caución para salir en libertad, en pocos días me trasladarían al penal de Ezeiza.

El lunes 14 de diciembre, tras casi noventa y seis horas de detención en Cavia, Facchinetti me trajo una mala noticia: el juez había rechazado la eximición de prisión. Como había previsto esa posibilidad, se movió con rapidez, la feria como una sombra ominosa que amenazaba con cubrarnos, y presentó un recurso en la Cámara de Apelaciones en lo Criminal ese mismo lunes. Vino a verme tras la realización del trámite.

—Esta maniobra frenará por unos días el traslado a Ezeiza —me informó—. De todas maneras, sé por fuentes que tengo en el tribunal que todavía no han recibido el OK del penal, así que de igual manera no podrían trasladarte.

—¿Crees que la Cámara me concederá la eximición de prisión?

—Es muy probable —contestó mi abogado—. ¿Te acordás de la filmación de Cimmi en la que hablaba con un tal Fernando? —Contesté que sí—. La analizamos con tu padre y él nos explicó de que temas está hablando, todos de alta confidencialidad. Tu padre firmó una declaración y ya estamos armando la prueba para presentarla mañana, junto con el video de Cimmi y tu mujer teniendo sexo.

Asentí, más allá de que habría preferido que ese video nunca saliese a la luz por el bien de Montserrat. Aunque formaba parte del secreto del sumario, temía que se filtrara y se hiciese público. Pero según Facchinetti no podíamos prescindir de él; era clave para armar la estrategia trazada: demostrar la falta de respetabilidad y credibilidad del testigo sobre el que se apoyaba toda la causa. En definitiva, queríamos probar que Cimmi usaba el sistema judicial para una venganza personal.

—Ya solicité al juez —prosiguió mi abogado— lo que te había mencionado la vez pasada, el listado de números telefónicos con los que se comunicó Cimmi en el día y la hora señalados en la grabación. Estoy seguro de que atraparemos a Riera fácilmente. Ah —se acordó de pronto—, ya les pasamos esos datos y una copia de la grabación a tus abogados, los que se ocupan de la causa por violación del acuerdo de confidencialidad y por espionaje corporativo. Atacaremos a Cimmi desde los dos frentes. Lo vamos a masacrar —afirmó con una seguridad que me levantó el ánimo—. ¿Vos cómo estás? —se interesó.

¿Qué decirle? Estaba para la mierda, en una celda lúgubre, con paredes inmundas y una cama que apenas me contenía y en la que me daba asco acostarme. Me sentía sucio y, sin importar cuántas veces me lavara, tenía la impresión de que la mugre se me había pegado a la piel. La comida era aceptable, pero no tenía apetito. Me lo pasaba analizando mi vida y dándome con un caño. El arrepentimiento y la culpa eran mis grandes compañeros por esos días.

—Bien —dije en cambio—. ¿Cómo está Cósima?

—Sigue instalada en tu casa, como se lo pediste.

No se movería del lado de mis hijos, lo sabía. Pero una vez que yo saliese de allí, ¿seguiría adelante con el compromiso? ¿Se convertiría en mi esposa? Me aclaré la garganta para preguntar:

—¿Ella está bien?

—No, no está bien. Pone buena cara por tus hijos, pero está destrozada. No soporta pensar que estás aquí dentro pasando necesidades.

—Decile que me tratan muy bien.

—Se lo he dicho. Está desesperada por verte.

—Y yo por verla a ella —aseguré y baje la voz para agregar—: Contás con el dinero que haga falta para sobornar a toda la estructura judicial si es necesario, pero quiero salir de aquí cuanto antes.

Facchinetti bajó los párpados en un gesto de asentimiento. Tres días más tarde dos camaristas revirtieron la decisión del juez de instrucción declarando: “No se verifica la concurrencia de indicadores de riesgo con suficiente entidad para sostener que la restricción personal impuesta a Ignacio Julio Lanz Reuter es la única alternativa viable a los fines de garantizar el éxito de la investigación. Si bien la acusación refiere a un hecho grave de corrupción, en el caso del imputado no exhibe la asignación de un preponderante en el entramado objeto de la presente indagación”. Se fijó la caución en tres millones de pesos, que mi viejo pagó de inmediato.

El viernes 18 de diciembre, tras ocho días en prisión, un agente vino a mi celda y me entregó una bolsa para guardar las mudas, los efectos personales y los libros que Cósima me había enviado con su padre. Metí todo dentro y, tras recorrer unos pasillos laberínticos e infinitos que aumentaron mi ansiedad, aparecí en la recepción del edificio.

La vi a ella primero, a mi adorada Cósima. Estaba hermosa y me sonreía. No tenía idea de que iría a buscarme. Facchinetti no me lo había dicho y yo me la hacía trabajando en la fundación. A decir verdad, había temido no volver a verla. Una alegría inmensa e indescriptible me borró los malos pensamientos y ahogó la depresión. La vi avanzar a paso rápido hacia mí y me puse en movimiento. Aunque me sentía sucio e incómodo, la encerré entre mis brazos y la apreté antes de que nuestras bocas volvieran a unirse. La besé enloquecido, sin importarme que los agentes y su padre nos observaran.

—Amor, amor —repetía y seguía besándola, extasiado al comprobar que su sentimiento por mí era invulnerable, que mi mujer aún era mía.

—¿Cómo estás? —preguntaba ella mientras me sujetaba por las mandíbulas y me estudiaba; debía impresionarla que estuviese mis flaco y con la barba de tantos días, que era muy espesa.

Salimos fuera del edificio, por fin al aire libre. Alcé la vista al cielo.

Se trataba de un mediodía caluroso y húmedo, pero a mí me pareció perfecto. Facchinetti había enviado un mensaje a mis guardaespaldas, por lo que la camioneta nos aguardaba en el ingreso, donde estaba prohibido estacionar. En tanto cruzaba el parque delantero avisté a los periodistas que se agolpaban más allá de la reja, preparándose para el ataque. Alguno del juzgado o de la Federal los habría alertado. Insulté para mis adentros y me preparé para el mal trago. Leopoldo, Niño y unos agentes nos hacían corro entre las hienas. Yo sólo me preocupaba por Cósima, por escudarla con mi cuerpo y evitar que la rozasen.

Subimos rápidamente a la camioneta; quería alejarme de ese sitio a toda velocidad. Llegamos en pocos minutos a casa y tuvimos que coordinar con los guardias de la garita para que mantuvieran a raya a los paparazzis y a los periodistas mientras ingresábamos con el vehículo a paso de hombre para evitar lastimar a alguno. Sólo me faltaba eso.

—Amor, tus cuatro hijos están esperándote —me anunció Cósima—. Mirá lo que te prepararon.

Habían hecho un colorido pasacalle de papel y lo habían colgado en el pórtico. Bienvenido a casa, papá, rezaba. Me emocioné y se me estranguló la garganta en el intento por reprimir el llanto. Bajamos. Mis hijos salieron como torbellino por la puerta principal y corrieron hacia mí. Ema traía de la mano a Nachito, que lucía quejumbroso. Se soltó y fue directo a Cósima,

ignorándome por completo. Besé y abracé a mis hijas mujeres, dulces, comprensivas y compañeras, y me arrepentí de tantas cosas mientras las escuchaba decirme cuánto me habían extrañado y qué bien me quedaba la barba.

Nachito hundió la cara en el regazo de Cósima cuando le hablé y no quiso saber nada de saludarme. Pepe y Bernie no eran de la misma opinión y saltaban y ladraban en torno a mí.

—Aunque no lo creas —me habló Cósima mi oído—, es una reacción estupenda. Está expresando una emoción.

—¿Cuál?

—Enojo. —Esta enojado con vos porque te fuiste.

Me quedé observándolo, maravillado. Que acudiese a Cósima para refugiarse me bastó para ser feliz.

A continuación, saludé a mis viejos, que se habían mantenido aparte. Los dos lloriqueaban y se trató de una sensación extraña y bastante incómoda verlos tan afectados cuando mi imagen de ellos era la opuesta.

Facchinetti se quedó a almorzar. Me di cuenta de que durante esos días había profundizado su vínculo, no sólo con mi viejo sino con el resto de la familia. Le tenían confianza y lo apreciaban.

—Estamos celebrando tu libertad —anunció Cósima y alzó la copa—, pero también que tu hija mayor se recibió de licenciada en Psicología dos días atrás.

Lo había olvidado, lo confieso. Abandoné la cabecera y rodeé la mesa, hasta alcanzar el sitio que ocupaba Justa, que ya se ponía de pié, toda nerviosa y colorada. Y mientras me acercaba, la estudiaba, tan joven, pura y bonita, y me acordaba del día en que la había tenido en brazos por primera vez en la sala de partos, cuando era una recién nacida hinchada y fea y a mí me pareció la cosa más increíble del mundo. Pese a mi inmadurez, mi egocentrismo y mi estupidez, me había rendido ante la majestuosidad del milagro de la vida. Sólo que después perdí el rumbo y olvidé lo que era importante.

Cósima me observaba abrazar y felicitar a mi hija y sonreía con una expresión de orgullo, como si fuese la madre de Justa. Sin ella, reflexioné, nada de esa felicidad habría sido posible. Sin ella, que me había abierto los ojos, yo habría continuado ciego.

Montserrat terminó de comer y vino a sentarse en mis rodillas. Intentaba cautivarme con caricias y comentarios sutiles. Cósima me lanzó un vistazo intencional para que cortase el diálogo con Facchinetti y le prestara atención.

—Papi, mañana es la obra en la Fundación Indiana —anunció—. ¿Y sabes qué? Yo estoy colaborando con la puesta en escena, Ema me pidió que la ayudara y acepté porque ya terminé las clases y pasé de grado con las mejores notas, Luna y yo, las dos, tenemos las mejores notas. Y Brisa también. Después te muestro la libreta. La firmó el abuelo. El año que viene voy a ir a sexto grado, Y ya no vamos a tener una maestra ¡sino dos! Es muy difícil sexto grado. Così dice que yo soy muy inteligente y que no voy a tener problema en sexto. ¿Sabías que los grados más difíciles son primero y cuarto? Yo los pasé muy bien, ¿Te acordás de que los pasé muy bien? Così dice que podemos pasar Navidad y Año Nuevo en la quinta y que, a lo mejor...

No aguanté más; la ceñí entre mis brazos y la besé, mientras ella seguía refiriéndome sus planes vacacionales, por cierto muy limitados con la prohibición de salir del país que pesaba sobre mí.

Alcé la vista y me topé con la mirada de Nachito, que la apartó enseguida. Cósima me había dicho que yo era la persona más importante para mi hijo, la que él tenía como referente. Admito que no le había dado crédito en aquella ocasión, seguro de que me lo decía para levantarme la

moral. En esa instancia, tras manifestarme su enojo, de modo tan palmario y fijando subrepticamente la mirada en mí, mi hijo me demostraba qué medular era para él. Me habría gustado que supiese qué esenciales eran para mí él y sus hermanas, pero sobre todo él, el artífice del gran cambio de mi vida.

Por más que tomé un espresso me invadió una somnolencia incontrolable. Quería hablar con mi viejo acerca de la constructora y con Facchinetti del caso, pero el sueño me vencía y se me cerraban los ojos. Cósima se dio cuenta y me instó a descansar, lo que el resto apoyó. Marché con ella a mi dormitorio. Nachito, Pepe y Bernie caminaban por detrás como sombras silenciosas. Entraron después de nosotros y, mientras Cósima me abría la cama y yo me quitaba el pantalón, se mantenían como estoicas figuras.

Me acosté en la familiaridad de mi colchón, con las sábanas limpias, mi almohada de pluma de ganso, la frescura del aire acondicionado y la fragancia de la esencia que se quemaba en un hornillo, y suspiré de placer. Nunca volvería a dar por sentada la abundancia que me rodeaba.

—¿Quieres dormir con papá? —escuché que Cósima le preguntaba a mi hijo y me estremecí de anticipación.

—Sí —contestó con su voz dulce, tan dulce—. Vos también —exigió.

—No, amor, yo no puedo —replicó Cósima—. Tengo que volver con los invitados.

Temí que se negara a acostarse junto a mí por el hecho de que ella no lo haría. Se movían a mis espaldas sin intercambio de palabras, pero ya había adivinado que Cósima estaba quitándole las zapatillas y las bermudas. Lo ayudó a subirse a la cama y lo cubrió con la sábana. Nachito se ubicó en posición fetal, las manitas bajo el mentón, como acostumbraba. No podía apartar los ojos de él. Sentí que Pepe y Bernie se acomodaban a los pies y que Cósima se movía sutilmente mientras guardaba la ropa. Era un momento perfecto.

—Qué lindo que quieras dormir conmigo —susurré.

—Cósima no —se lamentó mi hijo.

Estiré el brazo y le acaricié el moflete.

—A hora no. Otro día nos acostamos los tres juntos a dormir. Dulces sueños, mis amores —nos deseó Cósima antes de correr el blackout y cerrar la puerta.

—Te amo, Nachito —dije en la oscuridad.

Capítulo XXI

LAS HERIDAS DE LOS SETENTA

Cósima

Ese fin de semana, después de la prisión, quise que Lanz se olvidase de todo y que no hablara con nadie del juicio. La primera noche, con él todavía alojado dentro de mí, lo sorprendí anunciándole que quería que nos casásemos cuanto antes. El tema de la fecha y de los preparativos se convirtió en el centro de su interés y nos abstraigo de lo demás. Estaba eufórico con mi decisión, lo que me llevó a deducir que tal vez había creído que lo dejaría. Se lo contaba a quien estuviese dispuesto a escucharlo, y ese mismo sábado, mientras desayunábamos, la llamó a la pobre Romina para encargarle que el lunes a primera hora se ocupase de pedir un turno en el Registro Civil.

La obra de teatro de la fundación fue un éxito en más de un sentido. En el teatral, yo misma me asombré de lo que habían logrado con los chicos; ni qué decir los padres, que aplaudían de pie emocionados. También lo fue desde el punto de vista político y económico. Invitamos a los patrocinadores, incluso a aquellos que habían suprimido las remesas, y también a los medios periodísticos más importantes, que enseguida confirmaron su presencia, al avizorar la posibilidad de vernos juntos a Lanz y a mí.

Lo acorralaron al final del espectáculo, mientras servíamos un bufé. Por primera vez desde que había comenzado ese circo, Lanz se dignó a hablarles. Sólo refirió dos cosas: “Tengo absoluta confianza en la Justicia de mi país” y “estoy tranquilo porque soy inocente”. Cuando le preguntaron por mí y por nuestra relación, les dirigió su cautivante sonrisa, se excusó y se alejó. El que sí se dirigió abiertamente a la prensa fue mi padre, que aprovechó para declarar que se trataba de una campaña de difamación iniciada por el ex empleado Arturo Cimmi, que había traicionado la confianza de la familia Lanz Reuter.

—Lo que demostraremos —añadió—, y estoy seguro que el juez verá la razón de nuestro testimonio, es que Cimmi está empleando a la justicia argentina como mecanismo para desplegar una venganza personal.

—¿Es cierto que mantenía una relación sentimental con la esposa de Ignacio?

—Todo se sabrá a su debido tiempo.

—¿Ignacio corre riesgo de volver a prisión?

—Mi cliente no pondrá de nuevo pie en la cárcel, simplemente porque es inocente de culpa y cargo —manifestó, y con eso dio por terminada la entrevista.

Nosotros —Lucho, Carlitos y yo— dimos una conferencia de prensa y respondimos las preguntas relacionadas con nuestro trabajo y con la fundación. Las personales —sólo me las dirigían a mí, obviamente—, las descarté con: “No hablaré de mi vida privada”, tal como me había indicado mi padre.

Les entregamos una gacetilla muy completa y un DVD con un video de la fundación. Incluir a la prensa se había tratado de una estrategia riesgosa. A mí no me hacía ninguna gracia permitir a las hienas el acceso a nuestro santuario, pero, según el doctor Facchinetti, si no hacíamos algo con gran efecto y aprovechando mi malhadada popularidad, la onda expansiva por lo del juicio terminaría perjudicándonos, tal vez de modo letal.

Por fortuna, la sugerencia de mi padre terminó demostrándose sensata y durante algunos días los diarios y los noticieros, aunque también los programas de chimentos, hablaron de la “extraordinaria”, “estupenda” y “enorgullecedora” labor de la licenciada Facchinetti y de su equipo. Recalcaban con un sentido de acendrado nacionalismo que éramos la única institución en América del Sur que contaba con un programa integral para el tratamiento del autismo con óptimos resultados.

Habíamos solicitado y obtenido el permiso de los padres para incluir en el DVD entregado a la prensa las partes más notables de la obra montada por Ema y mis colaboradoras y, sinceramente yo misma me quedé admirada al verlas en un noticiero. Podía imaginar el impacto que las escenas tenían en los progenitores de niños con la misma condición. Me sentí muy orgullosa de mi equipo y sobre todo de mis pacientes.

La consecuencia fue que la semana siguiente las líneas de la centralita colapsaron debido a los llamados de padres y patrocinadores interesados. Al final de la semana hicimos un cálculo rápido y llegamos a la conclusión de que en esos días había entrado más dinero que en todo el mes anterior. Tres de los cinco patrocinadores que nos habían dado la espalda tras el escándalo de Lanz Reuter Construcciones volvieron a ofrecernos su apoyo. Los recibimos con los brazos abiertos.

El juicio seguía su burocrático proceso y siempre estaba ahí, como la espada de Damocles. Lanz iba a la constructora a diario para enfrentarse con una situación compleja porque, debido a los embargos, tenían mucha maquinaria incautada que les impedía avanzar con las obras, sin mencionar las cuentas bancarias congeladas, que les imposibilitaba cumplir con los pagos. Mi padre presentó un recurso de amparo solicitando la liberación del embargo y justificó el pedido en el impacto negativo sobre la economía de los cientos de obreros y empleados de la constructora.

El otro desafío eran los inspectores de la AFIP, que habían invadido las oficinas de la Torre Lanz Reuter y se empeñaban en una revisión de las cuentas y de los registros contables. “Trabajo todo el día para los requerimientos de la puta AFIP”, repetía Lanz. Habría preferido que no supiese, pero como no quería ocultarle nada, le conté que, casualidad o no, a nosotros también nos estaban haciendo una inspección. Se enfureció e insultó a medio mundo. Lo obligué a recostarse y le di un masaje. Tenía los músculos tensos, tanto que me dolían las manos debido al esfuerzo por aflojarlos.

—Huergo —me refería al contador— está dedicándose a cumplir con lo que nos pide la AFIP. Estamos muy tranquilos. No van a encontrar nada para incriminarnos simplemente porque no lo hay —dije y lo besé entre los omóplatos.

Se giró súbitamente y quedé a horcajadas sobre su vientre. Me aferré por la cintura y me contempló con una intensidad seria pero no preocupada.

—Romina me dijo que te mandó las posibles fechas para el civil. ¿Las viste?

—Sí, las vi. —Me recosté sobre su pecho y le besé el mentón—. Me gustó la del viernes 15 de enero. ¿Qué opinás?

—¿Antes no se puede? —me presionó—. Vi que el martes 5 estaba libre.

—Mis vacaciones empiezan el 1º de enero. Si elegimos la del 5 no tendré tiempo para nada. Necesito esas dos semanas para organizar el festejo.

—Romina ya sabe que tiene que pagar el servicio para que el juez venga a casa —me recordó—. No pienso pasearme por esas oficinas de mierda del Registro Civil con las hienas por detrás.

—Me parece perfecto. ¿Entonces, el 15 de enero?

Asintió a su pesar mientras que, con movimientos exigentes y mala cara como si yo le debiese algo y estuviese enojado conmigo, empezó a quitarme el camisón. Se detuvo al timbre del celular. Eran las once de la noche. Me puse nerviosa. Una llamada a esa hora sólo implicaba problemas. Le pasé el teléfono y Lanz se quedó estudiando la pantalla.

—Número desconocido —comentó con un ceño—. No voy a atender.

Sin embarco, cuando la llamada se repitió por tercera vez lo hizo, atendió. Era Arturo Cimmi.

Ignacio

A la tercera llamada me decidí a atender. Intuí que podía ser Cimmi y no me equivoque. Me intrigaba lo que tuviese para decirme.

—¿Qué mierda querés? —exigí saber mientras me incorporaba.

Cósima intentó apartarse, pero la retuve y la pegué a mí para que escuchara la conversación.

—¿Que tal la estaba en la cárcel?

—Corta.

—Disfruta del tiempo que compraste con la fianza porque se te va a acabar pronto.

—Muy bien. ¿Algo más?

—Se te está complicando con la bomba que te tire, ¿no? Sé que la constructora está patas arriba. Todo congelado por el embargo, las obras paradas, las licitaciones auditadas...

—¿Qué mierda querés? —comencé a impacientarme.

—Este quilombo podría acabar rápidamente si yo decidiese confesarle al fiscal que las pruebas que presenté son falsas.

—Irías preso. El falso testimonio es un delito —le recordé con calma.

Lo oí reírse con suficiencia y deseé tenerlo a mano para darle tantas trompadas como bastasen para dejarlo sin dientes.

—No iría preso, eso es seguro. La condena sería en suspenso. Ya me asesoré sobre el tema. En cambio habría obtenido algo por las molestias ocasionadas.

—¿Qué? —pregunté, aunque sabía de lo que hablaba.

—Plata, Nacho. Lo que a vos te sobra y que a mí me falta. Diez millones de dólares y te libero del quilombo.

—Cimmi, ¿no entendés cuando te hablo? De mí no vas a obtener un centavo.

—Entonces —se encolerizó— vas a pasar una larga temporada en la cárcel.

—Ya veremos —lo desafié y corté.

Sin aguardar llame a Facchinetti, que por fortuna se dormía tarde, le referí la conversación telefónica. Me dijo que iríamos a presentar la denuncia por extorsión a la fiscalía a primera hora.

—¿Y si le pagases? —volvió a sugerir Cósima—. Sé que es muchísimo dinero, pero, con tal

de que te deje en paz, podríamos ajustarnos y cuidarnos con los gastos...

Lancé una risotada, le acuné el rostro y le devoré la boca rechoncha. Por momentos me daba una ternura que me desarmaba y en otros —los más— tenía ganas de ponérsela donde fuese.

—Amor —le expliqué—, diez millones de dólares no harían mella en nuestra economía.

—¿No? —se asombró y alzó las cejas de manera entrañable por lo sincera.

—Esto ya es una cuestión personal. No voy a rebajarme a los chantajes de ese gusano. Me niego.

No quiero que te haga daño. No quiero que me separe de vos.

—Nada va a volver a separarnos, Cósima. Quiero que te quedes tranquila en este sentido. Cimmi está cometiendo muchos errores y lo va a pagar caro. —Me quedé mirándola, meditando cómo decirle lo que tenía en mi corazón—. Yo también cometí errores, muchos errores, y me avergüenzo profundamente. Pero lo que más me duele es que con mis errores estoy afectándote a vos, no sólo por lo de la inspección de la AFIP en la fundación, sino a nivel personal. Vos has sido y sos una mujer honesta y trabajadora. En cambio, el apellido de tu marido se va a asociar siempre con un caso de corrupción.

—Podrías pedirle al juez permiso para usar el apellido de tu mujer, Facchinetti —bromeó—. Pero ojo, amor mío, porque mi papá, cuando yo tenía doce años, hizo vaciamiento de empresa y nos abandonó a nuestra suerte sin un centavo. —Me encerró la cara con las manos y me besó—. Ya ves, mi apellido también tiene sus manchas. No me avergüenzo de vos, Ignacio. Jamás me voy a avergonzar del hombre al que amo. Todos cometemos errores. Vos tenes la grandeza de admitirlo y el deseo de cambiar.

Quiero que algún día estés orgullosa de mí —esbocé con humildad.

—Ya lo estoy. Siempre lo voy a estar.

Al otro día, tras comparecer en la fiscalía y denunciar la llamada de mi antiguo empleado, nos fuimos con Facchinetti a la constructora, donde nos esperaban mi viejo y su abogado, Duilio Grecco, un amigo de la familia. Tratábamos los casos de modo conjunto para presentar un frente común.

—Nacho dice que Cimmi lo llamó desde un número desconocido —comentó mi viejo a Facchinetti—. ¿Es posible rastrear la llamada y verificar que era él?

De seguro habló desde un teléfono público o usó el celular de otra persona. Pero ahora hay sistemas con tecnología de avanzada capaces de rastrear llamadas que intentan ocultarse. Por lo pronto, con nuestra denuncia, el fiscal convocará a Cimmi para interrogarlo. Para nuestra estrategia, la de desacreditar al testigo, esto nos viene muy bien.

Reí por lo bajo y negué con la cabeza.

—Lo dudo, Victorio. Cimmi esta decidido a sacarme guita o a destruirme y no se va a dejar intimidar por el interrogatorio del fiscal.

Pero está cometiendo errores. La llamada de anoche es uno de ellos.

Otro es haberte denunciado sabiendo que contás con una filmación en la que está drogándose y teniendo relaciones sexuales con tu esposa. Por último —siguió enumerando mi abogado— presentó ese video en el que supuestamente estás negociando un soborno con un funcionario del partido que acaba de ganar las elecciones.

¿Quién iba a imaginarse que el oficialismo sería desbancado? —preguntó de manera retórica Duilio Grecco—. Era impensable para la mayoría.

Cimmi presentó esa prueba antes del ballottage —señalé—, confiado de que el oficialismo seguiría en el poder. Ahora se echó en contra al partido opositor, que por un milagro se acaba de

convertir en el gobierno nacional. Sé que Oscar Militello —se refería al funcionario con el que había tratado la coima— iba a jurar como ministro y decidieron dejarlo fuera por culpa de la denuncia de Cimmi.

Estaba muy seguro de una cosa: no daría nombres de políticos. Me había codeado durante años con esa gente para saber que te hacían pagar cara la deslealtad. Si mantenía la boca cerrada tenía posibilidades de salir airoso del lío. Si me decidía a colaborar con la Justicia repartiendo mierda a diestra y siniestra y manchando a medio país, terminaría mal. Cimmi, claramente, no comprendía cómo funcionaba el circo. Para muchos se había convertido en un mono con navaja.

—Hemos contratado a un perito de parte —le explicaba Facchinetti a mi viejo—, un ingeniero de sonido, que determinará si es posible, dada la baja calidad de la registración, poner en tela de juicio que esa voz sea la de Ignacio.

—¿El video no tiene imágenes? —se sorprendió mi viejo.

Cimmi lo grabó con el celular y lo colocó de tal forma, contra la luz del sol, que apenas permite distinguir los contornos de las figuras.

¿Es posible que Cimmi esté siendo respaldado por alguien poderoso? —preguntó Duilio y, como nos quedamos mirándolo, aclaró: No parece el tipo de movida que haría uno como Cimmi. Me resulta demasiado arriesgada para un carácter como el suyo —opinó con autoridad pues conocía a Arturo desde hacía años—. ¿Fernando Riera, tal vez?

Daniela Dieter, la sobrina de Riera —intervine— asegura que Cimmi y su tío ya no están en tratos. Sí, es cierto, Riera lo usaba para robarnos información, pero el mensaje que le mandé le llegó fuerte y claro. —Grecco y mi viejo intercambiaron una mirada elocuente—. ¿Que pasa? —me inquieté.

—Creo que tendrías que ponerlos al tanto de la historia, Ignacio —manifestó Grecco.

—¿Qué historia, papá?

Mi viejo suspiró y se acomodó en el sofá antes de hablar.

Riera y Klaus Dieter, el padre de tu amiga Daniela, se conocieron aquí, en la constructora.

—¿Riera y el padre de Daniela fueron nuestros empleados? —pregunté, incrédulo.

—Sí, los dos. Tu abuelo era muy amigo del padre de Klaus, ya sabes, los dos emigrados de Alemania y todo ese romance. Le dio trabajo a Klaus en la constructora porque el padre se lo pidió, pero desde el comienzo fue un dolor de cabeza. Muy rebelde, con ideas de izquierda, muy resentido con el sistema capitalista... Bueno, un poco a la usanza de aquellos tiempos. Me refiero a los setenta.

—¿Y el vínculo entre Riera y Dieter? —insistí.

—Como te comenté, se conocieron trabajando en el sector administrativo y enseguida se forjó una gran amistad. Dieter se casó con la hermana de Riera. —Hizo un silencio en el que se le perdió la mirada—. ¡Que tiempos convulsionados y difíciles fueron aquellos! —se lamentó.

—Los tiempos siempre han sido convulsionados y difíciles —apuntó mi futuro suegro—. Y siempre lo serán —remató y los tres asentimos.

—Cuestión que Dieter estaba volviéndose muy díscolo —continuó mi viejo—. Soliviantaba a los empleados y acusaba a tu abuelo de nazi, justamente a tu pobre abuelo, que se había venido a la Argentina antes de que comenzase la locura del nazismo y que era judío por parte de madre.

Me quedé helado; no sabía que mi bisabuela fuese judía. Me importaba un pepino, sólo que me sorprendía que jamás me lo hubieran comentado.

—¿Qué sucedió después? —lo presioné.

—Sucedió lo que sucedía en aquella época. Un comando cayó a las oficinas de la constructora,

las que teníamos en Paseo Colón, y se lo llevó delante de todos. Todavía me acuerdo del día exacto: 30 de junio de 1976. —No necesité que me explicase por qué recordaba la fecha con tanta precisión; ese día Nora cumplió seis años—. En los cajones de su escritorio había panfletos con leyendas que se consideraban subversivas y varias armas de fuego. No podíamos creer lo que había escondido bajo nuestras narices.

—¿Qué pasó con Dieter?

—Nunca más supimos de él. Como tantos otros, desapareció en la nada. Riera empezó a decir que lo habíamos entregado a los militares para sacárnoslo de encima sin tener que pagarle indemnización, pese a que tu abuelo le dio una suculenta suma a la viuda, la hermana de Riera, porque tenía dos nenes muy chicos; de hecho la nena tenía apenas meses de nacida. Estoy seguro de que el dinero que le dio tu abuelo y que Riera decía que era para lavar la conciencia, fue el capital con el que fundó su constructora.

Solté un silbido y bajé la vista, conmocionado.

—¿Y el amigo del abuelo, el padre de Klaus, también creía que ustedes lo habían entregado?

—No, claro que no. Conocía bien a tu abuelo.

—Entonces, ¿quién fue?

Mi viejo hizo un gesto que manifestaba su ignorancia.

—Imposible saber. Como dije antes, eran tiempos difíciles, con traidores y espías por doquier. Tu abuelo y yo sospechábamos de una empleada de Recursos Humanos, la amante de un comisario de la Federal, pero no me atrevo a asegurar que haya sido ella.

—Y yo que estaba seguro de que Riera me odiaba porque me creía la perversa influencia que había arruinado a su adorada sobrina.

—No dudes de que te odia también por eso —aseguró mi viejo—. Parece cosa del demonio, pero nuestras familias han estado siempre enfrentadas y por distintas razones.

—¿Por qué no me lo contaste antes, viejo? ¿Cómo te guardaste algo así? —Se encogió de hombros y torció la boca—. Y aquella vez que nos citó en el Jockey para proponernos un negocio, ¿cómo podías soportar estar con alguien que había difamado al abuelo?

—He tenido que soportarlo todos estos años —me recordó—, desde que se asoció a la Cámara de la Construcción. Aquel día, el de la cita en el Jockey, quería ver qué tenía para decir. Me intrigaba saber qué nos propondría. No habría hecho negocios con él bajo ningún concepto, en especial porque no me fío de su índole. Siempre habría estado mirando sobre el hombro esperando el mazazo a traición.

—¿Daniela conoce esta historia? ¿Sabe que a su padre se lo llevaron de las oficinas de la constructora?

—Estoy seguro de que sí —contestó mi viejo.

A la luz de este relato —intervino Grecco—, pensar en Riera como el titiritero y en Gimmi como el títere, es bastante plausible, ¿no?

—¿Que es lo que busca Riera? —terció Facchinetti—. ¿Destruirlos y apoderarse de Lanz Reuter Construcciones?

—No —desestimó mi viejo—. Es una porción muy baja de acciones la que tenemos en el mercado —señaló—, nada que pueda posicionarlo, ni siquiera remotamente, en un lugar de poder.

Pero si consiguiese poner a la empresa en jaque —conjeturó Grecco— podría comprarla por dos pesos. Nada le gustaría más, estoy seguro —remató.

De todas maneras —tomó la palabra Facchinetti—, sea que estén complotados o no, tenemos

grandes probabilidades de desarmar la bomba que nos plantaron. El juicio que le iniciaron a Cimmi por espionaje corporativo también juega a nuestro favor, y eso va viento en popa. Un testigo que avalase la presencia constante en los últimos tiempos de Cimmi en la constructora de Riera sería el golpe de gracia para desacreditarlo.

Enseguida pensé en Daniela Dieter e hice una nota mental para llamarla más tarde.

—¿Y qué hay del listado de números telefónicos que ibas a solicitarle al juez? —quise saber—. Me refiero al que podría establecer la conexión entre los llamados que hizo Cimmi revelando información de la constructora y Riera.

—El juez todavía no cursó mi pedido —repuso Facchinetti—. Creo que lo dejará para después de la feria.

—¿Qué pasa con la cuestión impositiva? —se preocupó mi viejo—. Cimmi les entregó los extractos de las cuentas de Nacho.

—No creo que eso prospere —lo interrumpió mi futuro suegro—. Desde ahora les vaticino las respuestas que obtendrán de ambas entidades bancarias: “No tenemos obligación de suministrar datos al gobierno argentino porque no existe ningún acuerdo de intercambio de información”. Apelarán a las cortes internacionales pero la cosa languidecerá y quedará en la nada.

—Pero tienen las fotocopias de los extractos bancarios —alegué—. Esas cuentas ya no existen, pero existían.

—Son fotocopias —desestimó Facchinetti—. Las impugnaré como haremos con el video.

—¿Y qué hay del origen de esos fondos? —se preocupó Grecco—. ¿Podrían resultar como faltantes en la inspección de la AFIP?

—Son ganancias que obtuvimos en emprendimientos realizados en Brasil y en Uruguay —expliqué—, donde pagamos religiosamente al fisco. Constituimos sociedades locales para evitar el quilombo de la doble imposición y el de las transferencias internacionales, que en la Argentina son una pesadilla.

Los abogados y mi viejo siguieron analizando las aristas del caso, buscando las fisuras por donde Cimmi intentaría clavar la espada y analizando cómo nos escudaríamos para protegernos. Tenía algo muy en claro: haría lo que fuese necesario para no volver ni medio día a prisión. Le había hecho una promesa a Cósima, que jamás me separaría de ella, y la cumpliría.

La llamé a eso de la una, cuando se tomaba un momento para almorzar. Le noté la voz cansada. Me la imaginé con esa palidez que a veces impresionaba.

—¿Te sentís bien, amor?

—Estoy agotada —me confió—. Ansío que lleguen enero y las vacaciones.

—Faltan pocos días —la animé—. ¿Mañana 24 trabajas?

—No, mañana no. Les dimos asueto a los empleados. Volveremos recién el lunes.

—Amor —dije—, te llamaba por un tema delicado. Necesito volver a reunirme con Daniela Dieter. Surgió algo importante, algo que no quiero hablar por teléfono. Te lo contaré esta noche. Pero si puedo convencerla de que nos juntemos, me gustaría verla hoy mismo.

—No creo que tengas problema para convencerla, Ignacio —comentó seria, pero no enojada—. Ya sabes lo que pienso de ella y de sus sentimientos hacia vos.

—Y vos —repliqué— ya sabés cuál es mi sentimiento hacia vos.

—¿Cuál? —me instó, juguetona—. Decímelo.

—Un amor infinito.

Daniela aceptó enseguida cuando la cité de nuevo en Rond Point. Fui al grano sin perder tiempo.

—¿Vos estás al tanto de lo que asegura Riera acerca de tu padre y de su desaparición?

—¿Que fue tu abuelo el que lo entregó a los milicos? —me interrogó con una compostura y una frialdad sorprendentes. Asentí—. Lo sé desde que tengo memoria —admitió.

—¿Porqué nunca lo mencionaste?

—Porque no me importaba lo que tu abuelo hubiese hecho. Yo estaba enamorada de vos. Cada uno vive la vida como quiere y puede. Mi viejo se jugó por la causa y lo pagó caro. Eran épocas de traiciones y deslealtades. Estoy segura de que lo sabía y se jugó igualmente.

—¿Pensas que mi abuelo lo entregó?

—Tío Fernando lo jura sobre la Biblia. Mamá, en cambio, dice lo contrario.

—¿Cómo es eso?

—Mamá le tiene miedo a mi tío. Siempre fue muy sumisa y obediente. Jamás lo contradiría, así que cuando tío Fernando despotrica contra tu familia, ella no abre la boca. A mi hermano y a mí, en soledad, nos refiere otra historia. Lo quiso mucho a tu abuelo. Dice que, cuando se lo llevaron a papá, fue el único que se preocupó por los nietos de su amigo, o sea por mi hermano y por mí. La ayudó económicamente y fue un buen amigo. Tu abuela también.

—¿Sigue Cimmi en tratos con tu tío? —disparé sin darle tiempo a meditar.

—No que yo sepa —aseguró con un ceño que revelaba una genuina desorientación—. La otra vez te dije que ya no trabajaba en la empresa y que...

—Lo sé, pero tengo la sospecha de que es tu tío el que lo avala para que lleve adelante lo del juicio.

—Como imaginarás, no soy la niñera de tío Fernando, así que si se viesen en otro ámbito yo no lo sabría. ¿Por qué pensás que mi tío está detrás de la denuncia de Cimmi?

—Porque Cimmi es un pusilánime sin los huevos para llevar adelante una jugada tan riesgosa.

—El otro día tu abogado le dijo a la prensa que Cimmi usaba a la Justicia para vengarse de vos. Tal vez —conjeturó— le crecieron un par de testículos como consecuencia de una gran pérdida. La de Vivian —acotó tras un silencio.

—Los dos, tu tío y él, tienen motivos para vengarse de mí y de mi familia —razoné—. No sería extraño que hubiesen unido tuerzas.

Daniela suspiró y dejó caer los hombros.

—Estoy tan harta de la mierda que me rodea —expresó.

Me tomó por sorpresa la declaración. Era como si otra persona completamente distinta hubiese tomado su lugar. Por primera vez se despojaba de la máscara de femme fatale y me permitía abismarme en su vulnerabilidad.

—¿De qué exactamente? —la animé a hablar.

—De trabajar para mi tío. De él —añadió—, sobre todo estoy harta de él. Es un déspota que sólo sabe pedir y pedir y jamás dar. Y no me refiero al dinero. Con eso es bastante generoso. Me refiero a que jamás supo darnos amor. Vivió y vive enfurecido con la vida.

—¿Por qué? ¿Qué tan terrible le sucedió que lo hizo enfurecer?

—La desaparición de papá —afirmó y alzó las pestañas para clavarme una mirada elocuente—. Apostaría mi cabeza a que estaba enamorado de él. Enamorado no —se corrigió—. Lo amaba locamente, como jamás ha vuelto a amar. Perder a mi papá fue lo peor que pudo su cederle. Aunque la quiere a mamá, también la odia por haber conquistado el amor de papá. Es todo tan retorcido en nuestra familia —se lamentó—. Leo —hablaba de su hermano mayor— y yo fuimos las víctimas de esa tragedia griega.

—Lo siento, Dani. No tenía idea. En las últimas horas acabo de enterarme de cosas que me

hacen ver la realidad de un modo completamente distinto.

Nos quedamos en silencio, mirándonos. Me inspiró una pena profunda, con su expresión tan hermosa y tan triste.

—Si detestás trabajar para tu tío, ¿por que no te vas y haces algo que te guste?

—¿Qué podría hacer? No sirvo para nada.

—Seguro debe haber algo que te guste hacer —la estimulé.

—Sí, hay algo —admitió—. Me gusta pintar. Empecé sin ninguna expectativa en la clínica donde me desintoxiqué la última vez... Más bien comencé con la idea de cumplir para que me dejaran salir lo antes posible. En lugar de eso, me enamoré de la pintura.

—Entonces, dedícate a pintar —la animé.

—¿Y a quien le vendería mis cuadros?

—¿Por qué todo tiene que ser comprar y vender, ganar gaita, especular, cagar a la competencia? ¿Por qué no puedes pintar para vos y quizá donar tus cuadros? Acabás de decirme que la plata no te falta. Podrías hacer cursos de perfeccionamiento —sugerí.

—Lo haces sonar tan fácil. Ya tengo casi cuarenta años. Sería como empezar de nuevo.

—¿Hay alguna ley que diga que no se puede empezar a los cuarenta? ¿Por qué seremos tan idiotas los seres humanos de prohibirnos hacer lo que nos hace felices para complacer reglas que no están escritas en ningún lado? Y lo digo por experiencia propia —admití, mientras me amargaba pensando en mi amor por Cósima y el tiempo perdido.

Al día siguiente, cuando Daniela me llamó para desearme feliz Navidad, me hizo un regalo.

Decile a tu abogado que me use como testigo en las dos causas, la que vos le iniciaste a Cimmi por espionaje y en la que él te denunció. En las dos tengo cosas para decir que te van a ayudar.

Corté con Daniela y fui a buscar a Cósima que estaba con Elba preparando las fuentes para servir durante el festejo de la Nochebuena. La arrastré fuera para contarle.

Está tan enamorada de vos —expresó con acento vencido,

—Y yo de vos —retruqué y le di un beso que la dejó con los ojos cerrados—. Amor —intenté tranquilizarla—, no podemos rechazar su ayuda. Podría ser clave para respaldar la estrategia de tu viejo, la de desprestigiar a Cimmi. Daniela lo vio trabajando para su tío y el mismo Cimmi le dijo que me destruiría. Su testimonio vale oro. Ha sido un golpe de suerte que se decidiera a hacerlo. Después de todo va a dejar muy mal parado a su tío.

—¿Estás seguro de que no miente? —desconfió—. El fiscal lo descubriría y se nos volvería en contra.

La amaba porque siempre se refería al juicio como si ella también fuese una imputada. Hacía suyas mi desgracia y mi vergüenza.

—No creo que mienta, pero eso se lo voy a dejar a tu viejo. Antes de que Daniela vaya a declarar, le hará dos o tres preguntas. Con eso Victorio sabrá si contamos con una base sólida o si es puro humo, ¿Eladia y él pasan la Nochebuena con nosotros?

—No. Esta noche viene mamá —dijo a modo de explicación.

—Entonces —decidí, ansioso—, lo llamo ahora mismo y se lo comento.

Capítulo XXII

TIEMPOS RAROS

Cósima

Eran tiempos de tensión y a la vez de alegría. Eran tiempos raros. Me sentía feliz ocupándome de organizar las fiestas en la casa de Lanz y también extraña, porque en tantos sentidos aún no era mi hogar. Todavía tenía la mayor parte de las cosas en mi departamento, sin mencionar que la habitación principal, la que Lanz había compartido con Vivian, seguía cerrada y nadie entraba siquiera para limpiarla. Las fotografías de su ex invadían cada rincón y a mí me parecía que, donde voltease, me encontraba con sus ojos verdes. Nadie se daba cuenta de mi incomodidad, ni siquiera Lanz, que estaba concentrado en mantener a flote la constructora y en la causa judicial, por lo que los portarretratos seguían ahí. Se trataba de un tema delicado, sobre todo en relación con Montserrat, que todavía lloraba la muerte de la madre.

Poco a poco me ganaba la confianza del servicio doméstico. Empezaban a consultarme y a obedecerme. Creo que Sara, que me conocía más, les hablaba bien de mí, y eso me ayudaba a ocupar el sitio que en pocos días me correspondería por derecho. La situación resultaba incómoda para todos. Las cosas se habían precipitado y ahí estábamos tratando de amoldarnos a unas circunstancias impuestas trágicamente. No debía sorprenderme; mi vida siempre se había desenvuelto de esa manera.

Tuve algunos chisporroteos con Elba, la cocinera y jefa del servicio doméstico, porque en mi opinión se gastaba demasiado en supermercado y en otros ítems, como jardinería. Me sorprendió enterarme de que no era Vivian la que hacía las compras sino una empleada, la que estuviese libre, a la que Hugo llevaba en la camioneta hasta el Carrefour de Paseo Alcorta. El derroche de comida y de dinero era escandaloso y a mí, que las cuestiones económicas me causan malhumor, las necesidades me ponen peor, por lo que le pedí a Huergo que me diseñase una planilla de Excel —lo manejaba decentemente porque lo empleábamos en el relevo de datos y tiempos con los pacientes— para administrar los gastos domésticos. El contador me enseñó las funciones básicas y en un par de horas me sentí segura para implementarla. A Elba no le hizo ni pizca de gracia cuando le anuncié que planearíamos las comidas semanalmente y que armaríamos la lista en función de lo que se necesitara.

—Esta no es una casa como cualquier otra, Cósima —se encaprichó—. ¿Y si el señor Ignacio me pide caviar, como suele suceder? Yo tengo que tener siempre. ¿Y si me pide el queso brie President? También tengo que tener, y sólo puede ser Président porque de otra marca no le gusta. Le encantan las aceitunas de Kalamata y no pueden faltar. ¿Y si quiere jamón de jabugo? ¡Es fanático del jabugo! Y ni qué hablar de su coñac favorito, que Hugo tiene que ir a comprar a un sitio especial... —Prosiguió enumerando las debilidades gastronómicas de mi futuro esposo y evidenciando qué poco lo conocía.

Era una buena mujer, muy encariñada con la familia, por lo que terminamos acordando un sistema por el cual la despensa estaría siempre bien provista, con todos los gustos de Lanz y de los chicos, y al mismo tiempo se haría un uso racional de la asignación para los gastos, que Elizabeth había descargado en mí tras el encarcelamiento de Lanz y que era más que el sueldo que yo percibía en la fundación.

De esta nueva administración resultó que despedí al jardinero porque era obvio que estaba complotado con el propietario del vivero, que duplicaba los precios de todo, desde los malvones hasta los fertilizantes y las herramientas, sin mencionar que, de acuerdo con los remitos, tendría que haber habido dos carretillas y había una; tres rastrillos y había uno; cuatro podadoras y no halle ninguna; y así con casi todo. Robaban a manos llenas. Bastaron un par de horas de análisis con mi madre y mi madrina, expertas jardineras, para que me convencieran de que los números no cuadraban.

Lo confronté sin avisarle a Lanz —no quería sumarle un nuevo problema—, pero le pedí a Leopoldo que se mantuviese cerca. El jardinero, de unos cuarenta y pico, tenía una mirada y una actitud que me ponían los pelos de punta, tanto como para desearlo lo más lejos posible de Montserrat. Lo había pillado observándola en dos ocasiones y se me habían activado las alarmas.

Primero se hizo el desentendido, después el ofendido, pero la evidencia era tan aplastante que cambió de actitud e intentó justificarse y explicar. Le ordené que recogiera sus cosas y saliera de la casa cuanto antes. Lo conminé a enviar el telegrama con la renuncia en veinticuatro horas. Pasado ese tiempo, le avisé, iría a la fiscalía con las pruebas acumuladas y los denunciaría por robo, sobreprecio y corrupción a él y al dueño del vivero. El telegrama llegó a la mañana del día siguiente. Se ve que había mar de fondo con ese tipejo porque, cuando se enteraron de que lo había despedido, las empleadas comenzaron a sonreírme y a mirarme con más respeto, salvo una, Ofelia, porque, según Sara, estaba enamorada de él.

—Vitelli —Elba hablaba del jardinero— era un mano larga, no sólo porque robaba sino porque siempre que podía toqueteaba a las chicas. Bueno, a Ofelia no le molestaba —acotó y torció la boca en un gesto irónico.

—¿Por que no se lo dijiste al señor Ignacio?

—Se lo dijimos a la señora Vivian —replicó y se encogió de hombros al tiempo que ponía cara de resignación.

Leopoldo, que era incondicional de su patrón, le contó a Lanz lo del episodio con Vitelli, por lo que mi futuro esposo, faltando dos días para el Año Nuevo, se enojó conmigo.

—¡Estas loca de enfrentar sola a un tipo como ese!

—Leopoldo estaba atento, amor —intente* calmarlo.

—Nunca más, ¿me oís? Nunca más hagas algo así sola. Si sabías que era un ladrón y un hijo de puta, ¿por qué no pensaste que podía golpearte o algo peor mientras lo amenazabas con ir a la policía? —Se llevó las manos a la cabeza y me dio la espalda—. Se me hieló la sangre de sólo imaginar cómo podría haber reaccionado.

Lo abracé por detrás y apoyé la mejilla en su espalda.

—Perdóname, Ignacio. Lo último que quiero es causarte más estrés. Por eso decidí echarlo por mi cuenta, para no cargar ese peso sobre tus hombros.

Se volvió y me abrazó con un fervor que me hizo doler las costillas.

—Perdóname —repetí.

Me encerró la cara entre las manos y me habló seriamente.

—No quiero que me malinterpretes. Esta es tu casa. Vos sos la dueña y la reina. Podes hacer

lo que quieras. Echar a quien quieras y contratar a quien quieras. Sólo que, en este caso, debiste haberme avisado para que lo manejase yo.

—Sí, entiendo.

—Yo mismo planeaba echarlo porque es un recomendado de Cimmi. —¿De Arturo Cimmi? —pregunté como tonta y Lanz asintió—. ¿Qué vínculo hay entre ellos?

—Son amigos de la infancia, de González Catán —dijo, y me asombró enterarme del origen humilde de quien había sido tan importante en Lanz Keuter Construcciones—. Hacían trabajos de jardinería para mantenerse. Así fue como Cimmi pudo costear los estudios en la universidad. —La seriedad de Lanz fue transformándose en una sonrisa que me desorientó—. Si lo que me contó Leopoldo es cierto, me habría gustado verlo. Asegura que lo dejaste hecho un cachorrito asustado.

—Ese no es ningún cachorrito asustado, Ignacio. Es de la peor calaña.

—¿Es cierto que ya mandó el telegrama de renuncia?

—Al día siguiente. Y ya estoy en campaña para reemplazarlo. Pero no creo que emplee a otro jardinero. Me parece que voy a elegir la opción de una empresa. Hay muchas que prestan servicios de jardinería. Vienen una o dos veces por mes de acuerdo con...

Me asaltó con un beso, como solía, y yo me olvidé de todo en el instante en que sus labios atraparon los míos y los devoraron.

—Me calienta que hayas tomado las riendas de mi casa y la administres tan bien —dijo mientras me empujaba hacia el borde de la cama y me obligaba a levantar los brazos para sacarme la remera.

—Me vas a amar más porque te voy a hacer ahorrar mucha plata.

—Sí, amor, sí —susurró.

Llegaron las ansiadas vacaciones y me lance a organizar nuestro casamiento. Mi madre y mi madrina me ofrecieron ayuda, lo mismo hizo Elizabeth, probablemente para controlar que no cometiera alguna vulgaridad, sobre todo con el vestido. Agradecía la colaboración que las tres me prestaban, pero la que más disfrutaba era la de Montserrat. Había vuelto a sufrir tanto con la prisión del padre que verla entusiasmada y sonriendo mientras programábamos la boda me hacía feliz.

La observaba escribir la lista de los invitados con su hermosa caligrafía y me embargaba un sentimiento tan profundo como inexplicable. A su lado Nachito jugaba con el rompecabezas magnético que le habíamos regalado para Navidad. Paseé la mirada entre los dos y supe que eran míos, tan míos como Tomás Horacio. Habría sido capaz de cualquier cosa por ellos.

Nachito arrastró sobre la mesa el rompecabezas completado —un gatito amarillo y naranja que guiñaba un ojo— y me lo mostró. Lo alabé por haber cumplido el objetivo y lo involucré en una conversación sobre gatos y animales en general y también sobre colores; los sabía casi todos. Eran notables los avances en el campo del lenguaje oral. Cada día nos sorprendía con una palabra o una frase nueva, lo que evidenciaba el desarrollo normal del sistema de neuronas espejo, el que le permitía el aprendizaje a través de la imitación.

Montserrat me preguntó, nerviosa, si podía invitar a sus primas de Cañuelas.

Luli y Fabi me dijeron que quieren venir —alegó rápidamente.

Le acaricie la mejilla y le sonreí.

—Hagamos de cuenta que esta fiesta es tuya —propuse—. Por ende, puedes invitar a quien vos quieras.

La cuestión con los Paulini estaba tensa. Montserrat había querido pasar el Año Nuevo con

ellos, a lo que Lanz se había opuesto. Al final, con mi intercesión, dio la autorización, aunque con mala cara.

—No te entiendo, Cósima —se enojó—. Me decís que el glifosato es venenoso y no tenes problema de que mi hija vaya a Cañuelas.

—Ignacio, en mayor o menor medida, todos tenemos glifosato en el cuerpo, aunque vivamos a muchos kilómetros de las zonas en que se fumiga, por el simple hecho de que está en la mayoría de los alimentos. Que Montserrat vaya dos días a Cañuelas no agravará la situación. Como seguía emperrado, le expliqué -: Tu hija necesita estar cerca de la familia de su madre. Dejala que vaya.

Montserrat partió el 31 de diciembre por la mañana hacia Cañuelas. Vino su tío Juancho a buscarla y se fue muy contenta con la bolsa de regalos que habíamos comprado juntas. Cuestión que el 1º de enero, mientras almorzábamos con mi padre, Eladia y los padres de Lanz, Montserrat me llamó llorando.

—¿Cosi?

Al notarla mal me puse nerviosa y abandoné la mesa.

—¿Qué pasa, tesoro mío? ¿Por qué llorás?

Ante mi pregunta se cortó el diálogo en la mesa y Lanz estuvo junto a mí en un instante.

—¿Pueden venir a buscarme? No quiero estar aquí.

—Sí, amor mío. Pero ¿qué pasó? ¿Vos estás bien? —me preocupé.

—Sí, pero quiero estar con ustedes.

Mis futuros suegros y Lanz fueron a buscarla. Le pregunté a Nachito si quería ir y negó con la cabeza; para mayor seguridad me aferró la mano.

Regresaron al anochecer. Salimos a recibirlos. Montserrat bajó de la camioneta y corrió a mis brazos. Se echó a llorar con una amargura y un sentimiento que me rompieron el corazón. La conduje dentro y fuimos a su dormitorio. Expresó que quería estar a solas conmigo, por lo que Lanz se llevó a Nachito y a los perros. Se sentó en el borde de la cama y yo acerqué la silla de su tocador y la ubiqué frente a ella.

—¿Qué pasó, Montse?

—Los extrañaba. Quería estar aquí con ustedes.

—Nosotros también te extrañamos, tesoro mío. Muchísimo. —Le tome la mano y le estudie las uñitas pintadas y los tantos anillos y sonreí, enternecida. Se la besé—. Sospecho que sucedió algo que te puso triste. —La obligué a levantar la vista y la mire a los ojos—. Cuando tengas ganas, me lo contas.

—Te lo quiero contar, Cosi, pero no quiero que se lo cuentes a papá.

—¿Por que?

—Porque la va a odiar a la abuela.

—¿Qué pasó con ella? —Se quedó mirándome con angustia en los ojos de un verde cristalino a causa de las lágrimas—. Olvídate de tu papá. Lo único que cuenta ahora sos vos y el dolor que estás sintiendo. Olvídate de tu padre —insistí.

—La abuela Marga me dijo que soy una mala hija porque no la quiero a mi mamá.

El ritmo cardíaco se me aceleró abruptamente y, tras un instante de estupor, me invadió un sentimiento de rabia y rencor negros, que supe disimular.

—¿Por qué dijo eso? —pregunté con calma.

—Porque yo te recibí con los brazos abiertos en la casa que es de mamá. Dijo también que vos sos la culpable de que papá y mamá se hayan peleado y de que mamá esté muerta. Dijo que

traiciono a mamá por permitir que papá se case con vos.

Se me hizo un nudo en el estómago y la boca se me secó de repente. ¿Sería capaz de hablar? ¿Qué decir?

—¿Vos la querés a tu mamá, Montse?

—Sí —contestó sin convicción—. A veces no —admitió y se echó a llorar quedamente.

La tomé entre mis brazos y la acuné.

—Amor mío, ya hablamos de que es normal sentir rencor hacia las personas que murieron. Sentimos rencor igual que lo sentíamos cuando estaban vivas. Es absolutamente normal —repetí lentamente—. ¿Y sabes por qué sentimos rencor? Porque son importantes para nosotros. Si tu mamá estuviese viva te pelearías con ella muchas veces. Yo discutía mucho con mi mamá. ¡Ni te cuenco durante la adolescencia! Incluso ahora, que somos grandes las dos, nos peleamos. El otro día, justamente, tuvimos una discusión.

—¿Ah, sí? —Se interesó—. ¿Por qué?

—¡Porque quiere que tu padre y yo nos casemos por la Iglesia! —exclamé con simulada exasperación.

—¿Y eso está mal?

—Hace años que no practico nuestra religión, el catolicismo. La religión es para mí un asunto oscuro y negativo. Pero para mi mamá, no.

—Entonces, ¿se van a casar por la Iglesia? —quiso saber muy interesada.

—No, claro que no. De todas maneras, tu padre no podría porque está divorciado de Laura y con ella se casó por la Iglesia. Mi mamá se había olvidado del pequeño detalle.

—¿Eso qué tiene que ver?

Reí y la besé, satisfecha de que se hubiese criado lejos de las influencias del catolicismo.

—La religión católica no acepta el divorcio. Es pecado —añadí con un deliberado acento lúgubre, que la hizo reír—. Si te divorcias de tu esposo o esposa, habiéndote casado por la Iglesia, no puedes volver a hacerlo. No puedes casarte de nuevo con otra persona a través del rito católico —aclaré.

—¿Por qué? —se empecinó, confundida y desorientada, y yo me encogí de hombros.

—Como te dije, el divorcio es pecado para la religión católica. Si sos un pecador, como lo es un divorciado, tenés prohibido tomar los sacramentos. Y el matrimonio es uno de los siete sacramentos. Como sea —dije, mientras Montserrat seguía intentado comprender lo incomprendible—, con mi mamá todavía discuto a esta edad y me enoja mucho con ella. ¿Por qué tendría que ser distinto con los seres queridos que partieron? Después de todo —razoné—, compartimos un pasado con cosas buenas y cosas malas.

—¿Está mal que te quiera, Così?

—Yo amo que me quieras, Montserrat, y no considero que este mal, al contrario, creo que amar está siempre bien. Pero ¿qué dice tu corazón?

Me abrazó y se echó a llorar de nuevo.

—Yo te quiero, Così.

—Gracias, amor mío —respondí con la voz quebrada—. Gracias por permitirme ser feliz con tu padre. Sos una persona tan bondadosa, Montse. Soy muy afortunada por haberte conocido.

—Yo también —sollozó ella y se apartó—. Pero sobre todo Nachito es afortunado porque vos lo estás ayudando a hablar. Y eso lo pone muy contento a papá.

—A tu padre lo pone contento verlos tranquilos y felices. Se puso muy mal hoy, cuando llamaste llorando. Me va a preguntar —le advertí—. Va a querer saber, Montse. ¿No quieres

contarle?

—La va a odiar a la abuela y yo no quiero.

—No la va a odiar porque sabe que tu abuela está sufriendo muchísimo por la muerte de su hija. La va a comprender. Pero creo que tu papá tiene derecho a saber qué hace sufrir a su hija.

—¿Podés contarle vos, Così? Yo no quiero.

—Claro, tesoro.

Lanz soportó con temple encomiable que la ex suegra lo culpase de la muerte de su hija, pero no se tomó con igual indiferencia que hostigara a Montserrat. Si bien, delante de ella fingió no enojarse, habló personalmente con Bruno y con don Eugenio, cuando viajaron a Buenos Aires para firmar la escritura de la estancia en Cañuelas y los amenazó con prohibirles ver a sus hijos si Marga seguía con esos cuentos.

—¿Les parece propicio que le mande el video en el que su dulce y desdeñada me pone los cuernos con mi empleado de confianza y aspira varias líneas de cocaína? Tal vez, con eso, la convenza de que mi ex no era la santa que ella piensa y deje a mi hija en paz.

—No, Ignacio, no —suplicó Eugenio Paulini— No lo hagas. Te estamos muy agradecidos por no habérselo mencionado ni siquiera cuando ella se ponía tan desagradable con vos, mientras Vivian estaba internada. Nosotros nos ocuparemos de controlarla. Quédate tranquilo.

—Si vuelvo a saber que mi hija, con todo lo que esta pasando por causa de su madre...

—¿Por qué por culpa de su madre? —se ofuscó Bruno.

—Haberse escapado con mis hijos, amenazarme con matarlos y luego haber sufrido el accidente por imprudente creo que la hace culpable del sufrimiento que Montserrat está padeciendo, sin mencionar que le dio a Cimmi documentos míos que él está usando en mi contra.

—¿Cómo? —exclamaron al unísono el padre y el hijo.

—Hay unas cuantas cosas que no saben de la dulce Vivian. Ella me robó documentos de la caja fuerte, los fotocopió y le dio las copias a Cimmi. Él ahora los usa en mi contra en el juicio.

—Dios bendito —susurró Eugenio.

—Sí —ironizó Lanz—, supongo que sólo queda invocar a Dios. Espero que nos saque de este quilombo y que tus nietos no se queden también sin el padre. —Tras un silencio en el que buscó serenarse, retomó— Mantené a tu mujer a raya, Eugenio, o no vas a volver a ver a mis hijos.

Pese a la situación tirante entre los Paulini y Lanz, me alegró que Montserrat me pidiese invitar a sus primas hermanas. No quería que la amistad entre ellas se resintiese por las insensateces de los adultos.

Que las dejaran asistir sería harina de otro costal; estaba segura de que no. Como fuese, Luli y Fabi terminaron en la lista de invitados que, por nuestro lado era muy corta porque sólo convocaríamos a los amigos íntimos y a la familia. Me sonreí al ver el resultado final: había más amistades de Montserrat que nuestras. Lanz torció la boca cuando se la mostré por la noche.

—¿Quién va a hacerse cargo de tanto chiquerío?— se quejó.

—Tengo todo planeado —prometí— habrá tres mesas para ellos voy a contratar un mago y un discjockey para que se diviertan ¿Estás de acuerdo? —Como vi que seguía repasando la lista con un ceño, agregué —Quiero que Montse sea feliz ese día, Ignacio. Ha sido todo muy duro y doloroso para ella. Quiero convertirla en la reina de la fiesta.

Alzó la vista y me contempló con seriedad.

—Va a parecer un cumpleaños de chicos.

—¿Qué importa? —lo desafié—. Para mí será el día más feliz de mi vida.

Se le aflojó la expresión ceñuda en un santiamén. Arrojó el papel de la lista sobre la cama y

me tomó por la cintura.

—Para mí también va a ser el día más feliz de mi vida. —Me buscó el cuello y lo mordisqueó y lo besó—. Y ni te digo lo que va a ser la noche —bromeó.

—No tenes idea —respondí con acento intrigante.

Había recibido el conjunto de lencería erótica. Sólo verlo extendido sobre la cama me excitaba porque imaginaba la reacción de Lanz. Planeaba estrenarlo la noche de bodas, la primera de cinco de nuestra corta luna de miel en un hotel de los Lanz Reuter cercano a Bariloche.

Unos días antes del casamiento, Elizabeth me convenció de comprar un vestido especial. Yo me había decidido por el que había usado en una fiesta de la Sociedad de Pediatría Argentina a la que había asistido con Marcelo Ibáñez. Mi futura suegra insistió en uno nuevo, por lo que fuimos a comprarlo con ella y Montserrat a una boutique en la Recoleta de la que Elizabeth era clienta, una de las mejores a juzgar por la obsecuencia con que las empleadas nos atendieron, pero debo admitir que conocían su oficio y me asesoraron muy bien.

Las alternativas se redujeron a dos: un vestido corte Jackie con chaquetita haciendo juego en una tafeta de seda de un color amarillo muy pálido con destellos tornasolados, y un talleur en el típico tweed Chanel, de algodón, muy ligero para el verano, en tonos azul, blanco y celeste con la chaqueta entallada en la cintura, donde nacían volantes que me cubrían el voluminoso trasero. Elizabeth prefería el vestido Jackie; estimo que era porque disimulaba bien mis pechos. Montserrat, en cambio, votaba por el talleur, por lo que mi decisión fue fácil: el talleur estilo Chanel.

Terminamos las compras en Patio Bullrich, donde, además de un par de zapatos y un clutch azules para completar el conjunto, compramos un vestido para Montserrat.

—Estás bellísima —la admiré cuando salió del cambiador, con su vestido blanco con cinto y cenefa en azul oscuro —pero sos tan hermosa que, aunque te pusieses una bolsa de supermercado, estarías deslumbrante, amor mío.

—Gracias, Cosi —dijo con las mejillas coloradas.

Esa noche se probó el vestido y lo desfiló frente a Nachito y a Lanz.

Que la lisonjeó en términos tan pomposos y antiguos que acabamos riéndonos a carcajadas. Montserrat aceptó la invitación del padre y se pusieron a bailar El Danubio Azul, al principio tarareado por Lanz, después con la música verdadera que encontré en el YouTube de mi iPad. Amé verlos tan felices en una instancia en que los dos padecían tantas tribulaciones.

Cuando nos quedamos solos, Lanz me pidió que le mostrara lo que había comprado, a lo que me negué porque esgrimí que, como buena nieta de italianos, era supersticiosa.

—Imagino que lo pagaste con el dinero que te dejé —me desafió.

Días atrás, después de convencerme, lo había acompañado al banco para agregar mi nombre a la titularidad de su cuenta, a la que mi padre había conseguido que le levantasen el embargo. En tanto el trámite se completaba y me entregaban los plásticos —tarjetas de crédito y Banelco—, me indicó que usase el efectivo que él tenía en la caja fuerte.

Había vivido tanto tiempo sola y de manera tan independiente que el ofrecimiento me chocó. La primera reacción fue negarme, la cual lo descolocó primero y lo enojó después.

—Vas a ser mi mujer, Cósima —argumentó entre dolido y rabioso—. Todo lo mío es tuyo. Todo —insistió. Le cambió la expresión, que se volvió suspicaz.—. ¿Rechazás mi dinero porque dudas de su origen? ¿Crees en lo que dice la prensa, que con mi empresa lavo dinero de la criminalidad? ¿Es Lucho el que te llena la cabeza?

—¡Claro que no! —Me puse de pie de un salto y lo aferré por el rostro—. No creo en esas

habladurías.

Se quitó mis manos de la cara y me mantuvo sujeta por las muñecas con un apretón casi doloroso.

—Todo lo que hemos ganado con la constructora es legítimo —declaró—. Sí, hemos pagado coimas para que nos favorezcan en licitaciones, pero hemos terminado cada puta obra y con la calidad estipulada en el pliego. No me gusta robar, Cósima. A mí me gusta laburar y que me paguen por lo que hago.

Por supuesto que sí, Ignacio. Perdóname, amor. —Retorcí las muñecas hasta conseguir que las soltase. Lo aferré por la nuca y lo besé con fervor—. Perdóname —repetí con mis labios en los de él—. No me opuse por esa razón simplemente porque no se me cruza por la cabeza pensar que en tu empresa se lava dinero. Me opuse como una reacción mecánica. He vivido casi siempre sola y he costado siempre mis gastos. Es sólo eso, la falta de costumbre.

Lanz seguía con los brazos al costado del cuerpo y no respondía a mis besos. Debido al juicio y a las calumnias que los medios de prensa lanzaban sobre él y la constructora, estaba muy susceptible.

—Cósima —exigió—, quiero que pagues hasta el último de tus gastos con mi plata.

—¿Y qué hago con mi sueldo? —pregunté con talante bromista.

Dónaselo a la Fundación Indiana. Desde ahora no lo necesitarás.

Así quedó zanjada la cuestión. Por eso, cuando me preguntó con qué había pagado el tailleur me puse tensa. Enseguida cambié la actitud y le aseguré que había dilapidado la plata de la caja fuerte. Me colgué de su cuello y lo miré con una sonrisa burlona para advertirle:

—Cuidado, ingeniero Lanz Reuter. Su futura esposa le está tomando el gusto a esto de hacer shopping. Creo que su patrimonio corre un gran peligro.

Se quedó observándome en silencio, el gesto severo y los ojos fijos en los míos. Percibí que sus manos, que me aprisionaban la cintura, comenzaban a descender hasta cubrirme el trasero.

—¿Sabes qué es lo más increíble de todo, amor? —dijo con una voz gruesa que me erizó la piel. Me limité a negar con la cabeza—. Que estoy en el medio de un quilombo muy gordo, uno de los peores de mi vida, y nunca he sido tan feliz. Vos te vas a convertir en mi esposa dentro de unos días y es como si sólo eso me importase.

—Porque en verdad es lo único que importa —acordé—. Lo único que cuenta es que me tenes a mí y a tus hijos, que te amamos profundamente por lo que sos y no por lo que tenes.

—Si fuese un muerto de hambre, si no tuviese un mango, ¿me querías igual? —exigió saber y lo preguntó con acento incrédulo para provocarme.

—Te amaría locamente de todos modos porque seguirías poseyendo lo que me enamoró de vos a los doce años.

—¿Qué? —preguntó con genuina curiosidad.

—Los ojos azules más hermosos que existen.

Ignacio

Ema no tuvo mejor idea que proponer “una noche de chicas, la anterior a nuestro casamiento,

por lo que Cósima no durmió conmigo ese jueves. Mis tres hijas más la de Lucho —Paula— y Natalia, la mujer de Carlitos, ocuparon las habitaciones del Intercontinental para acompañar a mi mujer en sus últimas horas de soltera. Bah, de viuda.

Me hallaba tan inquieto sin ella como Nachito, que se mostraba retraído como antes de iniciar el tratamiento en la Fundación Indiana. No quiso cenar. Sara intentó varios trucos y nada. Después de tantos meses de lecturas sobre el niño autista y conviviendo con una experta sabía que pocas cosas lo perturbaban tanto como que se alterase la rutina. La ausencia de los componentes del círculo familiar lo desestabilizaba, y si no había caído en las conductas perniciosas del pasado era gracias a Pepe y a las horas de trabajo y terapia que llevaba acumuladas. Sin embargo, mi sospecha mayor recaía en que le faltaba Cósima. Estaba volviéndose tan dependiente de ella como yo.

“No le hagas una promesa a menos que sepas que la vas a cumplir”, me había advertido mi mujer al día siguiente de mi regreso después de la temporada en la cárcel, y me lo advirtió porque Nachito a la exacta hora —sólo Dios sabe cómo la registró— me reclamó la promesa, que dormiríamos la siesta los tres juntos, Cósima, él y yo. Marchamos al dormitorio. En tanto yo desvestía a mi hijo, Cósima entró en el baño para ponerse el camisón. Nos acostamos los tres, Nachito en medio, en su clásica posición fetal, por supuesto mirando a Cósima, que empezó a contarle un cuento. Mi hijo estiró la mano y se la apoyó sobre la mejilla; allí la dejó mientras Cósima, como si nada, siguió narrándole la historia. ¿Qué lo había impulsado a proceder de ese modo? Añoraba conocerlo profundamente, saber cuáles eran sus motivaciones, prever sus estados de ánimo, adelantarme a sus necesidades para cumplírselas antes de que lo perturbasen. Cada nuevo gesto de mi hijo, cada frase, cada palabra, cada reacción espontánea, me colmaba de una emoción revitalizadora. Me dormí al son de la voz, baja y suave de mi mujer.

Esa noche, la previa al día de la boda, los dos estábamos desbalanceados. Estiré la mano a través del espacio de la mesa y le acaricié el cachete, notablemente más abultado.

—¿Qué pasa, hijo? —pregunté sin éxito—. Yo también extraño a Cósima y a Montse. Se están divirtiendo las dos en una fiesta para chicas —le expliqué—. Y nosotros somos varones; no estamos invitados.

Ninguna reacción; mantenía la vista en el plato, con Bernie y Pepe muy alertas a su lado, como si olfateasen que algo no marchaba bien—. ¿Quieres hablar con Cósima? ¿Quieres que la llamemos por teléfono?

Asintió sin alzar la vista—. Hablame, amor —lo incentivé—. Así no te entiendo.

—Sí —respondió—. Cósima.

Sonreí. Jamás la llamaba Cosi como la mayoría. Él la llamaba Cósima, como su padre. Fui a buscar el celular —mi mujer los prohibía en la mesa— y la llamé. Me atendió enseguida y, a juzgar por su voz exultante, estaba pasándolo bien.

—¡Amor! —exclamó, contenta—. ¿Me llamas porque te zumban los oídos?

—Te llamo porque Nachito y yo teníamos ganas de oírte. ¿Cómo es eso de que me zumban los oídos?

—Les estoy contando a las chicas anécdotas del secundario, y vos sos casi siempre el protagonista.

Aunque lo decía como algo divertido y gracioso, a mí se me formó una pelota en el estómago. No quería que se acordase de los años en que la había torturado. Me avergonzaban profundamente las maldades a las que la había sometido por cobarde, hueco y esnob. A veces yo mismo las evocaba y me dominaba una angustia insoportable. Se lo había comentado a José

Vianes, quien me había soltado una perorata acerca del ego, del perdón, del miedo, de la culpa, que en nada había servido para aligerar el sentimiento negativo.

—No quiero que te acuerdes de esas cosas —pensé en voz alta y la risa de Cósima se cortó.

Noté que se alejaba porque el bullicio de las chicas mermaba.

—Amor, sólo les refiero cosas divertidas. Les estaba contando acerca de las artimañas a las que echó mano Vanesa para que le prestaras atención.

—Pero vos debés estar acordándote de las otras también —me empeciné.

—La verdad es que no —dijo con acento sincero—, pero si así fuera, ¿cuál sería el problema?

—Me avergüenzo de lo que te hice —admití—. Aun hoy, con cuarenta y siete años, todavía me atormenta haber sido cruel con la persona a la que amaba. Que amo más que a la vida —expresé y no me importó que sonase trillado o kitsch porque era cierto; la amaba más que a la puta vida y no merecía que ella me amase.

—Y yo te amo más que a nada ni a nadie en este mundo.

Se me hizo un nudo en la garganta y me mordí el labio.

Gracias —susurré con voz inestable.

—¿Así que mis dos hombres querían oírme? —preguntó con talante despreocupado para darme tiempo a reponerme—. ¿Tanto me extrañan?

—Estamos tan tristes que casi no tocamos la comida —confesé.

—¿Nachito no comió? —se preocupó enseguida.

—Muy poco. Quiere hablar con vos.

—Pásame con él, por favor.

Mi hijo siempre era adorable, pero en esa circunstancia, mientras usaba una mano para sostener el teléfono y la otra para ir comiendo solo, seguramente obedeciendo las directivas de

Cósima, me resultó entrañable. Asentía o contestaba con monosílabos, serio como siempre, pero notablemente relajado. No me acostumbraba todavía a escucharlo formular frases de sentido completo, por eso me sobresalté cuando dijo:

Cósima, ¿cuándo volvés a casa?

Tras unos segundos más de charla, mi hijo me extendió el celular.

—¿Comió algo? —quiso saber Cósima.

—Sí, amor. Casi todo —añadí—. Lo sigue haciendo. Quédate tranquila.

—Gracias a Dios —suspiró y enseguida habló con el tono que empleaba cuando se convertía en la especialista en autismo-: —Ignacio, es muy probable que te pida que duermas con él esta noche. Decile que te vas a quedar a su lado hasta que se duerma y que luego vas a volver a tu cama porque cada uno debe dormir en su propia cama. Seguí leyéndole el cuento que está sobre la mesa de luz. Dáselo y pedile que te diga en qué parte dejamos anoche.

—¿Cómo va a saberlo? —me extrañé—. No lee.

—Él lo sabrá —afirmó—. Tiene una memoria visual formidable y se acuerda de los dibujos.

—¿Y si me hace un berrinche porque no acepto dormir con él?

—Llámame por teléfono. Yo lo arreglo.

—Muy bien, así se hará, licenciada Facchinetti, a horas de llamarse de Lanz Reuter —dije y la hice reír—. Y ahora, el turno del padre, que te extraña igual que el hijo. ¿A qué hora mando mañana a Leopoldo a buscarlas?

—No sé con exactitud —admitió—. Tu mamá va a estar aquí temprano con las peluqueras y las maquilladoras. Nos vamos a cambiar las seis en la habitación.

Cósima siguió detallándome el programa. La divertían los preparativos. Yo, en cambio, no

veía la hora de que todo acabase para estar solos esos cinco días en Bariloche. A la mañana siguiente llegaron a las once y cuarto —a las doce se presentaría el juez— y se evadieron antes de que yo las interceptara. Cuando subí al dormitorio de mi mujer, mis hijas me impidieron verla. Habían transcurrido poco más de doce horas desde que nos habíamos separado y yo me hallaba en un estado de ansias incontrolables, por eso, cuando Cósima entró en la carpa erigida en el parque de nuestra casa, el corazón me pateó el pecho, aunque no se trataba sólo de que hubiese estado acumulando ganas sino de que me deslumbró; simple y literalmente me quitó el aliento. Lucía elegante y clásica al tiempo que sexy y provocativa. El traje, de exquisita confección, le marcaba las curvas para revelar su figura de pornstar, como había dicho Daniela Dieter, mientras que el maquillaje le destacaba los grandes ojos negros, los pómulos elevados y los labios rechonchos. El cabello larguísimo y lacio apenas recogido en las sienes la rejuvenecía notablemente.

Sólo me miró a mí en tanto avanzó del brazo del padre, sólo me sonrió a mí, sólo pensó en mí. Quería vivir para que ella siempre me contemplase con esa devoción, porque me hacía sentir joven, vital y, paradójicamente, en paz. Me sabía completo con ella a mi lado. Había alcanzado la felicidad que tantos anhelan y pocos obtienen.

Montserrat, preciosa en un vestido blanco con vivos azul oscuro, se adelantó, muy seria y solemne, con la caja de los anillos y me la entregó. Le di un beso y le susurré que la amaba, lo cual la hizo ponerse colorada. Cósima y yo intercambiamos los anillos y el juez nos declaró marido y mujer. Había pasado por ese rito legal dos veces y nunca me había emocionado, es más, había fingido las sonrisas y la alegría. En esa instancia, mientras nos mirábamos para besarnos, tenía el ritmo cardíaco a tope. Nos besamos. Explotaron los aplausos y *I Was Born to Love You*, de Queen, que me pareció una selección muy acertada por parte del disc-jockey.

Cósima cortó el beso y yo creí que lo hacía para recibir los saludos. Enseguida me di cuenta de que quería ocuparse de Nachito, que estaba muy alterado con la música y el bullicio. Sara se lo puso en los brazos y le importaron una mierda el traje impecable y el ramo de flores, del cual se hizo cargo Montserrat como si lo hubiesen planeado y ensayado. Los invitados la saludaban y la felicitaban sorteando la cabeza de mi hijo apoyada en su hombro. Intenté quitárselo para liberarla del peso, pero Nachito se le pegó como una lapa y fue imposible. Al final entre Ema y Pepe consiguieron distraerlo y mi esposa terminó de saludar y de recibir los buenos augurios.

Le presenté a Daniela Dieter justo cuando Lucho le dirigía sus felicitaciones, las que, a juzgar por la expresión, parecían condolencias. La mala cara le cambió súbitamente al descubrir a Daniela. Alzó las cejas y abrió grandes los ojos antes de controlar la reacción que la Dieter estaba acostumbrada a provocar. “Eso es, amigo mío”, pensé, “búscate otra y dejá a mi mujer en paz”.

—Dani, te presento a un gran amigo, Lucho Rigatoni. Es uno de los creadores de la Fundación Indiana y es el genio que le enseña a montar a Nachito. Trabaja en el Hípico. ¿No se cruzaron? Vos vas seguido al club.

Nunca había hecho de Celestino, pero se me estaba dando muy bien. Cósima me miraba y disimulaba la sonrisa. Lucho invitó a Daniela a tomar un aperitivo y nos dejaron solos. Aunque la carpa tenía aire acondicionado y el ambiente era agradable, tomé de la mano a mi mujer y la conduje a fuera, hasta el vestuario que usábamos cuando nos bañábamos en la piscina y que habíamos dispuesto para los invitados. No había nadie. La tome entre mis brazos y la besé con la destemplanza que había reprimido en la fiesta. Me respondió con igual ardor. Me detuve para no acabar poniéndosela ahí mismo, contra el lavatorio.

—Soy tan feliz —me susurró.

—Yo también —conseguí responder sin que se me quebrase la voz. —Gracias por tanto, amor mío.

—Es más hermosa en vivo —comentó.

—¿Qué? —pregunté, realmente desorientado.

—Daniela Dieter. Es más linda en persona. Es increíblemente hermosa. Lucho estaba infatuado.

—A ver si se enamora de ella y se deja de joder con mi mujer —declaré, y Cósima se echó a reír.

Volvimos a la carpa, yo más sereno. Como había sospechado, nuestra fiesta de boda se había convertido en un cumpleaños de pendejos. Había creído que, dado que era 15 de enero, la mayoría estaría de vacaciones. Pues no faltaba uno, hasta Federico Carli nos honraba con su presencia, aun Luli y Fabi, que asistían a escondidas de la abuela Marga. Lo único que me importaba era que mi Montse pasaba de la carpa de los adultos a la de los chicos creyéndose la reina de la fiesta, tal como mi mujer había deseado.

Cómo hacía Cósima para dar directivas a las empleadas, hablar con los invitados y estar atenta a Nachito superaba mi comprensión. “Ese es el problema con los hombres, no son multitasking como las mujeres”, me había dicho tiempo atrás. La observaba conversar, ser amable, atenta, dulce, eficiente, observadora, y el amor que ya sabía obsesivo y desmesurado crecía y me ahogaba. ¿Cuántas horas faltaban para acabar con la fiesta? Ya la quería en mi jet rumbo a Bariloche.

—Lanz —dijo Carlitos y me palmeó el hombro—, el consejo te lo doy como amigo. Cambia la cara o todos se van a dar cuenta de que te gustaría estar a mil kilómetros de aquí.

—¿Es tan evidente? —pregunté reprimiendo la risa.

—Muy —confirmó el mejor amigo de mi mujer—. Te entiendo —aseguró con una encogida de hombros—, han sido semanas difíciles. Para Cósima también, pero estuvo muy pendiente de tus hijos y eso la distrajo.

Sorbió el último trago de champán y, tras depositar la copa sobre la mesa, dirigió la mirada hacia mí. Ya no era el Carlitos Naum de buen carácter y alegre. Me contemplaba con una determinación inusual que incluso le transmutó la expresión.

—No la hagas sufrir —me exigió, y sólo porque ese hombre significaba tanto para Cósima se lo permití.

—Ella es lo más importante para mí —declaré en un raptó de sinceridad—. El centro de mi vida.

Asintió con un semblante serio aunque apacible y me ofreció la mano, que apreté con decisión. Creo que, en ese gesto, me perdonó las cagadas del pasado y me ofreció su amistad, que nunca daría por descontada.

Capítulo XXIII

LUNA DE MIEL ERÓTICA

Cósima

Viajaba a Bariloche tironeada por sentimientos opuestos; por un lado las ganas de pasar unos días a solas con mi esposo y por el otro atormentada por dejar a Nachito, sabiendo cómo lo afectaría nuestra ausencia. Hacía días que veníamos preparándolo con la Petrillo y entrenando a Sara. Pepe y Bernie, que sin ser un perro de servicio se había criado entre autistas y los entendía bien, serían el gran puntal del hijo de mi esposo. De mi hijo. Así lo pensaba, como mi hijo, pero a nadie se lo confesaba.

Llegó el momento de marcharse. Eran las siete de la tarde y ya casi no quedaban invitados, sólo los amigos íntimos y la familia. Yo me despedía de mi madre, que había soportado la presencia de Eladia y de mi padre con buen humor. Lanz hablaba con la suya, que se quedaría al mando de la casa junto con su ex esposo.

Nachito tomó mi mano y Montse la del padre para acompañarnos hasta la camioneta que nos conduciría a Aeroparque, donde nos aguardaba el jet de la constructora para viajar a Bariloche. Me acuclillé frente a Nachito y lo obligué a mirarme. Él movía los ojos de modo de evitar el contacto con los míos.

—Amor —supliqué—, mírame. Necesito que me mires.

Sacudí la cabeza para negar; estaba enojado, pero sobre todo asustado, y a mí las ganas de ir a Bariloche se me esfumaban. Lo besé en el carrillo tibio y me sorprendió una emoción arrebatadora que casi me impulsó a rogarle a Lanz que nos quedásemos. Intervino Ema como si olfatease mi indecisión y se llevó al hermano. Tras los últimos saludos nos subimos a la camioneta y partimos. Yo seguía agitando la mano y buscando a Nachito y a Montse entre la gente.

Me sobresalté apenas cruzamos el portón. Al divisar la camioneta los periodistas nos cortaron la salida y nos atacaron con sus golpes en las ventanillas y sus preguntas. Siempre había una guardia acechando por noticias y novedades, como una nube de mosquitos fastidiosa, pero ese día, el de nuestra boda, la cantidad era notable. Me tranquilizaba que el destino fuese secreto y el

Hotel, propiedad de los Lanz. Aunque nos siguiesen hasta Aeroparque, no podrían averiguar a dónde nos dirigíamos a menos que sobornaran a un miembro de la torre de control que conociese el plan de vuelo. Confiaba en que no. Quería y necesitaba serenidad.

El jet —un Cessna Citation, me explicó Lanz— se había salvado del embargo pues pertenecía a una compañía afincada en la Isla de Man, sin conexión con la constructora. La cabina era estrecha aunque con butacas cómodas y grandes. Guardamos el equipaje y nos ubicamos para el despegue. Lanz me ofreció la mano y entrelazamos los dedos.

—Es trivial decir al fin solos —bromeó—, pero te aseguro que estoy feliz de tenerte

exclusivamente para mí. —Bajó los párpados e inspiró inflando el plexo solar—. Qué paz —murmuró y se quedó dormido poco después de despegar.

Durmió lo que duró el viaje, casi dos horas y media, y no se despertó a causa del impacto de las ruedas sobre la pista sino cuando, tras el aterrizaje, lo besé y le susurré que habíamos llegado.

—Al fin solos —murmuró con los ojos cerrados para hacerse el chistoso.

Estuvimos solos, sí, pero con un flujo permanente de llamadas y mensajes. Nachito pedía hablar conmigo con frecuencia y tuve que contarle un cuento las noches que faltamos, la primera apenas llegados a Bariloche y mientras nos conducían al hotel. A Lanz lo llamaban Romina, mi padre, el suyo y algunos colaboradores de la empresa. Igualmente conseguimos a ratos olvidarnos de todo y disfrutar en ese paraíso del sur.

El hotel con vista al lago Nahuel Huapi, tan imponente en su tamaño como el Llao Llao, respetaba la arquitectura de los refugios andinos con una fachada rústica de granito tallado y con postigos y pretilos de madera clara. Aunque gracias a la buena iluminación aprecié la imponencia del edificio esa primera noche al llegar, no fue sino hasta el día siguiente que admiré la belleza de sus líneas a tono con el panorama de las montañas y los bosques. Me enorgullecí de mi esposo cuando me contó que la construcción del hotel había sido uno de los primeros proyectos que su padre le había confiado tras recibirse de ingeniero civil.

—Me sirvió más para aprender que para hacerme el jefe —admitió—. Sólo le impuse al arquitecto que respetase el estilo de la zona y estuve encima de cada detalle.

Ocupamos la suite presidencial, de un lujo que aun descollaba en la rústica decoración. Ese espacio enorme, cubierto de madera, con alfombras de lana y aroma a cera de abeja me despabiló tras un día largo y agotador y me insufló de energía. Fui directo a la gran contraventana que se abría a una terraza enorme. Salí y caminé hasta la baranda del balcón, donde me apoyé, cerré los ojos e inspire el aire fresco y resinoso de la noche. Escuché los pasos de Lanz detrás de mí y, en una respuesta mecánica, apreté las manos sobre el pretil y contuve el respiro. Me estremecí cuando sus manos me rodearon la cintura y sus labios me tocaron la piel del cuello.

—¿Te gusta la habitación? —me susurró.

—Me gusta todo —repliqué con una vehemencia que no me era propia, pero esa noche, la primera como la esposa de Lanz, en ese sitio fuera del mundo, era otra Cósima y me sentía explotar de alegría—. Qué lugar tan majestuoso, Ignacio.

—Mañana voy a pedir que nos sirvan el desayuno aquí, en la terraza. Entonces vas a apreciar la belleza del paisaje. Vas a ver el campo de golf del hotel y el lago.

Me giré en su abrazo y me puse en puntas de pie para besarlo.

—Gracias por traerme a este paraíso. Gracias por darme tanto.

Me observaba. Su rostro endurecido y cincelado por las sombras de la noche resultaba inverosímil en su perfección. Le acaricié la mejilla áspera.

—¿Qué pasa, amor? —quise saber.

—Te miro y no puedo creer que seas mi esposa. —Se inclinó y me acarició la boca con los labios—. Gracias por aceptarme pese a todo. No sé si he sido claro al decirte lo que significas para mí. Voy a hacerte un juramento porque quiero que sepas que soy y voy a ser tuyo hasta el último día de mi existencia, porque te amo como un loco, Cósima, como no he sido capaz de amar a nadie.

—No necesito que me jures nada. Te creo, Ignacio. Mi confianza en vos es absoluta.

—Pero yo quiero jurarte, amor mío, necesito decirte que voy a amarte y protegerte y serte fiel y venerarte cada día que la vida me conceda a tu lado. Sé que fui bendecido el 4 de marzo de

2011 cuando nació mi hijo, porque él me guió de nuevo hasta vos. Él y vos son mis maestros. Sé que no te merezco, Cósima, lo sé, pero ya no puedo vivir sin vos.

Quería decirle que nunca tuviese miedo de vivir sin mí porque jamás abandonaría su lado; siempre sería su constante compañera. No podía hablar; temblaba de la emoción y de las ganas de llorar. Le entrelacé los dedos en el cabello de la nuca y lo atraje hacia mí para besarlo con ternura, pero enseguida la excitación que nos despertábamos se encendió como un fuego y él me arrastró dentro de la habitación. Empezó a arrancarme la ropa.

—Tengo una sorpresa —le explique para detenerlo—. No sé si te va a gustar —dudé porque de pronto se me ocurrió que le habría resultado vulgar que vistiese una prenda tan escandalosa.

—¿Qué?

—Un conjunto de lencería erótica —expresé con miedo y me asombré ante el cambio súbito en sus facciones y sobre todo en sus ojos, que se oscurecieron.

—¿Lo compraste para mí?

Claro, para esta noche —aclaré—. Nunca había comprado algo así en mi vida. Pero Marita me habló de ese sitio en Internet que los vendía y me tenté al ver algunos modelos. Creí que te gustaría. ¿Te gusta la idea?

—¿Si me gusta? —repitió simulando exasperación—. Estoy duro de sólo pensar que lo compraste para mí, para ponerme más duro de lo que me pones. —Me tomó la mano y se la pasó por la erección confinada en el pantalón del traje—. ¿Me vas a dar mi sorpresa o no?

Me encerré en el baño para cambiarme. Estaba nerviosa. Deseaba impactarlo. Conocer a Daniela Dieter me había vuelto insegura. No quería experimentar esa vulnerabilidad, pero me resultaba imposible ganar confianza. Me puse los zapatos peep toe con talón descubierto que hacían juego con la lencería y me eché un último vistazo en el espejo. La bata de gasa negra translúcida apenas velaba la camiseta con breteles muy finos confeccionada en un tejido de redcilla que imitaba el encaje. Se me adhería al torso como una segunda piel y se estiraba hasta volverse casi transparente en la zona de los pechos. El conjunto no tenía bombacha y las medias negras de red llegaban hasta la mitad del muslo, donde se sujetaban con el portaligas. Verme tan distinta y sexy, estilizada gracias a los tacones altos, me devolvió algo de la confianza perdida.

Salí del baño y me detuve al encontrarme con Lanz muy cerca de la puerta, completamente desnudo, anhelante y excitado. La siesta de más de dos horas en el avión le había devuelto la energía que planeaba descargar en mí. La piel se me iba erizando a medida que sus ojos descendían por mi cuerpo.

Sacate la bata —me ordenó, y su voz de comando me volvió húmeda y pesada la vagina.

La prenda cayó a mis pies y Lanz se echó hacia atrás en una acción automática, como si el espectáculo lo hubiese sorprendido y turbado. Lo vi separar los labios y fijar la vista en el triángulo desnudo de mi monte de Venus. Irradiaba un deseo que juzgué tan intenso como el mío y que me tenía tensa e impaciente.

—Nunca nadie me ha calentado como vos —pensó en voz alta—. Sos la única que me calienta de este modo.

—¿De qué modo? —quise saber.

—Pierdo el control. Soy un animal en celo, sin raciocinio, sin frenos inhibitorios, sin nada. Sólo la idea fija de ponértela a como dé lugar.

Me pegó a su cuerpo desnudo y, mientras me devoraba la boca, me tocaba por todos lados, con impaciencia, casi con enojo. Yo gemía entre besos, mecía la vulva sobre su mano depravada y no veía la hora de tenerlo dentro de mí.

Me obligó a ponerme el atuendo erótico todas las noches que transcurrimos en el hotel. Fueron noches de exceso, de prácticas escandalosas, de libertad, de risas, de orgasmos devastadores, de gritos, de gemidos, de pasión. De tanto amor. Dios bendito, qué magia compartimos en la cama. Él aseguraba que, más allá de ser el objeto de su fantasía prohibida desde los quince, jamás habría imaginado que la licenciada Facchinetti, tan seria y profesional, se hubiese revelado una experta en las artes amatorias.

—Tu índole de puta es un bonus espectacular e inesperado, amor mío.

—Vos me hiciste de este modo —le confié—. Jamás se me habría ocurrido comprar un atuendo erótico. Sólo por vos, Ignacio, por cómo me haces sentir.

—¿Cómo te hago sentir, amor mío? —exigió saber mientras se posicionaba para que le cumpliera la “fantasía”.

—Libre y hermosa.

Ignacio

No hay duda al respecto: los cinco días de luna de miel con mi esposa fueron los más intensos, perfectos y felices de mi existencia. Me lo dio todo, se dio toda. Le hice tantas veces el amor que terminó sensible y dolorida. Yo, por mi parte, me preguntaba de dónde provenía la energía inagotable que me tenía al palo como un pendejo de veinte, “El mejor afrodisíaco”, me había dicho José Vianes en una ocasión, “es el amor”, afirmación que a mí, ignorante y soberbio, me provocó una risa burlona. Pero llegó Cósima para demostrarme que era cierto.

Me habría quedado los cinco días en la habitación del hotel dentro de ella. Sin embargo, el paisaje que avistábamos desde la terraza la tenía hechizada, por lo que consentía en que saliésemos a caminar o a andar en bicicleta. Nos tocaron unos días espectaculares, con un cielo diáfano y temperaturas que no superaban los veinticinco grados; invitaban a recorrer los bosques. Ella apreciaba la naturaleza, los olores, los colores y las texturas y me los señalaba, y yo, con la idea fija de volver al hotel para desvestirla, asentía para nada concentrado en la flor, en el arrayán o en el brillo del lago, sino en ella, en la curva de su pómulo, en cómo movía los labios al hablar, en su trasero sobre el asiento de la bici o en cómo le rebotaban las tetas a causa de lo accidentado del terreno.

Me llamaron varias veces por quilombos en la empresa y por el juicio. Igualmente conseguí desenchufarme y relajarme. Cósima me hacía masajes en la espalda y en los pies, y yo me dormía oyendo su respiración regular y el sonido que producía la fricción de sus manos. Me despertaba un rato después, tan descansado como si fuesen las diez de la mañana. La felicidad, me dije, es también un afrodisíaco y una fuente de salud. La observaba mientras comíamos en la terraza, ella en general con la vista perdida en el paisaje y, aunque sentía celos de que no me mirase a mí, también experimentaba tranquilidad por el simple hecho de que estaba del otro lado de la mesa, dentro de mi campo visual y porque era una Lanz Reuter. El concepto tan elusivo al que había juzgado una utopía, el de ser feliz, se había convertido en mi realidad desde que ella me había aceptado.

No obstante, pensamientos oscuros me traicionaban y mi naturaleza manipuladora y nociva

me jugaba sucios trucos que me llevaban a inventar estratagemas para apartarla del mundo, para que fuese sólo para mi disfrute y el de mis hijos. Ella y su bondad me habían cambiado radicalmente para caer en un comportamiento tan ruin. El mundo necesitaba a mi preciosa mujer. Niños como Nachito y padres desesperados como yo dependían de ella. Jamás los habría privado de su dulzura e inteligencia. Pero confieso que mi peor parte, la que durante cinco años la había atormentado, me susurraba con maliciosa intención que alguien podía quitármela, que otro —Lucho, Marcelo Ibáñez, cualquiera— podía ganarse su atención y despojarme de su amor. La sola idea me causaba un malestar en el estómago.

Verla tan enamorada del lugar me impulsó a decidir que le compraría una casa. Era consciente de las motivaciones; lo hacía en gran parte como un mecanismo de dominación para mantenerla conmigo, como quien pretende ganarse el afecto de un niño cubriéndolo de juguetes. Como fuese, le envié un mensaje a Romina indicándole que contactase inmobiliarias de Bariloche porque planeaba adquirir una casa en el lago.

Esto de amar sin límites ni reservas presentaba grandes contras a las que no estaba acostumbrado, como celarla incluso de las miradas, comportamientos que ni Laura ni Vivian me habían provocado. Seguro de ellas, me había pavoneado con su hermosura y me había sentido el gran macho. ¿Por qué Cósima me inspiraba esa inseguridad? ¿Por qué me sentía menos? ¿Porque conocía lo que provocaba en los hombres, un sentimiento obsesivo y fuerte, el mismo que me tenía maniatado a ella? Bastaba como ejemplo el doctor Marcelo Ibáñez que, después de tres años seguía suplicándole que se dignase a considerarlo. En Mar del Plata, mientras Larsson se ocupaba de evaluar el estado de Vivian, Laura y yo habíamos conversado largo y tendido. Mi ex me confió que Ibáñez había caído en una depresión tras la ruptura con Cósima y que la seguía amando con desesperación, esa había sido la palabra. Siendo un tipo pintón, con guita y muy piola, estaba solo porque no podía olvidar a mi mujer. Pobre diablo; casi que me apiadaba de él. Casi.

Me volvió loco de deseo y de alegría que hubiese comprado una prenda erótica para mí. Le creía cuando me aseguraba que no lo había hecho antes con ninguno. Yo era único para ella, como ella lo era para mí, y con ese pensamiento intentaba sofocar los otros oscuros que me inspiraba. Me gustaba el fetiche de la ropa erótica, me gustaba que lo compartiésemos, me divertía. Entramos juntos en la página que le había recomendado su secretaria y ordenamos varios conjuntos, algunos muy escandalosos elegidos por mí. Vendían otros productos eróticos, como aceites y cremas comestibles y saborizados y elementos para practicar el sadomasoquismo. Ella eligió un aceite al chocolate y yo una crema de dulce de leche con la cual planeaba cubrirle los pezones antes de chupárselos.

—¿Practicaste el sadismo durante el sexo alguna vez? —me interrogó mientras estudiaba un látigo de nueve puntas que ofrecían en la página.

—No, nunca me atrajo.

—Pero a veces me das chirlos en la cola —expresó.

—Sí —admití asombrado, porque ahora que lo meditaba jamás lo había hecho con otras.

—¿Por qué? —dijo y enseguida aclaró —: No me molesta. En absoluto —recalcó—. Solo es curiosidad.

—Te confieso que sos la primera a la que se lo hago.

Estaba boca abajo en la cama, con la laptop delante y la vista vuelta hacia mí, esa mirada de ojos grandes, tan franca y fácil de leer. Le metí la mano bajo la bata y le acaricié el culo, que me tenía tan loco como sus tetas.

—¿Por qué te inspiro ganas de pegarme en la cola? —insistió.

“¿Por qué?”, me interrogué.

Porque me calienta ver cómo tu piel tan blanca se vuelve roja. Me gusta ver cómo mi mano queda marcada en tu culo.

—En realidad estás castigándome —manifestó—. ¿Por qué?

—No estoy castigándote —repliqué nervioso, a la defensiva—. ¿Por qué querría castigar a la persona a la que amo?

—Por lo mismo que me castigabas cuando éramos chicos. Porque te confundo.

—¿De qué modo me confundís?

—Es un comportamiento absolutamente inconsciente —me aclaró para exonerarme—. Te confunde sentir deseo por mí cuando no soy el tipo de mujer que debería despertártelo. Ya te lo había mencionado —me recordó.

Me saqué la bata y la ayudé a quitarse la suya y así, completamente desnudos, la cubrí con mi cuerpo, su espalda en contacto con mi pecho y mi erección entre sus glúteos. Relajó la cabeza sobre el colchón.

—Sí, te castigo —admití mientras le mordía el filo de la mandíbula y la boca—. Te castigo porque a veces no me miras. Tengo bronca porque le sonreís a la gente, a los chicos sobre todo. Me dan celos, unos celos rabiosos, y me importa una mierda que se trate de un niño; siento celos de todos modos. Te castigo porque no me amás sólo a mí y porque sos mucho más que yo, pero tanto más que me hacés sentir inseguro. —En un susurro añadí: Tengo miedo de que un día me dejes. Por eso te castigo.

La obligué a elevar el culo. Se lo dejé al rojo entre mordidas y sopapos. Le siguió un sexo despiadado, el más intenso del que tengo memoria, descarnado, perverso, sórdido. Y al mismo tiempo nos unía un amor tan puro que resultaba difícil de asimilar. Tan puro, tan sublime, tan mío, tan nuestro. Esa necesidad apremiante de cuidarla, el anhelo de que gozase, de que fuera feliz, el interés que me suscitaba cada palabra, cada gesto, cada gemido de mi Cósima, cada emoción, cada sentimiento que ella me inspiraba me transformaba, me hacía bien. Me enaltecía.

Caí extenuado sobre ella, ahogado por una agitación ruidosa, y enseguida me recosté a su lado para no aplastarla.

—Yo siento unos celos horribles de Daniela Dieter —la escuché murmurar y abrí los ojos; me encontré con los suyos, que me observaban con suspicacia—. Y tengo miedo de las mujeres hermosísimas y más jóvenes que yo que te desean y que harían cualquier cosa por estar con vos. —Bajó los párpados y habló con voz menos segura—. Tengo miedo de que un día le alejen de mí. Y no sé qué hacer para evitarlo.

La envolví en un abrazo inclemente; trataba de comunicarle con la fuerza la sinceridad de mi sentimiento.

—¿Cómo evitarías algo que nunca va a ocurrir, amor mío? —Me abrazó y escondió la cara en mi cuello—. No dudes de mí, Cósima.

—Y vos no dudes de mí, porque siempre voy a estar a tu lado, contra viento y marea.

Asentí sobre su cabeza, incapaz de articular. ¿Acaso no lo había demostrado, que se mantendría junto a mí aunque el mundo me condenase? “Contra viento y marea”, había afirmado, y la locución le iba muy bien porque ella era un faro en la tormenta oscura y temible.

En el viaje de regreso Buenos Aires le expresé mi voluntad de que, una vez en casa, ocupásemos la habitación principal, la que había compartido con Vivian y que seguía cerrada como si se tratase de un santuario. Me apresuré a explicarle que cambiaríamos el mobiliario y

que la decoraríamos de acuerdo con su gusto e indicaciones. Asintió con calma y sólo impuso una condición: que le advirtiese a Montserrat.

—¿Para qué? —me impacienté.

—Porque ahí están las cosas de su madre, Ignacio. Hacela sentir que participa, que la tenes en cuenta, que su opinión es importante para vos.

—También quiero quitar las fotos de Vivian del living y de los demás ambientes que no sean los dormitorios de los chicos.

—Sólo si Montserrat está de acuerdo —persistió.

—Cósima, es mi casa —razoné, bastante embolado—. Y no quiero las fotos de mi ex en los lugares donde deberían estar las tuyas y las nuestras.

Nos miramos a través del estrecho pasillo. Estiró la mano y me acunó la mejilla.

—Amor, es la casa de Montserrat también. Es más de ella que mía.

—No, Cósima.

—Lo es para mí. En realidad no importa de quién es la casa. Sólo importa que ella no sufra a causa de una cuestión que carece de relevancia si te pones a ver.

Yo sabía que sí le importaban las fotos. La había visto observarlas con aprensión. Por mis hijos estaba dispuesta a inmolarse.

—¿Tengo que bancarme las fotos de ella toda la vida?

—Claro, toda la vida —repetió con acento burlón—. Vehemente y extremista —me calificó y sonrió con benevolencia.

Le aferré la mano y se la besé.

—Sé que te molestan —me sinceré.

—Soy una mujer adulta —me recordó— y unas cuantas fotos no me harán daño. Montse es una nena de diez años que acaba de perder a la madre de una manera trágica. Tenemos que preservarla cuanto podamos. Ella es nuestra prioridad, Ignacio, no yo.

—¿Qué hacemos entonces?

—Creo que lo mejor será dejar las cosas como están. Un día, cuando esté lista, Montserrat las sacará.

Aunque temí que ese día nunca llegase, acepté la propuesta. Está claro que mi mujer entendía a los niños de una manera que a mí me resultaba inalcanzable.

—¿Qué tenes ganas de hacer con tu depto? —pregunté para cambiar de tema.

—Se lo voy a prestar a Marita. Está cansada de vivir en San Fernando. El viaje diario a Capital la tiene harta.

—¿No se lo alquilas? —me sorprendí.

—Se lo presto —reiteró con parsimonia—, con muebles y todo. Ella se hará cargo de las expensas y de los servicios.

—Quiero que firme un acuerdo de comodato —declaré con la autoridad que me surgía naturalmente.

Me contempló con ojos aguzados, Abandonó la butaca y se ubicó en mis rodillas.

—Conque tiene que firmar un acuerdo de comodato. —Asentí con seriedad—. ¿Es una orden, mi señor?

—Sí —repliqué y, como la noté bien dispuesta, le continué el juego—. Y si no cumplís mi orden, vuelvo a dejarte el culo rojo.

Me mordía y me besaba mientras reía por lo bajo.

—Te encanta dejarme el culo rojo. —Me puse duro sólo por oírla decir culo—. Y te encanta

penetrármelo después. ¿Eh, amor?

—Sí, es algo fuera de lo común —repliqué con voz tensa—. Me provoca los mejores orgasmos. Tu vagina es una gloria, tan chiquita y apretada. Pero tu culo es mi debilidad. Y tus tetas —agregué y se las sobé aprovechando que la azafata no estaba a la vista—. Mírame —le exigí y ella se apartó un poco para obedecerme—. Quiero que sepas algo. —Asintió de pronto sobria—. Quiero que sepas que me has hecho inmensamente feliz desde el día en que aceptaste ser mi mujer. Pese a tos quilombos que tengo, soy feliz porque vos me amás. Pero estos días que me regalaste en Bariloche... No sabía que se podía sentir de este modo, tanta paz y tanto amor —aclaré.

—Ignacio, amor de mi vida, este es mi juramento: cada día que Dios me conceda a tu lado lo viviré y te lo haré vivir con la misma paz y el mismo amor de estos cinco en Bariloche. Para que seas feliz siempre, amor mío.

El problema de sentirme tan amado era que me temblaba el mentón como un pelotudo a cada ralo

Capítulo XXIV

LAS MEJORES VACACIONES DE MONTSERRAT

Cósima

Después de nuestro oasis en Bariloche me reintegré a la vida en Buenos Aires con una naturalidad increíble, quizá porque mi nueva realidad doméstica me tenía eufórica. Claro, los problemas seguían allí y no había modo de ocultarlos. De hecho, habíamos regresado el miércoles 20 de enero porque el jueves por la mañana Lanz tenía que presentarse en la comisaría para cumplir una de las condiciones de la libertad por fianza, la de acreditar que seguía en suelo argentino. Concurriría con mi padre y luego se dirigiría a la constructora, donde lo aguardaban tantas cuestiones pendientes y dificultades.

Lo acompañé a la camioneta. Niño Rossi lo aguardaba con la puerta abierta. Nos abrazamos. Era fuerte, mi adorado esposo, y lo notaba sereno.

—¿Qué vas a hacer hoy? —me interrogó.

—No sé. Quedarme en casa con los chicos me parece el mejor programa del mundo —agregué contagiada de sus modos vehementes.

—Esto me parece un sueño —afirmó tras observarme en silencio—.

Vos aquí, en casa, como mi esposa, con mis hijos... Era como lo había soñado desde que volvimos a vernos.

“Obtiene todo lo que se propone”, medité en tanto le apartaba el jopo un poco largo que le bañaba la frente. El pensamiento me tranquilizó, porque me dio la pauta de que podría con el juicio y con los enemigos que intentaban destruirlo.

—Que tengas un buen día, amor mío —lo despedí.

—Vos también —susurró.

Nos besamos. Estaba resultándome difícil apartar mis labios de los de él. Su intensidad me hipnotizaba y sólo quería que siguiese embriagándose con el Eau Sauvage y apretándose la cintura con el brazo derecho. Lo amaba con una desesperación que crecía sin pausa.

Cortó el beso, dio media vuelta y se dirigió hacia la camioneta. Se había quitado la chaqueta del traje porque, pese a la hora temprana, hacía calor, lo que a mí me permitió admirar su cuerpo de deportista, bien mantenido, delgado, fuerte y hermoso. Le observé el trasero apretado bajo la tela del pantalón y recordé la noche anterior, mientras se lo besaba y mordía. La memoria me provocó un escozor de deseo.

Subió a la camioneta y se volvió para saludarme a través de la ventanilla. Los guardias abrieron las hojas del portón y obtuve una visión de los periodistas que empezaban a congregarse fuera. La escena me enfrió enseguida. Los cinco días de paz en Bariloche se convertían en una dolorosa referencia de la libertad que habíamos perdido a causa del asedio.

Volví a dentro. Nachito y Montse se despertarían en breve. Todavía contaba con once días de

vacaciones que planeaba dedicarles exclusivamente a ellos. Y así lo hice y fui feliz. Estábamos siempre juntos. Nos quedábamos en casa disfrutando de la pileta y del jardín o íbamos a visitar a mi madrina y a mi madre. En una ocasión nos desplazamos hasta Pilar para comer un asado con Carlitos y su familia. Me acompañaron a la peluquería y aproveché para que les cortasen el cabello, especialmente a Nachito, que lo tenía largo. Quería que se lo cortase Martha, la dueña; sabría cómo manejarlo porque su hijo Mariano padecía autismo regresivo. De hecho, nos habíamos conocido cuando ella y su esposo fueron con Mariano a verme a la fundación. Nachito, con Pepe a su lado, se quedó tranquilo lo que duró el corte. Montse, ubicada en la butaca junto a la mía, susurró:

—No puedo creerlo, Cosi. No sabés cómo gritaba y lloraba cuando se lo cortaban antes de vos.

“Antes de vos”, repetí con una sonrisa y le acaricié la mejilla. Mi bella Montserrat, la hija de mi corazón. ¡Cuánto la amaba! No se presentaba como un desafío siendo la criatura dulce y bondadosa que era. La noche de nuestro regreso de Bariloche fui a arroparla y me la encontré hablando por el celular y llorando.

Me embargó una mezcla de rabia y compasión porque creí que se trataba de la abuela Marga y sus discursos tóxicos. Pues no, se trataba de Brisa, que estaba destruida porque el padre se había ido de vacaciones con la familia y no la había invitado. Como la madre acababa de empezar a trabajar en una nueva clínica —era médica— no podía tomarse ni un día.

—¿Por qué no la invitas a casa mañana? —propuse.

—¿En serio, Cosi?

—Claro, Amor mío. ¿Y qué tal si la invitas a Luna también?

—¿Puedo invitarlas a las dos? Mamá nunca quería que invitase a tantas amigas.

—Son sólo dos y son educarlas. Se portan muy bien.

Las llamó enseguida. Acordamos en que Hugo iría a buscarlas a las diez de la mañana, lo que se repitió cada día del resto de mis vacaciones. Brisa y Luna se convirtieron en parte del elenco estable, como lo llamaba Lanz. Iban con nosotros a todos lados, incluso nos acompañaron a la fundación los dos viernes en que Montserrat tuvo sesiones con Carolina Jáuregui. Yo aprovechaba para controlar que todo siguiese funcionando pese a mi ausencia, mientras Sara, Nachito, Brisa y Luna esperaban en la sala acondicionada con juguetes y libros. Incluso ese día en la peluquería de Martha, mientras yo me teñía, Luna y Brisa llamaron a sus madres para pedirles que las autorizasen a recortarse las puntas. Las dos madres pidieron hablar conmigo —nos habíamos hecho amigas de tanto intercambiar mensajes y llamadas durante esos días—, tras lo cual prestaron su consentimiento.

Vivía las escenas de ese rito familiar y doméstico que había anhelado tanto tiempo atrás y que había creído perdidas tras la muerte de mi esposo y de mi hijo. Lanz me las regalaba a los cuarenta y seis, una edad en la que todavía contaba con la energía para disfrutarlas plenamente y que me permitía experimentarlas con la profundidad y el respeto que brindan la consciencia y la sabiduría adquiridas con los años. No las daba por sentado; al contrario, las valoraba como grandes tesoros. Era tan feliz. Y más feliz era al ver que Montserrat sonreía el día entero. El entusiasmo con que abrazaba la vida era una lección diaria. Esa nena me enseñaba.

Le pareció un programón ir al supermercado para la compra del mes y atendía con una concentración entrañable cuando yo le explicaba el porqué de la elección de este o aquel producto. Ese día, al regresar del súper, les enseñé a ella y a sus amigas a preparar una torta sin gluten ni caseína, con harina de arroz, banana licuada y zapallo rallado. Salió especialmente

esponjosa y rica. Nachito comió dos pedazos y sólo conseguí salvar una porción para el postre de Lanz.

La hicieron Montse, Brisa y Luna —la lisonjeé frente al padre, que tuvo la generosidad, pese a los problemas que lo mantenían callado, de mostrarse sorprendido y darle importancia al tema.

—Cosi hizo casi todo, pa —confesó mi justiciera.

—No es cierto —la contradije—. Yo era como un director de orquesta: daba las instrucciones, pero fueron ustedes tres las que hicieron la torta. Y les salió bien en la primera oportunidad. A mí me tomó mucho tiempo.

Montserrat abandonó su sitio en la mesa y caminó hacia mí— Se me echó en los brazos y me besó.

—Te quiero, Cosi.

—Y yo te adoro, amor mío.

Al día siguiente llevé a las chicas al cine, porque morían por ver Angry birds. Entraron en compañía de Leopoldo y de Sara. Como Nachito no estaba preparado para esa experiencia, él y yo nos sentamos en un bar del complejo de cines, jugando con sus chiches. En tanto en la casa, Elizabeth y las empleadas se ocupaban de vaciar el vestidor y la habitación que habían pertenecido a Vivian. Lanz, ansioso por recuperar su espacio, había lhablado con Montserrat y ésta consentido en que quitásemos las cosas de la madre. Después que el padre se lo hubiese comunicado, fui a arroparla y la noté meditabunda. Le acaricié la frente y se la besé.

—¿Qué pasa, amor mío?

—Papá me preguntó si podía vaciar el vestidor de mamá.

—¿Te puso triste?

—Sí.

—Es lógico, Montse.

—¿Qué van a hacer con sus cosas? —quiso saber.

—Creo que las donarán a Caritas y al Ejército de Salvación, dos organizaciones muy antiguas y serias que se ocupan de los pobres.

—La gente pobre va a estar feliz con las cosas de mamá. Son muy lindas.

No quise quitarle la ilusión y explicarle que tanto Caritas como el Ejército de Salvación venderían a precio de oro las ropas y los accesorios vintage, como estaba de moda llamarlos, y que emplearían el dinero en cosas más útiles. La imagen de una mujer caminando por las calles embarradas de una villa miseria con los zapatos Prada de taco alto de Vivian me hizo sonreír.

Regresamos tarde del cine, después de haber llevado a Brisa y a Luna a sus casas. Sara se ocupó de Nachito y yo seguí a Montserrat, que fue directo al dormitorio de sus padres pues sabía que la abuela Elizabeth había almorzado ese día con nosotros para luego ocuparse de las pertenencias de Vivian. Entró en el vestidor y se quedó quieta con la vista fija en los estantes y en los percheros vacíos.

—¿Puedo pasar? —murmuré para anunciar mi presencia.

Montserrat se volvió. Lloraba silenciosamente. La abracé y enseguida se aferró a mí. Le permití llorar. Nos sentamos en el suelo y nos tomamos de las manos.

—Esta parte —dije—, la de deshacernos de las cosas materiales que pertenecieron a nuestros seres queridos, es una de las más dolorosas del duelo.

-Caro me dijo que iba a ser feo. ¿También tenemos que sacar las fotos de mamá de los portarretratos?

—No, *claro que no— me apresuré a contestar.

—¿A vos no te molestan, Così?

—No me molestan para nada. No pienses en las fotos de tu madre. —Se quedarán donde están. ¿Por qué te vino esa idea a la cabeza?

—Se encogió de hombros. Me partió el alma saber que con tan corta edad había temas que la agobiaban y la perturbaban. Me puse de pie y le extendí la mano para ayudarla a levantarse.

—Ahora, tesoro mío, te vas a dar un baño y te vas a relajar, le pasé un brazo por los hombros y salimos del vestidor. Nos detuvimos cuando Lanz entró en el dormitorio. Acababa de llegar de la constructora. Se le iluminó el rostro al vernos, pero, al notar que Montserrat había llorado, se le ensombreció la expresión.

—¿Qué pasa, hija?

—Es el momento más doloroso del duelo, papi, cuando se vacía el vestidor del ser querido.

La habría abrazado y comido a besos si no hubiese juzgado que para ella se trataba de un momento serio y que la declaración era solemne. Lanz asintió y la ciñó contra su cuerpo. Extendió la mano y me atrajo hacia él para incluirme dentro del abrazo. Medité que los dos formábamos un capullo en torno a Montserrat y que la preservábamos del dolor.

—Pa, ¿vos querés sacar las fotos de mamá de los portarretratos? —volvió a preguntar, y comencé a sospechar.

Crucé una mirada significativa con nn esposo y apreté apenas el entrecejo para recordarle nuestro diálogo en el avión.

—No, hija, no quiero sacarlas. ¿Por qué me preguntas?

—La abuela Marga me llamó ayer y me dijo que vos pronto ibas a borrar a mamá de toda la casa y que no ibas a dejar ni siquiera una foto de ella.

—La abuela Marga se equivoca —replicó Lanz—. Vamos a dejar las fotos de tu madre todo el tiempo que vos quieras.

—¿Puede ser para siempre, papi? Così me dijo que a ella no le molestan.

—Claro que no me molestan —ratifiqué.

—Sí, hija —concedió Lanz y lo amé por su tono benevolente y por acariciarla con tanto amor—. Se van a quedar ahí para siempre si eso te hace feliz.

Montse se puso en puntas de pie y le echó los brazos al cuello para besarlo.

—¡Gracias, pa!

—Sólo quiero que estes tranquila y contenta.

—Pa, ¿el domingo podemos ir al cementerio a visitar a mamá?

—Claro que sí —respondió enseguida.

Tras cerciorarme de que Montse se fuese a bañar, me dirigí a nuestro dormitorio, el de huéspedes, donde Lanz se ponía el equipo de gimnasia. Hablaba por teléfono mientras se quitaba las medias y las arrojaba por el aire.

—Eugenio, no me gusta repetirme. Tu mujer está torturando a mi hija con sus desplantes llenos de rencor. Te dije que esta situación no podía continuar. Esta es mi última advertencia. Si no logras que Marga deje de alterar a una criatura de diez años, que acaba de perder a la madre, tendré que pedirle a mi abogado que presente una... —Se interrumpió, probablemente porque su ex suegro le aseguraba, igual que las veces anteriores, que intervendría.

—Estamos todo el día juntas —manifesté apenas Lanz cortó la comunicación—. No entiendo en qué momento la llamó. Sólo se me ocurre que lo hizo ayer a eso de las siete, mientras bañaba a Nachito.

—Vieja de mierda —masculló Lanz—. Te matas el día entero para que Montse esté contenta y esta viene y desbarata todo sin ninguna consideración.

—No me mato el día entero —lo corregí—. Más bien, disfruto el día entero. Estar con Montse y Nachito me hace inmensamente feliz. Es una de mis actividades favoritas.

Se quedó mirándome, primero serio; luego le despuntó una sonrisa ladeada. Me encerró entre sus brazos con un apretón ardiente. Hundió la cara en mi cuello.

—Pero la más favorita de todas tus actividades es estar con el padre, ¿no es así?

—Con el padre dentro de mí —lo provoqué y lo oí gruñir al tiempo que me clavaba los dientes en el trapecio.

Me invitó al gimnasio para ejercitarse un rato antes de la cena. Como imaginé, no se trató de una ejercitación tradicional sino una más bien tántrica. Todavía agitada y con Lanz en los estertores de su orgasmo, tuve un momento de claridad. Se lo comenté después, mientras nos dábamos una ducha rápida en el vestuario.

—Con lo de las fotografías de Vivian —dije—, Montse te está protegiendo. —Lanz apretó el entrecejo en una mueca desorientada—. Te protege del rencor y de la ira de los Paulini. No soporta que te crean el culpable de la muerte de la madre. Probablemente Marga se lo dijo o se dio a entender, y ella quiere protegerte. El hecho que le permitas dejar las fotografías de la madre les demuestra a los Paulini que vos no sos el tipo malo que ellos quieren hacerle ver. En el fondo —retomé tras un silencio en el que Lanz y yo nos miramos con fijeza— Montse también se protege a sí misma porque no soporta la idea de que lo que dicen los Paulini sea verdad.

—Jamás habría llegado a esa conclusión —admitió—. Pero me parece muy sólida además de lógica. ¿Hay algo que pueda hacer? No quiero que esos hijos de puta la pongan en mi contra.

—Lo primero que te sugiero —expresé con tono cauto—, por difícil que sea, es no insultar a tu ex familia política. No más hijos de puta ni otra palabrota para referirte a ellos. El poder de las palabras es inconmensurable y los humanos no somos realmente conscientes de la energía que poseen. Montse, como la nena perceptiva que es, huele esa energía como nosotros olemos el perfume de este jabón. Si te vas distendiendo en relación con los Paulini, ella lo hará también.

—Son ellos los que me provocan al no contener a la... a Marga —se rectificó antes de insultarla—. Yo ni me acuerdo de ellos hasta que veo llorar a mi hija.

—Lo sé, amor. Pero esta dinámica de odio, temor y desconfianza entre ellos y vos tiene que terminar. Te propongo que hablemos con Montse, que le expliquemos que no tiene por qué atender cada llamada de la abuela. Le vamos a enseñar a preservarse. Voy a hablar con Carolina para que refuerce este concepto en las sesiones. ¿Qué opinas?

Lanz se apretó la frente y soltó un suspiro.

—Como si no tuviese suficientes quilombos —se quejó— los Paulini me vienen a romper las pelotas. Hacelo, amor. Ocúpate, por favor.

Al día siguiente organicé la compra de los útiles y libros escolares y del uniforme. Apenas llegada de Bariloche, cumpliendo una orden de Lanz, Romina me había reenviado un e-mail del Saint Peter's con la lista de lo que Montserrat precisaría en sexto grado y los mejores sitios para adquirirlos. La llamé enseguida. La eficiente secretaria me explicó que la escuela le escribía a su casilla pues la señora Vivian había dispuesto que ella se ocupase de las cuestiones escolares.

—Desde ahora en adelante —le informé— yo me haré cargo. ¿Podrías enviar un mensaje a la escuela pidiéndoles que me escriban a mi dirección por cualquier asunto?

—Lo haré desde la dirección del ingeniero —resolvió Romina—, de ese modo tendrá peso.

Comenzamos con las compras de útiles apenas pasadas las nueve en una papelería donde la

constructora tenía cuenta corriente. Montserrat se enamoró de una mochila de La Cenicienta y, como Luna y Brisa la observaban con codicia, les compré a ellas también; eran de la misma serie con La Sirenita y Pocahontas. Estaban exultantes y no veían la hora de estrenarlas. Nachito, que había merodeado por el negocio con Sara, Pepe y Bernie mientras yo me ocupaba de lo de Montserrat, se apareció con una caja de fibras y con un pote con masa. Me los extendió. Levanté una ceja.

—¿Qué pasa con esto?

Me miró fugazmente y bajó la cabeza en una clara actitud de frustración. Pretendía hacerlo hablar y él que lo entendiera sin palabras. Volvió a extenderlos y yo a preguntarle:

—¿Qué pasa con esto?

—Para mí —respondió de mal humor.

—¿Quieres que los compre para vos? —Asintió—. ¿Y qué son? A ver —dije y tomé la caja con fibras—. ¿Qué hacemos con esto, Nachito?

—Dibujitos.

—Muy bien, tesoro. ¿Y con la masa? ¿Qué hacemos con la masa? ¿Qué hicimos el otro día con la masa verde y con la masa marrón?

—Árbol.

—Un árbol. Repetí: un árbol.

—Un árbol.

—Podemos hacer muchas cosas más. Entonces —concluí—, la masa sirve para hacer figuras. La figura de un árbol, la de un perro como Pepe, la de un niño o la de una niña.

—Una casa.

—¡Bravo! —lo alenté—. Haremos la figura de una casa.

Me calcé los anteojos de lectura y comprobé que entre los ingredientes no figurasen compuestos con gluten o caseína. Como la alergia que le alteraba la microbiota era a nivel molecular, ni siquiera podía estar en contacto con esas sustancias.

Nos pasamos la tarde acomodando la compra de los útiles y de los libros y haciendo figuritas de colores. Aun Montse, Brisa y Luna se entusiasmaron y terminaron diseñando con masa a las princesas de sus mochilas nuevas. Se trató de un hermoso día al final del cual, mientras cenábamos, le contamos a Lanz lo que habíamos hecho. Montserrat se demoraba en el tema de las mochilas; la de ella estaba junto a su silla como si se tratase de un perro fiel. Le resultaba extraordinario que les hubiese comprado a sus amigas también y lo repetía de continuo. Yo intentaba que Nachito participase y hablara. Había construido un camioncito para el padre y quería que se lo mostrase. Lo tenía junto al plato.

Nachito —le hablé—, ¿no vas a darle a papá lo que hiciste para el?

Sabía que me escuchaba atentamente, aunque no me mirase y siguiera comiendo. Tomó la artesanía con cuidado y la depositó cerca del padre. Lanz la admiró y la alabó de una manera tan sincera como elocuente. La sonrisa de Nachito ante la aceptación y el reconocimiento de su héroe me causó una profunda emoción. Como profesional mi preocupación es diseñar variables precisas que me permitan determinar si un niño autista es feliz, en especial cuando no pueden comunicarse por los medios tradicionales. Pues bien, esa sonrisa de Nachito era la variable más precisa que había visto.

—Más figuritas —dijo Nachito.

—¿Cómo? —fingí no comprender.

—Hago más figuritas.

—¿Quieres hacer más figuritas? —Asintió—. Primero nos vamos a dormir y, después de desayunar, las haremos —prometí.

—Ahora.

—No, amor mío, ahora no. Es hora de dormir y todos tenemos que descansar. —Extendí la mano a través de la mesa y le cubrí la que comenzaba a formar un puño—. Nachito, mírame, por favor. Te prometo que mañana haremos figuritas todo el día. Y haremos una para Montse y otra para Ema y otra para Justa...

—Cósima —me interrumpió.

—¿Vas a hacer una para mí? —Asintió—. Gracias, amor mío.

—Hago Bernie.

—¿Lo vas a hacer a Bernie? ¡Genial! ¿Escuchaste eso, Bernie? Nachito va a hacer tu figurita. ¿Y si lo hacemos a Pepe también? Se lo merece nuestro adorado Pepe.

—Pepe también.

Seguimos conversando sobre los posibles modelitos que realizaríamos. Montse había vuelto a entusiasmarse y quería copiar el castillo de la Cenicienta, a lo cual mi esposo, con su mentalidad de ingeniero, le sugirió que lo diseñase primero en cartulina y que luego lo cubriese con la masa.

Al final de la cena, mientras Lanz sorbía su espresso, Montserrat dijo algo que me llegó al corazón. Me miró sonriendo como si nada malo le hubiese ocurrido pocos meses atrás y declaró:

—Cosi, estas son las mejores vacaciones de toda mi vida.

Enseguida percibí el calor de la mano de Lanz que, bajo la mesa, me apretaba la rodilla. La cubrí con la mía y terminamos entrelazando los dedos. Éramos felices, pese a los problemas. El más ominoso era el juicio, que se cernía sobre nuestro futuro como un monstruo que yo juzgaba todopoderoso, más allá de que mi padre y Lanz se mostrasen confiados y tranquilos. ¿O lo harían para no preocuparme? Eran capaces, lo sabía. Con tal de preservarme quizá me ocultaban la verdad.

Mi padre era una visita frecuente y hablaba a diario por teléfono con mi esposo. Comenzaba a habituarme al vocabulario legal a medida que la cuestión se agitaba de nuevo debido a que nos acercábamos al final de la feria. Se hablaba de un juicio abreviado, un proceso más rápido en el cual el fiscal, el acusado y su defensor acordaban la calificación del hecho y la condena. Según mi padre, muchos lo juzgaban inconstitucional porque violaba la garantía que establece el derecho a juicio previo. La falta de recursos y un sistema colapsado habían llevado a pergeñar este procedimiento que me ponía los pelos de punta más allá de que no significase que el imputado confesara el delito. Que me disculpasen los geniales juristas pero a mí me parecía una confesión con todas las de la ley. Lanz tampoco aceptaba la propuesta pues, si bien el fiscal proponía una pena de tres años de prisión en suspenso, de todos modos le coartaba la libertad, como por ejemplo la de viajar al exterior.

Ahí estábamos, con el corazón en la boca, esperando que la actividad en el Poder Judicial se reactivase en febrero para reanudar el proceso con la fuerza que mi padre quería imprimirle, lo mismo el juicio contra Cimmi por espionaje corporativo. Según Lanz, Daniela Dieter mantenía su promesa y aseguraba que se presentaría como testigo en los dos pleitos, lo cual hablaba de que seguían en asiduo contacto. Yo trataba de confiar en mi esposo y de olvidar lo hermosa que era.

Mi vida con Cósima era tanto más de lo que había esperado e imaginado. Ella hablaba de la energía que emanaban las personas, aun las cosas, y, aunque en un principio me había sonado demasiado esotérico para mi gusto, comenzaba a entender que tenía razón, había una energía en torno a nosotros que si bien era invisible resultaba vital y poderosa. Lo notaba especialmente con relación a mi casa. Ponía un pie en el umbral, después de un día de trabajo y estrés, y una sensación placentera me invadía y me hacía sonreír a la nada. Oía las risas de mis hijos, la voz de mi mujer, los ladridos de Bernie, el sonido de la vajilla mientras las empleadas ponían la mesa, y me embargaba una dicha inexplicable, por cierto la sensación opuesta que había experimentado hasta que Cósima se convirtió en el eje de mi hogar. Antes me las había ingeniado para llegar tarde y sortear una rutina doméstica mal engendrada desde el vamos.

Me había convencido que yo no era del tipo hogareño. ¡Qué ciego había estado! En el presente sólo quería regresar a casa, el refugio que se contraponía a la realidad plagada de intrigas, traiciones y mentiras, que había construido a lo largo de mi vida al vincularme con la política y la codicia.

El juicio en mi contra y la denuncia que pesaba sobre mí tenían inquietos a varios políticos que me evitaban como la peste pero que no sabían cómo hacer para comunicarse conmigo sin entrar en un contacto directo. Querían determinar dónde estaban parados y qué riesgos corrían. ¿Los denunciaría para obtener un acuerdo más benevolente con el fiscal? ¿Terminaría por convertirme en un colaborador de la Justicia para impedir que cayese con todo su peso sobre mí? Con Victorio sabíamos que los sectores involucrados estaban movilizándose para frenar el impacto que habría significado una condena. Estaba seguro de que presionaban al procurador y al juez.

La estrategia de mi suegro, la de desprestigiar al testigo, sobre cuyo testimonio se apoyaba el proceso, iba viento en popa. El primer golpe de suerte lo recibimos a principios de abril cuando el juzgado que llevaba el juicio por espionaje corporativo falló a favor de Lanz Reuter Construcciones y condenó a Arturo Jorge Cimmi a dos años y seis meses de prisión y once millones de pesos en concepto de resarcimiento, una bagatela, pero yo no estaba detrás de la guita sino de esa escoria.

Dado que no verificaba delitos anteriores y que la pena era menor a tres años, se le dictó una condenación condicional, es decir, en suspenso, lo mismo que me ofrecía a mí el fiscal, en caso de llegar a un acuerdo en el juicio abreviado. Cimmi apeló. Sabía de fuente fidedigna que estaba en aprietos económicos y que no habría podido hacer frente al pago de la indemnización. Me lo había confesado su ex mujer, Beatriz Lanusse, a quien llamé para el cumpleaños y con quien me junté a almorzar días más tarde. Su declaración se condecía con lo que Daniela Dieter me había asegurado tiempo atrás, que Cimmi, jugándola de Gordon Gekko, había perdido ingentes cantidades de capital en la bolsa.

—Arturo dice —expresó Beatriz— que el juicio que él le estaba haciendo a la constructora por lo del despido sin justa causa se desbarató cuando lo condenaron por espionaje corporativo. Él contaba con cobrar ese dinero para salir del apuro financiero en el que está metido.

—No estaría en ningún apuro financiero si se hubiese mantenido fiel a mí y a mi empresa. Ganaba mucha guita con nosotros, Bea, vos lo sabés.

Beatriz exhaló con actitud hastiada y bajó los párpados.

—Nacho, ¿nunca te preguntaste por qué nos divorciamos?

—Arturo me dijo que habían perdido la pasión.

Beatriz rió entre dientes y sorbió un trago de vino antes de retomar.

—Él había perdido la pasión por mí. La había dirigido hacia otra persona. —Me miró fijamente y con cierta malicia en los ojos—. Estoy hablando de Vivian, Nacho. Mi ex se enamoró de tu mujer apenas la conoció.

—La conocimos juntos —recordé, admirado de que durante tantos años mi mano derecha y amigo hubiese ocultado un sentimiento tan fuerte.

—Exacto —confirmó Beatriz—. Durante más de una década sufrió y padeció viéndolos juntos a vos y a Vivian. Al principio se sentía culpable por desear a la mujer de su mejor amigo, pero con el tiempo comenzó a resentirse porque, según él, la tratabas como a una basura. Terminó del modo que tenía que terminar: Vivian y él como amantes. No lo aplaudo de pie, Nacho, pero tampoco lo culpo. Vivian lo buscaba para desahogarse y para saber de vos y de tus supuestos amoríos. Acabaron en la cama; era de esperar. Estimo que Vivian no lo amaba porque estaba loca por vos. Lo usó.

—¿Vos cómo sabes todo esto?

—Arturo era el paño de lágrimas de tu ex mujer y yo el de mi ex marido. También me volví su asesora en cuestiones femeninas. Admito que algunas cosas son conjeturas mías, como que Vivian usaba a Arturo.

—Lo siento. ¿Cuándo comenzó su romance? —me interese con un desapego que me asombraba.

El verano del año pasado —precisó tras tomarse unos segundos para reflexionar—. En Punta del Este. La muerte de Vivian casi lo destruyó —añadió—. Si no se pegó un tiro es porque quiere vengarse de vos. —A continuación hizo un comentario que me puso las tripas de piedra: Le parece una injusticia que vos seas feliz con la licenciada Facchinetti.

Que el nombre de mi mujer siquiera despuntase en la mente de ese gusano me hizo sentir una vulnerabilidad a la que no estaba acostumbrada. Y recordé de nuevo a Daniela Dieter, que me había comentado acerca del interés de Cimmi por saber de Cósima.

—¿Que más dice? —pregunté fingiendo sarcasmo y desinterés.

—Dice que no merecés a una mujer como esa, que se ocupa de tus hijos y de vos con una devoción increíble.

—¿De dónde saca él eso?

Beatriz se encogió de hombros.

—De los programas de chimentos, supongo —dedujo Beatriz—. Asegura también que estás loco por ella, como nunca te ha visto por otra mujer. Si es así, querido Nacho, me alegro por vos —dijo y elevó la copa.

La imité e incliné la cabeza en señal de agradecimiento mostrando una actitud tranquila, cuando en realidad estaba en llamas. ¿Cómo sabía Cimmi que Cósima era una madre excelente y una devota esposa? No de los medios, por cierto; nada conocían de nuestra vida privada pues la cuidábamos con celo. ¿Tal vez la habrían fotografiado cuando iba a buscar a Montserrat a la escuela y lo inferían por el modo en que la abrazaba y la besaba? Habría transcurrido el día tejiendo conjeturas y nunca adivinado la fuente que suministraba la información. Si algo había aprendido con Cimmi era que, a veces, los enemigos y los traidores estaban más cerca de lo que pensábamos.

Tras despedir a Beatriz en la puerta del restaurante llamé a Leopoldo para asegurarme de que

todo estuviese bien.

—Todo en orden, señor —confirmó—. La señora acomodó los horarios para salir más temprano de la fundación. Quiere ir a buscar a Montserrat a la escuela.

Sonreí al imaginarlas a la salida del Saint Peter's. Cósima aseguraba que pocas cosas le provocaban tanto placer como sorprender a Montse en la puerta de la escuela. “Amo su carita de asombro y cómo sonrío cuando me ve”, me había confesado.

—¿Y mi hijo?

—Aquí, en la fundación. Ya terminó por hoy así que vendrá con nosotros a buscar a Montserrat.

Todo funcionaba a la perfección, gracias a Cósima. Sólo faltaba neutralizar el caos que se había desatado por culpa de Vivian y de Cimmi. Me encargaría de resolverlo como que me llamaba Ignacio Julio Lanz Reuter. Anhelaba vivir en paz con mi mujer y mis cuatro hijos.

—Leopoldo —hablé con acento riguroso—, quiero que te mantengas muy atento.

—¿Algo especial de lo que debería estar al tanto, señor?

—Arturo Cimmi —contesté—. Esta noche hablaremos en detalle.

—Comprendido, señor.

Apenas llegué a casa me encerré con Niño Rossi y con Leopoldo en el escritorio y les comenté mis recelos, que Cimmi estaba hablando demasiado de mi esposa.

—Tal vez sean suposiciones vanas —admití—, pero hasta tanto la cuestión se calme quiero que estén doblemente atentos. Y quiero que siempre vayan armados, con sus pistolas cargadas.

—Siempre las tenemos listas —respondió Leopoldo, y Niño asintió.

Yo llevaría mi Glock 26 a todas partes. Contaba con el permiso para portarla y la mantendría cargada aunque lo tuviese prohibido.

El perito de parte que había contratado Victorio, el ingeniero en sonido que verificaría la fidelidad de la grabación entregada por Cimmi al fiscal, dictaminó que, dada la bajísima calidad sonora del archivo, resultaba imposible establecer con un alto grado de probabilidad la correspondencia entre las voces del video y la mía y la de Oscar Militello, el asesor del ministro de Desarrollo Urbano de Buenos Aires. El fiscal, a su vez, mandó hacer sus propias pruebas, que ratificaron que las voces pertenecían a Militello y a mí. Así estábamos, en un tira y afloje que me tenía estresado y harto, sin mencionar los problemas en la constructora, donde los inspectores de la AFIP no nos daban tregua. Al menos habían concluido la inspección en la Fundación Indiana sin hallar nada reprochable.

Teníamos dos obras públicas paradas por decisión del juez, que quería revisar los pliegos de la licitación. Victorio había solicitado que se nos permitiese devolver las grúas y las maquinarias; perdíamos miles de pesos en el pago del alquiler. Mi abogado interpuso el pedido, que fue rechazado. Cuando pidió hablar con el juez, este le dio a entender que con dinero todo se solucionaba. Ante la obvia pregunta de Facchinetti, cuánto, el magistrado soltó una suma muy suculenta en dólares, por cierto menor a lo que estaban costándome las grúas y las máquinas. Igualmente, le habría pagado la coima así hubiese sido mayor con el único objetivo de tenerlo predispuesto y de nuestra parte.

Facchinetti le entregó el dinero dentro de un sobre abultado en el estacionamiento de uno de nuestros shoppings, un lunes a las nueve de la mañana cuando no había ni un alma. Niño Rossi y Leopoldo se mantenían cerca, controlando que nadie merodease ni tomase fotografías. Mi suegro, por su parte, no abrió la boca siquiera para saludar al juez. Le entregó el sobre, esperó a que contase el dinero y se fue. Dos días más tarde nos autorizó a devolver las maquinarias.

—Ya sabemos con qué buey aramos —expresó mi suegro—. Tenía mis resquemores con este juez, pero resultó tan lábil como los demás.

—¿Y el fiscal? —quise saber.

—A ese no lo tengo aquilatado aún —admitió—. Mañana iremos con la señorita Dieter a declarar. Ya le asestamos un duro golpe a Cimmi al adjuntar a la causa la sentencia por lo del espionaje corporativo. La declaración de esta joven será el último clavo en su ataúd.

—¿Qué hay con el acuerdo por lo del juicio abreviado? Me da por las pelotas tener que pactar con el fiscal. Es como aceptar la culpa.

—La ley aclara expresamente que aceptar el acuerdo no implica la aceptación de la culpa. Además, el juez siempre tiene la última palabra —me explicó mi suegro—. Si considera que las pruebas te absuelven, lo hará.

—¿Preparaste bien a Daniela para mañana?

—Sí. Es una chica despierta.

En el juicio por espionaje corporativo el abogado de Cimmi trató de descalificarla por su pasado con las drogas —le recordé.

—Hemos tenido en cuenta esa posibilidad —respondió Facchinetti, siempre seguro y sereno—. Rechazaremos el golpe como hemos hecho con los demás. No te olvides que nosotros tenemos a Cimmi en un video donde aspira varias líneas de cocaína. ¿Por que él es confiable, tanto como para armar todo un proceso basado en su palabra, y la señorita Dieter no, siendo que ambos tienen el mismo vicio? Dicho esto, agregé que contamos con un certificado extendido por el psiquiatra de Daniela Dieter en el que asegura que está limpia y que no ha vuelto a recaer en meses. Pues bien, habiendo salvado este escollo, que la señorita Dieter haya escuchado del propio Cimmi que quería destruirte es muy relevante en un juicio donde todo se basa en su denuncia. Esta declaración y el video de Cimmi y tu ex teniendo relaciones sexuales y consumiendo cocaína son más que suficientes para poner en tela de juicio la moralidad y las verdaderas motivaciones del testigo.

—Creo —opiné con acento pesimista— que a la Justicia le importa tres pitos la moralidad del testigo o sus motivaciones, no le interesa si lo hace por venganza o porque tiene cargo de conciencia.

Es cierto —concedió Facchinetti—, el fiscal interpondrá que estas cuestiones no tienen nada que ver con el video que Cimmi grabó mientras vos supuestamente negociabas una coima. Lo que tratamos de hacer aquí —me explicó— es esbozar el perfil del denunciante, describirlo como poco fiable, vicioso y embustero, movido por la sed de venganza y por una cuestión pasional. Ya le pedí al fiscal someter a Cimmi a un peritaje psiquiátrico que va a reforzar nuestra teoría. Entonces, a partir de este perfil psicológico, es prudente conjeturar que todo lo que surja de esta persona es, por parte baja, cuestionable. Ya hemos sembrado la duda acerca de la confiabilidad del video cuestionando la calidad del sonido y con esto le hemos asestado otro duro golpe a la estructura del proceso. Mañana es el cumpleaños de mi hija —soltó Victorio sin pausa y se quedó mirándome.

Al día siguiente, martes 24 de mayo, mi mujer cumpliría cuarenta y siete años. Me proponía agasajarla cubriéndola de regalos y de gestos para que no le quedase duda de lo vital y medular que se había vuelto para mí. Lo que había experimentado antes de ella, me parecía vacío y sin sentido. Si hubiese buscado una analogía entre mi vida anterior a Cósima y la que disfrutaba con ella, la del televisor en blanco y negro y ni colores habría servido a la perfección. En el presente, aunque vivía sin los excesos del pasado, todo era más intenso, hasta una simple sonrisa o una

caricia de mi mujer me hacían vibrar.

—Cósima no quería —admití—, pero la convencí y mañana daremos una fiesta, aprovechando que al día siguiente es feriado.

—Me llamó para invitarme —comentó mi suegro.

—¿Eladia y vos van a venir?

—No me lo perdería por nada. La noté muy feliz,

—¿Sí? —dije, y la voz me salió como la de un nene ansioso por aprobación—. ¿Te lo dijo ella?

—No hace falta, Nacho. Sólo basta oírla para saber que está feliz,

—Pero lo del juicio la tiene muy preocupada. Lo sé, aunque ella no me lo diga.

—Sí, la tiene preocupada. ¿Qué esperabas?

—Quiero terminar con todo para darle la paz que se merece.

Pronto acabará.

—¿Creés que obtendremos una sentencia favorable en la primera instancia?

—Estimo que sí. De lo contrario apelaremos. No volverás a la cárcel —manifestó con una seguridad reconfortante.

Capítulo XXV

COLEGIALA LUJURIOSA

Cósima

Yo no quería, pero, al ver a Lanz tan entusiasmado con la propuesta, acepté organizar una fiesta para mi cumpleaños. Me habría bastado con un asado. En realidad quería concentrarme en el festejo de Montserrat, que cumpliría once años el 12 de junio. Hacía semanas que veníamos planificando y anotando ideas. La cuestión nos tenía contentas y parlanchinas. Nos enviábamos mensajes de voz y escritos y, cuando estábamos en casa, no cesábamos de charlar sobre el tema. Se había dado de un modo natural y, sin embargo, este punto de conexión me servía para afianzar el vínculo. Ganarme su confianza era primordial porque me permitía hablarle con franqueza, como cuando decidí abordar lo de las llamadas tóxicas de la abuela Marga. Lanz estaba conmigo. Le sugerimos que las espaciase y que sólo atendiera si tenía ganas.

—Nunca tengo ganas —nos confió en voz casi inaudible y con la vista baja, abrumada de culpa.

—Entonces no respondas nunca —decretó Lanz con el pragmatismo típico de un varón.

—¡No puedo, pa! Es la abuela —razonó—. Ella perdió a su hija. Está triste.

La abracé y le besé la coronilla.

—Sos la nena más madura y buena que conozco, Montserrat —la halagué porque en verdad lo creía—. Pero vos perdiste a tu madre y sólo tenes diez años. Tu padre quiere protegerte porque te ama. Es lógico que te sugiera que no la atiendas.

—Tu abuela Marga —tomó la palabra Lanz— está triste pero también está resentida conmigo porque me culpa de la muerte de tu madre. Y sabe que golpéandote a vos, me golpea a mí.

Lo mire por sobre la cabeza de Montse y abrí grandes los ojos para suplicarle que bajase el tono y la brutalidad de los comentarios.

—Pero vos no tenes la culpa, pa. Ella se olvidó de ponerse el cinturón de seguridad —evocó Montserrat con una claridad y llaneza encomiables.

Le acuné el rostro y le besé la frente.

—Tesoro mío, lo que tu padre quiere es que aprendas a preservarte, a protegerte —aclaré—. Todo el esfuerzo que significa transitar el duelo, como un camino de sanación, se derrumba cuando hablas con la abuela Marga. Tenes que aprender a protegerte —insistí.

—Como hacen los soldados cuando van a la guerra —acotó Lanz en su modo implacable—. Se ponen cascos y trajes especiales para que los enemigos no los hieran.

—¿La abuela y yo estamos en guerra? —inquirió la precoz Montserrat—. ¿Es mi enemiga?

—Tu abuela me decretó la guerra a mí, hija —explicó Lanz—. Pero sabe que hiriéndote a vos me hiere por partida doble. Me duele mucho más que si me llamara y me insultase directamente. Sabe que no soporto verte triste.

Montserrat se lanzó a los brazos del padre y se aferró a su cintura.

—Pa, te prometo que sólo la voy a atender si tengo ganas de hablar con ella.

Había servido de poco la advertencia puesto que Marga, al darse cuenta de que Montserrat la evitaba, se servía del teléfono de sus hijos o de sus otras nietas para tenderle una trampa. Más allá de esas triquiñuelas, la dinámica había cambiado. Los reclamos de Marga ya no la abrumaban de culpa sino que comenzaban a fastidiarla. Por pedido nuestro, Carolina Jáuregui abordó el tema de la abuela materna y reforzó el concepto de la autopreservación y de los vínculos tóxicos.

Admito que disfruté de la fiesta organizada por Lanz. Me sentí la reina de su casa, de su vida, la mujer a la que él amaba y buscaba con la mirada entre los invitados. Además de nuestros familiares y amigos más íntimos, invitó a Alberto Maggi y a otros compañeros del Saint Peter's que no habían pertenecido a su grupo de bufones. También había gente de otros círculos que yo no conocía y que él se esmeró en presentarme. Amaba su expresión de orgullo cuando les decía quién era yo.

Lucho nos sorprendió al llegar con Daniela Dieter. Se habían conocido en nuestro casamiento y salían desde entonces. Carlitos y Naty se habían enterado el domingo anterior, cuando la llevó a navegar, actividad que la apasionaba, según confesó la propia Daniela.

—Entonces Jaime y Pao ya lo saben —quise confirmar.

—Sí, lo saben —afirmó Lucho—. Y están muy contentos —añadió Porque sabía que era lo que yo necesitaba oír.

Tras superar el asombro admiré la lindísima pareja que formaban. Me recordé que tenía que estar agradecida con la Dieter, que ese día había atestiguado a favor de mi esposo y que ya lo había hecho en el juicio por lo de la violación del acuerdo de confidencialidad. Había perdido muchísimo ayudándolo, entre otras cosas el afecto y el apoyo de Fernando Riera y el empleo en su constructora. Lanz le había conseguido un puesto como gerenta de Relaciones Públicas en la empresa de un amigo que le debía plata y favores. Según Lanz, estaba contenta y su amigo hablaba bien de ella, pero de seguro la Dieter percibía las diferencias entre una realidad y la otra, entre ser casi la dueña y ser una empleada. Como fuese, tenía que recordar cuánto le debíamos y olvidar que era bellísima y que compartía un pasado amoroso con Lanz. Tal vez había declarado frente al fiscal porque aún lo amaba, me susurraba una voz maliciosa.

Daniela se mostró muy gentil conmigo y me regaló una acuarela enmarcada que había pintado ella misma, de Lanz y de mí, la copia de una de las fotografías de nuestra boda. Me asombró lo bien que dibujaba y pintaba y se lo dije.

—Ahora estoy empezando a usar óleos y he descubierto que amo pintar caballos —me confió—. He ido varias veces al Hípico para acompañar a Lucho mientras da clases. Me siento con mi atril y pinto a los chicos mientras están montando.

—Quiero comprarte uno de esos cuadros para la fundación —expresé, y ella me aseguró que me lo regalaría con mucho gusto, pero que nunca me vendería nada a mí, la esposa de “su querido amigo Nacho”.

La fiesta se desarrollaba como había previsto, con mucha libertad por parte de los invitados, que se servían del bufé y se ubicaban para comer donde les resultaba más cómodo. Las empleadas se paseaban ofreciendo champán, vinos y jugos y recibiendo platos y cubiertos sucios. Yo no tenía hambre y me dedicaba a recorrer la fiesta con Nachito, Bernie y Pepe por detrás verificando que todos estuviesen bien servidos y a gusto. Me detuve a charlar con mi madrina y mi mamá, a quien noté contenta pese a la presencia de su ex y de Eladia. Comentábamos acerca

de la novedad del noviazgo de Lucho y Daniela cuando Nachito me tomó la mano derecha y se la refregó en la cara, hábito que había desarrollado tiempo atrás y que indicaba que tenía sueño. Se había portado muy bien pese a lo agresivo que debía resultarle la alteración de las rutinas y la invasión de su refugio. Experimenté un orgullo y un amor tan profundos por esa criatura que lo tomé en brazos y lo llené de besos.

—Te amo —le dije al oído y él se limitó a apoyar la mejilla en mi hombro y a soltar un suspiro—. Ya vuelvo —anuncie—. Lo llevo a la cama. No da más.

Hice una seña a Sara, que se mantenía atenta y cerca, y nos dirigimos a la tranquilidad de la planta alta. Como había previsto, Nachito se durmió apenas lo recosté sobre la almohada. Me senté en el borde para observarlo. Pepe ya se ubicaba a los pies y Sara apagaba las luces y encendía la de noche además del baby call. Casi no se despertaba, pero cuando lo hacía se quedaba en la cama y me llamaba. Aunque me interrumpía el sueño, amaba oír su voccecita dormida pronunciar mi nombre con cierta cuota de desesperación. Me hacía sentir la dueña del mundo.

Despedí a Sara y me dirigí a mi dormitorio; aprovecharía para hacer pis y retocarme el maquillaje. Desde hacía diez días ocupábamos el dormitorio que habían compartido mi esposo y su ex. La renovación iniciada por Lanz había sido tan radical que, debo admitir, la habitación era otra. Entré y, antes de encender la luz, inspiré la fragancia que yo identificaba como la nuestra, la de nuestros perfumes enlazados, y que me arrancó una sonrisa.

Descubrí sobre la cama varios regalos. Reconocí la etiqueta de las bolsas; era del sitio web que vendía lencería erótica. Nos habíamos vuelto clientes y, además de la lencería escandalosa, incursionábamos en otros accesorios con los que nos excitábamos y divertíamos muchísimo. Desplegado de mi lado de la cama había un disfraz de colegiala. Me cubrí la boca y sofoqué una carcajada. Durante la última compra habíamos descubierto la sección de disfraces eróticos y Lanz había bromeado con que me compraría el de la colegiala picarona porque le recordaba a cuando íbamos al Saint Peter's y yo era su secreto prohibido.

“¡Cuántos regalos!”, pensé, porque ya me habían dado tanto ese día.

Me desperté a eso de las seis, cuando Lanz abandonó la cama subrepticamente y salió del dormitorio. Sospechaba qué se traía entre manos, por lo que me levanté y me preparé para recibirlos. Harían lo mismo que el 4 de marzo, para el cumple de Nachito, cuando fuimos los tres a despertarlo y le cantamos el cumpleaños feliz y le entregamos los regalos. Estaba volviéndose una tradición familiar, me dije.

Me encontraron sentada frente al tocador mientras me peinaba. Me giré en la banqueta y abrí los brazos para recibir a Montse y a Nachito, que corrieron hacia mí con Pepe y Bernie por detrás. Alcé la cabeza para que Lanz me diese un beso y me felicitara. Nos miramos fugaz pero intensamente antes de que Nachito me tocara la cara para llamar mi atención. Me entregó un paquetito.

—No, Nachito —intervino Montserrat—, primero el regalo familiar.

“Conque regalo familiar”, repetí para mis adentros. “Somos una familia”, pensé mientras sacaba de la bolsa un perfume Alien y un cofre con cremas de tratamiento, las que vendía mi dermatóloga en su instituto.

—Tu vieja me sugirió que te las regalase —se explicó Lanz— y me dijo dónde comprarlas.

Estire la mano y le acaricié la mejilla.

—Gracias, amor mío. Que regalo más hermoso. Amo todo lo que me regalaron.

—Mi regalo —dijo Nachito y volvió a ofrecerme el paquetito.

—Falta un regalo familiar —le recordó Montserrat—. El más importante —añadió y me miró con intención.

Obligó al hermano a sujetar una pequeña bolsita, esas típicas de joyería, y entre los dos me la entregaron. Dentro había una caja de terciopelo. La abrí. Me encontré con un dije conformado por cuatro aros achatados y entrelazados en distintos tipos de oro —blanco, amarillo, rosa y rojo—. En cada aro, con una caligrafía clara y en negro, estaba grabado el nombre de un hijo de Lanz.

—Justa y Ema me pidieron que esperara para entregártelo —admitió Montse, contrita—, pero yo ya no aguantaba las ganas de dártelo.

La abracé. Estiré la mano y acerqué a Nachito, que se aferró a mí. —Gracias, mis amores. ¡Qué regalo tan pero tan hermoso! A ver —dije y extendí la cadena para entregársela a Lanz—. ¿Me lo pondrías, por favor? —le pedí al tiempo que me apartaba el cabello.

Abrochó el collar y me pasó los dedos por la nuca. Contemplé la joya en el espejo. Era exquisita. Simple y a un tiempo profunda. Comunicaba tantas cosas.

—Nunca me lo voy a quitar. Siempre va a estar conmigo, cerca de mi corazón.

—Te queda re bien, Così.

—Gracias, tesoro. Es bellissimo. ¿Quién lo eligió?

—Fuimos los cuatro con papá. El joyero nos mostró muchas cosas, pero este nos encantó.

—¿A vos también te gustó, amor mío? —le pregunté a Nachito y lo coloqué entre mis piernas para abrazarlo—. Mira, acá dice Nachito. —Alzó la vista y la fijó en la mía, de pronto interesado—. Te voy a llevar conmigo a todas partes, lo mismo a tus hermanas.

—Mi regalo —insistió y me extendió el paquetito por tercera vez. Le besé el moflete antes de recibirlo. Lo desenvolví con cuidado; me daba cuenta de que era una figurita de masa. Me quedé atónita: en un cordel muy bonito blanco y azul había enfilado cuatro figuritas chatas como si fuesen monedas; había una estrella, dos flores y una mariposa, a las que les había dibujado detalles con temperas de pinceladas poco precisas.

—¡Que collar tan precioso! —exclamé y me pasé el cordel por la cabeza—. ¡Que colores tan brillantes!

Volví a girar sobre la banqueta para admirar la artesanía en el espejo.

—Lo hice yo —declaró Nachito y me volví para abrazarlo y besarlo todo lo que me permitiese.

—Gracias, amor mío. Es el mejor regalo que he recibido en mi vida —expresé porque en verdad así lo sentía.

—Cósima —dijo Nachito y, evitando el contacto visual, tocó el collar que colgaba en mi escote.

—Gracias, gracias —repetí y volví a besarlo—. ¿De dónde sacaste la idea? —me interesé.

—Lo hicimos el año pasado en mi clase de Arte en el colé —habló Montserrat—. Sara y yo lo ayudamos.

Lanz nos sacó una foto a su hijo y a mí mostrando el collar con dijes de masa. Llegó el turno del obsequio personal de Montse, que también me dejó atónita al entregarme una bufanda tejida por sus propias manos. Era bellissima, con franjas de unos tres centímetros rojas, verdes, azules y amarillas, que se repetían. Le colgaban flecos en los mismos colores en ambos extremos.

—La abuela Elizabeth me ayudó —admitió la dulce Montse—. La terminó ella porque yo no llegaba —confesó con aire compungido.

Me había sorprendido al enterarme de que mi suegra era una habilísima tejedora el día en que

le alabé un cárdigan y me contó que lo había confeccionado ella. “Las clases de tejido”, reconoció, “me ayudaron a superar el dolor por la muerte de Nora. Sin mis tejidos y mis clases creo que me habría vuelto loca”, afirmó. Con esa declaración me mostró una parte que ocultaba. Con esas pocas palabras aprendí de su esencia más que en esos meses de relación.

—Nunca tuve una bufanda tan hermosa y divertida como esta —declaré y me la enrosqué en torno al cuello—. Amo esta combinación de colores, y hace juego con los dijes de Nachito. —Mirá, tesoro —lo llamé porque se había alejado para jugar con los perros—. Mirá qué bien me quedan la bufanda de Montse y tu collar.

—Papá no te preparó un regalo especial —comentó Montserrat y lo miró con gesto reprobatorio.

“Aquí está el regalo especial de papá”, me dije mientras seguía admirando el disfraz erótico extendido sobre la cama y los demás “juguetitos”, como los llamaba Lanz.

Se abrió la puerta. Volví la vista. Era mi esposo, el amor de mi vida, el hombre que me lo daba todo, incluso la posibilidad de ser madre.

—¡Aquí estabas! —exclamó entre exasperado y aliviado—. Te busque por todas partes —me reclamó mientras se aproximaba.

—Nachito se caía de sueño. Lo puse a dormir y vine un momento para usar el baño. Pero me encontré con esto. Veo que en verdad te gustó el disfraz de la colegiala picarona.

—Se llama colegiala lujuriosa.

—Ah, lujuriosa.

—Te imagino con eso puesto y me caliento como cuando te espía desde el tragaluz del vestuario mientras hacías gimnasia.

Ignacio

A Cimmi se le iban agotando las posibilidades de hacerme mierda; a Riera también. A fines de junio el tribunal que había entendido en la apelación por el caso de espionaje corporativo ratificó la sentencia y confirmó la participación de Riera, a quien el juzgado de primera instancia había exonerado. Al cuerpo de pruebas se sumó no sólo el testimonio de Daniela Dieter sino el flujo constante de llamadas telefónicas entre mi ex empleado y el empresario de la construcción. Los dos tenían que pagarme una indemnización, además de soportar condenas en suspenso.

Por otra parte, haberme mantenido firme durante el juicio por corrupción, sin ceder a las promesas del fiscal ni chivatear a otros políticos, iba rindiendo frutos. Los que antes me esquivaban como a un leproso ahora me llamaban por teléfono y me invitaban a tomar un café; querían saber cómo estaba y qué proyectos tenía.

Los trataba de buen modo, pero declinaba las invitaciones. La verdad era que no quería volver a saber de ellos.

Con mi viejo habíamos decidido no seguir participando en licitaciones para obras públicas, las que habían hecho grande la constructora en tiempos de mi abuelo y que ahora me habían metido en este lío. Concentraríamos nuestras inversiones y obras en el sector privado, que si bien era más volátil y riesgoso nos permitía un control casi total, sin depender de las estructuras corruptas

instaladas en el Estado argentino desde la época de la Junta de Mayo de 1810. Nunca desaparecerían; estaban en la genética del país.

Este cambio, sin embargo, implicaba un achicamiento, sin mencionar el que exigían las pérdidas sufridas por el juicio, los embargos y las obras paradas. Las previsiones para 2016, las que habían profetizado una recesión, estaban demostrándose ciertas, lo que reforzaba nuestra idea de amoldarnos a los nuevos y fatídicos vaivenes de la economía argentina. Estudiábamos una reestructuración que desembocaría en despidos.

La multa que, estimábamos, me impondría la AFIP por las cuentas off shore, no declaradas en el cálculo para el Impuesto a los Bienes Personales, sería de varios millones de pesos, y tendría suerte si el juez en lo penal económico no me mandaba a la cárcel. También se barajaba el concepto de renta presunta que terminaría engrosando la deuda con el fisco. Según Facchinetti, que basaba su defensa en la improcedencia de las fotocopias de los extractos bancarios, era poco probable que acabase preso, pero para mí constituía otra amenaza que ponía en peligro la estabilidad de mi vida justo cuando había alcanzado la felicidad desde un punto de vista personal.

Cósima era el secreto. Mis hijos y yo girábamos en torno a ella. Montserrat la idolatraba; cualquier cuestión derivaba en una consulta con Cosi, desde las más banales, como qué ropa ponerse para un cumpleaños, hasta las más profundas, como conversaciones acerca del vínculo que había tenido con su madre y que ahora tenía con su abuela Marga. La fiesta de cumpleaños de Montse, que habían preparado juntas durante semanas, había sido un éxito. Las madres me enviaron mensajes por WhatsApp para agradecerme y contarme que sus hijos habían regresado alucinados con los juegos que Montserrat y Cósima habían organizado.

¿Qué puedo decir de Nachito? Se había apoderado de mi esposa; estaba convencido de que era para él. Cósima entraba en una habitación y mi hijo, que antes no registraba a nadie, abandonaba lo que fuese para correr a sus brazos. Si ella se lo pedía, él la miraba con fijeza. Cualquier cosa que ella le pidiera, él se la concedía, desde armar frases completas hasta expresar lo que sentía. Era una experiencia fascinante observar cómo lo guiaba para que comprendiese qué lo fastidiaba y de ese modo dar con una solución. Les encantaba ver fotos, de ellos mismos y del resto de la familia. Cósima me había explicado que era una técnica que servía para que el niño autista se reconociera en actitudes de empatía y de alegría que le conferían una dimensión de lo que tanto le costaba apreciar en la vida real. Mi presunción de más de un año atrás, cuando Nachito y yo entramos por primera vez en el consultorio de Cósima, de que ella se convertiría en el artífice de la salvación de mi hijo, se había quedado corta. Mi mujer no sólo estaba enseñándole las cuestiones básicas, como hablar y desenvolverse en un mundo hostil, sino que lo hacía feliz. Mi hijo era feliz con su Pepe y su Cósima; no necesitaba a nadie más. Cósima difería; aseguraba que yo era lo más importante para Nachito, cuando saltaba a ojos vistas que era ella.

Mis hijas mayores la adoraban. Las dos seguían trabajando en la Fundación Indiana. La más entusiasmada era Justa. Como Julieta, la psicóloga asistente de Cósima, estaba con excedencia por maternidad, Justa se había convertido en su mano derecha. Mantenía la costumbre de almorzar con mis hijas mayores en mi despacho al menos una vez por mes, y siempre tenían algo lindo para contarme de mi mujer.

—Pa, Cosi es mágica con los chicos —aseguró Justa en una ocasión—. Ella dice que no, que tiene mucha cancha y experiencia, pero las otras psicólogas de la fundación, que la conocen desde hace años, coinciden conmigo. Es como si los chicos con autismo, incluso los que trata con parálisis cerebral, se comunicasen con ella con un lenguaje propio que les permite

entenderse. No sé si llegaré a ser tan buena como Così.

—Hay que ser Cósima para ser tan buena como ella —acotó Ema y, aunque estaba de acuerdo con mi segunda hija, le aseguré a Justa que, si aprendía ese lenguaje especial, llegaría al corazón de los autistas.

Pero, ¿cuál es ese lenguaje, pa? —se exasperó Justa.

Me quedé callado, mirándola, mientras meditaba la respuesta.

Creo que el secreto de Cósima está en no querer ser una buena psicóloga. Eso a ella no le importa, ni siquiera le interesa. Ella quiere entender a los niños con autismo y basta. Esa carencia de ego, ese absoluto desinterés por triunfar, es lo que la pone en otro nivel, el mismo nivel de la sabiduría de los niños, y es el que le permite acceder a su mundo porque confían en ella. Se abren a ella, como Nachito.

—¡Guau! —se asombró Ema—. Es lo más profundo y sabio que escucho en mucho tiempo y acaba de pronunciarlo mi padre.

—¿Es que no tenés fe en tu padre? —simulé ofenderme.

—Antes de Cósima, no. Después de ella, sí. Pero amarte, pa, te he amado siempre.

La atrapé en un abrazo y no le permití zafar. Siempre había sido arisca, mi Ema contestataria y buena. Ahora andaba con uno que me gustaba tanto como una patada en las bolas. Eran compañeros del UNA y estaban por recibirse juntos de licenciados en Actuación. El chabón tenía aros, piercings y tatuajes. Sólo me lo bancaba porque mi mujer, que siempre charlaba con él —yo lo saludaba y punto—, me aseguraba que era un buen pibe.

—Ignacio —razonaba—, no podés pretender que siendo un artista ande de traje y corbata, afeitado y perfumado. Ellos son bohemios, los creadores del mundo. Piensan con otra parte del cerebro y viven de acuerdo con otros cánones. Además, sabemos bien que el hecho de que una persona vista traje y corbata no es garantía de que sea íntegra y noble, ¿verdad?

La encerré entre mis brazos y la pegué a mi cuerpo.

—Yo ando todo el día de traje y corbata y soy lo mejor que pisa la Tierra. —Amaba hacerla reír; era tan fácil arrancarle una carcajada— Soy lo mejor que pisa la Tierra y vos estás loca por mí —agregué y comencé a desabotonarle la camisa.

—Ah, no —se impuso—. Antes de que sigas con esto tenes que prometerme que la próxima vez que estemos con Roque lo vas a tratar mejor y vas a intentar hablar con él, interesarte por sus cosas. —Iba a negarme y me hizo callar poniéndome el índice sobre los labios—. Si no coníías en Roque, entonces confiá en tu hija. Ema es una chica sensata e inteligente. No se va a meter con alguien que no esté a la altura. —Hizo un silencio y me contempló con una sonrisa irónica—. Después de todo, la psicología afirma que las hijas buscamos a hombres que sean iguales a nuestros padres.

—Ema, como siempre, rompe todas las reglas —afirme y volvía hacerla reír.

Estábamos locos por Cósima, aun mi vieja, que de haber sido la defensora de mi ex y la detractora del amor de mi vida, ahora la trataba como si fuese una hija. Entre ellas no se había establecido el mismo vínculo que había existido con Vivian, pues entre mi vieja y mi ex había sido más superficial, como el de dos amigas interesadas en la moda y en el cuerpo. Con Cósima mi vieja hablaba, realmente hablaba, y le confiaba sentimientos, pensamientos y hechos que no le había contado a nadie. Me enteraba de poco, porque Cósima era muy discreta, pero a veces mi vieja se soltaba conmigo, ahí y de ese modo me daba una pauta de cuán profundos eran sus diálogos. Al escucharla hablar era como si tuviese a otra persona frente a mí; incluso el léxico que empleaba era distinto. Cósima le prestaba libros de autoayuda que ella devoraba y que

después comentaban. Mi vieja, por su parte, estaba enseñándole a tejer.

Cósima me hacía inmensamente feliz. Pero lo digo sin soberbia: yo también la hacía feliz a ella. Y no se trataba sólo del sexo diario y mucho más que satisfactorio, ni de que estuviese atento a ella, a sus deseos, a sus necesidades, ni que buscara satisfacerlos a como diese lugar. Se trataba de la comunión que había nacido entre nosotros, una conexión tan difícil de explicar como poderosa; pura magia que nos permitía cruzar una mirada y saber qué pensaba el otro, qué quería. Estoy seguro de que para ella no era nuevo; estoy seguro de que ella había establecido un vínculo similar con su primer esposo; por cierto, lo tenía con Carlitos Naum. Para mí era nuevo y me gustaba pensar que, pese a todo, conmigo formaba la comunión más profunda, la que, por haber tenido un origen traumático y haber superado tantos escollos, era la más fuerte, extraordinariamente fuerte, e indestructible. Ni saber que había corrompido a un político ni la posibilidad de terminar en prisión la habían alejado de mí. Eramos uno y nada podría separarnos, ni los juicios, ni la prensa, que seguía acosándonos, ni la maledicencia de la gente, ni los celos, ni la envidia. Ni la muerte.

También la hacía feliz porque le había dado la posibilidad de ser la madre de mis hijos. Me envanecía verla tan dedicada a Montse y a Nachito; a Justa y a Ema también. Y resultaba asombroso que no experimentase celos ni me embolase compartirla. Haberle proporcionado algo que nadie le había dado me colmaba de orgullo. Era la mujer con instinto materno más desarrollado que había conocido. Poseía un radar extra para los asuntos de mis hijos, en especial los de los más chicos. La relación entre ellos se daba de un modo tan natural como sorprendente. Montse y Nachito reconocían en Cósima a la madre que habría dado la vida por ellos.

Sabía que nuestras familias y nuestros amigos pensarían que Cósima había decidido disminuir sus horas de trabajo en la fundación por pedido mío. Me tenían por dominante, manipulador y absorbente. Sabían que estaba obsesionado con ella y que quería que sólo me mirase a mí. Todo era cierto, no lo discuto, pero ya no era el Ignacio del pasado. No había perdido las mañas, lo acepto, pero Cósima me había enseñado a ser empático y yo había aprendido la lección. Si quería estar a su altura tenía que abandonar mis peores hábitos.

Igualmente, me importaba un pito lo que pensasen. Yo no le había pedido que trabajara menos ni que se dedicase a mí y a mi familia. Lo había decidido ella. Y me lo había comunicado el 15 de agosto, el día de mi cumpleaños, mientras almorzábamos juntos en Puerto Madero, los dos solos. Arrastró la mano sobre el mantel y entrelazó los dedos con los míos.

—He decidido una cosa —dijo con aire solemne.

—¿Qué? —pregunté con cierto temor.

—Quiero trabajar menos para dedicarme más a nuestra familia. —El alivio me aflojó los músculos. Y debo de haber sonreído como pocas veces, porque ella alzó las cejas asombrada—. Es la sonrisa más hermosa que me has regalado desde que te conozco.

—Es que me hace tan feliz lo que acabás de decirme. Pero ¿estás segura, amor? La fundación y tus pacientes son tu vida.

—Vos y tus hijos son mi vida ahora, Ignacio.

Asentí como un autómatas, emocionado como un boludo, incapaz de articular un sonido. Me incliné y le besé la mano con una reverencia que no reflejaba cabalmente la veneración que me inspiraba.

—Es el mejor regalo de cumpleaños —susurré sobre su piel.

—Estoy feliz con la decisión —me comentó—. Venía meditándola desde hacía tiempo. Vos me diste la posibilidad de sentirme de nuevo mujer, de sentirme amada...

—Amada no, Cósima —la interrumpí—. Adorada, venerada.

—También me haces sentir así, te lo aseguro. Pero me diste algo por lo cual te estoy especialmente agradecida: la posibilidad de amar como una madre ama a sus hijos, los de su vientre. Sé que tus cuatro hijos no salieron de mí, pero quiero que sepas que los amo como si se hubiesen gestado en mí.

Me caían lágrimas y ni siquiera me molestaba en secarlas. Si había un paparazzi cerca o un boludo sacando fotos con el celular, mi esposa y yo abríamos los programas ríe chimentos de la tarde. Se harían especulaciones. “¿Nacho llora porque la licenciada Facchinetti le pidió el divorcio o porque sabe que irá a prisión?” Con sus corazones marchitos y sus mentes perversas habrían sido incapaces de comprender lo que había entre nosotros.

Durante años dediqué mi vida a la psicología y a los niños del espectro autista y a los que sufren parálisis cerebral. Ellos me salvaron después de que perdí a Horacio y a nuestro hijo. Estoy segura de que habría muerto sin mis pacientes, lo sé —declaró con fervor—. Pero ahora, a los cuarenta y siete años, la vida me regala la posibilidad de cumplir un sueño que se truncó traumática e inesperadamente. Vos me das esta posibilidad permitiéndome ser la madre de tus hijos.

“Vos tendrías que haber sido la verdadera madre de mis hijos”, le habría confiado, pero no me atreví. Pese a que Cósima me había perdonado por los años de bullying, me avergonzaba y me costaba hablar del tema.

—Mis hijos son afortunados de tenerte como madre, amor mío —dije con la voz floja.

—Quiero pasar más tiempo con ellos. Por ejemplo quiero ir a buscar a Montse a la escuela, ir al Hípico con Nachito. Quiero empezar natación con él. Hay cursos de natación para madres e hijos que son muy terapéuticos...

Siguió contándome sus planes. En verdad lo había meditado de manera concienzuda. Tenía decidido no aceptar nuevos pacientes y repartir sus horas entre los que le quedaban y el entrenamiento y la capacitación de los profesionales de su equipo. Trabajaría hasta las tres de la tarde, para tener libre el resto del día.

—Pienso tomarme los viernes.

—¿Carlitos y Lucho lo saben? —me interesé —¿Van a decir?

—Hace años que Carlitos y Lucho me reclaman que trabajo demasiado. No se opondrán —aseguró.

Sí, mi esposa era feliz. Y me lo debía a mí.

Capítulo XXVI

PERTURBADORA REVELACIÓN

Cósima

Cada vez que hablaba con mi padre sobre el juicio por corrupción él sostenía que, debido a que el otro imputado, Oscar Militello, era un favorito de la Casa Rosada, fuerzas poderosas y subterráneas se movían para conseguir el sobreseimiento, que no la absolución. Me conformaba con lo primero. Sólo quería a mi esposo a salvo. Sus hijos y yo lo necesitábamos. Aunque mi padre aseguraba que la posibilidad que lo privasen de la libertad otra vez era casi inexistente, no me convencía. Ni siquiera me atrevía a demorarme en esa eventualidad. A veces, angustiada por las imágenes de Lanz en prisión, transcurría la noche en vela mientras lo escuchaba respirar a mi lado.

El 30 de septiembre el doctor Pacchinetti se presentó con una noticia maravillosa: Lanz sería sobreseído en la causa por corrupción debido a la improcedencia de las pruebas. Las conexiones de mi padre se lo informaron antes de que se hiciese pública la sentencia y vino a casa a avisarnos ese mismo viernes mientras cenábamos.

Me eché a llorar. La reacción me tomó por sorpresa y me dio la pauta de la angustia que había acumulado. Montse abandonó su silla y me abrazó. Nachito, al verme tan afectada, comenzó a gritar y a sacudir las manos. Pepe corrió a calmarlo. Lo dejé hacer; yo estaba demasiado emocionada para aplacarlo. Busqué serenarme y le hablé para hacerle ver que estaba tranquila.

—Todo está bien, amor mío. Todo está bien —repetí.

—Cosi llora porque está contenta, Nachito —intentaba calmarlo la dulce Montse.

Lanz se lo puso sobre las piernas y enseguida se acalló y frenó el aleteo. Y después negaba cuando yo le aseguraba que era la persona favorita de su hijo.

Mandé que se sirviese el postre y después tomamos el café, y todo sin volver a referirnos al juicio. Sara y yo nos ocupamos de los chicos mientras los hombres se encerraban en el escritorio para hablar de la resolución del caso. Me les uní media hora más tarde, cuando mi padre expresaba:

—El juez definió la grabación de Cimmi como una prueba parajudicial y la desestimó, no sólo por el modo en que había sido obtenida sino por la bajísima calidad del sonido que impedía confirmar si se trataba de las voces de los imputados. El hecho que hubiésemos demostrado que había una contienda personal entre Cimmi y vos, Ignacio, resultó clave.

—Pero me decías que el fiscal va a apelar —comentó Lanz.

—Sí, lo hará —confirmó mi padre—. Pero no creo que la Cámara revierta la sentencia de primera instancia. Estuve leyendo una copia antes de venir aquí y la juzgo muy sólida, bien planteada y justificada.

Esa noche nos amamos como locos y nos quedamos despiertos hasta tarde, eufóricos,

dichosos. Hicimos planes. Lanz quería ir unos días a Bariloche para festejar la victoria y yo le impuse una condición: que llevásemos a los chicos, a lo cual accedió sin poner peros. Lo dejamos para el fin de semana largo del 12 de octubre, que pasaba al 10 y nos brindaba tres días para disfrutar de las bellezas del sur. Ema y Justa se sumaron con sus novios.

En Bariloche me esperaba una sorpresa: Lanz me había comprado una casa sobre el Nahuel Huapi, cerca de su hotel. Temprano al día siguiente, sus tres hijas mujeres, que sabían lo de la casa, complotaron para ayudarlo a conducirme con engaños hasta la propiedad donde él nos esperaba con todo abierto y listo. La belleza de la construcción de piedra y madera, con un muelle sobre el lago, no me causó tanta emoción como la expectativa con que Lanz aguardaba mi veredicto. Me eché en sus brazos y lo besé en toda la cara, allí, frente a sus cuatro hijos y los dos novios. Él me hizo dar vueltas en el aire. No podía parar de reírme.

—Gracias, gracias —repetía, corta de palabras.

—Lo decidí durante nuestra luna de miel —me confesó al oído—. ¿Qué más querés que te compre?

—Tengo de todo. No se me ocurre nada, amor.

Inventaré algo —propuso—. Te compraría el mundo entero sólo para verte reaccionar como recién —aseguró y me hizo reír otra vez.

Lanz me hacía gemir y gozar. Amaba el imperio que ejercía sobre mí y sobre mi cuerpo, la habilidad con que me ahogaba de placer y me hacía vibrar. Pero también amaba, y con la misma pasión, que me hiciera reír.

Almorzamos en la casa nueva, la comida que Lanz hizo traer del hotel, mientras dos de las empleadas nos atendían a cuerpo de rey.

Salimos a caminar por el parque que descendía en un suave declive hacia la orilla del Nahuel Huapi. Montserrat caminaba abrazada a mi cintura y Nachito iba con una mano en el peto de Pepe y la otra en la de su hermana Ema. Estaba celoso de Roque y era muy gracioso verlo reaccionar cuando lo veía aparecer, lo que daba pié para que el padre asegurase que era un chico extremadamente inteligente y sensato.

Como me había puesto terca y quería que aprendiese a andar en bicicleta, fuimos, por la tarde, al centro de la ciudad a comprar una. Pocas veces lo había visto tan expresivo y emocionado como con su bicicleta nueva. Ahí mismo le hicimos poner las rueditas. Mauricio quiso regalarle las luces y la bocina y Justa le explicó que era desaconsejable, en el caso de un niño autista, porque ese tipo de objetos solían inducirlos a comportamientos repetitivos y obstinados, difíciles de cortar.

—Se obsesionan con los sonidos y las luces y los ejecutan una y otra vez, sin parar y me sentí orgullosa de mi asistente.

—¿Y nunca podrá tener una bocina o luces? —se asombró Mauricio —Claro que podrá —contesto Ema—. mi ídolo número uno —declaró y levanto a Nachito para besarlo ruidosamente en el cachete —podrá con todo. ¿No es así, genio?

—Mi bicicleta, —contestó para darle a entender que lo bajase y le permitiera seguir adelante con la inspección.

Como la mayoría de los autistas, era meticuloso en el análisis del objeto de su interés. Si hubiese podido contar, estoy segura que habría sabido cuántos rayos tenía cada rueda y jamás lo habría olvidado. Subimos la bici a la camioneta del hotel y regresamos a casa, donde nos habían dejado las valijas y nos esperaba la mesa puesta para tomare té con pastel Biarritz, una receta que el chef del hotel, un reconocido cocinero y pastelero español, había preparado especialmente para

Nachito, ya que no contiene gluten.

El homenajeado, sin embargo, tomó bebida a base de leche de almendras y mordisqueó el pastel, que era una delicia, sin mayor interés y nos arrastró a todos a fuera para empezar las lecciones de conducción.

Las hermanas se ofrecieron a enseñarle, pero él no quería saber nada; repetía mi nombre y alternaba vistazos entre la bici y yo con cara de enojado. Habría preferido que les permitiese a las chicas guiarlo en sus primeras vueltas pues mi cintura no estaba para esos trotes. ¿Cómo habría podido negarme? Después de todo, había sido gracias a mi insistencia que teníamos la bici. Valió la pena, era era dicha verlo gozar tan plenamente y reírse con tantas ganas mientras iba aferrado al manubrio y yo lo empujaba y lo guiaba por el camino de lajas que bordeaba la propiedad. La familia nos seguía como en cortejo y sus risas, comentarios y sugerencias componían la fanfarria más alegre.

Me incorporé, al cabo de varios minutos y el presagiado dolor me obligó a fruncir el entrecejo y a ahogar un gemido. Lanz estuvo sobre mí en un instante y me colocó la mano en la base de la cintura.

—Basta por hoy —sentenció, y Nachito se dio vuelta para ver por qué no continuaba empujándolo—. A Cósima le duele la cintura, hijo. Seguimos mañana.

Como no sabía pedalear, necesitaba que alguien lo empujase. Se ofrecieron las hermanas, pero el sacudía la cabeza para negar. Me lanzaba vistazos solapados antes de volver la mirada hacía el lago. Lanz seguía masajeándome la parte baja de la espalda. Nachito bajo de la bici y caminó hacia nosotros.

—Le duele aquí —comento Lanz.

Bastó que su padre hablase para estimularlo a actuar. Nadie lo habría inducido con tan poco; sólo el. Nachito me sobó la cintura imitando al padre y la ligera presión de su manita fue para mí uno de los logros más importantes de mi carrera.

—Gracias, amor mío —dije y lo tomé por el mentón para que me mirase—. Gracias por aliviar mi dolor.

—¿Duele? —preguntó con sus ojos fijos en los míos.

—Ya no, gracias a tus caricias.

Esa noche, en la soledad de nuestro dormitorio, Lanz y yo hablamos de la escolarización de Nachito. Me enorgullecía cuánto había cambiado y evolucionado Lanz como hombre, pero también como padre. No priorizaba que su hijo progresase sino que fuera feliz y que estuviese tranquilo.

—No quiero que vaya a una escuela regular si eso lo va a hacer sufrir —determinó—. Los chicos son violemos, gritan, corren como bestias. Lo van a asustar. Él vive en un ambiente sereno que es lo opuesto a la realidad de las escuelas estándares.

—Buscaremos una escuela regular pero con pocos alumnos y con personal experto en chicos con capacidades especiales.

—¿Existe algo semejante? —preguntó con un gesto tan difidente que me hizo reír.

Si, amor, existe. Una amiga mía, una gran psicóloga, es la directora. Si te parece, concertaré una entrevista para que vayamos a verla. De paso conoces la escuela, a ver si te gusta.

—¿A vos te gusta?

—Mucho, —admití, muchos de mis pacientes concurren ahí y con buenos resultados.

—Entonces a mí también me gusta —decretó —¿va a necesitar una maestra sombra? —se interesó. Leí, en alguna parte, que los chicos autistas necesitan una maestra especial.

Torcí la boca, porque no siempre las experiencias con los auxiliares pedagógicos arrojaban resultados positivos.

—En principio, no, —creo que Nachito, con lo inteligente que es, no necesita un apoyo extra. Además no te olvides que él cuenta con el mejor apoyo que un niño con TEA pueda tener. Su nombre es Pepe.

—¿Pepe irá a la escuela con él?, se asombró.

—Claro que sí, —Carlitos trabajará con Nachito y Pepe durante las dos primeras semanas, para lograr una inserción natural y sin sobresaltos. Pepe estará con él, no sólo para protegerlo y mantenerlo tranquilo, sino para ayudarlo a socializar. A los chicos los atraen los perros. Y como si todo esto no bastase —añadí, en tono bromista—, yo voy a estar con mi energía concentrada en el y en la escuela. Por esta razón también quería disminuir las horas de trabajo, porque sabía que la escolarización de Nachito requerirá mucha de mi atención.

—Gracias, amor mío —dijo y me sujetó por la nuca para acercarme a sus labios—. Gracias por tanto que nos das.

Al día siguiente Nachito se rehusó a que le empujase la bicicleta.

—Te duele. Cósima —adujo.

Intercambiamos sonrisas y miradas cómplices. Yo, por mi parte, reprimí un grito victorioso. Que recordase la escena del día anterior y que comprendiese, de modo cabal, la situación constituía un paso gigantesco. Les permitió a las hermanas mayores que lo guiasen mientras el padre y yo le dábamos indicaciones para enseñarle a pedalear.

Fue un fin de semana mágico y me costó regresar a Buenos Aires, aunque debo reconocer que también mi vida en la ciudad pasaba por un momento excelente. Disfrutaba de mi tiempo libre que transcurría mayormente con mis hijos, como me refería a Montse y a Nachito, en mi mente. No los habría llamado de ese modo frente a nadie, ni siquiera frente a Lanz. Sólo a Carlitos me atreví a confesárselo.

Para ellos sos su mamá, Cosi —alegó mi querido amigo—, en especial para Nachito. Ese nene era huérfano antes de que la madre muriese. Hablo con autoridad —aseguró—. Lo que vi durante la inserción de Pepe no lo había visto antes.

Tal vez Nachito había sufrido el desamor y la indiferencia de la madre, pero yo me proponía compensarlo con creces. El vínculo con Montserrat se afianzaba. Seguíamos profundizando nuestra amistad.

Éramos compinches y charlábamos de cualquier tema. Empezaban a interesarle las cuestiones relacionadas con la sexualidad y, muy a menudo, volvía de la escuela con una pregunta.

Luna, que era la menor de cuatro hermanas, le contaba anécdotas que la llenaban de resquemores e inquietudes.

Fui a buscarla el último viernes de octubre al Saint Peter's. Trataba de ir todos los días y, admito que en gran parte lo hacía por mí, por el gozo que me causaba su sonrisa cuando me descubría entre los padres.

Adoraba verla correr, entorpecida por el peso de la mochila y amaba el abrazo que nos dábamos y las palabras agitadas que ella me dirigía para contarme de una vez las aventuras y desventuras de la jornada.

Ese último viernes de octubre, sin embargo, la noté deprimida y me alarmé, se me ocurrió que la abuela Marga se las había ingeniado para mortificarla otra vez. O quizá Federico Carli había vuelto a las andadas.

—Hoy no iremos a la fundación porque Caro no se sentía bien y se fue temprano a su casa.

—¿Qué tiene? —se preocupó enseguida.

—Un resfrío muy fuerte. Nada grave, por suerte. —Le retiré el pelo de la frente y se la besé—. Más bien, ¿que te pasa a vos? Tenés carita triste.

—No pasa nada, Così.

—No me digas nada, cuando es evidente que algo te ocurre. Si no querés que hablemos, respeto tu necesidad de silencio.

—Sí quiero hablar —expresó con vehemencia—. Pero me da vergüenza.

—¿Vergüenza conmigo? —simule alborotarme—. A mí podés contarme cualquier cosa.

A Brisa le vino anoche la menstruación —declaró con ojos tristes y yo intenté disfrazar el alivio que me provocó la inocua confesión —Y ya te conté que Luna se hizo señorita en las vacaciones de invierno. ¿Y yo, Così? ¿Cuándo voy a menstruar?

Eso depende de cada cuerpo, amor mío. Yo, por ejemplo, me indispuse cuando tenía catorce años. En realidad, estaba más cerca de los quince.

—¿En serio?

—Sí. Creo que es algo hereditario. Mi mamá y mi abuela materna también se indispusieron a esa edad.

—Yo no sé cuándo se indispuso mamá.

—La próxima vez que te llame la abuela Marga preguntale.

—¿La puedo llamar ahora y preguntarle?

—Claro —acepté disimulando mis pocas ganas de que la llamase.

No sólo porque siempre encontraba la manera de hablarle mal del padre sino porque temía que no le diese la información que tanto ansiaba conocer.

Me equivoqué, la abuela Marga le contó que ella y su hija Vivian se habían indispuesto pasados los trece.

—Entonces, amor mío —a esperar se ha dicho.

—¡Falta un montón para los trece! —se desalentó.

—Pero creo que ya podrías empezar a usar corpiño. ¿Qué te parece?

—¡Sí, Così, sí! —Brisa y Luna ya usan. Y yo también necesito.

No necesitaba. Brisa y Luna eran más corpulentas y por eso los usaban. Pero se lo compraría igualmente sólo para verla feliz. Le indiqué a Leopoldo que iríamos al shopping Paseo Alcorta, antes de volver a casa. Nos divertimos muchísimo en el negocio de lencería. Nos tocó una vendedora muy piola que conocía a la perfección su oficio y el producto que vendía y nos asesoró correctamente. Nos quedamos con dos conjuntos de algodón, uno deportivo blanco para hacer gimnasia y otro, más delicado en tonalidad rosa con corazoncitos en colores pastel y con detalles en puntilla. Montse estaba tan entusiasmada y contenta que habría comprado diez conjuntos más, pero juzgué que era prudente comenzar con dos.

Salimos del negocio y la invité a tomar un helado. Le encantaba que hiciésemos programas de “señoras grandes”, como ir a tomar el té o un helado las dos solas. Nos sentamos a una mesa con nuestros cucuruchos y Leopoldo se ubicó en la de al lado para tomar un café.

—Così, el otro día Caro me dijo una cosa que no te conté.

—No tenes que contarme todo lo que hablas con Caro. Sólo lo que vos quieras.

—Pero quiero contarte esto.

—Adelante, entonces —la animé.

—Caro dice que no quiero sacar las fotos de mamá para protegerlo a papá.

—¿Ah, sí? ¿Cómo es eso? —simulé no saber.

—Caro dice que lo hago por lo mal que habla la abuela Marga de papá. Si papá no me obliga a sacar las fotos de mamá, entonces papá no es tan malo como la abuela Marga dice.

—¿Vos le contaste a la abuela Marga que las fotos de tu mamá todavía están en sus portarretratos? —Asintió con la vista baja, como si la avergonzase la admisión— ¿Y ella qué te dijo?

—No me dijo nada, Cosi —Siguió hablando como si no me hubiera oído. Siempre es igual con la abuela Marga: habla, habla y no escucha.

—Vos ya sabes lo que pienso. Vos también estás viviendo un proceso de duelo y no tenés que hablar con ella, si te hace mal.

—¿Qué opinas de lo que dijo Caro?,— cambié de tema —¿Es como ella asegura, que quieres dejar las fotos para proteger a tu papá?

—Creo que sí. Pero también las quiero dejar para que no nos olvidemos de ella. —declaró mientras me miraba con ojos anegados.

Le acuné la mejilla a través del espacio de la mesa.

—Nunca vas a olvidar a tu madre, Montse. Tampoco la va a olvidar tu padre. Fue su esposa y la amó. Además, sólo basta verte para recordarla —expresé con voz más animada—. Sos tan hermosa como ella. ¡Sos su foto viviente! —acoté y la hice reír.

—Mamá era re linda —declaró, orgullosa—. ¿Sabías que era modelo antes de casarse con papá?

—Sí. Y muy famosa. ¿Te gustaría ser modelo como ella?

—No —contestó con una seguridad pasmosa—. Yo quiero ser ingeniera civil para trabajar con papá en la constructora.

—La ingeniería civil es un oficio muy noble —admití, mientras —imaginaba la felicidad de Lanz cuando le contase la declaración de su tercera hija—. Los ingenieros saben construir y edificar. Hacen algo ras útil para la sociedad.

Nos pusimos de pie y Leopoldo nos imitó. Empezamos la marcha hacia el estacionamiento. Íbamos contentas y conversando acerca de los beneficios de estudiar esta o aquella carrera. Le interesaba saber por qué había elegido Psicología.

El asalto ocurrió cuando nos hallábamos en el lúgubre estacionamiento, cerca de la camioneta. Cuatro tipos con pasamontañas y armas largas nos rodearon a Montserrat y a mí. Oí un quejido; mas tarde supe que habría sido Leopoldo. ¿Lo habrían herido gravemente? ¿Tal vez asesinado?

No atiné a gritar ni a pedir socorro; simplemente me cerré como un escudo sobre Montse. Nunca seré capaz de explicar cómo fue que acabamos en la parte trasera de una van. Sólo sabía que nos habían secuestrado.

Ignacio

Romina irrumpió en medio de la conference call con unos inversores brasileros. Mis ojos encontraron los de ella y supe que había ocurrido alguna desgracia. Me puse de pie e imagino que el gerente de Proyectos y Diseño me habrá excusado con los empresarios y terminado la videollamada.

—¡Secuestraron a la señora Cósima y a Montserrat! —exclamó mi asústeme en un susurro, y yo, que siempre me jactaba de actuar con frialdad y rapidez ante las sorpresas, me quedé mirándola como si le hubiese salido un tercer ojo—. Acaba de llamar Leopoldo desde una ambulancia —prosiguió—. Están llevándolo al Fernández. Lo neutralizaron con una Taser, esas pistolas eléctricas —aclaró—, pero dice que está bien.

Saqué el celular y llamé a Cósima. “El teléfono está apagado o fuera de la zona de servicio”, aseguraba la fastidiosa voz. Intenté llamara Montserrat y me saltó el contestador automático.

—¡Quiero que me comuniqués con el ministro del Interior! —exclamé cuando conseguí dominar el estupor—. Pasame la llamada al celular. Y después me comunicas con Ricardo Petris —me refería al investigador privado, el ex agente de la SIDE—. ¡Vamos! —exclamé en dirección a Niño Rossi.

En tanto avanzábamos hacia la zona de los ascensores intenté nuevamente comunicarme con Cósima y con Montserrat. Nada. El teléfono de mi mujer seguía apagado o fuera del área de cobertura. Llamé a Hugo, que atendió enseguida.

—¿Dónde estás?

—Saliendo del Hípico con Nachito y Sara. Hoy la clase se extendió un poco.

—Te vas directo a casa, Alerta máxima, Hugo. Parece ser que mi mujer y mi hija fueron secuestradas

—¡Mierda! —masculló.

—No le alteres. Pero mantente atento.

Se abrieron las puertas del ascensor y allí estaba mi viejo, que venía a preguntarme algo.

—¿Qué pasa, hijo?

—Papá, quiero que vos y mamá vayan a casa y se queden ahí con Nachito. Ha ocurrido algo muy grave. Parece ser que Cósima y Montse fueron secuestradas.

Niño y yo lo sostuvimos cuando se tambaleó. Me asustó la abrupta palidez que le cubrió el semblante. Lo ubicamos en un sillón y Romina me prometió que llamaría al médico de la empresa.

—Anda, hijo, anda —me conminó mi viejo. Yo estoy bien, Ahora mismo la llamo a tu madre para avisarle que pasaré a buscarla.

—No salgas sin tu chofer a ningún lado. Ah, recordé, —llamé a Ema y Justa y deciles que yo ordeno que se metan en sus casas y que no salgan hasta nuevo aviso.

Las puertas del ascensor se cerraron y ocultaron la figura desvalida de mi viejo. Me acometió una angustia incontrolable. Mis adoradas Cósima y Montserrat en manos de unos criminales inescrupulosos. No me permitiría un instante de debilidad. Era perentorio conservar la sangre fría y reflexionar cada paso.

Como no quería ocupar mi teléfono, le pedí a Niño que emplease el suyo para comunicarme con la garita de casa. A los guardias les aclaré que sólo Hugo y mis padres tenían autorización para ingresar; nadie más. Las empleadas tenían prohibido salir.

—¡Mantengan vigilado desde este instante el portón que da a Eduardo Costa!

Pretendía evitar que alguna de las empleadas se escabulliese por ahí, por donde lo había hecho Vivian. Una vez, viendo un documental, escuché que un policía experto en secuestros extorsivos aseguraba que, en el noventa por ciento de los casos, había un entregador en el seno de la familia; podía tratarse de un pariente pero también de una simple empleada doméstica. Me vinieron a la mente Vitelli, el jardinero, y la rencilla que había tenido con Cósima. Y al nombre de Vitelli le siguió el de Cimmi, porque eran amigos de la infancia. Los dos habían resultado

ladrones y traidores.

Llegamos al Fernández. Niño detuvo la camioneta en la rampa, justo delante de las escalinatas de acceso. Me bajé. Mi guardaespaldas siguió de largo para buscar un sitio donde estacionar. Subí los escalones de dos en dos y me detuve al sonido del celular. Era Romina; lo tenía en línea al ministro del Interior.

—Muchas gracias por responder a mi llamada.

—Ninguna molestia, ingeniero. Dígame en qué puedo ayudarlo.

—Mi esposa y mi hija Montserrat de once años acaban de ser secuestradas en el estacionamiento del shopping Paseo Alcorta. Hirieron al guardaespaldas y se las llevaron,

—¿Dio parte a la policía? —inquirió con acento preocupado.

—No, quería informarlo a usted primero.

—¿Los secuestradores ya se comunicaron con usted?

—No, Según entiendo, el secuestro ocurrió hace menos de una hora.

—¿Usted dónde está?

—En el Fernández. Aquí trajeron al guardaespaldas.

—Bien. Mantenga su celular encendido y libre. Lo estaré llamando.

En el mostrador del ingreso me respondieron que a Leopoldo estaban revisándolo y que me brindarían más información en el quinto piso.

Insulté para mis adentros, había creído que podría interrogarlo antes que lo ingresaran.

Subí por la escalera, porque me puso nervioso esperar los ascensores. Allí me encontré con que ya había dos policías; estimé que era por Leopoldo. Pasó una enfermera y la detuve para preguntarle. Mi cara bonita siempre me ha sitio útil, tengo que admitirlo, y en esa oportunidad me sirvió porque la chica se molestó por averiguar y regresó unos minutos más tarde para explicarme que, como el paciente había perdido la conciencia en la ambulancia, lo estaban revisando y podía tardar un rato. Le di una propina y me fui. Le mandé un mensaje a Niño, quien, al salir del hospital, ya me aguardaba en la rampa.

—Vamos a casa —le indiqué.

Sonó mi celular, era Ricardo Petris. Le indiqué que me llamase al teléfono de Niño para mantener el mío desocupado. Segundos después le detallaba lo poco que sabía y le ordenaba que pusiese a trabajar a todos sus hombres.

Quiero que investigues a dos personas: Arturo Cimmi y Rolando Vitelli.

—¿Rolando Vitelli? ¿Con ve corta y doble ele? —Confirmé que sí. —¿Quién es este?

—Un tipo que trabajó en casa como jardinero hasta hace poco —informé—. Mi mujer lo echó porque descubrió que robaba. Lo interesante del caso es que es amigo de toda la vida de Cimmi y fue él quien me pidió que lo contratase. Quiero un informe completo sobre ese tipo.

—¿Piensa que Cimmi esté involucrado?

—Quiero sacarme la duda.

Llegué a casa. Entré desesperado por ver a mi hijo. Jugaba con uno de los rompecabezas que Cósima le había comprado para Navidad, uno que había elegido especialmente porque le estimulaba no sé qué cosa. Al verlo tranquilo en el playroom, ignorante de la tragedia que se había cernido sobre nuestra familia, se me anudó la garganta y se me enturbió la vista. E hice algo que no recordaba haber hecho antes, ni siquiera en las peores instancias de mi vida: recé. Le pedí a Dios que me las devolviera sanas y salvas. Admití que no merecía que me concediese nada, porque siempre había sido un mal tipo, un egocéntrico, pero que se lo suplicaba con una humildad que jamás había experimentado. Por primera vez era consciente de mi propia debilidad,

de mis limitaciones y del miedo que me tenía paralizado.

Me llamaron Justa y Ema y les pedí que se comunicasen al celular de Niño para no ocupar mi teléfono. Les expliqué lo que había sucedido y les reiteré la orden de que, hasta nuevo aviso, tenían prohibido asomar el pico fuera de su casa. Ema intentó rebelarse y la mandé callar, como no recuerdo haber hecho en mi vida. A continuación llamé a mi suegro, que mantuvo la calma, lo cual fue muy alentador.

—Voy a hacer una diligencia antes de ir a tu casa, Nacho —me informó y cortó.

Me armé de valor para realizar la siguiente llamada. Mi suegra y la Sicardi no tuvieron la misma reacción que Victorio. Se pusieron a gritar, a llorar y me costó convencerlas de que se quedasen en su casa y que no saliesen, que yo las mantendría informadas.

A eso de las siete y media llegaron el ministro del Interior y el comisario general de la Policía Federal, un tipo que pasaba los cincuenta y que presentaba una actitud segura y decidida, que vaya a saber si era sincera.

Me explicó que un cliente del shopping, al hallar desvanecido a Leopoldo, dio parte a la policía. Al llegar el patrullero, se encontró con que mi guardaespaldas había recobrado la conciencia, por lo que pudo detallarles los hechos. Mi mujer y mi hija habían sido abordadas en la cochera del Paseo Alcorta por cuatro tipos y subidas a una van. Había visto el secuestro en la grabación facilitada por la seguridad del shopping. Su equipo de expertos estaba intentando distinguir la patente del vehículo, muy borrosa dada la baja calidad del video y la mala iluminación del lugar.

—Reconstruiremos el recorrido de la camioneta sirviéndonos de las cámaras que hay en las calles —apuntó el jefe de la Federal—. ¿Los secuestradores se han comunicado con usted, ingeniero?

—No. Quiero que investiguen a Arturo Cimmi— —¿Quién es?

—Un ex empleado de mi constructora. La relación laboral y personal acabó en muy malos términos. Él y el empresario Fernando Riera estaban complotados para robar información de mi empresa. Por otro lado, Cimmi montó una denuncia falsa para perjudicarme. Hace poco el juzgado me sobreseyó. Sé que Cimmi está muy mal de fondos. Me pidió plata para retirar la denuncia, a lo cual me negué. Tienen que investigarlo —insistí y me di cuenta de que estaba hablando muy rápido y perdiendo el control—. A Cimmi y a Fernando Riera, a los dos.

—No dejaremos ningún cabo suelto —me aseguró el comisario general—. Investigaremos a todos. Lo primero que necesitaré será un listado de los empleados y de los guardias de la casa.

Llamé a Romina, que todavía estaba en la empresa, y le pedí el listado de las empleadas domésticas, cuyos sueldos se liquidaban en la constructora. Le ordené también que llamase a la empresa de seguridad para que nos proveyera los datos de los guardias. Regresé junto al comisario.

—En unos minutos mi secretaria me enviara el listado —anuncié, y el hombre se limitó a inclinar la cabeza—. También quiero que investiguen a Rolando Vitelli —exigí.

—¿Otro empleado? —quiso saber el jefe de la Federal mientras tomaba nota en una libretita.

—Ex empleado. Era el jardinero de esta casa. Mi esposa lo despidió a fines del año pasado porque descubrió que robaba.

—¿Hicieron la denuncia?

—No —afirmé—. Lo interesante de Vitelli es que es amigo de Arturo Cimmi. Fue él quien me pidió que le diese un trabajo.

El policía se limitó a asentir mientras dibujaba una flecha en su libreta que conectaba el

nombre de Cimmi con el del jardinero.

—Acaban de informarme que el guardaespaldas de su esposa se llama Leopoldo Gaspari. ¿Lo confirma?

—Sí. Leopoldo hace quince años que trabaja conmigo —señalé con la intención de exonerarlo de posibles sospechas, pero después callé mientras reflexionaba: “Por la plata baila el mono”.

Poco después un grupo de diez policías especializados en cuestiones digitales y escuchas telefónicas conectaba varios aparatos a los teléfonos fijos y móviles.

Sonó mi celular. Se acalló el murmullo y los policías me miraron. Era Carlitos Naum. Agité la mano para desestimar la llamada y atendí.

—Carlos, te llamo en un instante por otra línea.

—OK.

Atendió al primer tono.

—¿Está Cósima con vos? —quiso saber—. La he llamado varias veces y me dice que su teléfono está fuera de la zona de servicio. Es muy raro.

Me apreté los ojos con la mano e inspiré profundo.

—Carlos, a Montse y a Cósima las secuestraron hace un par de horas.

—¡Qué! ¡No, no, no! ¿Esta es otra de tus bromas pesadas?

—¡No! La cana ya está aquí y están tratando de ver qué mierda se puede hacer.

—Voy para allá.

Iba a decirle que no, pero de pronto supe que con Carlitos a mi lado no me sentiría tan solo. Porque la soledad que estaba experimentando sin Cósima era aterradora.

—Escúchame, Carlos. Necesito que entres por el portón de hierro que está en la parte trasera de la casa, justo en la bocacalle con Eduardo Costa. ¿La ubicás?

—Sí, la que da al parque de la casa.

—Exacto. Estacioná la camioneta ahí, lejos de la entrada principal, donde ya deben de estar juntándose los periodistas.

—En quince minutos estaré allí, —me aseguré.

Corte la llamada y regresé a la sala, donde los policías seguían probando las máquinas de rastreo. La casa, que desde la llegada de Cósima era mi refugio, lucía ajena y fría. Faltaba ella en cada rincón. Me sujeté la cabeza en el acto de aquietar la turbulencia que amenazaba alzarse dentro de mí y destruir todo a su paso. Quería a mi mujer y a mi hija de regreso, y las quería ahora.

Estaba rodeado de agentes en los que no confiaba. Era vox populi que había corrupción en la policía. ¿Y, si alguno de estos confabulaba con los criminales? ¿Acaso los que habían secuestrado al actual presidente argentino veinticinco años atrás no se habían desempeñado como oficiales y suboficiales de la Federal? Conformaban una banda a la que se apodó “de los comisarios”, liderada por altos mandos de la policía que habían actuado en grupos de fuerzas represoras durante la época del Proceso, tipos que jugaban a policías y a ladrones indistintamente, de acuerdo con su conveniencia. ¿Me había precipitado al llamar al ministro del Interior? ¿Habría debido esperar a que los secuestradores me contactasen y pagar lo que me pidieran? Pero era consciente de que pagar no habría constituido una garantía para volver a verlas con vida. La angustia estaba matándome. No saber qué hacer era intolerable. Me sentía atrapado. Imaginar las escenas que estarían padeciendo mi mujer y mi hija no colaboraba con mis intentos por calmarme.

El comisario general me había dicho que los cuatro criminales portaban armas de guerra, como

las empleadas por las fuerzas de seguridad, lo cual reforzaba la teoría de los canas secuestradores. Lo sabía: no era suficiente evidencia para afirmar que la Federal estuviese metida. Además podía tratarse de la Bonaerense, que era mucho más corrupta. O bien, podía ser Cimmi, pero ¿en verdad lo creía capaz de algo semejante? Me recordé que no lo conocía. Había creído conocerlo, cuando lo cierto era que siempre había visto su cara falsa; la verdadera, mi ex mano derecha, la había ocultado con una habilidad admirable. Sí, Cimmi era capaz, me convencí.

Se me acercó el ministro del Interior y me extendió su celular.

—Es el presidente de la Nación —informó con gesto solemne—. Quiere hablarle.

El presidente se mostró muy humano y comprensivo. Afirmó que sabía con exactitud lo que estaba sufriendo. Me aseguró que un secuestro en plena democracia era inaceptable y que las fuerzas de inteligencia y policiales estaban trabajando bajo sus órdenes para resolverlo lo antes posible. No hizo promesas y yo no las requerí; tampoco le recordé que le había salvado el culo a Militello, uno de sus colaboradores más cercanos, no sólo por la excelente defensa que había construido mi suegro, sino porque había mantenido el pico cerrado, pese a las promesas del fiscal, en especial mientras acordábamos la sentencia del juicio abreviado que, por fortuna había quedado sin efecto tras la sentencia de sobreseimiento. Corté luego de un saludo afable y esperanzado. Le devolví el celular al ministro.

Consulté la hora. Carlitos debía estar llegando. Le avisé a la guardia, que había apostado un hombre en el portón trasero. Diez minutos más tarde me advirtieron que acababan de franquearle el paso a Carlos Naum. Entró por la puerta de la cocina que daba al parque. Nos abrazamos.

—Estoy desesperado —barboteé sin pensar, tal vez motivado por el alivio que significaba tener a mi lado a alguien íntegro y bueno, tan bueno como mi Cósima.

—Lo sé. Pro estoy seguro de que todo saldrá bien.

Las empleadas respondían al interrogatorio de tres policías de civil. Crucé un vistazo con Elba, que tenía los ojos congestionados y se pasaba un pañuelo por la nariz.

—Vení —indicé a Naum y me siguió fuera de la cocina hasta mi escritorio.

Niño Rossi se me acercó hablando por el celular.

—Es Ricardo —anuncio.

“¿Y si detrás del secuestro estuviese Ricardo Petris?”, me dije. Había trabajado para la SIDE y era uno de esos perros viejos que sabían más secretos que una chusma de barrio y que tenían varios esqueletos en el armario. Tras ese momento de duda, en el que Niño y Carlos me contemplaban con miradas ceñudas, contesté lleno de recelos.

—Ingeniero, ¿usted sabía que Vitelli tiene antecedentes penales?

—No —respondí sintiéndome como un pelotudo, por haber creído en las recomendaciones de Cimmi y no haberme cerciorado antes de meter a esa comadreja inmundada en mi casa.

—Por robo a mano armada y por abuso sexual —añadió Ricardo Petris.

Lo último me provocó un repentino vacío en el estómago seguido de una fuerte náusea. Me apoyé contra la pared. Carlitos y Niño me miraron con cara preocupada.

—¿Qué más? —exigí saber.

—Tiene una casa en González Catán. Ya mandé a dos de mis hombres para allá. Apenas tenga novedades lo llamo a este teléfono.

—¿Qué hay de Cimmi?

No lo ubicamos por ningún lado. No contesta ninguno de los dos móviles que conocemos. Tampoco está en su departamento de

Libertador, ni en su quinta de San Miguel.

—¿Y en la casa de la madre? —sugerí.

—Tampoco. Y tengo apostados a mis hombres en las tres propiedades, por si lo ven llegar. Además estoy tratando de contactar a un amigo de Migraciones. Tal vez salió del país.

—Si lo hizo, —aclaré— fue de manera ilegal pues tiene una condena en suspenso por espionaje corporativo.

—Seguiremos investigando.

Corté y, tras buscar en una agenda el número de Beatriz Lanusse, la ex de Ctmmi, la llamé sirviéndome del teléfono de Niño.

—Ya salió en las noticias lo de tu mujer y lo de Montse —comentó Bea— lo siento muchísimo, Nacho.

—Te llamo para preguntarte si sabes donde está Arturo.

—¿Arturo? —se sorprendió—. No creerás que el está metido...

—De esa basura creo cualquier cosa. Bea, puedes darme una mano, decirme ¿donde podría haberse escondido? Te lo suplico. Estamos buscándolo y no lo encontramos. No contesta el teléfono y no esta en su piso de Libertador ni en la casa de San Miguel.

—¿Y con su mamá?

—Tampoco.

Hubo un silencio del otro lado de la línea, que soporté con admirable paciencia.

—Sé que conserva la casa materna en González Catan.

—¿No le compró hace años un depto. a la madre en Palermo?

—Sí, pero Ana María nunca quiso que vendiese la casa, que mi ex suegro había construido con sus propias manos.

—¡Dame la dirección!

—No la sé de memoria. Sólo fui un par de veces. Me acuerdo del nombre de la calle. Era Mónaco. La casa no estaba muy lejos de la autopista.

—¡Gracias, Bea! —dije y corté sin más.

¿Qué haría con esa información? ¿Se la pasaría a la cana o a Ricardo? No confiaba en nadie. Quería ir yo mismo, pero no podía. Si los secuestradores llamaban tenía que encontrarme en casa para que rastreasen la llamada. Me di cuenta de que debía jugarle por alguien. Respiré hondo y espiré largamente.

Llamé a Ricardo y le dicté las escasas coordenadas de la casa familiar de Cimmi.

—Una vez que averigües dónde es exactamente, quiero que vayas vos en persona, Ricardo. Apenas hayas llegado, llámame.

Le devolví el celular a Niño al tiempo que le ordenaba:

—No te despegues del teléfono.

Sujeté a Carlitos por el hombro y lo invité a acompañarme a la cocina. Necesitaba la cafeína como el próximo respiro, Elba y las empleadas preparaban bebidas y refrigerios para la policía y el ministro, que se quedaría conmigo por orden del presidente. Para no molestarlas, preparé yo mismo dos cafés con la Nespresso, que me recordó al domingo en que terminé con la frente abierta en el Mater Dei y Cósima me preparó uno con la máquina de la sala de espera vip. Sonreí mientras veía caer el chorro de café cremoso y humeante y recordaba lo que me había dicho, que había elegido la cápsula Capriccio porque le recordaba a mí. ¡Cuántas cosas habíamos vivido desde ese hermoso domingo! Contra todo pronóstico, la había conquistado y convertido en mi mujer. ¿Y todo para qué? ¿Para que el destino, Dios o la fuerza que regía el Universo me la quitase? ¿Por qué? ¿Para castigarme por haber sido una mierda la mayor parte de mi vida? ¿Para

mostrarme lo feliz que habría podido ser con ella, si le hubiese pedido que fuese mi novia cuando tenía trece años? Dejé caer la cabeza y me cubrí los ojos.

¡Ey! —susurró Carlitos y me apoyó la mano en el hombro—. Van a aparecer y sin un rasguño, vas a ver —me alentó—. A nadie le conviene que esto tenga un final trágico.

Asentí sin mirarlo mientras me pasaba el dorso de la mano por los ojos húmedos. En tanto sorbíamos el café hablamos por teléfono con Lucho y Daniela, que llamaron al celular de Carlitos. Llegó mi suegro, quien se presentó al comisario general y al ministro como mi abogado. Lo conduje a la cocina y le preparé un café a él también. Nos encerramos en el escritorio para conversar.

—No vine antes porque fui a ver a un viejo amigo, uno que conozco de la época de la primaria. Es un comisario retirado de la Federal.

Me dijo que el actual comisario general es un hombre honesto, pero que todavía hay grupúsculos en el seno de la fuerza que son de temer.

—¿Qué te aconsejó? —quise saber.

—Que paguemos.

Llamaron a la puerta. Era Sara.

—Señor, ya no sé qué hacer para aplacar a Nachito. No cesa de llamar a la señora Cósima. Pepe tampoco consigue tranquilizarlo.

Disfracé con una cara neutral el pánico que me provocó la situación y me excusé con mi suegro y con Naum antes de abandonar el escritorio.

“Dios mío”, volví a rezar, “no le quites la madre a mi hijo”, porque para mí Cósima era la madre de mis hijos. En tanto subía las escaleras y recorría el pasillo hasta la habitación de Nachito iba preguntándome:

“¿Qué haría Cósima en este caso?”, y como si la tuviese junto a mí la oí susurrar— “Mostrale fotos” Me surcó un escalofrío y yo, que he sido un cínico y un incrédulo la vida entera, que sólo he tenido fe en mí mismo y en el dios dinero, me habría echado a llorar ante ese milagro que no le confesaría a nadie por miedo a que me juzgasen loco. Entré con Sara por detrás, Nachito estaba sentado en la cama y mecía el torso hacia atrás y hacia delante como solía hacer antes de iniciar el tratamiento. Repetía el nombre de mi mujer.

No lo razoné; me dejé llevar por el instinto. Lo levanté de la cama y lo cargué hasta nuestro dormitorio, donde el perfume de Cósima y la energía de sus cosas nos calmarían a los dos. Pepe y Bernie nos siguieron. Entre y cerré la puerta con el pie. Me senté en el sillón junto a la ventana. Nadie había bajado la persiana ni corrido las cortinas. Se veía el parque prolijo e iluminado. Abracé a mi hijo, lo besé y le hablé al oído para decirle que lo amaba. Tomé el iPad de Cósima de su mesa de luz y le mostré fotografías de la familia, del último viaje a Bariloche, del domingo anterior en casa de Carlitos, donde habíamos comido un asado, de él en el Hípico. Ya sabía cómo agrandarlas empleando el pulgar y el índice y lo hacía cuando algo le llamaba la atención. Hablábamos en voz baja para comentar las imágenes. Su discurso se había vuelto bastante fluido en los últimos tiempos.

Las fotos se terminaron y aproveché para dejar el iPad a un costado y acomodarlo a él en mis brazos como si fuese un bebé.

—¿Cósima? —me preguntó sin hacer contacto visual.

Cósima y Montse no llegaron todavía. Se fueron a comprar unas cosas. Tal vez tarden algunos días en regresar —añadí con acento enrarecido.

—Quiero Cósima.

“Distraelo”, volvió a susurrarme la voz.

—Te voy a contar un cuento —propuse y empecé a relatarle uno de los de Gerónimo Stilton que le había leído a Montserrat.

Se durmió unos minutos más tarde y experimenté un gran alivio. Al menos por unas horas mi hijo quedaría al resguardo de esta situación de mierda. Lo cargué hasta su dormitorio y lo deposité en la cama, que Sara había abierto y preparado. Pepe se ubicó a los pies y Bernie se echó al costado, cerca de la cabecera. Dejé a la babysitter con mi hijo y regresé a la planta baja. Mis viejos acababan de llegar. Hablaban con el ministro y el comisario general. Cortaron La charla para saludarme.

—¿Cómo está Nachito? —preguntó mi madre.

—Acaba de dormirse. No fue fácil. Quería a Cósima.

—Lo imaginé —contestó con expresión sombría.

—¿Que novedades hay? —quiso saber mi viejo.

—Ninguna. ¿Y si no es para pedir rescate? —se me ocurrió de pronto—. ¿Y si se trata de una red de tráfico de personas? —me angustié.

—No —contestó mi viejo con firmeza—. Es para pedir rescate. No tengas duda. Y les conviene entregarlas con vida. Eugenio me llamó varias veces —comentó a continuación—. Dice que no puede comunicarse con vos.

—Tengo que mantener despejada la línea de mi celular —expliqué—. La del teléfono fijo también. ¿Podes ocuparte vos de los Paulini? No tengo fuerza para lidiar con ellos.

—Quieren venir para acá.

—No —repliqué con una firmeza incontestable y mi viejo asintió con gesto comprensivo.

—Quédate tranquilo. Yo me ocupo de ellos.

Marché a la cocina. De pronto me había dado una sed abrasadora. Elba cuchicheaba con las otras empleadas. Calló al verme y se aproximó, diligente.

—¿Necesita algo, señor?

—No —respondí y abrí la heladera para servirme agua fría—. Decime, Elba, ¿qué te preguntó la policía?

—Nos preguntaron a las tres qué habíamos hecho hoy. Y también por Ofelia.

—¿Qué pasa con Ofelia? —pregunté.

Esta tarde, después de que la señora Cósima salió para buscar a Montse a la escuela, me pidió permiso para ir a lo de la hermana porque uno de sus sobrinitos está enfermo. Se lo concedí después de consultarle a la señora Cósima. La llamé al celular —agregó— y la señora estuvo de acuerdo. Como sabe que la hermana de Ofelia está con cáncer, es muy flexible con ella.

Se calló cuando Niño Rossi ingresó en la cocina con su paso fuerte y pesado. Me entregó el celular. Era Ricardo. Me alejé para atenderlo.

—Ya ubique la casa materna de Cimmi. Mónaco casi esquina Murguiondo —detalló—. No me costó averiguarlo. Los Cimmi eran conocidos en la zona. Estoy estacionado frente a la propiedad. Una zona de mierda —acotó—. No hay un alma en la calle y la casa parece vacía. Pero me voy a quedar haciendo guardia al menos durante un par de horas para ver si se presenta. Tengo a mis hombres apostados en sus otras propiedades. Dicen que dos canas de civil estuvieron tocando el timbre en su edificio y en el de la madre.

—¿Cómo saben que son canas si están de civil?

—Los olfateamos a una legua, ingeniero.

“Al menos”, me dije, “están investigándolo”. No tenía fe en la policía. La había perdido por

completo tras el comentario de mi suegro, que el comisario general era un hombre honesto, pero que existían corrientes oscuras en el seno de la fuerza.

—¡Ahí está llegando un auto! —susurró Ricardo Petris con énfasis—. Está oscuro y veo poco, pero resulta claro que es de alta gama. Demasiada alta gama para este pozo ciego —concluyó.

—¿Un Audi A4?

—No, creo que es un Peugeot —replicó—. No veo bien la patente. Es Cimmi —confirmó con voz más circunspecta y tranquila.

—¿Cómo podes estar seguro si no ves bien?

—Porque tiene abierta la puerta del auto y la luz del interior lo ilumina. Está bajando algo de la parte trasera. ¿Qué mierda hace acá? —se preguntó el ex empleado de la SIDE.

—¿Qué está haciendo? —exigí saber.

—Está por entrar en la casa. —Actualizó la información tras unos segundos: Acaba de hacerlo con unas bolsas, creo que de supermercado. Podría tratarse de provisiones para las prisioneras.

El corazón me batía en el pecho. No tenía idea de cómo proceder. Presentía que Cimmi estaba involucrado. Tenía la certeza alojada en los huesos. Nadie me habría convencido de lo contrario. Le ordené a Ricardo que no se moviese de allí y corté. Fui como un misil al living y le pedí al comisario general y al ministro que me siguieran al escritorio.

—Mi gente ya descubrió dónde está Cimmi.

—¿Su gente? —se crispó el cana.

—Gente de mi confianza —añadí sin intención de profundizar—. Gracias a la ex mujer de Cimmi supe que todavía conserva la casa de su infancia en González Catán. Calle Mónaco casi esquina Murguiondo. Acaban de verlo llegar con bolsas de supermercado. Podrían ser provisiones para mi mujer...

—Ingeniero —me detuvo el comisario—, entiendo su ansiedad y preocupación, pero le pido que nos deje trabajar. No interfiera en el desarrollo de nuestras tareas porque, creyendo ayudar, podría resultar lo contrario.

—Con todo respeto, comisario, ¿usted sabía de la existencia de esta propiedad?

—No —admitió—, pero tarde o temprano la habríamos descubierto.

—Pues yo la descubrí antes y aquí estoy dándole la información para que haga algo. Estoy seguro de que ese hijo de puta tiene a mi mujer y a mi hija. Allane la casa y sáquelas de allí.

—Eso es imposible. Ni siquiera contamos con indicios que apunten a Cimmi. No tenemos pruebas concretas. El hecho de que esté en una de sus propiedades no implica nada.

—Allánela y verá que...

—Ingeniero —intervino el ministro—, no podemos irrumpir en una propiedad simplemente porque sí. No sólo es ilegal sino que podríamos poner sobre aviso a los secuestradores y en peligro a las víctimas. Por favor, deje que la policía haga su trabajo. Ellos saben lidiar con estas cosas.

—¿Ah, sí? ¿Cómo supieron lidiar con los que nunca aparecieron pese a que se pagó el rescate? No me olvido de los empresarios Sivak ni Ducdoc —especifiqué.

—Ingeniero —volvió a hablar el comisario—, le suplico que se calme y que nos deje hacer nuestro trabajo. Dígalos a sus hombres que se retiren de...

—No —declaré, cortante, inflexible—. Si Cimmi tiene derecho a estar donde quiere, mi gente también. ¿O acaso no vivimos en democracia? —inquirí con sarcasmo y les clavé la vista de modo alternado.

Asintieron con expresiones tensas, la del comisario también hostil. Salieron del escritorio en silencio y cerraron tras ellos. Me eché en la butaca y me sujeté la cabeza. Tenía que calmarme.

El primer contacto de los secuestradores tuvo lugar a las siete y tres de la mañana. Hacía poco más de doce horas que mi mujer y mi hija estaban en manos de esos miserables. No se comunicaron directamente sino que lo hicieron a través de una grabación de Cósima. Como prueba de vida le hicieron leer una noticia de La Nación de ese sábado 29 de octubre de 2016. Sufrí una fuerte impresión al oír su voz trepidante y nerviosa. Tras la lectura del titular, prosiguió: “Este es un mensaje para mi esposo, Ignacio Lanz Reuter. Montserrat y yo estamos secuestradas. Hací todo lo que le digan. Aseguran que en caso contrario nos van a matar. Estamos bien”.

La policía confirmó que la noticia leída por mi mujer formaba parte de las que figuraban en la primera plana del diario. Escuché el mensaje tantas veces como lo reprodujeron para analizarlo. La comunicación había sido demasiado corta para rastrearla. ¿Por qué no habían informado cuánto querían y cómo pretendían que se realizase la entrega? La desesperación estaba sofocándome. Salí al parque, a la mañana fresca de primavera. Buscaba aliviar la sensación de ahogo. Me siguieron mi viejo, mi suegro y Carlitos. Se habían quedado toda la noche conmigo, dormitando en los sillones. Los conminé a que fueran a sus casas a darse un baño y a descansar.

—A menos que te moleste mi presencia, de aquí no me muevo —declaró Naum y los otros dos lo imitaron.

—OK —acepté—. Vamos a comer algo —propuse.

Elba y las muchachas aprestaban café y medialunas para los policías. Aparecieron Sara y mi vieja con Nachito. Me lo puse en la falda —mientras esperaba que nos sirvieran el desayuno. Traía uno de los juguetes que Cósima le había comprado para Navidad en una bolsita, que vació sobre la isla de mármol. “Comidas para cortar” se llamaba, y buscaba de un modo ingenioso estimularles la motricidad fina y la habilidad para contar. Tomó la hogaza de pan confeccionada en madera.

—¿Me darías dos fetas de pan? —le pedí, y mi hijo, con un cuchillo, también de madera, cortó las fetas introduciendo el filo en las ranuras previamente marcadas e imantadas. Lo hizo con precisión y seguridad.

—A mí me gustaría comer medio huevo duro —se sumó mi viejo, y Carlitos le pidió una salchicha entera.

Transcurrimos un momento agradable. Alcé la vista cuando Elba masculló, enojada, al dejar caer una taza en la pileta de la cocina. Todos estábamos nerviosos, con escasas o nulas horas de sueño.

—¿Cósima? —preguntó Nachito y lo miré con amargura.

¿Acaso había creído que la olvidaría?

—Todavía no regresa de hacer las compras.

—Quiero hablar con Cósima —exigió con una claridad que en otras circunstancias habría celebrado y que ahora me provocaba ganas de llorar.

—No contesta el teléfono.

—¿Por qué no vamos al jardín con Pepe y jugamos un rato a la pelota? propuso Carlitos y lo tomó en brazos—. ¿Nos llaman cuando esté listo el desayuno?

Salieron por la puerta de la cocina con Bernie y Pepe por detrás. Sara y mi vieja los acompañaron. Los seguí con la vista hasta que, al volverla, me topé con la de Elba. La mujer lucía una expresión angustiada; me corrijo; el calificativo preciso habría sido aterrorizada. Me

puse de pie y caminé hacia ella.

—¿Todo bien? —quise saber.

—Señor Ignacio...

—¿Qué, Elba? ¿No te sentís bien? ¿Querés ir a recostarte un rato? No dormiste en toda la noche.

—No creo que pueda pegar ojo hasta que la señora Cósima y Montse vuelvan a casa.

Niño Rossi entró y me pasó su teléfono. Dibujó la palabra “Ricardo” con la boca.

—Ricardo —dije a modo de saludo.

—Ingeniero, Cimmi acaba de abandonar la casa de la calle Mónaco. Volvió a cargar las bolsas que bajó anoche. Lo estoy siguiendo. Se dirige hacia el noroeste, hacia Capital —aclaró.

—Teneme al tanto y no lo pierdas de vista.

Le devolví el teléfono a Rossi, que me pidió permiso para ir a buscar a Leopoldo al Fernández.

—¿Ya le dieron el alta? —me sorprendí.

—Se la dio el solo, señor. No se aguanta estar en cama cuando la señora Cósima y Montserrat están en manos de esos hijos de puta. Se siente culpable.

—Andá —lo autoricé.

Un cana vino para avisarme que el comisario general me necesitaba en la sala. Caminé de prisa hacia el living.

—Hemos encontrado la camioneta con la que las sacaron del shopping —informó.

—¿Dónde?

—En un descampado de Bernal.

—¿Bernal? —me desmoralicé, pues no había conexión con González Catán—. ¿Quién es el propietario?

—Nadie de consecuencia. Denunció el robo dos días atrás. La policía científica está analizando cada centímetro cuadrado en busca de huellas digitales o ADN. Necesito que me dé algo con el ADN de su mujer y de su hija para compararlo con el que hallemos en el vehículo. Un cabello bastará —explicó.

Los obtuve de sus cepillos. Un policía los empaquetó y los etiquetó antes de llevárselos. Volví a la cocina abatido. Me senté en la isla y me sujeté la cabeza. Mi suegro se ubicó a mi lado.

—¿Escuché bien? —quiso saber—. ¿Encontraron la camioneta en un descampado de Bernal?

—SL Bernal —confirmé.

De nuevo alcé la vista cuando Elba soltó una exclamación porque se le rompió una copa.

—¿Te hiciste algo, Elba?

—No, señor. —Se volvió hacia mí secándose las manos en el delantal y me miró otra vez con ojos desesperados—. Señor Ignacio —habló con voz trepidante—. No sé... Yo...

Abandoné la banqueta de la isla y me aproximé a ella. Mi suegro me siguió.

—¿Qué, Elba? Si sabés algo, decilo ahora. Ya. En este instante —recaqué—. Las vidas de mi mujer y de mi hija podrían depender de vos.

—Yo no sé nada, señor. Se lo juro por la vida de mis nietos. Pero vi algo hace unos días...

—¿Qué viste?

Sonó mi celular y, como la pantalla rezaba número desconocido, marché a la sala dando pasos largos y ansiosos. Atendí cuando el policía me dio luz verde. En esta ocasión no era un mensaje de Cósima sino que se trataba de uno de los secuestradores. Empleaba un modulador para distorsionar la voz.

—Lo primero y más importante, Lanz Reuter, es que si olfateamos a la yuta a cien kilómetros

a la redonda del lugar de la entrega, las quemamos a las dos y ni siquiera podrá recuperar los cuerpos. Y no dude de que la vamos a olfatear. Segundo, exigimos diez millones de dólares para devolverlas con vida. Deberá entregarlos en setenta y dos horas...

—¡Usted está loco! —exclamé, impotente—. No cuento con esa suma en efectivo, sin mencionar que hoy es sábado.

—No me venga con esa mierda. ¿Qué hay de los lingotes de oro que tiene en la bóveda de la constructora?

Me quedé mudo, aturdido por el hecho de que conociese una información ultrasecreta de la cual ni siquiera mi viejo estaba al tanto. Sólo Vivian se había enterado, y por una infausta casualidad. En tanto esperaba a que ajustasen un mal funcionamiento de la cerradura de la bóveda, me había visto obligado a tener los lingotes en la caja fuerte de casa. Mi ex precisaba una joya para una fiesta y, pese a que le dije que yo se la buscaría, se me adelantó y vio los lingotes.

El aturdimiento se convirtió en claridad cuando me di cuenta de que el nuevo giro confirmaba mi teoría: Cimmi estaba detrás de esto.

—La compraventa de oro —siguió apuntando el criminal oculto tras la voz camuflada— se realiza en pocas horas. Si quiere verlas con vida, haga lo que le decimos y déjese de joder.

—Cuento con tres millones en efectivo que podría entregarles hoy...

La comunicación se cortó. La duración bastó para rastrearla. Habían llamado desde un teléfono público en Villa Bosch, una localidad del partido de Tres de Febrero. Se armó un revuelo mientras los canas disponían un operativo cerrojo en la zona, en tanto el grupo dedicado a las cuestiones electrónicas solicitaba un listado de los celulares activos a la hora de la llamada en un radio de cinco cuadras en torno al teléfono.

Tras un rato en que el comisario deliberó con su gente se aúno a darme pelota.

Está claro que tienen prisa por acabar con esto —comentó—. En casos de esta naturaleza, con rescates tan abultados, las negociaciones se estiran durante semanas.

Le confirmo mi sospecha: Cimmi está detrás de esto,

—¿Por qué lo dice con tanta seguridad? —se interesó el ministro.

—Por la mención del oro. Nadie, excepto mi ex esposa, sabía de eso: lingotes y de su ubicación. Ni siquiera lo comenté con mi padre. Sólo con ella. Y ella se lo dijo a Cimmi.

—¿Por qué cree que se lo contó a Cimmi?

—Porque era su amante y porque quería destruirme. —Sin más, busqué a grabación de esas dos alimañas cogiendo y se las mostré—.

¿Convencido ahora?

—Es un indicio, ingeniero —admitió el comisario general—, pero en casas tan grandes como esta, con tanto personal doméstico, las paredes oyen —afirmó, y yo sabía que tenía razón, sólo que en esta cuestión estaba seguro de que no me equivocaba.

—Es Cimmi —repetí con firmeza—, ¿Qué espera para pedirle al juez la autorización para pincharle el teléfono?

—Ningún juez me habilitaría una medida de esa índole en base a una prueba indiciaria tan pobre.

Llegaron Niño y Leopoldo, a quien la descarga de la pistola de electrochoque le había impreso un semblante enfermizo. Les hice una seña para que me siguieran y me fui de la sala sin intercambiar otra palabra con el comisario. Sentía sus miradas, la del policía y la del ministro. Al rato llegó el fiscal. La cana vino a la cocina a avisarme. A punto de regresar al living para

convencer al funcionario judicial de la necesidad de interceptar las llamadas de Cimmi, Elba se me acercó de nuevo con expresión compungida.

—Señor Ignacio, tengo algo para decir.

—Hablá, Ema —la intimé de mal modo.

—La semana pasada, yo estaba en la parada del 67, esperando para ir a mi casa porque me tocaba mi franco. Entonces me acordé de que necesitaba algunas cosas del súper y fui al Carrefour del Paseo Alcorta, que está ahí cerca...

—Ajá —dije con indiferencia—. ¿Qué más?

—Dentro del super hay una cafetería,

—¿Y?, —me impacienté

—Ahí los vi, a Ofelia y a Vitelli,

Al oír el nombre del ex jardinero, del ladrón recomendado por Cimmi, mi actitud cambió radicalmente. Me incorporé y le clavé la mirada,

—¿Ofelia, la que trabajaba acá?

—Sí, —Anoche le conté que ayer me pidió salir para ir a cuidara su sobrino. Prometió volver hoy bien temprano, pero no lo hizo. En aquella oportunidad me pidió permiso para ir al Carrefour porque le hacía falta lavandina. Le dije que sí y me quedé esperando a que volviese. Me parecía raro que tardase tanto. Yo tenía que irme, así que no seguí esperando y me fui. Cuando entré en el súper, ahí la veo muy sentada en la cafetería con Vitelli. Yo estaba apuradísima por eso no le dije nada, pero pensé: “Ya me va a oír esta cuando vuelva del franco”.

—¿Qué tiene que ver con Vitelli? Hace meses que mi mujer lo despidió.

—A Ofelia le gustaba ese malandra de Vitelli. Parece ser que siguieron viéndose después del despido. Pero ella aquí no dijo nada, porque sabe que las demás no lo queremos, al mano larga. Pero Ofelia, pobre...

—No te vayas por las ramas, Elba. Limitate a los hechos.

—Lo que me extrañó es que no estaban solos. La hermana de Ofelia, Karina, estaba con ellos. Yo no la conozco a Karina, pero la reconocí por las fotos que Ofelia nos vive mostrando. La quiere mucho a la hermana. Es una pobre mujer. Viuda y enferma de cáncer, con tres chiquitos. Ofelia prácticamente la mantiene. La señora Cósima siempre le manda ropa y provisiones. Le ofreció trabajo aquí pero no tiene salud.

—Elba, entiendo que te haya molestado que Ofelia cometiese una falta reuniéndose a tomar un café con su novio y su hermana en horas de trabajo, pero, qué tiene que ver con lo del secuestro?

—No hacía falta lavandina.

—¿Cómo? —pregunté, desorientado.

—Fue a comprar lavandina cuando después me acordé de que no hacía falta. La señora Cósima había comprado varios bidones aprovechando una oferta de Ayudín.

—Te habré mentido para reunirse con el novio y la hermana.

—Sí, me mintió para verse con ellos. Pero, ¿para qué quería reunirse con Vitelli y con la hermana? —preguntó con una entonación retórica—. Creo que aquí hay gato encerrado —dedujo—. No se olvide que ayer me pidió salir, justo ayer —enfaticó—, y no se reintegró hoy temprano como había prometido. Me llamó hace un rato para decirme que el sobrinito la contagió y que está en cama. ¿La contagió en tan pocas horas?

¿Le comentaste esto a los policías cuando las interrogaron ayer?

—No —admitió, apenada—. Es que no quiero acusar a nadie, lo juro por Dios que no quiero. Pero usted recién mencionó Bernal y...

—¿Y? —la insté a seguir.

—Las dos viven en Bernal, Ofelia y su hermana Karina —añadió y le imprimió a su expresión un gesto cómplice—. Justo donde los secuestradores dejaron abandonada la camioneta —acotó en voz baja.

Era una prueba aún más indiciaria que la de los lingotes de oro, medité, pero estaba tan desesperado y era capaz de agarrarme de un diente.

—Necesito la dirección exacta.

—No la sé. Sólo sé que una vive a pocas cuadras de la otra.

Me fui al escritorio y volví a consultar el listado del personal que Romina me había enviado el día anterior. No lo había mirado con detenimiento, pero estaba seguro de haber visto una columna con los domicilios.

¡Bingo! Ahí estaba la dirección de Ortigas, Ofelia Convoqué a Niño y a Leopoldo. Les conté el relato de Elba y me di cuenta que ninguno lo consideraba serio.

—Ofelia es una chica muy responsable, —comentó Leopoldo. No me la imagino metida en esto.

—Pero anda con Vitelli, —señalé, —un delincuente. Y también sabemos que ella y su hermana están en apuros económicos. Por otro lado, el hecho de que justo ayer pudiese salir, después que mi mujer se fuera a buscar a Montserrat y que hoy no se reintegrase resulta sospechoso.

—Es cierto, —admitió mi guardaespaldas.

—Vayamos a dar un vistazo —propuso Niño Rossi—. No perdemos nada.

—Niño —le indiqué—, dejame tu celular. Ustedes usen el de Leopoldo.

Me lo entregó y me indicó la clave para desbloquearlo. Los vi partir con la esperanza renovada.

¿Se lo diría al comisario general? Decidí callar, al menos por el momento. El tipo ya me consideraba un paranoico. Volvería a desestimar esta pista como había desestimado la de Cimmi.

Llamé a Ricardo y lo puse al tanto de la nueva información. Ya había decidido jugarme por el ex espía, por lo que preferí que supiese cómo se desarrollaban los eventos.

—Es interesante lo que me comenta, ingeniero, porque Cimmi no estaba dirigiéndose a Capital como le dije hace un rato, sino a Bernal. Acaba de detener el automóvil delante de una vivienda bastante humilde.

—¿Dónde? Decime la calle —exigí con el listado del personal doméstico en la mano.

—25 de Mayo al 300.

—¿El 339?

—Exacto. Ahora vuelve a salir —me informó—. Con las manos vacías.

—¿Cómo con las manos vacías? —me desorientó.

Bajó con las bolsas de supermercado que le mencioné anoche. Y ahora sale de la casa sin ellas.

—¿Se está yendo de ahí?

—Sí, —¿Qué prefiere que haga? ¿Me quedo a ver qué pasa con la gente de esta casa o sigo a Cimmi?

—Seguilo, —le ordené, pues Niño y Leopoldo estarían en la casa de Ofelia Ortigas en un rato.

Llamé a mis guardaespaldas y los puse al tanto de los movimientos de Cimmi. Quería al equipo bien coordinado. Me informaron que estaban en camino y que calculaban llegar en media hora.

La cocina se llenó de gente. Carlitos, mi hijo, los perros, mis viejos, las empleadas, mis suegros, algunos canas que pedían café. Necesitaba retirarme y meditar.

Me retiré a mi dormitorio y me eché en la cama con los brazos en cruz. Enseguida saqué la almohada de Cósima y me ovillé sobre ella. Apreté la nariz, buscando su olor, pero sólo me llegó un aroma indefinido, agradable, pero no el de ella. Frustrado e incapaz de cerrar los ojos aunque fuese por unos minutos, me metí en el baño para higienizarme un poco. Empezaba a apestar. No quería darme una ducha por temor a que los secuestradores llamasen justo en ese momento, pero necesitaba lavarme un poco los sobacos, la cara y la boca. También me cambié de ropa. Me sentí mejor.

Volví a la cocina, donde se horneaban varias docenas de empanadas que Elba había mandado comprar a la rotisería del Carrefour para repartir entre la nutrida concurrencia. El aroma me abrió el apetito y decidí comer para mantenerme enérgico y despabilado. Pedí un omelette con tomates cherry y lo compartí con Nachito. Y un poco con Pepe y con Bernie. A Nachito le daban risa las morisquetas de los perros para atrapar los pedazos de tortilla. Cósima se abrió enojado al vernos violar las normas de conducta alimentarias y de la mesa, pero en ese momento sólo contaba distraerlo. Lo teníamos en esa parte de la casa, en la planta alta. No queríamos que fuese a la sala y viese el gentío y las máquinas. ¿Cuánto más lograría sostener la mentira? ¿Cuánto duraría la agonía?

Consultaba el reloj cada cinco minutos. Me paseaba por la casa como una fiera enojada. Por fortuna mi suegro, Carlitos y mi viejo me hacían de pararrayos y se ocupaban de las incesantes llamadas de mi ex familia política, de mi suegra y de la Sidarti, de mis hijas mayores, de Lucho y de tantas amigas y amigos de Cósima, que llamaban para saber, enterados por la prensa. Incluso oí que Carlitos hablaba con Marcelo Ibáñez, que no se resignaba a haberla perdido. Vivía llamándola con la excusa de participar en conferencias, asistir a cursos y la mar en coche. Lo tenía montado en un huevo, pero me comportaba como el mejor y más liberal de los maridos porque en verdad la confianza que Cósima me inspiraba era absoluta. Igualmente al tipo lo hubiese boxeado por insistir con mi mujer.

Pasaba de la ira a la depresión en un santiamén. La adrenalina me mantenía en pie. Pero la falta de sueño estaba minando mi carácter. La paciencia se me había consumido horas atrás. Con cada segundo transcurrido, miraba más torcido a la cana. Me parecía que no hacían un carajo. Del análisis de la camioneta no habían obtenido una mierda, sólo la confirmación de que allí habían estado mi mujer y mi hija. Su ADN se encontraba por todas partes.

—¿Había sangre? —pregunté con los intestinos hechos un nudo.

—Ni una gota —contestó con vehemencia el comisario general.

Ansiaba que los secuestradores volviesen a llamar con los datos del lugar de la entrega. Pretendía exigirles hablar con mi mujer y con mi hija. Sólo oír sus voces me habría bastado para seguir adelante. Iba oscureciendo. Otro día terminaba y Cósima y Montse seguían allí fuera, en manos de unos maniáticos, lejos de mí, de mi protección.

Me encerré en el baño de mi dormitorio para llorar. Las ganas me habían asaltado de repente, como un vómito súbito. Corrí escaleras arriba y me metí en el baño para descargar la rabia y el miedo. Acabé sentado en el suelo con la frente sobre las rodillas. Quería acallar la mente; estaba volviéndome loco con tantas conjeturas y posibles conspiraciones. Ricardo había llamado un rato antes para informarme que Cimmi estaba de regreso en su departamento de la Avenida del Libertador. Uno de sus hombres lo relevaría en la guardia. Él tenía que dormir o terminaría estampado contra un poste.

Me sobresaltó el sonido poco familiar del celular de Niño Rossi. Era Leopoldo. Carraspeé para aclarar la voz antes de responder.

—Señor, tenemos novedades —anunció mi guardaespaldas—. Buenas novedades —dijo—. Recién se presentó una pareja en la casa de Ofelia. La misma Ofelia les abrió y les entregó varias bolsas de supermercado. Estamos siguiéndolos. ¿Tiene dónde anotar la patente del vehículo?

—¿Quiénes son? —pregunté mientras me ponía de pie para ir al dormitorio donde me haría de papel y lapicera.

—Aquí viene lo interesante —anunció Leopoldo—. Como le informé a la policía, uno de los cuatro secuestradores era rengo. Nada muy marcado, pero saltaba a la vista sin necesidad de prestar gran atención. Pues bien, el tipo que acaba de estar en la casa de Ofelia tiene la misma renguera. Y su altura y contextura coinciden con las del tipo que secuestró a la señora Cósima y a Montserrat. —Tras una pausa afirmó-: Señor, me juego la cabeza que estamos tras la pista justa.

—Estoy seguro de que esas bolsas de supermercado son provisiones para mi mujer y mi hija. Las deben de estar llevando al lugar donde las tienen cautivas.

—Es posible —contestó Leopoldo con acento cauto—. Pero tenemos que estar seguros antes de actuar, porque si irrumpimos en la casa y ahí no están podemos hacer más daño que bien. Señor —sugirió mi guardaespaldas—, creo que llegó la hora de involucrar a la policía.

Leopoldo tenía razón. Pero estaba seguro de que el comisario general me saldría con otro de sus tecnicismos legales por los que importaba más seguir al pie de la letra el Código Procesal que salvar las vidas de dos personas.

—Apenas lleguen a destino me llaman y me pasan la dirección exacta. Ahora dictame la patente —lo cual hizo antes de terminar la comunicación.

Me recliné en el escritorio a la espera de la llamada de Leopoldo, que llegó once minutos más tarde. Me pasó la dirección de la pareja, también en Bernal, cercana a la de Ofelia, lo cual coincidía con la información de Elba, que las hermanas Ortigas vivían cerca la una de la otra. Convoqué al ministro, que no se había movido de casa desde la tarde del día anterior. Se lo veía desaseado y ojeroso.

—Quiero hablar con usted primero —informé— porque este tema tiene que ser manejado a un nivel político y no técnico.

—Entiendo —contestó.

—Creo saber dónde están mi mujer y mi hija —dije y arrastré dos papeles, uno con la patente del vehículo conducido por el rengo y otro con la dirección que, yo presumía, era de la casa de Karina Ortigas, la hermana de Ofelia.

—¿Cómo obtuvo esto, ingeniero?

—Ministro —dije con la paciencia en un hilo—, soy un hombre de enormes recursos. ¿En verdad pensó que no los pondría a trabajar cuando las vidas de dos de las personas más importantes para mí están en juego? Tuvo el buen tino de asentir y mantener la boca cerrada—. Quiero que hable con el presidente de la Nación y le diga que le ordene al comisario general seguir esta pista. Estoy casi seguro de que las tienen en este domicilio —apoyé el índice en el papel que yacía sobre el escritorio—. Que en un momento de tanta tensión social y económica esta historia tuviese un final feliz y en tiempo récord sería muy beneficioso para el gobierno. Ustedes se llevarían todo el crédito. Yo me plantaría frente a las cámaras de televisión y declarararía que si mi mujer y mi hija están sanas y salvas es gracias a la rápida y eficaz intervención del gobierno y de la policía. Por favor —dije tras un silencio, llame al presidente y

pídale que ordene al comisario seguir esta pista.

El ministro volvió a asentir y se puso de pie para retirarse a un rincón, donde hizo la llamada. Salió para reunirse con el comisario. Volvieron los dos unos minutos más tarde. Me puse de pie y contemplé fijamente al policía. Nos medimos en silencio. “No tenés idea de lo que soy capaz de hacer para recuperarlas”, le advertí con esa mirada carente de pestaños.

—Aquí me dice el señor ministro que tiene información importante —claudicó el comisario.

—Así es —dije con tono conciliador y les señalé las butacas.

Les conté acerca de la revelación de Elba y de los desplazamientos de Cimmi, del rengo y de la que suponíamos era Karina Ortigas. Le mostré los papeles con la patente y la dirección, que seguían sobre el escritorio.

—Señor comisario —hablé con deliberada solemnidad—, respeto su trabajo y no quiero decirle cómo hacerlo, pero creo que no puede soslayar esta pista.

—No lo haré. Esto que acaba de comentarme es muy importante. Si su empleada nos hubiese dicho a nosotros lo que le dijo a usted esta mañana acerca de Ofelia Ortigas, sin duda habríamos estudiado esa pista.

—No quería meter en líos a Ofelia —la justifiqué—. Ahora lo único que importa es rescatar a mi mujer y a mi hija. No perdamos tiempo, por favor. Tengo a mis hombres haciendo guardia en esa casa —declaré y apunté el papel con el domicilio en Bernal.

—Dígales que se vayan —me ordenó el policía—. Si, como usted sostiene, ese es el aguantadero de los secuestradores podrían advertir su presencia y echar todo a perder.

—Son profesionales. No los notarán. Y no les diré que se vayan hasta que usted ponga a sus hombres de guardia en la casa donde, creo, están mi mujer y mi hija. Si quiere arrestarme por no acatar su orden, hágalo. Pero ni siquiera si me apuntase con un arma los llamaría para...

—Ingeniero, por favor —intervino el ministro—. Nadie va a amenazar a nadie. Por favor, mantenga la calma.

—Perdón —dije, no porque me sintiese arrepentido sino porque quería al comisario de mi parte—. Perdí los papeles, lo siento. Me excuso en la falta de horas de sueño y en la desesperación que me provoca saber a mi esposa y a mi hija en manos de esos delincuentes.

—Más que comprensible —cedió el comisario—. Está bien —volvió a claudicar—, enviaré a mis hombres para que hagan guardia, pero sus hombres tendrán que dejar el lugar apenas hayan llegado los míos.

Asentí apenas.

—¿Le pedirá al juez autorización para intervenir los celulares de Ofelia y Karina Ortigas?

—Sí, lo haremos —respondió el ministro.

Me quedé solo en el escritorio. Nadie se me acercaba, ni siquiera para preguntarme por las novedades. Le tenían miedo a mi mal humor. Mejor así. Eché la cabeza sobre el respaldo de la butaca y fijé la vista en el cielo raso. Me obligué a pensar en Cósima y en la última noche juntos, la del jueves. Habíamos hecho el amor y después, sumergidos en el jacuzzi, habíamos planeado un viaje a Europa, una vez que la causa por evasión fiscal terminase. Eramos optimistas y estábamos seguros de que me exonerarían o sobreseerían. Yo, como era de imaginar, quería que fuésemos solos. Ella quería ir con los chicos y los perros. Sonreí a la nada al recordarla afirmar con entusiasmo: “Ahora casi todos los hoteles son pet friendly. ¡Como si ese hubiese sido el problema!

—Amor mío —susurré—. Voy a llegar a vos y a Montse —juré con los ojos cerrados. Igual que te convertí en mi esposa con todo en contra, te voy a recuperar.

Llamaron a la puerta. Me incorporé en la butaca mientras me pasaba el puño por las sienes húmedas.

—Adelante.

Entraron el comisario y el ministro. Sus rostros severos me impulsaron a ponerme de pie.

—El vehículo está a nombre de Guerrero, Mario. Ex convicto por robo a mano armada. Resultó ser compañero de celda de Vitelli en el penal de Marcos Paz.

Asesté un puñetazo al escritorio.

¡Cimmi, gran hijo de puta! —exclamé, completamente desmadrado—. Esa escoria me pidió que contratase a Vitelli, un chorro de mierda, un asqueroso violador...

—Tenemos otro dato importante —me detuvo el comisario—. Al momento de la llamada de los secuestradores, la que realizaron desde el teléfono en Villa Bosch —aclaró—, analizamos dentro del área circundante los cientos de teléfonos móviles encendidos. Uno de ellos pertenecía a un tal Guerrero, Mario.

—¡Es él! —me entusiasmé.

—Tengo otro indicio. Guerrero quedó con una ligera renguera tras un accidente que sufrió en un intento de fuga de la cárcel.

—Ya no queda duda —manifesté—. Son ellos.

—El domicilio que nos pasó —prosiguió el comisario— corresponde a un tal Pasquale, Andrés.

—No me dice nada ese nombre —admití.

—Acabamos de confirmar que le alquila la propiedad a Ortigas, Karina Deba.

—Las pruebas son aplastantes! —me enfervorice—. ¡Son ellos!

—insistí.

—Estamos seguros de que Guerrero es uno de la banda —admitió el policía—. Posiblemente Vitelli también. Pero lo importante ahora es asegurarnos de que su sospecha, que su esposa y su hija están en la casa de Karina Ortigas, sea cierta. No podemos mover un dedo sin esa confirmación. Si irrumpiésemos y no las encontrásemos allí, pondríamos en riesgo sus vidas, donde fuese que las tuvieran.

El mismo razonamiento de Leopoldo. Asentí, vencido.

—¿Cómo haremos para saber si están allí? Tal vez las tengan en la de Ofelia Ortigas —se me ocurrió de pronto.

—Usted ha hecho mucho, ingeniero —intervino el ministro—. Ahora deje a la policía seguir con esto.

—¿Van a intervenir los teléfonos?

—Haremos todo lo que se debe hacer en estos casos —fue la vaga respuesta del comisario antes de salir.

Leopoldo y Niño regresaron una hora más tarde luego de que un coche con dos policías de civil se hubiese estacionado en la cuadra de Karina Ortigas.

Los policías empezaron a moverse en el living de mi casa. Notaba el cambio en el ambiente. La energía había mudado, como si de estancada hubiese comenzado a fluir rápida, casi vertiginosamente.

A las tres de la mañana del domingo 30 de octubre, un grupo de élite de la Federal se aproximó a la casa de Karina Ortigas para buscar indicios de la presencia de Cósima y de Montse. Si allí no encontraban nada, se trasladarían a lo de su hermana Ofelia para emprender un reconocimiento similar.

Seguíamos los movimientos de los agentes gracias a las cámaras con visión nocturna que llevaban en los cascos y que transmitían a través de los televisores de circuito cerrado instalados en la sala. Iban con perros a los que les habían dado a oler las prendas que yo les había facilitado. ¿Y si empezaban a ladrar y delataban la presencia de la fuerza de élite? Observaba las escenas con el aliento contenido y las mandíbulas tiesas.

Resultaba admirable el sigilo con que se movían. Sólo se comunicaban con el lenguaje de las manos, ni siquiera susurraban en los micrófonos que tenían sobre la boca. Introdujeron cámaras por debajo de las puertas sin descubrimientos importantes. Hasta que avistaron un tragaluz a la altura del suelo, en la parte posterior de la propiedad, lo que indicaba la existencia de un sótano. Abrieron un círculo en el vidrio con un cortador con punta de diamante, silencioso y preciso. Deslizaron la cámara dentro y allí estaban, mi mujer y mi hija. La garganta se me cerró y la vista se me nubló con una rapidez sorprendente. El resto prorrumpió en gritos de triunfo. Me abrazaban, me palmeaban la espalda, me hablaban, Yo nada sentía, ni veía, ni escuchaba; sólo era capaz de mantener la vista fija en la imagen de mis adoradas Cósima y Montserrat hechas un ovillo sobre un colchón en el suelo. Temía apartar los ojos y que se desvanecieran para siempre. Me temblaron la boca, el mentón, la cara, el cuerpo entero al distinguir que mi mujer envolvía con el cuerpo el de mi hija.

El comisario, que mantenía una sobriedad encomiable, dispuso que las fuerzas de élite se aprestaran para la irrupción y que tres ambulancias aguardasen a unas cuadras listas para entrar en acción cuando se las autorizara. Preveían que correría sangre. Los policías de élite estimaban que se toparían con una mujer, (Karina Ortigas, y con cuatro hombres armados, entre ellos el tal Guerrero y muy posiblemente Vitelli. Suponían que presentarían batalla.

El comisario dio la orden de actuar cerca de las cuatro de la mañana. El operativo se resolvió más rápido de lo que yo había esperado. Los del grupo de élite se dividieron en dos brigadas; una tiró abajo la puerta principal con un ariete y la otra hizo lo mismo con la del fondo. El factor sorpresa sirvió para someter enseguida a los dos secuestradores apostados de guardia. Vitelli y Guerrero se precipitaron en calzoncillo y camiseta empuñando sus pistolas e intentaron bajar al sótano, probablemente para usar a Cósima y a Montse como escudos. Los redujeron los policías que habían ingresado por la parte posterior. Vitelli les disparó y lo fusilaron. Cayó muerto en el acto. Guerrero soltó el arma, se puso de rodillas con las manos alzadas e imploró por piedad.

En tanto, una parte de los efectivos se ocupaba de Karina Ortigas, víctima de un ataque de nervios, yo concentraba mi atención en las pantallas que transmitían los movimientos de la otra brigada. Franquearon la puerta que conducía al sótano y bajaron iluminando el recinto oscuro con las linternas de los cascos.

—¡Cósima! ¡Montserrat! —las llamaban —¡Somos la policía! —les advertían—. ¡Tranquilas!, hemos venido a rescatarlas.

Las oía contestar, las oía decir “¡Estamos aquí!”, pero no las veía. La desesperación me cortaba el aliento. Las sienes me latían al ritmo devastador del corazón. De pie, tras una silla, apretaba el respaldo y me inclinaba sobre la pantalla que transmitía las escenas confusas y teñidas de la luz verdosa de las cámaras con visión nocturna. Hasta que las vi. Sus ojos brillaban como los de un gato en la penumbra. Estaban de pie. Cósima ceñía a Montserrat, que, a su vez, la aferraba por la cintura con los dos brazos. Lloraban. Mis amores lloraban. Lloraban y reían.

La sala se estremeció cuando el equipo prorrumpió en gritos y vítores. Alguien me abrazó. Era Carlitos Naum. Lloraba él también. Miré en torno a mí, aturdido, entumecido. Avisté a mis viejos, que se abrazaban, emocionados. Mi suegro felicitaba al ministro y al comisario general.

Los canas se congratulaban mutuamente, se daban la mano y comentaban entre risas y con caras alegres.

Tanta dicha a mi alrededor. A mí, en cambio, me embargaba una ansiedad espantosa. Las quería ya en mi casa, entre mis brazos, bajo mi protección. Las pantallas se habían apagado. Los del grupo de élite habían cesado de transmitir. Me aseguraban que ya no era necesario; habían conjurado el peligro. Cósima y Montserrat estaban siendo controladas por un médico en una de las ambulancias. Estaba a punto de reventar; la ansiedad estaba matándome.

—Quiero hablar con mi esposa —exigí al comisario—. Que alguien le facilite un celular.

El comisario hizo un par de llamadas y acabó pasándome su teléfono.

—¡Cósima, soy Ignacio!

—¡Estamos bien! —fue lo primero que exclamó con acento quebrado.

El sonido de su voz me provocó un aflojamiento en las rodillas; me desmoroné en un sofá.

—Amor —atiné a susurrar, pero no me oyó.

—¡Estamos bien! —repitió—. No te angusties —añadió más calmada—. Estamos bien. Ya vamos para casa.

Incapaz de articular, le pasé el teléfono a Victorio, que prosiguió la comunicación con su hija.

Ignacio está muy emocionado —le explicó—. No puede hablar ahora. Aquí las esperamos.

Me limité a agradecerle al comisario el gesto con un asentimiento de cabeza y me evadí hacia la planta alta. Pasé por el dormitorio de Nachito. Temía que el bullicio lo hubiese despertado. Antes de iniciar el tratamiento tenía el sueño muy liviano. Entorné la puerta y me quedé mirándolo mientras dormía como si nada hubiese ocurrido. “Adorado hijo mío”, pensé, el hijo que Cósima me había enseñado a amar y a admirar en su perfección.

Me tembló la mano al cerrar y me tembló el mentón al intentar reprimir el llanto y me temblaron las piernas y se me estremeció el cuerpo entero. Me precipité en mi dormitorio y apoyé el peso contra la puerta cerrada. Apreté los ojos en un intento vano por contener la angustia que se abría paso. Me deslicé hasta quedar sentado en el suelo. Me tapé la boca para reprimir el grito de pánico que se me había formado durante esos dos días interminables en los que creí que moriría. Grité sobre la palma de mi mano hasta empaparla, hasta sentir caliente la cara y tiesos los labios. Grité hasta quedar sin aire en los pulmones, hasta que un cansancio brutal me golpeó y caí de costado en posición fetal.

Más tranquilo, aún percibía un residuo de inquietud que no atinaba a identificar. Me puse de pie mareado y nauseabundo como en la época en que me emborrachaba y consumía cocaína, sólo que en esa instancia tenía la mente clara y sabía qué tenía que hacer. Me metí en el baño para refrescarme. Quería mostrarme entero cuando Cósima y Montserrat llegasen. Volví a cambiarme. Tenía la camisa empapada de sudor. Me lavé un poco y me perfumé con el Eau Sauvage porque sabía cuánto le gustaba a mi mujer.

Bajé sintiéndome mejor. Los policías estaban desconectando los aparatos y las computadoras y los cargaban en una camioneta de la Federal. Me acerqué al comisario y le extendí la mano.

—Gracias —dije mirándolo a los ojos—. El operativo fue impecable.

—Su ayuda resultó clave —admitió el hombre.

—Arturo Cimmi está metido en esto —le recordé, y el comisario bajó los párpados en señal de acuerdo.

—Acabo de emitir un pedido de captura —añadió.

—Después de llevar las provisiones a la casa de Ofelia Ortigas se fue a su departamento en Libertador.

—Ahí no está —aseguró el policía—. Y tampoco podemos ubicarlo a través del celular. Lo dejó en su casa de Libertador.

—Aguarde un momento —dije y me retiré para llamar a Ricardo Petris, que me contestó con voz dormida y prometió llamarme en pocos minutos.

—Uno de mis hombres lo está siguiendo por la Panamericana —me informó el ex espía un rato después—. Le paso las coordenadas. Y también el teléfono de mi empleado, el que lo está siguiendo —aclaró.

Tomé nota y lo despedí tras avisarle que la pesadilla había terminado. Regresé junto al ministro y al comisario general en la sala notoriamente vacía y silenciosa. Sólo quedaba el desorden típico tras dos días de acampar en el living de mi casa.

—Aquí tiene las coordenadas donde podrá encontrar a Cimmi ahora. Está huyendo por la Panamericana. Es posible —deduje— que Vitelli lograra llamarlo y advertirle que los habían descubierto. Este es el teléfono de un hombre de mi confianza que lo está siguiendo en este momento.

—Gracias, —masculló el comisario y aceptó el papel antes de alejarse para dar órdenes por el celular. Regresó unos minutos después—. Su mujer y su hija están a pocas cuadras de aquí.

Consulte el reloj. Eran las seis menos diez. Salí al pórtico y supe en qué instante llegó el patrullero porque se levantó un griterío entre los periodistas del otro lado del muro y cientos de flashes explotaron para captar el momento en que Cósima y Montserrat regresaban a casa. Di largas zancadas para atravesar el terreno que me separaba de ellas. Con el automóvil aún en movimiento intenté abrir la puerta trasera, pero no cedió. La ansiedad me consumía y me ofuscaba. Por fin el vehículo se detuvo. Montserrat saltó fuera y se arrojó a mis brazos.

Lloraba desconsoladamente. Cósima bajó unos segundos después y me sonrió. Estiré la mano para atraerla hacia mí. La cobijé en mi abrazo y percibí que ella me rodeaba la cintura y me apretaba. Experimenté alivio y al mismo tiempo esa perturbadora inquietud, como si algo siguiese mal, como si todavía no hubiésemos exorcizado el peligro por completo.

Caminamos los tres juntos, muy pegados, rodeados de nuestros familiares, amigos y empleados. Y Bernie, que estaba como loco. Montserrat seguía lloriqueando, pero a Cósima se la veía tranquila. Alzaba la cabeza y me contemplaba con una dulzura y una devoción que me tenían al borde del llanto.

—Te amo —atiné a balbucear antes de que su padre me la arrancara de los brazos.

La observé saludar a los demás, recibir sus besos y caricias, la vi sonreírles y responder a las preguntas, hasta que no soporté la separación y la tomé por la cintura para sujetarla contra mi cuerpo. Noté que luchaba contra el cansancio e impostaba las sonrisas.

—Quiero ver a Nachito —expresó y me dio pie para anunciar que nos retiraríamos.

—Gracias por haberme acompañado durante este durísimo proceso —manifesté con sincera gratitud—. Su apoyo fue clave para poder soportarlo.

Sin soltar a Cósima, abracé a mi suegro, a Carlitos y a mis viejos. Les ofrecí la mano a Leopoldo, a Niño y a Hugo, que lucían expresiones tan felices como las del resto de la familia. También saludé a Elba, a quien le debía muchísimo, y me incliné para besarla en la mejilla. Les agradecí a Sara y a las otras empleadas, que nos habían asistido durante esas dos interminables jornadas, prácticamente sin dormir. Estábamos todos con los ojos brillantes e inyectados y los mentones temblorosos.

—Mamá, ¿te ocupas de ella? —dije y señalé a mi hija con el mentón.

Mi vieja asintió con cara de cansada, pero con una sonrisa tan inusual como hermosa.

Montserrat buscó a Cósima y se abrazó a su cintura, como si la idea de alejarse de ella no la convenciera.

—¿No tienes ganas de darte un baño, amor mío? —sugirió mi mujer. Yo quiero meterme en la ducha y estar un rato largo bajo el agua. ¿Qué te parece? —insistió mientras le acariciaba el cabello opaco y grasiento.

—¿Después vas a mi cuarto?

—Sí, tesoro. Claro que voy.

Tras despedidas que parecían no tener fin, conseguí llevarme a mi mujer a la planta alta. Subimos abrazados. Fuimos al cuarto de Nachito. Seguía dormido. Pepe se bajó de la cama y vino a saludarnos. Cósima se acercó en puntas de pie y lo besó en el carrillo. Se quedó observándolo y me pregunté qué estaría pensando. Lo contemplaba con una mirada devota que causaba fascinación. Nos movimos con sigilo para salir.

—¿Cómo estuvo? —me preguntó en el pasillo.

Torcí la boca antes de contestar.

—Te llamaba y te buscaba continuamente. Ya no sabíamos qué hacer. Carlitos se portó muy bien y lo entretuvo bastante, pero se estaba volviendo difícil engañarlo. Como durante la luna de miel le contabas un cuento por teléfono antes de que se fuese a dormir, no entendía por qué ahora no lo hacías.

Entramos en nuestro dormitorio. Cerré con llave. Cósima estudiaba el entorno con una expresión admirativa. Tal vez había creído que nunca volvería a nuestro hogar. La sujeté por la cintura y la miré a los ojos. Me acunó la mejilla y me sonrió.

—Sé que si estamos aquí de nuevo, sanas y salvas —expresó—, es porque vos moviste cielo y tierra para conseguirlo. No necesito que nadie me cuente nada. Sé que fuiste vos el que nos sacó de ese agujero inmundo.

—Pero fue por mi culpa que las pusieron ahí en primer lugar. Fue Cimmi —añadí.

—Porque sabe que somos lo más importante para vos.

Asentí, nervioso porque me daba cuenta de que estaba desmoronándome, y no quería. Ella me necesitaba entero. La ayudé a desvestirse e hice un montículo en el suelo con la ropa; Cósima expresó el deseo de quemarla. Me desnudé de prisa y entramos en el baño, donde encendí la ducha y los rociadores laterales. Estuvimos un rato largo bajo el agua caliente, en silencio, contemplándonos.

—Gracias por rescatarnos.

—Fue la policía —le recordé.

—Sé que fuiste vos. Sé que sin tu intervención todavía estaríamos en ese lugar espantoso.

Le quité un mechón pegado a la frente y la besé.

—¿Las trataron mal? ¿Las golpearon?

—Nos trataron bien dentro de lo que cabe.

El alivio minó un poco más mi fachada de compostura. Desde que Ricardo Petris me había informado que Vitelli era un abusador sexual no tenía paz, y, a la posibilidad de perderlas se había sumado el horror de imaginarlas violentadas. Aunque las tenía de nuevo en casa, y pese a saber que no les habían tocado un cabello, las morbosas escenas me invadieron igualmente, como murciélagos que me revoloteaban en torno a la cabeza y que no conseguía espantar. Se me hizo una pelota en la garganta y las lágrimas se mezclaron con el agua. Aunque luchaba por no quebrarme, estaba fracasando; no conseguía detener la emoción que me hacía temblar como un flan.

Entonces comprendí el origen de la inquietud que aún me perturbaba, pese al éxito de la operación. Se trataba de una revelación, una comprensión gestada durante las horas en que me la habían arrebatado y que en la intimidad de ese baño compartido, se volvía clara al tiempo que devastadora. Me sobrevino un pánico tan profundo que cambió la perspectiva de todo cuanto conocía y había creído, porque acababa de abismarme a la absoluta certeza de que, si esa mujer a quien una vez había atacado y apodado la tía Costina hubiese cesado de existir, mi vida no habría valido un centavo. El arrogante y exitoso Ignacio Julio Lanz Reuter habría sido menos que nada.

La estreché en un abrazo devastador y me largué a llorar, doblegado por fin, empequeñecido ante el poder del sentimiento, ante la inmensidad de la revelación y compelido por la humildad que ese ser magnífico me inspiraba, esa criatura perfecta que había aceptado ser mi esposa y a quien no le llegaba ni a los talones. Hundí la cara en su cuello y lloré como no recordaba haber llorado.

Ella también lloraba. Nos abrazamos con desesperación y nos besamos compartiendo el gusto salobre de nuestras lágrimas, las de ella más dulces quizá, porque no tenían la cuota de arrepentimiento, culpa y vergüenza que hacían de mi llanto el más amargo de mi vida.

Capítulo XXVII

CASTIGO DIVINO

Cósima

Montserrat se había dormido tras comer las empanadas que nos habían dejado al pie de la escalera. Teníamos las manos libres, pero estábamos encadenadas por el tobillo derecho a un gancho empotrado en la pared. El largo de la cadena nos permitía movernos en un radio de un metro y medio aproximadamente. Dejaron la luz encendida el tiempo suficiente para que nos alimentásemos. Después la apagaron y el sótano se sumió en la más negra oscuridad. No podía verme la mano aunque me la pusiese delante de la nariz.

“Otra noche lejos de Ignacio y de Nachito”, pensé, y me mordí el labio para no llorar. Me atormentaba imaginar el calvario que mi esposo estaría padeciendo. Me resultaba fácil verlo alterado, haciendo llamadas a diestra y siniestra, moviéndose sin pausa para encontrarnos. De esa pesadilla lo que más me asustaba era el sufrimiento de Lanz y la posibilidad de que dañasen a Montserrat. Me di cuenta que no tenía miedo por mí, ni un poco, lo cual resultaba paradójico en esas circunstancias, pues era liberador, aun estando encadenada. Habría sido capaz de cualquier cosa con tal de proteger a la hija de mi corazón, a la hija del amor de mi vida. No obstante, y pese a que me regía una actitud determinada y valiente, me embargó una profunda tristeza, no por mi sino por Lanz. Así como habría sido espantoso afrontar la vida sin él en este mundo, no tenía duda de lo devastador que habría sido para él.

Alcé la vista hacia donde, sabía, se encontraba el pequeño tragaluz, la única conexión con el mundo. Oscuridad absoluta. Noche sin luna, me dije, y calculé que sería de madrugada. Me acordaba de los años ochenta, cuando los secuestros extorsivos estaban de moda. Algunas víctimas habían transcurrido meses en manos de sus captores. Otras

Nunca habían aparecido, luego del pago del rescate. Me preguntaba quién estaría detrás de esto. Me venía a la cabeza el nombre de Cimmi.

Los cuatro secuestradores habían usado pasamontañas, lo cual agradecía, haberles visto los rostros habría significado nuestra condena a muerte. Una vez subidas a la van en el estacionamiento del shopping nos habían atado y vendado los ojos. No habíamos vuelto a verlos, pues la persona que nos traía la comida y el agua y que limpiaba el balde donde hacíamos nuestras necesidades era una mujer. Aunque también se cubría el rostro con un pasamontaña, sabíamos que pertenecía a nuestro género no sólo por la forma en que se movía y por su figura sino porque, al indicarme que leyese el titular de La Nación, su tono de voz la delató.

No habíamos vuelto a ver a los secuestradores, pero allí estaban, en la parte superior de la casa. Oía sus pasos, sus voces, sus risotadas, sus discusiones. Resultaba imposible identificar qué decían, pero sí que los oía. Por esa razón también presumía que era de madrugada, porque la casa estaba silenciosa.

Intentaría dormir. Me daba asco el colchón, pero me obligué a acostarme junto a Montse. La envolví con mi cuerpo. Se rebulló apenas y siguió durmiendo. Había llorado tanto mi dulce Montserrat. Calmarla no resultó fácil. La promesa de que su padre nos salvaría acabó por tranquilizarla. Las ganas de compartir con las amigas y los compañeros la aventura que estábamos viviendo le devolvió el ánimo.

Me desperté al sonido de una explosión a la que siguieron voces elevadas y gritos. Me estremecí con los disparos. Comprendí que se trataba de la policía y experimenté una dicha tan abrumadora que me largué a llorar. Abracé a Montserrat y le dije que su padre nos había rescatado.

La irrupción acabó enseguida. Oímos el ya familiar chirrido de la puerta que se abría en la planta superior y el sonido de los borceguíes de los policías que bajaban echando haces de luz sobre la escalera. Nos pusimos de pie sobre el colchón.

—¡Estamos aquí! —les advertí—. ¡Estamos aquí!

Nos encandilaron con las linternas que llevaban en los cascos y no les vimos los rostros cuando alzaron las viseras.

—Estamos encadenadas a la pared —informé.

—Enseguida nos ocupamos —prometió uno, que dio órdenes bisbiseadas en un micrófono ubicado cerca de la boca.

Para cuando otro bajó con la llave, ya habían encendido la luz del sótano y los veíamos perfectamente. Montse lloraba abrazada a mí. Uno de los policías le palmeaba la coronilla con la mano enguantada.

—Fuiste muy valiente, Montserrat —le aseguró mientras el compañero le liberaba el tobillo. Ahora quédate tranquila que te vamos a llevar a tu casa donde tu papá está esperándote.

A la mención del padre el llanto recrudeció. A mí también me afectó que el hombre mencionara a Lanz. Me embargó una repentina desesperación por volver al sitio seguro que constituían sus brazos. Quería que acabase la rutina del médico que nos chequeaba las constantes vitales. Estábamos bien. Sólo necesitábamos volver a Lanz.

Nos llevó un rato llegar a Barrio Parque. Nos encontrábamos en Bernal. Conocía a alguien de Bernal, estaba segura, sólo que no podía recordar a quién. Decenas de periodistas se agrupaban en el ingreso de nuestra casa. Aparté la vista, de pronto enceguecida por los flashes de las cámaras fotográficas y aturdida por los gritos. Cada vez faltaba menos para volver a él.

Lo vi correr hacia el patrullero e intentar abrir la puerta, que estaba con traba. Intenté sacarla, pero no la encontré. El automóvil se detuvo y el conductor destrabó la puerta. Montserrat se echó a los brazos del padre y rompió a llorar.

Me invadió una calma súbita y asombrosa. Si intento descubrir el origen, se me ocurre pensar que fue el hecho de ver a Montserrat segura en el abrazo del padre. Había cumplido mi objetivo, el de mantenerla con vida y sin un rasguño. Mi esposo estiró la mano y me atrajo hacia él. No podía apartar la vista de su expresión exhausta, de sus ojos inyectados, de su belleza inmarcesible. Lo oí decir “le amo” antes de que mi padre me abrazara, el afecto y las caricias de nuestros parientes y amigos me envolvían y reconfortaban. No obstante, yo quería estar a solas con mi familia.

Por fin Lanz y yo nos despedimos y marchamos a la planta alta. Entramos en el dormitorio de Nachito. Pepe se bajó de la cama y se acercó a saludarnos. Nachito dormía profundamente. Me incliné y le besé el carrillo abultado y tibio. Me quedé con la nariz pegada en su cuellito, oliéndolo. Santo Cielo, cuánto lo amaba, lo observé dormir mientras me decía que tenía que ir a

darle un baño porque apestaba. Me costó separarme de él.

—¿Cómo estuvo? —pregunté una vez que salimos de la habitación.

La expresión de Lanz habló más que las palabras y confirmó las sospechas: Nachito había sufrido. Me dejé desvestir y conducir a la ducha. El primer contacto con el agua caliente me erizó la piel. Inspiré profundamente y me relajé. Mi esposo y yo nos sostuvimos la mirada. Me tenía sujeta y pegada a él y me contemplaba con una expresión atormentada. Lo conocía, aún seguía atrapado en el martirio que había significado el secuestro. Se culpaba, era evidente. Lo veía luchar contra la emoción que lo dominaba y que lo hacía temblar. Era testigo de la rapidez con que se le agrietaba la máscara. Hasta que se rompió por completo y reveló su verdadero rostro, uno contraído por el dolor. Me envolvió en un abrazo inclemente y se echó a llorar como un niño asustado.

Su padecimiento me golpeó veloz y certeramente y me puse a llorar yo también. La calma experimentada al descender del patrullero se había desvanecido. Me estremecían oleadas de llanto. Lo abrazaba con desesperación buscando calmarlo. Conocía la profundidad de su desolación porque era la mía. Pero también percibía que su llanto era distinto. Era un llanto viejo en el que la tensión por lo que acababa de vivir se mezclaba con antiguas penas y remordimientos. Nunca se había perdonado haberme tratado mal durante los cinco años del secundario, aún le dolía haberme llamado tía Cósima.

Terminamos sentados en el suelo de mármol de la ducha. El agua caliente nos bañaba. Seguíamos abrazados, incapaces de separarnos siquiera para enjabonarnos después de dos días sin higienizarnos. Lanz se había acurrucado contra mi cuerpo y apoyado la mejilla sobre mis pechos.

—En mis cuarenta y ocho años —lo oí decir— lloré dos veces como un crío, las dos en tus brazos, amor mío. La vez que me dijiste que Nachito había venido a este mundo para ser mi maestro y ahora.

—¿Y ahora —quise saber—, por qué lloraste ahora?

—Podría decirte que fue para liberar la tensión después de los dos peores días de mi existencia. —Alzó la vista y nos miramos fijamente—. Pero no fue por eso. Fue por lo mismo que lloré aquella vez en tu consultorio.

—¿Por qué?

—Porque vos siempre lográs hacerme ver lo más recóndito de mí, la parte más oscura, a la que más le temo, la que me causa vergüenza y arrepentimiento. Y al enfrentar ese aspecto de mí, me odio. Odio el tiempo que perdí por no haber aceptado a los trece años que te amaba. Y yo, un gran incrédulo, le temo al castigo divino como el peor de los supersticiosos. Temo que te arranquen de mí porque, después de todo, no te merezco. La sensación es aterradora —admitió tras un breve silencio.

—Acaban de intentar arrancarme de vos y aquí estoy, porque vos lo impediste.

—Pelear contra otra fuerza humana no me asusta —declaró sin visos de arrogancia—. Les temo a las fuerzas de otra naturaleza.

—¿Y este castigo divino —dije con acento ligero— caería sobre vos por el hecho de que me hacías bullying? —Asintió sobre mi pecho—. ¿Y el amor infinito que me das ahora no cuenta? ¿Y la felicidad con la que me levanto todos los días por ser tu mujer no vale de nada? ¿Y los hijos perfectos que me diste no sirven para mitigar aquella supuesta culpa? —Había vuelto a alzar la vista y me contemplaba con seriedad—. Vos también fuiste mi maestro, Ignacio. Durante aquellos años del secundario me obligaste a descubrir mi parte valiente. Después del abandono

de papá me sentía vulnerable y poca cosa. Siempre tenía miedo. Y vos me provocabas hasta el punto de convertirme en una persona que no sabía que podía ser. A veces me hacías sentir una heroína, como la vez en que te di una trompada y te partí el labio. ¿Te acordás?

Se meció entre mis brazos a causa de la risa.

—Claro que me acuerdo. Me dejaste perplejo. Pero también sentí celos porque lo habías hecho no para defenderte sino para defender a Carlitos. Dios, qué celos tuve. Odiaba que lo quisieses tanto a él y nada a mí.

—Del mismo modo habría defendido a tu hija si los secuestradores hubiesen intentado tocarla. Vos fuiste el instrumento para enseñarme a ser la mujer valiente en la que me convertí, la que un día afrontó la muerte de su esposo y de su hijo y la misma que decidió abrir una fundación arriesgando una posición muy segura que tenía. Y por haber sido tan buen maestro ahora el cosmos te premia con este amor. ¿Te das cuenta? Yo veo nuestra realidad exactamente al revés. Vos creés que esto que tenemos se terminará porque no lo merecés. En cambio yo creo que empezó porque te lo merecés, porque es nuestro premio.

Se incorporó y me encerró la cara entre las manos. Me atrajo hacia sus labios y me besó con delicadeza.

—Me das paz, Cósima. Yo también creo que sos mi premio.

—Pero lo creés inmerecido y eso te impide vivir tranquilo. Te aseguro que es muy merecido.

—Después de todo —dijo con fingida soberbia—, fui un maestro excelente.

—Por cierto —añadí—, uno muy ocurrente, porque ¿quién se atrevería a negar que tía Cósima es el mejor apodo de la historia de los apodos?

Soltó una carcajada, que me contagió. Nos reímos hasta que su mirada mutó. Ya no me observaba con la desesperación que había descubierto antes del llanto. Ahora me contemplaba con la exigencia que me resultaba tan familiar.

Me tumbé sobre el piso de mármol dispuesta a recibirlo dentro de mí.

Ignacio

Le hice el amor en la ducha. No lo había planeado; es más, las ganas me tomaron por sorpresa. Estaba tan deshecho física y emocionalmente que lo único que había pretendido era darme un baño con ella y meterme en la cama y dormir hasta el día siguiente. Cósima lograba ese tipo de prodigios, como lograr ponerme duro, pese a haber transcurrido 48 horas despierto.

Nos higienizamos después, ella a mí y yo a ella, como habíamos hecho en nuestra primera vez, en la habitación 2316 del Hotel Intercontinental. Sonreí sin fuerzas al evocar el recuerdo, mientras la ayudaba a cubrirse con la bata de toalla. Tardó un rato en secarse el cabello y yo me senté en el borde del jacuzzi para contemplarla. Aunque me caía de sueño no me atrevía a sacarla de mi campo visual. Nos miramos a través del espejo y nos sonreímos. Apagó el ruidoso aparato para decirme:

—Se te cierran los ojos, amor. Andá a la cama. Voy a ver a Montse y en cinco minutos estoy con vos.

—No, —repliqué y ella no discutió; entendía lo que me estaba sucediendo.

Su razonamiento —que yo había sido un maestro para ella y que merecía la felicidad que estaba viviendo, porque la hacía feliz— sonaba muy lindo, pero yo no acababa de creérmelo. Seguía temiendo que me la quitaran, y tendría que pasar un tiempo antes de que volviese a sentirme seguro.

—Me voy a poner muy pesado, —le advertí cuando terminó de secarse. Me le aproximé por detrás y la abracé—. Voy a ser todo lo que se dice que un hombre moderno no debe ser.

—¿Por ejemplo?

—Acosador, dominante, controlador —Cósima soltó una carcajada, que me impulsó a girarla entre mis brazos y aferrarla por la mandíbula—. No tienes idea del infierno que viví, pensando que te perdía. —expresé con tono amenazador.

Me acarició la mandíbula y me miró de ese modo que siempre consigue apaciguarme.

—Lo sé perfectamente— afirmó.— Durante el cautiverio sólo le temí a dos cosas; que le hicieran algo malo a Montse y al dolor que estarías sintiendo.

—Fue brutal, Cósima —aseguré

—Lo sé,— Quiero ver a Montse. Se lo prometí

Mi hija estaba profundamente dormida, por lo que volvimos a nuestro dormitorio enseguida.

—Vamos a descansar ahora, —me propuso. Los dos lo necesitamos.

Ella se durmió enseguida, yo no tanto. Me quedé mirándola con una obsesión que, años de terapia me habían enseñado a identificar como un comportamiento pernicioso. Y, sin embargo, me importaba una mierda. Fui calmándome al verla descansar con tanta serenidad.

Me despertaron unos gritos amortiguados y unos correteos por el pasillo.

Cósima se rebulló junto a mí y sonrió.

—Es Nachito, —declaró con voz somnolienta, tras lo cual se abrió la puerta de nuestro dormitorio y mi hijo y los perros irrumpieron sin consideración

Era la una y media de la tarde del domingo 30 de octubre. Habíamos descansado alrededor de cinco horas. Me sentía renovado. Ema se apareció en el umbral y llamó al hermano con un susurro exigente.

—Nachito, dejá dormir a papá y a Cosi.

—No —respondió mi hijo con voz enojada y autoritaria—. ¡Cósima!

—Aquí estoy, amor mío— habló mi mujer y encendió el velador de la mesa de luz.

Se acomodó contra el respaldo y le extendió los brazos. Nachito corrió hacia ella y se trepó a la cama. Ema, finalmente entró y, mientras el hermano se aferraba a mi esposa como si la vida dependiera de eso, le quitó las zapatillas. Cósima lo apartó un momento. Se miraron fijamente, hasta que mi mujer volvió a encerrarlo entre sus brazos y lo besó varias veces. Mi hijo se rebullía y soltaba carcajadas felices.

—Te extrañé tanto, —le susurró al oído y lo acomodó como si fuese un bebé.

Le hizo un ademán con la mano a Ema, que se inclinó para recibir un abrazo

—Gracias por estar aquí.

—La idea era que durmiesen un poco más. Hola, pa —saludó con tono contrito—, Perdón, pero Justa y yo no sabíamos que hacer para entretenerlo. Se nos escapó y subió corriendo las escaleras, Quería ver a Cosi, No paraba de pedir por ella.

—Está bien, hija, Vení —la llamé, y la observé mientras rodeaba la cama.

Nos abrazamos, ¡Qué feliz me hacía tenerla allí!

—Vinimos a reemplazar a los abuelos, que se fueron a descansar.

—Gracias, —susurré y le acaricié el rostro, tan parecido al de Laura— , Acostate con

nosotros.

Se sacó los zapatos, antes de subir y sentarse como los indios. Justa se asomó por la puerta y sonrió al vernos despiertos, tías saludarnos, y des pues de accionar el botón para levantar la persiana, terminó también en la cama. Bernie y Pepe ladraban y saltaban festejando el reencuentro. No tardó en aparecer Montserrat, con la cara marcada por el sueño y expresión malhumorada, que si* se le borró cuando Cósima la llamó:

—Vení, tesoro. Te estábamos esperando.

Se ovilló en el regazo de mi esposa, en el espacio que le dejaba el hermano, apoyó la cabeza en su seno y siguió durmiendo.

—Fuimos a saludarte después de bañarnos —dijo Cósima mientras le besaba la frente—. Estabas dormida.

Montserrat ronroneó una afirmación. Me incliné y la provoqué al acariciarle el cachete con el mentón barbudo.

—¡Papi! —simuló enojarse, mientras sonreía con los ojos cerrados. Para evitar que mencionásemos lo del secuestro, pregunté:

—¿Qué tienen ganas de hacer hoy? —lo que despabiló a la menor de mis hijas como por arte de magia.

Las hermanas Lanz Reuter dirimieron acerca de las mejores propuestas para transcurrir el resto del domingo. Cósima hacía sugerencias mientras Nachito, aún en sus brazos, la miraba con la misma obsesión con que la había observado el padre pocas horas atrás.

Pese al terremoto que acabábamos de sobrevivir, todo era placentero y maravilloso, mucho más placentero y maravilloso de lo que habría podido imaginar el día en que decidí que esa mujer sería el centro de mi existencia.

EPÍLOGO

Ignacio

Enero de 2019, Bariloche.

Al atardecer me gusta salir a correr por los senderos del bosque cercano a nuestra casa a orillas del Nahuel Huapi. Es una costumbre que adquirí apenas compré la propiedad y que se repite cada vez que la visitamos. Corro sin auriculares porque prefiero oír los sonidos de la naturaleza. Corro oyendo el golpe de mis pasos sobre la tierra y percibiendo el trabajo de los músculos de mis piernas. En agosto del año pasado cumplí cincuenta y, aunque tiempo atrás temía alcanzar esta edad, hoy afirmo que nunca me he sentido mejor. Me asiste una vitalidad que asoció a la alegría con la que me levanto cada mañana.

Estamos aquí, en Bariloche, para festejar nuestro tercer aniversario de casados. Un año más, como cantaba José Vélez. Sonrío. Me acuerdo de Nora, de cuando nos burlábamos de las canciones que escuchaba Esther, la cocinera. Parece una constante en mi vida esto de burlarme de lo que al final termina siendo medular.

Se me borra la sonrisa. Por esos misterios de la mente evoco un hecho doloroso que preferiría olvidar, sólo que es imposible. El 28 de octubre de 2018 esta impreso a fuego en mi mente porque fue el día en que casi me arrancaron la vida. Han transcurrido poco más de dos años desde el secuestro y, aunque retomamos nuestras rutinas y somos felices, la herida que me infligieron todavía duele, pese a que los culpables están muertos o presos.

A Vitelli lo liquidó el escuadrón de rescate, la madrugada en que irrumpieron en la casa de Karina Ortigas, la hermana de nuestra empleada Ofelia. Las dos terminaron en la cárcel. Karina, enferma de cáncer, murió poco después. Sus tres hijos quedaron al cuidado de la madre de las Ortigas, una anciana con pocas ganas de ocuparse de los nietos. Pese a mi negativa, la Fundación Indiana le transfiere dinero mensualmente para la manutención de los huérfanos y Cósima se ocupa de enviarles juguetes y ropa con Elba. Sabemos que el dinero está bien empleado porque una vez por mes los visita una de las psicólogas del equipo de Cósima que verifica el buen estado físico y mental de los chicos. Así que ahí estamos, ocupándonos de la prole de la cretina que puso en peligro la vida de mi mujer y de mi hija. Pero ese es el deseo de Cósima y yo lo respeto como un feligrés obediente. Cualquier cosa que ella quiere, yo se la concedo. Y si bien resultaría más fácil que me pidiese joyas, ropa y automóviles, nunca lo hace. Sus requerimientos siempre me ponen los pelos de punta. Pero, insisto, cualquier cosa que mi mujer quiere, yo se la doy.

Siguiendo con los culpables del secuestro, Mario Guerrero, el rengo, terminó por confesar que la mente tras el plan era Arturo Cimmi. Después nos enteramos de que tenía embargadas las dos propiedades, la de Avenida del Libertador y la quinta de San Miguel, y que lo perseguía un usurero que le había vandalizado el Audi A4 tajeándole los neumáticos. Cimmi está preso en el penal de Marcos Paz. Le dieron seis años, pero con las leyes argentinas estoy seguro de que en

breve lo tendremos en libertad.

Nunca pude probar la participación de Fernando Riera, pero el instinto me dice que él también estuvo implicado, desesperado por hacerse de una liquidez que habría salvado su constructora, el año pasado se presentó en quiebra, lo que debió causarle el infarto que tuvo hace poco. Daniela Dieter, que fue a visitarlo al hospital, me comentó que lo vio tan viejo y deshecho que daba lástima.

Si, como sospecho, Riera estuvo metido en el sórdido asunto, Cimmi lo protege guardando silencio. Y no lo hace porque sea un amigo fiel sino porque planea usufructuar de la información que calla. La empleará para extorsionarlo cuando salga de la cárcel y no tenga un perro que le ladre ni un mango partido por la mitad. Lo más probable es que tanta lealtad no le sirva de nada pues, si es cierto que Riera está con un pie aquí y otro en el más allá, a Cimmi lo único que le quedará por hacer será llevarle flores al cementerio de la Chacarita.

La caradura de Ofelia intentó contactarse con Cósima, vía telefónica y por carta, para pedirle perdón y también para agradecerle por la ayuda a sus sobrinos. En la carta le confesó que se había dejado llenar la cabeza por Vitelli, que la usó como espía. Esa tarde, la del 28 de octubre de 2016, tras confirmar que Cósima iría a buscar a Montserrat a la escuela, se lo comunicó a Vitelli y a sus cómplices. Después pidió permiso a Elba para irse, con la idea de nunca regresar. Remataba la misiva asegurando que lo había echo por la hermana, para costear las drogas de la quimioterapia, que la obra social sólo cubría en parte. Me asombró que Cósima no se mostrase conmovida y que quemase la carta.

Nos repusimos del secuestro, pero nuestras vidas cambiaron. Ahora vamos con dos guardaespaldas a todos lados y en vehículos blindados. De hecho, los que se ocupan de mi seguridad, en este momento, corren detrás de mí armados con pistolas. Leopoldo y Niño, en quienes más confío, custodian a Cósima. Como no habría podido ser de otro modo, Ema se opuso a que dos “patovicas”, como los llamaba, la siguiesen a sol y a sombra. Les hizo la vida imposible a los pobres diablos, hasta que terminó enamorándose de uno de ellos. Largó a Roque, para mi gran satisfacción —cada vez lo veía con más piercings y tatuajes— y se lanzó a la conquista de Luis, el patovica.

Por fortuna Luis se hizo rogar. Durante meses la trató con frialdad e impuso la distancia que se espera de un guardaespaldas. Creo que estaba haciéndole pagar los desaires y las chiquilinas del principio. Cuando por fin se rindió, me vino a ver y, muy formal —Luis lleva el pelo al ras y viste saco y corbata—, me comunicó que se había comprometido con Ema y que, como no habría sido correcto que siguiese desempeñándose como su custodio, me presentaba la renuncia. Cósima estaba al tanto de las cuestiones sentimentales de mi segunda hija porque era su confidente, pero para mí fue un shock. Como suele ocurrir en casa, fui el último en enterarme.

Luis es un excelente profesional, por eso le pedí que siguiese trabajando para mí. Lo reasigné. Ahora es el guardaespaldas de Montse y el de Montse cuida a Ema, que está muy entusiasmada planeando la boda con Luis, que será en abril. “¿Por qué tanto apuro?”, le pregunté, y ella me contestó que se debía a la misma razón por la cual yo había querido casarme con Cósima. Tal vez sea porque quiere imitar a la hermana mayor, que se convirtió en la esposa de Mauricio, el 28 de diciembre. O tal vez sea cierto y se deba a que, al igual que me sucede a mí con Cósima, no concibe empezar el día sin Luis a su lado.

Cruzo el parque de mi casa al trote y avisto a Montse, Ema y Luis, que regresan de una caminata por la orilla del lago. Los saludo desde lejos y sigo la carrera hacia la parte trasera. Entro por la cocina y enseguida me inunda el aroma de la torta que Cósima hizo después de

comer. Es una receta que prepara con harina de almendras, especial para la dieta de Nachito. Los últimos estudios mostraron que su microbiota está equilibrada y los análisis de sangre indicaron que tiene una salud de hierro. Cósima sostiene que en un par de años, si todo sigue marchando tan favorablemente, nuestro hijo podrá comenzar a incorporar alimentos con caseína y gluten.

Los veo desde lejos, a Cósima y a Nachito, en mi camino hacia la planta alta. No quiero interrumpirlos; es la hora de la lectura. Se sientan juntos en el sillón del living, frente a la ventana con paño fijo que da al parque, con Pepe y Bernie echados a sus pies, y Nachito lee el cuento de turno.

Tras haber cursado un exitoso jardín de infantes durante 2017 en la escuela de la amiga de Cósima, el año pasado hizo primer grado y lo aprobó, sin dificultad ni necesidad de maestra integradora, tal como predijo mi mujer. Ya lo anotamos para que curse segundo grado porque estamos muy conformes con la filosofía y los valores que transmiten. Nachito va contento con Pepe, y sus compañeros —son sólo diez— lo aceptan como a uno más.

En opinión de Cósima ninguno de los logros de Nachito, ni los de nivel cognitivo, ni pedagógico, ni artístico, ni los referidos a la conducta, son tan importantes como la amistad que forjó con Simón y Belén. Gracias a la memoria descomunal que tiene se aprendió los números telefónicos de sus amigos y día por medio a la misma hora nos saca el celular para llamarlos. Es una dicha verlo conversar tan serio al teléfono, aunque a decir verdad él es más de escuchar que de hablar. Cósima asegura que no se trata de una consecuencia de su condición de autista; de hecho, hay autistas muy parlanchines. Se trata de una característica de su temperamento. Sin embargo, cuando se decide a expresar lo que piensa lo hace correctamente, usando las palabras y los modismos que aprende por pasar gran parte del tiempo entre adultos.

Tiene una vida plena, mi adorado hijo. Debido a que su escuela es de jornada simple, al mediodía Sara y los guardaespaldas lo llevan a la fundación, donde almuerza con Cósima, tras lo cual tiene su sesión con la Petrillo o clases en el Hípico con Lucho. Desde 2017 se sumaron las lecciones de piano dos veces por semana. De todas las actividades, esta es su favorita. Al principio la cosa no anduvo bien porque le caía mal la profesora. Pero después Cósima descubrió a una estupenda —vale decir que la chica padece síndrome de Asperger— con la cual estableció un vínculo de confianza y comprensión.

Lo que voy a decir surge de un juicio imparcial: Nachito toca como los dioses y ni siquiera tiene ocho años. Es nuestro orgullo. Verlo sentado al piano interpretando una melodía es una experiencia difícil de explicar. Según Cósima, con su mente estructurada y su lógica inflexible, comprende el lenguaje de la música porque lo decodifica con la misma facilidad que a las letras y a los números. Tenía razón mi mujer al profetizar que sería igual cuando le tocase interpretar el código que compone la lectoescritura: lo aprendería sin dificultad. Y así fue. Lee y escribe como cualquier nene de su edad. Cabe aclarar que, durante primer grado, Cósima prácticamente se dedicó a él y lo acompañó y lo apoyó en cada paso que dio hasta conquistar la gran meta que fue manejar el lenguaje escrito.

Los observo leer en el sillón, tan cómodos y tranquilos, tan unidos, tan puros y buenos, y me emociono. Se aman profundamente. Se completan. Ella es su madre y él es su hijo. Sólo con Nachito acepto compartir a Cósima. Después de todo fue él quien me guió hasta ella. A diario confirmo lo que declaré aquel bendito día de 2015: Cósima es mágica y se convirtió en la salvación de mi hijo.

Oigo las voces de Ema, Montserrat y Luis, que entran de su caminata e irrumpen en el living, y espero con una sonrisa socarrona la intervención de Nachito, que llegará con la precisión de un

mecanismo.

—¡Silencio! —les exige, y con el ceño apretado consulta el reloj de pulsera que le regalamos para Navidad—. Faltan tres minutos para las siete de la tarde.

A las siete finaliza la hora de lectura con Cósima.

—¡A la orden, mi general! —contesta Ema, y los tres siguen hacia el comedor en silencio.

Cósima me descubre espiándolos y me guiña un ojo. Le lanzo un beso. Subo la escalera y recorro el pasillo, ansioso. Entro en mi dormitorio y me recibe el aroma del aceite esencial de lavanda que Cósima está quemando en un hornito. Supuestamente la lavanda sirve para apaciguar los ánimos. No funciona conmigo, al menos no en esa instancia en que espero que mi mujer se me una de un momento a otro.

Me saco la remera, los pantalones y las medias empapados en sudor. Los arrojo en el canasto de la ropa sucia y me meto en la ducha. El agua tibia me baña el pecho. Cierro los ojos. Me quedo un rato de ese modo, obligándome a aflojar los músculos. Pero al oírla entrar en nuestra habitación vuelvo a tensarme. Y la tensión se profundiza en tanto espero que entre en el cubículo de vidrio y su cuerpo tibio toque el mío. Sigo de pie, de espaldas al ingreso de la ducha, los ojos cerrados, hasta que oigo el quejido de los goznes de la mampara y la imagino desnuda detrás de mí. Me vuelvo hacia ella. Me sonrío. Baja la vista y descubre mi erección. Y la sonrisa se le profundiza mientras extiende la mano para aferrarla.

Yo sólo puedo pensar: “¡Qué buena vida!”.

Cósima

Viernes 24 de mayo de 2019.

Hoy cumpla cincuenta años. La felicidad me desborda. Todos los que quiero están aquí, en casa, celebrando mi dicha, sus miradas fijas en Nachito, que interpreta al piano *No woman, no cry* de Bob Marley. Mi esposo está sentado a mi lado, nuestras manos entrelazadas. Cada tanto nos miramos y sin necesidad de palabras, compartimos el gozo que significa ver a nuestro hijo feliz. “Amor mío”, le digo con la mente, perdida en la belleza de sus ojos, los que me enamoraron a los doce, los que me enamoran cada día. Lo admiro. Ha sorteado todas y cada una de las batallas que le impuso el destino. Ahora recoge el premio de la victoria.

Termina *No woman, no cry* y comienza *La marcha turca* de Beethoven, la segunda de cuatro melodías, según anunció el propio Nachito antes de sentarse en el taburete del piano Steinway que el abuelo Ignacio le regaló para el cumpleaños. Dirijo la mirada hacia mi suegro. Tiene los ojos húmedos de emoción. Elizabeth, a su lado, le palmea el antebrazo. Se miran fugazmente. Han vuelto a enamorarse. Viven juntos desde hace más de dos años en la casa de Melián.

Termina *La marcha turca* y mi padre aplaude con un entusiasmo inusual en él. Se ha encariñado con Montse y con Nachito. Los llama mis nietos. Lo observo y me complace no experimentar el rencor que solía inspirarme en el pasado. En gran parte le debo mi felicidad presente. Su pericia como abogado salvó a Ignacio de la acusación por corrupción y también consiguió que lo exoneraran en el juicio por evasión fiscal. El juzgado en lo penal económico dictó la sentencia poco después de lo del secuestro, y en ella se lo liberaba de culpa y cargo por considerar improcedentes las pruebas presentadas en su contra. El fiscal apeló, pero el recurso no

prosperó. Somos libres.

Nachito inicia Canon y giga en re mayor de Pachelbel y me vuelvo hacia la derecha porque Daniela Dieter, la flamante esposa de Lucho, me pregunta como se llama esa melodía; le parece bellísima. Le susurro el nombre y devuelvo la atención al frente, sólo que me distraigo mirando a Montserrat, sentada en el suelo como los indios, a los pies de sus hermanas. Mi bella y dulce Montse, adorada hija de mi corazón. En dos semanas cumplirá catorce años. Ya estamos preparando la fiesta que daremos en la quinta y a la que invitará a sus compañeros. Hay uno que le gusta y que, parece ser, gusta de ella. Nada más ni nada menos que Federico Carli. La historia se repite.

La amo tanto, como si se hubiese gestado en mis entrañas. La contemplo y el orgullo me expande el pecho. Anduvo cabizbaja tras el secuestro. Un sábado por la tarde, dos semanas después del rescate, mientras yo bañaba a Nachito, entró con su carita sin sonrisa, bajó la tapa del inodoro y se sentó.

—Hola, tesoro —la saludé.

—Hola —contestó sin ganas.

—¿Cómo te fue? ¿Lo pasaste bien en lo de Brisa?

Se encogió de hombros. No quise presionarla. Seguí bañando a Nachito. No necesitaba mirarla para percibir que algo la perturbaba. “Se siente vulnerable y tiene miedo”, me dije. Saqué a Nachito de la bañera y lo envolví en una toalla. Lo deposité sobre la alfombrita y empecé a secarlo.

—Cosi, ¿a vos te molestan las fotos de mamá?

—Sabés que no —le recordé, sorprendida; había conjeturado que la tristeza se debía a lo del secuestro—. ¿A qué viene esa pregunta?

—Porque dice Brisa que, cuando le contó a su mamá que yo no quería que sacasen las fotos de mamá del living, su mamá dijo que, en tu lugar, las habría hecho volar hacia tiempo.

Me puse en cuclillas delante de ella y le acuné el rostro.

—Tesoro mío, quiero que te quedes muy tranquila: las fotos de tu mamá no me molestan ni un poco. Al contrario, me hace feliz que estén ahí porque sé que a vos te hace feliz. Y para mí lo único importante es que vos estés contenta.

Me echó los brazos al cuello y se largó a llorar. Lloraba seguido desde el rescate; cualquier cosa motivaba las lágrimas.

—Pero Caro dice que no quiero sacarlas para protegerlo a papá —me recordó.

—Por la razón que sea, Montse, vos necesitas que las fotos estén ahí. Ya sea para proteger a tu papá o para evitar que olvidemos a tu madre, vos querés que se queden ahí, y ahí se van a quedar. —Arranqué un poco de papel higiénico y le sequé los carrillos empapados—. Amor mío, no le destines un pensamiento más a este tema.

—Yo no quiero que vos sufras por mi culpa. Cosi.

Solté una carcajada que la hizo sonreír con perplejidad.

—Montse, vos, Nachito y tu padre son mi mayor fuente de felicidad. ¿Cómo se te ocurre que podrías hacerme sufrir? Nunca, amor mío, nunca me vas a hacer sufrir. Nada de lo que hagas me hará sufrir —recalqué— porque sé que todo lo que hacés es por una justa razón.

Volvió a abrazarme.

—Te quiero, Cosi.

—Yo te amo, tesoro mío.

Más tarde fui a buscarla al Saint Peter's. Subió animada a la camioneta y me miró con una

sonrisa.

—Después de merendar, ¿me ayudas a guardar las fotos de mamá?

—Te ayudo a hacer lo que vos quieras, pero ¿estás segura de que quieres sacarlas?

—Sí.

¿Es tu decisión o te sentís influenciada por lo que dicen los demás?

—Es mi decisión. Algunas las voy a poner en mi cuarto y otras las voy a guardar.

Se trató de una linda tarde. Fuimos limpiando y acomodando los portarretratos en una caja. Las fotos suscitaban comentarios y anécdotas. Me propuse que recordara a la madre con cariño; no quería que albergara el rencor que a mí me había inspirado mi padre hasta hacía poco tiempo.

Si bien la relación con Montserrat siempre había sido fácil y fluida, lo de los portarretratos de Vivian significó un mojón que la convirtió en un vínculo fuerte y basado en la confianza. Me consulta todo, hablamos de todo. El tema de la sexualidad la tenía muy curiosa e intrigada por esos días. Siempre venía con alguna duda de la escuela. No la avergonzaba preguntarme. Me encantaba explicarle. Seguía ansiosa por convertirse en señorita y quería que la llevase a mi ginecóloga para que constatará que no hubiese algo malo en ella.

—Ya tengo trece —aducía— y todavía no me vino. Hasta que la mañana del domingo 25 de noviembre del año pasado se produjo el gran suceso. No me tornó por sorpresa: me lo esperaba.

Todo el fin de semana se había quejado de dolor de panza y de cansancio. No era dolor de panza sino de ovarios. Nada dije para no incrementar la ansiedad.

Faltando poco para las siete entró en nuestro dormitorio de la quinta, Yo estaba despierta, Ignacio dormía profundamente.

—¿Te sentís bien? —me preocupé.

—Me sale sangre, —susurró con una carita de expectación entrañable y me señaló entre las piernas.

Me levanté y saqué del baño el paquete de toallas femeninas que mantenía en la quinta y en Buenos Aires, previendo esa eventualidad. La conduje a su dormitorio, Me mostró la bombacha y la sábana manchadas.

—¡Felicitaciones, tesoro mío! Es tu primera menstruación. —Nos abrazamos. —Ya llegó, Montse, ¿Ves que no había nada malo en vos?

Sólo teníamos que esperar que tu cuerpo madurase.

—¡Les voy a mandar un mensaje a Brisa y a Luna!

—Después. Ahora te vas a higienizar y a cambiar.

Busqué un camisón y una bombacha limpios y le enseñe cómo colocar ía toallita. Se metió en el baño y, mientras ella se alistaba, yo cambié las sábanas.

—Más tarde —le indiqué— vamos a anotar la fecha y a calcular la de la próxima menstruación para que estás advertida.

La dejé sola enviando mensajes a diestra y siniestra. Llevé el bulto de ropa sucia al lavadero y regresé a mi dormitorio. Ignacio estaba poniéndose la bata a las apuradas para ir a buscarme.

—¿Dónde estabas? —me preguntó con ansiedad y el entrecejo fruncido— Son las siete y medía.

Con Montse. Acaba de indisponerse por primera vez. Nuestra Montse ya es una señorita —anuncié—. No sabes lo feliz que está.

—No sé por qué. A mí no me hace ni un poco de gracia —declaró mi esposo y me hizo reír.

Finaliza el Canon de Pachelbel y aplaudimos con sincera admiración. Yo, que lo escucho practicar a diario, sé que no ha errado una nota. Como estoy segura de que tocará su otra pieza

favorita, El Danubio Azul de Johann Strauss, me sorprende cuando lo veo levantarse del taburete para enfrentar al público de nuevo. Lo hace con aplomo, sin mirar a nadie a los ojos.

—La próxima pieza es tema de la película Indiana Jones y se la dedico a mi mamá, Cósima Facchinetti de Lanz Reuter, porque Indiana Jones es su película favorita y porque hoy es su cumpleaños número cincuenta.

Me cubro la boca para atajar el llamo. Nunca se ha referido a mí como su “madre”, ni en público ni en la intimidad. ¿Cómo supo de mi preferencia por Indiana Jones? ¿Cuándo practicó la melodía? ¿Sólo lo hizo en casa de Sonia, la profesora? Deduzco que lo han tramado juntos para darme una sorpresa.

—”¡Sí, sos mi hijo!; ¡Mi hijo adorado!”, quiero proclamar, sólo que tengo una pelota en la garganta y la lengua pegada al paladar. Lo veo interpretar el tema tras un velo de lágrimas. Ignacio me sujeta las dos manos y me las comprime sin misericordia. Él también está muy emocionado. Siento que el llanto me traicionará. No quiero arruinar la interpretación.

Acaba la melodía. Nachito abandona el taburete y camina hacia nosotros. Me limpio con un pañuelo de papel tisú, que Daniela me entrega subrepticamente. Debo tener los ojos horribles, con la máscara para pestañas por toda la cara. Mí hijo se detiene frente a mí y me clava la vista.

—¿Te gustó, mamá?

Asiento, incapaz de hablar. Le sonrío, pero me tiemblan los labios. Lo pego a mi cuerpo y me largo a llorar. Enseguida siento los brazos del padre en torno a mí. Nos contiene a los dos. Los demás aplauden y gritan bravos. Alguien chifla y silba, Carlitos, probablemente.

—Lloro de alegría, amor mío, —consigo advertirle porque, conociendo su naturaleza literal y rígida, sé que se va a preocupar.

Pero me sorprende, de nuevo, diciéndome:

—Ya lo sé.

FIN



FLORENCIA BONELLI

Inició su exitosa carrera de escritora en 1999. Con títulos como *Bodas de odio*, *Indias blancas*, *El cuarto arcano* y *Me llaman Artemio Furia*, se convirtió en la referente actual de la novela histórico-romántica de la Argentina. Obras como *Marlene*, *Lo que dicen tus ojos*, la trilogía *Caballo de fuego* (*París*, *Congo* y *Gaza*) y la *Trilogía del perdón* (*Jasy*, *Almanegra* y *La tierra sin mal*) la han situado como una de las autoras más populares y reconocidas del ámbito de la lengua castellana. *Nacidas* es su última serie, integrada por *Nacida bajo el signo del Toro*, *Nacida bajo el sol de Acuario* y *Nacida bajo el fuego de Aries*. Sus libros se han traducido a varios idiomas y han conseguido la admiración de lectores en todo el mundo.

www.florenciabonelli.com.ar

Foto: © Alejandra López

ÍNDICE

Florencia Bonelli

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Capítulo XVI

Capítulo XVII

Capítulo XVIII

Capítulo XIX

Capítulo XX

Capítulo XXI

Capítulo XXII

Capítulo XXIII

Capítulo XXIV

Capítulo XXV

Capítulo XXVI

Capítulo XXVII

Epílogo